UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

PROGRAMA INSTITUCIONAL DE DOCTORADO EN HISTORIA

T E S I S

Entre el amor, el deseo y la transgresión.

Los comportamientos sexuales ilícitos en Pátzcuaro Michoacán, en el siglo XVII

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

DOCTORA EN HISTORIA

PRESENTA

MARÍA TERESA CASORLA SAGRERO

DIRECTORA DE TESIS

DOCTORA EN HISTORIA MA. ISABEL MARÍN TELLO

Esta investigación fue realizada gracias al apoyo del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías

MORELIA, MICHOACÁN, SEPTIEMBRE DE 2024

Con todo mi amor y esfuerzo…

A mi mamá

Mi raíz, mi primer y más grande amor,
que partió antes de ver concluido mi doctorado.

A mi hijo y esposo

Mis dos grandes pilares,
mi fortaleza, inspiración,
alegría y paz.

A mi papá y hermanas

Mis cimientos,
sin su apoyo incondicional
no habría podido llegar
hasta donde hoy me encuentro.

A Dios:

Por nunca olvidarse de mí,
por todas las bendiciones que me ha dado;
la primordial: mi familia.

A todos aquellos censurados por su época,
cuyas experiencias de vida hoy permiten
cambiar los paradigmas históricos…

“Entre todas las batallas de los cristianos,

las más duras son las de la castidad,

donde es muy cotidiana la pelea,

y muy rara la victoria…”

Fray Luis de Granada

RESUMEN

La moral sexual fue un tema sensible durante el periodo colonial, los tratados moralistas de la época, insistían en que la sexualidad debía practicarse únicamente en el matrimonio, ya que el sexo prenupcial, además de ser un pecado, traía consigo innumerables inconvenientes, entre los que destacaban, el engaño, el abandono, los embarazos no deseados y nacimientos ilegítimos, así como la deshonra. Sin embargo, el ser y el deber ser, no siempre convergían en el mismo sentido, como puede verse a través del estudio desarrollado en la ciudad de Pátzcuaro Michoacán en el siglo XVII, donde se aprecia que la idea sobre la moral sexual católica era aceptada colectivamente de manera pública, pero desvirtuada y desaprobada de manera individual en el espacio íntimo; situación que trajo como resultado un alto índice de niños ilegítimos, los cuales fueron abandonados o bautizados como hijos de "padres no conocidos", a fin de salvaguardar o resarcir el honor simbólico de sus padres.

La discreción, o en su defecto, el encubrimiento, sostenido por una red de complicidad social que tenía a bien ocultar lo que pudiese dañar la imagen pública, cubrían, bajo una fachada de integridad moralista, las virtudes que en la intimidad eran pasadas por alto. De cualquier forma, si la relación ilícita no era ventilada abiertamente, podía escapar al castigo, ya que la intervención de la justicia tenía lugar solo cuando las manifestaciones de la sexualidad se volvían públicas, pues más allá de normar y sancionar los comportamientos sexuales que no correspondían al orden moral católico, lo que perseguía y castigaba era la "desvergüenza" con la que eran efectuados.

Palabras clave: sexualidad ilícita, vergüenza, honor, ilegitimidad, justicia, Pátzcuaro, siglo XVII.

ABSTRACT

The sexual morality was a sensitive issue during the colonial period, the moralistic treatises of the time insisted that sexuality should be practiced only in marriage, since prenuptial sex, in addition to being a sin, brought with it innumerable inconveniences, among which stood out, deception, abandonment, unwanted pregnancies and

illegitimate births, as well as dishonor. However, being and ought to be did not always converge in the same sense, as can be seen through the study carried out in the city of Pátzcuaro, Michoacán, in the seventeenth century, where it can be seen that the idea of Catholic sexual morality was accepted collectively in a public way, but distorted and disapproved individually in the intimate space. This situation resulted in a high rate of illegitimate children, who were abandoned or baptized as children of "unknown parents", in order to safeguard or compensate for the symbolic honor of their parents.

The discretion, or failing that, concealment, sustained by a network of social complicity that saw fit to hide anything that could damage the public image, covered, under a facade of moralistic integrity, the virtues that were overlooked in private. In any case, if the illicit relationship was not openly aired, it could escape punishment, since the intervention of justice took place only when the manifestations of sexuality became public, because beyond regulating and sanctioning sexual behaviors that did not correspond to the Catholic moral order, what was persecuted and punished was the "shamelessness" with which they were carried out.

Keywords: illicit sexuality, shame, honor, illegitimacy, justice, Patzcuaro, seventeenth century.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 1
INTRODUCCIÓN 4

CAPÍTULO I. PÁTZCUARO EN EL SIGLO XVII: "EL PAÍS DELEITABLE Y AMENO" DEL TEATRO AMERICANO……...……34
1.1. Pátzcuaro: articulación del circuito comercial del Imperio español en Nueva España……..36
1.1.1. La ciudad como punto de enlace del suroeste novohispano…….39
1.2. El dinamismo económico de la ciudad: mercadería local y regional……..51
1.3. Jurisdicción y organización administrativa de Pátzcuaro……..……67
1.4. Traza urbana de la ciudad y su conformación…….……. .....……...74
1.4.1. Dependencias, establecimientos y servicios públicos.…….……...77
1.5. La sociedad de Pátzcuaro……...88
1.5.1. Su distribución espacial….……..91

CAPÍTULO II. EL MATRIMONIO, UTOPÍA DE LA MORALIDAD SEXUAL EN PÁTZCUARO……...……...98
2.1. El matrimonio en Pátzcuaro, premisas y tendencias……100
2.1.1. El orden social de las nupcias……...…….123
2.2. La legitimidad de la voluntad: el "buen amor"……..135
2.2.1. La libre elección matrimonial……140
2.2.2. La conyugalidad prenupcial: los esponsales……..146
2.3. La sexualidad lícita…….……155
2.4. La vida conyugal……..……...167

CAPÍTULO III. LA SEXUALIDAD LIBRE. SEDUCCIÓN, ESTRATEGIAS Y CONVENIENCIAS COMO ADAPTACIONES DE SU PRÁCTICA……...…..182
3.1. La "elasticidad" del honor sexual en Pátzcuaro……...184
3.2. El amancebamiento: una temporal unión de voluntades……..210
3.2.1. Un convenio de cohabitación espontáneo e informal…….215
3.3. La ambigüedad de las ilícitas amistades y su libertad……..225

CAPÍTULO IV. UNA EXCLUSIVIDAD SEXUAL DESAFIADA: LA REBELDÍA DE LOS AFECTOS……239
4.1. La paradoja de la fidelidad conyugal y las coyunturas del adulterio……242
4.2. La fractura de la vida conyugal……255
4.3. El adulterio como respuesta……267

CAPÍTULO V. RESTABLECIENDO LA IMAGEN PÚBLICA DE LA MORAL SEXUAL: EL FUNCIONAMIENTO JUDICIAL EN PÁTZCUARO…….....275
5.1. Los órganos judiciales de Pátzcuaro……277
5.1.1. La Real Justicia…..……278
5.1.2. El Juzgado Eclesiástico…….……..……...305
5.1.3. La Comisaría del Santo Oficio de la Inquisición……..……..313
5.2. Castigando la "desvergüenza", restaurando el orden moral público……331
5.2.1. La postura de los foros de justicia ante la sexualidad ilícita……...340
5.2.2. El funcionamiento judicial……351

CONCLUSIONES ……...370
FUENTES CONSULTADAS……..382
ARCHIVOS……..382
BIBLIOGRAFÍA ……383

LISTA DE MAPAS

MAPA 1. Caminos "Tierra Adentro" de la Costa Suroeste novohispana…….41
MAPA 2. Pátzcuaro, punto de enlace de diferentes regiones……...…42
MAPA 3. Jurisdicción civil de Pátzcuaro.……69
MAPA 4. Jurisdicción de la República de indios de Pátzcuaro……70
MAPA 5. Jurisdicción de Pátzcuaro como cabecera parroquial……...72
MAPA 6. Plano de la ciudad de Pátzcuaro a finales del siglo XVII……..75

LISTA DE TABLAS

TABLA 1. Jurisdicción parroquial de Pátzcuaro……..71
TABLA 2. El matrimonio entre los indígenas en Pátzcuaro, siglo XVII……115
TABLA 3. El matrimonio entre los españoles y otros grupos sociales en Pátzcuaro, siglo XVII ……..118
TABLA 4. Matrimonios dentro del mismo grupo social en Pátzcuaro, siglo XVII…123
TABLA 5. Matrimonios mixtos en Pátzcuaro, siglo XVII……..……...126
TABLA 6. Natalidad en Pátzcuaro durante el siglo XVII……...……...132
TABLA 7. Natalidad ilegítima en Pátzcuaro durante el siglo XVII……...……186

AGRADECIMIENTOS

De manera especial quiero agradecer a mis padres Martín Casorla Morales y **+** Ma. Elena Sagrero Reyes, reconociendo su apoyo y confianza en mí, sin los cuales no habría sido posible iniciar mi recorrido académico; su amor, ejemplo y valores son mi cimiento. Papá te agradezco por haber sido mi soporte en el desarrollo de mi carrera, tu confianza en mí ha sido fundamental para cumplir mis metas; sin tu trabajo, responsabilidad y apoyo en nuestra familia no habría tenido la oportunidad de estudiar. Soy afortunada de tener a un gran hombre como mi padre; te amo y honro. Mamá siempre fuiste y serás pieza fundamental de mi vida, mi más profundo agradecimiento no solo por tu apoyo incondicional, sino por las grandes enseñanzas que me dejaste, el amor, la perseverancia, fortaleza y fe, las más importantes; sé la gran felicidad que sentiste al saber que había concluido mi tesis doctoral, vi la emoción que te causó saber que en unos meses sustentaría mi examen de grado, me dijiste lo orgullosa que estabas de que fuera tu hija y de que todo mi esfuerzo, dedicación y sacrificio estuvieran rindiendo fruto. Aunque ya no podrás acompañarme físicamente en la culminación de este gran paso, sé que estarás conmigo como lo estás cada día en mis pensamientos y mi corazón. Agradezco y honro que hayas sido mi madre, mi amor infinito para ti siempre.

A mi esposo Pedro López Vázquez, parte esencial de mi vida, mi reconocimiento y profundo agradecimiento por ser pilar fundamental de mi red de apoyo en mis facetas como esposa, mamá, hija y estudiante. Su acompañamiento, amor, paciencia y comprensión en todo momento, tanto en las circunstancias y etapas más duras que me ha tocado atravesar, como en las más felices, ha sido mi fuerza y aliciente; hoy mayormente al ejercer de manera responsable su paternidad, permitiendo que la crianza de nuestro pequeño sea compartida y, por tanto, más ligera para ambos, lo que sin duda me ha ayudado a no perder mi enfoque. En mi formación académica ha sido mi consejero irremplazable; siendo el primero en conocer mis avances de investigación, nunca escatima en los comentarios críticos, acompañados de sus

constantes palabras de aliento, dándome el equilibrio necesario para poner en orden mis ideas. Para ti, mi compañero de vida, siempre mi amor sincero y gratitud.

A mi Zafiel, mi niño hermoso, agradezco con el alma que, con su amor, energía, vivacidad e inocencia, llegara a iluminar de colores mi vida; con sus tiernos 3 años y medio de existencia me ha enseñado a disfrutarla desde una perspectiva antes desconocida por mí, sacándome de mis episodios de frustración, creando momentos extraordinarios con sus sonrisas, abrazos y tiernos besos acompañados de sus ¡te amo mami! Hoy y siempre agradeceré tu existencia, tu vida y tu amor. Al mismo tiempo que iniciaba mi recorrido por este posgrado, experimentaba por primera vez lo que es ser mamá; aunque no ha sido tarea sencilla, en medio de tantas responsabilidades y compromisos, poder desempeñar ambas experiencias ha sido maravilloso. Gracias mi niño, por enseñarme que no tienes que abandonar un sueño por cumplir otro, y por permitir demostrarme a mí misma que todo es posible cuando tus metas son claras, tu empeño es firme y el esfuerzo es constante. Mi amor puro e incondicional para ti toda mi vida.

Mi sincero agradecimiento a Geovana Casorla, a Yeraldín Velázquez y a Lupita López que, en diferentes etapas, formaron parte de mi red de apoyo cuando más lo necesité, sin su colaboración atenta y responsable en el cuidado matutino de mi pequeño, el avance, dedicación y realización de esta tesis no habría sido tan satisfactoria como hoy lo es. A mis queridas hermanas Marlin, María Elena y Lisbeydi, les agradezco sus palabras de motivación y aliento en la realización de mis metas; su cariño, apoyo e interés en mí mantienen mi firmeza. Me siento profundamente agradecida con Dios por la inmensa fortuna que me dio en mi maravillosa familia; con ellos y ellas a mi lado hoy tengo la certeza de que todo es posible cuando la perseverancia es grande y el apoyo constante.

Al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, mi especial agradecimiento por aceptarme como su alumna, así como por hacer posible que en sus aulas recibiese la preparación adecuada; mi gratitud a los profesores que la integran, por haber sido una guía en mi recorrido

académico por la institución, de la que sin duda me siento orgullosa de ser egresada. Por supuesto, profundamente agradecida con el CONAHCYT, por el apoyo económico que, durante estos cuatro años, me ha brindado como su becaria, permitiéndome dedicarme de tiempo completo al programa, así como salir a investigar y participar en congresos fuera del estado.

Mi total gratitud, admiración y especial reconocimiento a la Dra. Ma. Isabel Marín Tello por su extraordinario profesionalismo en la dirección de este trabajo de investigación; infinitamente agradecida por el interés que puso en mi tesis desde el primer momento, y por el valor dado a mi trabajo. Su atención, comentarios y sugerentes observaciones hicieron posible llevar a buen término la investigación en tiempo y forma.

Mi real agradecimiento a las instituciones que me abrieron sus puertas y que amablemente me permitieron consultar su acervo documental y bibliográfico. En primer lugar, quiero referirme a los Archivos Históricos Municipal de Pátzcuaro y Casa de Morelos, donde obtuve la materia prima para la elaboración de la tesis, así como al Archivo General de la Nación, recintos donde con gran calidad humana me proporcionaron el material documental utilizado en esta investigación. En segundo lugar, a la Biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas y a la de la Facultad de Historia, ambas pertenecientes a la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, dependencias en donde localicé una amplia y variada cantidad de obras sobre el tema.

Mi profunda gratitud y total reconocimiento a mis sinodales, especialmente a las profesoras que, junto con mi asesora, integraron mi comité tutorial, Dra. María Concepción Gavira Márquez y Dra. Lourdes de Ita Rubio; sus comentarios, recomendaciones y críticas vertidas, se convirtieron en un elemento invaluable en el progreso y mejora de mi tesis. Agradezco de manera particular a los demás integrantes de mi mesa sinodal, a la Dra. Dení Trejo Barajas, Dra. Juana Martínez Villa, Dr. Fabián Herrera León y al Dr. Gerardo Sánchez Díaz, por aceptar formar parte del sínodo, así como por leer, comentar y sin duda enriquecer la presente investigación.

INTRODUCCIÓN

Las conductas personales en el ámbito de la sexualidad fueron un tema de sumo interés, en España en el siglo XVI pero sobre todo durante el XVII y XVIII, diversos teólogos y tratadistas, basados en la liturgia católica, así como en algunos filósofos de la antigüedad, se dieron a la tarea de redactar apologías que exaltaban la grandeza de la virtud, preponderando dos manifestaciones de ella, las cuales estaban intrínsecamente ligadas una de otra: el honor y la castidad; la primera, considerada el supremo atributo social, puesto que daba una vida gloriosa al individuo, la cual no era olvidada aun después de su muerte.[1] La segunda, es decir, la castidad, se identificaba con la espiritualidad del alma, considerándosele semejante a la pureza divina.[2] Así, ambas cuestiones referían un ideal de comportamiento al que la sociedad debía alinearse, sin embargo eso no sucedió al pie de la letra, había quienes se negaban a ajustarse a dichas premisas, a pesar de las consecuencias judiciales y sociales que ello les podía traer.

La teología cristiana católica insistía en lo perniciosos que resultaban para el ser humano los comportamientos surgidos del desenfreno, específicamente de la desmesura sexual. Para combatir los excesos carnales, todo acto sexual debía ajustarse a una condición específica: el matrimonio, siendo éste el único medio legítimamente aceptado para dar paso a la unión de pareja, y por tanto, a la formación de la célula más importante de la sociedad: la familia, modelo por excelencia de vida cristiana;[3] en su seno se gestaban las más íntimos valores morales, mismos que eran aprendidos en el espacio privado pero en la práctica trascendían al ámbito público, entre los cuales se ubicaba el honor.

Para la España del siglo XVII el honor y la honra eran los mismo, reverencia o cortesía que se hacía a la virtud, a la potestad y algunas veces al dinero,[4] así lo dejó manifiesto en su diccionario el licenciado y canónigo Sebastián de

[1] DE PADILLA MANRIQUE Y ACUÑA, *Excelencias de la castidad*, pp. 286-287.
[2] DUBY Y PERROT, *Historia de las mujeres*, pp. 14-19; DE PADILLA MANRIQUE Y ACUÑA, *Excelencias de la castidad*, p. 258.
[3] GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, p. 30
[4] DE COVARRUBIAS OROZCO, *Tesoro de la lengua castellana o española*, pp. 476-477.

Covarrubias en el siglo XVII. Dicha concepción se trasladó a Nueva España en el Nuevo Mundo, donde el honor también alcanzó un rango social importante, en torno al cual se pretendió moldear los comportamientos.

Ahora bien, para la historiografía el honor no es una categoría única, es decir su significado no se concentra en un solo concepto, sin embargo, se pueden apreciar dos modalidades principales en las que éste se inscribía en la época virreinal, el honor-precedencia y el honor-virtud. El primero identificado con la calidad, la posición social y económica, y el segundo con el comportamiento socialmente aceptable.[5] De manera que, independientemente del grupo social al que se perteneciera, el honor era una cualidad de gran peso en la cultura novohispana, así como una expresión multidimensional, ya que involucró a los distintos actores sociales, sustentando representaciones y prácticas que debían ser aprobadas o rechazadas por los grupos de pertenencia. Por otro lado, dicha categoría estaba permanentemente cuestionada y sometida a la opinión pública, se podía incrementar o perder dependiendo de cómo lo valorase la sociedad en una situación concreta.[6]

Así, la importancia del honor es una constante en las sociedades de antiguo régimen; como puede advertirse, éste regía la vida del individuo en diversos aspectos, pero especialmente en materia sexual, ya que la moral de la época así lo ponderaba. Pero, ¿qué sucedía cuando el honor, su cuidado y mantenimiento, no confluían en un mismo sentido con la expresión del amor o del deseo? Esta es una pregunta clave, ya que el honor, suprema virtud, no siempre estuvo por encima de los sentimientos, ni de los intereses personales, lo que conllevó a la desviación, al pecado, e incluso al delito, puesto que, cuando las emociones desbordaban los límites de la moral sexual, no solo se trastocaba la reputación propia, sino que se atentaba contra las buenas costumbres y el orden público, preceptos que la moralidad englobaba.

[5] BUSTAMANTE OTERO "Una relación furtiva. Honor y violencia", p. 84.
[6] BUSTAMANTE OTERO, "Una relación furtiva. Honor y violencia", p. 84; GASCÓN UCEDA, "Honor masculino, honor femenino, honor familiar", p. 636.

De acuerdo con Michael Foucault, fue durante el siglo XVII que el proceso de estrechamiento de la definición de moralidad se afianzó en Europa, del mismo modo que la imposición restrictiva de códigos de conducta se agudizó respecto a las relaciones sexuales;[7] lo cual en gran medida fue resultado del Concilio de Trento realizado en 1563, donde, como señala Asunción Lavrin, se reorganizó la Iglesia católica, reforzando sus valores tradicionales para hacer frente a los protestantes, librepensadores y humanistas.[8]

Como resultado de esa reorganización, en España incrementó la proliferación de diversos tratados enfocados al tema del matrimonio y los comportamientos sexuales, lo cual por consiguiente, también ocurrió en territorio novohispano, donde el influjo tenía que darse con más fuerza, ya que así lo ameritaba la necesidad de estimular la conformidad espiritual para ejercer control sobre los cristianos nuevos, y mantenerlo sobre la población española de vieja cristiandad, residente en el nuevo mundo, para evitar que la lejanía auspiciara la relajación de costumbres.

Los tratadistas, basados en el Concilio tridentino y en la doctrina de Santo Tomás de Aquino principalmente, expusieron detalladamente la conducta ideal a la que la sociedad debía afiliarse, y advirtiendo especialmente sobre aquellos comportamientos que, debido a su desenfreno y práctica fuera del enlace matrimonial, resultaban inmorales y deshonrosos. El jesuita fray Gabino Carta, en su confesionario, enumeraba siete maneras en que la conducta sexual prohibida podía manifestarse, la primera era la fornicación simple, seguida del adulterio, el incesto, el estupro, el rapto, los pecados contra natura (masturbación, sodomía, bestialidad) y el sacrilegio; todos los cuales eran considerados pecados mortales,[9] y algunos alcanzaban el rango de delito.

[7] FOUCAULT, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*.
[8] LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 56.
[9] LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 59.

Pero, aunque había lineamientos específicos por los cuales los individuos debían conducirse, las prácticas sexuales ilícitas eran una realidad que no pasó desapercibida, ya que su ejercicio traspasó el ámbito privado alcanzando un carácter público, lo que las definió como escandalosas, debido a la alteración del orden y al atentado contra la moral y las buenas costumbres católicas españolas.

A pesar del castigo familiar, del señalamiento social debido a la falta de honestidad, a la pérdida del honor, así como a la posible sanción penal a que podían ser acreedores por vulnerar el orden y la moral pública, había quienes evadían la rigidez de la norma, aventurándose a la práctica sexual prematrimonial y a la extramatrimonial, sin anteponer a ellas las consecuencias que surgirían a raíz de sus actos. De este planteamiento surge el motivo de la presente investigación, que es el análisis de las prácticas sexuales consideradas ilícitas debido a su realización al margen del enlace matrimonial, estableciendo como periodo de estudio el siglo XVII y como espacio la ciudad de Pátzcuaro, lugar novohispano clave durante dicho siglo, al ser cabecera de la Alcaldía Mayor de Michoacán y un enlace comercial estratégico.

El tema de la sexualidad ilícita ha sido poco profundizado tanto para el siglo planteado, como para el caso del Michoacán colonial; en atención a ello, surge el interés por indagar sobre lo que ocurría respecto al ámbito de la moral sexual, tomando como referencia a una de las ciudades novohispanas más sobresalientes de ese momento, como lo era Pátzcuaro. Administrativamente, era una de las dos ciudades más importantes de la Provincia michoacana, compartiendo con Valladolid la sede de la cabecera de la Alcaldía Mayor de Michoacán.[10]

En materia económica, Pátzcuaro manifestó un despegué y desarrollo prolíficos, postulándose como un lugar comercial privilegiado dentro del virreinato, su estratégica ubicación geográfica le permitió fungir como el punto de enlace de "tierra adentro", conectando las zonas más importantes de la región, el Bajío, la Tierra

[10] Debe recordarse que la sede de la cabecera de la Alcaldía quedó dividida entre Pátzcuaro y Valladolid. MARÍN TELLO, *Descendientes de conquistadores,* pp. 29-31; JUÁREZ NIETO, *La oligarquía y el poder político,* p. 39.

Caliente, la Costa, la Sierra y Valladolid,[11] extendiendo la conexión más allá del límite regional, siendo un cruce de caminos que enlazó a la ciudad de México, centro urbano por excelencia, con los circuitos portuarios del suroeste novohispano que, por entonces, eran los más sobresalientes del imperio español, como fueron Acapulco, el puerto de Navidad, Colima, Zacatula, y Zihuatanejo,[12] lo que le permitió tener un favorable y dinámico flujo económico en el siglo XVII, mismo que caminó de la mano con un activo movimiento migratorio.

Ante estas condiciones que la ciudad presentaba, resulta tentador conocer más sobre su acontecer, sobre todo considerando la importancia que se le ha restado luego del siglo XVI, tras el traslado de la sede episcopal y del ayuntamiento español a Valladolid, lo que varios autores consideran fue el declive de Pátzcuaro. Los estudiosos del pasado michoacano, y más específicamente de la ciudad de Pátzcuaro, han enfocado su atención en el periodo de conquista y en los años correspondientes a la labor de Vasco de Quiroga; de ahí, los investigadores dan un gigantesco salto hasta el Siglo de las Luces, atraídos en gran medida por los cambios que dicho periodo supone, debido a las Reformas Borbónicas, al pensamiento ilustrado, a la permeante consolidación de la cultura novohispana, al arte, la educación, y demás condiciones que lo hacen atractivo para estudiarlo.

Así, el siglo XVII pasa inadvertido, casi nublado en la historiografía regional y para la relativa a Pátzcuaro. Manuel Toussain menciona que en dicho siglo lo único trascendente que ocurrió en la ciudad y quizá causó impacto en sus habitantes, fue el auto de fe que tuvo lugar en la ciudad de México el 20 de marzo de 1678, y eso porque en éste resultó penitenciado Alberto Enríquez o fray Francisco Manuel de Cuadros, fraile peruano que vivía como curandero en Pátzcuaro, lugar donde fue apresado y posteriormente conducido a México;[13] claro Toussaint no revisó los archivos locales, por la dificultad que para entonces suponía hacerlo debido a que aún

[11] SILVA MANDUJANO, "Pátzcuaro, sede de la oligarquía", pp. 23-24.
[12] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* pp. 91-193.
[13] TOUSSAINT, *Pátzcuaro,* pp. 53-58.

no se ordenaban, por eso del XVII en Pátzcuaro no menciona más que lo referenciado por José Toribio Medina.

Se han hecho algunos estudios sobre Pátzcuaro en el siglo XVII, como los que ofrece Felipe Castro y Laura Gemma Flores, por mencionar algunos ejemplos, pero siguen siendo pocos los trabajos que existen sobre esa ciudad durante el citado periodo, justamente por eso es que surgió mi inquietud por investigar qué sucedía en Pátzcuaro en esa época, donde la sociedad se encontraba en plena diversificación racial y cultural, dando origen a variedad de castas, mismas que se desarrollaban dentro de una mezcla de costumbres, creencias y organización aún en proceso de asimilación, donde la tradición nativa y la implantación de un modelo católico español convergían, conformando paulatinamente un sistema propio; situación a la que además se sumaba el espacio, la forma de vida, la cotidianidad local y las conexiones que mantenía la ciudad, lo que nos coloca de frente a un interesante pero poco explorado escenario.

Aparentemente, Pátzcuaro era una ciudad apacible y tranquila, lo cual en gran medida era debido a su marcado tinte rural, sin embargo, la vida de sus habitantes no necesariamente era quieta, ni menos aún estática, al contrario, tenía un gran dinamismo. El movimiento comercial que sustentaba era dinámico, por eso se convirtió en un lugar de migración constante, donde el ir y venir de personas locales y forasteras formó parte de su acontecer cotidiano, manteniendo por consiguiente un dinamismo social constante. No sería extraño que las condiciones que rodeaban a Pátzcuaro influyeran en el comportamiento de sus habitantes, en su forma de relacionarse y de desempeñarse laboralmente, pero ¿y en su vida privada? ¿También influyeron dichos factores? La respuesta es sí, pues como ocurrió en otros espacios de las colonias españolas, la movilidad espacial y social permitió una mayor flexibilidad en cuanto a las relaciones interraciales, favoreciendo el surgimiento de tal diversidad de castas. Aunque, la flexibilidad en cuanto a las relaciones multiétnicas no necesariamente estuvo acompañada de legitimación, ya que no siempre se desenvolvió dentro de los estándares que las normas sociales y morales marcaban.

En Pátzcuaro a lo largo del siglo XVII es perceptible una alta interacción sexo-afectiva entre sus habitantes, la cual prefería desarrollarse sin la formalidad y legalidad que el matrimonio otorgaba; basta ver las cifras de ilegitimidad que tuvieron lugar de inicio a fin de siglo, para darse cuenta que las relaciones interraciales eran un hecho, como lo eran también las prácticas sexuales efectuadas sin un vínculo nupcial de por medio.

De un total aproximado de 5, 537 nacimientos que tuvieron lugar a lo largo del siglo,[14] 2, 166 aproximadamente fueron de niños nacidos bajo algún rasgo de ilegitimidad; cada año nacían de 2 a 20 niños ilegítimos, cifra que llegó a dispararse, alcanzando el índice de hasta 50 nacimientos de infantes en dicha condición en un solo año.[15] Básicamente, por año, entre el 50 y 60% de los nacimientos registrados correspondía a bebés ilegítimos, lo que nos revela una contundente realidad, la moral sexual de los patzcuarences durante ese periodo de tiempo no se ajustó a los lineamientos que las normas de la moral católica sustentaban, y que exponían como deshonesta y pecaminosa cualquier manifestación sexual efectuada fuera del matrimonio. De tal forma que, las "ilícitas amistades" fueron más frecuentes de lo que los registros a causa de ellas pueden comprobar.

Ante esta condición que, claramente, muestra que el ejercicio de la sexualidad era una práctica común, los casos documentados que se presentan en esta investigación, ejemplifican una realidad que pudo ser compartida en las relaciones clandestinas que dieron origen a un alto índice de niños ilegítimos. Así, el presente estudio no solo se sitúa en una interesante coyuntura, que hasta cierto punto se torna paradójica, ya que pese a que en Nueva España el matrimonio se determinó como el único medio para legitimar la relación y comenzar una vida en pareja, es notable la renuencia de un gran número de personas a sacramentar su unión; optando por la evasión al compromiso perpetuo e indisoluble que las nupcias establecían, el desenvolvimiento de la sexualidad fuera del enlace conyugal fue una realidad cotidiana. Aun en aquellos que asumían el compromiso y contraían nupcias, la

[14] Véase la **Tabla 6**, p. 134.
[15] Véase la **Tabla 7**, p. 189.

monopolización de la sexualidad que en el matrimonio se pretendía, no se mantuvo firme en todos los cónyuges, pues la exclusividad sexual no estuvo garantizada con el solo hecho de casarse.

Para desarrollar la investigación, como ya se ha ido perfilando, la presente tesis asienta sus bases en la corriente historiográfica de la Historia Social, en tanto que interesa abordar el comportamiento del ser humano en sociedad en el devenir histórico,[16] específicamente su conducta respecto al ejercicio de la sexualidad y su impacto en la sociedad que lo rodeaba. Pero no solo interesa averiguar la repercusión social que dichas conductas tenían, sino además identificar en la medida de lo posible, la ideología que imperaba en esos individuos que optaban por transgredir el orden y la moral pública; por esta razón, la Historia de las Mentalidades, ahora denominada Nueva Historia Cultural, es una herramienta de investigación que no puede quedar fuera, al contrario, es fundamental para este trabajo.

A través de ella, además de estudiar la dinámica de la sociedad a partir del estudio de la mentalidad de los grupos sociales, se analiza el orden psicológico de los individuos que los integraban, cuyas acciones individuales dan luces sobre el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Entendiendo a dicho orden psicológico no como una caracterización personal, sino como una mentalidad colectiva, es decir, que era compartida con otros individuos, como la manera en que percibieron las estructuras sociales, la forma en que aceptaron o rechazaron los patrones de comportamiento que se les ofrecían, y demás situaciones ordinarias de su existencia, como señala Sergio Ortega.[17]

Ambas corrientes historiográficas utilizadas, se complementan con la Historia de las Emociones, a fin de conectar la mentalidad de los individuos a estudiar con sus sentires. Partiendo del entendido de que, en la época estudiada, las emociones se consideraban un fenómeno interno del cuerpo humano, que respondía a una lógica ajena al raciocinio, y que más bien se identificaba como una fuerza que pugnaba por

[16] TUÑÓN DE LARA, *Metodología de la Historia Social*, pp. 2-4.
[17] ORTEGA NORIEGA, "Introducción a la Historia de las Mentalidades, pp. 127-129.

liberarse,[18] a través de esta herramienta podemos sustentar qué tanto correspondió dicha concepción con los actos efectuados, y con su interpretación social.

Gracias a los trabajos realizados en esta línea de investigación, desde los años sesenta del siglo XX, se ha podido establecer que las emociones pueden ser estudiadas, no como simples fuerzas irracionales, sino por el contrario, como reacciones racionales, resultado de la percepción de un objeto o situación y de su posterior procesamiento cerebral; mismo que depende de la predisposición de cada individuo ante una situación dada, así como a los juicios de valor o las preconcepciones de cada persona.[19] Así, con las tres líneas de investigación como base, podrá obtenerse un análisis más amplio y profundo de la relación entre el pensamiento individual, que terminaba siendo compartido en grupo, las emociones y las acciones que en la práctica eran realizadas y que terminaron configurando un patrón de comportamiento, con la normativa de la época.

Para conceptualizar los puntos medulares del estudio a realizar, son necesarias algunas categorías de análisis; la primera es, el *deber ser*, entendido como el comportamiento deseable e idealizado que todo individuo debía ejercer, de acuerdo a la legislación y a las reglas emanadas de la moral costumbrista. Ligada de manera estrecha a ello, se encuentra la *moralidad,* condición a la que estaba sujeta la sociedad, y que a su vez fungía como una obligación que todos debían cumplir; ajustando sus actos de acuerdo al orden divino,[20] desembocaba en la aceptación completa de la autoridad en cada una de las áreas del pensamiento, lo que traía una ventaja doble, pues además de ser una virtud, garantizaba la salvación espiritual.[21]

[18] BARRERA Y SIERRA, "Historia de las emociones: ¿qué cuentan los afectos del pasado?", pp. 107-109.
[19] SCHACHTER Y SINGER, "Cognitive, social and phycological determinants of emotional state", pp. 379-399.
[20] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 24.
[21] LEONARD, *La época barroca en el México colonial*, p. 47.

Dicha moralidad estaba vinculada al *honor*, que en el siglo XVII fue una forma de vida que penetró en todos los estamentos sociales.[22] Entendido como la reverencia que se hace a la virtud, a la potestad y algunas veces al dinero; acción o demostración de respeto que se tiene por la dignidad propia, así como la buena reputación que trasciende a la familia de quien la posee,[23] cuya identidad compromete la lealtad de sus miembros que de otro modo serían dudosos, definiendo sus límites sociales.[24]

La *vergüenza* es otra categoría digna de analizar, pues está ligada al honor; es considerada como una construcción social, pero también como un sentimiento interno que funciona como regulador, cumpliendo la función de "proteger al individuo y recogerlo orientándolo hacia valores positivos de sí mismo";[25] o bien, como una reacción ante la conciencia de su pérdida de poder, ante la mirada de alguien cuya opinión resulta importante.[26] También se considera como la dolorosa emoción surgida de la conciencia de algo deshonroso, ridículo, indecoroso en la propia conducta o circunstancias.[27] En esta investigación, apegándonos a la concepción de la época, además de las consideraciones señaladas, la vergüenza adquiere un sentido de estrategia, de encubrimiento, en tanto que aparece como un recurso de protección para conservar la reputación propia ante la sociedad que la rodea, aun y cuando el comportamiento seguido no fuese el correcto o el moralmente aceptable,[28] sobre todo en lo que al ejercicio de la sexualidad se refiere.

En ese sentido, la *sexualidad*, a la que se hará referencia debe entenderse como un "entramado diverso y particular de prácticas, acciones, técnicas, placeres y

[22] GONZALBO AIZPURU, "Introducción: Los honores y el honor, el "patrimonio del alma", p. 11.
[23] DE COVARRUBIAS OROZCO, *Tesoro de la lengua castellana*, pp. 476-477; ESCRICHE, *Diccionario razonado de legislación civil*, p. 275.
[24] SCHNEIDER, "Of vigilance and virgins: honor, shame and access to resources in Mediterranean societies", p. 17.
[25] SCHELER, *Sobre el pudor y el sentimiento de vergüenza*, p. 12.
[26] FUSSI, "Williams's defense of shame as a moral emotion", pp. 174-176.
[27] HOLLANDER, "Honor dishonorable: shameful shame", p. 1062.
[28] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio,* f. 75v; DE GUEVARA, *Epístolas familiares y escogidas,* p. 196; DE GRANADA, *Guía de pecadores*, p. 200.

deseos en los que interviene el cuerpo"; así como la "serie de argumentaciones, discursos, premisas significaciones que connotan las acciones de los individuos, califican sus deseos, orientan sus tendencias y restringen sus elecciones placenteras o amorosas";[29] en resumen, los comportamientos y discursos en torno a las relaciones corporales, los cuales son reconocibles en la cultura de una comunidad.[30] Ahora bien, en su calidad de *ilícita*, se asume dicho entramado de comportamientos y discursos, desde su rechazo, cuya característica principal es su ejercicio fuera del matrimonio; condición que, debido a la falta de moderación sexual, a la lujuria con la que se le identificaba en la época, y al desorden que suponía su ejercicio, era considerada una transgresión que ponía en entredicho las buenas costumbres y causaba escándalo en la comunidad.[31]

Ahora bien, la *transgresión o desviación*, entendida como el rechazo o incumplimiento de los dictámenes establecidos legalmente o interpuestos por las buenas costumbres, atentando contra la moral, la religión y el orden social,[32] podía configurar un *pecado*, o trascender a un *delito*; el primero identificado como una acción ilícita culpable, ejercida de manera voluntaria y a sabiendas, descrita expresamente por la ley bajo la amenaza de una pena o sanción, por ser considerado como un atentado las costumbres y la fe católica española. Al delito por su parte, como acto prohibido, se le identificaba como una infracción a la ley penal que ponía en peligro la tranquilidad y el orden público.[33]

En respuesta a las conductas ilícitas estaba la imposición de una *pena* o *castigo* como manifestación de la autoridad,[34] la cual estaba descrita como "un mal que la ley hace al delincuente por el mal que él ha hecho con su delito", a fin de reparar, en

[29] RIVAS ZIVY, "Valores, creencias y significaciones de la sexualidad femenina", pp. 139-140.
[30] VILLAFUERTE GARCÍA, "Los estudios de historia de las mentalidades sobre la sexualidad", p. 252.
[31] CARRILLO CÁZARES, *Manuscritos,* pp. 175-178; RUIZ ORTIZ, "Pecado de escándalo y cotidianidad trasgresora", p. 180.
[32] ORTEGA NORIEGA, "Seminario de historia de las mentalidades", p. 105; ALBERRO, "La sexualidad manipulada", p. 247.
[33] ESCRICHE, *Diccionario razonado de la legislación civil,* p. 163; *Enciclopedia jurídica mexicana,* pp. 95-98; LÓPEZ BETANCOURT, *Teoría del delito,* p. 65.
[34] MARÍN TELLO, "Los castigos en Michoacán", p. 118.

la medida de lo posible, el daño causado por dicho delito, así como quitar al delincuente la voluntad de reincidir, y mediante el temor contener los designios de aquellos que intentasen imitarle.[35] A partir de las categorías de análisis mencionadas fluirá la investigación y desarrollo de la tesis.

Ahora bien, ¿qué es lo que se ha escrito respecto a la moral sexual y su transgresión? Cabe destacar que el estudio del acontecer social ha llamado la atención de los investigadores, debido a ello han incrementado los trabajos sobre la manera en que los individuos se relacionaban, en diversos espacios y temporalidades. Respecto a la época virreinal, la temática social ha oscilado entre las actividades que se realizaban, y si éstas realmente se ajustaban al modelo sostenido en dicha época. El estudio de las transgresiones en materia de sexualidad, ha atraído el interés de los investigadores de diversas partes del mundo; en el campo de la historia, se ha abordado el tema y se han abierto líneas de estudio para acercarnos a las diferentes manifestaciones de comportamiento humano, desde diversos enfoques.

En Europa se han hecho interesantes estudios, en España por ejemplo uno de los estudios más representativos es *Sexo barroco y otras trasgresiones premodernas,*[36] coordinado por Francisco Tomas y Valiente, en el cual participan varios autores que analizan la sexualidad ilícita desde el punto de vista del derecho, enfocándose en la normativa que seguían y la aplicación penal que estos conllevaban, mostrando su ejercicio como un acto juzgable judicialmente. Recientemente se han elaborado otros estudios, desde un enfoque social, y aunque algunos ofrecen una visión sobre un comportamiento sexual específico, manifiestan una visión de cómo era entendida la sexualidad ilícita y cómo en ciertas ocasiones ésta podía quedar justificada; tal es el caso del libro colectivo *El estupro. Delito, mujer y sociedad en el Antiguo Régimen,*[37] coordinado por Margarita Torremocha y Alberto Corada, donde se muestra la relación engaño-mujer honrada, como mancuerna fundamental para definir la culpabilidad del delito cometido, en este caso el estupro, y la voluntaria participación

[35] ESCRICHE, *Diccionario razonado de la legislación civil,* p. 494.
[36] TOMÁS Y VALIENTE, *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*.
[37] TORREMOCHA HERNÁNDEZ, y CORADA ALONSO, *El estupro. Delito, mujer y sociedad*.

en él; a partir de dichas cuestiones se deliberaban las implicaciones jurídicas correspondientes.

Estudios más recientes, como el de María Ruiz, "Pecado de escándalo y cotidianidad trasgresora",[38] pone de relieve los "sistemas morales" creados por los tratadistas del siglo XVII, los cuales señala, reforzaron la fabricaron de la moral sexual femenina, en la cual, el denominado pecado de escándalo, manifestado en las faltas morales de la sexualidad, se le asignó directamente a las mujeres, seres convertidos en recipientes, donde el temor y la angustia por la salvación del alma, quedaron vertidos.

En Francia algunas de las obras más representativas sobre el tema son las de George Duby y Michelle Perrot, ambos han coordinado obras como *Historia de las mujeres,*[39] y más recientemente *Historia de la vida privada*,[40] con Philippe Ariès; estos autores han abordado el tema de la sexualidad a partir de planteamientos conceptuales, así como desde lo privado, es decir, desde el ámbito doméstico. El libro *Historia de las mujeres*, en su tercer tomo, que es el que aborda la época moderna, los diversos autores que lo integran, desde su perspectiva, plantean cómo la sexualidad en Europa estuvo sometida a un amplio dispositivo de control y represión desplegados por la Iglesia y el Estado, que pretendían moderar las costumbres de la población tanto rural como urbana, pero que difícilmente era atendido por ésta.

Mientras que, en la otra obra, sobre la vida privada, se manifiesta visiblemente cómo durante el siglo XVI y XVII, lo público y lo privado tendían a confundirse, pero ante esa disyuntiva, los estudios que componen el libro definen lo privado como el espacio donde el individualismo de costumbres tomaba forma, y lo público, como aquello concerniente al Estado, es decir, las acciones que tenían repercusión en la esfera que éste regía; en atención a ello, la sexualidad se ubicaba como una acción efectuada en el ámbito privado, que trascendía a escala pública debido a una "sociabilidad anónima", donde los actores que intervenían, aunque no tuviesen

[38] RUÍZ ORTIZ, "Pecado de escándalo y cotidianidad trasgresora: una reflexión sobre la moral femenina en la Andalucía moderna".
[39] DUBY y PERROT, *Historia de las mujeres.*
[40] ARIÈS y DUBY, *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*.

una relación entre sí, se conocían, ocasionando que las conductas, al sociabilizarse, se convirtieran en públicas. Se plantea, además, que fue durante el siglo XVII donde tomó forma la nueva ola de moralidad social discursiva, la cual tendió a incidir mayormente en el comportamiento sexual de las mujeres.

Esta idea es sostenida también por Michael Foucault, quien refiere que fue durante el siglo XVII, cuando tuvo lugar "el nacimiento de las grandes prohibiciones" respecto a la sexualidad, bajo lo que él llama la "evitación obligatoria del cuerpo" y los "silencios y pudores en el lenguaje"; a partir de los cuales, su práctica quedó restringida a la edad adulta bajo la norma matrimonial, para poder cumplir con los estándares de decencia. Las obras de este autor son referentes de la literatura francesa sobre sexualidad y normativa; su trilogía sobre la *Historia de la sexualidad*, muestra a ésta como un dispositivo utilizado a modo de estrategia del saber y del poder, al indicar que se dio, sobre todo durante el siglo XVIII, una amplia promoción del discurso sobre el ejercicio de la sexualidad, con la finalidad de que éste pudiera ser objeto de control por parte del Estado;[41] así, ubica a la sexualidad como una acción restringida desde el punto de vista del derecho, para luego analizarla, desde la óptica del cometedor, como un comportamiento que manifiesta al ser humano como sujeto de deseos, condición a partir de la cual, reconoce su ser natural;[42] finalmente, observa a la sexualidad desde la óptica de los discursos morales, que exaltan la moderación de los placeres, a través de una sexualidad austera.[43]

La historiográfica norteamericana no se ha mantenido al margen, prueba de ello es el libro *Sexualidad y matrimonio en América hispánica, siglos XVI-XVIII,*[44] coordinado por Asunción Lavrin, estudio que consta de varios artículos dirigidos a las diferentes manifestaciones, ordenamientos y problemáticas surgidas de las prácticas sexuales ejercidas fuera del matrimonio. Esta obra resalta la individualización de los actos cometidos, así como de la culpa que conllevaban; de modo que puede percibirse

[41] FOUCAULT, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*.
[42] FOUCAULT, *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*.
[43] FOUCAULT, *Historia de la sexualidad III. La Inquietud de sí*.
[44] LAVRIN, *Sexualidad y matrimonio*.

la intervención del libre albedrio en la conducta, misma que, desde la visión teológica, contemplaba a las conductas sexuales como hechos pecaminosos pero voluntarios, lo cual asignaba al cometedor la responsabilidad ineludible de sus actos.

Por su parte Patricia Seed, incursionó en el tema de la sexualidad, la moral y el honor; en su libro *Amar, honrar y obedecer en el México colonial: conflicto en torno a la elección matrimonial, 1574-1821*,[45] expone que durante el siglo XVII al amor se le vinculó con la voluntad y la elección racional del futuro cónyuge, y al honor se le identificó mediante la conducta sexual virtuosa de las mujeres y el carácter sagrado de la promesa de matrimonio. Pero en el siglo XVIII hay un cambio en su percepción, ambos conceptos se vincularon culturalmente a otras condiciones, el amor y la voluntad fueron considerados sentimientos inestables, mientras que al honor se le comenzó a equiparar a la riqueza y al estatus social, por lo que dicha condición terminó haciéndose casi exclusiva de los sectores privilegiados de la sociedad, aun en materia sexual.

Del mismo modo, Ann Twinam, es otra investigadora estadounidense que también se suma a la literatura sobre el tema de la sexualidad; en su obra *Vidas públicas, secretos privados*,[46] aborda la sexualidad ilícita en Hispanoamérica, pero desde la ilegitimidad producto de ella, preponderando el amplio significado y peso del honor público para la sociedad hispanoamericana. En su estudio muestra cómo tanto los actos sexuales ilícitos como la ilegitimidad eran condiciones maleables; si bien, ambas incidían en la consideración de honorabilidad de quien los efectuaba o portaba, no necesariamente se mantenían fijos de por vida, al contrario, su efecto podía ser borrado, dada la condición "elástica" del honor sexual, y la condición flexible de la ilegitimidad, que como "defecto de nacimiento", tenía la posibilidad de ser corregido en algún punto de la vida.

De modo que, el sexo prematrimonial se mantuvo vigente durante el periodo colonial, y sus manifestaciones, así como sus consecuencias, también han sido

[45] SEED, *Amar, honrar y obedecer*.
[46] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados.*

estudiadas en Latinoamérica, en Colombia por ejemplo Pablo Rodríguez Jiménez fue de los primeros en abordar la temática desde la historia social, de la familia y de la vida privada, en su libro *Seducción, amancebamiento y abandono en la colonia*,[47] aborda la sexualidad desde las relaciones informales surgidas de la cohabitación prematrimonial, la feria nupcial y sus conflictos, demarcando que éstos presentaron las mismas características en los grupos subalternos que en los de las élites, en cuanto a la elección de pareja. Plantea el tema desde la individualidad, para luego trasladarlo al ámbito local, desde donde lo expande para mostrar finalmente un panorama general de la sociedad colonial colombiana.

Otro interesante estudio lo ofrece el libro *Honor, sexualidad y transgresión en Mérida, siglos XVIII-XIX*,[48] donde, desde el caso venezolano, los diversos autores que integran la obra, abordan el tema de la sexualidad desde el imperativo del honor, mostrándolo como una máscara que podía encubrir una conducta inapropiada. Analizando la problemática del amor y del erotismo, a través de rasgos psicológicos, caen en la conclusión de que, el honor no necesariamente era una categoría observada en la conducta de los personajes estudiados, pero su presunción pública enmascaraba sus prácticas sexuales, según las circunstancias e intereses.

En el caso limeño, un estudio reciente es el realizado por Jorge Luis Rojas, que, enfocado en aquellos que cohabitaban sin estar casados, señala la posición que éstos tenían en la sociedad. Ubica a la sexualidad ilícita que desempeñaban, como una práctica tolerable, debido a que éstos se encontraban dentro de la sociedad, no al margen, como con frecuencia se les asigna. En su trabajo "Uniones prohibidas, ¿para quién?",[49] expone además que, los involucrados en tales relaciones no estaban en contra del modelo matrimonial, solo lo adaptaban a su situación y necesidades; asimismo, argumenta que, debido a los vínculos sociales y solidaridades establecidas en su entorno social, integrado por parientes, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, y demás personas con las que interactuaban, la cohabitación de una pareja sin matrimonio

[47] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, *Seducción, amancebamiento y abandono en la colonia*.
[48] RAMÍREZ MÉNDEZ, *Honor sexualidad y transgresión en Mérida, siglos XVIII-XIX*.
[49] ROJAS RUNCIMAN, "Uniones prohibidas, ¿para quién?".

previo, dejaba de ser un delito para los que los rodeaban y se convertía en una relación reconocida y aceptada. Aunque tal tolerancia, no eximía a los hijos nacidos de esas relaciones de ser ubicados como ilegítimos.

Ahora bien, en México el estudio de los comportamientos sexuales, abordado desde la Historia de las Mentalidades, ahora denominada Nueva Historia Cultural, empezó a cobrar importancia desde los años 80's, alcanzando auge en los 90's y prolongándose hasta hoy en día. Uno de los trabajos pioneros surgidos de esta corriente historiográfica es *De la santidad a la perversión o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*,[50] libro colectivo coordinado por Sergio Ortega Noriega, en donde se afronta la problemática surgida, a lo largo de los siglos XVI al XVIII, debido a la desviación de los parámetros que la moral sexual demarcaba. Analizando los casos desde una perspectiva muy peculiar, manifiesta que la omisión de éstos no siempre se dio por una oposición deliberada a ellos, sino que respondió a otros factores, como el entendimiento erróneo de sus designios, lo que derivó en una aplicación equivocada de ellos; incluso, la desviación podía surgir debido a un profundo interés de cumplir la norma al pie de la letra, pero por no estar en posibilidades de hacerlo, terminaban vulnerándola.

En esa misma línea se circunscribe la compilación del Seminario de Historia de las Mentalidades y Región en México Colonial, titulada *El placer de pecar y el afán de normar*,[51] donde los artículos que la integran tienen en común el estudio de sectores marginales que ejercían su sexualidad al margen de la norma; en cuyas conductas puede observarse que, el placer habido en la clandestinidad de ellas, superó el miedo al castigo, dejando de lado las reglamentaciones a las que tenían que sujetarse. Debido a ello es que, ni los discursos teológicos, en el ritual de la confesión, ni la legislación aplicada por diversas autoridades, resultaron eficientes para poner freno a los deseos.

[50] ORTEGA NORIEGA, *De la santidad a la perversión o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana.*
[51] *El placer de pecar y el afán de normar*.

Asimismo, en los trabajos de Teresa Lozano Armendares, quien ha ahondado en el análisis de las comunidades domésticas y su cotidianidad, sobre todo en lo referente a la violencia conyugal y al adulterio, se percibe el seguimiento de esa línea, que manifiesta a la desviación del orden moral como resultado de una inadecuada y confusa normativa, más que a la voluntad de transgredirla. En su libro *No codiciarás la mujer ajena. El adulterio en las comunidades domésticas novohispanas,*[52] así como en otras obras de su autoría, indica que las faltas hechas a la norma moral no siempre se efectuaron para desafiar la autoridad, sino que surgían de la manipulación, adaptación o interpretación a conveniencia de las normas, para acomodarlas a las circunstancias personales de ciertos individuos.

En los años noventa surge otra interesante obra colectiva, la cual fue compilada por Ivonne Szasz y Susana Lerner, titulada *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales,*[53] la cual también hace un acercamiento al tema de la sexualidad desde diferentes enfoques y temporalidades, pero presentando la novedosa aportación de otorgar definiciones conceptuales del término desde las ciencias sociales; así se puntualiza a la sexualidad como una construcción cultural, que encierra en sí misma una amplia gama de manifestaciones, prácticas y discursos que giran en torno a las relaciones corporales, la cual puede orientar y restringir elecciones y deseos, dependiendo de la cultura de la comunidad donde se desarrollen.

Pero, además de las abundantes obras colectivas que abordaron el tema de la sexualidad en las décadas de los ochenta y noventa en México, existen trabajos individuales que también tocaron el tema, como el de Marcela Suárez Escobar, *Sexualidad y norma sobre lo prohibido,*[54] el cual, como ella misma indica, se centra en el estudio de los pobres, pues refiere son los elegidos por la justicia para el proceso de criminalización, agregando que, el solo hecho de pertenecer a las clases subalternas,

[52] LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás la mujer ajena*.
[53] SZASZ y LERNER, *Sexualidades en México.*
[54] SUÁREZ ESCOBAR, *Sexualidad y norma sobre lo prohibido. La ciudad de México y las postrimerías del virreinato*

daba la posibilidad de ser incluidos en algún proceso criminal. En su investigación asume a la sexualidad como la "objetivación de un miedo posible", surgido de la modernidad ilustrada, señalando que dicha modernidad pudo haber generado un sentimiento colectivo de inseguridad, el cual es perceptible en la insistente representación de las prácticas sexuales, su constante presencia en los discursos, así como en los grandes esfuerzos por lograr su normatividad y control.

Esta idea también se observa en el trabajo de José Luis Trueba, *Historia de la sexualidad en México*,[55] donde, asimismo, señala que fue sobre todo en la segunda mitad del siglo XVII, cuando se aceleraron los mecanismos de control y vigilancia de la sexualidad novohispana, para hacer frente a las ideas emanadas de la Ilustración. Su estudio pone atención en la erótica indígena, vista desde la óptica española, distinguiendo que, debido al proceso "civilizatorio" que pretendían infundir en el nuevo mundo, se dio un cambio tanto en el ámbito punitivo como en el mental, cuya asimilación desembocó en la creación de una nueva cultura y concepción del orden moral en torno a la sexualidad.

El orden y desorden social en la vida cotidiana novohispana, fue estudiado ampliamente por Pilar Gonzalbo en sus diversos libros, en *Familia y orden colonial*,[56] en *Vivir en la Nueva España: orden y desorden en la vida cotidiana*,[57] así como en otros tantos trabajos, en donde plantea a la transgresión habida en la moral sexual como un comportamiento derivado de las vivencias cotidianas, pero sobre todo de la maleabilidad de las leyes, pues señala que el individuo siempre ha encontrado la forma de adecuar las normas a sus necesidades, dando como resultado la flexibilidad, contradicción e inaplicabilidad de éstas.

En algunos de sus estudios más recientes, puede notarse la incursión al tema de la sexualidad desde el enfoque de los sentimientos y las emociones, ejemplo de ello es su artículo "Afectos e intereses en los matrimonios de la ciudad de México a

[55] TRUEBA LARA, *Historia de la sexualidad en México*.
[56] GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*.
[57] GONZALBO AIZPURU, *Vivir en la Nueva España*.

fines de la colonia",[58] así como el libro que coordinó, titulado *Amor e historia. La expresión de los afectos en el mundo del ayer*,[59] donde, además de mostrar que las emociones también pueden ser historiadas, los autores desarrollan la vinculación del amor y la sexualidad, desde diferentes ángulos: la poesía, en donde ambos son idealizados; la familia, donde se aprecia cómo la vinculación afectiva iba más allá del parentesco, y desde la consideración de amor pecaminoso, dejando ver que la sexualidad ilícita fue un asunto en el que estuvieron involucrados todos los estratos sociales, no solo los más bajos; desde los esclavos hasta los clérigos, abogados y virreyes tuvieron comportamientos que pusieron en entre dicho su moral sexual.

Ahora bien, en el caso de la historiografía michoacana, Isabel Marín ha estudiado a la sexualidad ilícita desde el adulterio, el rompimiento de esponsales y la aplicación de justicia. En su trabajo "Lujuria en la ciudad: el adulterio en Valladolid de Michoacán a finales del siglo XVIII",[60] analiza a la sexualidad ilícita extramatrimonial, como una práctica cometida tanto por hombres como por mujeres, la cual era efectuada sin pretensión de ocultarla, al ser aceptada en la mayoría de los casos. Mostrando con ello a una sociedad que, como la autora señala, se mantenía dinámica, pero era sensible y manifestaba sus sentimientos a pesar de lo mal vistos que pudieran ser por el resto de la población.

Por otra parte, en su artículo "Estrategias femeninas ante el incumplimiento a la palabra de matrimonio",[61] realizado en coautoría con Gustavo González, muestran lo común de la sexualidad prenupcial, pero también lo perniciosa que podía ser. La desarrollan como un arma de doble fijo, ya que comúnmente, su práctica traía una serie de inconvenientes para los involucrados; la integridad de las mujeres terminaba siendo cuestionada, pues, aunque ellas buscaban ampararse bajo la consideración de débiles, vulnerables y "engañadas" ante la justicia, con frecuencia

[58] GONZALBO AIZPURU, "Afectos e intereses en los matrimonios de la ciudad de México".
[59] GONZALBO AIZPURU, *Amor e historia. La expresión de los afectos en el mundo del ayer*.
[60] MARÍN TELLO, "Lujuria en la ciudad: el adulterio en Valladolid de Michoacán a finales del siglo XVIII".
[61] GONZÁLEZ FLORES Y MARÍN TELLO, "Estrategias femeninas ante el incumplimiento a la palabra de matrimonio".

quedaban desacreditadas y tachadas de libertinas. Los hombres por su parte, a veces debían asumir su responsabilidad y legitimar la unión, por indeseada que les resultase, aunque cierto es que muchos lograron escapar al compromiso, y al daño de su honorabilidad.

En su obra *Delitos, pecados y castigos: justicia penal y orden social en Michoacán 1750-1810*,[62] plantea la personalidad jurídica de los comportamientos sexuales ilícitos, y cómo eran castigados, haciendo la distinción de que para la sociedad vallisoletana causaba mayor escándalo el adulterio que el amancebamiento, asimismo que en las denuncias por adulterio, los resultados esperados eran distintos en hombres que en mujeres, pues mientras ellos lo hacían para recuperar su honor, ellas lo que pretendían era recuperar a su marido, notándose con ello la diferente significación que estos delitos podían tener en la cultura novohispana, en este caso en la vallisoletana.

Ahora bien, respecto a investigaciones específicas sobre sexualidad en el periodo colonial, para el caso de Pátzcuaro, cabe puntualizar que se carece de un estudio que la aborde ampliamente; solo la tesis de maestría de Laura Gemma Flores, *Pátzcuaro en el siglo XVII: grupos sociales y cofradías*,[63] ha tocado tangencialmente el tema. La autora habla sobre la ilegitimidad habida en la ciudad, ofreciendo datos relevantes sobre ella, aunque sin ahondar en las relaciones que la originaron, puesto que no es su objetivo; sin embargo, manifiesta la pertinencia de estudiar a fondo la creciente tasa de nacimientos ilegítimos habidos en Pátzcuaro en el periodo colonial, dejando un amplio espacio a la formulación de hipótesis sobre ello.

Así, luego de un breve y general recorrido por la historiografía que ha estudiado a la sexualidad ilícita, en diversas temporalidades y latitudes, son evidentes las sustanciosas aportaciones que los autores han hecho, pero, asimismo, son visibles también las vetas que han dejado abiertas para ser exploradas. En el caso michoacano son aún más notables, ya que los estudios que hay respecto al tema de las conductas ilícitas que trastocaban la moral sexual, son sumamente escasos, como ya ha podido

[62] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos en Michoacán*.
[63] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII*.

observarse. Respecto a Pátzcuaro, cabe destacar que se carece de uno que analice a fondo las prácticas sexuales ilícitas que tuvieron lugar durante la época virreinal, cuyo abordaje sería una novedosa e interesante aportación, ya que abriría más líneas de investigación, y por tanto continuaría enriqueciendo la historia social regional, a la vez que serviría de complemento a la vasta historiografía que existe sobre el tema a nivel nacional.

En atención a lo mencionado, surge el objetivo de la presente investigación, que es el análisis de las prácticas prenupciales y extramatrimoniales en Pátzcuaro Michoacán durante el siglo XVII, mismas que, por sus condiciones, recayeron en sexualidad ilícita; poniendo especial atención en sus características, manifestaciones, pero sobre todo en las motivaciones que posiblemente llevaron a incurrir en ella. Se pretenden plantear directrices que ayuden a comprender y explicar el porqué de su práctica, así como la repercusiones sociales y judiciales que su comportamiento traía.

Del objetivo general se desprenden otros más específicos, el primero de ellos es mostrar cómo estaba conformada la ciudad de Pátzcuaro en el siglo XVII, siendo indispensable conocer el espacio donde se desenvolvían las relaciones ilícitas a estudiar. En este sentido, mostrar las condiciones que presentaba la ciudad en sus diferentes rubros resulta fundamental, por ello se pretende hacer un acercamiento a su situación territorial, administrativa y económica, misma que la colocó como un centro sobresaliente del virreinato. Su conformación social es otro punto importante a estudiar. A través del análisis de las diversas condiciones de que constó Pátzcuaro en la época señalada, se podrá determinar si éstas influyeron en el comportamiento de sus habitantes.

Por otro lado, hacer un acercamiento al matrimonio resulta necesario, ya que, al ser el único medio para legitimar la vida en pareja, era, por consiguiente, la única forma legal y moralmente aceptada para poder ejercer la sexualidad, por tanto, es fundamental entender la trascendencia que dicho acto representaba social, religiosa y legalmente en la época y lugar de estudio, para después poder contrastarlo con

aquellas formas que lo evadían. Se pretenden destacar las condiciones bajo las que se regía, partiendo de cuatro puntos principales: como institución y sacramento, como manifestación de la libre voluntad de unión perpetua, como único medio para desarrollar una sexualidad lícita, y finalmente, como forma de vida.

Una vez atendido el enlace conyugal y sus condiciones, otro objetivo será analizar su contraparte, es decir las relaciones ilícitas que conformaron amoríos ocasionales, amancebamientos y adulterios, los cuales, como atentados contra las buenas costumbres, no solo configuraron pecados, sino que llegaron a trascender a delitos contra el orden y la moral pública. El análisis de éstos se hará desde dos perspectivas: su concepto y su práctica; así desde la legislación, la liturgia católica y los tratados moralistas de la época, se pretende investigar el significado y trascendencia de estas transgresiones, mientras que, a través de su práctica, es decir, de las personas que los efectuaron, se desea conocer los motivos que tuvieron para enrolarse en ellos, los factores que los propiciaron y la finalidad que con ellos obtuvieron.

Así una vez analizada la sexualidad ilícita existente, se dará lugar al estudio de la aplicación de justicia como otro objetivo planteado. Los comportamientos sexuales ilícitos referían un pecado, pero también podían llegar a configurar un delito, de modo que ameritaron atención y sanción por parte de las instancias religiosas, pero también por las civiles. A partir del actuar de éstas, se pretende indagar sobre la manera en que cada uno fue juzgado, contrastando su concepción desde la teoría con la manera en que fueron procesados en la práctica.

Estos objetivos planteados, responden a varias interrogantes surgidas, la primera es ¿cómo estaba conformada la ciudad de Pátzcuaro? ¿Qué condiciones presentaba durante el siglo XVII, que la posicionaron como un sitio sobresaliente, no solo de la provincia, sino del virreinato? ¿Cuál era la forma de vida de sus habitantes? ¿Qué actividades desempeñaban y cómo se desenvolvían en el acontecer cotidiano?

El matrimonio, como único medio aceptado para ejercer la sexualidad y dar paso a la formación de la familia ¿Bajo qué premisas y atribuciones se regía? ¿Cuál fue su trascendencia social y legal en la época y lugar de estudio? ¿Cuál fue el orden

social de las nupcias? ¿Cómo se le concebía a la sexualidad en el matrimonio? ¿Qué implicaciones conllevó la vida conyugal?

Los comportamientos sexuales ilícitos, como transgresiones del comportamiento ideal amparado por la moral y la religión ¿qué características poseían? ¿Cómo se manifestaron en el lugar de estudio? ¿Por qué a pesar de la proliferación de tratados, confesionarios y catecismos se transgredía el orden sexual dispuesto? Sí la libre elección de pareja se aplicaba en el entorno michoacano ¿Por qué se transgredía la norma matrimonial? Si se contaba con las condiciones para llevar a cabo el enlace ¿A qué se debió la negativa a formalizar y legalizar la relación? Y quienes aceptaron apegarse al matrimonio ¿Por qué terminaron transgrediéndolo? ¿Cuáles fueron los detonantes para la fractura amorosa? ¿Cuáles las motivaciones para evadir las disposiciones de conducta moral establecidas? ¿La zona en donde vivían influyó en su comportamiento?

Los delitos a abordar eran considerados atentados de importancia contra el orden, las buenas costumbres y la moral sexual pública, de modo que eran sancionados por las autoridades civil y eclesiástica, pero ¿Cómo estaban constituidos estos foros de justicia en Pátzcuaro? ¿Cuál era su organización y funciones? ¿Cómo procedían? ¿Cuál era su postura frente a los delitos de índole sexual? ¿Había relación entre la teoría y la práctica, respecto a la gravedad dependiendo del delito sexual que fuese practicado? ¿Qué importancia tuvieron las transgresiones sexuales para las autoridades? ¿Qué medidas se tomaron para contenerlas? ¿Qué consecuencias les trajeron a los involucrados? ¿Por qué si el índice de ilegitimidad en Pátzcuaro era alto, fueron relativamente pocos los procesos criminales iniciados a causa de una relación ilícita? ¿Realmente se castigaba la sexualidad por el solo hecho de efectuarse fuera del matrimonio? o acaso ¿había condiciones específicas que la hacían objeto de una causa judicial?

La hipótesis planteada para responder tales cuestionamientos y afianzar los objetivos dispuestos es la siguiente: en Pátzcuaro la pauta de la moral sexual era aceptada colectiva y públicamente, pero a su vez desvirtuada y desaprobada de manera

individual. El honor que podemos identificar como "público" era importante mantenerlo, ya que la imagen proyectada al exterior era la prioritaria, porque era la que interesaba a la sociedad; por ello tantos niños fueron abandonados o bautizados como hijos "de padres no conocidos", a fin de salvaguardar o resarcir el honor simbólico que sus padres, debido a una relación ilícita, habían puesto en riesgo. El elevado índice de ilegitimidad evidencia que, la sexualidad desbordó los límites que el matrimonio y "las buenas costumbres" franqueaban; asimismo que, mientras públicamente el honor cobraba relevancia, en lo privado, no ameritó mayor observancia.

El cumplimiento de la norma no fue lo que mantuvo la imagen apacible de la ciudad, fueron la discreción y el disimulo, o en su defecto, el encubrimiento sostenido por una red de complicidad social que tenía a bien ocultar lo que pudiese dañar la imagen pública; así a la vez que se exaltaba la preponderancia del decoro y la decencia, bajo una fachada de virtud moralista, en la intimidad tales virtudes eran pasadas por alto.

Las emociones personales cobraron sentido y fuerza ante la norma moral católica que intentaba enmarcar las conductas, ubicándolas en lícitas o prohibidas, dependiendo de cómo se efectuasen. La voluntad de confinarse a unas u otras, fue una decisión tomada en favor de deseos, intereses y afectos pretendidos; por ello tanto personas casadas como solteras, vieron en el establecimiento de una relación sexo-afectiva al margen del matrimonio, la forma de sortear sus diferentes necesidades emocionales. Y en ello, las condiciones sociales y económicas de la ciudad de estudio influyeron.

Pátzcuaro durante el siglo XVII se consolidó como una ciudad importante administrativa y económicamente; era la cabecera de la Alcaldía Mayor de Michoacán y el lugar elegido por el alcalde Mayor para fijar su residencia, asimismo fungió como un centro mercantil sumamente sobresaliente, siendo un punto de enlace entre los centros novohispanos más importantes de la época, lo que hizo que no solo hubiese un flujo dinámico de variedad de productos, sino también de personas, especialmente de hombres que iban y venían a la ciudad. La salida de hombres

naturales de Pátzcuaro, casados en su mayoría, fue constante, como lo fue también el arribo de forasteros, que cada vez tendía a incrementar más; ambas situaciones generaron, por un lado, que las parejas casadas no siempre estuvieran juntas, lo que ocasionó en más de una ocasión la fractura emocional; por el otro, la llegada de hombres a la ciudad auspició el establecimiento de relaciones sexuales y afectivas con las lugareñas, pero sin un interés matrimonial. Atraídos por la libertad que las relaciones ilícitas ofrecían, optaban por entablar amancebamientos, donde obtenían favores domésticos, pero sin la atadura de un compromiso perpetuo e indisoluble.

De cualquier forma, si la pareja era cuidadosa y no ventilaba su relación públicamente podía escapar al castigo. La intervención de la justicia tuvo lugar solo cuando las manifestaciones de la sexualidad se volvían públicas, pues más allá de normar y sancionar los comportamientos que no correspondían al orden moral de la sexualidad que la religión católica demarcaba, lo que perseguía y castigaba era la "desvergüenza" con la que eran efectuados.

Cuando las prácticas sexuales no traspasaban el espacio privado, la transgresión no pasaba de ser un pecado de fragilidad que solo afectaba la conciencia de quien lo efectuaba, cuya culpa espiritual podía ser liberada al desahogarla en el confesionario, y asimismo perdonada al recibir la absolución, sin que necesariamente trajese consecuencias judiciales para el penitente, ni irremediablemente dañara su honra. Pero cuando la sexualidad ilícita se tornaba pública, la situación era diferente, ya no solo se trataba de un pecado íntimo, sino que se convertía en uno público, que por su publicidad se consideraba escandaloso y por lo tanto delictivo, puesto que vulneraba la imagen de moralidad que debía imperar en la ciudad; así al ser expuesta, se convertía en una conducta notoria y conocida que ameritaba ser controlada.

Las faltas a la moral sexual eran comunes, pero si se manejaban con discreción no causaban mayor sobresalto en la sociedad, a menos que sus manifestaciones se exhibieran abiertamente y sin recato alguno. La sexualidad ilícita, a pesar de ser una condición pecaminosa y desaprobada, era tolerada dependiendo de

la forma en la que se llevase a cabo; se reconocía la debilidad de la carne y la fragilidad del género humano, de modo que un "tropiezo" no causaba tanto sobresalto.

Sin embargo, una cosa era cometer alguna "torpeza", y otra persistir en una relación que sabían era prohibida, y más aún mostrarla públicamente, lo cual convertía su proceder en un osado atrevimiento, el cual por la misma desvergüenza con que era efectuado ameritaba castigo. No era la falta en sí la que se castigaba, sino la ausencia de vergüenza, de decoro y de discreción al cometerla, pues de lo contrario, aun y cuando no generase sospecha en los vecinos, al ser descubierta hubiese sido juzgada por los foros judiciales, pero no sucedió así.

De modo que la sexualidad ilícita solo ameritó atención por parte de las instancias de justicia, cuando su cometimiento involucró a los demás miembros de la sociedad, ya que los agentes consideraban que al enterarse de su práctica corrían el riesgo de imitarla; de tal forma que el castigo ejemplar era necesario, y fue utilizado como advertencia de las consecuencias que podría traer la publicidad de su osadía y carencia de recato.

Dicho lo cual, la metodología bajo la cual se llevó a buen término el presente proyecto de investigación, se sustenta en la consulta de fuentes archivísticas y bibliográficas tanto físicas como digitales. Las fuentes primarias fueron imprescindibles en todo momento, desde la delimitación y elección del tema, hasta el desarrollo y conclusión del mismo. La documentación de diversos repositorios archivísticos fue de consulta obligada, principalmente la contenida en los Archivos Históricos Municipal de Pátzcuaro (AHMP) y Casa de Morelos (AHCMO), donde desde el primer acercamiento los indicios fueron sumamente alentadores, al encontrar procesos criminales a causa de relaciones ilícitas y otros asuntos relacionados a las relaciones domésticas. A estos recintos locales, se suma el Archivo General de la Nación (AGN), ubicado en la Ciudad de México, donde localicé también información sustancial que ayudó a completar, y sobre todo a ampliar, el escenario patzcuarence del siglo XVII.

La pandemia por el COVID 19 dificultó la actividad en los archivos históricos, afortunadamente hoy en día se cuenta con diversas herramientas electrónicas al alcance, que ofrecen al público diferentes archivos digitalizados de fácil acceso, como la plataforma de FamilySearch.org donde pude consultar, desde mi hogar, los libros matrimoniales y de bautismos efectuados durante el siglo XVII, los cuales se encuentran en el Archivo de la Parroquia de Pátzcuaro (APP), fundamentales para indagar y medir tendencias en los asuntos nupciales y de natalidad. Asimismo, la consulta del portal de los Archivos Españoles (PARES), otro instrumento digital, me permitió accesar virtualmente al Archivo General de Indias (AGI) y al Archivo Histórico Nacional de Madrid (AHNM), donde también localicé valiosa información.

A la consulta de los repositorios archivísticos, se sumó la búsqueda, recolección y procesamiento de fuentes bibliográficas, las cuales pude localizar ampliamente de manera digital, pero mayormente de modo físico en la Biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas y en la de la Facultad de Historia, ambas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH).

La elaboración de la presente tesis no fue tarea sencilla, comenzando por la contingencia sanitaria debido a la pandemia, que ameritó una diferente forma de trabajo y organización, situación que muchas veces retrasó y dificultó el avance en su construcción; sin embargo, la información recabada, aunque de manera paulatina, fue lo suficientemente abundante y valiosa, haciendo posible crear este trabajo de investigación que, desarrollado en cinco capítulos, hoy satisfactoriamente se presenta.

El primer capítulo, titulado **PÁTZCUARO EN EL SIGLO XVII: "EL PAÍS DELEITABLE Y AMENO" DEL TEATRO AMERICANO**, ofrece un panorama general de la forma en que estaba constituida la ciudad durante el siglo XVII, destacando sus favorables condiciones geográficas y su papel preponderante en el espacio novohispano, como punto comercial estratégico en la región suroccidental de la Nueva España, fungiendo como prolongación del comercio de ultramar en tierra adentro. Asimismo, se muestra la organización administrativa civil y eclesiástica habida en Pátzcuaro, los principales servicios y establecimientos públicos con los que

contaba, la composición social que tuvo y las actividades económicas realizadas por los diversos grupos sociales que la habitaban; condiciones que influyeron en su comportamiento.

El segundo capítulo lleva por nombre **EL MATRIMONIO, UTOPÍA DE LA MORALIDAD SEXUAL EN PÁTZCUARO,** en él se atienden los pormenores que el enlace conyugal englobaba, a partir de diferentes ángulos, comenzando por su concepción como sacramento e institución, destacando las premisas seguidas para poder efectuarlo, señalando además el orden social que las nupcias siguieron. Se aborda también la cuestión de la libre voluntad en la elección de consorte, a partir del análisis de los esponsales contraídos. De igual forma, se estudia al matrimonio como el único medio para desarrollar una sexualidad lícita, así como las pericias que la vida conyugal implicó.

El tercer apartado intitulado **LA SEXUALIDAD LIBRE. SEDUCCIÓN, ESTRATEGIAS Y CONVENIENCIAS COMO ADAPTACIÓN DE SU PRÁCTICA,** se enfoca en aquellas relaciones consensuales dadas al margen de la legitimidad, donde la *libertad* parece tener el papel principal, pero donde la ambigüedad de éstas cobra relevancia y los desafortunados desenlaces ganaron terreno. Los amoríos fortuitos y los amancebamientos analizados, muestran una evidente renuencia, desinterés o imposibilidad, para formalizar su unión mediante el matrimonio.

El cuarto capítulo lleva por nombre **UNA EXCLUSIVIDAD SEXUAL DESAFIADA: LA REBELDÍA DE LOS AFECTOS,** y corresponde al análisis del comportamiento que se consideraba un atentado contra el voto matrimonial de la fidelidad: el adulterio. El delito se aborda desde sus diferentes manifestaciones, haciendo hincapié en los factores que fungieron como detonantes, así como en los motivos que mantuvieron a la pareja adúltera en dicha relación, prolongándola por largo tiempo llegando a la cohabitación, y a la suplantación del cónyuge y su espacio doméstico.

Por último, el capítulo quinto, **RESTABLECIENDO LA IMAGEN PÚBLICA DE LA MORAL SEXUAL: EL FUNCIONAMIENTO JUDICIAL EN PÁTZCUARO,** muestra la forma en que estaban integrados los foros de justicia en dicha ciudad, donde había tres juzgados, uno civil, representado por la Real Justicia, y dos eclesiásticos, el Juzgado Eclesiástico y la Comisaría del Santo Oficio de la Inquisición. Se señala la constitución institucional, organización que seguía y jurisdiccion delictiva de cada foro, atendiéndolos por separado, así como a los funcionarios que los integraban, para ofrecer un acercamiento más claro y profundo de la función que desempeñaban. Asimismo, el capítulo profundiza en el rol que jugaron los tres foros de justicia en la práctica, las reglamentaciones y parámetros que cada autoridad siguió, su eficacia y la atención dada a los delitos de orden sexual; demostrando que su intervención dependió del cómo y del dónde se realizaban, no por su simple cometimiento.

Así, luego de un vasto recorrido por el Pátzcuaro del siglo XVII, por sus prolíficas condiciones comerciales, interesantes tendencias matrimoniales, sus comunes prácticas sexuales ilícitas, así como su apremiante necesidad de mantener el honor simbólico y la asidua regulación judicial de la desvergüenza, finalmente se da lugar a las conclusiones, donde se asientan los resultados obtenidos; seguido de lo cual, se enlistan las fuentes de archivo y la bibliografía consultadas, que unidas a cada uno de los elementos que integran la tesis, en su conjunto sustentan y respaldan la presente investigación.

CAPÍTULO I

PÁTZCUARO EN EL SIGLO XVII: "EL PAÍS DELEITABLE Y AMENO" DEL TEATRO AMERICANO

> *«…aunque no es a la moderna, no carece de proporción, y pulimiento, en sus calles, casas, plazas y templos, es el país deleitable y ameno».*[64]

La ciudad de Pátzcuaro gozó de gran trascendencia en la época prehispánica, considerándose incluso, como el lugar con más carga simbólica del reino de Michoacán,[65] importancia que mantuvo durante la época virreinal. En 1539 fue proclamada capital del Obispado de Michoacán, obteniendo los poderes eclesiástico y civil, y aunque años más tarde, en 1575, tanto el ayuntamiento español como la sede episcopal fueron trasladados a Valladolid, Pátzcuaro siguió fungiendo como cabecera de la Alcaldía Mayor de Michoacán. Durante el siglo XVII, dicha Alcaldía tuvo dos ciudades importantes, dos cabeceras, Pátzcuaro y Valladolid, de tal manera que, la sede se vio dividida entre estas dos ciudades, por lo que el Alcalde Mayor residía temporalmente en una y otra.[66] Esta situación se prolongó a lo largo de dicho siglo, ocasionando confusión y pugnas hasta 1786, cuando Valladolid fue proclamada Intendencia, y con ello la prolongada rivalidad llegó a su fin.[67]

Pero su papel preponderante en el espacio novohispano no se reduce únicamente a su rango administrativo, ya que más allá de ser cabecera de la Alcaldía Mayor de Michoacán, Pátzcuaro se ubica como un punto geográfico y comercial estratégico, al ser, como sostiene Edurné Farías, "un enclave y un cruce de caminos importante en la región suroccidental de la Nueva España",[68] conexión que si ya por sí

[64] VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, *Theatro americano*, p. 12.
[65] CERDA FARÍAS, "Pátzcuaro, donde suben y bajan los dioses del cielo", p. 97.
[66] MARÍN TELLO, *Descendientes de conquistadores,* pp. 29-31; JUÁREZ NIETO, *La oligarquía y el poder político,* p. 39.
[67] SILVA MANDUJANO, "La pugna por la capitalidad en la provincia de Michoacán", 1991, pp. 13-25; HERREJÓN PEREDO, *Los orígenes de Guayangareo-Valladolid*, p. 15.
[68] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* p. 33.

sola apuntala su trascendencia en el entramado comercial novohispano, no se queda allí, su espectro se amplía, al manifestar su alcance en un panorama macro, pues como demuestra Farías en su estudio, desde el siglo XVI Pátzcuaro estableció nexos con los principales circuitos mercantiles del Imperio español, lo que por consiguiente le da un rango distinguido respecto a las rutas comerciales de tierra adentro, prolongación del comercio de ultramar. Esta particularidad hizo que se mantuviera como una ciudad dinámica económica y socialmente.

En atención a ello, el presente capítulo tiene como finalidad brindar un panorama amplio que le permita al lector situarse en el Pátzcuaro del siglo XVII. Para ello es necesario primero ubicar a la ciudad en el marco general del mundo hispánico, mostrando la importancia que tuvo para el Imperio español, visible a través de su ruta comercial de tierra adentro como prolongación de la ultramarina. A partir de ahí, se profundizará en sus aspectos particulares, tales como su organización administrativa, social y espacial, es decir, sus condiciones locales, para conocer más de cerca cómo se conformaba el escenario donde se tejían las relaciones ilícitas, objeto de estudio de la tesis.

Así, con más claridad se podrá determinar que las condiciones sociales y económicas de la ciudad de estudio, influyeron en el comportamiento de sus habitantes, pero también en el actuar de la autoridad. Ser una ciudad comercial activa y socialmente dinámica, propició una continua migración masculina y una intermitente estancia en la ciudad, a la vez que favoreció el constante arribo de forasteros; asimismo definió en gran medida el desenvolvimiento de sus habitantes en los diferentes ámbitos, incluyendo el sexual, que, como se verá a lo largo de esta investigación, se evidenció como una conducta que, efectuada al margen del matrimonio, aunque disimulada, fue cotidiana en el singular Pátzcuaro del siglo XVII.

1.1. Pátzcuaro: articulación del circuito comercial del Imperio español en Nueva España.

Pátzcuaro en el periodo colonial se ubica como un punto geográfico y comercial estratégico, por ser el enlace de diferentes zonas, estableciendo nexos con los principales circuitos mercantiles del Imperio español, lo que le da por consiguiente un rango distinguido respecto a las rutas comerciales de tierra adentro, que eran prolongación del comercio de ultramar. Podría parecer exagerada tal determinación, pero el establecimiento de una Real Aduana en una ciudad que no era portuaria, viene a reforzar la destacada participación de Pátzcuaro en la organización comercial española. Para comprender mejor la ubicación y trascendencia de dicha ciudad en el comercio, es necesario remitirnos de manera general a la travesía que realizaban los navíos que surcaban los mares, con el fin de establecer nexos comerciales intercontinentales, así como a la organización portuaria novohispana. El tráfico marítimo del Imperio español funcionaba a través de circuitos comerciales, siendo el de Sevilla-La Española o Cuba-Veracruz-Ciudad de México-Acapulco-Filipinas el más largo e importante por el tipo de productos que transportaba; de ida a Filipinas, llevaban plata novohispana principalmente, y de vuelta a Nueva España y España productos suntuarios orientales de gran valor.[69]

Pero no solo se transportaban productos filipinos, ya que, por ser Filipinas una colonia española inserta en el sureste asiático, así como punto activo de intercambio comercial, a ésta llegaban mercaderes de toda la región, principalmente comerciantes hindúes japoneses, y sobre todo chinos, interesados en el comercio con España y sus colonias.[70] De modo que de China se trasladaban productos de lujo a Europa, y la vía de conexión era América. Así cada año en el Galeón de Manila y en la Nao de China, arribaban con gran variedad de mercancías, entre las que destacaban las sedas, el marfil, las porcelanas, nácar, papel, muebles, tinta, pólvora, azogue para las

[69] DE ITA RUBIO, "Los puertos novohispanos durante los Habsburgo", p. 105.
[70] YUSTE LÓPEZ, "El Eje Transpacífico: la puerta novohispana al comercio con Asia", pp. 211-214; FOLCH FORNESA, "Se hizo camino al andar: cómo se trenzaron las relaciones entre China y España", p. 4.

minas, algunos textiles, frutos, entre muchos productos más; aunque no solo se transportaba mercancía, en esos navíos también venían esclavos y viajeros, cuya travesía y llegada a América no siempre era legal.[71]

La integración en la Nueva España del territorio costero a la economía española durante los primeros dos siglos de colonización, siguió la tendencia de los Habsburgo, de una política comercial monopolizadora, en la cual se escogía un puerto único, a fin de concentrar todo el comercio en un solo receptáculo, teniendo mayor control de las entradas y salidas que se tenían, y facilitando además con ello, la recaudación fiscal y el enlace por mar con las Indias.[72] Pero también como medida de protección ante la creciente piratería que, hacia la segunda mitad del siglo XVI durante el reinado de Felipe II, alcanzó un nivel alarmante; cada vez eran más comunes las incursiones de ingleses, franceses y holandeses en los puertos americanos.[73]

Ante el peligro que esto significaba para la Corona española, y frente a las necesidades de avanzada de la metrópoli en un vastísimo continente, cuyo inmenso litoral no podría ser protegido a cabalidad, debido precisamente a sus dimensiones, como bien señala Lourdes de Ita, fue necesario que los puertos hispanoamericanos tuvieran un número definido de asentamientos estratégicos en las costas y en las islas; a lo cual se sumaría la fortificación de estos puertos también como estrategia de defensa, a la vez que el resto de los asentamientos costeros tenderían a ser retirados tierra adentro.[74]

Así en Nueva España se establecieron dos puertos únicos, uno en Veracruz que funcionaría como entrada y salida del virreinato en su vertiente oriental, enlazando la costa del Golfo de México-Atlántico para el transporte de mercancías con Europa, y a partir de 1565, otro en el Pacífico, en Acapulco, para el comercio con Filipinas; siendo éste la puerta de la vertiente occidental novohispana. Con el

[71] OROPEZA KERESEY, *Los "indios chinos" en la Nueva España*; FOLCH FORNESA, "Se hizo camino al andar: cómo se trenzaron las relaciones entre China y España", pp. 4-7.
[72] OLIVA MELGAR, "Puerto y puerta de las Indias", pp. 94- 95.
[73] DE ITA RUBIO, "Piratería, costas y puertos en América colonial", pp. 163-201.
[74] DE ITA RUBIO, "Los puertos novohispanos durante los Habsburgo", pp. 101-106.

establecimiento de estos puertos quedó establecido el "sistema portuario comercial novohispano".[75]

Durante el siglo XVI la Nueva España constaba de dos ejes perpendiculares, el primero de ellos iba de un océano a otro, era el "Eje Este-Oeste", identificado también como el "Camino de Castilla" o el "Camino de China"; éste cruzaba el Atlántico, pasaba al Pacífico atravesando por la Nueva España para llegar finalmente hasta Filipinas. A partir de este eje, el territorio novohispano se conformó de tres nodos importantes: dos de ellos eran puertos, Acapulco y Veracruz, el tercero era el centro urbano más importante del virreinato, la ciudad de México. Este eje fue fundamental para el comercio español con Asia y abrió caminos que recorrieron el centro del virreinato llevando las mercancías chinas a Europa, entrando por Acapulco y saliendo por Veracruz.[76] Farías señala que, el establecimiento de la ruta Filipinas-Acapulco-México-Veracruz-Sevilla posiblemente fue el principio de lo que hoy llamamos "globalización", porque enlazó a tres continentes y abarcó en su travesía, más de medio planeta.[77]

El segundo eje, llamado Eje Norte-Sur, corresponde a los caminos novohispanos, y fue conocido como "el Camino Real" o "el Camino de Tierra Adentro", cuya ruta iba de la ciudad de México hacia el norte, a las regiones mineras de Zacatecas. La función de este eje básicamente era unir dicha región económicamente importante, con la capital del virreinato novohispano.[78] Este enlace era el que permitía que las mercancías que llegaban a los puertos de Nueva España, se dispersaran por las diferentes ciudades que conformaban el virreinato, dando movilidad económica a éstas; como afirma Chaunu, la economía novohispana se conformó como una economía de ciudades, las cuales tenían su desembocadura en la ciudad de México.[79]

[75] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* p. 61.
[76] CHAUNU, "Veracruz en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII", pp. 526-527; FARÍAS ESCALERA *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* pp. 60-61.
[77] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* p. 12
[78] CHAUNU, "Veracruz en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII", pp. 527-528; FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* pp. 61-63.
[79] CHAUNU, "Veracruz en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII", pp. 527-528.

Así, los puertos, los asentamientos y los caminos se manifiestan como los tres elementos fundamentales de la organización del espacio, como refiere De Ita, ya que mientras los asentamientos son los nodos de población, los caminos son los ejes, y los puertos, pueden ser pivotes o nodos por los que la movilidad de gente, información, mercancía, capitales, tecnología y cultura de un espacio, ya marítimo o terrestre, se da a otro.[80]

Farías sostiene que varios productos relacionados con el codiciado comercio oriental fueron introducidos por los caminos que iniciaban en la costa suroccidental novohispana y terminaban en lugares distantes del interior, lo que dio lugar a que los caminos de tierra adentro se fueran definiendo, al buscar los atajos y senderos más simples, las rutas con menores pendientes, y las menos peligrosas para comunicarse de una región a otra.[81] Es ahí justamente donde se inserta la importancia de la ciudad de Pátzcuaro, en el trazo del trayecto comercial español y novohispano, definido a través de los caminos y rutas seguidas.

1.1.1. La ciudad como punto de enlace del suroeste novohispano.

Desde 1565 se estableció el comercio regular entre Manila y Acapulco, cada año iba y venía la nao de China o el galeón de Manila, cargado de productos suntuarios; la travesía duraba varias semanas, y pese al monopolio del puerto de Acapulco, que no autorizaba la entrada de mercancías filipinas y chinas por otros puntos, la navegación de cabotaje que se llevaba a cabo desde que se avistaba la costa californiana, tocaba muchos más puntos de los deseados por la Corona española.[82] Los navíos, antes de llegar a Acapulco, pasaban por los litorales del Obispado de Michoacán, que en el periodo de estudio, correspondían a las costas de los actuales estados de Colima, Michoacán y Guerrero, donde comúnmente encallaban para surtirse de agua y

[80] DE ITA RUBIO, "Piratería, costas y puertos en América colonial", pp. 168-170.
[81] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* p. 16.
[82] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* p. 123.

bastimentos, aprovechando también para desembarcar enfermos y contrabandear artículos orientales, puesto que a esas costas también arribaban náufragos y furtivos.[83]

De modo que, entre los años 1565 a 1700 cuando fue Acapulco el único puerto formal de entrada de la nao de China, la costa sur fue sumamente importante a nivel global, debido a la gran afluencia de productos y también de personas que arribaban con frecuencia ilegalmente. Los oficiales reales de Acapulco sabían que comúnmente se "descaminaban" tanto mercancías como personas, debido a su ingreso ilegal o a su huida. Por eso durante el siglo XVII, se puso especial atención en guardar la costa del Mar del Sur y los caminos que conducían a la ciudad de México.[84] La nao hacía algunas paradas en Banderas, Santiago, Natividad, Zihuatanejo y Zacatula donde las mercancías costosas y de poco volumen, como las sedas y la orfebrería china, eran transportadas a "lomo de mula por sendas extraviadas, al interior de la Nueva España".[85]

Las "sendas extraviadas" eran rutas que enlazaban a la costa con la capital del Virreinato, y a ésta con otros puntos del territorio novohispano, a partir de un entramado de caminos. La red de caminos virreinal, basada en gran medida en las rutas prehispánicas, era limitada debido a la orografía, no obstante, facilitó la expansión y el proceso de colonización, como era su objetivo; a partir de ella, se procuró el tráfico de bienes y productos hacia la ciudad de México y a los poblados mineros, como puntos sobresalientes.[86]

De acuerdo a Edurné Farías, eran cinco los caminos que conducían de la costa suroeste novohispana a la ciudad de México, uno era el que partía de **Navidad**, cuya ruta era Autitlán-Ameca-Guadalajara-Tarecuato-Pátzcuaro-Valladolid-México, otro el de **Colima**, que salía de Coyutlán y seguía la ruta Villa de Colima-Tarecuato-Pátzcuaro-Valladolid-México, el tercero era el de **Zacatula** que seguía el trayecto Tierra Caliente-Uruapan-Pátzcuaro-Zacatecas o ciudad de México, uno más era el de

[83] ROMERO DE SOLÍS, *Andariegos y pobladores,* p. 10.
[84] OROPEZA KERESEY, *Los "indios chinos" en la Nueva España,* p. 80.
[85] CUARTERO ROBLES, *Acapulco, Saltillo y Monterrey en la historia*, p. 53.
[86] SÁNCHEZ VALDÉS, "Mesones y caminos novohispanos", p. 50.

Coaguayana-Zacatula-Uruapan-Pátzcuaro-Valladolid-México; el quinto entraba por **Zihuatanejo** y seguía el recorrido por la región más caliente, Coyuca de Catalán-Zirándaro-Huetamo-Tacámbaro-Pátzcuaro-Valladolid-México o Zacatecas; tanto éste como el de Zacatula eran los más importantes para la penetración del obispado michoacano.[87] Aunque, evidentemente el trayecto no solo implicaba los sitios mencionados, sino más poblados, puede verse la ciudad de Pátzcuaro como referencia constante, al igual que Valladolid, no obstante, comercialmente la primera tuvo supremacía sobre la segunda.

MAPA 1. Caminos "Tierra Adentro" de la Costa Suroeste novohispana



[87] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* pp. 135-187.

Como ya señalaba, la desviación de productos y de viajeros antes de llegar al puerto, era un asunto que preocupaba a la Corona, por eso se desplegó una serie de mecanismos dispuestos a contrarrestar estas "fugas", uno de ellos fue la instauración de aduanas, no solo en los puertos, sino en tierra adentro, a fin de controlar la prolongación del tráfico marítimo y el cobro arancelario. Existía la del camino real a la ciudad de México, pero no era suficiente, la filtración continuaba, de modo que fue necesario el establecimiento de otra que ayudase a captar esos artículos que escapaban al control portuario, la cual debía fijarse en un punto estratégico, donde el flujo comercial frecuentemente convergiese, y el lugar que poseía tales cualidades era la ciudad de Pátzcuaro.

MAPA 2. Pátzcuaro, punto de enlace de diferentes regiones



Su ubicación geográfica se encontraba a poco más de 19 grados y 10 minutos de latitud occidental, distando 47 leguas al poniente de la ciudad de México y 7 de Valladolid. Su posición enlazaba las zonas más importantes de la región, el Bajío, la Tierra Caliente, la Costa, la Sierra, Valladolid y la ciudad de México.[88] Ser el punto de enlace de las zonas más trascendentes le dio un rango privilegiado, lo que seguramente le permitió la implantación de una Real Aduana, pues era, no un paso obligado como lo afirma Castelló,[89] pero si la vía elegida para el trayecto. De modo que, no es casualidad la disposición de una aduana en esa ciudad, su elección estaba fundamentada.

Aunque en Navidad se daba el aviso de la llegada del Galeón, no había una aduana ni en las costas de Jalisco ni en las de Colima, solo en los puestos únicos de Veracruz y Acapulco, así como en los "puertos secos" de México y Pátzcuaro, lo que según Jaime Olveda se debía a que el comercio que había en Colima, aunque complementario, no alcanzó una escala importante.[90] Esta afirmación viene a confirmar el papel preponderante de Pátzcuaro en el movimiento comercial, cuyo dinamismo y abundante tráfico despertó la necesidad de instaurar un centro de control; desafortunadamente son pocos los elementos que se han podido rastrear respecto al funcionamiento de este organismo en Pátzcuaro, pero la sola evidencia de su existencia, marca la pauta de la importancia comercial que tenía la ciudad.

El rango sobresaliente de Pátzcuaro en las actividades mercantiles es visible no solo por formar parte de una incipiente red aduanal novohispana, distribuida a través de los nodos comerciales ya mencionados, sino porque además fue el punto de conexión y articulación entre éstos; la aduana patzcuarence era el receptáculo de las mercancías provenientes de la costa suroeste, pero también de productos regionales como el cobre, así en dicho establecimiento circulaba gran variedad de artículos, de los

[88] SILVA MANDUJANO, "Pátzcuaro, sede de la oligarquía", p. 23-24.
[89] CASTELLÓ YTURBIDE, *Pátzcuaro. Cedazo de recuerdos*, p. 56.
[90] OLVEDA, *La costa de la Nueva Galicia. Conquista y colonización*.

cuales unos eran enviados a la ciudad de México, donde algunos se diseminaban y otros a su vez se remitían a Europa, vía Veracruz.[91]

El comercio transoceánico del Imperio español, a través de América, formó parte del "primer sistema mundial", al que Emmanuel Wallerstein nombra así no porque abarcara la totalidad del mundo, sino por haber sido la mayor unidad política jurídicamente definida,[92] la cual evidentemente se centraba en Europa. De acuerdo a su ordenamiento, dicho sistema tuvo su origen o primera etapa de 1450-1640, y se consolidó en el periodo de 1640-1815, pues después tuvo lugar "la conversión de la economía-mundo en una empresa global, hecha posible por la transformación tecnológica del industrialismo moderno. Ese primer sistema dio origen también a la "economía-mundo", basaba en un vínculo básico entre las partes del sistema, el cual era particularmente económico.[93]

En base a estas definiciones, no sería atrevido decir que Pátzcuaro no solo formó parte importante del movimiento comercial novohispano, sino del "primer sistema mundial", ya que, al ser dicha ciudad un vínculo de la red mercantil novohispana, como ya se vio, también formaba parte de los circuitos comerciales transoceánicos del Imperio español, mismos que dominaban esa "economía mundo" que funcionaba a partir de diversos puntos o terminales que se conectaban entre sí, a través de la economía. En esa inmensidad de puntos conectores, se posiciona la fausta ciudad de Pátzcuaro que, gracias a esa línea de enlace, mantuvo una basta y activa economía local.

Cada año, en invierno, llegaba el galeón de Manila, a partir de este suceso que dotaba de alegría y algarabía tanto a los habitantes de las costas como a los comerciantes de Tierra Adentro, tenía lugar la feria. La fecha exacta de llegada no era

[91] ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (en adelante AGN), instituciones coloniales, indiferente virreinal, caja 0796, exp. 26, ff. 1-2v. "Queja de don Tomás Días García ante el Fiscal de la Real Hacienda porque el Lic. Don Ignacio José de Ibarrola y el guarda don Francisco José de Vargas introducen en la capital sin pagar alcabala los cobres que les remite el administrador de la aduana de Pátzcuaro", México, 18 de febrero de 1694.
[92] WALLERSTEIN, *El moderno sistema mundial*, p. 21.
[93] WALLERSTEIN, *El moderno sistema mundial*, pp. 17-21.

determinada, por eso la forma de enterarse era dada la proximidad del navío; cuando pasaba a la altura del puerto de Navidad, en las costas del actual Jalisco, se mandaba un correo a México para dar aviso del arribo del galeón al puerto acapulqueño.[94] Es por eso que la noticia de la llegada del navío, a decir de Tomás Oteiza, Castellón y Farías, se conocía en las poblaciones del occidente antes que en la ciudad de México.[95] De modo que el aviso llegaba también primero a Pátzcuaro, pues el correo que se enviaba de Navidad, se conducía de este puerto hacia la capital por el camino que cruzaba dicha ciudad, como ya se señaló.

Una vez recibida la noticia de la llegada de la nao de China, los comerciantes patzcuarences, y de otras regiones, se ponían en marcha acompañados por arrieros de confianza y sus recuas de mulas, iniciando su recorrido de Pátzcuaro hasta Acapulco; es por eso que los arrieros fueron parte fundamental del comercio novohispano, ya que fueron ellos quienes hicieron posible su incursión a la economía mundial, que comenzó a formarse en el siglo XVI. El transporte de mercancías terrestres en Nueva España que éstos conducían, le dio a Nueva España, y por supuesto a España, una posición clave en las rutas comerciales euroatlánticas y asiáticas.[96]

Aunque varios productos no necesariamente arribaron por Acapulco, sino por aquellos "descaminos" frecuentes. Sea cual fuere la condición de su llegada a la ciudad, una cosa es evidente, la variedad de éstos era extensa. La mayoría de artículos provenían de China o de alguna región de Asia; destacaba en ellos la seda y el algodón, pero también el lino y cáñamo, cuyas presentaciones eran diversas, en telas, ropas, medias y mercería; asimismo su calidad era distinta, desde mantas de algodón de muy baja calidad hasta sedas entretejidas con hilos de oro y plata. Las especias también eran codiciadas, particularmente la canela, la pimienta y el clavo. La loza o porcelana, así como la marquetería, de la que destacaban los escritorios y mesas ricamente decorados con marfil, eran productos considerados de lujo, y también tuvieron alta demanda en

[94] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* p. 126.
[95] OTEIZA IRIARTE, *Acapulco: ciudad de las naos de Oriente,* p. 89; CASTELLÓ YTURBIDE, *Pátzcuaro. Cedazo de recuerdos,* p. 56; FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano,* pp. 131-132.
[96] MORO, "Los arrieros novohispanos", p. 82.

Pátzcuaro;[97] debido a ello, los productos provenientes del continente asiático, dejaron una visible influencia oriental en la ciudad.

Es por esta razón que la arriería era un trabajo común en Pátzcuaro, y tan necesario para el comercio como el de los mercaderes viandantes y tratantes. En la ciudad la arriería funcionaba bajo sus dos modalidades. Bernd Hausberger describe dos tipos de arrieros en Nueva España, por un lado, se encontraban los de carrera larga, que traficaban en las rutas principales del eje entre el Atlántico y el Pacífico, así como por senderos dispersos y poco conocidos. Por el otro, los arrieros que se dedicaban a transportar productos a cortas distancias, que comúnmente laboraban en la ciudad y en las haciendas aledañas, que rara vez salían más de unos días de sus casas, y muchas veces lo hacían en la mañana y regresaban en la noche como cualquier trabajador.[98] Los medios de transporte que utilizaban y la forma de transportar productos eran diferentes también; había unos que tenían recuas y carretas, otros hacían el recorrido a pie, a caballo o en mulas.[99]

Al ser Pátzcuaro una articulación comercial, la ida y venida de hombres ocupados de trasladar los productos llegados en el galeón, además de ser necesaria, porque en tierra firme la transportación de mercancía se hacía a lomo de mula, era bastante frecuente. Pero su labor no solo se limitaba a traer los artículos llegados, sino a distribuirlos en los diversos puntos del virreinato, y no siempre pasando por el filtro aduanal.

De manera que, la movilidad social en Pátzcuaro era dinámica debido, en gran medida, a la articulación comercial entre la costa y la ciudad de México, que Pátzcuaro modulaba; pero también por el enlace que a su vez dicha ciudad establecía con otros puntos del Obispado de Michoacán y con otras regiones. De acuerdo a Sylvie Lecoin existían dos tipos de flujos comerciales en el obispado; uno, que podríamos llamar interno, era el referente a los intercambios entre la Tierra Caliente y la meseta,

[97] SILVA MANDUJANO, *La casa barroca de Pátzcuaro*, p. 31.
[98] HAUSBERGER, "En el camino. En busca de los arrieros novohispanos", p. 73.
[99] MORO, "Los arrieros novohispanos", p. 83.

mismo que asegura era el que provocaba desplazamientos más frecuentes, por ser más numerosos y comprender a una gran parte de la población. El otro flujo era el de los intercambios externos, pues era el que sobrepasaba el cuadro de la diócesis, inscribiéndose en el marco novohispano, incluso abarcando Europa; según menciona Lecoin, eran los que favorecían la apertura de los pueblos, pero interesaban a una menor parte de la población.[100]

Al respecto, y dada la argumentación que se ha venido sosteniendo, podemos identificar que Pátzcuaro no solo entraba en la dinámica de ambos flujos, sino que funcionaba también como moderador; para el caso externo y a la luz de los circuitos comerciales, así como de su articulación en tierra adentro a través de los caminos del suroeste, ya se ha venido perfilando la condición que así lo ubica. Lo mismo sucede en el espectro regional, donde aparece como el punto de enlace entre las diferentes zonas del obispado. Ahora bien, sobre los desplazamientos, coincido con Lecoin, en que los más frecuentes y los que más interés despertaban en la población, se inscribían en el flujo interno, pues era en éste en el que participaban más activamente los patzcuarences que, desempeñándose como arrieros, optaban por irse a trabajar a alguna hacienda vecina, o en alguna estancia o labor en la Tierra Caliente, otros incluso en las minas de cobre.

Aunque también estaban los que se iban a la costa, a la ciudad de México, o a Guadalajara, estos destinos eran menos frecuentes, a menos que se tratase de acudir a atender algún negocio, ya fuese como interesado principal, o como acompañante; ya que a veces el traslado requería el apoyo de algún amigo, conocido o sirviente. Los españoles eran los que más acudían a estos lugares, por razones de trabajo, de diligencias legales, o de comercio, quizá por eso, como refiere Lecoin, la ruta externa era en la que menos se incursionaba, y para el caso específico de Pátzcuaro queda comprobado; la población se desplazaba más al interior del obispado, que fuera de éste.

[100] LECOIN, "Intercambios, movimientos de población y trabajo en la Diócesis de Michoacán", pp. 128-129.

No obstante, interna o externamente, la migración fue un fenómeno común en dicha ciudad, sobre todo la masculina. Durante el siglo XVII, tanto hombres casados como solteros de entre 20 y 40 años en edad, es decir, en edad productiva, optaron por salir a buscar otras oportunidades fuera de la ciudad, lo que causó que frecuentemente se encontraran ausentes de su lugar de origen. Cuando las posibilidades de desarrollo se agotaban, la búsqueda de mejora en otro sitio no era una posibilidad despreciable, y así como las salidas de Pátzcuaro eran constantes, la migración a la inversa también lo fue. Llegaba gente de la costa, pero también de otras latitudes como Guadalajara, Querétaro y particularmente de México, pues de la misma forma en que Pátzcuaro enviaba mercancías a la capital del virreinato para su distribución en la ciudad y sus áreas, así como para el embarque a Europa vía Veracruz, de México también se despachaban mercancías hacia Pátzcuaro, vino de Castilla principalmente, el cual generalmente era llevado por vecinos capitalinos.

La llegada de personas, viajeros, visitantes, o tratantes transportando productos, de la Villa de Colima, Puebla de los Ángeles, así como de poblados del obispado como Santa Clara de los Cobres, la Villa de Zamora, Tarímbaro, Valladolid, Tacámbaro, Acuitzio, y demás pueblos, era aún más frecuente. Debido al constante arribo de gente que llegaba y no tenía conocidos con quién albergarse, es que había mesones para forasteros en la ciudad; estos establecimientos estaban destinados a recibirlos, brindarles comida y descanso tanto a ellos como a sus bestias de carga.[101] La presencia de éstos a veces era más constante en Pátzcuaro que la de los propios vecinos de la ciudad, que optaban por salir a trabajar a otros lugares y no siempre volvían, o lo hacían esporádicamente luego de largas temporadas fuera.

El dinámico y prolífico movimiento mercantil de la ciudad resultó atractivo para los extranjeros provenientes de la península europea, generalmente de Castilla y de Burgos, que decidieron quedarse y establecerse en Pátzcuaro,

[101] ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE PÁTZCUARO (en adelante AHMP), fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 8, f. 1. "Mesón para forasteros", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1605; FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* p. 45; MARTÍNEZ BARACS y ESPINOSA MORALES, *La vida michoacana en el siglo XVI,* p. 41 y pp. 72-104.

convirtiéndose muchos de ellos en los dueños de las casas y tiendas ubicadas en la zona principal; así como para familias adineradas del territorio sur de la Nueva España, como Guatemala, por ejemplo. No obstante, la favorable condición de la ciudad no solo atrajo a personas adineradas o deseosas de sobresalir, sino también a forasteros, viandantes y vagabundos, que vieron en ella un lugar propicio para probar suerte.

La presencia de éstos era tal que necesitó reglamentarse a través del bando público. En Pátzcuaro no había cabida para personas ociosas, pues además de dar una mala imagen de la ciudad, vulneraba la seguridad de los vecinos, de sus casas y bienes; por eso en 1622 se dictó la orden de que todo forastero y viandante sin oficio debía enmendar su mala vida y buscar trabajo, dentro o fuera de la ciudad, de lo contrario debía salir desterrado de ella de manera perpetua, so pena de ser enviados a servir en las Islas Filipinas.[102]

Como puede verse, los castigos aplicados en Pátzcuaro sobrepasaban los límites regionales, incluso los novohispanos. Cuando se trataba de conductas rebeldes, la amenaza de ser enviados a las Islas filipinas era común; aunque judicialmente, las autoridades solo hacían alusión a tan sanción en caso de reincidencia.[103] La referencia a dicho sitio a manera de castigo, se daba incluso ante el comportamiento "desobediente" de un hijo, como el de aquella madre que, al no ver enmienda en el comportamiento de su hijo, decidió ponerlo a disposición del Rey, pidiendo al Alcalde Mayor de Pátzcuaro lo enviase a las Filipinas a servir a su majestad;[104] cosa que no sucedió, pero la mención de ese apartado lugar nos permite suponer cierto

[102] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 14, f. 1-1v. "Auto contra forasteros y viandantes sin oficio", Pátzcuaro, 12 de enero de 1622.
[103] ARCHIVO HISTÓRICO "CASA DE MORELOS" (en adelante AHCMO), fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, ff. 43-43v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698; AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, f. 248. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[104] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 14, exp. 2, 1 f. "Petición de doña Elena de Arévalo y Mendoza ante el Alcalde Mayor, para que su hijo Juan Méndez vaya a servir a su Majestad como su vasallo a las Islas Filipinas porque le ha perdido el respeto y la obediencia", Pátzcuaro, 28 de febrero de 1669.

conocimiento o familiaridad de la población respecto a los puntos del imperio español que eran utilizados como penosos destinos.

Ahora bien, el arribo de viajeros se mantuvo continuo, de modo que tanto la presencia de forasteros, como el problema de vagancia siguió. En 1629 nuevamente se pregonó un mandamiento en el que se llamaba a todas las personas, casadas y solteras, sin oficio para que se manifestasen en un lapso de tres días, so pena de ser encarcelados. Orden que no todos cumplían, y terminaba trayéndoles problemas con la Real Justicia, como le sucedió al mulato libre Pedro Gonzales, a quien el teniente de Alcalde Mayor acusaban de vagabundo y de no haberse manifestado.[105] Este ejemplo es muestra de que la autoridad sabía quiénes eran personas ociosas, pero esperaba que ellos mismos acudieran a manifestarse, lo cual no siempre pasaba.

A partir de este panorama general se vislumbra la incursión de Pátzcuaro en la red comercial del Imperio español que corría a través de puntos específicos de la Nueva España; lo que a su vez propició el despegue económico de la ciudad a nivel regional, condición que resultó atractiva para los comerciantes, pero también para los forasteros sin oficio que igualmente vieron en Pátzcuaro un lugar propicio para vivir y probar suerte. El movimiento económico patzcuarence se mantuvo activo también a través del comercio local; durante el siglo XVII Pátzcuaro gozó de una próspera mercadería, sustentada por el comercio sedentario y por el viandante; ambos fueron fundamentales en su economía, como se explica a continuación.

[105] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 13. 1-1v. "Denuncia contra Pedro Gonzales, mulato libre, por vagabundo y no haberse manifestado", Pátzcuaro, 12 de enero de 1629.

1.2. El dinamismo económico de la ciudad: mercadería local y regional.

La creciente inmigración de comerciantes españoles, favoreció el establecimiento de grandes y bien surtidos almacenes en Pátzcuaro. El interés de estos comerciantes por instalarse en dicha ciudad, estaba fundamentado en las grandes posibilidades de desarrollo económico que éste ofrecía; por eso, aunque la pérdida de la sede episcopal y del cabildo civil, como comúnmente se refiere, fue un golpe duro para Pátzcuaro, no afectó a la ciudad más allá de la representación política española en la ciudad, ya que económicamente, como se ha venido demostrando, su importancia no decayó, al contrario, fue progresando. Tampoco significó gran pérdida de población, al menos no debido al cambio, más bien por las frecuentes epidemias y el asiduo desplazamiento migratorio, pues tan solo cinco años después del cambio de sede, tanto los españoles como los indios vecinos de Pátzcuaro prefirieron mantenerse residiendo en esa ciudad, como quedó expresado en la *Relación sobre la Residencia de Michoacán (Pátzcuaro),* que por mandato del padre don Antonio de Mendoza, provincial de Nueva España, fue realizada por el jesuita Francisco Ramírez en 1585; en ella se refiere que, pese a la orden dictada de que tanto personas del pueblo común como personal eclesiástico debía mudarse a Valladolid, no ocurrió como se esperaba:

> "A todos nos salió al rebés (sic) de lo que pensábamos; porque ni indio ni español, por más que hicieron, no se quisieron menear de sus casas; y ansí se fueron los prebendados solos, y nosotros con ellos. Y cada día se hecha más de ver que estaban acá mexor (sic); por ser lugar este mui proveído de todo y tener una de las más lindas lagunas de toda la Nueva España… y tener todo lo necesario dentro de casa y allá faltar todo. Y los que se fueron, tomarían de buena gana poder tornar, por ver quán mejor lo pasaban".[106]

La descripción que da el padre Ramírez reafirma el interés de las familias españolas e indígenas por permanecer en la ciudad que, como él lo revela, no carecía de nada y les proveía todo, pues incluso su clima era agradable, "porque nunca hay calor ni frío que dé pena, sino siempre un temple apacible y sano".[107] De modo que Pátzcuaro, a lo largo del siglo, continuó siendo un lugar atractivo para incursionar en

[106] *Relación sobre la Residencia de Michoacán (Pátzcuaro),* p. 189.
[107] *Relación sobre la Residencia de Michoacán (Pátzcuaro),* p. 181.

las diferentes labores económicas, establecerse y sobresalir, o al menos para probar suerte y conseguir otras oportunidades.

Como ya adelantaba, además del comercio externo, en Pátzcuaro había una economía local, la cual se dividió en dos modalidades, en el comercio sedentario y en el viandante. El primero estaba representado por las tiendas y almacenes fijos, que eran bastantes; tan solo entre 1635 y 1649 ascendían a 28.[108] Estos establecimientos, ubicados la mayoría en la plaza mayor, ponían a disposición de los habitantes una amplia gama de productos, desde artículos de uso personal y para el hogar, entre los que destacaban telas, encajes, lencería, nagüillas, jubones, zapatos, sombreros, peines, petates, botones, hilos, guantes, rosarios, cuchillos, escobetas, palanganas, bateas, bacinicas, jabones, candelas, ceras, papel, tinta, sillas para montar, camas, cajas, entre otros géneros; hasta los de uso comestible como el piloncillo, cacao, canela, pimientas, lentejas, cominos, sal, chocolate, chile, trigo y demás semillas, incluso tabaco;[109] los productos perecederos, era más común encontrarlos en la mercadería ambulante. Por supuesto, en las tiendas no podían faltar los artículos de lujo, como la porcelana y la marquetería, de la que sobresalían los escritorios, mesas y cabeceras ricamente ornamentados.[110]

Aunque los grandes almacenes se encontraban en la zona central de Pátzcuaro, las tiendas también se ubicaban en los caminos, sirviendo su conveniente ubicación, para todo aquel viandante que salía o arribaba a la ciudad, ofreciéndole la oportunidad de abastecerse de algún producto antes de partir, o bien, de informarse sobre el domicilio de algún conocido, o de un mesón o sitio seguro al cual llegar y descansar después de la jornada. La bastedad de mercancías de estas tiendas, pero sobre todo de los grandes almacenes, era tal que servía de abasto también para los pueblos

[108] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 9, ff. 1-6. "Visita a tiendas donde se cree venden vino", Pátzcuaro, 1635.
[109] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* p. 35; SILVA MANDUJANO, "Pátzcuaro, sede de la oligarquía", p. 23-24.
[110] SILVA MANDUJANO, *La casa barroca de Pátzcuaro*, p. 31.

vecinos y para algunos de la Tierra Caliente, sobre todo para Tacámbaro, Ario y La Huacana,[111] dando movilidad al flujo comercial interno.

Entre la variedad de productos también se encontraba la comercialización de vino, pero solo cierto vino, el de cocos proveniente de Castilla, cuya venta sí era permitida. Las pipas de vino eran traídas desde la ciudad de México, donde, para su comercio legal, el presidente de la Real Hacienda otorgaba una licencia y fianza por tiempo definido, que podía ser hasta de dos meses luego de haber dejado el producto en la ciudad de destino, con la especial obligación de regresar con algún testimonio de haber dejado las pipas en el lugar indicado; dicho testimonio comúnmente consistía en la demostración de las pipas por parte del mercader que las recibía o que las traía, ante la Real Justicia, quien las avalaba.[112] En caso de no presentar probanza, estaba sujeto a pagar la cuarta parte de ellas al arrendatario, para que éste utilizare el dinero en alguna obra pública de la ciudad de México; advirtiéndole que se le apremiaría el pago mediante de la Justicia si era necesario.[113]

Ante el cobro de una deuda comercial, la intervención de la justicia no se hacía esperar, lo que a veces ocasionaba que el deudor se ausentara de la ciudad, para evitar el escándalo. Amaro Martínez debía cierta cantidad de pesos a don simón de Soria, vecino de la ciudad de México, razón por la cual éste envió al racionero don Francisco Rafael de Villar para que se los cobrase, pero como Amaro no tenía dinero para pagar, y por temor a verse ante la justicia, decidió irse de Pátzcuaro, dejando a su esposa a cargo de su familia y de la tienda que tenían.[114]

[111] SILVA MANDUJANO, "Pátzcuaro, sede de la oligarquía", p. 23-24.
[112] AGN, instituciones coloniales, indiferente virreinal, caja 3374, exp. 30, f. 1-1v. "Licencia y fianza otorgadas a Pedro de Suárez López para enviar una pipa de vino a Joseph Demacaia vecino y mercader de Pátzcuaro y testimonio de entrega", México, 31 de enero de 1632.
[113] AGN, instituciones coloniales, gobierno virreinal, general de parte, vol. 5, exp. 708, f. 150v. "Licencia y fianza que se dieron a Cristóbal Rodríguez Pocasangre para enviar dos pipas de vino a Pátzcuaro", México, 19 de febrero de 1600.
[114] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 57, exp. 16, ff. 13v-20. "Varias declaraciones de testigos en el pleito de divorcio que tiene puesto María de los Reyes, porque su marido Amaro Martínez intentó matarla", Pátzcuaro, 10 de junio de 1660.

Ahora bien, la demanda de vino era alta en Pátzcuaro, por eso con frecuencia se enviaban pipas a algún mercader vecino de Pátzcuaro,[115] o los mismos mercaderes ibas por ellas a la ciudad de México. Tan solo en los últimos meses de 1628 se otorgaron 4 fianzas para llevar o enviar hasta tres pipas de vino de la capital a dicha ciudad; se dio una en septiembre a Diego Méndez para llevar tres pipas, y ese mismo mes se le dio también a Pedro de Yzaguirre para llevar otra.[116] En noviembre se le dio permiso a Pedro López de la Torre para llevar una, y en diciembre a Miguel López Cerpa se le autorizó llevar tres pipas de vino.[117] Un año después, en marzo de 1629, nuevamente se le dio fianza al susodicho para llevar dos pipas.[118]

A pesar de que la venta de vino debía hacerse en poca cantidad, solo en "vasijas para las manos", y que ésta estaba permitida únicamente a los españoles y a los criados de éstos,[119] es evidente que el consumo de vino en Pátzcuaro era alto y frecuente; tan solo una pipa se transportaba en seis barriles,[120] pero en la ciudad comúnmente se pedían tres, lo que significaría el traslado de 18 barriles que se hacían a través de recuas, mismos que al cabo de uno o dos meses, ya resultaban insuficientes, ameritando la solicitación de una nueva carga, lo que es indicio de que el comercio del vino era prolífico.

---

[115] AGN, instituciones coloniales, indiferente virreinal, caja 3374, exp. 30, f. 1-1v. "Licencia y fianza otorgadas a Pedro de Suárez López para enviar una pipa de vino a Joseph Demacaia vecino y mercader de Pátzcuaro y testimonio de entrega", México, 31 de enero de 1632.

[116] AGN, instituciones coloniales, gobierno virreinal, reales cédulas duplicadas, vol. D10, exp. 128, f. 175. "Licencia y fianza que se dieron a Diego Méndez para llevar tres pipas de vino a Pátzcuaro", México, 14 de septiembre de 1628; exp. 130, f. 176v. "Licencia y fianza que se dieron a don Pedro de Yzaguirre para llevar una pipa de vino a Pátzcuaro", México, 18 de septiembre de 1628.

[117] AGN, instituciones coloniales, gobierno virreinal, reales cédulas duplicadas, vol. D10, exp. 155, f. 189. "Licencia y fianza que se dieron a Pedro López de la Torre para llevar una pipa de vino a Pátzcuaro", México, 4 de noviembre de 1628; exp. 174, f. 198v. "Licencia y fianza que se dieron a Miguel López Cerpa para llevar tres pipas de vino a Pátzcuaro", México, 7 de diciembre de 1628.

[118] AGN, instituciones coloniales, gobierno virreinal, reales cédulas duplicadas, vol. D10, exp. 236, f. 229v. "Licencia y fianza que se dieron a Miguel López Cerpa para llevar dos pipas de vino a Pátzcuaro", México, 29 de marzo de 1629.

[119] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* p. 34.

[120] AGN, instituciones coloniales, indiferente virreinal, caja 3374, exp. 30, f. 1v. "Testimonio de entrega de una pipa de vino a Joseph Demacaia vecino y mercader de Pátzcuaro", México, 31 de enero de 1632.

En Pátzcuaro estaba prohibida la venta de vino a los indígenas,[121] debido a la embriaguez que en ellos se consideró un problema persistente; a decir de los españoles en los indios era un "pecado de costumbre".[122] Afirmación que no era del todo cierta, ya que, a pesar de que la ebriedad fue una de las acciones más reprobables, era también de las más comunes en toda Nueva España, y los naturales no eran los únicos que incursionaban en ella, los españoles también gustaban de las bebidas embriagantes, basta mirar la demanda de vino que había en la ciudad, y de la que se supone los indígenas estaban vetados, para darse cuenta que los españoles no estuvieron exentos de participar en borracheras.[123]

La embriaguez no fue un problema tenido a menos en Pátzcuaro, por ello se tomaron medidas para evitar las ofensas y escándalos que de ella surgían, la primera fue, como ya se indicó, prohibir su consumo en los indios, pero la sola prohibición no fue la única medida tomada, el control se puso en práctica principalmente en los sitios donde se vendían. Se procedió a verificar que en las tiendas se cumplieran los bandos y no se vendiesen bebidas prohibidas, ni que las permitidas se vendiesen a los indígenas. Pero para algunos tenderos las restricciones podían pasarse por alto, sobre todo cuando eran jóvenes, situación que ocasionó la determinación de que a los mozos solteros no se les permitiera vender vino.[124] Solteros o casados, lo cierto es que no faltaban aquellos que, teniendo permiso para vender vino de cocos, decidían omitir las ordenanzas y se lo vendían a los naturales, a quienes tampoco les interesaba mucho la prohibición, puesto que incluso lo consumían en la misma tienda a la vista de cualquiera que entrase.[125]

---

[121] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* p. 34.

[122] CENTRO DE DOCUMENTACIÓN MICROFILMADA DEL EX CONVENTO DE TIRIPETÍO (en adelante CDMET), sección Audiencia de México, leg. 1059, ff. 288-463. "Opúsculo del carmelita fray Ángel de la Madre de Dios, sobre la embriaguez", 1734.

[123] CASORLA SAGRERO, *Criminalidad y desviación en Michoacán,* pp. 220-239.

[124] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 15. "Real ordenanza sobre que los mozos solteros no vendan vino", Pátzcuaro, 1622; caja 12, exp. 2. "Ordenanza sobre no vender vino los tenderos solteros", Pátzcuaro, 1641.

[125] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 7, exp. 2, ff. 1-2, "Denuncia por vender vino a indios", Pátzcuaro, 24 de octubre de 1611; Caja 9, exp. 1, f 1-1v. "Sobre introducir vinos", Pátzcuaro, 10 de enero de 1613.

A inicios de siglo era común hacer caso omiso, por lo que los mercaderes de la ciudad se vieron involucrados en denuncias a causa de vender vino a los indígenas.[126] Las ventas ilegales no se limitaron a la ciudad, sino que trascendían a los pueblos aledaños, muestra de ello es el proceso judicial que en 1627 tuvo que enfrentar el español Agustín Moreno de Nava, quien era vecino de Pátzcuaro y llevó a vender tal cantidad de vino de cocos a la ciudad de Tzintzuntzan, que de ella "habían resultado borracheras y ofensas a Dios",[127] lo que ameritó su aprensión.

Los tenderos y los mercaderes viandantes, no pocas veces pasaron por alto la especificación, por amistad, por ellos mismos gustar del vino y usarlo para convivir con amigos, o a fin de aumentar ingresos. Las "disimuladas" ventas, de las que se tenía amplio conocimiento, ocasionaban que los inspectores hicieran sus visitas de manera esporádica, con la finalidad de cerciorarse de que en efecto se estaba ejercitando de manera adecuada la prohibición, o bien, de percatarse de alguna irregularidad y corregirla. El teniente de Alcalde Mayor trataba de evitar la venta de productos proscritos, tales como los ya mencionados vinos, por eso hacia visitas sorpresa a los establecimientos que generaban cierta sospecha;[128] pero los parámetros de control se volvieron menos estrictos, ya que a mediados de siglo se determinó hacerlo de manera puntual cada tres años, en cuya inspección también se verificaría que las pesas, balanzas y varas de medir cumpliesen con las características reglamentadas.[129]

Aunque no se sabía el día exacto en que ocurriría la revisión, el tener un periodo determinado para que se llevase a cabo, seguramente dio oportunidad de prevenir y actuar con más cautela. De modo que, la inspección de tiendas y almacenes era una forma viable de verificar el cumplimiento de los bandos respecto a las bebidas

[126] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 8, f. 1-2. "Queja de los vecinos de la Ciudad de Michoacán por el cobro excesivo del vino", Pátzcuaro, 21 de abril de 1604; caja 7, exp. 2. "Denuncia por vender vino a indios", Pátzcuaro, 24 de octubre de 1611.
[127] AHMP fondo colonial, Siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 1-166. "Varias causas criminales contra Agustín Moreno de Nava", Pátzcuaro, 6 de enero de 1627.
[128] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, Caja 10A, exp. 9. "Visita a tiendas donde se cree venden vino", Pátzcuaro, 1635.
[129] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 13, exp. 3. "Visita a tiendas", Pátzcuaro, 1660.

prohibidas, pero no era una garantía de que en efecto se acatara la estipulación, y menos aun considerando que el acceso al vino en Pátzcuaro no se dio únicamente mediante los tenderos patzcuarences, el comercio ilícito fue otra opción.

Desde inicios del siglo XVII, la venta clandestina de vino en la ciudad era evidente; pese a que el ofertado en las tiendas a veces se vendía a precios excesivos y no siempre era de buena calidad,[130] los indígenas lo costeaban sin importar que en ello se les fuese la paga de un día de trabajo, que aproximadamente era de un real y medio.[131] Y es que el precio del vino en la ciudad no era barato, por pequeña que fuese la cantidad de éste, su costo oscilaba entre uno o dos reales.[132] A pesar de los altos costos y de los pregones de prohibición, que aun a mediados de siglo seguían reiterándola,[133] el consumo de vino no cesó.

La venta ilícita seguía ganando terreno, y no disminuyó durante el resto del siglo XVII.[134] Aunque hubo quienes buscaron ajustarse a la norma, dirigiendo una petición para que no se impidiese elaborar pulque, no les fue concedida,[135] lo cual solo propicio la elaboración clandestina.[136] Tendrían que pasar varios años para que la elaboración del pulque se volviese legal; siendo hasta 1668 cuando la esperada aceptación llegó, aunque para ello tuvo que pasar por una larga revisión.[137]

[130] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 8, f. 1-2. "Queja de los vecinos de la Ciudad de Michoacán por el cobro excesivo del vino", Pátzcuaro, 21 de abril de 1604.
[131] CASTRO GUTIÉRREZ, "Honor y deshonor en una ciudad provinciana", p. 51.
[132] AHMP, fondo colonial, Siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 1-166. "Varias causas criminales contra Agustín Moreno de Nava", Pátzcuaro, 6 de enero de 1627.
[133] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 11, exp. 5, f 1. "Pregón sobre la prohibición de vender vino", Pátzcuaro, 1650.
[134] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 7, exp. 2. "Denuncia por vender vino a indios", Pátzcuaro, 1611; caja 9, exp. 1. "Sobre introducir vinos vender", Pátzcuaro, 1613; caja 9, exp. 1. "Sobre introducir vinos", Pátzcuaro, 1623; caja 8, exp. 4. "Sobre vender vinos", Pátzcuaro, 1625; caja 9, exp. 7. "Poseer barriles de vino", Pátzcuaro, 1627; caja 8, exp. 7. "Denuncia por hacer pulque", Pátzcuaro, 1630; caja 13, exp. 4. "Sobre vender vinos", Pátzcuaro, 1652; caja 15, exp. 2. "Denuncia por tepachera", Pátzcuaro, 1675; caja 18, exp. 1. "Sobre ebriedad", Pátzcuaro, 1694; caja 18, exp. 1. "Sobre vender charape", Pátzcuaro, 1695.
[135] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, Caja 9, exp. 13. "Petición para que no impidan hacer pulque", Pátzcuaro, 1613.
[136] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 7, f. 1. "Denuncia por hacer pulque", Pátzcuaro, 21 de julio de 1630.
[137] RODRÍGUEZ PÉREZ, "Embriaguez y delitos en Guadalajara", p. 113.

El control que se pretendía tener sobre la circulación de productos no era infalible; el tráfico de mercancías ilegalmente, la distribución de éstos en Nueva España, la evasión de pagos arancelarios, son unas de tantas evidencias que muestran que el control comercial no estaba garantizado. Desde el comercio ultramarino, las reglas no siempre se acataban, iniciando por la transportación de personas y de productos que, pese a su prohibición, llegaban a América; la descarga de artículos en otros puntos ajenos a los puertos únicos, las evasiones del pago de alcabalas hacen notar un deficiente control. Ni los mismos agentes cumplían adecuadamente con el pago de derechos, como lo dejó de manifiesto don Tomás Díaz García, al referir que el Lic. don Ignacio José de Ibarrola y el guarda don Francisco José de Vargas, introducían en la ciudad de México los cobres que remitía el administrador de la aduana de Pátzcuaro, sin pagar alcabala.[138]

Así como había inconvenientes comerciales a escala transoceánica, al interior del virreinato novohispano también los había como puede advertirse en el caso señalado, incluso el problema de control de lo que circulaba y se vendía puede ser visto más a fondo, a partir de la mercadería local, sobre todo tratándose del punto de conexión entre las diversas regiones, como era el caso de Pátzcuaro.

A pesar de tener una aduana, y de desplegar el dispositivo de revisión de tiendas periódicamente, las ventas clandestinas circulaban por lo largo y ancho de la ciudad; mientras hubiese consumidores, los proveedores no faltaban, al comprador lo mismo le daba acudir con discreción a la casa de algún fabricante clandestino en busca de vino, que arriesgarse a pedirlo en una tienda y ser visto, ya que a final de cuentas el que corría el riesgo de ser sancionado era el vendedor y no el comprador.

Situación similar sucedió con las carnicerías, pero de ello me ocuparé después, antes es preciso mencionar cómo funcionaban estos comercios en Pátzcuaro.

[138] AGN, instituciones coloniales, indiferente virreinal, caja 0796, exp. 26, ff. 1-2v. "Queja de don Tomás Díaz García ante el Fiscal de la Real Hacienda porque el Lic. Don Ignacio José de Ibarrola y el guarda don Francisco José de Vargas introducen en la capital sin pagar alcabala los cobres que les remite el administrador de la aduana de Pátzcuaro", México, 18 de febrero de 1694.

En ellos se ofertaba carne de res, de cordero y de carnero, así como las pieles y el cebo de éstos. La carne de cerdo no fue comercializada en estos lugares, debido a lo común de su crianza en los hogares particulares, ya fuese para el consumo propio o para su venta; tan común era, que éstos incluso transitaban en la vía pública. Esta situación afectaba la imagen de la ciudad y dañaba su higiene, por eso en 1660 se prohibió que los vecinos dueños de "lechones y ganado de cerda" los dejasen andar en las calles y plazas de Pátzcuaro;[139] pero los vecinos no atendían la estipulación, por eso aun en el siglo XVIII seguía haciéndose el llamado a evitar que éstos anduviesen en las plazas.[140]

Ahora bien, las carnicerías como parte del movimiento comercial patzcuarence, cumplían con un proceso determinado que debía ser observado tanto por los abastecedores como por los vendedores. El funcionamiento legal de las carnicerías contemplaba requerimientos específicos, que terminaban monopolizándolo, por eso no todos estaban autorizados o en condiciones de hacerse cargo de una; el abastecimiento de todas las habidas en la ciudad de Pátzcuaro, corría a cargo de personas concretas, mismas que, previa petición presentada, cumplían con los requisitos estipulados, entre los que destacaban dos, la higiene y tener un espacio adecuado para sacrificar a los animales.[141] El abastecimiento de las carnicerías se sujetaba a una renovación anual, no obstante, una misma persona podía encargarse de la labor hasta por tres años; el postor era quien fijaba la duración, pero debía comprometerse a que ésta no fuese menor a un año, puesto que debía abarcar, por lo menos, desde la pascua o resurrección del año en que iniciaba su cargo, hasta la del año siguiente.

El compromiso del postor además incluía mantener de inicio al fin de su gestión, los precios establecidos al comenzar, los cuales a mediados de siglo eran de 7 libras de carne de res por un real, y una arroba de cebo también por un real,[142] a finales de siglo los precios mejoraron, ya que se vendían 6 libras de carne de res, lomos y

[139] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* p. 53.
[140] CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 17, caja 30-C, exp. 2, ff. 207-208v. "Bando sobre prohibiciones", Pátzcuaro, 3 de enero de 1732.
[141] El sacrificio de animales comúnmente se efectuaba los días sábado, para el domingo, día de tianguis, vender la carne. GARCÍA ÁVILA, *Las instituciones del gobierno civil*, pp. 44-45.
[142] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 12, exp. 2, ff. 1-2. "Abasto de carnicerías", Pátzcuaro, 15 de febrero de 1642.

lengua a medio real; aunque no fue el caso de las pieles y el cebo, ya que éstas se vendían en 12 reales, mientras que la arroba de cebo se vendía en dos pesos.[143] Pese a tener una reglamentación, los abusos en la venta también estaban a la orden del día, varios naturales se quejaron porque les vendían la carne sin pesarla, quitándole además toda la manteca;[144] de modo que la visita constante a las tiendas y carnicerías, como se puede notar una vez más, no evitaba que se cometieran abusos.

Ahora bien, una vez concluido el contrato, se sacaba a pregón nuevamente el abasto, para que todo aquel interesado pudiera postularse. Bajo la voz del pregonero se hacía la proclamación en el portal, afuera de las puertas del oficio público, los primeros días de enero, es decir, iniciando el año, algún indio ladino se hacía acompañar de una caja de guerra y se ubicaba frente a la plaza mayor hacía las 11 de la mañana, para hacer la proclama, que se repetiría durante los siguientes 30 días, y leer los pregones diarios. A dicho lugar acudían los postores a presentar su candidatura, para que a continuación se diera lugar a las "pujas y mejoras" de sus ofertas.

No obstante, había quienes no seguían el procedimiento y optaban por trabajar al margen de éste, vendiendo por su cuenta, sin tener tienda, confinándose a la venta ilícita, como sucedía con el vino. La falta de interés a postularse, quizá se haya debido a que no cubrían los requisitos que los abastecedores debían cumplir, o simplemente a fin de evadir el impuesto anual que el abastecedor debía otorgar, y que en Pátzcuaro era de 60 pesos de oro común.[145] La venta ilícita de carne ameritaba sanción, pero no a todos les preocupaba enfrentar un castigo y la cancelación de sus

[143] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 13, exp. 3, ff. 1-2. "Abasto de carnicerías", Pátzcuaro, 28 de enero de 1698.
[144] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 7, exp. 3, ff. 1-2. "Querella criminal contra Bartolomé Alejandre por vender carne sin pesarla", Pátzcuaro, 3 de marzo de 1612.
[145] AHMP, Fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 2, ff. 1-2. "Contrato de Pedro Rodríguez para el abasto de carne", Pátzcuaro, 20 de febrero de 1601,

ventas; tal fue el caso de un tratante que traía carne de Tócuaro y la vendía en una casa de la ciudad.[146]

Este tipo de comercio clandestino, funcionaba en Pátzcuaro a la par que el oficial, lo cual era posible gracias a los mismos habitantes, ya que no faltaban los vecinos que quizá, a cambio de producto o de mejor precio, facilitaban su vivienda para que las ventas se realizaran, y así como las mujeres que facilitaron su casa al tratante para vender la carne, había quienes estaban dispuestos a ayudar a algún mercader que, optando por las ventas eventuales de productos que pertenecían a un monopolio determinado, convertía su oficio en ilegal, por lo que requería de un lugar donde desempeñarlo, sin tener que deambular por las calles, como era lo común.

El comercio ambulante en Pátzcuaro databa de varios años atrás, cuya colorida y variada oferta de productos, en los que destacaban el pescado, las legumbres, el maíz, la miel, el frijol, las flores, artesanías y semillas diversas,[147] podía apreciarse, sobre todo los viernes y domingos que eran los días de tianguis. El mercado, instalado en la plaza mayor, se acomodaba en la parte norte, algunos indígenas ponían allí sus puestos mientras que otros optaban por deambular ofreciendo sus artículos de uso comestible y los artesanales.[148] El tianguis se efectuaba al medio día, al concluir la misa de doce, a fin de que los vendedores pudieran asistir también a la celebración eucarística y no faltaran por ocuparse en sus vendimias.[149]

En ambos días, la actividad comercial incrementaba, así como el dinamismo de la ciudad, que se encontraba más animada por la participación de los vendedores ambulantes y de los indígenas de los pueblos aledaños, que llevaban a vender o intercambiar sus productos. La variedad de mercancías ofrecidas era amplia,

[146] AHMP, Fondo colonial, caja 15, exp. 4, f. 1. "Denuncia por vender carne en una casa sin tener tienda", Pátzcuaro, 10 de junio de 1613.
[147] FLORES GARCÍA, "El universo, la casa y los rincones", p. 63; PAREDES, "Circulación e intercambio en Pátzcuaro", p. 14.
[148] SILVA MANDUJANO, "Pátzcuaro, sede de la oligarquía", p. 25; SILVA MANDUJANO, *La casa barroca,* pp. 29-30; MORIN, *Michoacán en la Nueva España,* p. 154; TOUSSAINT, *Pátzcuaro,* p. 162.
[149] *Concilio III Provincial,* libro segundo, título III, p. 153.

desde artículos artesanales y de uso personal, hasta comida, dulces, quesos, legumbres, pescado, semillas y flores.[150] En medio del bullicio de ofertas y regateo se desenvolvía la interacción social. La afluencia debió ser apremiante y significativa, ya que eran oportunidades para ofrecer productos más frescos y también obtenerlos quizá a precios más bajos, beneficio que comúnmente se veía opacado por los grandes almacenes y tiendas fijas.

El dinamismo comercial y social en la plaza eran más activos los domingos al medio día, por ser el momento en el que la gente transitaba para dirigirse a la misa de doce;[151] por ello, antes de la celebración eucarística y al finalizar, era común observar a vendedores ofreciendo sus víveres y artesanías en sus puestos, al mismo tiempo que los viandantes les hacían la competencia ofertando productos a los transeúntes que pasaban o se detenían a curiosear.

Aunque, no todos se veían beneficiados con el dinamismo comercial que el tianguis propiciaba, su ubicación, de acuerdo a la consideración de ciertos comerciantes, favorecía más a los que tenían sus tiendas en ese lado de la plaza, debido a que los artículos que no encontraban en el tianguis, terminaban consiguiéndolos en esas tiendas; tal situación afectaba a los demás tenderos, que se veían menos favorecidos por su ubicación más alejada, lo que causó descontentos y reclamos. Sin embargo, las quejas no tuvieron mayor resonancia, fue hasta fines del siglo XVIII, cuando, para remediar la situación, se determinó la realización rotatoria del tianguis; así todos los tenderos se verían beneficiados no un solo sector.[152]

Es así que, durante el siglo XVII, la ubicación del tianguis causó desacuerdos entre los comerciantes; no obstante, las inconformidades no eran solo a

[150] MORIN, *Michoacán en la Nueva España,* p. 154; TOUSSAINT, *Pátzcuaro*, p. 162; SILVA MANDUJANO, "Pátzcuaro, sede de la oligarquía", p. 25.
[151] FLORES GARCÍA, "El universo, la casa y los rincones", p. 71.
[152] En 1792, a petición de varios comerciantes, se declaró que el tianguis debía circular por los cuatro lados de la plaza, permaneciendo tres meses en cada lado. ARCHIVO HISTÓRICO DOCUMENTAL DE LA UMSNH/ IIH, (en adelante AHDUMSNH) Michoacán, núm. 1, rollo 2/037, exp. 13, ff. 1-2v. "Solicitud de varios comerciantes para que el tianguis circule por los cuatro lados de la plaza mayor, 27 de marzo de 1792.

causa del tianguis, había otras situaciones a las que también atribuían afectación. Los regatones y mercachifles no eran del todo aceptados, ya que presentaban competencia, al deambular por calles y casas, lograban un mayor acercamiento a la gente, con habilidad para vender sus mercancías, la convencían de hacerles una buena compra; así como sus posibilidades de consumo a veces eran mayores que las de los mercaderes fijos.

Es por eso que, la participación de estos tratantes, a pesar de ser una pieza importante en el movimiento comercial, no siempre fue bien vista. En la ciudad había varios regatones españoles, los cuales vieron en la laguna de Pátzcuaro una fuente atractiva de pesca, debido a su gran variedad en pescado, en la que sobresalía el pescado blanco, los charales, tiros, sardinas y acúmaras.[153] Los regatones se adentraban en la laguna a fin de obtener pescado fresco, el cual algunos llevaban a vender hasta la Ciudad de México, otros preferían revenderlo en otros pueblos, incluso, había quienes cobraban algún dinero a cambio de obtenerlo; llegando a cobrar hasta cien pesos de oro común por rescatar pescado.[154]

A inicios del siglo XVII, varios comerciantes, pidieron se impidiese que dichos regatones se llevasen el pescado.[155] Pero así como había comerciantes que se quejaban, había tratantes que defendían la libertad de su oficio, como Juan de la Rocha, quien siendo residente en Pátzcuaro, en 1606 hizo una petición para que el Alcalde Mayor no interviniese en su pesquería, puesto que se le había ordenado salir de la laguna donde la efectuaba y donde desde hacía tempo se dedicaba a trabajar, pero ahora por mandato del Alcalde, se encontraba impedido de tratarla.[156] Y es que la autoridad buscaba regular los oficios, pero sobre todo la venta de productos, lo que dio lugar a

[153] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII*, p. 37.
[154] AHMP, fondo colonial, caja 6, exp. 8, f. 1-1v. "Petición para que los regatones españoles no saquen pescado de la laguna", Pátzcuaro, 3 de julio de 1600; Caja 9, exp. 16, f. 1-1v. "Denuncia contra Diego Felipe por rescatar pescado blanco de la laguna y revenderlo en otros lugares", Pátzcuaro, 6 de abril de 1620.
[155] AHMP, fondo colonial, caja 6, exp. 8, f. 1-1v. "Petición para que los regatones españoles no saquen pescado de la laguna", Pátzcuaro, 3 de julio de 1600.
[156] AHMP, fondo colonial, caja 6, exp. 11, f. 1-1v. "sobre pesquerías", Pátzcuaro, 1 de diciembre de 1606.

una gran cantidad de peticiones, ordenanzas generales y locales. El pago de los impuestos, así como el estado de los productos ofertados, se podía fácilmente controlar en los puestos fijos, pero no en los eventuales, que se encontraban en las calles de manera improvisada y cambiaban constantemente de lugar.

Al problema de la falta de control, se unió otra cuestión, la imagen que se tenía de los viandantes. En España, a los que desempeñaban esos oficios se les consideraba charlatanes y estafadores, idea arraigada desde la época medieval.[157] La imagen estigmatizada no permaneció en la península solamente, traspasó los límites territoriales y permeó también en Nueva España, donde dicha concepción se tornó más notoria en los mercachifles, en quienes tal parece que la mala fama era generalizada, o al menos así fue durante la primera década del siglo XVII, lo que ameritó una real ordenanza. Dichos tratantes tenían fama de seductores y ladrones, no obstante, en los pueblos era común que la gente los dejase entrar a sus casas para apreciar de mejor forma toda la variedad que éstos traían.

Desafortunadamente esos accesos terminaban en acusaciones de robos y estafas, ya que según lo referido por el teniente de Alcalde Mayor de Pátzcuaro, los mercachifles, al entrar a las casas de los naturales, con ocasión de vender sus productos, "les quitan sus mujeres e hijas y las gallinas y semillas, en lo cual son notoriamente vejados y molestados".[158] Por la señalada razón, se prohibió su entrada en la ciudad de Pátzcuaro y en sus respectivos pueblos de indios, so pena de perder su mercadería, y en caso de reincidencia, serían desterrados por dos años a las Islas Filipinas, donde sirviesen a su Majestad sin sueldo alguno.[159] Como puede verse una vez más el castigo incluía la remisión del culpable al otro lado del océano.

Las prohibiciones aumentaban el recelo hacia aquellos trabajos que no se desempeñaban en tiendas fijas, y que, por lo tanto, podían más fácilmente burlar el

[157] DEL CAMPO TEJEDOR, "La maltrecha imagen del vendedor callejero", p. 29.
[158] AHMP, fondo colonial, caja 8, exp. 7, ff. 1-1v. "Ordenanza del Virrey de Nueva España sobre no entrar mercachifles", Pátzcuaro, 4 de febrero de 1614.
[159] AHMP, fondo colonial, caja 8, exp. 7, ff. 1v-2. "Ordenanza del Virrey de Nueva España sobre no entrar mercachifles", Pátzcuaro, 4 de febrero de 1614.

control de las autoridades.[160] De modo que no solo los regatones y los mercachifles eran considerados indeseables, en general todo aquel que vendiese en la calle sin autorización, era visto con desconfianza; sin embargo, la variedad de mercaderías que portaban, y que iba desde objetos de lujo, como prendas de vestir, artículos personales y de ornato, herramientas de trabajo y productos alimentarios, hasta instrumentos proscritos, como armas y vino,[161] hacía que los mercaderes viandantes, pese a ser indeseables por un sector de la población, sobre todo por los comerciantes fijos y la autoridad, fuesen tolerados por el resto de los habitantes, que veían en ellos la oportunidad de obtener algún artículo, bajo la discreción de la compra, y quizá a un precio más bajo.

La gente compraba los productos, por ello los mercaderes viandantes seguían deambulando por la ciudad, ofreciendo una cantidad considerable de ropa y "otras mercancías vendibles".[162] A veces era tal la cantidad de mercadería, que contaban con un ayudante, como el mercader viandante Pedro Juárez, que 1613 recorría las calles de Pátzcuaro ayudado por un mulato esclavo suyo, quien a nombre de él también vendía las mercancías en las calles y casas de los patzcuarences. Otros vendedores itinerantes, por su parte, evitaban deambular y preferían utilizar la casa de alguna vecina de la ciudad para realizar sus ventas, como ya se había señalado.[163]

Es así que, las actividades económicas y el desarrollo mercantil de Pátzcuaro, como se ha podido advertir, no se limitaron a la demarcación territorial de la ciudad; si bien, su despegue comercial se benefició con la mercadería local, su flujo se extendió a un espectro sumamente amplio, beneficiándose por la creación de sociedades mercantiles que superaban las limitaciones del deslazamiento.[164] Los comerciantes españoles, residentes en Pátzcuaro, extendieron su influencia más allá de

[160] DEL CAMPO TEJEDOR, "La maltrecha imagen del vendedor callejero", p. 19.
[161] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* p. 32.
[162] AHMP, fondo colonial, caja 8, exp. 9, f. 1. "Bartolomé de la Cerda Miranda, Alguacil Mayor de Pátzcuaro, denuncia a Pedro Juárez, mercader, por vender en las calles y casas de la ciudad", Pátzcuaro, 10 de junio de 1613.
[163] AHMP, fondo colonial, Caja 15, exp. 4, f. 1. "Denuncia por vender carne en una casa sin tener tienda", Pátzcuaro, 10 de junio de 1613.
[164] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* pp. 30-31.

los sitios aledaños y poco a poco fueron ganando terreno, tanto en el manejo de las haciendas agrícolas y ganaderas circunvecinas, como en las minas y trapiches.[165] Pero los nexos comerciales no se limitaron a las zonas aledañas, ni a la demarcación del Obispado michoacano, ni siquiera a la novohispana, pues incluso trascendió la delimitación ultramarina.

De manera que Pátzcuaro se posicionó como un lugar atrayente para trabajar, residir y desarrollarse, y a pesar de los vaivenes políticos, fungió como un punto comercial y de enlace clave. Contrario a la aseveración de algunos estudiosos, Pátzcuaro en el siglo XVII, no pasó desapercibido, ni careció de importancia en materia económica, ya que mantuvo un desarrollo mercantil trascendente, gracias a la complementación del comercio sedentario y del viandante. En materia social tampoco pasó inadvertida la ciudad, ya que, debido al dinamismo económico, su sociedad se mantuvo activa, forjando nuevos vínculos con aquellos que arribaban a Pátzcuaro.

[165] ENKERLIN, "La ciudad de Pátzcuaro", p. 63 y p. 68.

1.3. Jurisdicción y organización administrativa de Pátzcuaro.

La potestad y dominio de la ciudad de Pátzcuaro se extendía más allá de los barrios que la integraban, ya que administrativamente, comprendía una jurisdicción más amplia, misma que se dividía en civil y eclesiástica. En materia civil, la organización tenía dos vertientes, dado que funcionaban dos administraciones, una española y otra indígena; aunque en materia política, durante casi todo el siglo XVII no hubo representación española en la ciudad, en tanto que no poseyó un ayuntamiento hasta casi finalizar el siglo, recuérdese que éste se había trasladado a Valladolid en el siglo XVI, junto con la sede episcopal. Luego del intento fallido de 1616 de obtener nuevamente un ayuntamiento,[166] los ánimos no decaían, y en 1634 se hizo otra petición, pero al igual que la vez anterior, no tuvo obtuvo el resultado esperado. Sería hasta el ocaso del siglo, cuando finalmente se llegaría la anhelada aprobación; en 1689 se aceptó formalmente la creación de un cabildo español independiente, encabezado por los Alcaldes Ordinarios.

De acuerdo con Laura Flores García, el ayuntamiento español de Pátzcuaro se integró por dos Alcaldes Ordinarios, un Alférez Real, cuatro Regidores Perpetuos, un Depositario General, un Escribano Público y un Alguacil Mayor.[167] Los cabildos locales eran presididos por los Alcaldes Ordinarios, quienes tenían jurisdicción civil y criminal en primera instancia; los Regidores, cuyo cargo era vitalicio, por su parte, ejercían las tareas administrativas y se encargaban de elegir a los Alcaldes Ordinarios; el Alférez Real, quien tenía precedencia sobre los Regidores y de ser necesario suplía a los Alcaldes Ordinarios, tenía voz y voto en el cabildo, además era el encargado de portar el Pendón Real. El Depositario General tenía a su cuidado los bienes de la ciudad, en los que se incluían las casas, joyas, reales, labores, ganado, esclavos, entre otros patrimonios.

[166] AHMP, fondo colonial, caja 6, exp. 15, ff. 1-5v. "Contribuciones y pedimento de cabildo, Pátzcuaro, 1616.
[166] SILVA MANDUJANO, "La casa barroca", p. 29 y p. 45
[167] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* pp. 26-29.

Ahora bien, de las figuras más sobresalientes, además de las señaladas, era la del Escribano Público, ningún procedimiento formal podía tener lugar sin su presencia, por ser él quien redactaba cualquier documento, ya fuesen ordenanzas reales, bandos, autos judiciales, o alguna escritura. Por otro lado, el Alguacil Mayor también era otra pieza de importancia en los ayuntamientos locales, pues era el vigía del orden, de modo que estaba obligado a realizar rondas nocturnas para mantenerlo, y en caso de haber algún escandalo proceder a las aprehensiones de los involucrados.[168]

Pero como mencionaba, este cabildo no funcionó hasta finales de siglo, de modo que el único a cargo era el ayuntamiento indígena, también llamado República, mismo que estaba integraba por un Gobernador, dos Alcaldes Ordinarios, dos o cuatro Regidores y un Alguacil Mayor;[169] los cuales se encargaban de los asuntos civiles y políticos de la ciudad.[170] Los funcionarios indígenas eran apoyados por "mandones", había uno en cada barrio y cumplían la función de ayudar a recaudar los tributos, pero también de que la observancia de la doctrina católica se efectuase entre los indígenas, cuidando que asistieran a misa y se confesaran.[171] Así la República de indios recuperó por un tiempo el poder, ya que tendrían que pasar varios años para que se contase nuevamente con un cabildo español independiente al de Valladolid.

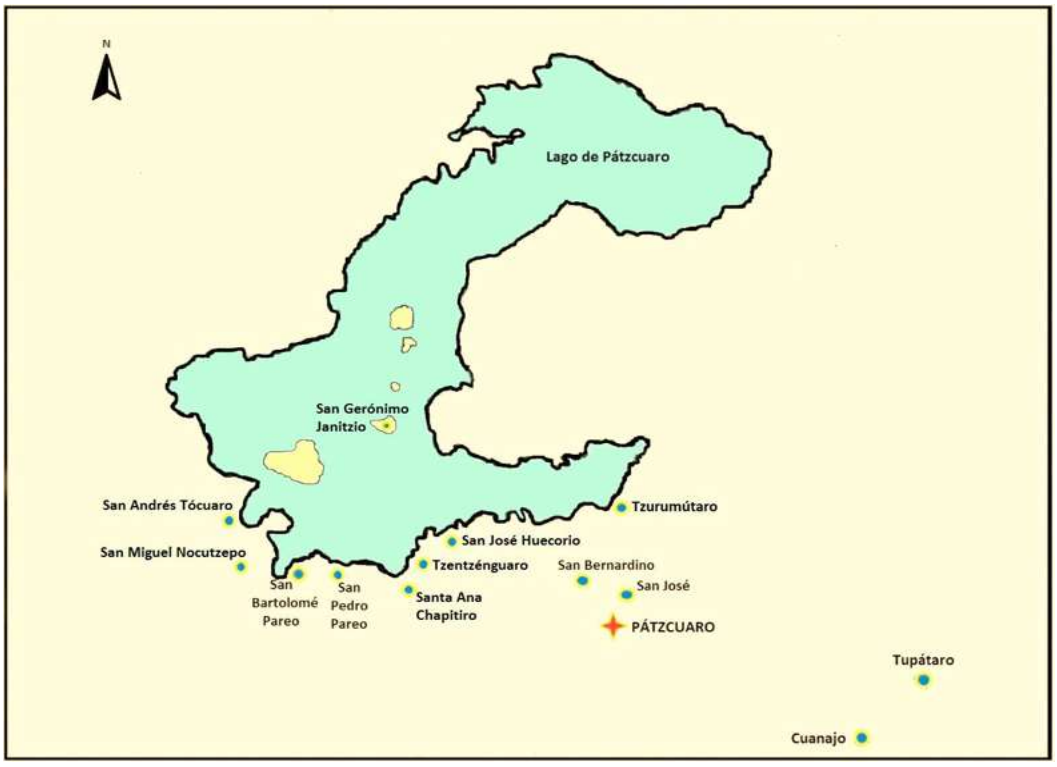
La administración civil además de la vía política, incluía la de aplicación de justicia, misma que estaba encabezada por el Alcalde Mayor, o por su teniente cuando se ausentaba; entre sus funciones estaba la cobranza de los tributos, vigilar las buenas costumbres e intervenir en las causas criminales graves, por eso debía hacer las visitas a los pueblos sujetos.[172] Pero, en Pátzcuaro no se siguió ese orden, pues por no haber Alcaldes Ordinarios, éste o su teniente intervenían en cualquier causa judicial, fuese grave o no; no ahondaré en su participación por ahora, ya que la función y atribuciones de éste están reservadas al capítulo V, por tratarse de la figura de autoridad

[168] SILVA MANDUJANO, "Criollos y peninsulares en el ayuntamiento de Pátzcuaro"; MACHUCA CHÁVEZ, *El cabildo de la Villa de Colima,* 44-64.
[169] CASTRO GUTIÉRREZ, "Alborotos y siniestras relaciones", p. 116-117.
[170] CASTRO GUTIÉRREZ, *Movimientos populares en Nueva España*, p. 67.
[171] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII*, p. 26.
[172] ROMERO DE SOLÍS, "Tenientes de Alcalde", pp. 40-42.

en materia de justicia civil más sobresaliente; por ahora solo basta con mencionar que su estadía se mantuvo de manera itinerante entre Pátzcuaro y Valladolid, fungiendo ambas ciudades como cabeceras de la Alcaldía Mayor de Michoacán.

La jurisdicción de Pátzcuaro en el siglo XVII abarcaba 15 pueblos, los cuales constaban básicamente de los asentamientos ubicados en la cuenca del lago, como son San Andrés Tócuaro, San Miguel Nocutzepo, San Pedro Pareo, San Bartolomé Pareo, Santa Ana Chapitiro, Tzentzénguaro, San José Huecorio, Tzurumútaro, Cuanajo, Tupátaro, San Gerónimo Janitzio, San José Tzirimbo, Guipio, San Bernardino y San José.[173] A finales de siglo, San José Tzirimbo y Guipio desaparecen.[174]

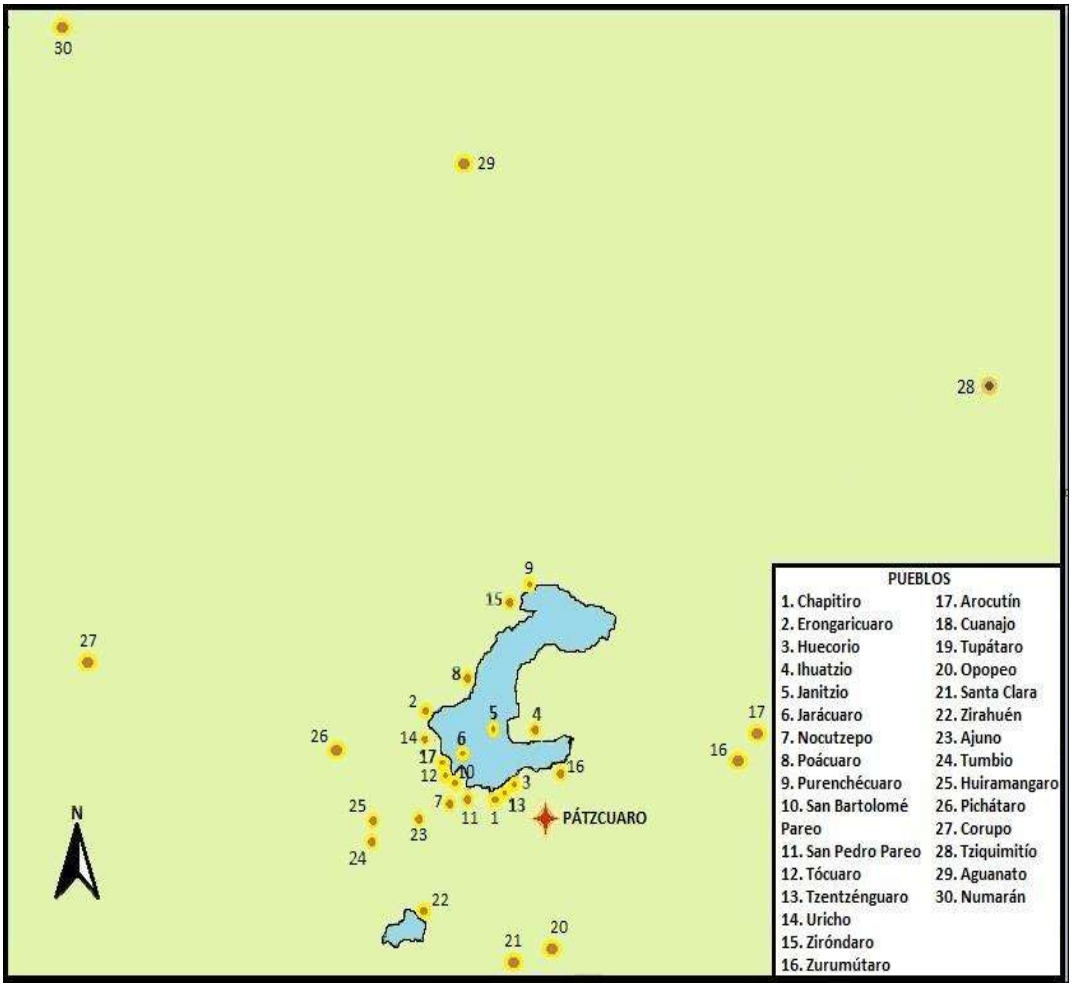
MAPA 3. Jurisdicción civil de Pátzcuaro.[175]



[173] LÓPEZ LARA, *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII*, p. 90.
[174] CARRILLO CÁZARES, *Michoacán en el otoño del siglo XVII*, pp. 484-507; ENKERLIN, "La ciudad de Pátzcuaro", p. 61.
[175] De algunos pueblos no fue posible rastrear su ubicación, tal fue el caso de Guipio y San José Tzirimbo.

Por su parte, la República de Indios abarcaba una jurisdicción más amplia, lo que significaba una distancia considerable entre la cabecera, es decir, entre Pátzcuaro, y sus pueblos sujetos, que en total sumaban treinta y uno, y eran Aguanato, Ajuno, Arocutin, Corupo, Cuanajo, Chapitiro, Erongarícuaro, Huecorio, Huiramangaro, Ihuatzio, Janitzio, Jarácuaro, Nocutzepo, Numarán, Pichátaro, Poácuaro, Purenchécuaro, San Bernardino, San Bartolomé, San Pedro Pareo, Santa Clara, Tócuaro, Tumbio, Tupátaro, Tzentzencuaro, Tziquimetio, Uricho, Zirahuén, Ziróndaro, Opopeo y Zurumútaro.[176]

MAPA 4. Jurisdicción de la República de indios de Pátzcuaro.



[176] CASTRO GUTIÉRREZ, *Los tarascos y el imperio español 1600-1740*, p. 104-105.

En el ámbito civil había dos jurisdicciones bien definidas que administraban, como pudo verse, sin embargo, éstas no eran las únicas, ya que en Pátzcuaro la potestad eclesiástica también tenía su propia jurisdicción; tres conventos eran los que la administraban, el de San Francisco, el de San Agustín y el de la Compañía de Jesús. El convento franciscano tenía de ordinario un guardián, cuatro o cinco religiosos sacerdotes, encargados de proveer los sacramentos; el agustino tenía un prior y cuatro o cinco religiosos; y el jesuita, que además tenía un colegio, contaba con un rector y diez religiosos.[177]

Como cabecera parroquial, su jurisdicción se extendía más allá de los límites de la ciudad; la parroquia y los conventos, ubicados uno en cada barrio, tenían a su cargo la administración sacramental de otros pueblos y haciendas;[178] a excepción de la Compañía de Jesús, que, aunque tenía un convento, no poseía pueblos que dependiesen de su administración, salvo algunas haciendas, tales como La Tareta, la de Chapultepec, la de Chiraguén, la de San Pedro Cheranx o de Aranjuez, y la de Juan de Salas. Los jesuitas se dedicaron más a la enseñanza, a las actividades económicas y a las misiones, sobre todo en la zona de la tierra Caliente.[179]

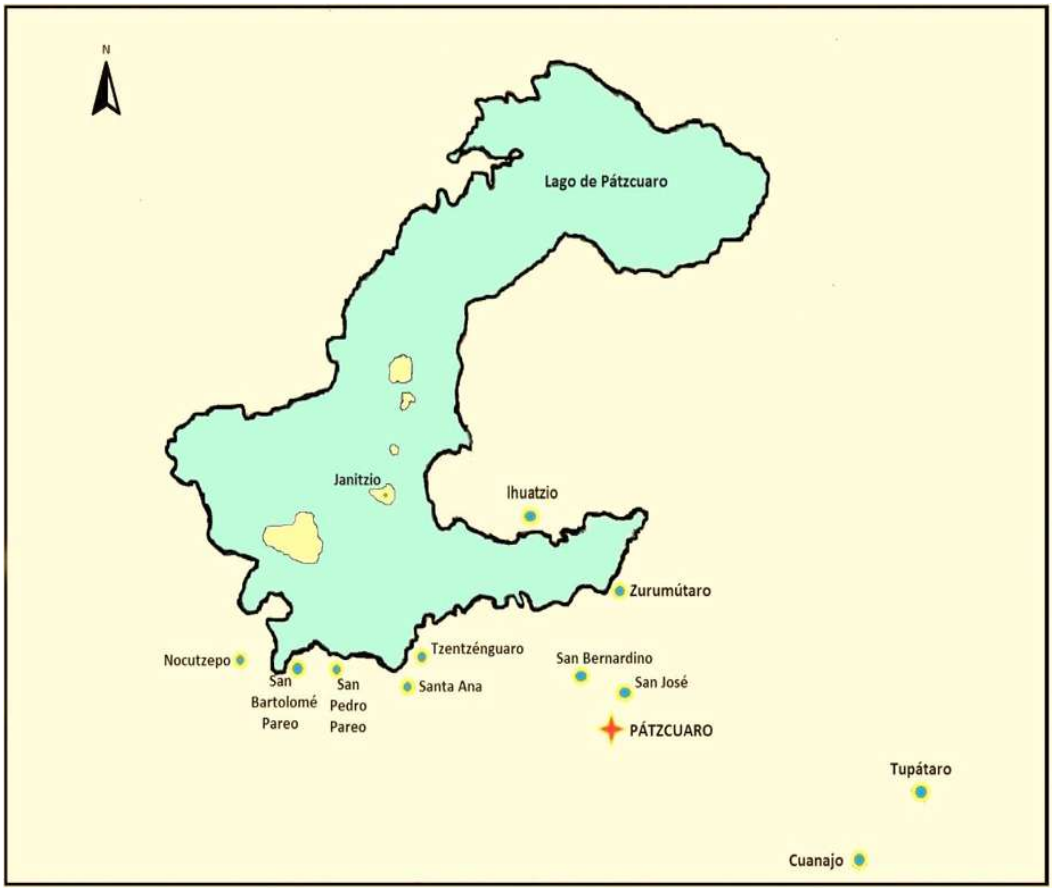
TABLA 1. Jurisdicción parroquial de Pátzcuaro

CABECERA PARROQUIAL DE PÁTZCUARO	
	Barrios / Pueblos / Haciendas
La Parroquia	Plaza mayor
	Barrio de San Salvador
	Cuanajo
	Tupátaro
	Guipio
	Zurumútaro
Convento de San Francisco	Barrio de San Francisco
	Ihuatzio
	Toquejo
	Nocutzepo

[177] LÓPEZ LARA, *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII*, pp. 89-90.
[178] LÓPEZ LARA, *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII*, pp. 88-90; CARRILLO CÁZARES, *Michoacán en el otoño del siglo XVII*, p. 484-507; ENKERLIN, "La ciudad de Pátzcuaro", p. 61.
[179] LÓPEZ LARA, *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII*, pp. 90-91.

	Hacienda de Gregorio Sánchez Caballero
Convento de San Agustín	Barrio de San Agustín
	San Bernardino
	San José Tzirimbo
	Tzentzénguaro
	Santa Ana
	San Bartolomé Pareo
	San Pedro Pareo
	San José
	Janitzio o Janicho

MAPA 5. Jurisdicción de Pátzcuaro como cabecera parroquial.[180]



Es así que, la administración civil y la eclesiástica en Pátzcuaro durante el siglo XVII, no se redujo a la ciudad, también comprendió pueblos aledaños. Aunque

[180] El pueblo de Toquejo, al igual que el de Guipio y San José Tzirimbo, tampoco pudo rastrearse.

los sujetos a la ciudad como cabecera civil y como cabecera parroquial eran básicamente los mismos, aquellos ubicados en la zona sur de la cuenca lacustre; a diferencia de la jurisdicción que abarcó el cabildo indígena, y que además de los pueblos lacustres, incluía a otros más lejanos, dejando ver el amplio dominio y la extendida demarcación que comprendía.

1.4. Traza urbana de la ciudad y su conformación.

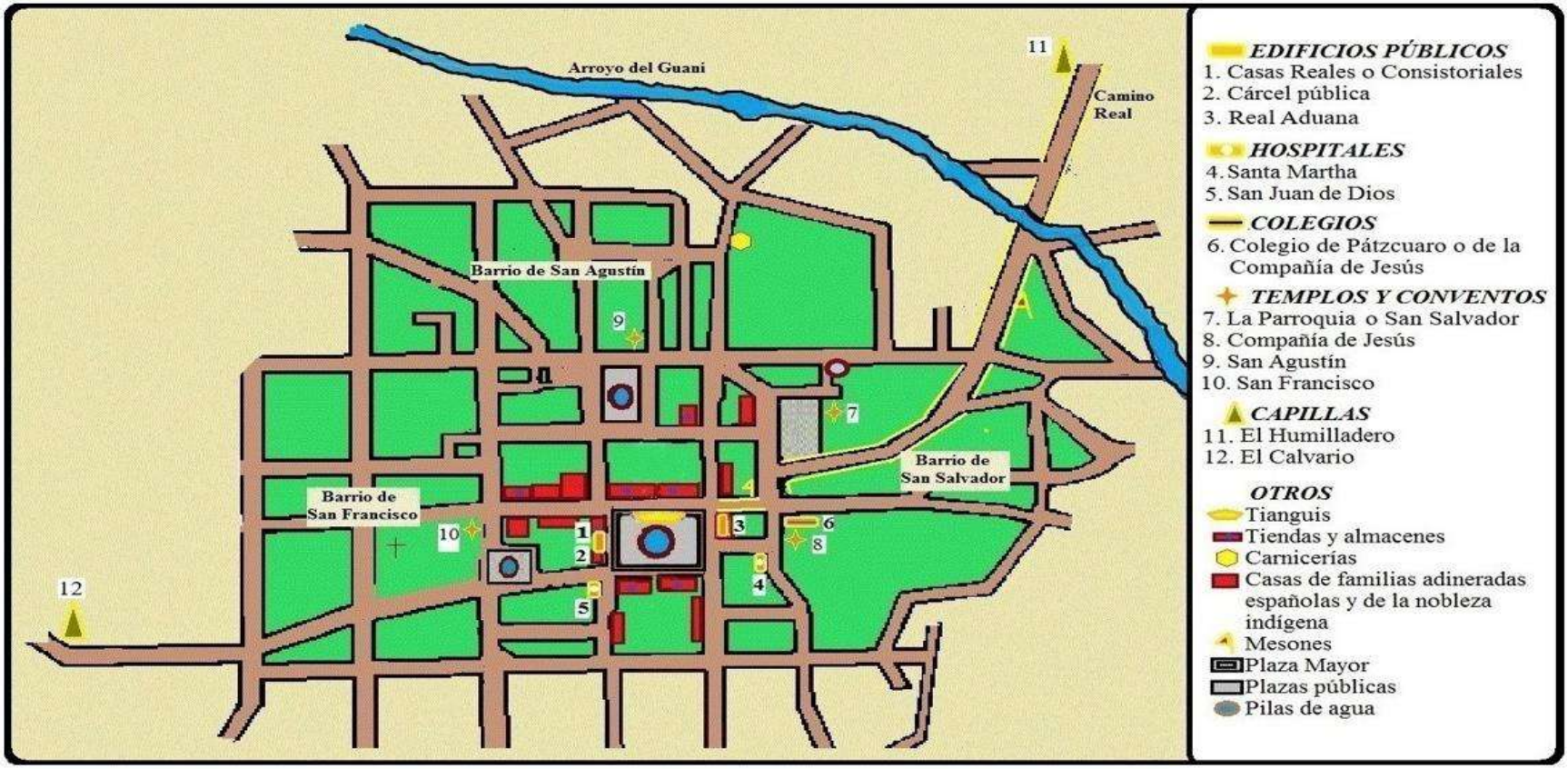
Pátzcuaro era de ambiente húmedo, lo que le propiciaba una temperatura fría, su condición geográfica era de carácter accidentado, por asentarse en una zona serrana cuyo terreno era áspero y pedregoso; esto ocasionó que la traza urbanística se estableciera en un plano arquitectónico desigual. Su orientación era de norte a sur y de oriente a poniente en retícula, pero su terreno poco llano originó pronunciadas e incomodas cuestas, así como edificaciones en desnivel y calles irregulares; condiciones surgidas del terreno, pero también de la tradición urbanística española, apoyada en la imagen medieval de calles laberínticas.[181] Pero, aunque su condición geográfica era agreste, la ciudad era considerada como un sitio idóneo, gracias a su espacio amplio y abundante agua, pues poseía una gran laguna rica en pescado, que según relatos de la época, era tan grande y hermosa como la de México; su extensión comprendía nueve leguas y de ella sobresalían pequeñas isletas.[182]

La imagen apacible de la ciudad, que según Villaseñor, "aunque no es a la moderna, no carece de proporción, y pulimiento, en sus calles, casas, plazas y templos, es el país deleitable y ameno",[183] la postularon como un sitio atrayente para vivir. Aunado a ello, se encontraban otros convenientes, como el desarrollo económico, la posesión de un elevado índice poblacional, el cual, según varios escritores de la época, era superior al de Valladolid;[184] además su administración pública, que poco a poco se consolidaba, otorgaba la posibilidad, a quienes reuniesen los requisitos, de incursionar en algún puesto.

---

[181] ETTINGER MCENULTY, "La traza urbana en la cuenca lacustre de Pátzcuaro", p. 133.
[182] CDMET, sección Biblioteca Nacional de Madrid, Mss-a 3023, ff. 229v-230. *Noticias sacras y reales de los imperios de las Indias Occidentales y de la Nueva España,* "Libro segundo, distrito de la Audiencia y Chancillería Real Prectorial que reside en la insigne y muy leal ciudad de México, cabeza y corte de toda la Nueva España, con lo eclesiástico y secular que hay en él", 1659; MARTÍNEZ DE LEJARZA, *Análisis,* p. 116; ACUÑA, *Relaciones geográficas,* p. 197 y pp. 201-202.
[183] VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, *Theatro americano,* p. 12.
[184] *Carta de Baltasar de Covarrubias, OSA, obispo de Mechoacán, a Felipe III,* p. 16; *Relación del obispado de Michoacán por el doctor Andrés de Ortega Valdivia, chantre de la catedral de Valladolid, 1639,* p. 127; DE YSSASY, *Demarcación y descripción del obispado de Michoacán,* p. 119.

MAPA 6. Plano de la ciudad de Pátzcuaro a finales del siglo XVII.*



* El mapa, de autoría propia, fue construido con base en la información obtenida de la documentación referente a Pátzcuaro en la época de estudio, por lo que debe considerarse que las dimensiones son aproximadas; se presentan a fin de ofrecer un panorama de la distribución espacial de la ciudad y la ubicación de los principales barrios, sitios, edificios públicos y caminos, por ello se optó por presentar la imagen que tuvo a finales del siglo XVII, para así incluir la mayoría de esos establecimientos.

La ubicación geográfica que Pátzcuaro poseía contaba con varios caminos, pero cuatro eran los más sobresalientes; el Camino Real, ubicado al noreste era por supuesto el principal y conducía a Valladolid y a la ciudad de México; en el norte se ubicaba otro, que llevaba a Zacapu bordeando el lago, y de ahí a la zona del bajío y a la del occidente novohispano; al poniente estaba el sendero que enlazaba a Pátzcuaro con Uruapan, la sierra y la región de tierra caliente. El camino del sur, llevaba a Santa Clara, Ario y la Huacana, y continuaba hasta la costa del Pacífico, hacía Acapulco.[185] Pero, a pesar de tener varias salidas, la única senda transitable para las carretas y carruajes, por ser más amplia y estar empedrada, era la del Camino Real, los demás, por ser más angostos y accidentados, solo eran senderos adecuados para las bestias de carga; aunque aún para las recuas que transportaban mercancías el tránsito era difícil, sobre todo en época de lluvias, cuando el camino se tornaba lodoso.[186]

En el área central de la ciudad, que era prácticamente la única zona llana, se dispuso la plaza principal, la cual se describe para 1586, como grande y cuadrada.[187] Esa plaza fue conocida como plaza mayor, el lugar principal por excelencia, de modo que allí se asentaron las viviendas de los vecinos españoles y de la nobleza indígena. Alrededor de ella se ubicaron los barrios que también conformaban la ciudad. Por lo regular se habla solo de tres, el de San Salvador o del Fuerte, el de San Francisco y el de San Agustín,[188] que eran los más grandes, pero no eran los únicos, había otros, aunque por ser más pequeños, fue más difícil situarlos, de modo que fueron omitidos en el plano anterior.

De acuerdo a los registros parroquiales consultados, en el siglo XVII había otros seis barrios en la ciudad, el de San Lázaro, el de San Joseph, el de San Lorenzo, el de la Trinidad, de la Santa Cruz y el de la Asunción, los cuales eran meramente de indios. Estos barrios estaban organizados por oficios, así se tiene que,

[185] SILVA MANDUJANO, *La casa barroca*, pp. 30-31.
[186] SILVA MANDUJANO, *La casa barroca*, pp. 30-31.
[187] DE CIUDAD REAL, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España,* p. 73.
[188] LÓPEZ LARA, *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII,* pp. 88-91; CARRILLO CÁZARES, *Michoacán en el otoño del siglo XVII,* p. 90.

para 1633, el barrio de San Lázaro era conocido también como el de los carpinteros,[189] y al de la Asunción se le identificaba como el de los panaderos, los loceros y el de los "platuchas".[190] Sin embargo, con el paso del tiempo éstos terminaron siendo absorbidos por los barrios más grandes, lo que resultó en que, para mediados de siglo, se comenzara a hablar de tres formalmente establecidos, San Salvador, San Agustín y San Francisco; aunque algunos, como el de San Lázaro, se mantuvieron independientes por más tiempo, hasta 1671 se anexó al de San Salvador.[191]

Así, la composición de la ciudad quedó definida por dos áreas, la zona de la plaza mayor y la de los barrios, tres principales, que como tales poseían características particulares, como una plaza pública como punto de referencia, una respectiva parroquia cada uno, a la que pertenecían los otros barrios pequeños según su cercanía. Ambas zonas funcionaban como el escenario en donde las conexiones y vínculos sociales se enlazaban, pues en ellas se desenvolvían las actividades cotidianas, y se ubicaban los servicios públicos.

1.4.1 Dependencias, establecimientos y servicios públicos.

Como ya señalaba, en la plaza estaban ubicadas las casas de los españoles y de la nobleza indígena. Éstas estaban elaboradas de adobe y de cantera, y comúnmente cubiertas de madera, con techos de teja a dos aguas;[192] la mayoría constaban de dos pisos y eran bastante extensas, tenían caballeriza, solar o huerto frutal, llegaban a tener hasta tres patios. El principal funcionaba como enlace entre la tienda, la trastienda y la

[189] ARCHIVO DE LA PARROQUIA DE PÁTZCUARO (en adelante APP), registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-K4?i=389&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 11 de septiembre de 2023].
[190] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-79?i=388&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 11 de septiembre de 2023].
[191] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996 1555-1996, matrimonios 1596-1697, Pátzcuaro, 10 de febrero de 1671. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9L-TP?i=473&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 04 de septiembre de 2023].
[192] SILVA MANDUJANO, *La casa barroca de Pátzcuaro*, pp. 79-86; CORTÉS ZAVALA, "Pátzcuaro: remembranza y aconteceres de ayer", p. 133.

bodega; en el patio secundario se encontraba la cocina, los lavaderos y pilas, así como el baño, mientras que el último patio era donde se ubicaba el corral y el gallinero.[193]

Tal era su amplitud que cumplían una doble función: habitacional y comercial; la planta alta era la de vivienda, y la baja era en donde se ubicaba la tienda o almacén, negocio que podía ser propio o arrendado, ya que era común que los dueños designaran alguna accesoria[194] para rentarla y ser utilizada como vivienda, taller o tienda. A diferencia de las casas de la plaza mayor, las ubicadas en las calles que la rodeaban, eran más sencillas, por lo general de un piso y techo de paja; no obstante, contaban con amplios huertos floridos y tierras de labor que se poblaban de milpas, así como patios con aves, animales domésticos y bestias de carga.

Pero la plaza mayor, además de constituirse por casas y comercios, era el punto de reunión del foro civil tanto español como indígena, ubicándose allí las Casas Reales o Consistoriales, que era donde se reunía el cabildo indígena, y estaban las oficinas del Alcalde Mayor, o su Teniente; donde más tarde, se instalarían los funcionarios del ayuntamiento español.[195] En dichas Casa Reales se encontraba un reloj, el cual marcaba el tiempo de los patzcuarences, ayudado por el repique de campañas de los conventos, ambos dictaban los horarios de misas, rezos y demás actividades. Razón por la cual, debía tener un correcto funcionamiento, lo que requería que hubiese un responsable que cuidase de su mantenimiento y lo mantuviese en buenas condiciones; el encargado de tal labor era el Alcaide de la Cárcel pública, quien además de ejercer las funciones de su cargo, se ocupaba del reloj, recibiendo un salario por ello.[196]

En la zona principal de la ciudad también se encontró la ubicación de la Real Aduana, inmueble establecido en la desembocadura del camino real: la plaza

[193] SILVA MANDUJANO, *La casa barroca,* p. 67; FLORES GARCÍA, "El universo, la casa y los rincones", p. 64.
[194] Cuartos abiertos a la calle utilizados para diferentes usos. GONZALBO AIZPURU, *Vivir en la Nueva España,* p. 23.
[195] ENKERLIN, "La ciudad de Pátzcuaro cabecera de la provincia de Michoacán", p. 69.
[196] AHMP, fondo colonial, caja 6, exp. 11, ff. 1-2. "Bartolomé de Humedia, Alcaide de la cárcel pide se le pague por el cuidado del reloj", Pátzcuaro, 26 de mayo de 1606.

mayor de Pátzcuaro; como la mayoría de los edificios públicos, también se instauró en uno de los portales de esa explanada. De acuerdo a Castelló, fue en la esquina del actual portal Matamoros, con la Cuesta de don Vasco, donde años después se ubicaría el famoso y gran almacén "El Cairo", que aunque al día de hoy ya no está en función, aún podemos observar su fachada. En la entrada de este recinto, Castelló refiere había una puerta de hierro con la leyenda que decía "Aduana, por la gracia del Rey", la cual desapareció a la muerte de su antiguo dueño José María Guízar.[197] En el siglo XVIII cambió su dirección a la calle ubicada al suroeste de la plaza, actualmente calle Ponce de León, cuya casa marcada con el número 16, hoy es un elegante hotel.

IMAGEN 1. Letrero ubicado en el interior del hotel "Casa de la Real aduana"



La Cárcel Pública fue otro establecimiento que igualmente se ubicó en una de las orillas que acordonaban la plaza mayor; se dispuso a un lado de las Casas Reales. Constaba de dos pisos, en el de abajo residían los presos, en el de arriba se encontraba la vivienda del Alcaide de la cárcel. La planta baja estaba integrada por dos

[197] CASTELLÓ YTURBIDE, *Pátzcuaro. Cedazo de recuerdos*, p. 56.

cuartos, uno de ellos daba hacia la plaza y tenía dos puertas, las cuales conducían a un pasadizo dirigido al zaguán del inmueble. Ese mismo pasadizo se comunicaba mediante una escalera de madera a la vivienda del Alcaide.[198]

El otro cuarto que conformaba la prisión, era donde se encontraban los reos de mayor peligrosidad, y estaba dividido del primero solo por una puerta, misma que se conectaba a un patiecito en donde se encontraba el pozo donde se vertían los desechos de los presos. Detrás de ese, se encontraba otro patio más pequeño, que también por medio de una escalera se comunicaba a la casa del mencionado Alcaide.[199] Sin embargo, las condiciones de la prisión no eran las mejores, como ocurría con la mayoría de las cárceles novohispanas, la humedad e insalubridad afloraba en ella,[200] lo que desgastaba su estructura y la mantuvo en un estado deplorable.

Ahora bien, además de tiendas y edificios públicos, en Pátzcuaro había otros sitios y servicios de gran importancia, que servían al común de la población. Uno de ellos eran las pilas de agua, que representaban la principal fuente de bienestar; las personas recurrían a ellas a llenar sus cántaros para el aseo y uso personal, para la limpieza y para cocinar los alimentos. Aunque su utilidad no se redujo a una herramienta de uso doméstico, los habitantes de la ciudad también se acercaban a las pilas para recrearse y refrescarse, sobre todo los trabajadores dedicados a la arriería y al trabajo en el campo, que las utilizaban para calmar su sed después de una larga jornada laboral, así como para también darles de beber a sus animales.[201]

El agua provenía del manantial que brotaba cerca del Colegio de la Compañía, en la parte norte de la ciudad, de donde se dirigía a la plaza, abasteciendo

[198] CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 13, caja 25-B, exp. 3, ff. 461-473, "Testimonio sobre la fuga de varios reos de la cárcel pública de la ciudad de Pátzcuaro", Pátzcuaro, 1 de abril de 1727.
[199] CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 13, caja 25-B, exp. 3, ff. 461-473, "Testimonio sobre la fuga de varios reos de la cárcel pública de la ciudad de Pátzcuaro", Pátzcuaro, 1 de abril de 1727.
[200] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII*, pp. 47-48; GALLARDO ARIAS, "La transgresión al ideal femenino cristiano", p. 94.
[201] CASORLA SAGRERO, *Criminalidad y desviación en Michoacán*, pp. 45-46.

otras pilas a su paso.[202] La fuente principal se encontraba en la plaza mayor de Pátzcuaro, así lo refirió el Comisario General de la Nueva España Fray Alonso Ponce, según lo escrito por su secretario y acompañante, Fray Antonio de Ciudad Real, en su visita a Pátzcuaro en 1586;[203] en su descripción detalla que la fuente estaba labrada en cantería:

> "muy galana y curiosa, con ocho caños muy vistosos; los seis dellos son seis gentiles hombres, labrados de talla, y puestos en pie alrededor de una pila redonda, apartado uno de otro en igual distancia, que mirándose los unos a los otros, echan el agua por la boca y cae en la mesma pila; otro caño es una águila, asimesmo labrada puesta en medio de aquella pila sobre un pilar o columna alta bien labrada, que echa el agua por la corona y subiendo algo alta, cae en la mesma pila; el octavo caño es un león de piedra asimesmo labrado, de talla, puesto en otro pilar más bajo que el de la águila y delante de ella, en el borde de la pila mirando a fuera, el cual echa el agua por el medio de un escudo que tiene en los pechos, y arrójala de sí para adelante más de tres varas de medir y cae en otra pila larga, a la cual por otros caños anchos va a parar toda la otra agua de la pila redonda, y de allí toman agua todos los indios e indias del pueblo".[204]

La pila de la plaza principal, si bien era la más grande, como ya mencionaba, no era la única, en el siglo XVII se contó con otras pilas más; cuya ubicación se encontró en las calles, lo cual resultó benéfico especialmente para los visitantes, arrieros y viandantes que arribaban a la ciudad y que buscaban una fuente donde refrescarse y dar de beber agua a sus bestias de carga. De tal forma que las pilas de agua y las plazas públicas sirvieron como escenario de diferentes acontecimientos, pero también servicios; no solo los avisos, los grandes festejos o el abastecimiento tenían lugar allí, las actividades más comunes, como el acarreo de agua a las casas, los paseos y la sociabilidad que, aunque a veces bajo el disimulo, igualmente se desarrollaba en dichos lugares.

Ahora bien, otros sitios importantes eran los mesones, establecimientos que ofrecían refugio temporal a los forasteros recién llegados, que después de un largo recorrido, buscaban descanso. Como Pátzcuaro era un lugar que constantemente recibía

[202] SILVA MANDUJANO, *La casa barroca*, p. 44.
[203] DE CIUDAD REAL, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España,* pp. 73-74.
[204] DE CIUDAD REAL, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España,* p. 73.

viajeros, tales establecimientos eran necesarios; no obstante, los habidos en la ciudad no eran abundantes, para el siglo XVII se tiene noticia de dos, aunque seguramente había más, ya que desde mediados del siglo XVI se tiene registro de al menos cuatro mesones y posadas, los cuales se sabe seguían en funcionamiento a finales de siglo.[205]

En 1605 se menciona un mesón para forasteros a cargo de Juan Calvo, y en 1627 se menciona otro más, ubicado en la plaza mayor, en donde se alude que se otorgaba pastura a los animales que traían consigo los forasteros, y que contaba con un espacio destinado a la descarga de mercancías, artículos que traían como equipaje, o cualquier tipo de cargamento que trajesen.[206] Los mesones servían como hoteles de paso, ofreciendo lo necesario para que los viajeros descansaran, descargaran y comieran algo, por lo que su ubicación debía estar en lugares estratégicos; los caminos, al ser entradas y salidas de las diferentes zonas de la Provincia michoacana, eran sitios idóneos, como igualmente también lo era la zona central de la ciudad, específicamente la plaza mayor, por ser el punto de referencia por excelencia.

Había una serie de especificaciones que los mesones debían cumplir para su funcionamiento, la principal era ser lo suficientemente amplios para contar con varios cuartos, que debían mantener limpios, además debían estar aprovisionados con víveres y zacate para los animales de carga, y sobre todo, brindar precios bajos.[207] Los mesones habidos en Pátzcuaro ofrecían un costo de cuatro pesos cada semana,[208] eran de gran amplitud y constaban de habitaciones y uno o dos patios, que funcionaban como corral para que los viajeros dejasen en ellos sus bestias de carga y no se quedaran en la calle.[209]

---

[205] MARTÍNEZ BARACS y ESPINOSA MORALES, *La vida michoacana en el siglo XVI*, p. 41 y pp. 72-104.
[206] AHMP, fondo colonial, caja 8, exp. 8, f. 1. "Mesón para forasteros", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1605; FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII*, p. 45.
[207] *Recopilación de las leyes*, libro IV, título XV, ley VII, Títulos XVI y XVII, ley I; libro V, título II, ley XVIII.
[208] AHMP, fondo colonial, caja 8, exp. 8, f. 1. "Mesón para forasteros", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1605.
[209] RAMÍREZ ROMERO, *Catalogo de monumentos y sitios de la región lacustre*, pp. 294-296.

Por otro lado, el dueño o encargado del mesón debía tener un control de los huéspedes que hospedaba, por lo que era indispensable llevar un libro donde anotasen los días de llegada y de ida, los nombres de los compañeros o miembros de la familia, lugar de procedencia, los días que permanecerían en el mesón y hacia dónde se dirigían.[210] Asimismo, el mesonero debía pagar una renta anual que oscilaban entre los 60 pesos, cantidad que no siempre alcanzaba a cubrir, ya que a veces los arrendadores no pagaban en tiempo y forma, lo que terminaba afectando al encargado.

Así le sucedió a Juan Calvo, quien tenía arrendado el mesón a unos naturales por una cantidad semanal, no obstante, hacía varias semanas que no le daban recaudo ni zacate para los animales, por lo que mandó llamar al cabildo indígena para que tomara cartas en el asunto, de lo contrario dejaría el mesón, ya que aseguraba él perdía más de lo que ganaba, agregando que era pobre y tenía muchos hijos y mujer, por lo que no alcanzaba a costear los gastos y servicios de éste.[211] De tal forma que estar al frente de estos establecimientos no resultaba una tarea sencilla, a veces significaba pérdidas y deudas.

Aunque no solo los mesones albergaban a forasteros, había otros lugares que también lo hacían, como el Hospital de Santa Martha, donde incluso vivían durante varios días.[212] El hospital fue fundado por Vasco de Quiroga entre 1536 y 1540, y no estaba destinado exclusivamente a cuidar enfermos, como refiere Yssasy también a acoger pobres y forasteros, a prodigar hospitalidad;[213] por eso en el de Santa Martha eran bienvenidos los pobres, los huérfanos y los forasteros. No obstante, respecto a la salud de los enfermos jugó un papel preponderante, pues aunque no era el único ya que

[210] BENTURA BELEÑA, *Recopilación sumaria de todos los autos acordados,* p. 47.
[211] AHMP, fondo colonial, caja 8, exp. 8, f. 1. "Mesón para forasteros", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1605.
[212] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 1, f. 11. "Criminal de oficio de la real justicia contra Mateo López mulato por querella de Gregoria López, asimismo su hija por haberla estuprado", Pátzcuaro, 19 de junio de 1685.
[213] *Demarcación y descripción del obispado de Michoacán,* p. 170.

los pueblos aledaños también contaban con uno, si era el más grande y mejor provisionado.[214]

Era de grandes dimensiones, aunque sin pretensiones de belleza arquitectónica; al frente de éste se encontraban indígenas, desempeñando los cargos de prioste, mayordomo y quengue, sin sufrir variación durante el siglo XVII; también se contaba con un fiscal, un escribano y un mayordomo de la fábrica, que se encargaba del mantenimiento estructural del hospital. Para los auxilios espirituales se contaba con un capellán. A los enfermos se les daba atención médica y comida, por ello había quienes se encargaban de elaborarla, otros de repartirla; también había los dedicados a asear el edificio, aplicar los remedios ordenados por los facultativos, y tener arreglada la capilla.[215] En el hospital se contaba con médicos graduados y se utilizaba la medicina española e indígena.[216]

En el hospital de Santa Martha no se le negaba la entrada a nadie, independiente de su grupo social y situación, pero eso no era del agrado de los españoles y criollos de la ciudad, puesto que ni alimentos, ni medicinas, ni aun el idioma, en muchos casos, les eran comunes. Hacía falta un hospital en el que ellos se sintieran cómodos, y donde sobre todo los indígenas no tuvieran el control; así fue fundado el Hospital de San Juan de Dios, que, aunque ya desde 1632 se había aprobado por el Consejo de Indias, se estableció hasta finales de siglo, en 1672, gracias a las donaciones de bienhechores y de algunas obras pías, como la que otorgó el obispo, que constaba de 350 pesos anuales; así se logró la erección del hospital y se mantuvieron las enfermerías provistas de lo necesario.[217]

Otros lugares de interés público y vital importancia en la ciudad, fueron los dedicados a la educación de la población, cuya necesidad resultó ser un asunto

[214] Los pueblos de Ihuatzio, Toquejo, Nocutzepo, San José Tzirimbo, Tzentzénguaro, Santa Ana, San Bartolomé Pareo, San Pedro Pareo, San José, y Janitzio, tenían sus hospitales, pero eran más pequeños y no contaban con un clérigo. LÓPEZ LARA, *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII*, pp. 89-90; MURIEL, *Hospitales de la Nueva España,* p. 78.
[215] MURIEL, *Hospitales de la Nueva España,* p. 73.
[216] MURIEL, *Hospitales de la Nueva España,* p. 74.
[217] MURIEL, *Hospitales de la Nueva España,* p. 64-66.

significativo en Pátzcuaro. Por ello, Vasco de Quiroga fundó un colegio, del cual los jesuitas se harían cargo, tras su arribo a la ciudad en 1573. Un año después de su llegada se dio la fundación formal del colegio de primeras letras, contando con un rector, un maestro de gramática y otro para escolarizar a los niños.[218] A finales del siglo XVI contaba con más de 300 colegiales indios y españoles; para el siglo XVII los maestros jesuitas ascendían a diez, los cuales, además de impartir cátedras a los niños, impartían la doctrina católica y hacían misiones a la sierra michoacana.[219] Aunque estos frailes no se dedicaron únicamente a la enseñanza, también establecieron estrechos vínculos con la población.

Así pues, los establecimientos públicos y sus funciones fueron diversas, había los encargados de la administración de la ciudad, del cuidado de la salud, de la venta de insumos, de ofrecimiento de descanso, y también había unos dedicados a propiciar diversión y pasatiempo, como las casas de juego a las que denominaban coymas. Dichos lugares tenían una alta concurrencia, de modo que se encontraban bajo reglamentación; el permiso era otorgado por el Estanco de Naipes, creado por el rey Felipe II, quien vio la utilidad de establecer uno, al entender que la erradicación de la práctica de juegos de albur no era posible, por tanto había que reglamentarla, con lo cual se obtendría además ganancias, debido a los impuestos que los permisos generarían.[220]

Así, las barajas comenzaron a traerse desde España lícitamente a partir de 1552,[221] y eran propiedad de la Real Hacienda que, como en el caso del vino, se encargaba de administrar su comercio y reglamentación.[222] En cumplimiento con los requerimientos, en 1605 Miguel de Pedraza pidió permiso para vender naipes en la

[218] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* p. 43.
[219] LÓPEZ LARA, *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII,* p. 90; RAMÍREZ, *El antiguo colegio de Pátzcuaro,* p. 120.
[220] LOZANO ARMENDARES, "Los juegos de azar", p. 157.
[221] LOZANO ARMENDARES, "Los juegos de azar", p. 157.
[222] No todos los juegos estaban permitidos, únicamente el ajedrez, los boliches y los naipes, aunque éstos contaban con restricciones, puesto que estaban relegados a las casas de juego, para así tener un control de su práctica; en ellas lo máximo que se podía jugar eran diez pesos de oro en un día. *Recopilación de las leyes*, libro VII, título II, ley I.

ciudad de Pátzcuaro, permiso que le fue otorgado por el estanquero de Valladolid.[223] Para 1613 en la ciudad ya había un "Juez comisario de lo tocante a la fábrica y estampa de los naipes".[224]

Las ganancias obtenidas en las casas de juego eran bastantes, por eso muchos coymes, dueños de éstas, se dedicaban exclusivamente a atender dichos establecimientos.[225] Aunque, así como gozaban de beneficios también tenían obligaciones, ya que había una serie de procedimientos que debían seguir; uno de los principales era vigilar que se cumpliera la disposición de no permitir que se otorgasen prendas, pues era común que, al ya no tener dinero para continuar jugando, los tahúres apostasen objetos personales.

Las coymas, contrario a lo que podría suponerse, no eran del todo públicas, ya que a los hijos de familia, los esclavos y las "demás gentes prohibidas", que quizá eran indios, negros y castas, no les estaba permitido jugar en ellas;[226] de modo que solo jugaban los españoles y la gente adinerada.[227] Como sucedía con las tiendas, las casas de juego también recibían visitas para inspeccionar que las reglas se efectuasen, lo que llevo a varios individuos a reunirse en casas particulares, donde podían jugar y apostar alejados del control y de las restricciones. Aunque tampoco faltó aquel que decidió ponerse a jugar a los dados en la calle,[228] o a la baraja, pese a la prohibición, sin preocuparle el ser visto. El mulato libre Pedro Gonzales, era un mozo soltero sin oficio alguno, por lo que ocupaba su tiempo en jugar a la baraja.[229]

[223] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 14, f. 1. "Licencia para vender naipes", Pátzcuaro, 1 de agosto de 1605.
[224] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 7, exp. 3, f. 1. "Petición de Diego García Larios, preso acusado de sonsacar y hurtar indios, y andar con personas de mal vivir", Pátzcuaro, 7 de agosto de 1613.
[225] LOZANO ARMENDARES, "Los juegos de azar", p. 158.
[226] CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 17, caja 30-C, exp. 2, ff. 207-208v. "Bando sobre prohibiciones", Pátzcuaro, 3 de enero de 1732.
[227] LOZANO ARMENDARES, "Los juegos de azar", p. 158.
[228] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 14, ff. 1-2. "Denuncia por jugar dados", Pátzcuaro, 14 de octubre de 1605.
[229] AHMP, fondo colonial, caja 9, exp. 13, f. 1-1v. "Denuncia contra Pedro Gonzales, mulato libre, por vagabundo y no haberse manifestado", Pátzcuaro, 12 de enero de 1629.

Comúnmente la vagancia y la ociosidad estaban asociadas a los juegos de azar, ya que con frecuencia los jugadores dejaban de trabajar por estar jugando; por ello a los albures se les atribuía la ruina familiar, la vagancia, la pobreza, y la relajación de costumbres.[230] No obstante, los patzcuarences eran aficionados a los juegos de azar, sin importar los grupos sociales, oficio, calidad o edades.[231] La gente buscaba distracción y solaz después de una extenuante jornada de trabajo, incluso algunos hacía de los albures su forma de vida, dedicándose exclusivamente al juego, dejando el trabajo de lado.

De manera que, Pátzcuaro durante el siglo XVII, contaba con establecimientos elementales para el uso público, pero también para matar los ratos de ocio, los cuales se distribuyeron en la ciudad, la cual contó con espacios y zonas definidos, aunque indudablemente, la más importante era la correspondiente a la plaza mayor, prácticamente todo ocurría en torno a ella; ahí se encontraban los edificios más sobresalientes, así como las tiendas de los españoles adinerados, sus casas y las de la nobleza indígena. Era ahí donde el movimiento comercial, reflejado en dichas tiendas y en los tianguis, se mostraba más dinámico.

Era además el sitio en el cual se proclamaban los diversos avisos, los pregones para el abasto de carnicerías, para rematar terrenos o casas, la publicación de edictos y bandos, así como donde las procesiones y desfiles tenían lugar, al igual que la consumación de castigos a satisfacción de la vindicta pública. La aplicación de una pena relacionada con la vergüenza tenía lugar en la plaza mayor; el paseo infamatorio de algún reo, los azotes y la ejecución de alguna orden de destierro, tenían como escenario principal el centro de la ciudad.

[230] LOZANO ARMENDARES, "Los juegos de azar", p. 157.
[231] CASORLA SAGRERO, *Criminalidad y desviación en Michoacán*, pp. 209-217.

1.5. La sociedad de Pátzcuaro.

En el siglo XVII puede advertirse una heterogeneidad en los grupos sociales que integraban la ciudad de Pátzcuaro, lo que la postuló como uno de los centros de mayor concentración poblacional de la Provincia de Michoacán.[232] Sin embargo, no es posible determinar con cifras exactas el número de pobladores que habitaron la ciudad durante dicho periodo, dadas las generalidades de los documentos que recabaron dicha información, por lo que se recurre a presentar datos aproximados, a fin de tener una idea de la cantidad de personas que pudo haber tenido en dicha época. En los primeros años del siglo XVII, se tiene noticia de una cantidad considerable de población; en 1619 el obispo de Michoacán Baltasar de Covarrubias envía un informe a Felipe II sobre los habitantes de la diócesis michoacana, refiriendo que en Pátzcuaro había 310 españoles y 1, 230 indios, lo que sumaba un total de 1, 540 habitantes;[233] cifra a la que se agregarían aquellas personas pertenecientes a las castas y a la población negra, desafortunadamente se desconocen los datos respecto a estos grupos, pues no hay registros que los mencionen.

No obstante, en los primeros treinta años del siglo XVII, dichos grupos debieron ser de población reducida, pues revisando los libros bautismales de la parroquia de Pátzcuaro, se puede advertir que, de los aproximadamente 642 infantes bautizados de 1600 a 1631, tan solo dos eran producto de mezclas raciales, uno mestizo y otro mulato, asimismo se tiene el registro de tres niños negros; del resto, 539 eran españoles y 98 indígenas. Tales cifras, aunque son indicador de su presencia en la ciudad, muestran que aún no lo eran en un número sobresaliente; pese a que desde 1632 comienza a percibirse un incipiente aumento, es hasta mediados de siglo cuando se empieza a manifestar notoriamente un incremento.[234]

Todavía en 1639 puede observarse que las cifras no sufren gran variación, pues el Doctor Andrés de Ortega y Valdivia, refiere que había 1, 500 indios

[232] NETTEL ROSS, *Colonización y poblamiento del Obispado de Michoacán,* p. 158.
[233] *Carta de Baltasar de Covarrubias, OSA, obispo de Mechoacán, a Felipe III,* p. 16.
[234] Véase la **Tabla 6**, p. 134.

y españoles,[235] sin especificar, al igual que en la relación anterior, a otros grupos sociales. Casi a mediados de siglo, en 1648 Yssasy contabilizaba aproximadamente cien vecinos españoles y 160 indígenas habitando en la ciudad,[236] es decir 260 tributarios o cabeza de familia, cifra que al multiplicarla por cinco, siguiendo la proyección demográfica del número aproximado de integrantes de la familia,[237] nos arrojaría un total de 1, 300 habitantes, es decir, la cifra se mantiene similar a la de años anteriores; pero sigue faltando la contabilidad de los grupos de castas y negros que también habitaban Pátzcuaro, y que por esos años ya empezaban a tener mayor presencia, registrándose ese año 12 bautismos, de los cuales 11 fueron de mulatos y uno de un bebé negro.[238]

Afortunadamente, a finales de siglo, se tiene un registro más detallado, en el padrón de 1681 ya no sólo se contabiliza a los vecinos, sino a los casados, viudos, solteros y muchachos, haciendo el ordenamiento por grupo social. Así se tiene que había en Pátzcuaro 768 españoles, 323 indios, 137 mestizos, 114 mulatos y 23 negros, lo que da un total de 1, 365 personas.[239] Con base en las aproximaciones referidas, puede establecer un rango de entre 1, 500 y 1, 800 habitantes a lo largo del siglo, considerando que las cifras generalmente oscilaban entre los 1, 300 y los 1, 500, sin incluir a los grupos de castas y a la población negra, así como a los niños que había, cuyo rango de nacimiento los primeros cincuenta años, aproximadamente se mantuvo entre las cifras extremas de 10 a 60 nacimientos anuales; a partir de los años cincuenta la cifras se elevaron visiblemente, superando los cien nacimientos en las últimas dos décadas del siglo XVII, llegando a más de 140 por año.[240] Aunque quizá resulte evidente, es preciso aclarar que las cifras y los datos otorgados no son exactos, ni pretenden entrar en análisis estadísticos de población, solo se presentan a fin de tener

[235] *Relación del obispado de Michoacán por el doctor Andrés de Ortega Valdivia, chantre de la catedral de Valladolid, 1639*, p.127.
[236] DE YSSASY, *Demarcación y descripción del obispado de Michoacán*, p. 119.
[237] SHERBOURNE y WOODROW, *Ensayos sobre historia de la población*, pp. 135-156.
[238] Véase la **Tabla 6**, p. 134.
[239] CARRILLO CÁZARES, *Partidos y padrones*, p. 79.
[240] Véase la **Tabla 6**, p. 134.

una noción de la cantidad aproximada de habitantes que pudo haber en la ciudad durante el siglo XVII.

Respecto a los grupos sociales que integraron Pátzcuaro, basándonos en los informes de la época, así como en los registros parroquiales de matrimonios y bautismos habidos en Pátzcuaro en el siglo XVII,[241] podemos establecer que la ciudad estuvo integrada, la primera mitad de siglo, mayoritariamente por indígenas, aunque hay estudios que señalan que éstos desde finales del siglo XVI comenzaron a mermar en Michoacán,[242] su disminución no se dio de la misma forma en todo el territorio, y en Pátzcuaro aun durante gran parte del siglo XVII se presentaron como un grupo mayoritario, seguido en cantidad por los españoles. Es hasta mediados de siglo que empieza a notarse una disminución en la población indígena, y un incremento en la española, misma que a partir de entonces terminó siendo el grupo más numeroso.

En cuanto a los otros grupos sociales, los mestizos se postularon como mayoría sobre los mulatos, y éstos sobre los negros y moriscos que había, pero en una cantidad aún muy reducida. Asimismo, como sucedió con el índice poblacional, debe

[241] Los registros consultados fueron obtenidos de los libros de matrimonios y de bautismos correspondientes a la ciudad de Pátzcuaro durante el siglo XVII, mismos que fueron consultados en la plataforma digital de Family Search. APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1596-1681. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-7S?mode=g&cc=1883388&cat=158637; matrimonios 1698-1735. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5Y28-F?mode=g&cc=1883388&cat=158637; información matrimonial 1671-1708. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-GY36-QB?mode=g&cc=1883388&cat=158637; bautismos 1597-1665, 1691-1699. https://www.familysearch.org/search/film/004728040?wc=3NTP-HZ9%3A178768101%2C178768102%2C178768103&cc=1883388 Bautismos 1664-1698, https://www.familysearch.org/search/film/004728041?wc=3NT5-3TL%3A178768101%2C178768102%2C178795101&cc=1883388; bautismos 1689-1730. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2L93-8Z?wc=3NTG-N38%3A178768101%2C178768102%2C178824901&cc=1883388.

[241] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-ZP?i=8&cc=1883388&cat=158637+ [consultado agosto de 2023].

[242] LÓPEZ SARRELANGUE, *La nobleza indígena de Pátzcuaro*, p. 71; GONZÁLEZ SÁNCHEZ, *El Obispado*, pp. 292-295.

considerarse un probable rango de error, al tomar en cuenta el "mestizaje de papel",[243] como denomina Gustavo González Flores al resultado de los posibles prejuicios que dominaban en el cura al encasillar a una persona en un grupo u otro debido a su apariencia; no obstante, al igual que con el índice poblacional, este ordenamiento tiene la finalidad de mostrar un horizonte general de la población que habitó la ciudad en el Seiscientos.

1.5.1. Su distribución espacial.

Los grupos sociales que integraron la ciudad eran diversos, no obstante, la distribución de sus asentamientos siguió un patrón concreto; pese a lo accidentado de la arquitectura y conformación de Pátzcuaro, se buscó definir la ubicación de éstos por zonas. Por un lado, se encontraba la zona de la plaza mayor, y por el otro la de los barrios. En el área de la plaza, como se mencionó en su momento, se encontraban instaladas las casas de los españoles, pero también las de los indígenas pertenecientes a la nobleza, por lo que esta zona central era principalmente de españoles y algunos indígenas; aunque también había mestizos, negros, mulatos libres y esclavos, que al estar dedicados al servicio en las casas, comúnmente habitaban en ellas, y por tanto, formaban parte de las personas que habitaban la zona de la plaza mayor.[244] De manera que, la ubicación que se pretendía hacer, de cada grupo social en un sitio específico, no necesariamente se veía reflejado en la práctica; condición que no era exclusiva de Pátzcuaro, básicamente en toda Nueva España, la interacción directa e indirecta entre españoles, indios y demás grupos sociales era inevitable.[245]

La nobleza indígena, como se ha indicado, la mayoría vivía en la plaza mayor, sobresaliendo dos familias en el siglo XVII, los Puruata y los Huitzimengari, los cuales además de ser herederos de dicha nobleza, ocupaban los puestos del cabildo,

[243] GONZÁLEZ FLORES, *Mestizaje de papel*, p. 13.
[244] GONZÁLEZ SÁNCHEZ, *El Obispado*, p. 294.
[245] GONZALBO AIZPURU, *Vivir en la Nueva España*, p. 281-282.

desempeñándose como gobernadores y regidores de la República de indios; poseían tierras y haciendas, así como casas y solares.[246]

No obstante, había indígenas considerados principales, que optaban por vivir en los barrios y no en la zona central, como doña Claudia Cuin, quien vivía en el barrio de San Francisco,[247] y la familia Hernández, que tenía su casa en el de San Agustín.[248] Quizá por haber establecido sus viviendas allí desde siempre, o porque sus antecesores vendieron los terrenos ubicados en la plaza mayor a los españoles y a las órdenes religiosas, y terminaron mudándose a los barrios, lo cual fue común y fue origen de que las familias de la nobleza indígena poco a poco fueran perdiendo representatividad en la zona principal.[249]

Los españoles, por su parte, iban ganando terreno gracias a esas ventas, las familias más sobresalientes eran los Sagredo, que se desenvolvían en las labores comerciales, al poseer un almacén ampliamente surtido; más tarde figuraron también en los puestos de cabildo. Los Alejandre Villarroel, cuya habilidad en el comercio y los negocios como poseedores de haciendas azucareras, los distinguieron; aunque los vínculos matrimoniales con otros españoles sobresalientes también los posicionaron como miembros de la élite patzcuarence y como una de las familias más representativas.

Una de las casas con las que emparentaron fue con la de los Alba y Centeno, familia prominente que, al igual que las anteriores, también destacó en el comercio y en la carrera política. No podía faltar una familia que destacó en el siglo XVII y cuyo dominio se extendió durante el siglo XVIII, los Heizaguirre o Yzaguirre;

[246] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* pp. 59-61.
[247] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1688-1802. "Casamiento y velación de Blas Muñoz mestizo con doña Claudia Cuin india principal", Pátzcuaro, 17 de agosto de 1664. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9L-XZ?i=117&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 25 de agosto de 2023].
[248] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 1-29. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.
[249] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* pp. 59-61.

los cuales preponderaron en las actividades comerciales, ya lo veíamos con el mercader Pedro de Izaguirre, quien con frecuencia transportaba vino a la ciudad, y más tarde en los puestos de cabildo.[250] Estas familias prominentes de la ciudad destacaron principalmente por la mancuerna que establecieron entre el comercio y el oficio público.

El resto de la población se diseminaba por los tres barrios principales. El barrio de San Agustín y el de San Francisco eran básicamente de indígenas, mientras que el de San Salvador se integró por mestizos, mulatos, negros, y claro también indígenas. Aunque se especifiquen estos grupos, también había uno que otro español que vivía en los barrios, sobre todo aquellos que pasaban por la ciudad sin pena ni gloria, y que incluso mantenían estrechas relaciones con los otros grupos.

La distribución espacial de la ciudad, además de darse de acuerdo al grupo social al que se pertenecía, también se dio dependiendo la labor que se efectuaba, sobre todo en el caso de los indígenas; ya mencionaba que algunos barrios eran identificados bajo el oficio que ahí se desempeñaba, como el de la Asunción que era conocido como de los panaderos, el de San Lázaro de los carpinteros,[251] los loceros y los "platuchas",[252] mismo que después fue anexado al de San salvador; por eso Francisco de Yssasi menciona que ese era el barrio de los carpinteros. Asimismo señala que el de San Francisco era el de los indios herreros, cristeros, pintores de lámina, de pluma y torneros; y el de San Agustín de sastres, zapateros, pintores de cajas y escritorios, fundidores de campanas y almireces, así como elaboradores de codales.[253]

Pero no son los únicos oficios desempeñados por los indígenas, ya que éstos eran más diversos, como agricultores, comerciantes, mercaderes, tratantes,

[250] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII*, pp. 77-61.
[251] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-K4?i=389&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 11 de septiembre de 2023].
[252] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-79?i=388&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 11 de septiembre de 2023].
[253] DE YSSASY, *Demarcación y descripción del obispado de Michoacán*, p. 119.

talabarteros, músicos; se encargaban también de la limpieza de las plazas públicas,[254] y fungían como pregonero. Sus tareas era diversas, y aunque estaban particularmente exceptuados del trabajo personal,[255] había quienes lo desempeñaban, sobre todo mujeres y niños.[256]

Respecto a los oficios realizados por los españoles, éstos se dividen dependiendo su estatus económico; los de familias sobresalientes se integraban al contingente del foro civil, eclesiástico y comercial. Eran mercaderes, dueños de almacenes y haciendas. Para aquellos españoles que no eran propietarios, había otras tareas a desempeñar, algunos eran mayordomos en las haciendas, cajeros en las tiendas o arrendaban tierras.[257] Mientras que los mestizos, mulatos y negros, al desempeñarse comúnmente como peones y sirvientes, representaban la mano de obra principal de los españoles adinerados.[258]

Aunque, en Pátzcuaro también ejercieron labores que no necesariamente se relacionaban con las labores serviles; eran vaqueros, cocineros, comerciantes, músicos, y al igual que los indígenas, también ejercieron la función de pregonero. Los mulatos además sobresalieron como alarifes o maestros de arquitectura, su destreza en la construcción hizo que incluso se les apreciara como directores de obras públicas.[259] Los oficios ejercidos por mulatos y negros era variados, no todos los negros eran esclavos, había también algunos que, aunque en cantidad sumamente reducida, eran libres.[260] Aunque ciertamente en su mayoría, debido a su condición esclava, se dedicaban a la servidumbre.

[254] ACUÑA, *Relaciones Geográficas,* p. 202; TOUSSAINT, *Pátzcuaro,* pp. 49-52; MENDOZA BRIONES, "Pertenencia étnica", p. 14; VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, *Theatro americano,* p. 8.
[255] MENDOZA BRIONES, "Pertenencia étnica", p. 14.
[256] FLORES GARCÍA, *Pátzcuaro en el siglo XVII,* pp. 70.
[257] MENDOZA BRIONES, "Pertenencia étnica e interlocución al sistema colonial", p. 14.
[258] MENDOZA BRIONES, María Ofelia, "Pertenencia étnica" p. 14.
[259] SILVA MANDUJANO, *La casa barroca,* pp. 60-63
[260] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, bautismos 1597-1665, 1691-1699. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LSY-SM?i=230&cc=1883388&cat=158637

La esclavitud tuvo presencia en Pátzcuaro durante el siglo XVII, pues no existió casa española sin al menos un esclavo,[261] que servía como mano de obra por largo o corto tiempo, ya que podía ser vendido, donado e incluso empeñado a fin de saldar alguna deuda. Debido a ello, las personas esclavas en Pátzcuaro no permanecieron estáticas, es decir, no todos los que se encontraban en esa condición vivieron toda su vida en el mismo sitio. Los esclavos eran vendidos, donados o intercambiados con personas de otros lugares, de modo que era común que cambiasen de ciudad, según el trayecto o residencia de su dueño; había ventas en familia, de modo que ésta no siempre se separaba, pero con frecuencia se hacían de manera individual, por eso no todos los vástagos crecían bajo la compañía de sus padres.

Es verdad que los negros y mulatos que nacían esclavos comúnmente morían siéndolo, y que el único cambio ocurrido en su vida se daba cuanto, por una venta, cambiaban de lugar de residencia o de morada; sin embargo, su situación esclava no era forzosamente irreversible, algunos lograron obtener su libertad, aunque de forma ilícita, al huir de la casa de su amo, pero otros lo hicieron de manera legal, por compra u otorgamiento del dueño. Hubo esclavos que compraron su libertad, o la obtuvieron mediante una carta otorgada por sus dueños, sin dinero de por medio. Cuando la muerte estaba cerca, las buenas obras afloraban, entre ellas se contabilizaba el otorgamiento de cartas de libertad a los esclavos.[262]

Ahora bien, luego de esta breve apreciación, se puede tener un panorama general de las labores que efectuaban los diversos grupos en la ciudad de Pátzcuaro, y a partir de ella podemos observar que, además de la separación económica y social entre ellos, también había una laboral, ya que había diferencia entre los que tenían algún oficio y los que no, porque aun y cuando en la ciudad se desempeñaron gran diversidad de oficios, la vagancia y la ociosidad también formaron parte del paisaje social. Así, entre trabajadores que se afanaban en realizar sus tareas y los ociosos que merodeaban por las calles, los días en Pátzcuaro se mantenía dinámicos.

[261] VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, *Negros y mulatos en la puerta del cielo*, p. 30-47.
[262] VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, *Negros y mulatos en la puerta del cielo*, p. 31.

A manera de conclusión, se puede determinar que, internamente, la ciudad sostuvo un índice poblacional elevado, y una composición social diversa, asimilada también a través de la pluralidad de sus oficios y actividades desempeñadas. Se constituyó de zonas y espacios definidos, así como de establecimientos y servicios públicos elementales, los cuales abonaron al apacible aire provinciano de Pátzcuaro, que aun en medio del dinamismo comercial, era perceptible; aunque su fachada tranquila, en las noches con frecuencia se veía interrumpida, con el deambular de personas, caballos y carretas, evitando que el silencio nocturno fuese absoluto. A veces, solo la poca iluminación que ofrecían algunas farolas y luminarias, aprovisionadas de aceite, que permanecían encendidas, eran testigos de algún seceso ocurrido entre las penumbras.

Pero Pátzcuaro durante el siglo XVII fue más que una ciudad de tinte rural, pues aun con su apariencia apacible, tenía una elevada magnitud, vinculación y dinamismo. Efectivamente tuvo un papel preponderante no solo en la demarcación del Obispado, sino en el espacio virreinal, al tener un prolífica economía local sustentada por el comercio sedentario y viandante, pero sobre todo por ser un punto geográfico estratégico que enlazaba diferentes zonas, particularidad que hizo que se mantuviera como una ciudad dinámica económica y socialmente, postulándola como un enclave mercantil sobresaliente, cuya flujo se extendió más allá de los límites novohispanos, al ser punto de referencia de las rutas primordiales, conectándose con los principales circuitos mercantiles del Imperio español, lo cual favoreció ampliamente su desarrollo y el de Nueva España; incidiendo también en el desenvolvimiento de sus habitantes, como se verá en los siguientes capítulos.

Laura Flores García refiere que, la dimensionalidad del hombre en el Pátzcuaro de los siglos XVII y XVIII giraba en torno a dos ejes: el comercio y la religión,[263] sin embargo, existe otro eje que también dominó la vida de los patzcuarences: las relaciones sexo-afectivas; a causa de ellas podían ascender o descender de grupo social y económico, podían gozar de prestigio o poner en duda su

[263] FLORES GARCÍA, "El universo, la casa y los rincones, p. 85.

reputación, podían gozar de honra o cargar con el estigma de la ilegitimidad. Las relaciones amorosas, así como los comportamientos sexuales lícitos e ilícitos habidos en ellas, fueron condiciones que también dominaron la vida cotidiana de los patzcuarences durante del siglo XVII, como se mostrará en la presente investigación.

CAPÍTULO II.
EL MATRIMONIO, UTOPÍA DE LA MORALIDAD SEXUAL EN PÁTZCUARO

> *«Buena cosa es no tocar mujer: pero por evitar la fornicación cada uno tenga su mujer».*[264]

El matrimonio católico en la sociedad virreinal se determinó como una institución religiosa indispensable para legitimar el inicio una vida en pareja y la procreación de sus descendientes. El enlace conyugal conformó uno de los siete sacramentos, el cual se establecía, mediante un vínculo perpetuo e indisoluble, entre dos personas únicamente; a través de él, según los teólogos y moralistas, los consortes perfeccionaban su amor natural y santificaban su unión, al cumplir la voluntad de Dios, incursionando en la modalidad que él había dispuesto para conservar la especia humana.[265] Debido a ello su trascendencia iba más allá del solo acto religioso, el matrimonio era la base en la que se cimentaba la familia, identificada a su vez como la célula más importante de la sociedad, por ello las uniones debían estar controladas y sus enlaces ajustados a la norma.

El matrimonio estaba regulado por la ley canónica, por la costumbre y la familia, pero su desenvolvimiento y práctica englobó más funciones que el cumplimiento de un mero rito; antes y después de que la boda se efectuara, había diferentes premisas que debían efectuarse. Partiendo de ello, el presente capítulo tiene como objetivo hacer un acercamiento al matrimonio desde diferentes ángulos: su concepción como sacramento e institución, destacando las premisas que éste siguió en Pátzcuaro, para después mostrar el orden social que las nupcias en la ciudad de estudio siguieron; luego de lo cual, se pretende determinar si la libre voluntad, en la que se supone debían cimentarse las uniones, fue una realidad en Pátzcuaro, para ello se pondrá especial atención en los esponsales como una manifestación de ésta. Se

[264] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 26.
[265] *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, pp. 368-369; GOLMAYO, *Instituciones del Derecho canónico*, p. 7.

abordará al matrimonio como el único medio para desarrollar una sexualidad lícita, y finalmente, lo que la vida conyugal implicó.

Así, mostrando un panorama de las condiciones bajo las que se regía, su connotación como modelo deseado para efectuar una vida en pareja de una manera legal y moralmente aceptada, así como la aceptación y cumplimiento que el sacramento tuvo en los habitantes de Pátzcuaro y las implicaciones que la vida marital conllevó, se pretende contrastar lo que en teoría se estipulaba sobre el matrimonio, y lo que en la práctica éste significó; a fin de determinar que el matrimonio en Pátzcuaro adquirió más un sentido social simbólico que una forma de vida en pareja, dadas las condiciones que la misma ciudad propiciaba a sus habitantes, que rara vez se mantenían en Pátzcuaro, lo que impidió que la mayoría de los matrimonios cohabitasen ordinariamente.

2.1. El matrimonio en Pátzcuaro, premisas y tendencias.

El matrimonio cristiano católico es definido como una institución instaurada por Dios desde la creación, como puede entenderse en la consignación en la que se indica que "por eso el hombre deja a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y pasan a ser una sola carne".[266] Es importante hacer alusión a lo referido en diversos pasajes de las *Sagradas Escrituras,* ya que lo contenido en ellos dio la pauta que se siguió en los Concilios, sobre todo en el de Trento, cuyos cánones son la base de la liturgia católica del periodo colonial, así como de los tratados teológicos y moralistas; partiendo de esta idea, la alusión al enlace matrimonial, aunque desde diferentes tratados y autores, conduce al mismo concepto de ser el único medio bendecido y legítimo para la unión del hombre y la mujer.

Por consenso común de los teólogos, según el *Catecismo Romano*, el matrimonio era un pacto reciproco definido como "una junta maridable del hombre y la muger (sic) entre personas legítimas, que retiene una compañía inseparable de vida".[267] Pero no era cualquier pacto, ya que las implicaciones que conllevaba efectuarlo eran para toda la vida; así la celebración adquiría un signo de santidad imborrable y un efecto indisoluble. Tal era la trascendencia del matrimonio que obtuvo el grado de sacramento, por eso a través de él, como sucedía con las demás insignias sacramentales, los individuos recibían los efectos de la redención.[268] Su práctica otorgaba a los contrayentes una vida en armonía con Dios, puesto que era la representación de la unión de Cristo con la Iglesia. De manera que, la bendición nupcial era además una manera de servir a Dios, y a su vez obtener su gracia.

Como ya indicaba, casarse era un asunto trascendente, por eso el interés de que la gente contrajera matrimonio no se limitó a los representantes eclesiásticos, para los civiles también fue un asunto importante. Regular las uniones permitiría tener mayor control sobre la sociedad y su organización; no debe olvidarse que la familia era

[266] *Biblia latinoamericana,* Gen. 2, 24.
[267] *Catecismo Romano del Santo Concilio de Trento,* p. 196.
[268] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 37.

la célula más importante de la sociedad y el matrimonio era su base, de modo que las nupcias eran fundamentales para que la articulación social marchara adecuadamente y así se mantuviera el orden social. Por eso podemos observar que desde los estatutos medievales se puso especial atención a la cuestión conyugal, ya que retomaron la legalidad de las uniones a partir del matrimonio como un aspecto trascendente; como ejemplo se encuentran el cuerpo legal de las *Siete Partidas* que contemplaba al matrimonio como un lazo unitario, en el cual la fidelidad era imprescindible.

Las leyes de partidas lo definían como el "ayuntamiento de marido y de mujer hecho con tal intención de vivir siempre en uno, y de no separarse, guardando lealmente cada uno de ellos al otro, y no ayuntándose el varón a otra mujer, ni ella a otro varón, viviendo reunidos ambos".[269] De modo que, en la unión efectuada, la pareja debía guardarse mutua fidelidad; al casarse, el hombre daba a la mujer el dominio de su cuerpo y viceversa,[270] lo que comprometía su exclusividad sexual, por eso el cónyuge que se involucraba con otra persona cometía adulterio, delito al que se le asociaba con la incontinencia sexual, y era considerado como un atentado contra la moral pública y un riesgo para el buen orden, razón por la que ameritó sanción.[271]

Así, el matrimonio fue una condición imprescindible si se pretendía tener una unión lícita, por eso toda persona que deseaba formar una familia de manera legítima debía contraer matrimonio antes, pues así lo determinaba la ley canónica y la civil para mantener el orden en la sociedad; toda persona, como miembro de ésta, estaba condicionada y limitada por la misma, por sus grupos e instituciones.[272] En Nueva España, como reino español que era, se aplicaron las leyes del derecho castellano, las cuales se enlazaron y complementaron con los concilios provinciales efectuados en territorio novohispano, mismos que, si bien reafirmaban lo dicho en Trento, estaban adecuados a la realidad del territorio. El más sobresaliente de ellos es el *Concilio*

[269] *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomo III,* partida IV, título II, ley I.
[270] *Catecismo Romano del Santo Concilio,* p. 198.
[271] LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 78; LOZANO ARMENDARES, "¿Fue el adulterio un comportamiento cotidiano?", pp. 60-61; MARÍN TELLO, "Los castigos en Michoacán", p. 116; PÉREZ ÁLVAREZ, "Curas y amancebadas", p. 6
[272] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos en Michoacán,* p. 195.

Provincial Mexicano III, realizado en 1585, ya que éste fue la base del derecho canónico vigente hasta finales del siglo XIX.

Pero, aunque la regulación matrimonial se definió y articuló por diversos cuerpos legales, tanto eclesiásticos como civiles, el rito matrimonial como tal solo se efectuaba por las potestades religiosas, y para ello había una serie de requisitos específicos que debían cumplirse antes de su celebración, para iniciarlo con forme a la norma y costumbre, y una vez efectuado, para mantenerlo. La alteración de alguno de ellos podía vulnerar su ordenamiento, incluso su sentido sagrado. Así pues, el matrimonio, como institución sacramental estaba basado en tres premisas primordiales: la unicidad, la monogamia y la indisolubilidad. Toda persona interesada en formalizar su relación, debía estar consciente de que el único medio aceptado para legitimarla era el matrimonio cristiano católico, cualquier otra forma de unión era ilícita.

De igual forma, el enlace conyugal solo podía ser realizado una vez y con una sola persona, ya que además de salvaguardar la esencia del sacramento, que había hecho de dos personas una sola, daba seguridad a la prole. Santo Tomás de Aquino, en cuya teología se resume el pensamiento cristiano,[273] refería que el matrimonio no solo era un sacramento, sino que era inherente a la naturaleza humana, de modo que formaba parte de las leyes naturales, ya que era necesario para la procreación y conservación de la especie. Contraer múltiples nupcias, de acuerdo con la teología tomista, se oponía a la ley natural puesto que podía ser causa de discordia familiar y conyugal.[274]

La tercera premisa refiere al vínculo matrimonial como indisoluble, de manera que, una vez contraídas las nupcias, la pareja quedaba unida de por vida, "lo que Dios había unido no podía separarlo el hombre".[275] Santo Tomás de Aquino exponía que el matrimonio solo podía disolverse por tres razones: la muerte de uno de los cónyuges, cuando el matrimonio no había sido consumado con la cópula carnal, y

[273] LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás la mujer ajena,* p 56.
[274] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 47-48; LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás la mujer ajena,* p 56.
[275] *Biblia latinoamericana,* Mt. 19, 6.

por el "privilegio paulino". Este privilegio, sustentado por San Pablo, consistía en que, si al contraer matrimonio ambos no eran cristianos pero uno de ellos decidía abrazar el cristianismo en oposición al otro, el enlace podía disolverse en beneficio del cristiano; esto debido a que se consideraba "menos firme" el vínculo entre infieles.[276]

Sin embargo, las Siete Partidas indican lo contrario, que aunque alguno de ellos se hiciera hereje, judío o moro, o incluso cometiese adulterio, el matrimonio no podía ser disuelto, en todo caso solo podían recurrir a no vivir juntos, es decir, a divorciarse;[277] condición que solo propiciaba la separación de la pareja, pero no disolvía el vínculo, como se verá más adelante. De modo que, había contrariedades respecto al matrimonio y su disolución, no obstante, la condición más común para lograrlo, una vez consumado, fue la muerte de uno de los cónyuges;[278] misma que otorgaba la libertad de forma natural. La viudez posibilitaba al consorte subsistente, contraer segundas nupcias de manera legítima.

Pero, contraer matrimonio no era un asunto tan simple, antes y después de la celebración, había que cumplir premisas determinadas. En la ciudad de Pátzcuaro dichas premisas fueron indispensables; la principal fue la voluntad y libertad para contraer nupcias, pues de lo contrario, la unión no tenía verdadera validez. La voluntad de casarse era prioritaria para realizar el matrimonio,[279] asimismo debía ser una decisión tomada únicamente por los contrayentes, por lo que el consentimiento o la oposición paterna no debía ser determinante en la decisión nupcial,[280] al menos no en teoría, ya que, según la liturgia católica y los moralistas, hacerlo por voluntad les permitiría a los consortes enfrentar las adversidades del matrimonio. Asimismo, el amor habido entre ellos y su ayuda mutua, indispensables en el matrimonio,[281]

[276] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 39.
[277] *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomo III,* partida IV, título II, ley VII.
[278] DÁVILA MENDOZA, *Hasta que la muerte nos separe,* pp. 41-63; LOZANO ARMENDARES, "¿Fue el adulterio un comportamiento cotidiano?", pp. 50-52; MURIEL, "Las Mujeres Culpadas", p. 42; ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 47.
[279] *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, pp. 374-379; *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomo III,* partida IV, título II, ley V; *Catecismo Romano del Santo Concilio,* pp. 196-198; *Concilio III Provincial*, libro cuarto, título I, pp. 223-224.
[280] *Concilio III Provincial*, libro cuarto, título I, pp. 223-224.
[281] *Catecismo Romano del Santo Concilio,* pp. 196-198.

generarían una adecuada educación religiosa en los hijos, al ser criados desde el respeto y las buenas costumbres dentro de una unión lícita.

No obstante, la libre voluntad de casarse no era suficiente para llevar un "buen" matrimonio, ya que ésta no garantizaba una relación conyugal armoniosa de principio a fin; con el transcurso del tiempo, o a veces de manera inmediata, salían a relucir situaciones que terminaban arruinando el proyecto de perpetua armonía matrimonial. El maltrato, el abandono, la infidelidad y la frustración de expectativas, fueron condiciones que llevaron a la fractura amorosa a más de un matrimonio en Pátzcuaro, y le abrieron la puerta al adulterio como se verá en su momento.

Ahora bien, además de querer casarse, los contrayentes debían tener la edad adecuada para hacerlo, en el caso de los varones debían tener al menos 14 años, y 12 las mujeres;[282] si no tenían la edad permitida, la sola voluntad de contraer matrimonio no era suficiente, pues aun y cuando ya lo hubiesen contraído, podía anularse. A veces pasaba que la pareja lograba pasar el filtro de edad y contraía matrimonio, pero no necesariamente éste se mantenía. Así les sucedió a los indios Luisa Caderón y Pedro Alonso, cuyo enlace fue celebrado en 1627, pero terminó anulándose debido a que la contrayente no tenía la edad adecuada para casarse.[283]

Lo mismo pasó en 1642 con la unión de conyugal de Julio Gonzales y Mariana Rodríguez, aunque en esa ocasión no se indicaron las causas, únicamente se refiere que el matrimonio había sido anulado por el señor obispo don fray Francisco de Ribera.[284] De tal forma que, aun si lograban pasar por alto el requisito de edad mínima y la unión se llevaba a cabo, eso no significaba que por haberse casado ya, se

[282] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 43.
[283] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Anulación del matrimonio por edad de Luisa Caderón y Pedro Alonso indios", Pátzcuaro, 26 de septiembre de 1627. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-KC?i=376&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 5 de septiembre de 2023].
[284] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Julio Gonzales y Mariana Rodríguez,", Pátzcuaro, 15 de junio de 1642. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-83?i=52&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023]

mantendrían juntos y nadie podría separarlos. Si se carecía de la edad adecuada, el matrimonio podía invalidarse.

Pero reuniendo los requisitos de voluntad y de edad para casarse, o arreglándoselas para conseguirlo, el siguiente paso consistía en recabar los datos y testimonios de los contrayentes, para lo cual, la pareja se presentaba ante el cura parroquial a manifestar su intención, a través de una declaración que quedaba asentada en los libros matrimoniales. Por lo regular, el novio efectuaba la petición, y la novia por su parte expresaba la aceptación de ésta; ambos aportaban la información necesaria para que la boda tuviera lugar, en la que se encontraba el comprobante de ser libres; tratándose de solteros, tal prueba prácticamente se basaba en el dicho de éstos, pero cuando alguno de los contrayentes no era de la ciudad, aunque fuese de algún pueblo vecino, o había pasado mucho tiempo fuera de Pátzcuaro, debía presentar dos o tres testigos que respaldasen su dicho, como puede observarse en los libros de informaciones matrimoniales de Pátzcuaro;[285] dichos testigos debían tener varios años de conocerlos, para que pudieran respaldar la identidad e información que ofrecían. En caso de ser viudos, con presentar la partida de defunción de su primer cónyuge era suficiente.

En Pátzcuaro no siempre se tomaba la atención debida a las informaciones de los contrayentes, al menos no durante los primeros treinta años del siglo XVII, ya que prácticamente el párroco se basaba solo en la palabra de los contrayentes y la tomaba como una prueba fehaciente de que estaban en condiciones de casarse y era su voluntad hacerlo, pasando por alto la mayoría de sus datos y las probanzas de su libertad. Por eso, en 1635 el Obispo de Michoacán fray Francisco de Rivera, hizo la observación al párroco de que debía ser más minucioso al recabar la información, solicitando más datos, como de dónde eran naturales los susodichos y quiénes eran sus padres, pero sobre todo, respecto a las probanzas de soltería;[286] no

[285] APP, registros parroquiales y diocesanos 1597-1939, informaciones matrimoniales 1671-1708, Pátzcuaro. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-M1?i=37&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 3 de enero de 2024].
[286] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1596-1697, ff. 32-32v. "Auto de visita de fray Francisco de Rivera Obispo de Michoacán, Pátzcuaro, 16 de diciembre

obstante, tal disposición rara vez se efectuó. Al revisar los libros matrimoniales de Pátzcuaro correspondientes al siglo XVII, podemos darnos cuenta de que los datos estuvieron incompletos básicamente a lo largo del siglo; si bien, en los últimos veinte años la información de los contrayentes fue más abundante, la mayoría de las referencias siguieron incompletas.

En lo que sí puede notarse que había una indagatoria más a fondo es respecto a la voluntad de la pareja que pretendía casarse, sobre todo al tratarse de algún esclavo; en ese caso, se le preguntaba al contrayente libre si era consciente de querer casarse pese a la condición de esclavitud de otro, a fin de concientizarlo sobre el estado al que se sujetaría y asimismo reafirmar dicha voluntad de querer unirse perpetuamente no solo a la persona en cuestión sino a su forma de vida. El cura de Pátzcuaro preguntó a la mulata libre Ana de los Reyes, si era su voluntad contraer matrimonio con Julio de Jorbantes, mulato esclavo del trapiche de la Concepción, jurisdicción de Tacámbaro, y si sabía su condición de esclavo sujeto a servidumbre, así como de la obligación que, por el vínculo del matrimonio, tenía de seguirle a donde sea que fueren sus amos o le vendieren, a lo cual ella respondió que lo sabía y aun así quería casarse con él;[287] una vez reafirmada su intención, y luego de haber precedido las amonestaciones, la boda se llevó a cabo.[288]

Los matrimonios entre esclavos y libres, a la larga podían traer problemas, debido a la común separación de la esposa y los hijos, lo que podía propiciar la conformación de parejas inestables, donde prevalecía el desarraigo y la desculturación.[289] Es probable que por eso, se hiciera hincapié a los contrayentes de si

---

de 1635. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-M1?i=37&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 3 de agosto de 2023].

[287] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1596-1697. "Declaración de Ana de los Reyes mulata libre, de su voluntad", Pátzcuaro, 6 de junio de 1686. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9R-WH?i=190&cc=1883388&cat=158637

[288] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1596-1697. "Casamiento y velación de Julio Jorbantes mulato esclavo de Tacámbaro y Ana de los Reyes mulata libre vecina de esta ciudad", Pátzcuaro, 7 de junio de 1686. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9R-WH?i=190&cc=1883388&cat=158637

[289] CORTÉS J., "El matrimonio y la familia negra", p. 240.

realmente estaban seguros y dispuestos a trasladarse a donde su cónyuge fuere, para así mantener el núcleo familiar unido. Aunque, en Pátzcuaro tal situación solo se presentó en las parejas de mujeres libres con hombres esclavos, y no a la inversa, debido a que, como se indicará después, las esclavas rara vez entablaron relaciones legítimas, por lo regular se amancebaban y tenían hijos como madres solteras.

Generalmente los hombres libres no estaban interesados en mujeres que no tenía esa libertad, pues en varios de ellos permeaba el pensamiento de la fortuna que era ser libres, y no estaban dispuestos a perderla por casarse con alguien que no la poseía; como el indio Joseph de los Reyes quien se sentía afortunado de haber nacido bajo esa condición, y decía que la libertad era muy amable, y por eso quería casarse con una mujer libre como él, que pudiese heredar dicho bien a sus hijos.[290] A diferencia de las mujeres, sobre todo indígenas, para quienes la condición de esclavitud de su futuro marido no fue determinante, como se explicará más adelante.

Ahora bien, una vez expresada la voluntad de casarse, las amonestaciones eran el siguiente paso. Estas proclamas debían efectuarse en tres días festivos o bien en tres domingos consecutivos, antes de que la unión tuviera lugar, a fin de que si alguien sabía de algún impedimento para que la boda se llevara a cabo, lo manifestase antes.[291] Como ya refería, la sola voluntad de casarse no era suficiente si la decisión irrumpía en alguna restricción, de modo que las amonestaciones, al ser pronunciadas públicamente y en los días que más concurrencia había, eran una forma estratégica de evitar inconvenientes futuros; si algún vecino sabía de un impedimento para que la boda se realizara podía expresarlo antes de que se llevara a cabo.

El principal impedimento para casarse, además de no tener la edad mínima, era estar casado previamente, lo cual conducía al delito de bigamia si la segunda boda se realizaba; aunque aún sin la realización de éste podía resultar

[290] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59, f. 3. "Petición de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687.
[291] *Concilio III Provincial*, libro cuarto, título I, p. 222.

impedimento, si había una palabra de casamiento dada anteriormente a otra persona, pues quien la incumplía se convertía en reo de infidelidad;[292] aun cuando el enlace no se hubiese llevado a cabo todavía, mientras la promesa subsistiera, era un impedimento para casarse con una persona distinta, por pública honestidad.[293]

En Pátzcuaro hubo varias querellas entabladas a raíz de una promesa de matrimonio incumplida y al posterior interés de casarse con otra persona. En 1687 la mulata esclava Teresa Gómez acudió a la misa dominical y ahí escuchó una amonestación en la que se enunciaba el pretendido matrimonio de los también mulatos, pero libres, Joseph los Reyes y Dorotea de Secadura, quienes al momento vivían amancebados; tal anuncio causó gran indignación en Teresa, pues Joseph le había prometido matrimonio a ella desde hacía veinte años, promesa bajo la cual desde entonces tenían una ilícita relación y habían procreado cinco hijos, de los que solo le sobrevivían dos; Teresa refirió que incluso habían iniciado los trámites para casarse, presentándose ante el cura, quien había hecho correr las amonestaciones sin que resultarse impedimento, y pese a ello, Joseph se había "dilatado en cumplir la promesa".[294]

El caso conllevó un proceso que duró dos meses, mismo que resultó en el impedimento para que Joseph se casara con Dorotea, y en el cumplimiento de la palabra dada a Teresa, con quien se casó días después de haber sido dictada la sentencia.[295] Como éste, existen otros casos que confirman que una palabra de matrimonio incumplida, traía implicaciones legales. Aunque no todas fructificaban, solo aquellas que probaban la promesa suficientemente, la interposición de demandas

[292] *Catecismo Romano del Santo Concilio,* p. 197.
[293] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario*, p. 64.
[294] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59, f. 10. "Petición de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687.
[295] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1688-1802. "Casamiento de Joseph de los Reyes y Teresa Gómez, mulatos", Pátzcuaro, 22 de diciembre de 1688. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5YV3-4?i=220&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A68HP-Z9H1 [consultado el 25 de julio de 2023].

fue frecuente, pues, asimismo, fue común contraer esponsales y no siempre con la intención de cumplirlos. El caso de Teresa y Joseph es ilustrativo, porque además muestra que la proclamación de las amonestaciones no fue sinónimo de la realización inmediata de la boda.

La presentación de los contrayentes ante el cura ocurría comúnmente, pero la boda no necesariamente llegaba a efectuarse; Pilar Gonzalbo encontró que en Nueva España, casi la mitad de los matrimonios que eran anunciados, autorizados, con presencia de testigos y declaración de voluntades, nunca se cumplían.[296] Sin embargo, las parejas tomaban dicho acto como una garantía de que al hacerlo su relación se estaba legitimando; considerándose marido y mujer aun sin boda. Hay evidencias de que en Pátzcuaro algunos solo hacían su presentación ante el cura, y quizá hacían correr las amonestaciones, pero no se casaban y sí hacían vida conyugal.

En la visita de 1661 se expresa que había algunas partidas matrimoniales que no parecían en los libros, como la de Ana de Urbina y Juan López Vizcaíno, así como la de Ignacio de Saucedo y María Martínez, en cuyos casos solo se tenían sus presentaciones, no existían registros de sus casamientos, pero se sabía estaban viviendo como casados.[297] Cuando situaciones como esas sucedían, se investigaba con los vecinos, y sí había testigos que corroborasen la realización de la boda, entonces se aceptaba como legítima su unión, pese a no haber evidencia escrita de ella.

Ahora bien, otros impedimentos para contraer matrimonio eran los emanados del parentesco de los contrayentes; la consanguineidad directa, correspondiente a padre e hijo, nieto y abuelo, así como la colateral, que incluía a hermanos, primos hermanos, tíos y sobrinos,[298] era la principal, pero había otras, como aquella por afinidad, surgida entre un individuo y los consanguíneos de su cónyuge, la

[296] GONZALBO AIZPURU, "Honor y deshonra, culpa y vergüenza en la Nueva España", p. 27.
[297] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1596-1697. "Auto general de visita del ilustrísimo y reverendísimo Sr. don fray Francisco Sarmiento de Luna, Obispo de Michoacán", Pátzcuaro, 12 de junio de 1661. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-87?i=53&cc=1883388 [consultado el 10 de agosto de 2023].
[298] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", pp. 45-53.

de parentesco espiritual, que se daba entre una persona y su padrino de bautismo o confirmación, así como entre los compadres; asimismo estaba el impedimento por parentesco legal, que tenía lugar cuando se trataba del hijo adoptivo y sus padres.[299]

Estas restricciones por parentesco se dividían en dirimentes e impidientes, los primeros anulaban toda posibilidad de que la unión se efectuara, en ellos entraba el vínculo sanguíneo directo o colateral; incluso el de aspecto espiritual, pues adquiría un matiz incestuoso. Las impidientes, por su parte, no negaban completamente la posibilidad de que el matrimonio se efectuase; dependiendo el caso, al ser estudiado, podía alcanzar dispensa hasta los consanguíneos en cuarto grado.[300] En teoría así estaba estipulado, pero la realidad fue que, aun grados más cercanos podían dispensarse; en Pátzcuaro hasta el segundo y tercer grado alcanzó dispensa.

El matrimonio entre Diego Pérez del Pliego y Margarita de Alfaro fue dispensado a pesar del impedimento por afinidad en segundo grado que había entre ellos; el Obispo otorgó el permiso debido a que la pareja había tenido cópula ilícita y además por "valerse del privilegio de neófita que probó".[301] No se mencionan más detalles, ni se abunda en el aspecto de neófita, probablemente era nueva en la fe católica, pero no se sabe a ciencia cierta a qué se refiere, lo que es un hecho es que tener relaciones sexuales antes de casarse, aun ante un impedimento, podía ser motivo de dispensa; eso siempre y cuando no hubiese una palabra de matrimonio dada anteriormente a otra persona, de ser así, las relaciones íntimas no eran determinantes.

Otro motivo para dispensar un matrimonio, fue aquel que generalmente hace posible conseguir casi cualquier cosa, me refiero al estatus social y económico de los contrayentes, o de sus familias. No es un secreto, ni resulta sorprendente que la

[299] En el caso del impedimento legal, solo se dispensaba cuando se trataba de matrimonio entre hermanos legales. ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 45.
[300] *Concilio III Provincial*, libro cuarto, título II, pp. 227-228; ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 53.
[301] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1688-1802. "Casamiento y velación de Diego Pérez del Pliego y Margarita de Alfaro", Pátzcuaro, 7 de febrero de 1661. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9L-Z8?i=113&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 25 de agosto de 2023].

posición y el poder del que gozaba una persona le permitiera granjearse favores, obtener beneficios y pasar por alto restricciones; ejemplo de ello es el matrimonio contraído por el Capitán don Joseph de la Paz y Toledo, vecino de Santiago de Guatemala y doña María de Mena de Toledo y Valdivia, vecina de Pátzcuaro, a pesar de ser consanguíneos en tercer grado.[302] Los padres de los novios eran personas sobresalientes, el padre de él era el Capitán don Manuel Hernández de la Paz y doña Juana de Toledo y Valdivia, los de ella eran don Antonio Ramírez, escribano público de Pátzcuaro, el cual gozaba de reconocimiento en la ciudad, su madre era doña Leonor Valdivia y Toledo.

A diferencia del otro caso, en éste no se especifica cuáles eran los motivos para permitir el matrimonio, solo se menciona que el Obispo aceptó los "méritos" de la información presentada. Es posible que la posición de las familias de los contrayentes influyera, así como sus amistades; en la boda estuvieron personalidades sobresalientes, pues incluso el Alcalde Mayor de Michoacán don Gregorio Romero Altamirano fungió como testigo, al igual que el Comisario del Santo Oficio de Valladolid, don Andrés de Ortega y Valdivia, y el racionero de la Catedral. El apellido de dicho Comisario, puede ser indicativo de algún lazo familiar con la familia de los novios, quizá su intercesión también permitió que se efectuara la boda, luego de haber pasado las tres amonestaciones.

Sin embargo, cabe señalar que las amonestaciones, aunque obligatorias, no siempre se llevaban a cabo. Aunque de acuerdo con el Obispo de Michoacán Marcos Ramírez de Prado, en la visita hecha a la ciudad en 1641, por ningún motivo, por grave que fuese, debía prescindirse de estos pronunciamientos,[303] hubo situaciones especiales que ameritaron omitirlas. En los casos en los cuales se temía fuera evitada la boda, se

[302] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1596-1697. "Casamiento y velación del Capitán Don Joseph de la Paz y Toledo y doña María de Mena de Toledo y Valdivia", Pátzcuaro, 2 de julio de 1640. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-V8?i=49&cc=1883388 [consultado el 5 de agosto de 2023].

[303] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Visita general de 1641", Pátzcuaro, 22 de mayo de 1641. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-FJ?i=50&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023];

podía prescindir de ellas,[304] así como por la pérdida de la virtud de la contrayente; ante el riesgo latente de un embarazo, la boda inmediata era la solución para impedir el conocimiento público del suceso.[305]

También cuando había peligro de muerte por una enfermedad grave en alguno de los cónyuges, como fue el caso de los indios Felipe Rodríguez y Lucía, vecinos de Tacámbaro, quienes se encontraba en el hospital de Santa Martha a causa de la enfermedad que aquejaba a Felipe, la cual al parecer se había agravado, de modo que el matrimonio fue celebrado sin amonestaciones previas y ahí mismo en el hospital.[306]

Salvo estas condiciones, los matrimonios seguían un ritual especifico, como hacerse delante de un cura y de dos o tres testigos, donde se les explicase las causas y finalidad del matrimonio, para hacerlos conscientes del pacto que estaban por contraer.[307] En Pátzcuaro, el casamiento por lo regular se efectuaba en la casa de alguno de los contrayentes, pero también lo hacían en la de un familiar o amigo, incluso en la casa del cura; a menos que realizaran el casamiento y la velación al mismo tiempo, en cuyo caso la ceremonia debía realizarse exclusivamente en la iglesia. Durante la celebración nuevamente se hacía el llamado a que si conocían de algún impedimento que pudiera evitar el matrimonio lo expresaren.

De no resultar impedimento, el párroco proseguía a realizar tres preguntas a la mujer, la primera era si quería al hombre en cuestión por su legítimo esposo y marido, por palabras de presente como lo mandaba la Santa Católica y Apostólica Iglesia Romana; la segunda, si se otorgaba por su esposa y mujer; la tercera, si lo recibía como su esposo y marido. Posteriormente le hacía las mismas interrogaciones al hombre; ambos, de manera respectiva, debían contestar

[304] *Concilio III Provincial*, libro cuarto, título I, p. 222.
[305] SEED, *Amar, honrar y obedecer en el México colonial*, p. 91.
[306] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Felipe Rodríguez y Lucía, indios", Pátzcuaro, 18 de septiembre de 1638. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-YW?i=408&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 11 de septiembre de 2023].
[307] VENEGAS, *Manual de párrocos, para administrar los santos sacramentos*, pp. 409-414.

afirmativamente a ellas para expresar abiertamente su mutuo consentimiento, con lo cual el casamiento quedaba efectuado.[308]

En este punto, es importante señalar que el casamiento podía realizarse aun en ausencia de alguno de los contrayentes y tenían total validez, pero para ello debía tener previa licencia otorgada por una potestad eclesiástica, generalmente del obispo; solo se ocupaba otorgarle el poder a una tercera persona para que acudiese en representación del novio. En Pátzcuaro fueron varios los casamientos que se llevaron a cabo sin que el novio estuviera físicamente, y en la mayoría de los casos se trató de españoles, cuyas familias eran sobresalientes en el ámbito local;[309] las novias, aludidas como doñas, probablemente eran hijas de personajes que no estaban dispuestos a postergar la unión matrimonial, y quizá presionaban para que, aun en ausencia de los novios, la boda se realizara.

No resulta raro que en esos casamientos fueran hombres los ausentes y no mujeres, considerando que la migración masculina fue la más común de Pátzcuaro.

---

[308] VENEGAS, *Manual de párrocos, para administrar los santos sacramentos*, pp. 409-414.

[309] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Antonio Rodríguez ausente, por persona de Juan Díaz Infante, con Catalina de Vitoria", Pátzcuaro, 01 de junio de 1601. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-7M?i=9&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 14 de agosto de 2023]; "Casamiento de Nicolás de Chávez ausente, por persona de Francisco Cenizo, con Beatriz de Bietma", Pátzcuaro, 28 de marzo de 1604. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-XR?i=12&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 14 de agosto de 2023]; "Casamiento de Álvaro de Fausto ausente, por persona de Manuel Guzmán, con doña Elvira de Guzmán", Pátzcuaro, 16 de marzo de 1614. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-Z5?i=21&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 17 de agosto de 2023]; "Casamiento de Mateo de Ávila ausente, por persona de Luis de la Serna, con doña Margarita Velásquez", Pátzcuaro, 17 de abril de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 17 de agosto de 2023]. "Casamiento de Juan Román ausente, por persona de don Luis de Castilleja, con doña María Álvarez", Pátzcuaro, 7 de junio de 1626. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-BL?i=33&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 18 de agosto de 2023]; "Casamiento del Lic. Diego de Borja ausente, por persona de don Fernando Moreno, con doña María de Toledo y Covarrubias", Pátzcuaro, 3 de mayo de 1638. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-YB?i=47&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023]; "Casamiento del Diego Juárez de Figueroa ausente, por persona de Diego de Hisla Heredia, con doña Teresa de Alarcón", Pátzcuaro, 3 de mayo de 1638. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-DG?i=48&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023].

Catalina de Vitoria se casó con Nicolás de Chávez en 1601, mediante Juan Díaz Infante, puesto que Nicolás se encontraba ausente de la ciudad; la velación tuvo lugar un año después en 1602, probablemente luego de que éste regresara, para poder efectuarla.[310] De tal manera que, si para el casamiento no estaba presente el novio, para la velación sí debía estarlo, pues por ser un evento más público y simbólico, era indispensable que estuviera físicamente.

La velación implicaba un costo, pero de acuerdo al III Concilio Provincial, en éste no estaban incluidos los indios, ellos solo darían lo que fuese su voluntad.[311] Quizá por eso, en los primeros años, los indígenas en Pátzcuaro efectuaron al mismo tiempo ambas ceremonias, pero después el cobro de derechos se extendió a ellos también, y dejaron de hacerlo; a partir de 1620 se empieza a notar que sus casamientos y velaciones ya no tenían lugar el mismo día, sino meses después, aunque generalmente no pasaba del mismo año en que se habían casado.

El mismo cura aseguraba que los indios no se velaban por ser muy pobres y no poder pagar los derechos, a menos que se juntasen entre varios esposos y se velasen juntos, para así, pagando entre todos, les saliera más barato;[312] cosa que comenzó a ser usual entre los indígenas. A partir de los años cuarenta puede advertirse la realización de velaciones en conjunto,[313] pero de igual manera es notoria la reducción de matrimonios contraídos.

---

[310] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Nicolás de Chávez y Catalina de Vitoria", Pátzcuaro, Pátzcuaro, 01 de junio de 1601. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-7M?i=9&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 14 de agosto de 2023]; "Casamiento de Antonio Rodríguez y Beatriz de Bietma", Pátzcuaro, 01 de junio de 1601. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-XR?i=12&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 14 de agosto de 2023].

[311] *Concilio III Provincial*, libro cuarto, título I, p. 223.

[312] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Auto general de visita del ilustrísimo y reverendísimo Sr. don fray Joseph Madaleno de Mendoza, Juez Provisor, visitador del obispado de Michoacán", Pátzcuaro, 22 de junio de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-1G?i=357&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 04 de septiembre de 2023].

[313] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Varias velaciones", Pátzcuaro, 1640. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-Y7?i=410&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 12 de septiembre de 2023]; "Varias

TABLA 2. El matrimonio entre los indígenas en Pátzcuaro, siglo XVII[314]

Año	Número de Matrimonios	Número de Velaciones
1600	16	13
1601	15	12
1602	21	20
1603	35	32
1604	33	26
1605	18	17
1606	3	3
1607	16	16
1608	13	13
1609	10	9
1610	13	12
1611	27	23
1612	11	10
1613	11	11
1614	9	9
1615	5	5
1616	11	10
1617	12	13
1618	8	6
1619	7	6
1620	7	7
1621	7	5
1622	10	8
1623	9	9
1624	5	4
1625	8	8
1626	8	8
1627	8	7
1628	6	4

velaciones", Pátzcuaro, 1646. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-BS?i=422&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 12 de septiembre de 2023].

[314] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996 1555-1996, Matrimonios de indios 1596-1697, https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R95-JR?i=215&cc=1883388&cat=158637+ [consultado agosto de 2023]; México, Michoacán, Registros parroquiales, 1555-1996, Matrimonios de indios 1688-1802, https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5YK5-7?i=5&wc=3NYV-RM9%3A178768101%2C178768102%2C180658501&cc=1883388 [consultado septiembre de 2023]

* Hubo bodas, pero los contrayentes no eran de la ciudad sino de algún pueblo aledaño, de modo que no fueron contabilizadas.

Año	Número de Matrimonios	Número de Velaciones
1629	5	3
1630	7	6
1631	7	6
1632	4	1
1633	8	7
1634	7	1
1635	9	4
1636	6	1
1637	4	2
1638	10	3
1639	1	1
1640	8	3
1641	1	1
1642	4	4
1643	4	4
1644	6	4
1645	5	3
1646	4	4
1647	3	2
1648	2	1
1649	8	8
1650	3	3
1651	5	5
1652	7	4
1653	9	4
1654	1	0
1655	1	1
1656	4	4
1657	4	2
1658	0*	0
1659	5	3
1660	2	1
1661	4	2
1662	3	3
1663	4	4
1664	3	3
1665	5	4
1666	1*	1
1667	4	4
1668	1*	0
1669	6	6
1670	8	8

Año	Número de Matrimonios	Número de Velaciones
1671	6	6
1672	0*	0
1673	1*	1
1674	4	4
1675	2	2
1676	1*	1
1677	2	2
1678	1	1
1679	4	4
1680	3	3
1681	7	7
1682	5	5
1683	2	2
1684	6	6
1685	5	5
1686	4	2
1687	3	2
1688	2	2
1689	4	4
1690	4	4
1691	8	8
1692	6	6
1693	0*	0
1694	6	6
1695	0	0
1696	3	3
1697	2	2
1698	1*	0
1699	6	6
Total	**653**	**552**

Después de los años 30 de dicho siglo, los que se velaban y casaban juntamente eran o hijos de indios principales o criados de algún miembro sobresaliente de la ciudad, es decir, eran personas que disponían de dinero para realizar la velación de manera inmediata al casamiento. Los españoles y castas rara vez se casaban y velaban al mismo tiempo, la mayoría ni siquiera se velaba, al menos durante las primeras seis décadas del XVII así sucedió; fue hasta muy avanzado el siglo cuando se

puede observar que en estos grupos comenzó a tener lugar el casamiento y la velación el mismo día, como puede verse en la siguiente tabla.

TABLA 3. El matrimonio entre los españoles y otros grupos sociales en Pátzcuaro, siglo XVII[315]

Año	Matrimonios españoles	Matrimonios interraciales y de castas	Velaciones	Con dispensa por parentesco	En ausencia de uno de los contrayentes	Número de Matrimonios
1600	4	-	2	-	-	4
1601	7	-	5	-	1	7
1602	6	-	5	-	-	6
1603	4	2	3	-	-	6
1604	9	4	7	-	1	13
1605	5	2	2	-	-	7
1606	4	-	3	-	-	4
1607	9	2	4	-	-	11
1608	6	2	3	-	-	8
1609	4	1	3	-	-	5
1610	1	3	2	-	-	4
1611	2	2	2	-		4
1612	4	3	3	-	-	7
1613	7	1	4	-	-	8
1614	4	1	3	-	1	5
1615	4	1	2	-	-	5
1616	5	-	1	-	-	5
1617	3	-	2	-		3
1618	6	2	5	-	-	8
1619	4	1	3	-	-	5
1620	3	2	3	-	-	5
1621	-	2	1	-	-	2
1622	5	3	3	-	1	8
1623	9	1	6	-	-	10
1624	6	-	6	-	-	6
1625	3	1	4	-	-	4
1626	4	-	4	-	1	4

[315] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697, https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-ZP?i=8&cc=1883388&cat=158637+ [consultado agosto de 2023]; Matrimonios, 1596-1681, https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-7S?mode=g&cc=1883388&cat=158637[consultado agosto de 2023]; Matrimonios 1698-1735, https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5Y28-F?mode=g&cc=1883388&cat=158637[consultado agosto de 2023]; Información matrimonial 1671-1708, https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-GY36-QB?mode=g&cc=1883388&cat=158637[consultado agosto de 2023]

Año	Matrimonios españoles	Matrimonios interraciales y de castas	Velaciones	Con dispensa por parentesco	En ausencia de uno de los contrayentes	Número de Matrimonios
1627	3	-	3	-	-	3
1628	2	1	2	-	-	3
1629	3	3	4	-	-	6
1630	6	1	3	-	-	7
1631	7	1	1	-	-	8
1632	5	2	1	-	-	7
1633	4	5	3	-	-	9
1634	5	2	3	-		7
1635	7	2	5	-	-	9
1636	4	6	0	-	-	10
1637	2	5	1	-	-	7
1638	8	3	4	-	1	11
1639	1	3	0	-	1	4
1640	1	2	1	1	-	3
1641	2	-	2	-	-	2
1642	7	2	9	-	-	9
1643	2	-	2	-	-	2
1644	1	-	1	-	-	1
1645	No hay de este año información					
1646	9	-	8	-	-	9
1647	12	1	13	-	-	13
1648	3	1	4	-	-	4
1649	-	1	2	-	-	1
1650	3	-	2	-	-	3
1651	12	-	12	-	-	12
1652	3	-	3	-	-	3
1653	5	6	8	-	-	11
1654	4	1	5	-	-	5
1655	2	1	2	-	-	3
1656	7	2	7	-	-	9
1657	7	1	7	-	-	8
1658	4	3	5	-	-	7
1659	1	3	4	-	-	4
1660	1	1	1	-	-	2
1661	11	2	11	1	-	13
1662	5	1	3	-	-	6
1663	4	4	7	-	-	8
1664	5	3	8	-	-	8
1665	4	3	7	-	-	7
1666	5	1	6	-	-	6
1667	6	7	13	-	-	13
1668	6	4	10	-	-	10
1669	2	-	2	-	-	2
1670	No hay información de este año					
1671	2	1	2	-	-	3

Año	Matrimonios españoles	Matrimonios interraciales y de castas	Velaciones	Con dispensa por parentesco	En ausencia de uno de los contrayentes	Número de Matrimonios
1672	2	1	3	-	-	3
1673	9	5	14	-	-	14
1674	6	2	6	-	-	8
1675	6	2	8	-	-	8
1676	4	3	6	-	-	7
1677	9	1	10	-	-	10
1678	7	3	10	-	-	10
1679	13	6	19	-	-	19
1680	8	3	11	-	-	11
1681	12	17	23	-	-	29
1682	6	6	12	-	-	12
1683	8	4	12	-	-	12
1684	12	2	14	-	-	14
1685	11	9	17	-	-	20
1686	6	6	10	-	-	12
1687	16	7	19	-	-	23
1688	6	6	9	-	-	12
De 1689 a 1699 no hay registros						
Total	**462**	**204**	**492**	**2**	**7**	**666**

Pero en los primeros años del siglo la situación preocupaba al obispo de Michoacán, aunque no al clérigo a cargo de la parroquia de Pátzcuaro, para quien el asunto no representaba mayor problema. Para Juan Pérez Pocasangre, cura beneficiado de dicha ciudad de 1596 a 1625 aproximadamente, era preferible que se casaran, aunque no se velasen, a que vivieran en pecado por estar amancebados.[316] Él, por conocer la realidad que se vivía en la ciudad, donde la sexualidad prenupcial era común, consideraba una ventaja que accedieran a casarse.

Su interés en que las parejas contrajeran nupcias, estaba por encima de que se hiciera adecuadamente, pues una boda temporalmente incompleta, era preferible que un amancebamiento indefinido. Por eso, aunque los manuales de administración de sacramentos indicasen que, hasta que se realizasen ambos eventos, el párroco de su

[316] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Respuesta del cura beneficiado de Pátzcuaro Juan Pérez Pocasangre al auto de visita del Lic. Joseph Madaleno de Mendoza, Juez Provincial, Vicario General y Visitador del Obispado", Pátzcuaro, 22 de junio de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388 [consultado el 12 de agosto de 2023].

puño y letra podía asentar el registro de la boda en el libro de matrimonios,[317] en Pátzcuaro, con el solo casamiento quedaron asentados.

Ahora bien, el que haya habido varios casamientos y pocas velaciones, no nada más indica desinterés por recibir la bendición nupcial, también debe tomarse en consideración que hubo ocasiones en las que las parejas se casaban en Pátzcuaro, pero sus velaciones se llevaban a cabo en otro lugar, comúnmente debido al cambio de residencia de los esposos; a veces ocurría que la pareja decidía casarse antes de trasladarse a otro sitio, y para no retrasar sus planes, optaban por realizar la velación en el lugar de destino, lo cual era admisible, bastaba con otorgarles una licencia.[318] Igualmente, pasaba que se casaban en otro sitio y se velaba en Pátzcuaro, lugar donde la pareja fijaba finalmente su residencia, como hizo el escribano púbico de la ciudad, don Fernando Moreno, quien se había casado con doña María de Valderrama en Valladolid, pero se veló en Pátzcuaro.[319]

La ceremonia de bendición nupcial tenía gran simbolismo, pues el párroco recibía en la puerta de la iglesia a la pareja casada; ahí, roseándolas con agua bendita bendecía las arras, que eran trece monedas, y los anillos. Tras la bendición de éstos, los esposos, por manos del cura, se ponían los anillos uno al otro, luego el marido dejaba caer en las manos de la esposa las arras. Una vez realizado dicho ritual, juntaba las manos de los contrayentes y los introducía a la iglesia.[320]

Dentro de ésta, la pareja permanecía arrodillada en el altar; la espalda del esposo y la cabeza de la esposa eran cubiertos por un velo blanco y unidos con la banda o cinta, llamada yugo; así escuchaban la misa nupcial. Al final de la ceremonia,

[317] VENEGAS, *Manual de párrocos, para administrar los santos sacramentos,* p. 417.
[318] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Alonso Carrillo y Luisa de Carbajal", Pátzcuaro, 28 de enero de 1601. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-7M?i=9&cc=1883388&cat=158637
[consultado el 14 de agosto de 2023].
[319] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Velación de don Fernando Moreno escribano público casado con doña María de Valderrama", Pátzcuaro, 29 de enero de 1648. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-FV?i=66&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023].
[320] VENEGAS, *Manual de párrocos, para administrar los santos sacramentos,* pp. 420-424.

el sacerdote quitaba el velo y el yugo; amonestando a los esposos a que se amasen y permanecieran en el temor de Dios, los rociaba con agua bendita, le otorgaba la mano de la esposa al esposo y los despedía en paz, diciéndole al marido, "compañera os doy, y no sierva, amadla como Christo (sic) ama a su Iglesia".[321]

La velación era una ceremonia interesante, pues al parecer a ella asistían los amigos y conocidos de los esposos, a diferencia del casamiento que era más íntimo; como era el evento simbólico de la unión, al finalizar seguramente tenía lugar la fiesta. Si bien, algunos decidían velarse después por no tener dinero, las familias acomodadas en la ciudad optaban por hacerlo así, según el cura de Pátzcuaro, Juan Pérez Pocasangre, "por ostentación de bodas".[322]

Así el bosquejo de las remisas y del ritual matrimonial, que como puede observarse no seguían un orden inalterable, al menos no en Pátzcuaro, donde por lo regular la pareja se casaba, pero no se velaba de inmediato, sino después de mucho tiempo, incluso en otro lugar y no en la ciudad donde habían efectuado el casamiento; algunos nunca lo hacían. Aunque el III Concilio Provincial exhortaba a los recién casados a no cohabitar en la misma casa hasta recibir la bendición nupcial en el templo,[323] los esposos vivían juntos, con y sin velación.

El mismo cura Juan Pérez Pocasangre señalaba que, él no tenía el poder para negarse a casarlos, ni para forzarlos a que se velasen luego; él anteponía que, de cualquier forma, era preferible que fuese así, es decir que al menos decidieran contraer matrimonio, y no que viviesen amancebados "sin casarse jamás con grandísimo peligro y escándalo";[324] reiterando que era preferible hacerlo incompleto, que no hacerlo.

---

[321] VENEGAS, *Manual de párrocos, para administrar los santos sacramentos,* pp. 426-427.
[322] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Respuesta del cura beneficiado de Pátzcuaro Juan Pérez Pocasangre al auto de visita del Lic. Joseph Madaleno de Mendoza, Juez Provincial, Vicario General y Visitador del Obispado", Pátzcuaro, 22 de junio de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388 [consultado el 20 de agosto de 2023].
[323] *Concilio III Provincial*, libro cuarto, título I, p. 221.
[324] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Respuesta del cura beneficiado de Pátzcuaro Juan Pérez Pocasangre al auto de visita del Lic. Joseph Madaleno de Mendoza, Juez Provincial, Vicario General y Visitador del Obispado", Pátzcuaro,

2.1.1. El orden social de las nupcias.

Javier Pescador menciona que, tanto en el ámbito rural como en el urbano, la mayoría de los matrimonios contraídos por primera vez, se realizaban entre personas del mismo grupo social, de la misma parroquia, incluso de la misma edad;[325] Susan Socolow coincide en ello, y agrega que el patrón matrimonial más común en América Latina, además del señalado, era el que se daba entre miembros de la misma etnia y grupo ocupacional.[326] En Pátzcuaro resulta difícil determinar si los contrayentes eran de la misma edad, ya que rara vez se anotaban sus edades, pero los otros aspectos si son visibles; al revisar los libros de casamientos correspondientes a la ciudad de estudio en el siglo XVII, puede advertirse que el orden social que siguieron las uniones matrimoniales efectuadas, estuvieron marcadas por una notoria endogamia social y parroquial, ya que generalmente se casaban entre los integrantes de sus mismos grupos sociales.

Durante el siglo XVII se celebraron alrededor de 1, 343 matrimonios en la parroquia de Pátzcuaro, de ellos aproximadamente 1, 216 fueron efectuados entre miembros del mismo grupo social, mientras que tan solo 127 fueron matrimonios mixtos, como puede advertirse en las siguientes tablas que muestran el orden social que siguieron las nupcias en dicha ciudad; aunque hacen falta los libros de los casamientos de españoles y castas de los últimos diez años, los cuales seguramente elevaría las cifras, la tendencia posiblemente se mantendría igual, es decir, difícilmente los matrimonios mixtos rebasarían en número a los del mismo grupo.

TABLA 4. Matrimonios dentro del mismo grupo social en Pátzcuaro, siglo XVII

Año	Españoles	Indios	Mestizos	Mulatos esclavos con libres	Mulatos esclavos	Mulatos libres	Negros esclavos	Negros libres	Total
1600	4	16							20
1601	7	15							22

22 de junio de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388 [consultado el 22 de agosto de 2023].

[325] PESCADOR C, "La nupcialidad urbana preindustrial y los límites del mestizaje", pp. 144-149.

[326] SOCOLOW, *Las mujeres en la América Latina colonial*, p. 79.

1602	6	21							27
1603	4	35							39
1604	9	33		1			2		45
1605	5	18							23
1606	4	3							7
1607	9	16							25
1608	6	13	1						20
1609	4	10					1		15
1610	1	13					1		15
1611	2	27					2		31
1612	4	11					1		16
1613	7	11							18
1614	4	9							13
1615	4	5		1					10
1616	5	11							16
1617	3	12							15
1618	6	8							14
1619	4	7							11
1620	3	7							10
1621	0	7					2		9
1622	5	10							15
1623	9	9					1		19
1624	6	5							11
1625	3	8							11
1626	4	8							12
1627	3	8							11
1628	2	6	1						9
1629	3	5	1						9
1630	6	7					1		14
1631	7	7					1		14
1632	5	4	1						10
1633	4	8							12
1634	5	7							12
1635	7	9							16
1636	4	6							10
1637	2	4					1		7
1638	8	10							18
1639	1	1							2
1640	1	8	1						10
1641	2	1							3
1642	7	4							11
1643	2	4							6
1644	1	6							7
1645		5							5
1646	9	4							13
1647	12	3				1			16
1648	3	2			1				6
1649		8							8
1650	3	3							6
1651	12	5							17
1652	3	7							10
1653	5	9	4			1			19
1654	4	1	1						6

Año	Españoles	Indios	Mestizos	Mulatos esclavos con libres	Mulatos esclavos	Mulatos libres	Negros esclavos	Negros libres	Total
1655	2	1	1						4
1656	7	4		1					12
1657	7	4							11
1658	4	0	1			1			6
1659	1	5	1	1					8
1660	1	2							3
1661	11	4							15
1662	5	3							8
1663	4	4	2						10
1664	5	3	1						9
1665	4	5	3						12
1666	5	1							6
1667	6	4	1	2		1			14
1668	6	1	4						11
1669	2	6							8
1670		8							8
1671	2	6		1					9
1672	2	0							2
1673	9	1	2						12
1674	6	4							11
1675	6	2		2					10
1676	4	1	1			1			7
1677	9	2							11
1678	7	1	1			1			10
1679	13	4	2	1					20
1680	8	3							11
1681	12	7	4	2		4			29
1682	6	5	3	1		2			17
1683	8	2	2						12
1684	12	6	1						19
1685	11	5	3	1					20
1686	6	4	2	1					13
1687	16	3	2		1				22
1688	6	2		1		2			11
1689		4							4
1690		4							4
1691		8							8
1692		6							6
1693		0							0
1694		6							6
1695		0							0
1696		3							3
1697		2							2
1698		1							1
1699		6							6
Total Gral.	**471**	**653**	**47**	**16**	**2**	**14**	**13**	**0**	**1, 216**

TABLA 5. Matrimonios mixtos en Pátzcuaro, siglo XVII

Español	India 6	Mestiza 7	Mulata esclava -	Mulata libre 2	Negra esclava -	Negra libre -	Total **27**
Española	Indio 2	Mestizo 9	Mulato esclavo -	Mulato libre -	Negro esclavo -	Negro libre -	
Indio	Mestiza 3		Mulata esclava -	Mulata libre 5	Negra esclava -	Negra libre -	Total **42**
India	Mestizo 10		Mulato esclavo 13	Mulato libre 5	Negro esclavo 6	Negro libre -	
Mestizo	Mulata esclava 3		Mulata libre 10	Negra esclava -	Negra libre -		Total **21**
Mestiza	Mulato esclavo 3		Mulato libre 5	Negro esclavo -	Negro libre -		
Mulato libre	Mulata esclava 17		Mulatos libres 5	Negra esclava -	Negra libre -		Total **37**
Mulata libre	Mulato esclavo 9			Negro esclavo 5	Negro libre 1		
Total de matrimonios mixtos:							**127**

A partir de los datos ofrecidos, se puede observar que, en efecto, las nupcias generalmente se efectuaron entre los miembros del mismo grupo social; asimismo que los españoles e indígenas fueron los que con más frecuencia contrajeron matrimonio. Los indios contraían nupcias con indígenas de México y Querétaro principalmente, así como de otros pueblos del obispado, como Santa Clara, Tarímbaro, pero por lo regular lo hacían con vecinos de su mismo barrio; el arraigo del lugar donde vivían se manifestó con mayor fuerza durante los primeros años del siglo, sobre todo en la población femenina, que con frecuencia se negaba a abandonar su lugar de residencia para mudarse de pueblo o ciudad.

Por esta causa, algunas mujeres indias condicionaron a sus novios ante el cura, haciéndoles prometer que no las sacarían de vivir en su barrio, ni las llevarían a vivir a otra parte, solo bajo esa condición aceptaban casarse; Marcos Díaz para poder contraer matrimonio con Marta Cutaqua, le "prometió y se obligó a la dicha su mujer

a no sacarla contra su voluntad de esta ciudad y de los barrios de ella para llevarla a vivir a otra parte", solo bajo esa promesa ella aceptó casarse con él.[327] María Oquima también hizo que Rafael Tzitziqui se comprometiera a no llevársela de la ciudad de Pátzcuaro a otra parte, pues le advirtió que solo "en ella haría vida maridable".[328]

Como ellas hubo otras mujeres indias que solo mediante ese contrato expresaban su voluntad para casarse.[329] Aunque la mayoría de los matrimonios contraídos por indígenas se establecieron entre personas de su mismo grupo social, también hubo uniones conyugales interraciales, las cuales eran contraídas comúnmente por indias, quienes no tenían objeción en casarse con mulatos esclavos, como ya referíamos; con los libres fueron pocas las que se casaron. Con mestizos fue común también, pero con los negros no, fueron pocos los enlaces que establecieron con ellos.

Los indios, por su parte, se casaban con mestizas y mulatas libres, aunque eso no significa que no se relacionaran con mujeres esclavas, pues en efecto lo hacían, comúnmente establecían relaciones con ellas, pero solo de carácter ocasional e

[327] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Marcos Díaz con Marta Cutaqua, indios del barrio de San Francisco", Pátzcuaro, 13 de febrero de 1600. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R95-8V?i=264&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023].

[328] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Rafael Tzitziqui con María Oquima, indios del barrio de San Salvador", Pátzcuaro, 14 de enero de 1600. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R95-YF?i=265&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023].

[329] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Tomás Tzitziqui con Ana María, indios del barrio de la Asunción", Pátzcuaro, 28 de diciembre de 1606. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R95-WB?i=288&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023]; "Casamiento de Melchor Quiti con María Tizinx, indios", Pátzcuaro, 21 de mayo de 1610. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R95-W1?i=299&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023]; "Casamiento de Diego Zirangua con Marina Tzipacua, indios del barrio de la Asunción", Pátzcuaro, 7 de agosto de 1611. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R95-9Y?i=306&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023]; "Casamiento de Anton Tzizi con Susana Tzipacua, indios del barrio de la Asunción", Pátzcuaro, 1 de enero de 1612. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R95-W6?i=311&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023]; "Casamiento de Andrés Acatli indio del barrio de San Francisco con Madalena Cataqua del de la Asunción, indios del barrio de San Francisco", Pátzcuaro, 6 de enero de 1612. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-Y3?i=318&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 22 de agosto de 2023].

ilícito, ya que no pretendían casarse; podían prolongar la relación por años, cohabitar e incluso tener hijos, pero sin intención de formalizar, ni unirse perpetuamente a ellas. En algunos casos, a menos que éstas consiguieran la carta de libertad, cosa que no siempre ocurría. Para algunos la libertad era un bien que no estaban dispuestos a perder, ni menos aún vivir su vida condicionados por las restricciones de esclavitud de su pareja, como ya se indicaba.

La libertad era vista como un privilegio por aquellos dueños que le ponían precio y por los esclavos que pagaban por obtenerla;[330] pero también lo era para aquellos que gozaban de tenerla desde su nacimiento. Para el ya citado Joseph de los Reyes, la libertad era un bien preciado, de modo que deseaba casarse con una mujer que fuera libre como él, y pudiese heredar dicho bien a sus hijos; por eso eligió a la mulata libre Dorotea de Secadura. Sin embargo, la consideración la tomó muy tarde, como dijo Teresa Gómez, la mulata esclava que lo demandó por incumplimiento de palabra de matrimonio, "veinte años tuvo de arrepentimiento y no lo hizo", de modo que Joseph tuvo que asumir el tener mujer e hijos, con todo y su condición de esclavos.[331]

La presencia social que el matrimonio otorgaba era importante, y no todos estaban dispuestos a descender socialmente por casarse con alguien de calidad inferior. El indio Nicolás Martínez, no quería desaprovechar su oportunidad de asegurarse una unión beneficiosa ya que había quedado viudo, por eso, aunque le había prometido matrimonio a la mulata esclava Isabel del Castillo, sus intenciones cambiaron cuando se le presentó la oportunidad de cortejar a Francisca Hernández, una india principal de Pátzcuaro, a quien no le resultó indiferente, y tiempo después contrajeron esponsales.[332]

---

[330] CASORLA SAGRERO, *Criminalidad y desviación en Michoacán*, pp. 68-75.

[331] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59, f. 3. "Petición de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687.

[332] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 1-29. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio

Nicolás prefirió unirse a una india como él, que además gozaba de presencia en el barrio de San Agustín, antes que a una mulata esclava; pese a que con Isabel ya tenía una relación más larga, los beneficios a obtener eran mayores con Francisca y fueron determinantes en su decisión.

Como puede verse, la diferencia de "calidades" al momento de elegir consorte, no era la única categoría tomada a consideración, ya que dicha elección constaba de otras preferencias que no se limitaban a los rasgos raciales, al grupo social al que se pertenecía o al mayor o menor honor que se poseía, también se valorizaba si la persona era libre o esclava. Tomar en cuenta estas y otras condicionantes al elegir al futuro cónyuge, no fue una previsión que únicamente contemplaban los estamentos privilegiados de la sociedad, también estaba presente en aquellos considerados estratos bajos.

Entre los mulatos, algunos indígenas y mestizos, puede notarse que la "calidad" y las condiciones de vida no eran determinantes al tener una relación consensual ilícita, pero si tenían un gran peso al momento de pensar en contraer un vínculo que además de único, era perpetuo e indisoluble. En los españoles tales condiciones estaban aún más acentuadas, por eso establecían uniones matrimoniales con los de su raza, principalmente con peninsulares provenientes del reino de Castilla, sobre todo de la ciudad de Burgos, así como de ciudades novohispanas como Valladolid, Guadalajara y México; como se pudo ver, también con personas de Guatemala, como se refirió anteriormente. Estas uniones, tratándose de las familias prominentes de la ciudad, afianzaban los vínculos sociales, comerciales y económicos, dotándolas de mayor dominio.

Pero al igual que sucedió en el caso de los indígenas, los españoles también contrajeron nupcias con los miembros de otros grupos sociales, aunque la tendencia marcó diferencias entre los hombres y las mujeres de este estamento social;

de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.

para ellos fue más factible casarse con indias, que ellas con indios; y para ambos, resultó factible hacerlo con mestizos, pero de manera poco frecuente.

No todos los españoles deseaban unirse en matrimonio con alguien de un grupo social inferior al suyo, pero tampoco se limitaban a no tener alguna amistad ilícita con ellas. El español Lázaro de Tovar, quien se refería a sí mismo como honrado e hijo de principales, se negó a cumplir la palabra de matrimonio dada a la mestiza Magdalena de Mendoza, protegida de Bartolomé de Arévalo, así como a reconocer como suyo al hijo que tenían.[333]

Casarse con mulatos o mulatas, tratándose de españoles, no fue común, aunque hubo algunos casos; la idea de la diferencia de calidades estaba aún más arraigada entre éstos, al menos así sucedió para el caso de Pátzcuaro. El español Felipe de Tovar optó por casarse con Nicolasa de la Barrera española también,[334] y no con Úrsula Sánchez, a quien había desflorado bajo promesa de matrimonio, pero le atribuía desigualdad. Ella sostenía que en "calidad no se quedaban a deber uno al otro",[335] pero lo cierto es que ser mulata resultó una condicionante adversa, para que Felipe considerara casarse con ella.

En el caso de las castas, aunque también seguían un patrón endogámico, en relación a las uniones ocurridas con otros grupos, puede notarse que tuvieron un patrón más amplio respecto a la elección del cónyuge, que en el caso español e

[333] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 74, exp. 61, f. 10. "Proceso sumario por querella de Bartolomé de Arévalo contra Lázaro de Tovar por haber quebrantado su casa y estuprado a Magdalena de Mendoza", Pátzcuaro, 7 de febrero de 1605.
[334] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1688-1802. "Casamiento de Felipe de Tovar y Nicolasa de la Barrera, españoles", Pátzcuaro, 3 de marzo de 1699. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5YJM-3?i=286&cc=1883388 [consultado el 24 de julio de 2023].
[335] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, ff. 43-43v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698; AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, f. 248. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.

indígena. Los mestizos y mestizas se casaban con indígenas y españoles; igualmente, con mulatas y mulatos libres, principalmente, aunque también lo hicieron con esclavos.

Mientras que los negros básicamente quedaron excluidos de esa feria nupcial, ellos básicamente se casaban con los de su mismo grupo, y alguno que otro con alguna mulata. En este grupo, como en el de los mulatos, las mujeres negras rara vez se casaban, y si lo hacían era con hombres negros esclavos también; aunque por lo regular no llegaban al matrimonio, solo entablaban relaciones ilícitas y tenían hijos naturales, proyectado el patrón que comúnmente sucedía en Latinoamérica.[336] Debido a su condición, como ya se veía, las mujeres esclavas resultaban poco atractivas cuando de formar un matrimonio se trataba, al menos para quienes tenían el privilegio de ser libres, ya que no estaban dispuestos a confinar a sus descendientes a tal suerte.

Debido a la tendencia marcada es que la tasa de natalidad mayoritaria correspondía a niños españoles y a indígenas. De un total aproximado de 5, 537 nacimientos que tuvieron lugar a lo largo del siglo, 2, 983 fueron españoles, 1,074 indígenas, 547 mestizos, 869 mulatos, de los que 469 eran esclavos y 400 libres, así como 39 nacimientos de niños negros, 3 nacidos libres y 36 esclavos, asimismo 25 moriscos, 20 libres y 5 esclavos.

Como puede verse en la tabla siguiente, fue a partir de 1632 cuando la natalidad de niños productos de relaciones mixtas comenzó a aumentar, lo cual como ya señalaba con anterioridad, se debió a la reducida población de grupos no españoles e indígenas habida en Pátzcuaro los primeros treinta años del siglo XVII. De igual manera, los siguientes datos presentados manifiestan una situación evidente, como las nupcias eran contraídas con mayor frecuencia por españoles y por indígenas, la natalidad legítima se vio reflejada en los niños pertenecientes a estos grupos, sobre todo durante los primeros treinta años de siglo.

[336] SOCOLOW, *Las mujeres en la América Latina colonial*, p. 82.

TABLA 6. Natalidad en Pátzcuaro durante el siglo XVII[337]

Año	Españoles	Indios	Mestizos	Mulatos		Negros		Moriscos		Total
				Libres	Esclavos	Libres	Esclavos	Libres	Esclavos	
1600	7	-	-	-	-	-	-	-	-	7
1601	21	-	-	-	-	-	-	-	-	21
1602	14	-	-	-	-	-	-	-	-	14
1603	9	-	1	-	-	-	-	-	-	10
1604	12	-	-	-	-	-	-	-	-	12
1605	20	-	-	-	1	-	-	-	-	21
1606	15	-	-	-	-	-	-	-	-	15
1607	18	-	-	-	-	-	-	-	-	18
1608	25	-	-	-	-	-	-	-	-	25
1609	16	-	-	-	-	-	-	-	-	16
1610	14	-	-	-	-	-	-	-	-	14
1611	13	-	-	-	-	-	-	-	-	13
1612	16	-	-	-	-	-	-	-	-	16
1613	15	-	-	-	-	-	-	-	-	15
1614	18	-	-	-	-	-	-	-	-	18
1615	18	-	-	-	-	-	-	-	-	18
1616	18	-	-	-	-	-	-	-	-	18
1617	14	-	-	-	-	-	-	-	-	14
1618	19	-	-	-	-	-	-	-	-	19
1619	15	-	-	-	-	-	-	-	-	15
1620	15	-	-	-	-	-	-	-	-	15
1621	14	-	-	-	-	-	-	-	-	14
1622	1	-	-	-	-	-	-	-	-	1
1623	15	-	-	-	-	-	-	-	-	15
1624	17	-	-	-	-	-	-	-	-	17
1625	24	7	-	-	-	-	-	-	-	31
1626	19	31	-	-	-	-	-	-	-	45
1627	27	20	-	-	-	-	-	-	-	47
1628	24	21	-	-	-	-	-	-	-	45
1629	19	19	-	-	-	-	-	-	-	38
1630	19	-	-	-	-	-	-	-	-	19
1631	28	-	-	-	-	-	3	-	-	31
1632	23	4	1	-	3	-	1	-	-	32
1633	26	11	-	3	4	-	1	-	-	45
1634	17	5	1	-	1	-	1	-	-	25
1635	33	10	1	-	1	-	-	-	-	45
1636	32	3	1	-	1	-	-	-	-	37
1637	37	11	1	2	1	1	-	-	-	53
1638	31	9	1	2	2	-	1	-	-	46
1639	26	4	1	1	4	-	-	-	-	36

[337] Tabla realizada con la información obtenida en los libros de bautismos de la parroquia de Pátzcuaro correspondientes a los años que van de 1600 a 1699, consultados en la plataforma de Family Search. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LS5-1H?i=11&wc=3NTP-HZ9%3A178768101%2C178768102%2C178768103&cc=1883388; https://www.familysearch.org/search/film/004728041?wc=3NT5-3TL%3A178768101%2C178768102%2C178795101&cc=1883388; https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2L93-8Z?wc=3NTG-N38%3A178768101%2C178768102%2C178824901&cc=1883388

Año	Españoles	Indios	Mestizos	Mulatos		Negros		Moriscos		Total
				Libres	Esclavos	Libres	Esclavos	Libres	Esclavos	
1640	25	3	-	2	3	-	-	-	-	33
1641	18	5	-	3	1	-	-	-	-	27
1642	16	5	-	1	2	-	-	-	-	24
1643	9	-	-	-	-	-	-	-	-	9
1644	27	-	-	-	1	-	-	-	-	28
1645	34	-	1	1	6	-	-	-	-	42
1646	55	-	-	1	5	-	-	-	-	61
1647	28	-	-	-	3	-	2	-	-	33
1648	42	-	-	3	8	-	1	-	-	54
1649	28	-	1	2	4	-	1	-	-	36
1650	32	1	4	3	11	-	-	-	-	51
1651	29	-	9	4	4	-	1	-	-	47
1652	23	-	3	1	4	-	-	-	-	39
1653	1	-	-	-	-	-	-	-	-	1
1654	18	-	2	4	3	-	-	-	-	27
1655	21	-	5	2	6	-	2	-	-	36
1656	28	-	3	2	5	-	-	-	-	38
1657	17	-	5	5	6	-	-	-	-	33
1658	28	-	3	2	4	-	1	-	-	38
1659	33	-	6	5	4	-	1	-	-	49
1660	32	1	5	5	6	-	-	-	-	49
1661	25	-	5	3	5	-	2	-	-	40
1662	34	-	13	5	9	1	3	-	-	65
1663	31	-	11	6	8	-	3	-	-	59
1664	30	1	9	9	6	-	2	1	-	58
1665	26	4	11	6	9	-	-	1	1	58
1666	42	14	14	4	13	-	3	-	2	92
1667	33	22	9	4	6	-	-	1	-	75
1668	28	18	8	4	7	-	-	-	-	65
1669	71	20	24	10	14	-	2	3	-	144
1670	47	35	12	7	13	-	1	1	-	116
1671	48	27	10	12	15	-	-	1	-	113
1672	34	23	15	7	3	1	1	1	1	86
1673	33	14	10	5	11	-	-	1	-	74
1674	18	9	9	2	8	-	-	-	-	46
1675	33	12	7	4	7	-	-	1	-	64
1676	32	21	15	5	8	-	-	-	-	81
1677	37	33	12	5	12	-	-	-	-	99
1678	35	20	10	9	12	-	-	-	1	87
1679	39	26	7	7	8	-	-	-	-	87
1680	41	24	8	6	16	-	-	-	-	95
1681	33	30	13	4	11	-	-	-	-	91
1682	51	29	11	9	12	-	-	-	-	112
1683	44	25	20	6	10	-	-	2	-	107
1684	43	39	15	3	13	-	-	-	-	113
1685	44	26	22	12	2	-	1	-	-	107
1686	43	41	11	10	11	-	-	1	-	117
1687	47	39	15	7	5	-	1	1	-	115
1688	40	32	14	9	12	-	-	1	-	108
1689	53	32	6	7	5	-	-	-	-	103
1690	62	51	7	6	5	-	2	1	-	134
1691	69	26	12	33	-	-	-	-	-	140

1692	48	38	25	24	-	-	-	-	-	135
1693	50	29	9	12	6	-	-	-	-	106
1694	61	25	9	12	15	-	-	1	-	123
1695	49	28	18	23	11	-	-	1	-	130
1696	60	34	11	6	15	-	-	-	-	126
1697	48	30	17	18	6	-	-	1	-	120
1698	52	20	23	16	13	-	-	-	-	124
1699	61	7	15	9	23	-	-	-	-	115
Total	**2, 983**	**1, 074**	**547**	**400**	**469**	**3**	**36**	**20**	**5**	**5, 537**

A medida que los grupos sociales mixtos comenzaron a crecer en la ciudad, los nacimientos anuales comenzaron a incrementar también, aunque la tasa matrimonial en estos grupos no necesariamente manifestó un ascenso; como pudo verse en la **Tabla 3**, fue hasta los últimos veinte años que se empezó a notar un aumento en la celebración de matrimonios mixtos en Pátzcuaro, hasta antes de esa fecha solo había de uno a tres casamientos al año.

2.2. La legitimidad de la voluntad: el "buen amor".

Estudiar las emociones no es cosa sencilla, llevarlo a cabo es una empresa compleja, como lo es todo aquello que se relaciona con las emociones, ya que la manifestación de éstas ha tenido diferentes interpretaciones a lo largo del tiempo; sin embargo, poseen un común denominador, independientemente de la identificación que se ha tenido de ellas, todas coinciden en que no se han mantenido ceñidas a un modelo especifico, aunque se ha tratado de confinarlas a ello. De ahí surge lo interesante de abordarlas, pues los sentires han estado presentes en la vida diaria de las personas de todas las épocas. En la antigüedad los sentimientos estaban identificados con la ética, y vinculados a las virtudes, ganando terreno en el espacio moral,[338] por ello han sido retomados por los poetas y dramaturgos, pero también por los jueces, reyes y por teólogos, quienes han buscado la manera de explicarlos, o cuando menos representarlos.

De todas las emociones, el amor es al que más se ha hecho alusión a lo largo de la historia; por su concepción como el bien supremo, era un asunto trascendente en la época virreinal, tanto para la sociedad, como para el rey y la Iglesia. Tal era su importancia, que incluso estaba presente en los mandamientos de la ley de Dios, siendo el amor a él y al prójimo los principales. Como emoción, se consideraba compartía la dicotomía entre sentimiento y razón, señalándose como una expresión irracional y fuera de toda lógica.[339] No obstante, en los últimos años, diversos estudios han demostrado que las emociones son en realidad reacciones racionales, resultado de la percepción de una situación y de su posterior procesamiento cerebral; las cuales dependen de la predisposición de cada individuo ante una situación dada, así como de los juicios de valor y preconcepciones que posee.[340] Pero, aunque se tienen otros indicios respecto al ámbito emocional, es necesario retomar la concepción que de los

[338] HELLER, *Teoría de los sentimientos*, p. 7.
[339] ORTEGA NORIEGA, "De amores y desamores", en: *Amor y desamor. Vivencias de parejas*, p. 12; HELLER, *Teoría de los sentimientos*, pp. 8-11.
[340] BARRERA Y SIERRA, "Historia de las emociones", pp. 107-111; SCHACHTER Y SINGER, "Cognitive, social and phycological determinants of emotional state", pp. 379-399.

afectos se tenía en la época de estudio, porque a partir de ella se pueden explicar las consideraciones y los procederes que se tomaron cuando de sentimientos se trataba.

Por otro lado, la consideración a la que se aludía, puede advertir la relevancia que las emociones en su práctica conllevaban. No podrían dejarse de lado en un entorno en el que las virtudes tenían un gran peso; por esa razón se buscaba la forma de que el amor y sus manifestaciones se apegasen a un prototipo especifico, alejado de todo lo que pudiera conducirlo a conductas pecaminosas. Es por eso que, pese a considerarse como una reacción irracional, había una diferenciación entre el buen y mal amor, dependiendo de la forma en la que se desenvolvía, de la condición en la que se encontraban quienes lo detentaban, se consideraba si se trataba de uno u otro.

Pero, para abordar esta cuestión, es necesario acercarse a otros aspectos, mismos que ayudarán a comprender de mejor manera los conceptos de lo bueno y lo malo, puesto que de ellos dependió el que se le tipificase al amor dentro de una u otra categoría. La condición de mal o malo, usada para lo relacionado con las acciones humanas, estaba basada en un orden de tipo moral, cuya identificación se percibía por ir contra la ley divina y estar fuera de razón.[341] De acuerdo con la teología, un individuo podía diferenciar cuando actuaba bien de cuando actuaba mal, su propia conciencia era testigo y juez a la vez, de modo que podía acusarle y reprenderle si su comportamiento era malo, sin que pudiese excusarse; de esa forma hacían acto de presencia dos elementos indispensables en la moderación del comportamiento: la conciencia y el sentimiento de culpa.

Independientemente del grupo social y del estatus económico, ante la Iglesia católica, todos los individuos tenían un común denominador, su naturaleza pecadora. Así, la conciencia culposa se convirtió en un factor de unificación entre sujetos muy diferentes entre sí; la cual se vivió dentro de dos dimensiones distintas pero estrechamente vinculadas: la de la responsabilidad individual y la de la obligación

[341] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, f. 73v.

comunitaria.[342] La primera, radicaba en la conciencia de que el camino de su salvación o de su condena dependía únicamente de su capacidad para elegir. No era necesario que alguien le dijese que lo que hacía estaba mal, el abatimiento de su espíritu y el temor o vergüenza que pudiese sentir de que alguien lo supiera, se lo señalaba.[343] Así queda manifestada la "cultura de la vergüenza" y la "cultura de la culpa", que como señala Jane Schneider fueron articulación fundamental del cristianismo.[344]

La segunda, se identificaba como aquella que movía al individuo a denunciar una falta cometida por un tercero, so pena de caer en pecado si se sabía que alguien estaba pecando y no se hacía nada al respecto, lo cual denotaba tolerancia y complicidad. Los cristianos debían ser temerosos de la ley de Dios y cumplir sus mandamientos, de la medida en la que así lo hicieren dependía el destino final de su alma. De acuerdo a las disposiciones católicas, ser fieles y devotos les haría merecedores de la gloria eterna, de lo contrario, se condenarían eternamente.

Bajo esta creencia, los feligreses debían cumplir fielmente con los preceptos de la religión católica, para no quedar sujetos a castigo, y no solo al espiritual de su alma, sino al terrenal de su cuerpo. Para eso estaban instancias específicas, que se encargaban de regular las conductas, de modo que la sociedad estaba obligada a cumplir las normas que la religión demarcaba, o atenerse al castigado que les esperaba. No obstante, cuando se tropezaba y caía en pecado, siempre se podía contar con válvulas de escape que pudiesen resarcir el mal cometido.

El perdón y enmienda eran dos condiciones a las que se podía recurrir para evitar la condenación eterna; aunado a ello, la realización de actividades que compensaran el cometimiento de una mala conducta, era indispensable. La participación activa en los servicios religiosos, la realización de obras pías, el otorgamiento de limosnas, el pago del diezmo, y la cooperación en las fiestas religiosas,

[342] ROSELLÓ SOBERÓN, *Así en la tierra como en el cielo*, p. 129.
[343] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, f. 75v.
[344] SCHNEIDER, "Of vigilance and virgins: honor, shame and access to resources in Mediterranean societies", pp. 1-24.

eran atenuantes o dispensas que en un futuro ayudarían al individuo a enmendar la falta cometida.

Este era el universo en el que estaban implícitas las buenas y malas conductas, así como los buenos y malos sentimientos. En la realización de unos y otros jugaba un papel fundamental el libre albedrío, ya que la tentación era inevitable, pero sucumbir ante ella era elección voluntaria del individuo; el cual, por cargo de su conciencia, en caso de arrepentimiento, sentiría culpa, de modo que buscaría el perdón, mediante la realización de obras pías. Una vez hecho el recorrido, la enmienda era lo deseable, para evitar volver a caer en pecado, y tener que comenzar de nuevo con el proceso desencadenado a causa del sentimiento culposo.

De modo que, el mal amor se gestaba en lo prohibido, alentado por la lujuria y quebrantando en su realización las reglas establecidas. Podía causar pesadumbre en quien lo efectuaba, debido al temor de ser descubierto, al miedo de que su comportamiento le atrajera castigo en la tierra, en la eternidad, o en ambas; pero podía no hacerlo, es decir, no causar remordimiento e infringir la norma a sabiendas, en el afán por la búsqueda de la satisfacción propia, manteniéndose en la clandestinidad sin intención de remediarlo. Mientras que el buen amor, por el contrario, era aquel que superaba el deseo de satisfacerse solo a sí mismo y aspiraba a la licitud, apegándose al cumplimiento de las reglas religiosas y morales.

Sergio Ortega, a través de la teología tomista, indaga en las etapas que debía superar el amor para llegar a la perfección. La primera era la concupiscencia, donde solo se buscaba la satisfacción y complacencia propia, quedando la otra persona reducida a ser el instrumento que la proporciona, este es el más claro ejemplo de lo que se consideraba como mal amor, un amor frívolo y egoísta, y estaba representado por las relaciones ilícitas; la segunda etapa era la del amor depurado o de benevolencia, que es aquel capaz de sacrificarse a sí mismo para ofrecerle un bien a la persona amada; la tercera etapa corresponde a la amistad, que se da cuando el amor depurado es recíproco y desinteresado.[345] Al legar a este punto, sin tener impedimento alguno, la

[345] ORTEGA NORIEGA, "De amores y desamores", pp. 15-16.

pareja buscará apegarse a los parámetros lícitos, para darle formalidad y legalidad a su relación, la cual solo se supondría sería otorgada mediante el matrimonio.

De esa manera, el enlace matrimonial surge como la mayor expresión del buen amor, en él tenía lugar la etapa final, la comunión de vida, que de acuerdo a Santo Tomás de Aquino era la muestra de amor perfecto.[346] Así, la culminación del amor lícito tenía lugar en la celebración nupcial, pero no debía quedarse allí, sino que debía prevalecer en la vida diaria de los consortes. Para ello debía contarse con algo que mantuviera presente el amor conyugal que los unía y lo representase; la mejor forma de hacerlo era llevar consigo los símbolos más sobresalientes de su unión, los anillos dados durante la bendición, los cuales debían ser un recordatorio permanente del amor lícito, tanto para los consortes como para la sociedad testigo de ello.

Esas sortijas simbolizaban el amor de la pareja, de acuerdo con el bachiller Joan Estevan su redondez aludía al hecho de que el amor no tiene principio ni fin, el oro de que estaban hechos representaba que, así como no hay otro metal por encima de éste, así mismo no debía haber ningún otro amor por encima del de los casados, ni siquiera el tenido a los padres. Por otro lado, el dedo de la mano izquierda en el que debía colocarse dicho anillo, referido como el del corazón, tenía que ver con la cordialidad y veracidad que el amor debía tener, simbolizando que cada uno debía vivir en el corazón del otro.[347]

De manera que, los anillos no solo eran el signo más expresivo de haber contraído nupcias, sino que eran en sí mismos la representación del amor santificado de los cónyuges, por ello debían traerlos siempre, su uso debía ser un recordatorio constante del ser amado y del sentimiento que los había unido. Así, las nupcias eran la representación del buen amor, pero para que éste surgiera debían confluir ciertas condiciones en la pareja, la más importante era la libertad de elegir con quién formarla.

[346] ORTEGA NORIEGA, "De amores y desamores", p. 15.
[347] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 256-259.

2.2.1. La libre elección matrimonial.

La libertad de elegir a la pareja era el primer paso para que el amor tuviera lugar, y a partir de él se formase el matrimonio y surgiera la familia. La libre elección debía nacer del consentimiento interno, en el que tenían cabida los sentimientos y aspiraciones, es decir, debía basarse en lo que se sentía y lo que se deseaba hacer, todo ello en función de sus valores y proyectos de vida.[348] Pero la libertad no solo debía ser al inicio con la sola elección de pareja, sino que debía estar presente siempre, a lo largo de la relación; al inicio y durante su evolución, pero sobre todo en la permanencia de la voluntad de amar.[349] Así, libertad y permanencia surgen como principios imprescindibles del amor, y por lo tanto del matrimonio; ambos merecen un análisis para poder establecer un panorama de las atribuciones de una y otra condición.

Si bien, el amor debía nacer en la libertad, ello no eximía a las parejas de apegarse a una reglamentación. Al menos en la teoría, en la práctica la realidad fue más diferente, pues como ya se señalaba, los sentimientos no respondían a un patrón específico, por lo tanto, no siempre se ajustaban a los parámetros indicados y deseados; pero este asunto será analizado en su momento, por ahora debemos situarnos en el discurso que la religión cristiana católica, que era la que dominaba la vida pública y privada de la sociedad novohispana, determinaba como necesario para llevar a cabo una vida en pareja de manera lícita.

Los primeros Padres de la Iglesia, le dieron a la libertad de elegir al cónyuge un lugar principal, identificando al consentimiento incluso como la esencia del matrimonio, al considerar que con él el vínculo matrimonial quedaba instaurado.[350] La Cuarta Partida también lo expresa así, agregando que si la voluntad no coincidía con las palabras, el matrimonio no era válido.[351] Fue a partir del Concilio de Trento que el consentimiento pasó de ser la esencia del enlace, a ser la causa eficiente de

[348] RAMÍREZ MÉNDEZ, *Amor, sexo y pecado en Mérida colonial*, p. 152.
[349] ORTEGA NORIEGA, "De amores y desamores", p. 16.
[350] *Catecismo romano del Santo Concilio,* p. 197; GHIRARDI y IRIGOYEN LÓPEZ, "El matrimonio, el concilio de Trento e Hispanoamérica", p. 242.
[351] *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomo III,* partida IV, título II, ley V.

éste.[352] De una u otra forma, como esencia o como causa, la libre elección de pareja se postulaba como un aspecto imprescindible para que la comunión tuviese lugar en la vida marital.

Así, durante los siglos XVI y XVII tanto en España como en sus reinos, los hijos gozaron de una relativa libertad para celebrar sus matrimonios, la cual sería restringida al avanzar el siglo XVIII, con la Real Pragmática de Matrimonios de 1776.[353] En Pátzcuaro, la oposición paterna o familiar al matrimonio de sus hijos también tuvo lugar, aunque las querellas debido a ella no fueron comunes, en la indagación documental solo pudieron rastrearse tres pleitos entablados a causa de un disenso matrimonial familiar, uno de ellos se realizó ante el juez eclesiástico, y dos ante la Real Justicia; aunque las quejas, evidentemente, no se expresaron abiertamente como oposiciones matrimoniales.[354]

Los desacuerdos respondían a distintos motivos, la desigualdad de calidad era una cuestión común, pero había otras como la diferencia de edades entre la pareja; Rodrigo y Francisco de Ayala, hijos legítimos de don Francisco de Ayala y Florinda de Velasco difuntos, acudieron ante el Justicia Mayor de Pátzcuaro, don Joan Ramírez de Tovar, a fin de pedirle nombrase como curador de su hermana Joana Ayala, a Pedro Pantoja de Velasco, su hermano mayor, "hombre cuantioso y honrado y casado", quien velaría por ella y administraría los bienes que su padre le había dejado. La decisión se debía a que les había llegado noticia de que ciertas personas pretendían engañar a Johana, quien entonces tenía trece años, casándola indignamente y sin orden, valiéndose de que estaba sola y "era una niña desamparada en casa ajena", pues la

[352] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", pp. 35-36; *Catecismo romano del Santo Concilio*, p. 197.
[353] MARÍN TELLO, "La pragmática de matrimonio de 1776 y su repercusión", p. 88.
[354] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 6, ff. 1-5 "Rodrigo de Ayala y Francisco de Ayala piden curador para su hermana porque personas malintencionadas pretender casarla indignamente", Pátzcuaro, 30 de octubre de 1602; caja 14, exp. 2, 1 f. "Petición de doña Elena de Arévalo y Mendoza ante el Alcalde Mayor, para que su hijo Juan Méndez vaya a servir a su Majestad como su vasallo a las Islas Filipinas porque le ha perdido el respeto y la obediencia", Pátzcuaro, 28 de febrero de 1669; AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 54, ff. 1-6. "Petición de Miguel de los Reyes, mulato libre, para que Petrona de la Cruz le cumpla la palabra de matrimonio que le dio", Pátzcuaro, 1 de julio de 1668.

mujer viuda que la había acogido tras la muerte de su madre, también había fallecido, al igual que su padre.[355]

Los hermanos de Joana temían que, debido a su corta edad, fuera fácil persuadirla y engañarla; ellos pedían la actuación inmediata por el peligro que corría. En efecto, Pedro Pantoja de Velasco, persona sobresaliente en la ciudad, fue nombrado su curador, no obstante, eso no evitó que Joana terminara casándose; dos meses después de haber realizado el juicio, contrajo matrimonio con el español Josepe de Sosa,[356] que era varios años mayor que ella, y aunque provenía de familia sobresaliente también, estaba muy interesado en cobrar la herencia de Joana.

Los gustos y aversiones de la familia con frecuencia pasaban a segundo término, lo que a veces ocasionó recurrir a medidas drásticas. Un matrimonio que no era del agrado de los padres podía llevarlos a pedir la intervención de la Real Justicia, para que castigase la conducta rebelde de su hijo, incluso para pedirle que lo enviara lejos de la ciudad. Doña Elena de Arévalo y Mendoza, hizo una petición ante el Alcalde Mayor de Michoacán, don Cristóbal de Saldívar y Castilleja, debido a que su hijo, Juan Méndez, según refería, le había perdido el respeto y la obediencia, razón por lo cual le había impuesto castigos.

Asimismo decía que, por las malas inclinaciones que éste tenía, pese a haberlo criado y educado como hijo de personas principales y nobles que eran ella y su difunto esposo, temía que cayera en "mayores precipicios", y terminara repercutiendo en su reputación y honra, de modo que pedía lo aprisionaran y enviasen a las Isla Filipinas.[357] Pero el alcalde no aceptó tal resolución, pues dijo, tuvo noticia de que Juan

[355] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 6, ff. 1-5 "Rodrigo de Ayala y Francisco de Ayala piden curador para su hermana porque personas malintencionadas pretender casarla indignamente", Pátzcuaro, 30 de octubre de 1602.
[356] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1570-1950. "Casamiento de Josepe de Sosa y Joana de Ayala", Pátzcuaro, 22 de diciembre de 1602. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-93?i=11&cc=1883388 [consultado el 22 de agosto de 2023]
[357] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 14, exp. 2, 1 f. "Petición de doña Elena de Arévalo y Mendoza ante el Alcalde Mayor, para que su hijo Juan Méndez vaya a servir a su Majestad como su vasallo a las Islas Filipinas porque le ha perdido el respeto y la obediencia", Pátzcuaro, 28 de febrero de 1669.

estaba haciendo diligencias en Valladolid para casarse, y como "no se debía estorbar al sacramento", determinó que la querella era improcedente, por lo que únicamente se le notificaría sobre la existencia de ésta, pero quedaba suspendida, debido a las diligencias matrimoniales.

Seguramente Elena de Arévalo estaba en desacuerdo con el matrimonio de su hijo, por ello él estaba haciendo los trámites en Valladolid y no en Pátzcuaro; quizá la referencia a sus malas inclinaciones, se haya debido a la elección de su consorte, por eso, en su desesperación por evitar un matrimonio desigual, que dañase su reputación, la de ella y la de "sus ascendientes y linaje", como lo refirió, se vio orillada a tomar una decisión radical. Sin embargo, no resultó como esperaba, ya que la autoridad civil de la ciudad, apoyó la libre decisión del joven, y pasó a segundo término la opinión de la madre, quien estaba en su derecho de expresar su agrado o inconformidad, pero no debían exceder los límites;[358] ser un obstáculo para la realización del sacramento era pecado, así como forzar a la prole a casarse con quien era de su gusto, en contra de la voluntad del contrayente,[359] por eso el Alcalde Mayor no le permitió a doña Elena que traspasara los límites y obstaculizara la libre voluntad de su hijo.

La madre de Juan Méndez estaba preocupada por las consecuencias que tal decisión le traería a su honra, ya que las implicaciones que traía consigo la decisión nupcial no eran individuales, sino que afectaban al grupo familiar. Aunque el matrimonio era identificado como el enlace de hombre y mujer para vivir una vida juntos, lo cierto es que dicha unión también representaba la construcción de un vínculo entre dos familias, lo que a veces implicaba un cambio social y económico; por ello la decisión matrimonial, que se suponía era un asunto que solo debía incumbir a los contrayentes, terminaba siendo de interés para sus familias también.[360]

[358] GRUZINSKI, "La conquista de los cuerpos", p. 182; SEED, *Amar, honrar y obedecer*, pp. 63-64.
[359] *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, p. 375 y pp. 388-389.
[360] CERVANTES CORTÉS, "Porque no tengo el ánimo de casarme", p. 47.

A pesar de la disposición del Concilio tridentino sobre la no intervención de los padres en los matrimonios de los hijos, que reconocía que negar el canon recaían en herejía, había tratados que exhortaban a que ningún hijo se casara sin que su decisión viniera por mano de sus padres; idea amparada en la sentencia de que nadie más que ellos deseaba el bien de sus hijos, por lo que debían confiarle la decisión, ya que ellos procurarían a alguien que les conviniera.[361] Con esta expresión, básicamente se alienta a que los hijos tomen en consideración la opinión de sus padres y no la desechen, antes bien, que reflexionen sobre la pertinencia de su elección, que quizá fuese equivocada.

De modo que, legalmente los padres no podían obligar a los hijos a que se casaran o no, pero sí podían aconsejarlos y a partir de ello influir en su decisión. El mulato libre Miguel de los Reyes acusaba que, tratando de contraer matrimonio con la también mulata libre, Petrona de la Cruz vecina de Tacámbaro, con quien se habían dado palabra de casamiento, y habiendo hecho las diligencias necesarias, otorgado la información de conformidad y el pago de derechos, estando ella ya en depósito, su madre la había sacado de éste, pues no estaba de acuerdo en que se casaran, y se la había llevado a la hacienda de la Tareta; debido a ello, Miguel pedía que fuera el cura a sacarla de la hacienda y la pusiera en libertad para poder continuar con su pretensión.[362]

Es posible que, si su madre no estaba de acuerdo con la unión, la persuadiera de irse y desistir del matrimonio, sin embargo, Petrona declaró que ella por su voluntad se había ido a la hacienda, y no solo eso, refería que pretendía casarse, pero no con Miguel de los Reyes, sino con un mulato esclavo de la misma hacienda llamado Joseph de Medina, a quien decía le había dado palabra de matrimonio antes, cuando estuvo en el trapiche de Tacámbaro, y agregó que, aunque a Miguel también se lo

[361] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 41-53.
[362] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 54, ff. 1-6. "Petición de Miguel de los Reyes, mulato libre, para que Petrona de la Cruz le cumpla la palabra de matrimonio que le dio", Pátzcuaro, 1 de julio de 1668.

prometió, fue sin intención de cumplirlo, pues únicamente lo había hecho por temor a que la agrediese.

Quizá realmente haya sido su voluntad ausentarse del depósito en Tacámbaro, o posiblemente lo haya hecho animada por su madre, así como por el deseo de permanecer en la hacienda de la Tareta, lo podría hacer con mayor facilidad casándose con el esclavo del dueño. No sabemos cuál fue la razón real de su decisión, pero su caso permite observar la aversión de una madre por su posible yerno, así como el hecho de que, el incumplimiento de palabra de casamiento no solo se daba en los hombres, también había mujeres que la daban sin intención de llevarla a cabo, para después, sin mayores explicaciones ausentarse, pese a haber realizado todos los trámites correspondientes.

La libre voluntad de casarse era pues prioritaria, aunque no todos los matrimonios fueron resultado de la espontánea voluntad, ya lo veíamos en el caso de Joseph de los Reyes que, pese a ya no querer casarse con Teresa Gómez, tuvo que hacerlo por la promesa que le había hecho hacía veinte años. Como él, hubo otros patzcuarences que contrajeron nupcias contra su voluntad, a fin de reparar el daño hecho al honor de alguna joven y al de sus parientes, como Agustín Moreno Nava, quién en 1622 sostenía una ilícita relación con la mestiza Ana de la Cruz, el descubrimiento de éstos en la casa de don Pedro Pantoja de Velasco, donde Ana laboraba como sirvienta, terminó con una denuncia en su contra debido al quebrantamiento de la casa,[363] y en su posterior matrimonio para enmendar el daño.[364] La reparación del honor a través del matrimonio, para la sociedad colonial era más importante que los medios utilizados para conseguirlo.[365] Sin embargo, aunque la boda

[363] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 1-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[364] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Casamiento de Agustín Moreno y Ana de la Cruz", Pátzcuaro, 27 de noviembre de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388 [consultado el 29 de marzo de 2023].
[365] CARDONA AMAYA, "Validez jurídica de la palabra de matrimonio," p. 25.

simbólica y legalmente remediaba el daño al honor de la joven y de la familia, no garantizaba una vida armoniosa, como se verá más adelante.

Debido a los inconvenientes que podían surgir de un matrimonio forzado, la libertad de elegir al cónyuge era de los principales requisitos para contraer matrimonio; de acuerdo a los moralistas, las uniones conyugales por amor, tenían mayores posibilidades de llegar a la tan anhelada comunión de vida; lo cual se resume en el pensamiento cristiano que enarbola lo poderoso del amor, que hace que todo sea posible, "perdura a pesar de todo, lo cree todo, lo espera todo, lo soporta todo".[366] Indudablemente, los padres podían influir en la decisión de los contrayentes, no obstante, el consentimiento externo, mostrado a la hora de contraer nupcias, no era suficiente si se carecía de un voluntario consentimiento interno; ¿Cómo podría alcanzarse la comunión en una vida conyugal si la decisión había sido forzada, tomada por conveniencia o influenciada por los progenitores? Sin una verdadera voluntad de compartir su vida con el consorte, ni de otorgarle el dominio de su cuerpo, lo cual estaba implícito al contraer nupcias,[367] la relación difícilmente cumpliría con las aspiraciones y pretensiones matrimoniales.

2.2.2. La conyugalidad prenupcial: los esponsales.

Las relaciones sexuales eran reprobadas si no se efectuaban dentro del matrimonio, puesto que manifestaban la lujuria libidinosa que había quedado desordenada y desenfrenada por el pecado original;[368] sin embargo, había condiciones que las hacían permisibles, como lo fue la celebración de esponsales. Los esponsales, mejor conocidos en Nueva España como promesa o palabra de matrimonio, eran un compromiso verbal solemne en el que se pactaba contraer nupcias ya fuese en un tiempo determinado o

[366] *Biblia latinoamericana,* 1 Co. 13, 7.
[367] *Catecismo romano del Santo Concilio,* p. 198.
[368] DUBERT, "Los comportamientos sexuales premaritales", p. 122.

indefinido,[369] cuyo acto generalmente iba acompañado de la otorgación de prendas para dar mayor credibilidad a la promesa.

Contraerlos, aparentemente, era sencillo, pero no todos podían hacerlo, ya que éstos solo podían ser contraídos por personas legítimas y que tuvieran entendimiento, los niños no podían hacerlo, tampoco los locos, los embriagados, los furiosos, los mentecatos; ni los que tenían orden sacro, a pesar de tener entendimiento, no podían contraerlos, debido al compromiso religioso que tenían.[370] Aquellos que tuviesen alguna dificultad que les impidiese relacionarse sexualmente con las mujeres, que fuesen castrados o les faltasen "aquellos miembros necesarios para engendrar",[371] tampoco podían comprometerse bajo los esponsales.

Para los que sí eran aptos para contraerlos, este compromiso era una expresión fehaciente de la voluntad de casarse, antes de presentarse ante el cura. Había ocasiones en las que incluso se redactaban escrituras para hacer el compromiso más seguro,[372] pero ni la realización de éstas, ni la donación de prendas eran determinantes u obligatorias para celebrarlo, ya que con el solo consentimiento mutuo expresado verbalmente era suficiente para que quedase establecida la promesa de casamiento;[373] como señala Susan Socolow, en la sociedad colonial los compromisos orales tenían igual importancia que los escritos, por ello se consideraban confiables y su cumplimiento denotaba honorabilidad, adquiriendo un matiz solemne.[374] En Pátzcuaro fue más común contraer esponsales únicamente por palabra, sin otorgar prendas, sin la presencia de testigos, en un ambiente más íntimo, donde la pareja espontáneamente se comprometía a casarse. No obstante, la formalidad también tuvo lugar, hubo quienes los entablaron públicamente, como los indios Nicolás Martínez y Francisca Hernández quienes contrajeron esponsales, bajo la costumbre que se tenía entre los indígenas

[369] SEED, *Amar, honrar y obedecer,* pp. 93-96; SOCOLOW, "Cónyuges aceptables: la elección de consorte", p. 234.
[370] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario,* p. 62.
[371] *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomo III,* partida IV, título II, ley VI.
[372] MCCAA, "Gusto de los padres, inclinaciones de los novios", pp. 596-597.
[373] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario,* p. 62; González FLORES, y MARÍN TELLO, "Estrategias femeninas", p. 51.
[374] SOCOLOW, "Cónyuges aceptables: la elección de consorte", p. 234.

patzcuarences, prendándose delante de los viejos del barrio; él le dio un rosario y ella un anillo.[375]

La promesa de casamiento podía ser por palabras de presente o de futuro, de acuerdo con el Tercer Concilio Provincial, al efectuar las palabras de presente se recibía el sacramento del matrimonio;[376] a diferencia de las de futuro, las cuales carecían de seguridad, pues como refería Joan Estevan "las cosas venideras no lo son todavía, y de lo que no es, no se ha de hacer juicio que tenga firmeza y estabilidad".[377] La promesa a futuro era poco confiable y la garantía de matrimonio se veía disminuida; sin embargo, expresar palabra de casamiento a futuro tampoco exoneraba al prometido de cumplir su promesa, pues estaba obligado a ello, ya que los esponsales significaban el término del noviazgo y el inicio de una forma social de matrimonio;[378] ante la comunidad la pareja ya era vista como esposos, por eso el solo hecho de comprometerse, aun sin testigos, era simbólicamente el inicio de una vida conyugal, por eso era normal que iniciaran la cohabitación.

Nicolás Martínez y Francisca Hernández, luego de haber contraído esponsales, decidieron vivir juntos; Nicolás se mudó a la casa de ella, donde vivían como cónyuges, acompañados de sus hermanos,[379] lo cual fue visto con normalidad entre la familia y los vecinos. Dorotea de Secadura y Joseph de los Reyes también vivían juntos, amparados en la palabra de casamiento que se tenían dada. Aunque su compromiso no fue público, el que ellos admitiesen tenerlo, fue suficiente para que el inicio de su vida como marido y mujer fuera aceptado; tanto el amo de Joseph,

[375] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, Caja 74, exp. 61, ff. 6-24. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.
[376] *Concilio III Provincial*, libro cuarto, título I, p. 221.
[377] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 296-297.
[378] MCCAA, "Gusto de los padres, inclinaciones de los novios", p. 598.
[379] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 6-24. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.

Domingo Orozco, como su tía, les permitieron vivir en sus casas gracias a dicho compromiso.[380]

A pesar de que ninguno tenía derecho conyugal con solo prometer casarse, haber efectuado esponsales con alguien era un impedimento para contraer matrimonio con una persona distinta, como ya se indicó; por pública honestidad quedaba impedido mientras éstos subsistieran, puesto que, aunque era un compromiso formal, podía disolverse. La pobreza, la desigualdad de calidades,[381] la enfermedad, la fealdad, la larga ausencia o infidelidad de alguno de los esposos, eran causales para disolver el compromiso; pero bajo éstas, solo quien no padecía esos "accidentes"[382] podía desistir, no quien los portaba. Pero además de las causas señaladas, había otra que también disolvía los esponsales, la existencia de una promesa dada anteriormente a otra persona; Petrona de la Cruz había prometido casarse con Miguel de los Reyes, pero desistió de su promesa aludiendo haberse comprometido antes con Joseph de Medina.[383]

Cuando sucedía así, el cumplimiento de la primera estaba por encima de las dadas posteriormente, por eso los esponsales contraídos por Dorotea de Secadura y Joseph de los Reyes quedaron anulados, pese a que ya vivían juntos, pues le había prometido matrimonio antes a Teresa Gómez.[384] Aunque la preferencia dada al primer compromiso ocurría siempre y cuando fuese lo suficientemente probado, de otro modo no trascendía; a pesar de que Isabel del Castillo argumentó que Nicolás Martínez le

[380] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59, f. 3. "Petición de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687.
[381] La desigualdad de calidades podía disolver los esponsales solo si la palabra dada había sido fingida, cuando se daba con una verdadera voluntad de casarse, quien la otorgaba estaba obligado a cumplirla. DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario*, p. 64.
[382] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario*, pp. 63-64.
[383] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 54, ff. 1-6. "Petición de Miguel de los Reyes, mulato libre, para que Petrona de la Cruz le cumpla la palabra de matrimonio que le dio", Pátzcuaro, 1 de julio de 1668.
[384] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 4, exp. 59, f. 10. "Petición de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687.

había dado palabra de casamiento a ella antes que a Francisca Hernández, para el juez eclesiástico su dicho no tuvo un sustento sólido, de modo que tuvo que resignarse a que Nicolás no se casara con ella sino con Francisca.[385] A diferencia de las otras causales, cuando se trataba de una doble palabra de matrimonio, el desistimiento de los esponsales generalmente era sustentado por la persona que los había contraído dos veces.

Ahora bien, además del doble acuerdo de esponsales, la disolución de éstos debido a la diferencia de calidades, fue de las razones más usuales; tanto en la península como en Nueva España, cuando la afectada pertenecía a un estrato social inferior, la apelación a la diferencia de calidades fue un argumento constante para desacreditar su demanda por incumplimiento de palabra.[386] En la ciudad de Pátzcuaro tal diferencia fue la justificación más común para zafarse de una palabra de matrimonio dada; Felipe de Tovar se negaba a cumplirle la palabra de matrimonio que le había dado a Úrsula Sánchez, apelando a la diferencia de calidades por él ser español y ella mulata.[387] Lo mismo sucedió con el español Lázaro de Tovar que atribuía desigualdad entre él y la mestiza Magdalena de Mendoza, y refería que por eso no debía casarse con ella, aun y cuando había palabra de casamiento y un hijo de por medio.[388] En ambos casos, las justificaciones ofrecidas ante el juzgado eclesiástico fueron aceptadas y consideradas suficientes, por lo que los acusados quedaron liberados del compromiso y en condiciones de casarse con quien ellos considerasen adecuado.

[385] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 1-29. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.
[386] CANDAU CHACÓN, "El matrimonio presunto, los amores torpes y el incumplimiento de la palabra", p. 50.
[387] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, ff. 43-43v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698; AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, f. 248. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[388] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 74, exp. 61, f. 10. "Proceso sumario por querella de Bartolomé de Arévalo contra Lázaro de Tovar por haber quebrantado su casa y estuprado a Magdalena de Mendoza", Pátzcuaro, 7 de febrero de 1605.

Todo compromiso genera una serie de requerimientos y consecuencias sociales, en el caso de los nupciales no fue distinto, aunque hubo quienes salieron bien librados, como ya se refirió, no todos los involucrados tenían la misma suerte; con frecuencia las mujeres quedaban desacreditadas tras ser abandonadas, o tras ventilarse su situación, a lo que se sumaba que, en más de un caso, tuvieron que afrontar solas la responsabilidad de los hijos procreados en dichas relaciones, los cuales por su condición eran ilegítimos. El establecimiento de una relación sexual antes del matrimonio con frecuencia trajo consecuencias adversas para las patzcuarences, que tuvieron que exponerse a la degradación de su reputación debido a la negativa del susodicho para cumplir su promesa de casarse con ellas, tales fueron los casos de las ya referidas Magdalena de Mendoza, Teresa Gómez, Úrsula Sánchez, Isabel del Castillo, entre otras más que terminaron padeciendo el rechazo de su enamorado, la frustración de sus planes y la deshonra.

Por ello, a través de los tratados moralistas, de la liturgia, del confesionario y de los sermones, la Iglesia trabajaba arduamente, para evitar confusiones e inconvenientes futuros, como la celebración de matrimonios clandestinos, que podían terminar en bigamias, ilegitimidades y esperanzas frustradas, determinando como válidos únicamente aquellos matrimonios efectuados en una iglesia, por un clérigo y tres testigos, luego de haber corrido las amonestaciones previas;[389] asimismo aconsejando a los contrayentes a no basarse en promesas inciertas, evitando estar juntos a solas antes de recibir la bendición nupcial y más bien optando por concertar sus encuentros en presencia de algunos allegados u otras personas,[390] para evitar caer en la tentación, advirtiéndoles sobre las consecuencias que la debilidad carnal podían traerles, especialmente a la mujeres, quienes con mayor frecuencia quedaban expuestas a expectativas matrimoniales truncadas, desilusiones amorosas, hijos ilegítimos, honor mancillado y otras frustraciones que la decepción amorosa generaba. De ahí que la exhortación a los contrayentes de no cohabitar en una misma casa antes de casarse era reiterada constantemente, pues era bien sabido que la promesa

[389] *El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento*, pp. 377-378.
[390] VENEGAS, *Manual de párrocos*, p. 404.

de matrimonio era utilizada como el camino más expedito para quebrantar la virtud de las doncellas, granjeándose su confianza y favores.[391]

Pero, con todo y eso, lo cierto es que los esponsales, además de expresar solemnemente la voluntad de los contrayentes para casarse, les daba la libertad de copular,[392] vivieran juntos o no. De manera que resultaba común que la pareja tuviese relaciones íntimas antes de la realización de la boda, por eso las relaciones prematrimoniales eran tan comunes luego de haberlos contraído,[393] ya que, como refiere Luisa Candau, básicamente promesa y relaciones íntimas caminaban de la mano.[394] El compromiso verbal era utilizando como justificación para iniciar una vida sexual con el futuro cónyuge y su arraigo no pudo ser desplazado rápidamente, por ello a finales del siglo XVIII, y aun durante parte del siglo XIX seguían dándose las convivencias prenupciales, tanto en España como en Hispanoamérica.[395]

La realidad rebasaba las exhortaciones y las relaciones sexuales fuera del matrimonio siguieron efectuándose con frecuencia, en Pátzcuaro los mozos solteros también se valían de la palabra de casamiento para convencer a sus pretendidas de intimar con ellos. El peso y significado social que tenían los esponsales, vistos ya como una forma de matrimonio, daban la pauta a la pareja que intercambiaba palabra de matrimonio, para convivir abiertamente e iniciar una vida sexual, teniendo hijos antes de que la boda se efectuara, ya lo veíamos con Teresa Gómez que procreó cinco hijos con Joseph de los Reyes antes de finalmente casarse con él. Aunque para unas mujeres tener hijos fuera del matrimonio era un hecho deshonroso, hubiese o no palabra matrimonial de por medio, razón por la cual, para no perder la honorabilidad tras quedar embarazadas sin boda previa, decidían recurrir a la común estrategia del matrimonio inmediato o consecuente, así, por medio de las nupcias enmendaban la falta y quitaban

[391] LOZANO ARMENDARES, "El gran seductor", p. 139-141; SEED, *Amar, honrar y obedecer*, p. 69; GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, p. 64; LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 67.
[392] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados,* p. 68.
[393] LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 56.
[394] CANDAU CHACÓN, "Entre lo permitido y lo ilícito", p. 13.
[395] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados,* pp. 70-72.

el rasgo de ilegitimidad en el infante; no importaba si habían pasado años, el matrimonio remediaba un nacimiento ilegítimo.

Doña Águeda de Castrejón tenía trato ilícito con don Pedro Martínez, ambos eran españoles, de modo que, al ella resultar embarazada, su honor y prestigio pendían de un hilo; el abandono del bebe no fue una opción viable, pero tampoco lo era reconocerlo. Doña Águeda no estaba dispuesta a quedar registrada como madre soltera, por eso al bautizar al niño éste quedó asentado como Francisco, "hijo de padres no conocidos".[396] Tuvieron que pasar cuatro años para que finalmente salieran a la luz los nombres de su progenitores; una vez que contrajeron nupcias, dona Águeda y don Pedro reconocieron a Francisco como hijo suyo.[397]

A pesar de las condenas morales, la Iglesia y las autoridades colaboraban con las familias, cuando tenían a bien ocultar lo que consideraran apropiado o inapropiado;[398] en este caso las relaciones prematrimoniales y el nacimiento de un hijo ilegítimo. Esto claro siempre y cuando el novio aceptase casarse, a veces sucedía que el hombre esperaba contraer nupcias con una mujer virgen, de modo que las relaciones íntimas antes de casarse, eran buscadas para corroborar la virginidad de la futura esposa,[399] la cual una vez probada podía culminar en matrimonio; pero también podía suceder a la inversa, cuando el novio solo buscaba una relación furtiva, el que fuesen doncellas no era una prerrogativa que despertara su interés por casarse, por eso hubo demandas en las que se hacía pública la relación ilícita, denunciando la afrenta hecha de su honor.

[396] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, bautismos 1664-1698. "Bautismo de Francisco, español", Pátzcuaro, 16 de abril de 1664. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2GSC-TN?i=10&cc=1883388&cat=158637n [consultado el 7 de junio de 2023].
[397] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Casamiento y velación de Pedro Martínez y Águeda Castrejón", Pátzcuaro, 13 de mayo de 1668. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9T-HS?i=130&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 10 de julio de 2023].
[398] FUENTES BARRAGÁN, "Quebrantos de la moral conyugal", p. 13.
[399] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados*, p. 73.

Bajo la exaltación de la virginidad se pretendió persuadir a las jóvenes doncellas a no tener encuentros deshonestos, sino esperar al matrimonio para poder ejercitar su sexualidad; evitando con ello consecuencias deshonrosas. El discurso estaba más enfocado en las mujeres, debido a la consideración de ser de naturaleza frágil e inclinación al pecado de la carne;[400] por eso era a ellas a quienes se les aconsejaba y reconvenía con ahínco a permanecer puras, es decir, vírgenes. A la virginidad se le otorgó un alto grado de santificación por asemejarse a la pureza divina, siendo considerado el estado y don más excelente;[401] por eso se le distinguía como gloriosa virtud, que como tal debía ser aliciente suficiente para perseverar en mantenerla.[402]

Si no ocurría así, las nupcias posteriores reparaban cualquier resultado que la sexualidad prematrimonial hubiese dejado; mediante las bodas se evitaba la pérdida pública del honor y todo escándalo. El matrimonio transformaba amantes en esposas e hijos naturales en hijos legítimos,[403] ya que, aunque la mujer quedase embarazada, su relación ilícita quedaría oculta bajo el casamiento inmediato, ostentando así el nacimiento de un hijo "prematuro", pero legítimo; a su vez que demostraban su irrefutable fertilidad.[404] Una vez casados, toda fragilidad quedaba perdonada por la Iglesia, por la ley y por la sociedad, cuyo consenso era el del oportuno olvido.[405] Así, ante esa realidad se puede mostrar que, ni la vida sexual iniciaba con el matrimonio, ni las normas morales eran tan rígidas, cuando se cometía un tropiezo existía la posibilidad de remediarlo y terminar olvidando que alguna vez ocurrió.

[400] RODRÍGUEZ DELGADO, "El goce del cuerpo, p. 80.
[401] LORAUX, "¿Qué es una diosa?", pp. 14-19.
[402] DE PADILLA MANRIQUE Y ACUÑA, *Excelencias de la castidad,* p. 373.
[403] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados,* p. 75.
[404] TWINAM, "Honor, sexualidad e ilegitimidad", pp. 132-133; SOCOLOW, *Las mujeres en la América Latina colonial*, p. 80.
[405] FUENTES BARRAGÁN, "Quebrantos de la moral conyugal", p. 7.

2.3. La sexualidad lícita.

El ejercicio de la sexualidad estaba relegada al matrimonio, sólo mediante éste era aceptada y lícita, cualquier relación íntima efectuada fuera de él era considerada una desviación.[406] Las prácticas sexuales eran pecaminosas si se realizaban entre personas solteras, o bien si se daban entre solteros con casados. En los primeros, porque su ejercicio carecía de utilidad, el placer era su único fin;[407] en los segundos, por recaer en adulterio, atentando contra el cónyuge, la familia, la sociedad y las buenas costumbres; pero sobre todo contra Dios, al ser una violación a la fidelidad que el sacramento matrimonial requería. El sexo efectuado al margen de la bendición nupcial, se consideraba como pecado por estar dominado por pasiones lascivas que resultaban nocivas para quien las efectuaba, debido a que lo llevaban a perder el control de sus pensamientos y acciones; provocando la pérdida de sí mismo,[408] y poniendo en entre dicho su honor.

Para la España del siglo XVII el honor y la honra eran lo mismo, reverencia o cortesía que se hacía a la virtud, a la potestad y algunas veces al dinero.[409] En Nueva España dicha concepción fue reafirmada, independientemente del grupo social al que se perteneciera, el honor era una cualidad de gran peso en la cultura novohispana, sobre todo el honor sexual que, como comportamiento socialmente aceptable,[410] estaba permanentemente cuestionado y sometido a la opinión pública; podía incrementar o perderse dependiendo de cómo lo valorase la sociedad en una situación concreta.[411] El ejercicio de prácticas sexuales al margen de la norma, traía serias consecuencias a quien las llevaba a cabo, afectando su reputación, y la de su familia, que también se veía afectada; recuérdese que el honor familiar se repartía entre cada uno de sus miembros, de modo que con la deshonra de uno, la mancha se extendía al resto.

---

[406] ORTEGA NORIEGA, "Seminario de historia de las mentalidades", p. 105.
[407] TRUEBA LARA, *Historia de la sexualidad en México*, p. 50.
[408] LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás la mujer ajena,* pp. 134-135.
[409] DE COVARRUBIAS OROZCO, *Tesoro de la lengua castellana,* p. 476-477.
[410] BUSTAMANTE OTERO, Luis, "Una relación furtiva. Honor y violencia" p. 84.
[411] GASCÓN UCEDA, "Honor masculino, honor femenino", p. 636.

El sexo entre solteros, al margen del matrimonio, era identificado como pecado de fornicación, puesto que transgredía el orden en el que la sexualidad debía practicarse, atentado contra el propio cuerpo, templo del espíritu santo. Pero las relaciones sexuales prematrimoniales les traían otros inconvenientes a quienes las efectuaban, su acción causaba escándalo, ya que iban en contra de la moral cristiana y las buenas costumbres, pues infringían la castidad, la mesura, la abstinencia y el pudor, exponiendo al descrédito a quienes las efectuaban, como se podrá observar con amplitud en el capítulo III.

Así pues, el ejercicio de la sexualidad fue un tema muy sensible, había un discurso dominante y dirigente, pero éste no correspondía con los comportamientos que eran llevados a la práctica, donde las parejas intimaban con bastante facilidad, sin antes contraer nupcias. El matrimonio no resultó ser la forma elegida para iniciar una vida sexual, por eso el énfasis de los teólogos y las autoridades, sobre todo durante los siglos XVII y XVIII, de buscar una forma eficiente de encaminar la sexualidad únicamente a su práctica lícita, la cual solo podía darse a través del matrimonio; aunque, no por ser lícita era del todo libre, ya que tenía que apegarse a un modelo determinado, mismo que no debía ser modificado bajo advertencia de caer en pecado mortal.

Por estas condiciones, el tema relacionado a la sexualidad se consideraba sumamente delicado; su acercamiento, tratamiento y transmisión en el periodo de estudio se daba con especial cuidado, ya que de la manera en que pudiese ser interpretado dependía su eficiente emisión, y por tanto la adaptación, comprensión e interiorización que el público pudiese tener de su ejercicio. Esto explicaría porque los catecismos, confesionarios y tratados moralistas tenían un lenguaje cuidadosamente determinado, dependiendo de a quiénes iba dirigido el mensaje. La forma de comunicar una idea era indispensable, las palabras utilizadas podían convencer a la feligresía o confundirla, por eso en materia de sexualidad, los miramientos eran aún más escrupulosos. En materia de intimidad, en el *Catecismo romano* se indicaba que:

> "se ha de tratar con gran tiento por los Pastores: porque no se les escape de la boca palabra alguna que, o parezca indigna de los oídos fieles, o que pueda

> ofender las almas piadosas, o que mueva a risa. Porque así como las palabras del Señor son palabras castas así también conviene en gran manera, que el Maestro del pueblo Christiano use de tal estilo, que manifieste una singular gravedad y entereza de juicio".[412]

Las precauciones a las que se hacía el llamado, han quedado evidenciadas en diversos escritos de la época, en los que se tocaba el tema con cierta reticencia, se omitían ciertas palabras, o simplemente se encasillaban los actos en lícitos o pecaminosos, sin dejar lugar a excepciones. Esto sucedía sobre todo al tratar de explicar el modo de llevarse a cabo la relación sexual, al separar lo bueno de lo malo en cuanto a su realización; se evitaban los detalles y las especificaciones. Fray Vicente Mexia en su *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, refería del acto sexual que, al resultar tan abominable, no convenía hablar de él, ni menos pensarlo, "por la grande fealdad que en sí mismo contiene".[413] Y en los casos en los que se ameritaba ser un poco más precisos, como en los confesionarios, guías de los párrocos al confesar, se utilizaba un lenguaje que no era común o comprensible a cualquiera que tuviese acceso al escrito, únicamente para aquellos a quienes iba dirigido.

Así sucedió en el caso de un confesionario de finales del siglo XVII, en el que el apartado titulado *del débito conyugal y de su abuso*, en su totalidad está escrito en latín, mientras que el referente al *abuso de la muger (sic) que coopera*, está parcialmente escrito en dicho idioma, solo las partes donde se aborda de manera más directa la manera en que se efectuaba el acto sexual, está en latín; el resto de la explicación está en castellano.[414] Lo que deja de manifiesto que, las características que describían o que hacían alusión al modo en que se llevaban a cabo los encuentros sexuales, aun en el matrimonio, eran sensibles y como tal debían ser manejados, e igualmente comprendidos, por eso solo aquellos cuya preparación era adecuada, podían leer y conocer el contenido de esos textos.

[412] *Catecismo Romano del Santo Concilio*, p. 205.
[413] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, f. 112.
[414] DE CORELLA, Jaime, *Práctica de el (sic) confesonario*, p. 84.

El tema de la sexualidad debía ser explicado, pues era de incumbencia de todos, lo que no merecía explicación era el modo de llevarlo a cabo. Explicar lo que era aceptable y lo que no, sin entrar en detalles y caer en el uso de palabras consideradas lascivas, era el reto. No obstante, los teólogos encontraron la forma de dar salida a esa situación; el acto sexual se consideraba una acción natural, dentro o fuera del matrimonio, de manera que la explicación de cómo era efectuado salía sobrando, a decir de Fray Vicente Mexia, como hecho natural no necesita ser explicado, puesto que, si los animales sabían cómo hacerlo sin que nadie les hubiese enseñado, con mayor razón el hombre, que a diferencia de los animales poseía entendimiento y raciocinio.[415] Es por ello que, bastaba con encausarlo a una modalidad en cuyo término se englobase lo que se pretendía señalar, y ésta era que la realización debía ser en cuanto a orden de naturaleza, todo aquello que se saliese de dicho orden, era pecaminoso.

Ahora bien, la decisión de inclinarse por la sexualidad lícita o por la prohibida, era tomada de manera privada e individual, pero se tornaba pública al ser del conocimiento de los vecinos; asimismo terminaba siendo un tema que concernía a la sociedad entera, porque nadie estaba exento de pecar. La práctica sexual debía estar amparada en el amor, el cual, como ya se refirió, solo en el matrimonio podía configurarse de manera perfecta, fuera del enlace conyugal la cópula solo llegaba a la primera etapa antes explicada, correspondiente a la concupiscencia, al interés egoísta de la satisfacción propia sin interés de permanecer en el amor, lo cual denotaba incontinencia y lujuria. La lujuria como es sabido pertenece a la lista de los siete pecados capitales, categoría obtenida no por el mero desborde de los deseos carnales, sino por el hecho de ser la acción resultante de la elección de lo fácil, lo sencillo y placentero, ante lo difícil, ámbito donde se encontraba el control de los instintos humanos.[416]

Por eso para los ministros eclesiásticos era importante que sus feligreses contrajeran matrimonio, así se alejarían del pecado de lujuria. Las nupcias se presentaron también como un remedio a la fornicación; ya que al reconocer la flaqueza

[415] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, ff. 115-117.
[416] TRUEBA LARA, *Historia de la sexualidad en México*, pp. 36-38.

de su continencia, era preferible que hombre y mujer se casaran, para de esa forma hacer frente a la tentación originada por la abstinencia,[417] o bien, remediar una forma de vida pecaminosa. Juan Pérez Pocasangre, como cura de Pátzcuaro, abogaba por que las parejas contrajeran matrimonio, aunque éste constase de un ritual inacabado, con tal de evitar el amancebamiento.[418]

Le preocupaba las formas en que la sexualidad tenía lugar en dicha ciudad, por eso consideraba una ventaja que las parejas legitimaran sus uniones a través del casamiento, aunque en la mayoría de los casos prescindieran de la velación; de cualquier forma, lo importante era que se casaran y se alejaran de vivir en pecado. El matrimonio era la solución para encausar los "tratos deshonestos", convirtiendo el sexo pecaminoso practicado en ellos en uno lícito. El padre Diego de Estrada, jesuita de Pátzcuaro, también consideraba que el matrimonio reivindicaba las relaciones prenupciales, por eso, cuando se enteraba de que alguna mujer estaba en amistad ilícita con algún mozo, no dudaba en reconvenir a éste para que dejara de estar en pecado y se casara con ella.[419]

Los pecados de fragilidad eran comunes, la misma teología refería que la concupiscencia estaba arraigada en el individuo, en su propia carne y vivía con él desde que era concebido hasta el punto de su muerte; añadiendo que, aunque algunas veces parecía que estaba durmiendo, por no fatigar tanto como otros pecados, ello no debía ser motivo para confiarse y bajar la guardia pensando que no se tenía y que de ella se estaba completamente libre.[420] De modo que sucumbir a la concupiscencia era un riesgo latente, por eso el fortalecimiento del espíritu era necesario para esquivar las tentaciones. Pero cuando la fortaleza espiritual sucumbía ante la debilidad de la carne,

[417] *Catecismo romano del Santo Concilio,* pp. 199-200.
[418] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Respuesta del cura beneficiado de Pátzcuaro Juan Pérez Pocasangre al auto de visita del Lic. Joseph Madaleno de Mendoza, Juez Provincial, Vicario General y Visitador del Obispado", Pátzcuaro, 22 de junio de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388 [consultado el 12 de agosto de 2023].
[419] AGN, inquisición, caja 5097, exp. 010, ff. 1-12v. "Fragmento de las declaraciones de varias personas ante el Santo Oficio sobre el comportamiento del padre Diego de Estrada de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1694.
[420] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, f. 81.

el matrimonio se postulaba como remedio; así como las nupcias podían salvar el honor, también podían transformar pecados, como la concupiscencia, en virtudes.

La autoridad civil de Pátzcuaro también respaldaba la idea del matrimonio como solución a la sexualidad ilícita, por eso en los casos de amancebamientos entre solteros, la primera opción que se les daba a éstos era que se casaran, así podrían continuar la relación que ya tenían, pero ahora de manera legítima y santificada. El apetito carnal entre los casados adquiría un matiz diferente, ya no se trataba de un deseo culposo, ahora era considerado una virtud y obra meritoria.[421] No estaba prohibido que el marido deseara intimar con su mujer, al contrario, era considerada una obra necesaria y buena, incluso era equiparada a acciones vitales como comer, beber, dormir;[422] aunque, a diferencia de esas actividades, el débito conyugal debía "pagarse" en el ámbito íntimo y secreto del lecho nupcial, debido a la ya referida delicadeza que su práctica que, aunque lícita, requería discreción.

La sexualidad dentro o fuera del matrimonio era un asunto reservado, solo que el ocultamiento que ameritaba no se debía a la misma razón en los casados, que en los solteros. A decir de algunos teólogos, éstos últimos lo hacían a escondidas debido a la culpa que sus actos, por ser ilícitos, les infundían, mientras que entre marido y mujer ocurría por la pena que la acción en sí misma causaba; dejando en claro que, no todo lo que se hacía en secreto forzosamente era malo.[423]

Era primordial que la sociedad supiese lo que estaba permitido y lo que estaba proscrito, pero la información facilitada debía hacerse de forma que no ofendiera, confundiera o se tomase a broma, por ser un tema delicado, las formas de abordarlo eran importantes. No por estar casados y practicar el sexo lícito, podían tocar el tema abiertamente; si no había libertad en su práctica, pese a ejercerse dentro del matrimonio, menos podría ser un tema que pudiera hablarse sin reservas y de manera

[421] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 296-297.
[422] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 296.
[423] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, ff. 75-78v.

pública. No obstante, era necesario que supieran lo que era aceptable y lo que no en su relación conyugal.

Las muestras públicas de afecto entre los cónyuges no estaban reprobadas, al contrario, eran consideradas señales de una buena y armónica vida conyugal; las manifestaciones de cariño entre los consortes referían una vida amable entre ellos y además un buen servicio a Dios, como lo refería Ignacio Alba y Centeno, de la vida matrimonial que tenía María de los Reyes y Amaro Martínez, notario público del Santo Oficio de Pátzcuaro. Según Ignacio, quien era amigo de los susodichos y asistía, en compañía de otros, con frecuencia a la tienda que tenían en la plaza, se les veía "con tanta afabilidad, amor y voluntad, dándose abrazos y ósculos", "con tanto agrado que causaba gusto a los que los veían".[424] El buen trato y el afecto que había entre marido y mujer públicamente, era considerado por los que los rodeaban como el reflejo de una buena vida conyugal, un comportamiento de buenos casados, de modo que las muestras de cariño entre los cónyuges no estaban reservadas únicamente al espacio íntimo, su expresión pública era bien recibida por los vecinos; claro, siempre y cuando ésta no rebasara los límites del pudor, pues de lo contrario podrían convertirse en actos lascivos.

En la vida íntima de los casados, se consideraba que pedir el débito conyugal no era obligatorio, pero pagarlo una vez pedido sí era una obligación, marido y mujer debían hacerlo cada que alguno de los dos lo quisiere, pues negarse incurría en pecado mortal.[425] A menos que tuvieran razones probadas para no hacerlo, como estar en peligro de muerte, estar en un lugar sagrado, estar embarazada con riesgo de perder al hijo, o recién parida;[426] si las razones para no querer pagar el débito no se ajustaban a las referidas, la negativa no eran justificable.

[424] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 57, exp. 16, f. 10. "Declaración de Ignacio Alba y Centeno, español, en el pleito de divorcio que tiene puesto María de los Reyes, porque su marido Amaro Martínez intentó matarla", Pátzcuaro, 10 de junio de 1660.
[425] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", pp. 41-42; ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados,* p. 297; LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás la mujer ajena,* p 136.
[426] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 297-299.

Sin embargo, no siempre la negativa a usar el débito conyugal tenía una razón que la justificara, y no por ello recaía en pecado. A veces las mujeres se negaban a pagarlo por razones que las eximía de pecar mortalmente. Cuando el débito era pedido con insistencia o de manera violenta, podían abstenerse de acceder, así como cuando el hombre pretendía efectuarlo fuera del orden natural, practicando el sexo anal y oral, identificados como *contra natura*; incluso cuando la mujer notaba que el marido interrumpía el acto sexual y la culminación no ocurría como debía.[427] Condiciones que convertían al débito conyugal en un pecado mortal, ya que alteraba el orden natural de la cópula y obstruía su finalidad de reproducirse.

Ahora bien, aunque el débito conyugal se suponía no era un acto obligatorio, los teólogos asumían que, una vez pedido, cumplir con él era una obligación de todo casado; marido y mujer debían "pagarlo" cada que alguno de los dos lo quisiere, pues negarse incurría en pecado mortal.[428] A menos que tuvieran razones probadas para no hacerlo, como estar en peligro de muerte, estar en un lugar sagrado, estar embarazada con riesgo de perder al hijo, o recién parida;[429] si las razones para no querer pagar el débito no se ajustaban a las referidas, la negativa no eran justificable.

Sin embargo, no siempre la negativa a usar el débito conyugal tenía una razón que la justificara, y no por ello recaía en pecado. A veces las mujeres se negaban a pagarlo por razones que las eximía de pecar mortalmente. Cuando el débito era pedido con insistencia o de manera violenta, podían abstenerse de acceder, así como cuando el hombre pretendía efectuarlo fuera del orden natural, practicando el sexo anal y oral, identificados como *contra natura*; incluso cuando la mujer notaba que el marido interrumpía el acto sexual y la culminación no ocurría como debía.[430] Condiciones que

[427] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario,* pp. 83-85; RODRÍGUEZ DELGADO, Adriana, "El goce del cuerpo", 2011, p. 80.
[428] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", pp. 41-42; ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados,* p. 297; LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás la mujer ajena,* p 136.
[429] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 297-299.
[430] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario,* pp. 83-85; RODRÍGUEZ DELGADO, Adriana, "El goce del cuerpo", 2011, p. 80.

convertían al débito conyugal en un pecado mortal, ya que alteraba el orden natural de la cópula y obstruía su finalidad de reproducirse.

Ahora bien, aunque la práctica sexual en el matrimonio, tenía como finalidad la procreación, así como evitar la infidelidad, también tenía otras funciones, como validar el sacramento, ayudar a la perseverancia y permanencia en la fe, el amor, la fidelidad y la santificación de la pareja.[431]

Al marido se les recomendaba decir lo siguiente antes del primer encuentro sexual:

> "que el tiempo que viviéremos quede por cosa asentada entre nosotros que todas las veces q nos juntaremos: sea con propósito de servir a Dios, queriendo antes mirar lo que toca a su servicio para agradarle a él: que procurar lo que es de nuestro contentamiento con ofensa suya, lo cual podremos bien hacer en una de dos maneras, o que sea nuestro ayuntamiento con propósito de haber hijos para que sirvan a Dios: o que sea con intento de pagar lo que debemos, vos a mí y yo a vos".[432]

Una vez dicho, no era necesario repetirlo cada que tuviesen intimidad, ya que lo que se pretendía era que, al iniciar la vida conyugal, marido y mujer tuvieran claro que la acción a desempeñar no se debía a la lujuria sino a un fin bondadosos y honesto, lo cual se reafirmaba al decirlo antes de llevarlo a cabo. Sin embargo, expresarlo era una recomendación no una obligación, quien no quisiere podía abstenerse de hacerlo. Aunque, pese a no enunciarlo con palabras, si bebía recordar y tener presente en su interior que el acto era únicamente para servir a Dios.

Por otro lado, aunque las relaciones sexuales debían ejercerse para consumar la unión conyugal, tener descendencia y ayudar a la fidelidad mutua, el disfrute no quedaba descartado, ya que, incluso Santo Tomás de Aquino consideraba que el placer era natural al hombre, solo que debía estar supeditado al acto sexual, no el acto sexual al placer.[433] El goce solo era un acompañamiento del coito, no su

[431] TRUEBA LARA, *Historia de la sexualidad en México*, p. 67; ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 297.
[432] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, ff. 96v-97.
[433] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 27.

finalidad; de serlo, el acto se reducía a lujuria, y por tanto en pecado mortal, por atentar contra la moderación.

La pareja debía apegarse a un modelo determinado para efectuar la relación sexual, solo podían usar el débito en orden de naturaleza, sin buscar nuevos modos al común; los actos sexuales *contra natura* eran reprobados, por ser considerados crímenes carnales que perturbaban al matrimonio.[434] De igual forma, debían abstenerse de tener intercambio carnal si al día siguiente iban a comulgar; en tiempos de devoción como en la Cuaresma y fiestas religiosas principales, tampoco estaba permitido tener relaciones sexuales.[435] Los esposos debían poner atención en no caer en la desmesura, no obstante se reconocía que, cuando vencía la carne era mejor allegarse a aquel con quien se estaba casado, que hacer fornicación en otra parte; por tanto ese pecado en los cónyuges solo era venial.[436]

Por esta razón, cuando la incontinencia era incontrolable y la pasión afloraba, al marido se le aconsejaba holgarse con su mujer, pero evitando caer en vicios que perturbaran la santidad del matrimonio y atentaran contra la moral. No podía tratar a su esposa como a una mala mujer, pues los moralistas decían que no había "cosa más fea, que amar a la mujer como a una adúltera";[437] ya que, por ser su compañera de vida, por amarla y haberle dado no solo el dominio de su cuerpo, sino la entrega de su alma, le debía una consideración que iba más allá de su rango, y era el respeto por su dignidad personal.[438] De modo que no podía cometer excesos, ni ella debía consentirlos.

Así, el placer en la relación conyugal era aceptable, pero debía darse con moderación, la pareja debía evitar los desórdenes propios de la lujuria,[439] la relación debía ser juiciosa y no con apego. El hombre debía contener sus ímpetus y no usar precipitadamente el acto carnal. Es así que, la práctica y disfrute de la intimidad conyugal, a pesar de ser lícita y recomendable, estaba restringida a ser efectuada dentro

[434] RODRÍGUEZ DELGADO, "El goce del cuerpo", p. 80.
[435] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 299-302.
[436] *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomo III,* partida IV, título II, ley IV y ley V.
[437] *Catecismo romano del Santo Concilio,* p. 206.
[438] FOUCAULT, *Historia de la sexualidad III*, p. 120.
[439] LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 62.

de los estándares morales, para evitar que el deseo y deleite sobrepasara la finalidad del acto: la descendencia.

Ahora bien, podría parecer simple, el sexo era pecaminoso si sucedía entre solteros, o si alguno era casado, pero en la vida conyugal adquiría un sentido de obligación o privilegio, según la situación. Pero como se ha podido observar, el asunto era más complejo, puesto que la práctica sexual, aun dentro del matrimonio, no era del todo libre. Los teólogos eran conscientes que, al restringir el débito matrimonial a un orden específico, la pareja podría quejarse de que se le quería quitar libertad, sin embargo, tenían una respuesta ante la posible inconformidad.

A través de los tratados moralistas, ellos respondían que lo hacían a modo de consejo y advertencia, para que le cerrasen la puerta al demonio y no convirtiesen lo bueno en malo, ofendiendo a Dios por ensuciar la santidad del sacramento, e ir en contra de la naturaleza y la razón.[440] De manera que se hacía el llamado a mantener el orden en la forma de realización del débito conyugal, pero al final la decisión estaba en la pareja, ellos decidían si evitaban caer en la tentación y enrolarse en modos viciosos, o mantener la mesura, apegándose únicamente al orden natural, sin introducir nuevas formas que alterasen la licitud de su acto, convirtiéndolo en pecaminoso.

La sexualidad de la pareja dentro del matrimonio, siguiendo un "orden natural", se presentaba como el medicamento para sanar la concupiscencia, sirviendo de antídoto ante la inmoralidad que su práctica fuera del enlace nupcial generaba;[441] por tanto, cuando el peligro de la incontinencia estaba latente, el cónyuge no debía oponerse a pagar el débito conyugal, ya que al negarse, además de pecar mortalmente, estaba ocasionando que su consorte buscara "desahogarse" con otra persona.[442] Sin embargo, en Pátzcuaro estas condiciones a veces se volvían impracticables, pues para

[440] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, ff. 84v-85.
[441] TRUEBA LARA, *Historia de la sexualidad en México*, p. 68; LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás la mujer ajena,* p 134.
[442] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario*, p. 84.

llevarlas a cabo era necesario que la pareja cohabitara y en el caso de los matrimonios patzcuarences, cumplir con esa premisa era complicado.

Las condiciones de vida de la población masculina en la ciudad, generalmente se guiaron a partir de la movilidad que el trabajo que realizaban les requería. Como se apuntó en el capítulo I, Pátzcuaro era una ciudad dinámica, debido a su prolífico intercambio comercial, lo que influyó en las actividades laborales de sus habitantes, sobre todo de los hombres que, dedicados mayoritariamente a la arriería, salían de la ciudad por temporadas, lo que, en el caso de los casados, generó una convivencia intermitente con sus esposas. La ausencia marital impidió que se forjase una comunidad de vida entre los consortes; de modo que, la cohabitación de éstos no era ordinaria, y, por consiguiente, el "desahogo sexual" no siempre podía ser efectuado con la pareja legítima, lo que no resultaría raro que hubiese detonado en hijos ilegítimos.

Las prácticas sexuales debían estar encaminadas a la preservación lícita de la especie humana y sujetas a premisas específicas; por ley natural el único medio que otorgaba a la pareja estabilidad de unión era el acto sacramental del matrimonio, solo a través de éste se les daba legitimidad a los vástagos.[443] Sin embargo, las relaciones extramatrimoniales con frecuencia rendían fruto y de ellas nacían hijos que, por su condición, eran ilegítimos. Aunque, a veces ésta situación no salía a relucir, ya que, tratándose de adulterio femenino, si las cuentas estaban a favor de la mujer casada, se podían hacer pasar a estos niños como nacidos dentro del matrimonio. Pero para los que no alcanzaban justificación, el recurso de abandonarlo resultó una opción posible; los bebes expósitos en Pátzcuaro fueron una realidad común durante el siglo XVII, quizá varios de ellos eran hijos adulterinos. Por esta razón, y a fin de evitar otros inconvenientes, como la fragmentación de la vida conyugal, para las autoridades era fundamental la reunión marital.

[443] LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 84; TRUEBA LARA, *Historia de la sexualidad en México*, p. 70.

2.4. La vida conyugal.

Casarse traía múltiples ventajas a la pareja, les daba legalidad y santificación, puesto que a través del sacramento recibían la gracia de Dios; al ser el único medio lícito para efectuar la sexualidad, otorgaba legitimidad a sus descendientes. Era un signo de honorabilidad, al ser la base de la familia, de modo que les daba a sus miembros un lugar especial en la sociedad. En el caso masculino, ser casados les permitía gozar de prestigio, honor y respeto, postulándolos como idóneos para llevar a cabo algún cargo público, una curaduría, o la incursión en algún negocio. Asimismo, en diferentes casos les trajo a los contrayentes otros beneficios, como el acenso social y la mejora económica. Por ser lo deseable una vez que se tenía una relación de pareja, optar por contraer matrimonio podría parecer la mejor decisión; la cual, unida a las diferentes utilidades expuestas en los tratados moralistas y teológicos, así como en los sermones religiosos, incluso en aquellas experiencias y apariencias sociales de mejoramiento, harían pensar a más de uno que casarse era lo más provechoso que podían hacer. No obstante, más allá del rito matrimonial y su simbolismo, había premisas que debían efectuarse una vez casados; de las más destacadas era la cohabitación.

Casarse implicaba una comunidad de vida, es decir, la convivencia de la pareja por el resto de sus días, guardándose mutua fidelidad, como característica del matrimonio monogámico; pero además debía sortear las dificultades ordinarias que podían presentarse. Por eso los teólogos y moralistas enfatizaban en dos condiciones del matrimonio, la voluntad como principio de su unión, y la perseverancia como su continuación; convirtiéndose en necesaria para mantener el amor y la vida en comunión. En el entendido de que el amor continuaba su desarrollo en la cotidianidad, la cohabitación y la fidelidad de la pareja,[444] de la convivencia diaria y de la fidelidad dependía que el afecto creciera o disminuyera.

De modo que, la cohabitación era un precepto de gran importancia para la vida conyugal; aunque ésta no se reducía a la compartición física de una vivienda común, según Joan Estevan, la voluntad de querer hacerlo era primordial para tener

[444] ORTEGA NORIEGA, "De amores y desamores", p. 20 y p. 26.

una vida en concordia.[445] En la convivencia diaria de la pareja debía reinar la caridad, el descanso del uno en la benevolencia del otro, para con ello evitar buscar amores ajenos y accesos ilícitos, mancillando el lecho conyugal.[446] Con esta alusión cobra relevancia la ayuda mutua dentro del matrimonio; la mujer debía ayudar al varón en su oficio y trabajo, en la medida en que le fuese permitido, y en el entendido de que su ayuda era en calidad de compañerismo, no de servidumbre, ya que, se le había otorgado por compañera no por esclava. Asimismo, el marido debía ayudar a la mujer en las labores de la casa, en su preñez y partos, así como en la crianza de los hijos.[447]

La ayuda no solo debía ser entendida en cuanto a las labores referentes al hogar y cuidado de los hijos, sino también respecto al estado de ánimo; por ello a los casados se les aconsejaba reconfortarse el uno al otro, consolándose cuando alguno de los dos estuviese triste. De la misma manera cuando se trataba de la salud, debían socorrerse en la enfermedad y asistirse a la hora de la muerte, disponiendo con tiempo los sacramentos para beneficio de su ánima.[448]

El idealismo de vida reflejado en los tratados moralistas es evidente, y los propios autores lo reconocían; el bachiller Joan Estevan en sus *avisos de casados*, admitía que el hombre no se compadecía de la misma forma que la mujer, al referir que el marido no la asiste en la enfermedad, no la medicina, no está con ella durante el parto, ni le hace regalos para animarla en sus tribulaciones.[449] Por eso, aunque se reconvenía al favor solidario, éste rara vez se daba de manera recíproca, comúnmente la carga se hacía más grande y pesada para la mujer. Sin embargo, la alusión a la ayuda mutua en la pareja, indica la importancia que desde entonces se le daba a esta premisa para llevar una vida marital en paz.

Tal era su relevancia, que aparece en el *Catecismo romano* como la causa principal para llevar a cabo el matrimonio, anteponiéndola incluso a la

[445] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 23.
[446] *Catecismo romano del Santo Concilio,* p. 201.
[447] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 294.
[448] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 294.
[449] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 296.

procreación,[450] lo cual resulta sumamente interesante, tomando en cuenta que por lo general las leyes y tratados religiosos refieren a la generación de la prole como el principal objetivo del matrimonio, desplazando a la convivencia y la compañía de la pareja como aspecto secundario;[451] pero el *Catecismo* nos otorga otra directriz.

El aspecto señalado en el *Catecismo* es retomado a partir del Génesis, donde se indica que, al crear Dios al ser humano le dijo "no es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una auxiliar a su semejanza",[452] puesto que entre los seres creados no "se encontró ninguno que estuviera a su altura y lo ayudara".[453] De modo que, la principal razón de ser de la primera pareja, fue la compañía y la ayuda, quedando de manera secundaria la procreación. Por otro lado, coincido con María Luisa Candau en relación a que en el Concilio de Trento se primaron las relaciones amistosas entre los esposos por encima de la concepción de hijos.[454] Por ello, su interpretación más cercana temporalmente, el *Catecismo romano*, también dejó como segundo principio matrimonial, a la procreación;[455] fue en la mayoría de los tratados moralistas posteriores donde terminó imponiéndose, pero más por acepción moral y control sexual, que por objetivo divino instaurado desde el inicio de la creación.

Es importante hacer esta distinción porque con frecuencia nos dejamos llevar por la idea de que la procreación era el único objetivo de la unión de hombre y mujer, y como puede verse no es así; la compañía y ayuda mutua fueron la principal función de la vida en pareja. Pero para que la cordialidad permaneciera en la cohabitación de ésta, la fidelidad debía estar presente. Como ya había señalado anteriormente, la lealtad conyugal era indispensable, además de impedir con ella la

[450] *Catecismo romano del Santo Concilio,* p. 199.
[451] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 106- 108; *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomo III,* partida IV, título II, ley IV; ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 49.
[452] *Biblia latinoamericana,* Gén 2, 18.
[453] *Biblia latinoamericana,* Gén 2, 20.
[454] CANDAU CHACÓN, "El amor conyugal, el buen amor", p. 321.
[455] El Catecismo surgió en 1566, tres años después de la culminación del Concilio de Trento ocurrida en año de 1563, a petición del Papa Pío; fue creado con la finalidad de facilitar la comprensión de los cánones tridentinos por parte de los párrocos, para que ellos pudieran explicarlos claramente a la feligresía. *Catecismo romano del Santo Concilio,* p. VII.

concepción de hijos ilegítimos, se evitaría vulnerar la paz y condescendencia que debía reinar en el hogar conyugal; recuérdese que al contraer nupcias se otorgaban mutuamente el dominio de sus cuerpos, quedando sellada con ello la exclusividad sexual; de lo contrario se incurría en adulterio, atentado grave contra los principios del matrimonio.

Así, el amor y la cohabitación, que implicaba la ayuda mutua y la fidelidad, resultaban las principales condiciones para la formación y crecimiento de la pareja casada; solo así llegarían a la anhelada comunión de vida, al amor perfecto referido por Santo Tomás de Aquino. De esta forma, como refiere Sergio Ortega, se dio la "institucionalización del amor",[456] pero también del ejercicio de la sexualidad y de la forma de unión.

La idea del matrimonio como institución, forma de vida y base de la familia, fue similar en Nueva España, cuyo modelo tradicional se cimentaba en la división de los sexos y los roles sociales que confinaban a las mujeres a la esfera de las actividades domésticas, y a los varones les otorgaban el monopolio de las relaciones públicas y de la política.[457] En la familia de Antiguo Régimen,[458] era en la mujer en quien recaían las más pesadas cargas del cuidado del honor masculino; si estaba soltera en la conservación de la virginidad y como casada en la absoluta fidelidad a su marido.[459]

El papel de la mujer estaba esencialmente confinado al espacio doméstico, definido por la doble imagen que la Iglesia y la sociedad le asignó: la de esposa y madre.[460] Como esposa debía ser obediente, sumisa, pues en todo debía

[456] ORTEGA NORIEGA, "De amores y desamores", pp. 18-21.
[457] SISSA, "Filosofías del género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual", p. 107.
[458] El Antiguo Régimen como concepto historiográfico coincide en temporalidad con el de la Edad Moderna, siglos XV al XVIII; constaba de dos elementos fundamentales, la sociedad estamental y la Monarquía absoluta. La utilización de dicho concepto en este trabajo es debido a que se ajusta a lo que se pretende abordar, ya que no se limita a un espacio temporal, sino que define la forma de organización económica, social y política del periodo en cuestión; cuya caracterización es aplicable tanto a Europa como a sus colonias y reinos. RODRÍGUEZ CANCHO, "Estado y Antiguo Régimen", p. 381.
[459] RUBIAL GARCÍA, "El sentido del honor en la corte virreinal", p. 70.
[460] CASTAN, "Lo público y lo particular", p. 389.

someterse a su marido;[461] debía realizar adecuadamente las tareas domésticas, pues la mujer casada debía ser hacendosa y no ociosa, ya que según la liturgia católica, el encanto de una buena esposa estaba en una casa limpia y bien ordenada.[462]

Como madre era la encargada de inculcar los valores religiosos a sus hijos, por eso en ella debían sobresalir la modestia, la dedicación, la economía y la templanza, a decir de Fray Luis de León, las mujeres nacieron para la sujeción y humildad.[463] Aunque eso no significaba carecer de carácter, debían tenerlo para educar a sus hijos y reconfortar al esposo; bajo la idea de que una mujer valiente era la alegría de su marido,[464] ella debía afrontar los problemas sin agobiar a su esposo.

El matrimonio implicaba una organización y funciones diversas en su interior, en el espacio privado que dominaba la vida doméstica, mismas que eran reflejadas de manera pública, de ahí surge lo interesante y complejo de su estudio. De acuerdo con la historiadora Stephanie Coonz el matrimonio cumplía funciones similares a las que hoy cumplen los mercados y los gobiernos, en tanto que organizaba la producción y distribución de bienes y personas, establecía alianzas políticas y económicas, coordinaba la división del trabajo por género y por edad, determinaba los derechos y obligaciones personales en diversas esferas, desde las relaciones sexuales hasta los derechos sucesorios de la propiedad.[465]

De manera que, la esposa tenía la función de servir y cuidar, era quien alimentaba, educaba y atendía en la enfermedad y en la muerte.[466] Era la encargada de las labores que tenían que ver con el hogar y la familia, por ello se consideraba que la vivienda, paterna o conyugal, era el ámbito de realización femenina por excelencia,[467] y ahí debían ser inculcadas y expresadas todas las virtudes cristianas. El estatus de una

[461] *Biblia latinoamericana,* Ef 5, 23 y 24.
[462] *Biblia latinoamericana,* Sir 26, 14, 16.
[463] DE LEÓN, *La perfecta casada*, p. 56.
[464] *Biblia latinoamericana,* Sir 26, 2.
[465] COONTZ, *Historia del matrimonio,* p. 25.
[466] CASTAN, "Lo público y lo particular", p. 390.
[467] SALINAS MEZA, "Espacio doméstico, solidaridades y redes de sociabilidad", pp. 1-19; DE LEÓN, *La perfecta casada*, pp. 71-84.

mujer definía el estatus de todos los que se relacionaban con ella de determinada manera, de ahí el compromiso e interés de proteger su virtud,[468] pues eran ellas, como madres, las encargadas de transmitir los valores sociales, como el honor a sus hijos;[469] por eso los comportamientos honorables y el mantenimiento de las virtudes eran obligatorios en las mujeres, así cuando fuesen madres podrían enseñarlos.

Las tareas y ocupaciones de la esposa y del marido no eran las mismas, por eso su relación no era de iguales, el trato afectuoso y pacífico era primordial, pero no en un orden de igualdad, ya que el marido representaba la autoridad de la casa, y por tanto era quien debía ejercer control sobre la esposa y los hijos,[470] los cuales, junto con la servidumbre estaban subordinados al jefe de familia. El esposo era quien encarnaba la cordura, el valor y el seso, él era el maestro, por eso debía estar al frente de la casa y ser el ejemplo para su familia [471]

Esta forma de organización es vista como un modelo de dominación, de división autoritaria de las tareas, en donde el jefe de familia debía disciplinar a los miembros de ésta para garantizar la cohesión, indispensable para salvaguardar el patrimonio y el honor familiar.[472] Aunque tal definición es referida para el caso francés, puede retomarse para el novohispano, en la medida en que coincide con la forma dada en este territorio, en donde el marido tenía un lugar privilegiado, él estaba a la cabeza de la familia y tenía el derecho y obligación de velar por ella y corregirla, para mantener el honor y las buenas costumbres que debían primar en el hogar del que él era el jefe.

Tanto en la Nueva España, como en la vieja, así como en otras latitudes, como Francia, por ejemplo, el hombre se encontraba en la cúspide dentro del ordenamiento familiar, todos los demás habitantes de su casa estaban bajo su tutela, o como refiere Schneider, para el caso de las mujeres, formaban parte de su

[468] SCHNEIDER, "Of vigilance and virgins: honor, shame and access to resources in Mediterranean societies", p. 18.
[469] GASCÓN UCEDA, "Honor masculino, honor femenino", p. 637.
[470] LOZANO ARMENDARES, "Momentos de desamor en algunas parejas novohispanas", p. 62.
[471] DE LEÓN, *La perfecta casada*, p. 67.
[472] CASTAN, "Lo público y lo particular", p. 386.

patrimonio.[473] Los filósofos de la antigüedad referían que el hombre y la mujer eran diferentes no solo en anatomía y fuerza física, sino en su capacidad intelectual. A decir de Platón y Aristóteles, la mujer era un ser pasivo, inferior al hombre en materia anatómica, fisiológica y psicológica.[474]

De tal suerte que la mujer al ser vista como un ser débil y dependiente, una eterna menor de edad, tenía que estar sujeta a la autoridad masculina, ya fuese de su padre o de su marido; por eso estaba imposibilitada para tener las riendas del hogar y para que el gobierno de la casa recayera en ella, a menos que el marido estuviera ausente. Por eso su participación en el hogar se enfocaba a las tareas domésticas, en la formación espiritual de los hijos y en ser el consuelo de su marido.

Por otra parte, en el marido recaía además el derecho y el deber de mantener la honorabilidad familiar; la defensa masculina debía llevarse a cabo de manera activa, mediante la acción, arriesgando su propia vida si era preciso, o cometiendo un asesinato, todo para salvaguardar su honra y la de su progenie.[475] Asimismo, la responsabilidad de la *oeconomía* o buen gobierno del hogar también recaía en él; la administración de recursos y de disciplina corrían por su cuenta.[476]

Pero los maridos no siempre estaban dispuestos a mantener a la esposa con su sudor y esfuerzo, y menos aun cuando ésta era heredera de algunos bienes, por el contrario, veían la forma de agilizar las cosas para poder ser ellos los administradores y así aligerar el peso de la manutención. Josepe de Sosa pidió la emancipación de su padre el Lic. Francisco de Rodríguez Sosa, para casarse con Joana de Ayala, pero según su hermano Pedro Pantoja, lo hacía especialmente para poder cobrar la herencia de ella. Sosa exaltaba ser mayor de 25 años, ser un hijo obediente, así como "hábil y suficiente

[473] SCHNEIDER, "Of vigilance and virgins: honor, shame and access to resources in Mediterranean societies", p. 18.
[474] SISSA, "Filosofías del género", p. 65.
[475] GASCÓN UCEDA, "Honor masculino, honor femenino", pp. 637-642.
[476] ZAMORA, *Casa poblada y buen gobierno,* p. 31.

para tratar y contratar y adquirir bienes",[477] lo cual fue respaldado por los testigos que presentó, logrando que se le diera la declaración de emancipado.

Sin embargo, Pantoja no estaba de acuerdo, decía que era en grave daño de su hermana, pero Josepe ya no estaba dispuesto a seguir gastando su dinero en ella; decía que su esposa pasaba mucha necesidad, que ocupaba varias cosas para su sustento, y él ya había gastado muchos pesos de oro. A Josepe no le parecía justo que ella teniendo bienes no pudieran disponer de ellos, de modo que solicitaba la venta de una cadena que sabía estaba en poder de Pedro Pantoja, asimismo pedía que una vez vendida, se le entregase a él el dinero para mantener a Joana e ir a México a cobrar la herencia.

Pedro Pantoja terminó cediéndole el poder para administrar los bienes de su hermana, pero un año después, Josepe se quejaba de que aún no se le rendían cuentas de sus bienes, y los gastos de Joana crecían, ascendiendo al momento a 127 pesos de oro común.[478] En el desglose de artículos, se encontraban jubones, faldas, frazadas de Castilla, prendas de manta, artículos de seda, botones, entre otros productos más, por lo que ahora pedía se vendiese, además de la cadena, un relicario, porque él ocupaba 200 pesos para poder ir a México a cobrar la herencia, así como para el alimento de doña Joana. En efecto, la cadena terminó rematándose y se vendió en 131 pesos, que le fueron entregados a Josepe.

Cuando un hijo de familia, acostumbrado a tener el desahogo económico de un padre adinerado, se emancipaba de éste y decidía casarse, los gastos que la vida matrimonial implicaba no siempre eran recibidos favorablemente, el peso de su manutención y la de su esposa, que ahora recaían en él se tornaba pesado, y no todos estaban dispuestos a soportarlo, ni aun a la espera del cobro de una herencia, de modo que comenzaban a vender las pertenencias de la susodicha. Con esto se muestra que, el

[477] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 7, f. 1-11 "Declaración de emancipado de Josepe de Sosa, hijo legítimo del Lic. Francisco Rodríguez Sosa vecino de esta ciudad", Pátzcuaro, 16 de diciembre de 1602.
[478] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 7, f. 1-11 "Declaración de emancipado de Josepe de Sosa, hijo legítimo del Lic. Francisco Rodríguez Sosa vecino de esta ciudad", Pátzcuaro, 16 de diciembre de 1602.

matrimonio no solo era un medio que daba legalidad a la unión, también fue una herramienta utilizada para obtener otras ventajas, como beneficios económicos, al obtener una cuantiosa dote o la posibilidad del cobro de una herencia, que le quitara el peso de la manutención al esposo.

Que el marido gastase el dinero de la esposa, ya fuese su herencia o dote, despertaba el desagrado de la familia hacia el marido. Gaspar de los Reyes, según referían testigos, le tenía odio y mala voluntad a su yerno Amaro Martínez, quien era el notario público y del Santo Oficio de Pátzcuaro, debido a que éste había gastado parte de la dote de María de los Reyes, su mujer, dándole dinero a "todo género de personas";[479] razón por la cual Gaspar no quiso ver ni hablar con su yerno aun en su lecho de muerte. Es así que, aunque el marido tenía la potestad de administrar los bienes de su esposa, eso no significa que su mal manejo fuera bien visto por la familia de ella, al contrario, incluso podía generar enemistades entre suegros y yerno.

Sin embargo, aun y cuando no estuviesen de acuerdo con el marido de la hija, él era la cabeza de la familia, y por lo tanto era quien debía administrar los bienes, tanto suyos como de su esposa, puesto que, tanto ella como los hijos, los sirvientes y los esclavos estaban sujetos a su dominio. La autoridad del esposo se equiparaba a la de la potestad civil -rey, gobernador, alcalde-, ya que ambos mandos debían procuraban el bienestar de sus subordinados, por ello cuando se cometía una desviación debía haber castigo, tanto una figura como la otra, tenían la obligación de corregirla, para mantener la disciplina; aunque la corrección del padre se sustentaba en el amor, y no en la justicia, como sucedía con la autoridad real.[480] Así, el amor y la corrección se presentan como conceptos ligados, y el marido como potestad doméstica debía mostrar el afecto por su familia disciplinándola.

La aplicación de un castigo a los hijos y la esposa, cuando tenían mala conducta, era aceptada y permitida en la sociedad novohispana, en el ámbito religioso

[479] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 57, exp. 16, f. 11v. "Pleito de divorcio que tiene puesto María de los Reyes, porque su marido Amaro Martínez intentó matarla", Pátzcuaro, 10 de junio de 1660.
[480] AGÜERO, "Herramientas conceptuales de los juristas", pp. 30-32.

y en el sistema legal. Los hombres se sustentaban en el derecho jurídico y moral de castigar físicamente a sus esposas para con ello ajustarlas a las normas de la conducta femenina esperada.[481] Debido a ello, la tolerancia ante el maltrato conyugal era común, y a veces las mismas mujeres reconocían la autoridad de los hombres para disciplinarlas.

De manera que, la aplicación de un castigo estaba permitido, y más aún si el comportamiento de la esposa despertaba la desconfianza y celos en su marido. Joseph Ramos golpeaba continuamente a María de la Cruz, su mujer, debido a ello.[482] Si la aventura extramatrimonial era comprobada, la violencia con mayor razón aparecía; Matías de García, aporreaba a su esposa Isabel Orozco, debido a la relación adúltera que ella mantenía con Francisco de Alcántara, aunque eso no le impidió continuar con su relación.[483]

Cuando había sospecha de adulterio, fundamentada o no, las agresiones efectuadas dentro del matrimonio, a pesar de ser sumamente violentas, eran vistas como menores, el honor masculino estaba de por medio; por tal razón, aun cuando se tratase de fuertes heridas, incluso de uxoricidio, se consideraba que era justo y merecido el maltrato, debido al mal comportamiento.[484] Esa dualidad de amar y corregir formaba parte de la ideología de la época, emanada del orden patriarcal en el que estaba sustentada la sociedad y que se consolidaba al interior de la familia.[485] Agustín de Nava golpeaba a su esposa Ana de la Cruz constantemente, amparado en la "debida

[481] SOCOLOW, *Las mujeres en la América Latina colonial*, p. 84.
[482] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 15, exp. 2, f. 1. "Joseph Ramos perdona cualquier delito de adulterio hecho por María de la Cruz, su mujer", Pátzcuaro, 24 de diciembre de 1675.
[483] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 4, 4 fs. "Querella de Matías García, mestizo, contra Francisco de Alcántara y Isabel Orozco, mestiza, por adulterio", Pátzcuaro, 23 de marzo de 1637.
[484] GONZALBO AIZPURU, "Violencia y discordia en las relaciones", p. 238; LIPSEIT-RIVERA, "La violencia dentro de las familias", pp. 328-332.
[485] BENHUMEA REBOLLO, *Cansada de la intolerable sevicia*; ROCHA CAAMAÑO, VIVALLOS ESPINOZA Y MAZZEI DE GRACIA, "De mujer golpeada a mujer engañada".

corrección" que debía darle a su mujer, misma en la que incluso participaba la madre de éste, Catalina Sánchez.[486]

La agresión debía estar sustentada en una "justa causa", ya que, a menudo, la condena social hacia el maltrato conyugal, respondía a la ausencia de una causa "razonable" que justificara la agresión, no a la violencia con que éste se aplicaba.[487] Por eso, para la sociedad, la aplicación de un correctivo por parte del esposo a su consorte, a pesar de ser sumamente violento, no era algo que causase inconformidad, y menos aún si se consideraba que el comportamiento de la mujer así lo requería. Las propias mujeres objeto de violencia, aun cuando se trataba de sevicia, acusaban el abuso en el castigo, no el ejercicio de la autoridad del marido; se advertía una silenciosa insinuación de que si el correctivo hubiera sido justo y moderado ellas lo habrían aceptado.[488]

Esta idea era la que permeaba en la sociedad, emanada de un discurso y tradición patriarcal, sin embargo, en la práctica no todas las mujeres concordaban con el papel de subordinación al marido, ni menos aún aceptaban de buena manera la corrección excesiva de la que a veces eran objeto. Hubo esposas que buscaron la separación del lecho conyugal a causa de los sinsabores y desencantos de los que éstos estaban repletos; la falta de afecto, el maltrato que sufrían a manos de quienes debían amarlas, los adulterios cometidos, incluso el deseo de obtener el control material sobre la propiedad, propicio que más de una esposa emprendiera pleitos legales para alejarse del marido, o bien para darle una lección y hacer que su actitud hacia ella cambiara. Cualquiera que fuese la finalidad, lo cierto es que las acciones de estas mujeres, al manifestar un rechazo a su realidad, desafiaban la jerarquía patriarcal.[489]

[486] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[487] PRESTA Y MOLINA, "Casados o felices. Prácticas relacionales privadas", p. 137.
[488] GONZALBO AIZPURU, "Autoridad masculina y poder femenino", p. 371; LIPSEIT-RIVERA, "La violencia dentro de las familias", pp. 326-328.
[489] PREMO, "Before the law: women's petitions in the Eighteenth-Century Spanish Empire", p. 281.

Ahora bien, la idea que sustentaba una violencia doméstica "controlada" era poco atendida, ya que, en los casos de extrema crueldad, no siempre se dio el divorcio de la pareja, por lo general el responsable solo fue objeto de una llamada de atención y de algún tiempo en la cárcel, pero a final de cuentas se privilegió la reconciliación marital. Ana de la Cruz, siempre terminaba volviendo a cohabitar con su esposo, Agustín Nava, pese a las constantes y sumamente violentas agresiones que sufría a su lado.[490] La española María Diez de Arenas, luego de ausentarse de la casa donde vivía con Joseph de las Heras su esposo, debido al mal trato que le daba, también terminó por regresar con al lado de su marido, luego de que éste le prometiera darle buena vida.[491] El vínculo indisoluble que los unía, su interés por no romper la cohabitación definitivamente, o incluso, el no tener otras opciones de vida, a veces eran más fuertes que la desavenencia y frustración armónica de su matrimonio.

Hubo esposas que no solo soportaron golpes y vejaciones, sino que incluso terminaron tolerando que su marido abusara de sus hijos. Bernarda de San Joseph se enteró de que su marido Matheo López había violado sexualmente a su hijastra Gregoria, a quien refería quería como a su propia hija, de modo que acudió al Teniente de Alcalde Mayor, pero como no lo encontró, abandonó el intento; ya no insistió y terminó tolerando la situación. Es posible que desistiera debido a las agresiones constantes que sufría por parte de Matheo, y que habían causado que se fuera de su lado en dos ocasiones, pues era "público y notorio la mala vida que el susodicho le hacía pasar", pero en ambas volvió, en una porque el Juez eclesiástico se la volvió a entregar, y en la otra porque la Real Justicia, a pesar de haberlo castigado y advertido, decidió que lo viable era la reunión marital.[492]

[490] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[491] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 37, ff. 1-4. "Demanda de Joseph de las Heras porque su esposa María de Arenas se ausentó de su lado y está en un depósito que no es de su gusto", Pátzcuaro, 19 de diciembre de 1678.
[492] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 1, ff. 18-19v. "Criminal de oficio de la real justicia contra Mateo López mulato por querella de Gregoria López, asimismo su hija por haberla estuprado", Pátzcuaro, 19 de junio de 1685.

Pero, entonces los "correctivos" aplicados a las esposas ¿no tenían límites? En la teoría sí, pero en la práctica, lo cierto es que, los límites solo se percibían cuando se carecía de motivos que justificaran el castigo, solo en esos casos la autoridad y la sociedad ponían especial atención. La razón por la que ocurría hasta entonces, era porque se conducía a la sevicia, acción delictuosa, que se entendía como la excesiva crueldad ocurrida entre los cónyuges, ya fuese física o moral; el maltrato cotidiano, por leve que fuese, si no tenía una causa que lo justificase, también era considerado sevicia. Los principales signos de la violencia conyugal eran la agresión física y los celos desmedidos e infundados.[493]

Sin embargo, ante episodios de violencia marital, la única forma en que la autoridad aceptaba la separación de la pareja, era si la sevicia era probada y se comprobaba que la vida matrimonial armoniosa ya era imposible. Pero, para que la sevicia quedase evidenciada, y se comprobase que en efecto la vida de quien la padecía peligraba, debía venir acompañada de efusión de sangre, principalmente en la cabeza y el rostro; además tenía que haber sido tan violenta que dejara a la mujer en cama por días. Los golpes que no dejaban huella física, que no eran causados continuamente, no tenían posibilidad de ser tomados en serio, y por tanto no eran atendidos por la justicia.[494]

Por otro lado, este caso saca a relucir otros aspectos interesantes, como que el incesto y violación podían ser pasados por alto e incluso eran solapados por los mismos vecinos, pues, aunque Gregoria acusó a su padre con Francisca, su vecina, ella no le dio mayor atención; incluso dijo que creyó que eran cosas de muchacha, y aunque el mismo Matheo reconoció haberse propasado con su hija, agregando que solo introdujo un dedo para ver si era virgen, no causó mayor inconveniente en la dicha mujer, solo lo reprendió pero igual les pidió que se fueran, pese a que Gregoria, según refirió la misma Francisca, decía se iba a querellar de su padre, se abrazaba de ella y

[493] LOZANO ARMENDARES, ORTEGA NORIEGA, "La sevicia y el adulterio en las causas matrimoniales", p. 91 y pp. 100-101; BENHUMEA REBOLLO, *Cansada de la intolerable sevicia*, p. 66; KLUGER, "Casarse, mandar y obedecer", pp. 140-141.
[494] BENHUMEA REBOLLO, *Cansada de la intolerable sevicia*, pp. 162-252; ROCHA CAAMAÑO, VIVALLOS ESPINOZA, "De mujer golpeada a mujer engañada", p. 471 y p. 477-481.

suplicaba que no la dejara ir con él, pero la mujer le dijo "que no hiciera escándalos y se quedara quieta".[495]

La figura del padre, aun y cuando traspasara los límites e incursionara en un crimen contra su propia hija, seguía siendo objeto de respeto y obediencia, por el simple hecho de ser la figura de poder cabeza de familia. Por descabellado que esto resulte, es evidente que, aun en casos tan graves como este, para la sociedad patzcuarence seguía siendo prioritario guardar las apariencias. Aunque la autoridad no lo tomó igual, por eso Matheo fue conducido a prisión, y pese a que no se sabe qué sucedió después porque el documento está incompleto, se sabe que al menos durante un año estuvo preso.

Es así como puede verse que, el matrimonio terminó cumpliendo más funciones de la santificación del amor de la pareja, de la compañía, de la procreación, al llegar a fungir como una cubierta ante los tropiezos de los jóvenes que decidían ejercer su sexualidad antes de casarse; sirviendo igualmente como herramienta y solución a los problemas que en el futuro pudieran surgir de encuentros sexuales llevados a cabo al margen de la norma. Al estar amparados bajo la palabra de casamiento, en Pátzcuaro la cohabitación de la pareja fue común y aceptada; asimismo, se destaca que, aunque al casarse la sexualidad reafirmaba su licitud, no necesariamente era libre, ya que, aun y cuando se practicase en el matrimonio, constaba de una modalidad definida para que no recayera en actos pecaminosos.

Por otro lado, resulta evidente que, la vida conyugal que surgía a partir del acto nupcial, y que en Pátzcuaro se guio bajo un patrón endogámico donde las calidades eran importantes, se convirtió en una aventura que podía traer grandes cambios consigo, desde cumplir medianamente las expectativas formuladas, hasta transformar las ideas y esperanzas en desilusiones. La vida marital, que debía nacer en la libertad de elegir al consorte, desarrollarse en el amor conyugal, perseverando en

[495] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 1, ff. 18-19v. "Criminal de oficio de la real justicia contra Mateo López mulato por querella de Gregoria López, asimismo su hija por haberla estuprado", Pátzcuaro, 19 de junio de 1685.

éste alimentado por el compromiso de ayuda mutua, y rendir frutos con la llegada de los hijos, al final de cuentas no era una condición determinada que se ajustaba a un modelo inamovible. Elegir a la pareja, enamorarse, casarse, tener hijos, ser felices hasta que la muerte los separe, fue un ideal que difícilmente podía llevarse a la práctica, más aún en una ciudad donde la mayoría de las familias se fragmentaban debido a la convivencia intermitente entre sus miembros, lo que en más de una ocasión trajo como resultado un alejamiento entre los cónyuges.

En Pátzcuaro la comunidad de vida, donde la cohabitación ordinaria primase, no se realizó debidamente, al contrario, se vio fragmentada debido a la común ausencia de los maridos, lo cual, detonó varias veces en abandono y adulterio; aunque también en la libertad de las mujeres para decidir y actuar según su criterio. La vida conyugal, carente de convivencia diaria dificultó el afianzamiento del matrimonio, pero la cohabitación ordinaria tampoco fue sinónimo de amor y felicidad perpetua, la comunidad de vida era más que una premisa que se reducía a compartir la vivienda, en ella había otros factores destacados, como la atención, la ayuda mutua y el amor en la pareja; sin embargo, los sentimientos, las decisiones y comportamientos habidos en el matrimonio, así como el interés de cumplir los compromisos que éste conllevaba, en Pátzcuaro a menudo eran tan volubles como la intermitencia que caracterizaba la vida de la mayoría de sus habitantes.

CAPÍTULO III.
LA SEXUALIDAD LIBRE.
SEDUCCIÓN, ESTRATEGIAS Y CONVENIENCIAS COMO ADAPTACIONES DE SU PRÁCTICA

> *«La concupiscencia está arraigada en nuestra propia carne… aunque algunas veces parece que está durmiendo… ninguno se debe descuidar pensando que no la tiene».*[496]

La sexualidad en el mundo hispánico era una práctica que se debatía entre lo lícito y lo prohibido dependiendo de las condiciones en las que se efectuase. Como ya se ha comentado, la única forma de sexualidad lícita estaba reservada al matrimonio, fuera de él, toda práctica sexual era reducida a lujuria, y por tanto a una conducta pecaminosa y delictiva que no debía permitirse. La relación mantenida por largo tiempo, sin interés o sin la posibilidad de llegar al altar, como lo eran la amplia gama de "amistades ilícitas", en las que los amoríos fortuitos, los amancebamientos, con y sin cohabitación ordinaria, tomaban parte, configuraban una transgresión que, según la moral cristiana católica, reflejaba una falta de moderación sexual que ponía en entredicho las buenas costumbres y el orden moral impuesto. De acuerdo con el III Concilio Provincial Mexicano, dicha falta era un pecado público, puesto que causaba escándalo en la comunidad, por ello se expresaban como una infracción que debía ser denunciada para poner remedio.[497]

La reiteración por parte de las autoridades patzcuarences, sobre la prohibición de entablar relaciones ilícitas era constante, pero como ya mencionaba, una cosa era lo que éstas decían, y otra, lo que a final de cuentas se practicaba. El matrimonio no fue para todos la manera predilecta de ejercer su sexualidad; como ya se vio en el capítulo anterior, fueron pocos los matrimonios efectuados en Pátzcuaro

[496] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, f. 81.
[497] CARRILLO CÁZARES, *Manuscritos,* pp. 175-178.

durante el siglo XVII, situación contrastante con la tasa de ilegitimidad que, como se verá en el presente capítulo, era sumamente alta.

Es precisamente de esta condición que surge el objetivo del presente apartado, que es el análisis de aquellas relaciones consensuales que evadieron la unión matrimonial, y optaron por ejercer su sexualidad fuera de la norma. En este sentido, el estudio se enfocará en los casos donde la sexualidad ilícita, practicada entre solteros, configuró vínculos en donde la libertad fue el factor más sobresaliente, con lo cual se pretende mostrar las características que éstas poseían, así como los factores que llevaron a los involucrados a elegir esa forma de vida. A fin de determinar que la libertad que éstas sustentaban fueron una opción viable para aquellos que querían experimentar una vida en pareja, pero sin la obligación de la indisolubilidad, lo que se conjugaba con el compromiso incierto que emanaba de ellas.

Deseaban dejar abierta la posibilidad de que, si ya no se quería continuar en la relación o si se presentaba otra posibilidad de unión que les otorgase mejores beneficios, pudiesen abandonarla sin mayores miramientos, pues no había una ley, más allá del pacto voluntario, espontáneo e informal, que los obligase a permanecer perpetuamente en ésta, a menos claro, que hubiese una palabra de matrimonio de por medio, lo cual conllevó otros problemas y querellas legales, como las que ya fueron abordadas en el capítulo anterior debido al rompimiento de los esponsales.

3.1. La "elasticidad" del honor sexual en Pátzcuaro.

La línea entre lo público y lo privado, era la misma que, en materia sexual, dividía lo lícito de lo delictivo. Si bien, la sexualidad efectuada fuera del matrimonio era un pecado, no era atendido como delito si no llegaba a ser un hecho "público y notorio", condiciones que conducían a las habladurías y por tanto al escándalo; situación que ameritaba la intervención de la autoridad para salvaguardar el orden social. Así pues, el pecado era identificado con las conductas privadas y el delito con las que se tornaban públicas. Mientras se mantuviesen en el espacio íntimo, las prácticas sexuales realizadas al margen del matrimonio, no pasaban de ser actos pecaminosos que, desahogándolos en el sacramento de la reconciliación, tenían absolución y podían permanecer en el espacio privado, resguardados por el secreto de confesión.

Claro no todos los confesores veían el cometimiento de esos actos, considerados impuros, como asuntos menores, ni se conformaban con solo escuchar la confesión del cometedor, sin conocer su identidad y la de su cómplice. Para algunos religiosos de Pátzcuaro era necesario tener la información completa para poder dar la absolución; tal fue el caso de algunos confesores jesuitas que se negaron a absolver dichos pecados, si no se revelaban los nombres de los cómplices; aun y cuando no era obligatorio que los declarasen; por eso su proceder llamó la atención del Santo Oficio en los años noventa del siglo XVII.[498] No obstante, aunque el cometimiento de faltas tocantes a la moral sexual podían generar culpa espiritual, no necesariamente eran objeto de una sanción pública, ya que no siempre llegaban a los juzgados, a veces solo se quedaban en el confesionario o únicamente en la conciencia de quienes incurrían en ellos, razón por la cual, aunque fuesen cometidos comúnmente, no hay registro de ellos.

[498] AGN, instituciones coloniales, indiferente virreinal, Inquisición, caja 5385, exp. 61, f. 2v. "Fragmento de un interrogatorio del Santo Oficio sobre administración de sacramentos con prácticas contrarias a la costumbre", Pátzcuaro, 5 de noviembre de 1694; caja 1038, exp. 006, f. 1v. "Fragmento de varias testificaciones para denuncias la conducta de varios religiosos de la orden de San Francisco", Pátzcuaro, 12 de noviembre de 1699.

De modo que podemos establecer que, en Pátzcuaro, como sucedió en otras ciudades novohispanas, la pauta de la moral sexual fue aceptada por la sociedad en público, pero desaprobada y desvirtuada de manera individual en el espacio privado e íntimo. Había una doble adaptación de su práctica, por un lado, la sociedad señalaba a aquellos que se salían del orden moralmente establecido, pero por el otro, los mismos integrantes ejercían su sexualidad al margen de los cánones. Lo que resulta aún más paradójico es que, una vez que se enfrentaban a las consecuencias de sus actos y se exponían al señalamiento de los demás, hacían lo que estaba en sus manos para resarcir su situación y, en la medida de lo posible, regresar simbólicamente al orden moral antepuesto como único; actitud que otras sociedades, como la francesa, consideraban hipócrita. A decir del francés Martin Bernardin, quien viajó y estuvo en España, Portugal y Alemania en el siglo XVII, los españoles tenían "un exterior devoto que engañaría fácilmente si no se acompañase de tantas acciones indecentes".[499]

El honor para la sociedad novohispana era motivo de preocupación, como señalaba Pilar Gonzalbo, tenerlo o perderlo podía generar dicha o desgracia, según la forma de vivirlo.[500] El honor sexual que podemos identificar como "público" era de notoria relevancia, por eso resultaba especialmente importante mantenerlo, ya que la imagen proyectada al exterior era la prioritaria ante los ojos de la sociedad; por ello tantos niños fueron abandonados o bautizados como hijos "de padres no conocidos", a fin de salvaguardar o restaurar el honor simbólico que sus padres, debido a una relación ilícita, habían puesto en riesgo.

Los "extremismos de la vida española" como refiere John H. Elliot a los contrastes de esa sociedad, carentes de un sentido de la moderación, ni de la proporción, exponiendo las conductas de un extremo a otro, pueden percibirse también en América, en Nueva España, y como se mostrará particularmente, también en Pátzcuaro, donde, al igual que sucedía en la península europea, también resaltó "la devoción y la

[499] GALLET, *Voyages faits en divers temps en Espagne, en Portugal, en Allemagne, en France, et ailleurs,* p. 72. Martin Bernardin (1629-1682) hizo una relación de sus viajes, pero no fue publicada por él, sino por George Gallet en 1700.
[500] GONZALBO AIZPURU, "Introducción: Los honores y el honor, el "patrimonio del alma", p. 11.

hipocresía, las fervientes profesiones de fe y la relajación excepcional de costumbres".[501]

La ciudad de estudio tuvo un elevado índice de ilegitimidad, pues de 5, 537 nacimientos habidos en el siglo XVII, aproximadamente 2, 166 lo hicieron bajo algún rasgo de ilegitimidad. Cada año nacían entre 2 y 20 niños ilegítimos, cifra que llegó a alcanzar hasta los 50 nacimientos en un solo año. Es así que, entre el 50 y 60% de los nacimientos anuales correspondía a bebés ilegítimos. Los datos condensados en la siguiente tabla evidencian que, la sexualidad desbordó los límites que el matrimonio y "las buenas costumbres" intentaban franquear; asimismo que, mientras públicamente el honor cobraba relevancia, en lo privado, no ameritó mayor observancia.

TABLA 7. Natalidad ilegítima en Pátzcuaro durante el siglo XVII[502]

Año	Hijos de la Iglesia o de "padres no conocidos"	Expósitos	Madre no conocida	Padre no conocido	Núm. Ilegítimos
1600		1		1	2
1601					0
1602					0
1603			1		1
1604					0
1605	4				4
1606	5	1		1	7
1607		3			3
1608	2			1	3
1609	1				1
1610	2				2
1611	1			2	3
1612	1			1	2
1613	2			2	4

[501] ELLIOT, JOHN H., *La España Imperial 1469-1716*, p. 205.

[502] Tabla realizada con la información obtenida en los libros de bautismos de la parroquia de Pátzcuaro correspondientes a los años que van de 1600 a 1699, consultados en la plataforma de Family Search. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LS5-1H?i=11&wc=3NTP-HZ9%3A178768101%2C178768102%2C178768103&cc=1883388; https://www.familysearch.org/search/film/004728041?wc=3NT5-3TL%3A178768101%2C178768102%2C178795101&cc=1883388; https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2L93-8Z?wc=3NTG-N38%3A178768101%2C178768102%2C178824901&cc=1883388

Año	Hijos de la Iglesia o de "padres no conocidos"	Expósitos	Madre no conocida	Padre no conocido	Núm. Ilegítimos
1614	5				5
1615	2			1	3
1616	3	1		1	5
1617	5				5
1618	1	1			2
1619	3			2	5
1620					0
1621	1			1	2
1622	5				5
1623	4			1	5
1624	3			2	5
1625	5			1	6
1626	7				7
1627	6	6			12
1628	5	2		2	9
1629	5	6			11
1630	7	1			8
1631	8			5	13
1632	5			3	8
1633	17	2		9	28
1634	10			2	12
1635	11			1	12
1636	11	12		2	25
1637	20			1	21
1638	15		1	8	24
1639	9			7	16
1640	9	2		1	12
1641	9				9
1642	11			4	15
1643	1				1
1644	8	1		1	10
1645	15	2		7	24
1646	18			5	23
1647	14			6	20
1648	19	1		6	26
1649	12			11	23
1650	15			15	30
1651	12			12	24
1652	9			6	15
1653					0
1654	6			6	12
1655	14			21	35
1656	8	2		9	19
1657	5			5	10
1658	8	1		10	19
1659	5	6		9	20

Año	Hijos de la Iglesia o de "padres no conocidos"	Expósitos	Madre no conocida	Padre no conocido	Núm. Ilegítimos
1660	2	5		14	21
1661	4	7		11	22
1662	17			16	33
1663	16		1	15	32
1664	12			16	28
1665	12			18	30
1666	27			21	48
1667	15			11	26
1668	19			8	27
1669	44	1		29	74
1670	18	15	2	13	48
1671	34			21	55
1672	37	1		3	41
1673	27			4	31
1674	19				19
1675	16	6		1	23
1676	33			1	34
1677	37			6	43
1678	28			10	38
1679	38			5	43
1680	31			12	43
1681	29		1	8	38
1682	31			9	40
1683	25			11	36
1684	26			11	37
1685	39	2		3	44
1686	10	20		11	41
1687	24	7		7	38
1688	30			10	40
1689	19	3		8	30
1690	15	5		9	29
1691	22	2		16	40
1692	28	3		13	44
1693	20	1		10	31
1694	30	4	2	14	50
1695	28		1	16	45
1696	26			18	44
1697	33	1		6	40
1698	22			26	48
1699	33			26	59
Total	**1, 365**	**134**	**9**	**658**	**2, 166**

Esto prueba que el cumplimiento de la norma no fue lo que mantuvo la imagen apacible de la ciudad de Pátzcuaro, fueron la discreción y el disimulo, o en su

defecto, el encubrimiento; prácticas que intentaron mantener el delicado tejido de apariencias que la dominaban. Antonio Rubial, señala que en el siglo XVII el honor era un complejo sistema de valores que englobaban varias características, desde el trato social, la práctica religiosa, la desenvoltura en actitudes públicas hasta los sentimientos personales; pero lo más sobresaliente de ellos era el binomio "honor-opinión", donde la obligación recaía en preservar la imagen pública, la honra personal y familiar.[503] El panorama presentado en Pátzcuaro en ese mismo siglo, nos muestra que, en efecto, tal sistema de valores podría ajustarse a la concepción descrita, pero éste solo cobraba relevancia dependiendo la situación presentada y fundamentalmente si ésta se tornaba pública.

En dicha ciudad sucedió lo mismo que ocurría en otros espacios de Hispanoamérica, donde el honor adquirió un sentido maleable, al ser manejado como una "mercancía elástica", como refiere Ann Twinam.[504] Según la historiadora estadounidense, el honor podía equipararse a una cuenta bancaria que lo recibía a manera de depósito al nacer, si se mantenía correctamente, a través del control de su sexualidad, del matrimonio y de la procreación de hijos legítimos, se podía traspasar su buena reputación a la siguiente generación; aunque, como toda cuenta, también podía presentar pérdidas, pero éstas no necesariamente significaban la bancarrota total, siempre estaba la opción de restaurar la situación con un matrimonio posterior,[505] o con el disimulo del embarazo y el posterior abandono del hijo, condiciones que en esos casos otorgaban a las mujeres la presunción de inocencia, por supuesto, siempre y cuando no generaran publicidad.

Fray Vicente Mexia decía que la concupiscencia estaba arraigada en la propia carne del ser humano desde que era concebido, por eso nadie estaba completamente libre de ella, al contrario, se vivía con ella hasta la muerte, solo que a veces parecía estar dormida, pero no por eso debía creerse que no se tenía, o que estaba

[503] RUBIAL GARCÍA, "El sentido del honor en la corte virreinal", pp. 45-82.
[504] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados*, p. 106.
[505] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados*, p. 106.

libre de ella del todo, porque eso era una gran error.[506] De modo que, nadie estaba exento de dejarse llevar por la concupiscencia y tener comportamientos deshonestos; sin embargo, cuando se carecía de honestidad, por sucumbir ante la debilidad de la carne, se esperaba que al menos se tuviese vergüenza y por tanto cautela.

Manuel Fernández al hablar sobre las virtudes que, según varios autores antiguos, se esperaba tuviesen las mujeres del Renacimiento, señala que la más sobresaliente, independientemente del estatus social, era la honestidad; aunque aseguraban era una cualidad difícil de cumplir,[507] seguramente por la idea antes referida sobre la concupiscencia, y sobre todo por la supuesta lujuria natural que los moralistas consideraban inherente al sexo femenino.[508]

Pero fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, tenía una solución para la falta de honestidad; él decía que ésta podía ser suplida, o mejor dicho encubierta, por la vergüenza, para que así, ante un comportamiento deshonesto, al menos el secreto salvara la honra. Por eso en su epístola XXXVI, aconsejaba a los hombres que pretendían casarse, que buscasen una mujer cuya "virtud forzosa" fuera la vergüenza, aunque decía era más peligroso para la conciencia, era menos dañoso para la honra "que la mujer fuese secretamente deshonesta, y no que sea públicamente desvergonzada".[509] La vergüenza, en tanto guarda del honor, era especialmente importante en las mujeres, pues éstas eran en gran medida las definidoras del honor en los grupos sociales.[510]

La idea de este fraile franciscano del siglo XVI, no está tan alejada de la que dominaba en Nueva España, donde ideas semejantes fluían y se diseminaban en la sociedad, asimilándolas y, en mayor o menor medida, moldeándolas a conveniencia. Pero ¿qué sucedía cuando la vergüenza, como los moralistas la concebían, también se perdía? Fray Luis de Granada, en su *Guía de pecadores*, abordó el pecado de lujuria,

[506] MEXIA, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, f. 81.
[507] FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Casadas, monjas, rameras y brujas*, p. 88.
[508] RUIZ ORTIZ, "Pecado de escándalo y cotidianidad trasgresora", p. 180.
[509] DE GUEVARA, *Epístolas familiares y escogidas*, p. 196.
[510] SCHNEIDER, "Of vigilance and virgins: honor, shame and access to resources in Mediterranean societies", p. 2.

al que refería como "dulce vicio", y se preguntaba cómo después de enlazados en éste, trabadas las amistades y roto el velo de la vergüenza, saldrían de esa situación los involucrados;[511] aunque no da más solución que el ejercicio de obras pías para la expiación de su espíritu, la sociedad recurrió a otros mecanismos menos piadosos y más terrenales.

La vergüenza, como señalaba, podía ser protección si se actuaba con cautela, pero recaía en culpa si el honor buscado era perdido, olvidado o no logrado, es decir, cuando el sujeto caía en la deshonra.[512] En Pátzcuaro, tras una relación sexual que tuvo como resultado un embarazo fuera de la legitimidad de las nupcias, no todos estuvieron dispuestos a quedar públicamente deshonrados y ser ocasión de la vergüenza familiar, por lo que abandonar al hijo, hacerlo pasar por huérfano, o simplemente negarle el reconocimiento, fueron acciones a las que con frecuencia se recurrió.

Las damas patzcuarences, según las definía Clavijero en el siglo XVIII, eran "alegres y muy afectas a la música y a festines inocentes",[513] sin embargo, según la realidad que nos muestran los acontecimientos del XVII, aun las mujeres de la alta sociedad, tenían un comportamiento que, públicamente, podía ser recatado, pero en el espacio privado su conducta respondía a sentimientos y pensares más rajados de lo que los rígidos límites de la moral sexual femenina anteponían; y es que, como señala Guadalupe Chávez, no todas las mujeres podían hacerse cargo de las virtudes que la moral detentaba para ellas; menos aun tratándose de mujeres que debían mantenerse por sí mismas y sustentar a su familia.[514] Aunque lo cierto es que las mujeres que pertenecían a estratos menos favorecidos social y económicamente no eran las únicas que desviaban su comportamiento de las normas morales; muestra de ello es el elevado índice de ilegitimidad que tuvo la ciudad, que aunque como ya señalaba antes, exhibió

[511] DE GRANADA, *Guía de pecadores*, p. 200.
[512] LATISNERE JUÁREZ, *La vergüenza como afecto preliminar a una ética del sufrimiento*, p. 16.
[513] CLAVIJERO, "Breve descripción de la provincia de México", p. 348.
[514] CHÁVEZ CARBAJAL, "Aproximaciones al estudio de las mujeres en la cultura colonial de Michoacán", p. 23.

un mayor grado en los grupos sociales mixtos, eso no significa que los otros hayan estado exentos.

Las cifras revelan que el matrimonio en Pátzcuaro no fue el medio elegido como único para ejercer la sexualidad, pero las consecuencias que tal situación trajo no se dieron de la misma forma en todos los grupos sociales, ni tampoco fue igual entre los hombres que en las mujeres; con frecuencia ellas terminaban siendo las más afectadas, aunque las consecuencias no fueron afrontadas de la misma manera por todas. El estatus social y económico, así como el honor simbólico que portaban, fueron elementos fundamentales en la toma de decisiones para resolver su situación; fue por eso que la afectación terminó siendo más visible en unas que en otras, pues mientras algunas quedaron expuestas como deshonestas, otras pudieron escapar al señalamiento y la deshonra, bajo el disimulo, encubrimiento y complicidad de sus allegados.

Las mujeres españolas, tras quedar embarazadas y sin la esperanza de un matrimonio que salvase su penosa situación, con frecuencia optaban por recurrir al abandono de su hijo, dejándolo expuesto en alguna casa o iglesia; sobre todo las mujeres de la élite, pues la pérdida de la virginidad cerraba la opción de casarse con cualquier otro hombre que no fuese su novio.[515] Otras, quizá bajo la ilusión de concertar en un futuro el matrimonio con el padre del bebé, no lo abandonaron sino que recurrieron al anonimato, muchas veces contando con la complicidad de algún ministro eclesiástico; así sus datos no quedaban asentados en la partida de bautismo del infante.

Como se pudo ver en la **Tabla 7**, en la ciudad de estudio, los casos de bebés expósitos y de "padres no conocidos" fueron los más frecuentes; especialmente entre la población española, cuya práctica sexual atravesó los límites de la moral, pero para quien el honor simbólico resultó ser una apremiante cualidad a mantener. La discreción y el disimulo eran condiciones que podían "salvar" la honra, por eso, ante un hecho deshonroso, como un embarazo de una relación sin posibilidad de culminar en matrimonio, de una promesa de matrimonio fallida, o de un adulterio, las mujeres

[515] SOCOLOW, *Las mujeres en la América Latina colonial*, p. 80.

españolas optaron por el abandono o el anonimato como medios para evitar exponer su reputación "al qué dirán".

Entre los españoles el discurso moralistas del cuidado de la virginidad y del honor era más permeable, por eso se interiorizó más arraigadamente el sentido, si no de cumplir la norma, sí de guardar las apariencias fingiendo públicamente obedecerla; de lo contrario se condenarían al escarnio, especialmente las mujeres descarriadas, quienes según el humanista Juan Luis Vives, traerían la burla y deshonra a los suyos, vergüenza a los que las criaron, así como dolor a su vida y pena a su alma,[516] por eso fue precisamente en la población femenina española en quien el interés de mantener la imagen simbólica del honor resultó más incisiva.

Sin embargo, a pesar de pretender mantener en el espacio privado las relaciones íntimas, lo cierto es que de una u otra forma terminaban siendo de dominio público. Los vecinos eran los testigos principales, independientemente de las medidas de discreción que los involucrados pretendiesen tener, ya que, por vivir cerca de los implicados, tenían conocimiento de las muestras de cariño entre ellos, de a qué horas entraban y salían de la casa, si comían juntos, si se quedaban a dormir, o si vivían bajo el mismo techo. Los espacios abiertos, dejaban al descubierto las actividades que se llevaban a cabo, la cercanía de los patios entre las viviendas, hacía que los vecinos estuvieran al tanto de los que ocurría en la casa de al lado; incluso había quienes aseguraban haber visto el momento exacto en que la pareja entraba en los aposentos y se encerraba.

Era así como tenía lugar lo que Philippe Ariès denominó sociabilidad anónima, donde las personas o grupos, aunque no tuvieran una relación o interacción directa, se conocían porque coexistían en un mismo espacio, que podía ser la calle, las plazas, los patios.[517] La traza de la ciudad de Pátzcuaro en barrios, originaba un conocimiento más cercano entre los vecinos, por lo tanto, cuando un hombre entraba y salía comúnmente del hogar de una mujer, no tardaba mucho en levantar sospechas y

[516] VIVES, *Instrucción de la mujer cristiana*, p. 50.
[517] ARIÈS y DUBY, *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*, pp. 25- 28.

estar en boca de todos, ya que el honor sexual de ésta se veía cuestionado, situación que exponía a los involucrados al escándalo, debido a la trasgresión del orden moral y social establecido, lo que justificaba la intervención de la autoridad para poner remedio y mantener el orden público.

Aunque, cuando se trataba de personas que pertenecían a la élite, o que al menos gozaban de cierto reconocimiento en la ciudad, el encubrimiento de su desordenado comportamiento, más allá de la familia, era proporcionado por terceros. A veces los mismos frailes eran quienes ocultaban la identidad de los padres del niño ilegítimo, evitando anotar sus nombres, a pesar de saber quiénes eran. Para ejemplificar lo referido basta mencionar lo que sucedió en los casos de las niñas María Antonia y Catarina, española y mulata respectivamente, a quienes se les identificó como hijas de padres que, según los frailes que presidieron sus bautismos, no convenía expresar, limitándose únicamente a mencionar a sus padrinos españoles.[518]

Escenarios como estos se daban a lo largo y ancho del mundo hispánico, Ann Twinam muestra como los españoles que gozaban de reconocimiento en sus ciudades, optaban por ocultar los embarazos cuando éstos eran producto de una relación ilícita. A veces porque las mujeres eran burladas y cargaban con la responsabilidad solas, de modo que decidían abandonar a su hijo; otras porque, de mutuo acuerdo, la pareja decidía ocultar la preñez y el posterior nacimiento, bajo la condición de hijo de padres no conocidos, pero sin deslindarse por completo de él, asegurándose de que estuviese en buenas manos.[519] Aunque había algunos que terminaban reconociéndolos varios años después, la mayoría de los infantes crecían y pasaban su vida sin saber quiénes eran sus padres.

[518] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, bautismos 1664-1698. "Bautismo de María Antonia, española", Pátzcuaro, 21 de noviembre de 1685. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2GSC-3M?i=209&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 5 de junio de 2023]; "bautismo de Catarina, mulata", Pátzcuaro, 1 de diciembre de 1685. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2GSH-YZ?i=210&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 5 de junio de 2023].
[519] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados*, pp. 101-105.

Al revisar los libros bautismales de Pátzcuaro es común encontrarse con la referencia de hijos de "padres no conocidos" en varias partidas, lo cual no significa que fueran huérfanos. Con frecuencia estos infantes son metidos en el mismo saco con los expósitos, englobándolos como si se tratara del mismo caso, pero al estudiar con detenimiento y más a fondo los registros, podemos darnos cuenta de que no es así; separé a los niños expresados en las partidas de bautismo específicamente como expósitos, de los registrados como hijos de "padres no conocidos", ya que la omisión de los nombres de sus progenitores no siempre fue porque en verdad se desconocieran.

A diferencia de los que abandonaban y que eran señalados como expósitos, cuya procedencia resultaba un verdadero enigma tanto para el que lo encontraba como para el fraile que lo bautizaba, los asignados como de "padres no conocidos" no siempre eran bebés abandonados. A veces pasaba que, dado su origen ilegítimo, sus padres consideraban perjudicial asumir su nacimiento, de modo que preferían mantenerse anónimos en la medida de lo posible, comenzando por evadir su aparición en la partida de bautismo. La **Tabla 7** nos arrojan un total de 1, 365 niños expresados como hijos de "padres no conocidos", no obstante, debemos tomar esa cifra con reserva, ya que no se descarta que entre ellos haya habido expósitos, los cuales se sumarían a los 134 que de manera específica se nombraron así. Ante esa situación, vale la pena hacer la separación para no continuar la confusión, y evitar caer en el error de englobarlos bajo la caracterización de huérfanos, pues más allá de su consideración legal como tales, no todos habían sido abandonados.

Esta situación podía ocurrir quizá porque se trataba de una madre soltera y aunque se sabía quién era el padre, parecía preferible ocultar ambos nombres para no levantar sospechas y evitar especulaciones; o porque los progenitores, aunque estaban juntos, no estaban casados al momento de bautizar a su hijo, de modo que, temiendo que el sacerdote intentara terminar con su relación, preferían negar a su vástago.[520] Otros optaban por omitir sus datos porque, al no tener una garantía de un enlace matrimonial en el futuro, podrían verse perjudicados. De cualquier manera, el

[520] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados*, p. 197.

anonimato podía corregirse después; si la pareja se casaba sus nombres podían ser añadidos a la partida de bautismo.

Con el matrimonio, la falta que se cometía al tener una relación ilícita y además un hijo resultado de ella, se enmendaba, desapareciendo con ello el rasgo de ilegitimidad del infante; tal fue el caso de Francisco Martínez, el niño español que, al ser bautizado, quedó registrado como hijo de padres no conocidos,[521] pues sus progenitores no estaban casados; pero una vez que don Pedro Martínez y doña Águeda de Castrejón contrajeron nupcias cuatro años después,[522] lo reconocieron como su hijo, borrando con ello el estigma de la ilegitimidad en Francisco.

La maternidad se encontraba cimentada en dos instituciones, el matrimonio y la familia, solo en ellas era moralmente aceptada, quedando descalificada aquella maternidad que no cumplía con los requisitos de conyugalidad.[523] Los hijos, como señalaba en el capítulo anterior, se consideraban la culminación de la unión de la pareja y su afianzamiento, pero siempre y cuando se procreasen dentro del matrimonio, de lo contrario venían a ser la confirmación de un comportamiento poco recatado y el recuerdo permanente de su cuestionable honor. Por eso, al ver su reputación en riesgo con el nacimiento de un niño ilegítimo, hubo quienes, al no poder revertir la situación, optaron por ocultarla. Pese a que su comportamiento, dadas las evidencias, mostraba lo contrario, había una necesidad por mantener una imagen honrada, por eso varias de las relaciones ilícitas que terminaron en embarazo y por tanto en el nacimiento de un niño ilegítimo, fueron disimuladas detrás del abandono deliberado del infante, o encubiertos bajo el velo del anonimato de los progenitores.

---

[521] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, bautismos 1664-1698. "Bautismo de Francisco, español", Pátzcuaro, 16 de abril de 1664. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2GSC-TN?i=10&cc=1883388&cat=158637n [consultado el 7 de junio de 2023].

[522] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Casamiento y velación de Pedro Martínez y Águeda Castrejón", Pátzcuaro, 13 de mayo de 1668. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9T-HS?i=130&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 10 de julio de 2023].

[523] LAGARDE Y DE LOS RÍOS, *Los cautiverios de las mujeres*, p. 341.

Efectivamente en la sociedad colonial los amores, pecados y honras se solapaban, pues a medida que el concepto de pecado se diseminaba, el problema de la pérdida de la honra también lo hacía,[524] poniendo en jaque a varias familias que, ante un inminente escándalo, debido a una relación ilícita, recurrían a medidas drásticas para ocultar la falta cometida y mantener su imagen. Es justo en estos contrastes donde se hace aún más evidente ese "desorden ordenado" de la sociedad colonial del que habla Pilar Gonzalbo, donde a primera vista surge una norma intolerante, pero más a fondo puede observarse su flexibilidad, y finalmente, su inaplicabilidad.[525]

El índice de ilegitimidad habido en Pátzcuaro durante el siglo XVII asciende a más de 2 mil niños nacidos bajo esa condición; cada año nacían de 2 a 20 bebés en la ilegitimidad, cifra que, a medida que avanzó el siglo, incrementó alarmantemente; así se tiene que de 144 nacimientos, que fue la mayor cantidad aproximadamente que se tuvo, 74 fueron bajo algún rasgo de ilegitimidad, es decir, el 51% de los nacimientos que tuvieron lugar en Pátzcuaro de 1600 a 1699, eran producto de una relación ilícita.[526] Situación notable e interesante, pues es equiparable en porcentaje, a los índices de natalidad ilegítima habidos en otras ciudades novohispanas con mayor población, como Guadalajara que, de acuerdo con Tomas Calvo, en el mismo siglo tenía una tasa de ilegitimidad del 58% del total de nacimientos.[527]

Los niños expósitos fueron una realidad en la ciudad, y más los bebés blancos; pero una menos frecuente que los hijos de padres anónimos y los hijos naturales. Aunque hubo españolas que bautizaron a sus hijos como solteras, los casos son sumamente reducidos, en comparación con las mujeres mulatas y negras que comúnmente sí bautizaban a sus hijos solas. Antes que asumir la situación y enfrentar la maternidad o paternidad en soltería, como algunos lo hicieron, aunque de manera menos frecuente y en diferentes condiciones de vida, para la mayoría, especialmente para el grupo español, resultó preferible evadir su situación y mantener sus "tropiezos"

[524] CANDAU CHACÓN, "El matrimonio presunto, los amores torpes y el incumplimiento de la palabra", p. 46.
[525] GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*.
[526] Véase la **Tabla 7**, p. 189.
[527] CALVO, "Calor de hogar: las familias del siglo XVII en Guadalajara", p. 315.

ocultos bajo la privacidad del disimulo y de la fachada de un acatamiento de la norma moral y un rechazo público a la sexualidad prenupcial.

Las españolas preferían ocultar su "tropiezo" a través del abandono de su hijo o de la omisión de sus datos en la partida bautismal. Había infantes a los que se bautizaba como "hijos de la Iglesia", que era sinónimo de "padres no conocidos", pero se añadía su procedencia, mencionando que era de la casa de determinada persona, de modo que sabían de quién era hijo solo no se anotaban los nombres de sus padres; tal fue el caso de Bernardo, un bebé que quedó registrado como "hijo de la Iglesia", pero en los datos se agregó que nació en la casa de doña Juana de Alarcón y sus padrinos fueron unos españoles,[528] ¿sería que quizá era hijo de algún miembro de la familia a quien no podían exhibir? Posiblemente así fue, ya que se señala como nacido en dicha casa, y no como expuesto en ella.

Entre los españoles la idea de madre y esposa estaban unidas y arraigadas en su imaginario, la primera no podía ocurrir sin que la segunda la antecediese; los "sistemas morales" creados por los tratadistas del siglo XVII, cuya continua referencia al escándalo y sus consecuencias, reforzó la fabricaron de la moral sexual femenina,[529] que debía ajustar su práctica al matrimonio y a la generación de la prole, tuvieron especial resonancia en este grupo social, donde las culpas morales y su oportuno encubrimiento parecieron tener un peso mayor que en el resto de los grupos sociales.

Dicha situación no es tan visible entre los indígenas y las castas, donde la idea de madre, parece cobrar fuerza por sí sola, siendo o no esposa primero. En el caso indígena son pocos los hijos bautizados únicamente por la madre, pero fueron más comunes que los niños expósitos, y más aún que los hijos de padres no conocidos, lo que nos hace suponer que en ellos preponderó la responsabilidad de ser madre, aunque

[528] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, bautismos 1597-1665, 1691-1699, "Bernardo, hijo de la Iglesia", Pátzcuaro, 28 de septiembre de 1638. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LSY-GN?i=106&wc=3NTP-HZ9%3A178768101%2C178768102%2C178768103&cc=1883388&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A6JH1-DQ2J [consultado el 5 de junio de 2023].
[529] RUIZ ORTIZ, "Pecado de escándalo y cotidianidad trasgresora", p. 177.

soltera. Con esto no pretendo decir que a estos grupos les tenía sin cuidado contraer o no matrimonio para procrear, lo cual sería erróneo dadas las evidencias del índice nupcial que en ellos se percibe, y que, como se mostró en el capítulo II, es notablemente mayor al del resto de los grupos sociales que integraban la ciudad.

En los primeros años se tenían máximo 9 casamientos de españoles y 4 de otros grupos sociales, cifras que están por debajo del índice nupcial habido entre los indígenas, donde el número de matrimonios ascendía a 35 en un solo año.[530] Podría suponerse que éste era el resultado de una mayor población indígena sobre los otros sectores, lo cual es cierto, sin embargo, observando el ordenamiento nupcial que seguían, al realizar debidamente los requisitos, también se puede asumir que había en ellos un mayor interés por legitimar sus uniones, lo que tuvo como resultado una tasa de ilegitimidad menor.

En el caso de las mujeres mulatas y negras ocurrió lo mismo, aunque en estos grupos sociales el índice de ilegitimidad es elevado, sobre todo en lo que a mamás solteras se trató, pues la mitad de los niños nacidos ilegítimos, pertenecientes a estos grupos, eran bautizados por la madre, mientras que al padre se le refería como no conocido; lo que pudo ser porque o no era legítimamente su marido, o porque no reconocía al hijo, incluso, quizá porque simplemente no se encontraba en la ciudad, como comúnmente ocurría, dada la común movilidad masculina que había en Pátzcuaro, lo que causó que tanto solteros como casados se mantuviesen itinerantes. Las razones pueden ser varias, lo que es un hecho es que, las madres mulatas y negras, tanto libres como esclavas, se presentaban a bautizar a sus hijos estuviesen casadas o no.

Las mujeres pertenecientes a estos grupos, comúnmente aceptaron su situación de madres solteras, aunque es posible que la razón para asumir su maternidad fuese diferente. Quizá las que gozaban del beneficio de ser libres lo hacían por voluntad, porque tenían más posibilidad de elegir, pero en el caso de las esclavas era distinto, la decisión recaía más en sus dueños que en ellas mismas; en su caso el que

[530] Véanse las **Tablas 2 y 3.**

sus hijos tuvieran o no padre resultaba irrelevante para sus amos, pues sus vástagos cargaban con la herencia de la esclavitud, lo que para muchos resultó beneficioso, pues les convenía que su esclava bautizara como suyo al infante, ya que así lo sumaban a su propiedad y aseguraban más mano de obra esclava. Como señala María Elena Jácome, las relaciones ilícitas de las esclavas les resultaban más provechosas a sus amos, que los matrimonios que pusieran efectuar, ya que éstos presentaban limitaciones, como dejar cohabitar a los esposos, no venderlos por separado, y demás restricciones.[531]

Aunque, tratándose de población negra y mulata, también estuvo la opción de, aun prescindiendo de los nombres de los progenitores, adjudicarse como esclavo al hijo de ellos. Existen casos como el de Pascual, un niño negro al que, a pesar de ser adscrito como hijo de la iglesia, en su partida de bautismo se le inscribió "de la casa de Don Joseph de Izaguirre" y sus madrinas fueron unas mujeres negras esclavas del dicho don Joseph.[532] Así que, o alguno o ambos padres eran esclavos de él, o don Joseph de Izaguirre, por ser un español miembro de una de las familias prominentes de la ciudad, se lo adjudicó como esclavo valiéndose del hecho de que era un niño de color y huérfano.

En Pátzcuaro estas prácticas fueron comunes, hay varios ejemplos de españoles que figuran como amos de niños mulatos o negros "hijos de la Iglesia". Joseph fue otro niño que, aunque bautizado como hijo de la Iglesia y de padres no conocidos, se menciona que es un mulato esclavo de Pedro Olague, y la esposa de éste aparece como la madrina.[533] Asimismo pasó con Nicolasa, a quien se antepuso como

[531] CORTÉS J., "El matrimonio y la familia negra", p. 228.
[532] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, bautismos 1597-1665, 1691-1699. "Bautismo de Pascual negro, hijo de la Iglesia", Pátzcuaro, 1 de mayo de 1634. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LSB-3C?i=91&wc=3NTP-HZ9%3A178768101%2C178768102%2C178768103&cc=1883388&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A6JH1-YWR7 [consultado el 6 de junio de 2023].
[533] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, bautismos 1597-1665, 1691-1699. "Bautismo de Joseph, hijo de la Iglesia", Pátzcuaro, Pátzcuaro, 9 de abril de 1641. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LSY-8B?i=116&wc=3NTP-HZ9%3A178768101%2C178768102%2C178768103&cc=1883388&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A6JH1-Y5RT [consultado el 6 de junio de 2023].

hija de la Iglesia, a la vez que como esclava de Manuel de Alexandre.[534] Como estos hay más registros similares, los cuales comparten el rasgo común de ser adjudicados como esclavos de españoles de apellidos sobresalientes en Pátzcuaro, resaltando en estos casos los Izaguirre y los Alexandre, lo que muestra una vez más que la familia a la que se pertenecía determinaba la cantidad de beneficios de los que podía gozarse en diversos ámbitos, y en el caso de Pátzcuaro no fue la excepción.

Isabel Marín menciona que, los esclavos y sirvientes le daban menor importancia a los valores morales,[535] y como puede observarse, en Pátzcuaro, que las mujeres de estratos sociales bajos fuesen madres solteras, igual resultaba menos relevante; como señala Sara Matthews, los jóvenes de estratos sociales inferiores podían "abandonarse a la experimentación sexual" y aventurarse a "probar posibles compañeros de matrimonio, sin tener que soportar el peso de la reprobación moral".[536] Quizá por ello, tener un hijo ilegítimo no fue una circunstancia que les apremiase ocultar a toda costa, como ocurrió con el grupo español.

Aunque, el hecho de que fuese irrelevante para la sociedad, no significaba que lo fuera para los clérigos también, al menos no cuando se trataba de una esclava, ya que al revisar la información de estos registros parroquiales, llama la atención que, en cada partida donde una esclava bautizaba a un hijo sin padre conocido, se le hizo la anotación, a manera de apostilla, de "ojo"; quizá porque era señal de una amistad ilícita continua que podía tener lugar dentro de la casa a la que estaba sujeta, ya que en la mayoría de los casos se trataba de las mismas mujeres bautizando hasta tres o cuatro hijos ilegítimos, lo cual resultaba sospechosos para los curas. Aunque no se tiene noticia de que esto haya ameritado mayor diligencia, queda como muestra de una posible vigilancia sobre estas mujeres que, debido a su calidad de esclavas dedicadas a la servidumbre, terminaban siendo eran más vulnerables y susceptibles a

[534] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, bautismos 1597-1665, 1691-1699. "Bautismo de Nicolasa, hija de la Iglesia", Pátzcuaro, 23 de septiembre de 1641. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LSY-81?i=117&wc=3NTP-HZ9%3A178768101%2C178768102%2C178768103&cc=1883388&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A6JH1-X17V [consultado el 6 de junio de 2023].
[535] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos en Michoacán,* p. 242.
[536] MATTHEWS GRIECO, "El cuerpo, apariencia y sexualidad", p. 78.

relaciones ilícitas, por la proximidad cotidiana que con una gran cantidad de hombres vivían, ya fuese el dueño, los hijos u otros sirvientes varones.[537]

Ante esta contrastante realidad que se vislumbra a través del estudio específico de la ciudad de Pátzcuaro en el siglo XVII, puede determinarse que el ejercicio de la sexualidad no era tan rígido. En la época de estudio, es común encontrarse con la percepción de que, acercarse a una mujer y cortejarla era un asunto difícil, idea que surge de los altos estándares atribuidos a la moralidad sexual del periodo colonial, los cuales se respaldan en la mirada incisiva de la familia y de la sociedad en la composición de las parejas, juzgando si el pretendiente era el adecuado, si el comportamiento de los y las jóvenes era honesto, vigilando asiduamente a todo aquel que albergase un comportamiento sospechoso y manteniendo alerta el celoso cuidado del honor. Sin embargo, como puede advertirse, en la práctica, estas consideraciones no fueron una condición inalterable, basta mirar las conductas sexuales prenupciales y extramatrimoniales que se tenían, así como la alta tasa de ilegitimidad producto de ellas, para darse cuenta que había cierta flexibilidad.

Ante esta situación, vale la pena replantearnos la idea estereotipada de la moral sexual en el periodo colonial. Al observar con detenimiento las causas surgidas a raíz de una "amistad ilícita" en Pátzcuaro y contrastarlas con el alto índice de ilegitimidad que tuvo la ciudad, se puede concluir que la interacción entre hombres y mujeres, aunque no se diese abierta y públicamente, tampoco era tan limitada, simplemente constó de ciertas estrategias y adecuaciones en su práctica.

Las formas de iniciar una relación en Pátzcuaro fueron diversas, las salidas de mujeres a los mandados o a llevar agua a sus casas fueron ocasiones predilectas para entablar comunicación;[538] situación que hizo que en el siglo XVIII se

[537] MATTHEWS GRIECO, "El cuerpo, apariencia y sexualidad", p. 90.
[538] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 6-7. "Proceso sumario por querella de Bartolomé de Arévalo contra Lázaro de Tovar y Joseph de Sosa por haber quebrantado su casa y estuprado a Magdalena de Mendoza", Pátzcuaro, 7 de febrero de 1605; AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 68, ff. 1-5. "Negación de palabra de casamiento de Francisco Sánchez a Josepha de los Reyes", Pátzcuaro, 22 de noviembre de 1690; AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos

crearan prohibiciones para frenar las interacciones y charlas que tenían lugar, especialmente en la noche, en las plazas, fuentes, esquinas y calles aledañas a las pilas de agua, donde era común que hombres y mujeres se reuniesen.[539]

Otros, cuando no había posibilidad de acercarse en la vía pública, optaban por aproximarse a la casa de la mujer de su interés y esperar cualquier oportunidad o descuido de los moradores para entrar en ella.[540] Algunos tenían otras facilidades para el cortejo, porque compartían los mismos espacios, de manera que la ventaja para que la relación surgiera era mayor; las partidas matrimoniales de Pátzcuaro, muestran que varios sirvientes que trabajaban en la misma casa, terminaron casándose. Incluso, sucedía que ambos estaban bajo la tutela de las mismas personas y habían crecido juntos, de modo que se conocían, haciendo que la cercanía y el contacto fuesen continuos.[541]

A veces, dicho acercamiento podía despertar el interés hasta en el dueño de la casa y su joven sirvienta,[542] o su esclava, lo cual tampoco fue raro; las relaciones íntimas entre amo y esclava se daban con bastante frecuencia. Aunque no se sabe que tan voluntarias o forzadas fueran éstas, quizá algunas esclavas aceptaban el trato ilícito con sus amos a fin de recibir un mejor trato o mejorar su situación económica y la de

contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, f 11v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698.

[539] CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 17, caja 30-C, exp. 2, ff. 207-208v. "Varios bandos sobre prohibiciones", Pátzcuaro, 3 de enero de 1732; rollo 13, caja 25-B, exp. 2, ff. 263-264v. "Bando sobre prohibiciones", Pátzcuaro, 7 de enero de 1750.

[540] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 3, ff. 1-4. "Querella criminal de Lucía Carbanola viuda contra Francisco de Magallanes por llevarse a su hija Margarita en contra de su voluntad", Pátzcuaro, 13 de noviembre de 1622.

[541] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 7, ff. 1-4v. "Querella criminal de Antonio de Sosa contra Felipe por hurtarle una muchacha", Pátzcuaro, 7 de septiembre de 1638; AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 1-29. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.

[542] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 4, exp. 68, ff. 1-5. "Nicolasa de Anguiano contra Domingo Gómez de Quintana por haberle violado su virginidad bajo palabra de casamiento", Pátzcuaro, 3 de junio de 1698.

sus hijos,[543] ya que a veces solo salían a relucir a través de los testamentos, cuando finalmente el amo terminaba reconociendo a su hijo ilegítimo.

Una vez iniciado el contacto verbal, solo era cuestión de organizar, sin tanta planeación y un poco más de discreción, sus reuniones. Con frecuencia los encuentros sexuales tenían lugar en la casa de alguno de los implicados, generalmente en la de las jóvenes, quienes conocían los espacios y lugares propicios para no ser descubiertos; podía ocurrir en su habitación cuando la casa era de su familia, cuando no era así y se trataba de la casa donde servían o la de sus protectores, la sala y la cocina eran los elegidos, brindándoles, junto con la oscuridad de la noche, privacidad y discreción. El anochecer ha servido de instrumento para realizar actividades que a la luz del día serían más difícil de efectuar, y los encuentros sexuales ilícitos no fueron la excepción.

Los hombres que se encontraban en "amistad ilícita", rara vez entraron por la puerta a visitar a dichas mujeres, al menos no vistosamente. Como se pretendía evitar un escándalo, lo hacían a hurtadillas, comúnmente escalando las paredes, aprovechando que la puerta por alguna razón estuviese abierta, o valiéndose de la salida de los dueños y de que la casa se hubiese quedado sola. Pero como las precauciones no siempre eran las debidas, más de un sirviente fue testigo de las entradas y salidas de estos hombres, lo que provocó diversas denuncias, no solo por la relación ilícita, sino por el quebrantamiento de la casa a la que entraban sin autorización.[544] Aunque los encuentros amorosos no se restringían a un ambiente privado, ni ocurrían únicamente en espacios cerrados, también en la calle. Dada la espontaneidad de la situación, un

[543] CORTÉS J., "El matrimonio y la familia negra", p. 231.

[544] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 5, ff. 1-3. "Querella criminal de Hipólito Álvarez contra Cristóbal Pérez por entrar a su casa y hurtarse a Isabel, mestiza sirvienta", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1602; caja 74, exp. 61, ff. 6-7. "Proceso sumario por querella de Bartolomé de Arévalo contra Lázaro de Tovar y Joseph de Sosa por haber quebrantado su casa y estuprado a Magdalena de Mendoza", Pátzcuaro, 7 de febrero de 1605; AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 8, ff. 1-4v. "Querella de Tomás de Vivar contra Lázaro de Tovar y Joseph de Sosa entrar a su casa y sonsacarle a su muchacha", Pátzcuaro, 7 de junio de 1606; AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 1-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.

callejón, un solar o algún recoveco, era sitios utilizados para los encuentros; a veces la discreción que no ofrecía la vivienda, la encontraban detrás del mesón de la ciudad.[545]

Las relaciones furtivas, aun cuando no llegaron a la cohabitación, constaron de encuentros ocasionales que se prolongaron por años; incluso hubo quienes procrearon varios hijos dentro de ellas, sin mayor compromiso que el "amparo" de una palabra de casamiento, cuyo cumplimiento a veces se difuminaba debido a la interrupción que suponían las continuas y, en varias ocasiones, largas salidas fuera de la ciudad del pretendiente. Joseph de los Reyes, el mulato del que ya se había hecho referencia con anterioridad, la mayor parte del año la pasaba fuera de Pátzcuaro, llegó a durar hasta seis años en volver, tiempo durante el cual, la mulata esclava Teresa Gómez, con quien tenía amistad ilícita y cinco hijos, de los que le sobrevivían solo dos, se encargaba de ellos como madre soltera, esperando el regreso de Joseph y la realización de la boda que le prometió.[546]

Dorotea de Secadura, también esperaba el retorno de dicho Joseph de los Reyes para finalmente presentar las informaciones matrimoniales requeridas y poder casarse como se lo había prometido. El susodicho volvió dos años después, y decidió cumplir su palabra de matrimonio a Dorotea, efectuando para ello la presentación de sus peticiones y por consiguiente la proclama de las amonestaciones, lo que, como ya se mencionó en su momento, desencadenó una querella interpuesta por Teresa Gómez.[547]

Como ellas, otras mujeres, con o sin hijos de por medio, esperaban el regreso de su enamorado, aunque eso implicara esperar varios años. Isabel del Castillo,

[545] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 6-7. "Proceso sumario por querella de Bartolomé de Arévalo contra Lázaro de Tovar por haber quebrantado su casa y estuprado a Magdalena de Mendoza", Pátzcuaro, 7 de febrero de 1605.
[546] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59, f. 3. "Petición de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687.
[547] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 4, exp. 59, f. 10. "Petición de Joseph de los Reyes Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687.

otra mulata esclava, reanudó su relación con el indio Nicolás Martínez, luego de casi dos años de ausencia de la ciudad.[548] Como la ida y venida de los hombres era un fenómeno común, la distancia no fue un impedimento para que las relaciones se reanudaran, únicamente se hacía un pausa que, al volver se restauraba.

En Pátzcuaro la migración en el siglo XVII fue constante, como ya se refirió en el capítulo I, era habitual que los hombres solteros se aventurasen a salir fuera, pero también los casados lo hacían, por eso frecuentemente se encontraban ausentes de su lugar de origen, lo que significó una convivencia esporádica con su mujer, trayendo consigo las consecuencias que en su momento se verán. Pero, así como había hombres casados y solteros que salían de Pátzcuaro, el arribo de otros a la ciudad también se dio con frecuencia, atraídos por su dinámico y prolífico movimiento mercantil, los cuales, en varias ocasiones, al arribar establecieron vínculos sentimentales con las lugareñas, que resultaron en relaciones informales.

Las mercancías no eran las únicas que se quedaban tras su paso por la ciudad, muchas veces también quienes las llevaban, recuérdese que la ida, venida, y sobre todo la permanencia de forasteros era bastante habitual; a menudo se quedaban residiendo en Pátzcuaro, incluso con más frecuencia que los propios vecinos, que optaban por salir a trabajar a otros lugares y no siempre volvían, o lo hacían en intervalos de tiempo prolongados. Cuando las posibilidades de desarrollo se agotaban en el lugar de residencia, los hombres no tenían mayor dificultad para hacerlo, y el que estuviesen casados o solteros no fue determinante, ya que la movilidad geográfica incluso sirvió como estrategias para escapar del matrimonio.[549]

Muchos de ellos eran arrieros, mercaderes viandantes o tratantes, de modo que era más frecuente y duradera su estadía fuera de la ciudad, que su permanencia en ella. Algunos se iban a alguna hacienda vecina, otros a la Tierra

[548] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 1-29. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.
[549] TWINAM, *Vidas públicas, secretos privados*, pp. 145-149.

Caliente a trabajar en alguna estancia o labor, unos más a las minas, y otros a la costa a fin de trabajar en el desembarque de los galeones que cada año surcaban los litorales novohispanos. Como de ahí debían hacer la travesía tierra adentro para llegar a la ciudad de México, se aventuraban a transportar las mercancías; varias de las cuales, como señalé en el primer capítulo, se quedaban en Pátzcuaro, al ser el paso más utilizado para continuar el camino.[550]

Esta circulación de productos provenientes de Europa y del oriente, hacían que la movilidad, al menos para el caso masculino, se mantuviese dinámica. Pero, aunque era un suceso común y una condición aceptada por varias parejas, hubo relaciones sexo afectivas que no solo se vieron interrumpidas, sino dadas por concluidas. Las esperanzas de algunas mujeres terminaban en desilusiones, en expectativas frustradas y promesas matrimoniales rotas o al menos pospuestas; cuando no en otras situaciones menos deseables, como en un embarazo que apuntaba al madresolterismo y, por tanto, al nacimiento de un niño ilegítimo, que pondría en jaque su honor. Situaciones como estas aquejaban a más de una joven y familia patzcuarence, y perjudicaban en mayor o menor medida a los hombres que involucraba.

Esta relevante información confirma que las prácticas sexuales en Pátzcuaro durante dicho siglo eran bastante comunes, pero solo algunas pocas fueron ventiladas públicamente. Por otro lado, también pone en evidencia que hombres y mujeres se relacionaban íntimamente con más facilidad de la que se supone, ejerciendo su sexualidad libremente; en algunos casos bajo una dudosa promesa de un futuro enlace, y en otros sin ella, pero en ambos casos, al margen de la bendición nupcial. asimismo, se advierte que, las condiciones económicas de que gozaba la ciudad fueron un motor de influencia en el desenvolvimiento de sus habitantes, en este caso respecto a los vínculos sentimentales y sexuales que establecían; tener un alto flujo comercial y migratorio incidió en el establecimiento de relaciones informales.

Los forasteros comúnmente establecían relaciones furtivas con las lugareñas, los arrieros, los mercaderes viandantes y mercachifles con frecuencia

[550] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano*.

establecían vínculos sentimentales ocasionales mientras se encontraban en Pátzcuaro, lo que despertó el desagrado y rechazo, sobre todo de los mercachifles, que eran considerados ávidos seductores; los naturales de la ciudad se quejaban de ellos acusándolos de entrar a sus casas y quitarles a sus mujeres e hijas, así como de robarles sus gallinas y semillas, lo que resultó en la prohibición de su entrada en Pátzcuaro y en sus respectivos pueblos de indios.[551]

La migración fue un fenómeno de importancia respecto a las relaciones consensuales, no obstante había otras, como los conflictos habidos entre las autoridades eclesiásticas y civiles, situación que afectaba la eficacia de éstas en la vigilancia y control de dichas relaciones, lo que alentó a algunas parejas a establecerlas abiertamente, como señala José Luis Rojas para el caso de Lima.[552] Pero en Pátzcuaro, tales conflictos no se reflejaron, ni tampoco las relaciones ilícitas se manifestaban públicamente y de forma deliberada, al contrario, se disimulaban. Cuando los involucrados se veían en riesgo, se protegían encubriendo su práctica.

La discreción era la clave decisiva para mantener la buena reputación, es por eso que, a pesar de haber tantos niños nacidos de amistades ilícitas, las querellas seguidas a causa de ellas son mínimas, sobre todo aquellas que se trataban de amoríos fortuitos y ocasionales. Hay investigadores, como Stuart Schwartz, que señalan que la reducción de causas por fornicación simple en la población española y de las colonias americanas, podrían deberse a que el discurso sobre dicha cuestión, que tuvo su intensificación a mediados del siglo XV y alcanzó su cúspide en 1600, tuvo tal eco que por eso los casos disminuyeron ampliamente, o también porque la gente simplemente ya cuidaba más lo que decía.[553]

Coincido con él en la segunda opción, es decir, en que la gente era más cuidadosa, pero no necesariamente en lo que decía, sino en lo que hacía y cómo lo llevaba a cabo. Aunque no se descarta la posibilidad de que algunos casos no llegaran

[551] AHMP, fondo colonial, caja 8, exp. 7, ff. 1-2. "Ordenanza del Virrey de Nueva España sobre no entrar mercachifles", Pátzcuaro, 4 de febrero de 1614.
[552] ROJAS RUNCIMAN, "Uniones prohibidas, ¿para quién?".
[553] SCHWARTZ, "Pecar en las colonias. Mentalidades populares", p. 59.

a ser del conocimiento de la autoridad, debido al desinterés de los vecinos por denunciarlas;[554] o porque quizá a la misma autoridad le resultaba ocioso abrir una causa por cada relación prohibida de la que sabía y, por lo tanto, solo se enfocaba en aquellas que generaban más publicidad y escándalo. Es evidente que, las que se daban discretamente fueron manejadas de la misma forma, pero este es un asunto que será abordado en su momento, cuando toque el turno a la aplicación de justicia; por ahora queda claro el enfoque que expone al ejercicio de la sexualidad al margen del matrimonio, como parte de la cotidianidad de la ciudad, que, manejada con discreción pasaba "desapercibida".

Sin embargo, las ilícitas amistades fueron más frecuentes de lo que los registros, a causa de ellas, pueden comprobar; el ejercicio de la sexualidad para los patzcuarences era restringido solo en teoría, en la práctica fue común. Aunque no dispongamos de una alta cantidad de expedientes judiciales, respecto a las relaciones ilícitas que tuvieron lugar en Pátzcuaro durante el siglo XVII, sí de los resultados que éstas tuvieron; de modo que los casos que se presentan en esta investigación, surgen a manera de ejemplos de una realidad que pudo ser compartida, sobre todo en aquellas relaciones que terminaron en embarazos, y que dieron origen a un alto índice de niños ilegítimos.

[554] ROJAS RUNCIMAN, "Uniones prohibidas, ¿para quién?", p. 70.

3.2. El amancebamiento: una temporal alianza de voluntades.

La ambigüedad de los términos utilizados en la época de estudio son una limitante al momento de definir algunas faltas, como el amancebamiento, ya que la *Recopilación*, las *Siete Partidas* y el *Concilio Provincial Tercero*, como contenedores de las principales normas que regían las conductas en el periodo colonial, dada la vaguedad de sus referencias, causan confusión. No obstante, el concepto que ofrece el jurista Joaquín Escriche, es de gran ayuda; en su diccionario, basado precisamente en la *Recopilación de las Leyes de Indias* y en las *Siete Partidas*, lo define como el "trato ilícito continuo entre hombre y mujer".[555] Aunque separa dicho término, de las palabras amancebado y amancebarse, en las tres hace la misma referencia, respecto a que es un trato ilícito y habitual entre un hombre y una mujer, sin hacer la especificación de que debían vivir juntos para que se considerase como tal; a diferencia del concubinato, al que sí puntualiza como cohabitar y hacer "vida maridable" sin estar casados.[556]

Hoy en día, para los investigadores, este comportamiento ilícito sigue siendo ocasión de confusión, puesto que algunos autores señalan al amancebamiento y al concubinato como sinónimos, considerando que ambos referían la cohabitación de una pareja sin estar casados;[557] mientras que otros se adhieren a la definición que hizo Escriche a inicios del siglo XIX, viéndolos como conceptos distintos, definiendo al amancebamiento como la relación sexual practicada fuera del matrimonio, cuya característica era la duración y estabilidad de la relación, sin que necesariamente implicase la cohabitación.[558]

Ante estas disyuntivas, decidí avocarme a los documentos judiciales de la época, respeto a las amistades ilícitas, y éstos coincidieron con lo definido por

[555] ESCRICHE, *Diccionario razonado de la legislación civil*, pp. 25-26.
[556] ESCRICHE, *Diccionario razonado de la legislación civil*, pp. 127-128.
[557] SUÁREZ ESCOBAR, *Sexualidad y norma sobre lo prohibido*, p. 225; ROJAS RUNCIMAN, "Uniones prohibidas, ¿para quién?", p. 70.
[558] ORTEGA NORIEGA, "El discurso teológico", p. 47; GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, pp. 27-28; ATONDO RODRÍGUEZ, "De la perversión de la práctica a la perversión del discurso", pp. 149-50; POTHASST, Bárbara, "Amancebamiento y matrimonio en el Paraguay (siglo XIX)", p. 365; MONTOYA GÓMEZ, "La promesa de matrimonio y las representaciones de género".

Escriche, y secundado por Ortega Noriega, Pilar Gonzalbo y varios autores más; las relaciones en las que estuvieron involucrados algunos habitantes de Pátzcuaro, como los españoles don Pedro de Villegas, Agustín Moreno Nava y el mestizo Joseph de Figueroa, evidencian que, aunque enfrentaron querellas criminales por estar públicamente amancebados, sus tratos no incluyeron la cohabitación con sus cómplices, solo se basaron en encuentros constantes por un lapso de tiempo considerable.[559] Los cuales, si bien, se efectuaban a cualquier hora del día, y a veces consistían en pasar la noche juntos y compartir los alimentos, no significaba que viviesen ordinariamente en la misma vivienda. De manera que, se puede determinar que, efectivamente, el amancebamiento era una relación "estable" y larga fuera del matrimonio, pero podía incluir o no la cohabitación ordinaria de la pareja.

Una vez definida la relación ilícita de la que se ocupa este apartado, podemos ya enfocarnos en el objetivo que se tiene dispuesto en él; aunque no sin antes precisar que solo me centraré en los amancebamientos convenidos entre solteros, reservando aquellos que involucraron a casados para el capítulo siguiente, pues por implicar adulterio, merecen su análisis aparte. De manera que, la finalidad de este apartado es indagar en las motivaciones, características y condicionantes que tuvieron los amancebamientos en Pátzcuaro durante el siglo XVII, a fin de establecer parámetros que ayuden a explicar por qué, si se era soltero y en condiciones de contraer nupcias, decidían mantenerse al margen de la bendición sacramental; situación que los colocaba fuera de las buenas costumbres y de la norma.

La relación mantenida por largo tiempo, sin interés o posibilidad de llegar al altar, como fue el amancebamiento, era considerada como una conducta ilícita de importancia; se le juzgaba como pecado debido a la incontinencia sexual que

[559] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, 1 f. "De oficio de la Real Justicia contra Don Pedro Villegas, vecino de la ciudad de México por estar amancebado con una mujer casada", Pátzcuaro, 26 de marzo de 1647; AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629; CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 10, caja 18-A, exp. 3, ff. 738-777v. "Causa criminal contra Joseph de Figueroa, mestizo, por reincidir en el amancebamiento que tiene con Tomasa de la Cruz", Pátzcuaro, 21 de enero de 1701.

exhibía, por efectuarse fuera del matrimonio. De acuerdo con el *III Concilio Provincial Mexicano*, la falta de moderación sexual era un pecado público, puesto que causaba escándalo en la comunidad, por ello se expresaban como una infracción que debía ser denunciada para poner remedio.[560] Aunque en las normas civiles de la época no sea muy clara la personalidad jurídica de esta falta, se sabe que fue elevada a crimen, aun cuando los involucrados eran solteros, por ser considerada un delito que atentaban contra las buenas costumbres, ya que a causa de éste, se perdían virtudes, se quebrantaban hogares, surgían escándalos, crecía la ilegitimidad y se desvirtuaba el matrimonio.

Los bandos locales y las causas criminales seguidas a causa de su cometimiento en la ciudad de estudio, evidencian la prohibición de su práctica y las sanciones a las que estaban sujetos quienes decidían omitirlas, mismas que consistían en pasar un tiempo en prisión, confiscación de bienes y destierro. Sin embargo, su práctica era común, por eso las advertencias continuaron hasta muy avanzado el siglo XVIII, reiterando en los bandos publicados, el llamado a los amancebados públicos para que enmendasen su mala vida y vivieran "desunidos de su ilícito congreso y con temor de Dios Nuestro Señor".[561]

Pero las advertencias eran desoídas y el amancebamiento continuó siendo una forma elegida por muchas parejas para relacionarse de manera consensual, afectiva y sexualmente; en unos casos a partir de una palabra de matrimonio dada, y en otros sin que hubiese un compromiso de por medio. Las modalidades podían ser diferentes, pero partían de un rasgo en común, se practicaban dejando fuera el matrimonio como forma previa de unión. Ante esta principal característica, surge la pregunta del por qué; si bien, en los casos en los que se daba de manera forzada, como ocurría en algunos raptos, quedaría obviada la razón, en los otros donde por voluntad

[560] CARRILLO CÁZARES, *Manuscritos*, pp. 175-178.
[561] CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 17, caja 30-C, exp. 2, ff. 207-208v. "Varios bandos sobre prohibiciones", Pátzcuaro, 3 de enero de 1732.

se encontraban amancebados ¿cuál fue el motivo para que, estando en condición de casarse, decidieran no hacerlo?

La cuestión económica podría ser una razón inicial, al tomar en cuenta que la boda implicaba gastos; sin embargo, considerando el hecho de que solo la velación tenía costo, carecer de dinero no resultaba razón suficiente para no efectuar por lo menos el casamiento. Como ya se señaló en el capítulo II, contraer matrimonio constó del casamiento y de la bendición nupcial o velación, eventos que, aunque compartían el mismo fin, se llevaban a cabo de manera separada. El casamiento ocurría por lo general en casa de alguno de los contrayentes, de algún pariente o amigo de ellos, mientras que la velación se hacía exclusivamente en la iglesia; acontecimiento que aun hoy en día podemos apreciar en las bodas católicas.

Por otro lado, recuérdese que en la ciudad de estudio no era forzoso que tal ceremonia se llevase a cabo, lo que resultó en que su realización fuese opcional, causando que la mayoría de casados decidiera no velarse, de cualquier forma, su matrimonio, aun sin ella, era válido, y en palabras del cura de Pátzcuaro, Juan Pérez Pocasangre era preferible que se casaran, aunque no se velasen, a que vivieran en pecado por estar amancebados.[562]

De manera que, si se podía prescindir de la ceremonia que implicaba gastos, como lo era la velación, la carencia monetaria no era justificación para no casarse. ¿Sería acaso el dinamismo social y económico el que influía en tal decisión? La constante ida y venida de los patzcuarences, podría surgir como posible razón para aplazar o no concertar el casamiento; sin embargo, la ausencia del contrayente queda descartada, ya que, como se refirió con anterioridad, casarse era posible aun y cuando el novio físicamente no estuviera presente.

[562] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Respuesta del cura beneficiado de Pátzcuaro Juan Pérez Pocasangre al auto de visita del Lic. Joseph Madaleno de Mendoza, Juez Provincial, Vicario General y Visitador del Obispado", Pátzcuaro, 22 de junio de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388 [consultado el 12 de agosto de 2023].

De manera que, ni la falta de solvencia económica, ni la ausencia del contrayente, eran justificaciones para no casarse. Todo apunta a una decisión personal de no querer hacerlo, quizá por la oposición a estar en una relación monógama y permanente, optando por la libertad que el amancebamiento ofrecía, presentándose como una alternativa viable para experimentar una vida en pareja, sin comprometerse a la indisolubilidad de la relación. Así se dejaba abierta la posibilidad de que, si ya no querían continuar en ella, o si se presentaba otra oportunidad de unión, quizá más ventajosa, pudiesen abandonarla en cualquier momento.

Sin mayor compromiso que el surgido del pacto verbal y de hecho, podían dejar la relación cuando lo decidieran, sin tener que lidiar con problemas legales, pues su unión carecía de toda legitimidad, de manera que no había una ley o vínculo superior que los obligase a permanecer en ella de por vida, como si sucedía en el matrimonio. Por ello, amancebarse fue para muchos la forma de tener una relación sexual y afectiva constante, con la elección de mostrar la relación abiertamente o no, sin compromiso alguno. Para los que decidían compartir su espacio doméstico, era además la realización de los actos cotidianos efectuados por los casados, pero sin contraer el vínculo indisoluble que definía a la unión legítima.

Según Marcela Suárez, en el amancebamiento podía observarse otra ventaja además de una mayor libertad, pues señala que estas relaciones tenían un menor grado de violencia en su interior.[563] Sin embargo, dicha condición puede ser cuestionada, ya que aun en relaciones de ese tipo se ejercían actos agresivos. En 1622 la india Margarita Carbanda se encontraba amancebada en el pueblo de Acuitzio con el español Francisco de Magallanes desde hacía cinco meses, pero según testigos la aporreaba cada que iban hombres a su casa, pues aseguraba que iban por ella y no buscándolo a él.[564] Margarita terminó huyendo de su lado y de la mala vida que le daba, regresando a casa de su madre en Pátzcuaro.

[563] SUÁREZ ESCOBAR, *Sexualidad y norma sobre lo prohibido,* p. 225.
[564] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 3, 4 f. "Querella criminal de Lucía Carbanda viuda contra Francisco de Magallanes por llevarse a su hija contra de su voluntad", Pátzcuaro, 13 de noviembre de 1622.

Aunque dijo a la Real Justicia que huyó por apartarse de estar en pecado, es evidente que la mala vida que le daba Francisco, la empujó a hacerlo; animada también por el hecho de que, por no estar casados, no podía obligarla a regresar, lo cual le permitió salir de la relación y contar con el amparo de la Justicia para que Francisco no la molestase. Difícilmente su decisión pudo surgir de una repentina culpa moral por vivir con alguien sin estar casada, pues ya era la segunda vez que lo hacía; antes de Francisco había estado amancebada con un indio plumajero, del que, debido a la intervención de la Real Justicia que los aprendió y sancionó con la separación, tuvo que apartarse.

De tal forma que, el menor grado de violencia no es tan visible, pero aun en esos casos, se tenía la ventaja de salir de esa situación, o de un amancebamiento en general, relativamente más fácil, debido a la libertad que se tenía, ya que no ocupaban pasar por los filtros del juzgado eclesiástico para librarse del amancebamiento en el que se encontraban y que ya no era de su agrado. En el pacto que surgía entre los amancebados se encontraba la libertad de dejar la relación cuando lo considerasen necesario, sin que interviniesen mayores impedimentos para la separación; a menos claro, que hubiese una palabra de matrimonio de por medio, en cuyo caso, había otras condicionantes que ya mencionaremos. Fuera de esa situación, la unión y rompimiento de esas relaciones no tenían restricciones, a diferencia del matrimonio, que, por implicar la indisolubilidad del vínculo, no admitía la posibilidad de otra relación, al menos no de manera lícita mientras el otro cónyuge viviera.

3.2.1. Un convenio de cohabitación espontáneo e informal.

La falta de sentimientos y armonía en las relaciones, así como la violencia e infidelidad, eran condiciones que en el matrimonio debían sobrellevarse y ser soportadas, para prevalecer la unión, pues estas y otras situaciones comúnmente formaban parte del pesado yugo conyugal;[565] en cambio, en los amancebamientos, la infelicidad no tenía

[565] GONZALBO AIZPURU, "Introducción a pasiones y conveniencias en la vida cotidiana", p. 303.

por qué ser tolerada y mantenida. La vida conyugal estaba plagada de vaivenes, situación que hacía dudar a más de alguno en la pertinencia de contraer nupcias y legitimar su unión. Tanto en la península como en el nuevo mundo, la idea de que "era mejor formar una buena unión, aunque no estuviese bendecida, antes que un mal matrimonio",[566] era bastante común, por eso, como señalan Stuart Schwartz y Jorge Luis Rojas, varias parejas decidían mantenerse en ese tipo de uniones, aunque al hacerlo, estuviesen cometiendo un delito.

Las relaciones tenidas en los amancebamientos a veces eran más armoniosas que las de los casados, y esa condición no pasaba desapercibida para los vecinos, al contrario, por ser testigos de ello no los denunciaban. Los tratos de Dorotea de Secadura y Joseph de los Reyes, que salieron a relucir hasta 1687, databan de seis años atrás, pero quedaron suspendidos con la salida de éste de la ciudad. A su regreso y tras reafirmarle la promesa de matrimonio que le había dado antes de irse, decidieron vivir como marido y mujer durante dos años. Su amancebamiento era conocido por sus vecinos y allegados, quienes consentían su relación, ya que vivieron juntos en diferentes sitios, un tiempo en casa de Domingo Orozco, amo de Joseph y después en casa de una tía suya; en ambos lugares contaron con la aceptación y permiso de los dueños para que cohabitasen ahí, aun sabiendo que no estaban casados. La promesa de un futuro enlace se los permitió.[567]

Con una palabra de casamiento de por medio, era normal que la pareja cohabitase, por eso a nadie le sorprendía, ni causaba mayores malestares que aun sin estar casados vivieran juntos. Nicolás y Francisca, luego de haber contraído esponsales, también decidieron cohabitar; Nicolás se mudó a la casa de ella, donde vivía con sus hermanos,[568] lo cual fue visto con normalidad entre la familia y los vecinos, por ser los

[566] SCHWARTZ, "Pecar en las colonias. Mentalidades populares", p. 59; ROJAS RUNCIMAN, "Uniones prohibidas, ¿para quién?", p. 70.
[567] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59, f. 3. "Petición de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687.
[568] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 6-24. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio

esponsales el inicio de una forma social de matrimonio.[569] Sin embargo, hubo parejas que se amancebaron sin efectuar un compromiso previo, prolongando por años la relación en ese estado, procreando hijos dentro de ellas, y aun así su unión pasó sin cuidado para los vecinos.

La explicación a ello se encuentra en la proximidad y nexos de estas parejas con su comunidad, ya que en efecto, como señala Rojas Runciman, los amancebados no se ubicaban al margen de la sociedad, sino dentro de ella; participaban activamente en las distintas dinámicas sociales, económicas, productivas y religiosas de su entorno, lo que generaba el establecimiento de vínculos con quienes compartían estos diferentes espacios, por eso eran tolerados.[570]

El zapatero Diego de Carreón estaba amancebado desde hacía dos años con una india llamada Ana, a quien trataba como su legítima mujer y con quien tenía un hijo; aunque era notoria su relación nadie los había denunciado aún. Quizá su oficio y el contacto con sus vecinos evitó que le acusaran, quedando descubierta su situación por "casualidad", debido a una de las rondas nocturnas que los tenientes de alcalde mayor y del alguacil efectuaban ocasionalmente.[571] De esa misma forma fueron descubiertos también los indios Juan Tzitziqui y Catalina Guani, que ya tenían varios años juntos.[572] Aunque ambos eran viudos, y por tanto libres para casarse, no habían tenido la intención de hacerlo, hasta que, seguramente por ser reconvenidos por la autoridad, tan solo tres meses después de haber sido sorprendidos, contrajeron nupcias. Luego de hacer los trámites correspondientes y las amonestaciones, la boda se llevó a

de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.

[569] MCCAA, "Gusto de los padres, inclinaciones de los novios", p. 598.

[570] ROJAS RUNCIMAN, "Uniones prohibidas, ¿para quién?", p. 71.

[571] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 12, exp. 3, 2 f. "Cabeza de proceso de oficio de la Real Justicia contra Diego Carrión por estar amancebado", Pátzcuaro, 7 de abril de 1649.

[572] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 3, 1 f. "Denuncia de Martín de Gutiérrez Teniente de alguacil mayor contra Juan Tzitziqui y Catalina Guani, indios por amancebados", Pátzcuaro, 17 de septiembre de 1638.

cabo, y para que no hubiese lugar a dudas, entre los testigos, estuvo el fiscal mayor de los naturales de la ciudad.[573]

Aunque los descubrimientos parecían ser al azar, seguramente se debían a la alerta de algún vecino, por eso los funcionarios sabían a qué casas entrar; pero la negativa de entablar formalmente una denuncia, deja ver que no todos querían involucrarse en pleitos legales y optaban por el anonimato. Independientemente de cómo se enterase la justicia, es evidente que podían pasar varios años para que la relación ilícita llegase a su conocimiento. El amancebamiento de los españoles Leonor de Colonia y don Antonio de Pissa y Pareja, que dio origen a dos hijos, pasó sin mayor cuidado durante más de tres años.[574]

Don Antonio había llegado de la ciudad de México hacía seis años, y había entablado vínculos con algunos españoles de la ciudad, entre ellos el cirujano Jacinto Navarro, es posible que por eso, y porque gozaba de una posición importante en la ciudad, como la anteposición del "don" a su nombre lo indica, a pesar de que no tenía mayores miramientos para mostrar su convivencia con Leonor y decir abiertamente que los niños eran suyos, nadie lo denunció en Pátzcuaro; la acusación se hizo en Valladolid ante el Provisor y de forma anónima.

Los españoles de posición económica o de rango importante en la ciudad, no estuvieron exentos de tener comportamientos que atentaban contra la moral sexual que las buenas costumbres sustentaban, ni tampoco de tarde o temprano ser denunciados por ello. El escándalo que se producía por la publicidad de una relación ilícita, que era lo que la convertía en delito, se agravaba cuando la potestad que tenía en sus manos corregirla, se convertía en transgresor, al cometer la misma falta que

[573] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Juan Tzitziqui y Catalina Uani indios viudos", Pátzcuaro, 03 de diciembre de 1638. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-YW?i=408&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 14 de septiembre de 2023].

[574] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 72, exp. 12, 2 f. "Proceso contra don Antonio de Pissa y Pareja vecino de la ciudad de México residente en la de Pátzcuaro por públicamente amancebado", Valladolid, 10 de enero de 1669.

debería juzgar. Don Francisco Díaz de la Calle y Madrigal estaba amancebado con una mujer llamada Nicolasa, su falta se tornaba aún más controversial y escandalosa, no solo por ser un español de estatus social alto, sino porque se trataba nada más y nada menos que del Alcalde Mayor de Michoacán.[575]

A pesar de que mantenía siempre a Nicolasa en un aposento de las Casas Reales, sin dejarla salir más que a misa, según la deposición del Regidor, del Escribano Público, del Alguacil Mayor de Pátzcuaro y de otros tres testigos, en la ciudad todos los tenían por "públicos concubinarios".[576] Su relación databa de quince años y en ella habían tenido hijos, pero hasta entonces nadie se había atrevido a denunciarlo, pues, además de tener un temperamento sumamente osado, se trataba de la figura de autoridad laica más sobresaliente de la Provincia michoacana.

No era la primera, ni la única vez que un funcionario de alto rango se veía envuelto en escándalos, a causa de una relación ilícita o de la evasión de responsabilidades conyugales. Lo mismo oidores, que alguaciles, en este caso, alcaldes e incluso clérigos, se amancebaban, cohabitaban y tenían hijos sin estar casados, algunos abandonaban a su esposa y se desentendían de los compromisos matrimoniales contraídos, sin que les preocupase demasiado las consecuencias, puesto que se conducían sin mayor recato, volviendo su conducta pública y notoria.[577]

Don Francisco, desde que entró en la ciudad, llegó acompañado de la referida Nicolasa, quien junto con él entró en "litera pública," y según refirieron algunos testigos, los sirvientes pedían se le atendiese, pues era "muy de la obligación

[575] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 66, 11 f. "Sobre la ilícita amistad que tiene el alcalde mayor de la ciudad de Pátzcuaro don Francisco Díaz de la Calle y Madrigal con una mujer llamada Nicolasa", Valladolid, 10 de febrero de 1691.
[576] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 66, f. 4. "Testificaciones sobre la ilícita amistad que tiene el alcalde mayor de la ciudad de Pátzcuaro don Francisco Díaz de la Calle y Madrigal con una mujer llamada Nicolasa", Valladolid, 10 de febrero de 1691.
[577] CALVO, "Calor de hogar: las familias del siglo XVII en Guadalajara", pp. 316-317; ALFARO RAMÍREZ, "¿Quién encarceló al alguacil mayor de Puebla?", p. 32-60.

del alcalde mayor."[578] A pesar de ser evidente la relación ilícita, nadie se atrevía a tomar en sus manos la responsabilidad de acusarlo. La importancia de la imagen simbólica nuevamente sale a relucir, pues en privado, el desenvolvimiento de su vida personal no siempre correspondía con la imagen proyectada al exterior.

Como las relaciones ilícitas parecían no poder ser evitadas ni controladas, la solución frecuentemente era, o la legalización y formalidad de la relación, mediante el matrimonio, o la definitiva separación de la pareja. A pesar de que las acciones asociadas con el deseo o cualquier forma de conducta "impulsiva y esclavizante", eran motivos reprobados para contraer nupcias,[579] la problemática surgida a raíz de una relación prohibida, hizo que dicha concepción fuera pasada por alto, y al contrario de impedir su realización, se buscó la culminación de ésta en un enlace matrimonial. Quizá así se lograría resarcir el daño que hubiese causado a la moral y al orden, a la familia, a la sociedad y a la imagen propia, el comportamiento desviante efectuado. Esto por supuesto cuando la pareja estaba integrada por personas solteras y en condiciones de casarse.

Pero a veces sucedía que la persona estaba imposibilitada, no por estar casada, sino por tener un compromiso religioso que le impedía contraer nupcias. El fraile Fernando Villalba, religioso de la Orden de San francisco, hacía diez años que estaba amancebado con una comadre suya, que según decían estaba casada. Vivían como marido y mujer, tenían hijos juntos, la llevaba con él a todos los pueblos de la Provincia de Michoacán donde había sido guardián, Taximaroa, Valladolid, y finalmente en Pátzcuaro, donde incluso le hizo una casa "muy cumplida", como refería fray Francisco Cabeza de Vaca, el franciscano que realizó la denuncia ante el Santo Oficio. Aunque Villalba fue trasferido a servir en el convento de Nuestra Señora de la

[578] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 66, f. 4. "Testificaciones sobre la ilícita amistad que tiene el alcalde mayor de la ciudad de Pátzcuaro don Francisco Díaz de la Calle y Madrigal con una mujer llamada Nicolasa", Valladolid, 10 de febrero de 1691.
[579] SEED, *Amar, honrar y obedecer*, p. 74.

Asunción en Erongarícuaro, su acusador refería que, como dicho pueblo no estaba a más de dos leguas de la ciudad, "muy de ordinario iba a verla con nota grande".[580]

Efectivamente, los clérigos en Pátzcuaro no estuvieron exentos de enrolarse en líos amorosos, el caso del franciscano Fernando Villalba, así como el de otro religioso cuyo nombre se desconoce, pero se sabe, tenía amistad ilícita con una mujer llamada Catalina de Figueroa,[581] dan cuenta de la existencia de relaciones clandestinas entre mujeres laicas y religiosos, cuyos comportamientos resultaban aún más reprobables, debido a la incontinencia sexual que su conducta denotaba,[582] misma que tenía que ver con el atentado a la castidad, uno de las principales premisas que debían cumplir.

El *Concilio Tercero* expresaba que "ningún clérigo de orden sacro, de cualquiera calidad que sea, se atreva a tener concubina dentro o fuera de su casa, ni frecuente las casas de semejantes mujeres, ni tenga trato ni comunicación con ellas";[583] de modo que se trataba de un delito grave, que ameritaba corrección. El primer paso era la amonestación, si se continuaba en la ilícita amistad y además su investidura religiosa poseían beneficios, podía quedar privado *ipso facto* de la tercera parte de los frutos y productos de ellos, incluso sería suspendido de sus funciones por el tiempo que al Juzgado Eclesiástico le pareciere conveniente.[584]

De modo que, cuando el matrimonio, como medida de legitimar una unión ilícita, no rendía frutos, o bien, cuando las personas involucradas no estaban en condiciones de casarse, se debían tomar otras medidas. La resolución dictaminada ante tales situaciones tenía que ser determinante, por lo que la única manera de remediar el problema era la separación definitiva de la pareja, para con ello, alejar a los

[580] AGN, inquisición, vol. 322, exp. 59, f. 1-1v. "Denuncia de fray Francisco Cabeza de Vaca contra fray Fernando Villalba por criticar los buletos del Papa y estar amancebado con una comadre suya", México, 10 de septiembre de 1619.
[581] AGN, inquisición, caja 5097, exp. 010, f. 7. "Fragmento de las declaraciones de varias personas ante el Tribunal del Santo Oficio sobre el comportamiento del padre Diego de Estrada de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1694.
[582] PÉREZ ÁLVAREZ, "Curas y amancebadas", p. 6.
[583] *Concilio III Provincial*, libro quinto, título X, p. 248.
[584] *Concilio III Provincial*, libro quinto, título X, pp. 248-249.

involucrados de "tan abominable vicio, y [sacarlos] del riesgo en que se hallaban sus almas".[585]

Ahora bien, existe otra problemática que merece atención, ya que debido a ella es que algunas parejas terminaban amancebándose. No todas las relaciones, aunque estaban en condiciones de ser efectuadas, contaban con la aprobación de la familia y conocidos, ya fuese por el grupo social de las implicados, por su condición económica o por su mala reputación, el hecho es que su unión era prohibida, pues en la época virreinal se esperaba que los sujetos formaran parejas con personas con quienes compartían la misma calidad; entendida ésta como una clasificación en la que se tomaban en cuenta los caracteres étnicos, la situación económica y la posición social.[586]

Cuando no era así, las diferencias hicieron que algunas jóvenes huyeran de su casa y se amancebaran. La mestiza Isabel Abasolo tenía una relación ilícita con Cristóbal Pérez, a quien se le atribuía la fama de ser un hombre de mala vida y costumbres; su relación probablemente no era aprobada por Juana Abasolo su madre, ni por Hipólito Álvarez dueño de la casa donde ambas vivían y trabajaban como sirvientas desde hacía doce años, situación que causó que aceptase huir con Cristóbal, escalando las bardas de la casa y llevándose consigo algunas pertenencias de Hipólito, así como 15 pesos de oro común que hurtaron.[587]

Se escondieron en la casa de una india llamada Luisa Zipacua, que les dio asilo, pues le debía dinero a Cristóbal, pero solo estuvieron allí un día, después se fueron sin que nadie supiese a dónde. Aunque no se menciona, es posible que Cristóbal trabajase en la misma casa, ya que los testigos referían haberlo visto entrar al aposento de Isabel durante la noche, sin que su presencia en el lugar les causara extrañeza; quizá se conocían por ambos trabajar en el mismo sitio, es posible que así iniciara su relación.

---

[585] *Concilio III Provincial*, libro quinto, título X, p. 247; GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, p. 63.
[586] GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, p. 24.
[587] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 5, 3 f. "Querella criminal de Hipólito Álvarez contra Cristóbal Pérez por hurtarle a Isabel mestiza, sirvienta", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1602.

A veces la atracción surgía de un contacto continuo y largo conocimiento, había jóvenes que se conocían desde niños porque habían crecido juntos, como los indios Felipe y Lucía, que desde que tenían cinco años se quedaron al cuidado de Antonio de Sosa. Ella debido al fallecimiento de su madre, la cual le encomendó su cuidado al dicho Antonio; en el caso de Felipe no se sabe por qué se encontraba con él desde pequeño y continuaba bajo su potestad, trabajando en su labor de Jopomeo, si él no era huérfano, su madre vivía en Erongarícuaro.

En su caso, más que el deseo de libertad y oposición a casarse, se encontraba el obstáculo de poder hacerlo, quizá por impedimento del mismo Antonio, ya que a Lucía la había criado como una hija más, compartiendo los aposentos con los hijos de éste, y según sus palabras con todo recogimiento y honestidad, pues había prometido a su madre que no saldría de su poder hasta que por su propia "mano y voluntad fuese casada". A Felipe, aunque también lo había criado desde pequeño, quizá debido a que ya era un hombre viudo, no lo consideraba digno de Lucía; de modo que, temiendo la oposición a su relación, decidieron huir. Pero su interés no era vivir en amancebamiento, sino contraer matrimonio, como un testigo lo aseguró, al señalar que el mismo Felipe le dijo que se dirigían a Erongarícuaro a casa de su madre para poder casarse.[588]

Probablemente las diligencias efectuadas, tras la denuncia de Antonio, para que fueran localizados rindieron fruto, lo que posibilitó que fuesen traídos a la ciudad y unos días después el matrimonio tuviera lugar; siendo el mismo Antonio de Sosa testigo de la unión sacramental. No obstante, las circunstancias en las que ocurrió fueron complicadas, ya que se sabe que Felipe se encontraba muy grave en el hospital de Santa Marta a causa de una enfermedad, por ello el matrimonio se llevó a cabo en dicho sitio y prescindiendo de las amonestaciones.[589]

[588] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 7, ff. 3-4. "Querella criminal de Antonio de Sosa contra Felipe por hurtarle una muchacha", Pátzcuaro, 7 de septiembre de 1638.
[589] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Felipe Rodríguez indio viudo y Lucía Román india soltera", Pátzcuaro, 18 de septiembre de 1638. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-YW?i=408&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 14 de septiembre de 2023].

De manera que, en algunos casos, amancebarse era el primer paso para poder llegar al matrimonio; cuando las opciones se agotaban, huir y vivir amancebados un tiempo era la única posibilidad para mantenerse juntos. Ante la oposición de parientes o tutores, la huida o el rapto era el recurso utilizado por los jóvenes, quienes convencidos de quebrantar dicha obstrucción,[590] decidían amancebarse. Es así que, no en todos los casos el amancebamiento fue una oposición deliberada a contraer nupcias, sino solo una situación que, debido a las circunstancias, antecedía al enlace conyugal. Aunque esta condición no fue la común, generalmente lo que buscaban al amancebarse era la libertad de estar en una relación mientras les pareciera placentera, y poder dejarla cuando perdiese importancia.

[590] GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, pp. 56-57.

3.3. La ambigüedad de las ilícitas amistades y su libertad.

La libertad era placentera pero engañosa, para unos significaba la oportunidad de estar con quien deseaban, pese a impedimentos u oposiciones, para otros era la facilidad de apartarse de una relación sin ataduras. Para los moralistas la sexualidad practicada al margen del matrimonio era pecaminosa, pues surgía de la desmesura de pasiones que no podían controlar, de ese "apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites" que, en palabras de Fray Luis de Granada, era la lujuria.[591] Según el fraile español, cuyas famosas obras y sermones sirvieron de modelo hasta muy avanzado el siglo XVIII, la lujuria era un vicio que tenía "muy dulces principios y muy amargos fines, muy fáciles las entradas y muy dificultosas las salidas";[592] concepción basada seguramente en los inconvenientes que surgían de las relaciones no bendecidas, que dejaban a la deriva la honra de jóvenes, familias, y en varias ocasiones hijos, que llevaban a cuestas el estigma de la ilegitimidad.

En Pátzcuaro los amargos finales, producto de relaciones sexo-afectivas carentes de garantía y legitimidad, fueron una trágica y cotidiana realidad, ya refería en páginas antecedentes el alto índice de niños nacidos al margen del matrimonio, cuya documentación sostiene el activo dinamismo que la sexualidad prenupcial y extraconyugal tuvo en Pátzcuaro, donde las relaciones ilícitas eran comunes, con palabra de casamiento de por medio o sin ella. Si bien, promesa y relaciones íntimas caminaban de la mano,[593] utilizando el compromiso verbal como justificación para iniciar una relación sexual, éste no suprimía la responsabilidad de mantener firme la voluntad y no sucumbir ante el deseo carnal.

Los problemas surgidos debido a palabras de matrimonios fallidas, no eran una particularidad de la ciudad de estudio, sino una muestra de que tales situaciones que se tenían tanto en las colonias americanas como en España, se proyectaban aun en espacios más reducidos poblacionalmente. Los recursos y

[591] DE GRANADA, *Guía de pecadores,* p. 200.
[592] DE GRANADA, *Guía de pecadores,* p. 200.
[593] CANDAU CHACÓN, "Entre lo permitido y lo ilícito", p. 13.

estrategias utilizadas fueron las mismas, por eso el llamado de los moralistas pretendía tener resonancia en la sociedad en general, porque independientemente de la ubicación espacial, el orden moral impuesto debía prevalecer, pero su cumplimiento se veía vulnerado con la sexualidad practicada al margen del matrimonio, lo cual dejaba expuestas a las mujeres involucradas, trayendo consigo múltiples inconvenientes.

De tal forma que, las relaciones ilícitas amparadas en la libertad, solían ser una ventaja para muchos, pero una desventaja para otros, comúnmente para las mujeres, que con frecuencia quedaban desacreditadas tras ser abandonadas, o tras ventilarse su situación. A lo que se sumaba que, en más de un caso, tuvieron que afrontar solas la responsabilidad de los hijos procreados en dichas relaciones, los cuales por su condición eran ilegítimos. En esas circunstancias, y contando con fundamentos legales, como una palabra de casamiento de por medio, apelar a la justicia fue una opción viable.

La exposición pública era una potencial consecuencia de las relaciones no bendecidas, aun con palabra de casamiento de por medio. Cuando su cumplimiento se tornaba incierto, recurrir a los juzgados para así lograr el matrimonio y reparar el daño causado, resultó tentador; por eso varias mujeres, por decisión propia o por la de sus allegados, interpusieron una demanda por el incumplimiento de la promesa matrimonial. Si la querella no culminaba en matrimonio, al menos les otorgaba mayores esperanzas de que así fuera, o de obtener una indemnización económica, siempre y cuando el juez considerase que había fundamentos suficientes; aunque en la ciudad de estudio, tales pretensiones solo en pocos casos fueron obtenidas.

La ventilación de su comportamiento terminó siendo su única posibilidad para remediar su situación, aspirando al amparo de haberlo hecho bajo promesa de casamiento. La sexualidad ejercida fuera del matrimonio, a pesar de ser inmoral, podía admitir una disimulada tolerancia, de acuerdo a las circunstancias; las mujeres que accedían a ella bajo promesa de casamiento, aun cuando la boda no llegara a efectuarse, se distinguían de aquellas que lo habían hecho sin la posibilidad ni

garantía de un futuro enlace.[594] En diversos espacios del Michoacán colonial, fue bastante común encontrarse con querellas iniciadas a causa de esponsales rotos; en ellas, las mujeres se decían engañadas, y justificaban que, bajo falsas promesas de matrimonio, habían accedido a encuentros sexuales.[595]

Ante la negativa de hacer efectivo el cumplimiento de la palabra de matrimonio dada, o al enterarse que el susodicho pensaba casarse con otra, dejando su posición a la deriva, las afectadas no se quedaron impasibles, al contrario, acudieron a instancias legales para evitarlo. Úrsula Sánchez, Josepha de los Reyes y Nicolasa de Anguiano, al igual que Isabel del Castillo, Francisca Hernández, Teresa Gómez y Dorotea de Secadura, acudieron personalmente a demandar el cumplimiento de una palabra de casamiento en deuda.

Otras querellas se iniciaban a través de los allegados de las mujeres afectadas, ya que no solo se buscaba la reparación del daño causado a la honra de la joven, sino el efectuado al quebrantar la casa donde ellas vivían; de modo que el pleito legal era iniciado por los dueños de la vivienda. Bartolomé de Arévalo, junto con su esposa Luisa de Mendoza, fueron quienes denunciaron a Lázaro de Tovar, no la propia Magdalena. Lo mismo sucedió con Ana de la Cruz, don Pedro Pantoja de Velasco, de quien era sirvienta, fue quien estableció la querella en contra de Agustín Moreno Nava por haberla estuprado y haber quebrantado su casa.[596]

Algunas fructificaban y el matrimonio se realizaba unos meses después, Teresa Gómez se casó con Joseph de los Reyes en 1688,[597] y Ana con Agustín en

[594] TWINAM, "Honor, sexualidad e ilegitimidad", p. 145.
[595] GONZÁLEZ FLORES Y MARÍN TELLO, "Estrategias femeninas ante el incumplimiento a la palabra de matrimonio"; GUZMÁN PÉREZ, *Las mujeres michoacanas antes de 1810*, p. 14.
[596] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[597] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, matrimonios 1688-1802. "Casamiento de Joseph de los Reyes y Teresa Gómez, mulatos", 22 de diciembre de 1688. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5YV3-4?i=220&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A68HP-Z9H1 [consultado el 25 de julio de 2023].

1622;[598] como ya se había referido en su momento, la reparación del honor a través del matrimonio, para la sociedad colonial era más importante que los medios utilizados para conseguirlo.[599] Sin embargo, aunque la boda simbólica y legalmente remediaba el daño al honor de la joven y de la familia, no garantizaba una vida armoniosa. Ana tuvo una infortunada vida matrimonial al lado de Agustín, la violencia y el adulterio, asuntos del que me ocupo en el siguiente capítulo, fueron el precio que tuvo que pagar por un matrimonio mal avenido.

Para otros las denuncias fueron en vano, pues pese a los intentos de Bartolomé de Arévalo, para que Lázaro cumpliese su palabra y se casara con Magdalena, reconociendo al hijo que tenían, no pudo contra los ataques del abogado de Tovar, quien desacreditaba todo lo que la familia Arévalo de Mendoza intentaba probar; a Magdalena la exponía como una mujer mundana, y a la familia como ventajosa, pues aseguraba que solo querían perjudicar a su cliente y aprovecharse de su calidad, valiéndose del hecho de ser "hijo de padres principales y honrados".[600] La situación se tornó tensa e infructuosa para los demandantes, que finalmente optaron por apartarse de la querella.

Si bien, ellas buscaban ampararse bajo la consideración de débiles, vulnerables y "engañadas", también entraba en escena la postura de los varones demandados, que generalmente se excusaban en el comportamiento indecente de las jóvenes, exponiéndolas como libertinas.[601] De modo que, aunque las querellas por dicha cuestión, para varias mujeres resultaron ser una estrategia para concertar un matrimonio que se aplazaba o cuya realización se tornaba dudosa, si la boda no se

[598] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro, matrimonios, 1570-1950. "Casamiento de Agustín Moreno y Ana de la Cruz", 27 de noviembre de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388 [consultado el 29 de marzo de 2023].
[599] CARDONA AMAYA, "Validez jurídica de la palabra de matrimonio," p. 25.
[600] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 74, exp. 61, f. 10. "Proceso sumario por querella de Bartolomé de Arévalo contra Lázaro de Tovar y Joseph de Sosa por haber quebrantado su casa y estuprado a Magdalena de Mendoza", Pátzcuaro, 7 de febrero de 1605.
[601] GONZÁLEZ FLORES y MARÍN TELLO, "Estrategias femeninas ante el incumplimiento a la palabra de matrimonio", pp. 49-51; CANDAU CHACÓN, "El matrimonio presunto, los amores torpes y el incumplimiento de la palabra", pp. 50-51.

efectuaba, a lo más que podían ser acreedoras era a una indemnización que oscilaba entre los 20 pesos de oro común;[602] y en otros desafortunados casos ni a eso, ya que lo único que obtenían era el escarnio sobre su perdida virtud, al ser tratadas con adjetivos denigrantes, como "mujer mundana", "mundana pública" o "pervertida y usada"; a lo que con frecuencia se sumó el peso de ser solteras y madres a la vez.

Al entablar un pleito legal, las mujeres se exponían al descrédito y la deshonra;[603] pues ante una conducta sexual ilícita, aunque hubiese palabra de matrimonio de por medio, el ataque a la reputación de las jóvenes era persistente. Su conducta denotaba falta de virtud moral, pues la idea prevaleciente era que la mujer debía mantenerse firme ante las proposiciones masculinas, para así cuidar su reputación y mantener íntegros tanto su honor como su virginidad.[604]

Pero tal idea formaba parte de un imaginario que, como puede verse, escasamente fue llevado a la práctica. Por otra parte, cuando el discurso de ataque buscaba reforzarse, se recurría también a la diferencia de calidades. Tanto en América como en la península, cuando la afectada pertenecía a un estrato social inferior al del acusado, la apelación a tales diferencias fue un argumento constante para desacreditar la demanda por incumplimiento de palabra.[605]

Por esas condiciones, emanadas de una sexualidad practicada libremente, surgía la exhortación de los teólogos y moralistas a no dejarse llevar por las palabras. Sus llamados, aunque en diferentes temporalidades, con lenguaje y ejemplos diferentes, poseían la misma idea, no confiar en promesas futuras; pues como decía Joan Estevan "las cosas venideras no lo son todavía, y de lo que no es, no se ha de hacer juicio que tenga firmeza y estabilidad".[606] Los tratados, a manera de

[602] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, f 13v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698.
[603] RAMÍREZ MÉNDEZ, *Amor, sexo y pecado en Mérida colonial*, p. 206.
[604] SEED, *Amar, honrar y obedecer*, p. 89; LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 69.
[605] CANDAU CHACÓN, "El matrimonio presunto, los amores torpes y el incumplimiento de la palabra", p. 50.
[606] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, pp. 296-297.

advertencia, insistían en las consecuencias que podían traer, especialmente a las mujeres, tener contacto sexual antes de casarse. Juan Luis Vives refería los peligros principales a los que se exponían quienes usaban "del amor" antes que de las nupcias, y en ellos sobresalían, el abandono una vez saciado el deleite, y la extinción del fuego del amor, que en los "primeros abrazos de la boda", si ésta se realizaba, podría apagarse de golpe y extinguirse, condenando a los esposos a una vida desgraciada.[607]

El abandono fue la consecuencia más común, por eso las demandas de cumplimiento de palabra matrimonial, pero la realización del matrimonio, a consideración del fraile, tampoco garantizaba un verdadero triunfo. Para el humanista del siglo XVI, casarse debido a un amorío previo, o por obligación, traía resultados adversos, pues decía que, si las nupcias no eran contraídas por voluntad, sino por mano de la justicia, terminarían en una mala vida, donde los golpes y malos tratos gestarían "la furia de la enemistad" y el deseo de los cónyuges de apartarse;[608] añadiendo que ejemplos de ello había muchos diariamente.

Resulta lógico que un matrimonio obligado llevase a la desventura de la pareja, ya lo veíamos en el caso de Ana de Cruz y Agustín Moreno, cuya unión se dio por la querella interpuesta, lo que dejo como resultado una unión legitima, pero forzada; misma que, debido a ello, desbocó en desgracia, al estar llena de violencia, infidelidad e intentos de asesinato.

De manera que, las reconvenciones no eran producto simplemente del aleccionamiento moral de la sociedad, sino que surgían de la realidad que se vivía en su momento y conocían bien, pero que, pese a las múltiples e insistentes advertencias, se repetía constantemente. María Luisa Candau, considera que, debido a la situación que se vivía en el mundo hispánico, no hacían falta tantos avisos para ratificar la existencia de la sexualidad ilícita; su práctica habitual y sus comúnmente funestos desenlaces, hablaban por sí solos.[609] Ante esta realidad, un hecho innegable que se

[607] VIVES, *Instrucción de la mujer cristiana,* pp. 208-209.
[608] VIVES, *Instrucción de la mujer cristiana,* pp. 208-211.
[609] CANDAU CHACÓN, "Entre lo permitido y lo ilícito", p. 13.

reitera es que, las consecuencias desfavorables de las relaciones ilícitas por lo regular eran sufridas por las mujeres.

Al ser ellas las portadoras del honor sexual, el haber estado envueltas en líos legales, debido a una palabra de matrimonio incumplida bajo la cual habían perdido su virginidad, era una situación que ponía en entre dicho su reputación y con base en ello se les atacaba y tenía por livianas. Magdalena, Úrsula e Isabel, no solo expusieron su honor y tuvieron que aguantar los ataques a su reputación, sino que además fueron testigos de cómo los hombres con los que días antes habían estado relacionadas, se comprometían con otras mujeres y seguían libremente su vida, mientras que ellas asumían solas las consecuencias de sus actos y los costos de éstos. Algunas además debían aguantar que los susodichos negaran la paternidad de su prole, como Joseph de los Reyes, que se oponía a reconocer que los hijos de Teresa fueran de él, refiriendo que como él no paraba en la ciudad y tardaba años en volver, no podían ser suyos.

La pérdida de una querella que ponía en juego el honor, fue un duro golpe para muchas, no sabemos a ciencia cierta qué sucedía con ellas después; por ejemplo, no sabemos si Magdalena permaneció soltera, si tuvo más hijos o si se casó, ya que, aun intentando rastrearla en los registros parroquiales, por no ser la única en la ciudad con ese nombre,[610] no se puede asegurar cual fue su suerte, aunque lo que es un hecho es que tuvo que asumir su maternidad en soltería.

[610] Hay varios registros entre 1612 y 1618 referentes a dos Magdalenas de Mendoza, uno de 1612 señala a una de ellas en situación similar de la de nuestro estudio, bautizando a un hijo ella sola y un año después contrayendo matrimonio. México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, bautismos 1597-1665, 1691-1699. "Bautismo de Joseph, hijo de la Iglesia y de Magdalena de Mendoza mestiza", 13 de febrero de 1612. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LS5-86?i=36&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A6JCM-CSL2 [consultado el 21 de julio de 2023]; México, Michoacán, registros parroquiales y diocesanos, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Miguel Gutiérrez y Magdalena de Mendoza", 13 de febrero de 1613. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-HQ?i=19&cc=1883388 [consultado el 21 de julio de 2023]. Otra partida matrimonial, pero correspondiente a 1618, menciona a una mujer del mismo nombre que se casó con Diego Gómez, junto con quien dos meses después figura celebrando el bautismo de su hijo; ésta última es referida como hija de la Iglesia, es decir, no tenía padres, quizá pudo tratarse de ella, pero también de otra mujer. México, Michoacán, registros parroquiales y diocesanos, matrimonios 1596-1697. "Casamiento de Diego Gómez y Magdalena de Mendoza", Pátzcuaro, 3 de febrero de 1618.

Pero había otras como Dorotea de Secadura que, luego de una boda frustrada, ya no se casaban. Ella permaneció soltera hasta el día de su fallecimiento en 1712;[611] las razones del porque no se casó son desconocidas, quizá fue porque lo sucedido dejó un estigma en su reputación y eso le impidió otra posibilidad matrimonial, o simplemente por decisión propia quiso permanecer soltera. Cualquiera que haya sido el futuro de esas mujeres, es evidente que las relaciones ilícitas causaron estragos en su vida personal.

Hubo relaciones que lograron pasar inadvertidas por años, saliendo a relucir solo a través de la deposición directa de alguno de los involucrados, con la autoacusación en el confesionario o por una denuncia formal contra su cómplice ante la autoridad. La ilícita amistad que tenía el indio Nicolás Martínez con la mulata esclava Isabel del Castillo, es ejemplo de ello, ya que salió a la luz hasta 1689, casi dos años después de que comenzara, y solo porque Isabel demandó el cumplimiento de la palabra de matrimonio que aseguraba Nicolás le había dado.[612]

Nicolás estaba casado, pero eso no fue impedimento para que la comunicación entre ellos iniciara, y más aún prosiguiese tras la muerte de su esposa, ocurrida un año después. Ni el matrimonio, ni la distancia eran suficientes para impedir que una relación ilícita continuase y fuese ignorada por los vecinos. El susodicho había estado ausente de Pátzcuaro por espacio de un año, estando fuera se enteró de la muerte de su esposa, lo que hizo que regresara; estando en la ciudad, además de sepultar a su

https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9P-MG?i=24&cc=1883388 [consultado el 21 de julio de 2023]; México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, bautismos 1597-1665, 1691-1699. "Bautismo de Joseph, hijo de Diego Gómez Altamirano y de Magdalena de Mendoza", 1 de abril de 1618. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LS5-WZ?i=49&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A6JH1-TGTG [consultado el 21 de julio de 2023].

[611] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, defunciones 1664-1735. "Partida de defunción de Dorotea de Secadura", 26 de agosto de 1712. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5Y99-K6?i=243&cc=1883388 [consultado el 25 de julio de 2023].

[612] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 1-29. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.

mujer, reanudó la relación con Isabel, esta vez prometiéndole matrimonio, acción que no tardaría en demandarle después.

Las promesas de matrimonio eran tan volubles que se daban a diestra y siniestra, con tal de tener acceso sexual con la mujer deseada, y aunque dichas promesas tenían peso y validez,[613] como ya se refirió en el capítulo II, por ser a futuro, eran poco confiables, ya que no había una garantía de matrimonio asegurada. Pese a ello, la realidad es que, ante una promesa de matrimonio, varias mujeres doncellas accedían a tener relaciones sexuales, convirtiéndose en el método más expedito para quebrantar su virtud, granjeándose su confianza y favores.[614]

Nicolasa Anguiano, quien desde hacía varios años trabajaba con Domingo Gómez de Quintana y su esposa Agustina, se relacionó con él luego de la muerte de su mujer; primero le pidió se quedase para que le ayudara en las labores de la casa y con sus hijos, a cambio le daría amparo y protección, pero luego la requirió prometiéndole matrimonio y ella aceptó.[615] Tras una continua insistencia, algunas mujeres accedían a tener sexo, en algunos casos siendo aun sumamente jóvenes, como Josepha de los Reyes, quien refería que Francisco Sánchez le debía su honra, pues la solicitó cuando ella tenía apenas 12 años de edad.[616]

Este tipo de relaciones, debido a su furtividad, a veces pasaban desapercibidas, y no eran consideradas por la justicia, a menos que alguno de los involucrados lo pidiese. El español Felipe de Tovar y la mulata Ana Barajas, ambos vecinos de Pátzcuaro, estuvieron en "amistad ilícita" por un tiempo, pero solo se tuvo

[613] *Catecismo Romano del Santo Concilio,* p. 197.
[614] LOZANO ARMENDARES, Teresa, "El gran seductor. O de cómo pueden disimularse los vicios de una comunidad doméstica", p. 139-141; SEED, *Amar, honrar y obedecer,* p. 69; GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, p. 64; LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 67.
[615] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, f 1-10v. "Nicolasa de Anguiano vecina de Pátzcuaro contra Domingo Gómez de Quintana por haberle violado su virginidad bajo palabra de casamiento", Pátzcuaro, 3 de junio de 1698.
[616] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 68, ff. 1-5. "Negación de palabra de casamiento de Francisco Sánchez a Josepha de los Reyes", Pátzcuaro, 22 de noviembre de 1690.

conocimiento de ella, por una declaración hecha por el mismo Felipe casi dos años después, en 1698 a fin de evitar cumplir la palabra de matrimonio que le había dado a Úrsula Sánchez, sobrina de Ana, y en cambio formalizar el amancebamiento que tenía con la viuda española Nicolasa de la Barrera, con quien pretendía casarse.[617] Involucrase con varias mujeres a la vez a muchos hombres les resultaba fácil, de modo que lo hacían con frecuencia, aunque no en todos los casos se encontraban con mujeres dispuestas a relacionarse sexualmente con ellos, sin que hubiese un compromiso de por medio y la esperanza de un enlace futuro.

En algunos casos la factura fue compartida, como en el de Dorotea y Joseph, que no pudieron contraer nupcias como ambos lo deseaban, ella perdió la demanda y él tuvo que casarse con la mujer esclava a la que había desacreditado de diferentes formas. Pero, por lo regular los acusados se salían con la suya y no respondían por sus actos. El triunfo para los hombres que salían invictos de estas querellas, les daba la posibilidad de continuar en su faceta de seductores, enamorando a otras mujeres y prometiéndoles matrimonio, sin intención de cumplirlo.

La victoria para el joven español de 18 años, Lázaro de Tovar, lo alentó a continuar en sus lances seductores, pues tan solo un año después, en 1606, se encuentra nuevamente con una denuncia en su contra, esta vez ante la justicia civil, debido a haberse "hurtado" a una joven mestiza de su misma edad, a quien persuadió de huir con él, acompañado de Josepe de Sosa, quien se casó con la hermana don Pedro Pantoja, Joana de Ayala cuatro años antes; además de llevarse a la mujer, también robaron algunas cosas a sus tutores, Tomás de Vivar y su esposa Juana, que habían cuidado de ella desde pequeña.[618]

Este caso es similar al de Magdalena, pues también se trata de una mestiza sin padres, al cuidado de otros. Al parecer, ser una mujer joven de calidad

[617] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, f 11v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698.
[618] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 8, ff. 1-4v. "Querella de Tomás de Vivar contra Lázaro de Tovar y Joseph de Sosa por entrar a su casa y sonsacarle a su muchacha", Pátzcuaro, 7 de junio de 1606.

inferior y sin padres, aunque tuviese protectores, las hacía vulnerables a la seducción de hombres como Tovar, para quienes acercarse a mujeres como ellas, le resultaba sencillo. No se sabe qué sucedió con ella después, lo que es un hecho es que el enamoramiento fue una herramienta que algunos hombres usaban no solo con fines sexuales, sino también para conseguir dinero.

Lázaro, además de ser joven, no tenía oficio alguno, vivía a cuestas de su madre, doña María de Abrego, quien era viuda, pero gozaba de prestigio en la ciudad; de manera que sabía de su condición y privilegios por ser español e hijo de padres tenidos en la ciudad por principales y honrados, por ello actuaba sin el menor miramiento, convencido de poder hacer lo que quisiera sin consecuencias. Para varios españoles el honor masculino solo estaba en su posición social y a través de ella se mantenía, de manera que, la conducta sexual que ejerciesen, no siempre era definidora de su honra.

Esta idea se refuerza cuando miramos comportamientos similares en otros españoles de familia conocida, como la de Agustín Moreno Nava, quien estuvo envuelto en diversos delitos, desde robo, tráfico de vino, amistades ilícitas, riñas, hasta varios intentos de asesinato hacia su esposa; y aunque fue a parar a prisión, de una forma u otra salía bien librado, contando con el respaldo de sus padres Juan de Nava y Catalina Sánchez.[619]

Felipe Castro realizó un interesante estudio sobre este peculiar personaje, enfatizando en que la incapacidad para mantener una conducta considerada decente, podían llevar a un joven español a la degradación social, la delincuencia y al rechazo.[620] Estos hombres, que a pesar de pertenecer a una familia reconocida y con cierto desahogo económico, optaban por conductas delictivas para entretenerse, pues eran jóvenes y sin ningún oficio, que lo único que los amparaba de ser identificados como vagabundos, era precisamente las familias españolas a las que pertenecían.

[619] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 1-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[620] CASTRO GUTIÉRREZ, "Honor y deshonor en una ciudad provinciana", p. 64-66.

Los españoles jóvenes, hijos de padres "respetados y honrados" en Pátzcuaro a menudo eran los que tenían conductas más atrevidas, manifestando una relajación de costumbres bastante desenvuelta. Agustín Nava Sánchez, Lázaro de Tovar, así como su amigo y cómplice Josepe de Sosa, eran jóvenes que, valiéndose de sus lances seductores, de ser españoles e hijos de personas sobresalientes en la ciudad, enamoraban a muchachas de grupos sociales inferiores, a fin de obtener beneficios sexuales de ellas, entretenerse y después dejarlas; y en ello el estar casado no fue impedimento, como puede notarse en el caso de Josepe de Sosa, que pese a ser cuñado de un hombre prominente de la ciudad, eso no le impedía involucrase en situaciones escandalosas, como el hurto de una mujer.

Ahora bien, así como hubo hombres que se negaron a llevar a cabo la palabra de matrimonio, también hubo quienes utilizaron el compromiso que ésta significaba y lo antepusieron como una obligación ineludible que debían cumplir. Cuando la calidad y las cualidades de la joven sí eran del gusto del pretendiente, el compromiso fungía como justificación para que la unión conyugal se concretase sin dilación; así lo muestran las pretensiones de Nicolás Martínez y Felipe de Tovar, así como la de Joseph de los Reyes, que, aunque infructuosa, también reveló un verdadero interés por casarse.

Estos hombres sostenían que debían cumplir la palabra que habían dado, porque entre otras cosas era su deber, pero sobre todo porque en verdad deseaban tomar estado, y que mejor que con mujeres de su igual calidad. Sabían cómo funcionaba la justicia de manera que utilizaban sus conocimientos para eludir responsabilidades como casarse con quien no deseaban. Varios de ellos apelaron a la desigualdad de calidades, quizá por un convencimiento verdadero de ello, o quizá porque, aunque se tomaban varias situaciones a considerar, esa era una que podía disolver los esponsales contraídos.[621] Cualquiera que haya sido la motivación detrás de ello, lo cierto es que, dicha condición, unida a otras más, aumentaba la desacreditación de la querellante.

[621] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario*, p. 64.

Felipe Tovar, no solo acusaba la diferencia de calidad entre él y Úrsula Sánchez, sino que apelaba a otros desprestigios. Si bien, reconocía que habían tenido acceso carnal, aseguraba que ella lo incitaba y buscaba, saliéndole al camino cada que lo veía, agregando que ya no era doncella cuando estuvo con él; negaba haberle dado palabra de matrimonio y sostenía que, aunque lo hubiese hecho, no podría cumplirla por el incesto que cometió al involucrase con su tía Ana Barajas.[622] De manera que saber los impedimentos que podían utilizar en un momento dado, les resultaba favorable, haciendo que dichos hombres lograran su objetivo, tener una relación consensual, eludiendo el compromiso, y finalmente casarse con la mujer que consideraban idónea para ser su esposa. En este caso Nicolasa de la Barrera, con quien Felipe contrajo matrimonio un mes después de haber concluido el juicio, pese a habérsele dictado sentencia de destierro a dos leguas de la ciudad por dos años.[623]

La sociedad patzcuarence tenía clara la percepción de lo que se consideraba moralmente honesto y de cómo disimular cuando la conducta se desviaba de dicha concepción. Las relaciones furtivas no tenían mayor importancia para la Real Justicia, siempre y cuando no causaran escándalo, por eso hubo algunos que, aun sorprendidos infraganti, solo fueron amonestados verbalmente, escapando al registro, y por lo tanto a la documentación de sus relaciones. Lo mismo ocurría con los amancebamientos que incluían la cohabitación de la pareja, por prolongados que fueran; a menos que el orden social, sostenido en las buenas costumbres, se viese vulnerado debido a la conducta sexual que se tornaba pública.

Es así que, aunque, al incumplir las normas morales, el honor estaba en juego, cuando se mantenía en privado, dicha transgresión no pasaba de ser una falta que solo afectaba a la conciencia de los implicados; ameritando, en algunos casos alguna amonestación, incluso una sanción espiritual como expiación al pasar por el

[622] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, f. 11v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698.
[623] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, matrimonios 1688-1802. "Casamiento de Felipe de Tovar y Nicolasa de la Barrera, españoles", 3 de marzo de 1699. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5YJM-3?i=286&cc=1883388 [consultado el 24 de julio de 2023].

confesionario, pero no traía consecuencias judiciales, ni necesariamente dañaba su honra. Contrario a lo que sucedía cuando se involucraban en querellas judiciales, ya fuese por iniciativa propia o por una denuncia, lo que podía terminar en matrimonio y reparación de la honra, pero también en planes frustrados, en la exposición pública de su conducta moral y en la denigración de su honor.

CAPÍTULO IV.
UNA EXCLUSIVIDAD SEXUAL DESAFIADA: LA REBELDÍA DE LOS AFECTOS

> *« El adúltero, ciertamente, se equivoca… aunque, por lo general, no se engañe y piense correctamente en esta materia».*[624]

La exclusividad sexual y cohabitación de la pareja eran de las principales premisas matrimoniales, sin embargo, no fueron seguidas al pie de la letra por todos los casados; las condiciones conyugales exhiben otros patrones de comportamiento, en donde la promesa de fidelidad conyugal y convivencia ordinaria continuamente se vieron rotas, derivando muchas veces en adulterio, transgresión que podía presentar diferentes manifestaciones, desde encuentros ocasionales, hasta amancebamientos, incluso bigamia, cuando se contraían segundas nupcias estando vivo el primer cónyuge. En la sociedad novohispana, el adulterio era identificado como una manifestación de incontinencia sexual, dada la connotación asignada por la moral católica, de ser un pecado surgido de la lujuria insaciable y pecaminosa que no se satisfacía con el consorte; asimismo, debido a la publicidad que su práctica podía atraer, era concebido como un comportamiento escandaloso que atentaba contra las buenas costumbres y el orden público.[625]

Por la razón señalada, su cometimiento no solo infringía las normas espirituales, sino las civiles también; al atentar contra la moral pública ponía en riesgo el buen orden social, lo que lo convertía en un delito, que debía sancionarse.[626] No obstante, pese a su regulación y a las consecuencias que traía consigo cometer adulterio, hubo quienes se negaron a mantenerse leales a su cónyuge, optando por una

[624] DE AQUINO, *Suma teológica, tomo I, cuestión 63, artículo 1,* p. 582.
[625] LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 78; LOZANO ARMENDARES, "¿Fue el adulterio un comportamiento cotidiano?", pp. 60-61; MARÍN TELLO, "Los castigos en Michoacán", p. 116.
[626] PÉREZ ÁLVAREZ, "Curas y amancebadas", p. 6; LOZANO ARMENDARES, "¿Fue el adulterio un comportamiento cotidiano?", pp. 60-61; LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 78.

relación extramatrimonial, a fin de subsanar, más que un deseo sexual desbordado, las carencias afectivas de su vida conyugal.

De este planteamiento surge el objetivo del presente capítulo, que es mostrar las manifestaciones que tuvo el adulterio en Pátzcuaro durante el siglo XVII; las cuales se abordarán desde una perspectiva más allá de las connotaciones de pecado y delito asignados a este comportamiento, dirigiendo el enfoque al desenvolvimiento de una decisión y práctica consiente, que preponderó los beneficios emocionales que de ella podían obtener, por encima del cumplimiento de la norma y la moral pública. Resulta importante darle cabida al estudio de las emociones para ampliar nuestro horizonte y dar espacio a otras posibilidades de explicación del porqué se vulneraba el voto de fidelidad conyugal; dejarlas fuera, sería reducir a estas personas únicamente a instintos pasionales irracionales, incontrolables y desbordados. Terminaríamos viéndolos desde la óptica moral y judicial de la época, negándoles la posibilidad de que sus actos, aunque ilícitos, hayan respondido a una decisión conscientemente tomada en beneficio de su vida afectiva.

Así, a fin de identificar los detonantes que llevaron a vulnerar la fidelidad conyugal en Pátzcuaro en el siglo XVII, y mantuvieron a la pareja adúltera en la relación, prolongándola por largo tiempo, llegando al amancebamiento, se han dispuesto varios puntos a desarrollar, iniciando con la paradoja de la fidelidad conyugal y las coyunturas que rodearon al adulterio, para lo cual se han planteado tres categorías de análisis: una identificada como *detonante* de éste, con la cual se busca establecer la razón por la cual el cónyuge decidió entablar una relación extramatrimonial; otra como *estímulo de continuidad*, es decir, la razón que mantuvo a la pareja en la relación adúltera e hizo que se prolongara; y una más como la *finalidad* de su práctica, lo que se deseaba obtener con dicha relación.

Luego de analizar dichas categorías, se dará lugar a las situaciones que terminaron arruinando el proyecto de perpetua armonía en el matrimonio y que llevaron a la fractura de la vida conyugal, tales como la lejanía física y la emocional. Finalizando con el surgimiento del adulterio como un comportamiento que, pese a su ilicitud, otorgó

otras posibilidades de romance, de apoyo y de forma de vida; resultando para los involucrados una respuesta viable para hacer frente a una vida conyugal insatisfecha.

4.1. La paradoja de la fidelidad conyugal y las coyunturas del adulterio.

El matrimonio católico era un sacramento cuyas características principales eran la unicidad, la indisolubilidad y la monogamia, pero había otras igualmente importantes, como son la fidelidad conyugal y la comunidad de vida. Al contraer nupcias el hombre daba a la mujer el dominio de su cuerpo y viceversa,[627] con lo cual quedaba sellado el compromiso de exclusividad sexual; pero además la pareja se comprometía a hacer vida marital, lo que implicaba la cohabitación y la ayuda mutua de la pareja, como se abordó en el capítulo II cuando se habló del matrimonio y sus acepciones. Asimismo, por ser el único medio a través del cual se podía legitimar una unión y formar una familia lícitamente, las nupcias otorgaban respeto, santificación, honorabilidad, un lugar en la sociedad a los casados, así como legitimidad a su descendencia, de modo que eran múltiples las ventajas que el sacramento traía consigo, sin embargo, no resultaron suficientes para que los cónyuges se apegasen al cumplimiento de los votos matrimoniales. La alteración de algunos de ellos provocó la fractura en la vida matrimonial, y con ella la búsqueda de otras posibilidades y forma de vida vulnerando la fidelidad conyugal, recayendo en adulterio.

La vida conyugal estaba plagada de vaivenes que surgían precisamente de la cotidianidad de la pareja, de su convivencia diaria o de su inexistente cohabitación; situaciones que en más de un matrimonio causaron estragos, sacando a relucir otras facetas, las cuales muchas veces originaron que las expectativas de los consortes no llegaran a cumplirse. Aunque su reacción ante la frustración de dichas expectativas no fue la misma, había quienes aceptaban con resignación la condición de vida obtenida, pero había otros que, al contrario, se aventuraban a la búsqueda de su realización, aun y cuando para su culminación no necesariamente interviniese la pareja legítima, sino un tercero, con quien a veces terminaban forjando la comunidad de vida que en su matrimonio no pudieron concretar.

La compañía y la ayuda mutua, tan indispensables para que la comunidad doméstica, surgida del pacto matrimonial, prosperara, no siempre se veía

[627] *Catecismo Romano del Santo Concilio de Trento*, p. 198.

reflejada en la convivencia conyugal, lo que trajo como resultado infidelidad. Es importante recalcar la importancia que la ayuda mutua y la compañía tenían en la vida de los casados, para comprender el alcance que podía tener la carencia de ellas. Como se explicó en su momento, ambas eran el principal objetivo de la unión entre hombre y mujer, estando por encima incluso de la procreación. Aunque, dicha concepción parezca más cercana a la idea del matrimonio actual que al de la época de estudio, no es así. En las Sagradas Escrituras, al hablar de la creación, se establece que "Dios dijo no es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una auxiliar a su semejanza",[628] creando así a la mujer; ambo se procurarían ayuda y compañía. Este sentido de compañerismo en la unión conyugal, fue refirmado en el Concilio de Trento, donde se primaron las relaciones amistosas entre los esposos por encima de la concepción de hijos.[629]

La cohabitación de los casados era indispensable, según los teólogos y moralistas, con ello, además de evitar amores ajenos y accesos ilícitos, que mancillasen el lecho conyugal,[630] el amor entre los casados crecería y la relación se fortalecería.[631] De modo que, sin la convivencia diaria, la comunidad de vida no tenía lugar, y al no forjarse, no se establecían vínculos de compañerismo, de apoyo, ni tampoco sentimentales, lo que muchas veces llevó a los cónyuges a buscar compañía fuera del hogar, cayendo en adulterio. Aun con todos los beneficios que las nupcias otorgaban a la pareja, cuando las premisas que atañían a la comunidad de vida no se realizaban, el matrimonio adquiría más un sentido simbólico que un compromiso tangible, de modo que algunos consortes pasaban por alto el voto de fidelidad y exclusividad sexual.

De acuerdo con Teresa Lozano, había dos formas de cometer adulterio, una dada tras la separación de los cónyuges, entendiendo ésta como el apartamiento físico del lecho y la casa, no el rompimiento del vínculo matrimonial puesto que era indisoluble; y la otra, de manera paralela a su cohabitación.[632] En Pátzcuaro el adulterio

[628] *Biblia latinoamericana*, Gén 2, 18.
[629] *Catecismo romano del Santo Concilio,* p. VII.
[630] *Catecismo Romano del Santo Concilio de Trento,* p. 201.
[631] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 23.
[632] LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás a la mujer ajena*, p. 201.

se cometió comúnmente bajo la primera modalidad, es decir tras la separación física de los consortes, auspiciada por la salida del marido de la vivienda conyugal; la separación prolongada de la pareja fue una preocupación tanto para la Corona y los juristas, como para la Iglesia, pues coincidían en la idea de que, el alejamiento propiciaba la búsqueda de nuevos romances.

Debido a ello, se puso especial atención en los españoles casados en la península y venidos al Nuevo Mundo sin sus cónyuges;[633] sin embargo, la relajación de costumbres atribuida a la lejanía de España, de su Rey y de sus normas, no fue una condición propia de los viajeros trasatlánticos, también incidió en aquellos matrimonios que, aun contrayéndose en el continente americano, y en la misma ciudad, por distintas razones, terminaban separándose por temporadas o por tiempo indefinido. Los casos suscitados en Pátzcuaro, evidencian que no necesariamente tenían que trasladarse de continente para sentirse con la libertad de entablar nuevos vínculos sentimentales, abandonando sus responsabilidades conyugales y familiares; a veces solo bastaba cambiar de ciudad.

La movilidad espacial en Nueva España fue una realidad, y en Pátzcuaro no fue distinto, ya que, al ser una ciudad comercial sobresaliente, su afluencia se mantenía dinámica y constante; en el siglo XVII, el ir y venir de sus habitantes se convirtió en un suceso común, sobre todo en el caso de los hombres. La movilidad masculina fue bastante frecuente en Pátzcuaro, debido especialmente a la labor que los maridos desempeñaban, pues la mayoría se dedicaban a la arriería y la labranza de la tierra, lo que muchas veces implicó irse a otro lugar a trabajar. Durante su estancia lejos del hogar, no todos se limitaron a ejercer sus labores, hubo quienes también se abrieron paso a un nuevo romance.

Aunque cierto es que, mudarse de sitio no era indispensable para entablar una nueva relación, ya que ésta podía surgir sin necesidad de salir de su lugar de origen. Las mujeres dedicadas con frecuencia a las labores domésticas, mantenían una vida más estática en cuanto a movilidad espacial, de manera que, al irse sus

[633] *Recopilación de las leyes*, libro VII, título III, ley I-VIII.

maridos, ellas comúnmente se quedaban en el lugar de residencia a cargo del hogar, ocupándose de las actividades familiares, cuidando de la casa y de los hijos, cuando los había; afrontando la responsabilidad de ser cabeza de familia. Pero, quedarse solas también implicó sobrellevar una vida marital inexistente y una familia fragmentada, producto de una cohabitación intermitente; condiciones que llevaron a más de una a plantearse la posibilidad de una nueva relación, que compensase las carencias de su matrimonio.

De acuerdo a la tradición católica, y a la idea asimilada en gran medida por la sociedad virreinal, la mujer casada debía sujetarse a la autoridad de su esposo, a quien le debía fidelidad y obediencia;[634] sin embargo, hubo algunas válvulas que liberaron a más de una de tal sujeción. Una de ellas fue la ausencia del consorte, cuya lejanía trajo consigo un vacío en su potestad, posibilitando que las mujeres, al quedarse a cargo del hogar, además de tomar las riendas de éste, tomaran también las de su vida, sintiéndose con la libertad de actuar según su consideración, lo que con frecuencia resultó en la relación sexual y afectiva con otro hombre. Aunque el consenso de la época era que, la felicidad de la mujer debía encontrase en la familia, siendo madre y esposa,[635] lo cierto es que, no todas encontraron su realización y plenitud en la vida monógama. Hubo quienes aceptaron su posición y se resignaron a ella, pero también quienes se opusieron y aprovecharon el surgimiento de otras alternativas, como la ausencia de sus maridos.

En Pátzcuaro, la movilidad espacial se posicionó como elemento fundamental para iniciar una relación extramatrimonial, y aunque en el caso de las mujeres, ésta funcionó de manera más bien indirecta, es visible que en ellas tuvo una alta repercusión. Los casos de adulterio consultados para el caso de Pátzcuaro, muestran una notoria mayoría del cometido por mujeres, respecto al efectuado por

[634] La definición de mujer casada en la época colonial es bastante larga, pero a agrandes rasgos se describe como la que debe fidelidad y obediencia a su marido… la que está obligada a cohabitar con su marido y seguirle al paraje que él creyese oportuno para fijar su residencia; quedándole expresamente prohibido hacer cualquier cosa importante sin la autorización de él. ESCRICHE, *Diccionario razonado de legislación civil*, pp. 434-435.
[635] CASTAN, "Lo público y lo particular", p. 389; LAGARDE Y DE LOS RÍOS, *Los cautiverios de las mujeres*, pp. 337-339.

hombres, ya que más del 60% de los registros refieren infidelidad femenina. Por supuesto, eso no significa que hayan sido las que más adulteraban el voto matrimonial, pero sí fueron las que, al menos para el caso de la ciudad de estudio, con más frecuencia quedaron asentadas en los autos.

En este punto, cabe señalar también, que su registro en las querellas se dio de manera indirecta, ya que generalmente no era a ellas a quienes se les denunciaba, sino a sus cómplices; por eso la acusación con frecuencia se enunciaba bajo el término "amancebado con mujer casada". La querella a causa de adulterio solo podía iniciarse por el cónyuge defraudado, ya que no era un delito que se siguiese de oficio,[636] pero como rara vez fueron ellos los delatores, la acusación se enfocó en los cómplices. Aunque, también cabe la posibilidad de que en realidad fuese él el objetivo directo de la denuncia, viendo en ésta una forma de castigarlo debido a alguna enemistad.

Cualquiera que haya sido la razón, lo cierto es que en Pátzcuaro las mujeres no solían ser acusadas por el adulterio cometido, únicamente sus amantes, por eso los nombres de la mayoría de ellas quedaron anónimos, ameritándolo así la discreción judicial, a fin de salvaguardar el honor de dichas mujeres, el de sus maridos y el de su familia. Y aunque parezca paradójico, también había un interés por evitar la separación del matrimonio, la cual podía tener lugar debido al delito del que se trataba, recuérdese que la autoridad siempre pugnó por la conciliación marital. De tal forma que, la omisión de sus datos era importante; contrario a lo que sucedía cuando de adulterio masculino se trataba, en cuyo caso, aunque no fuesen acusados por la esposa, sus datos no ameritaron hermetismo.

Ahora bien, hubo situaciones especiales en las que la discreción judicial fue pasada por alto, aunque se trataba de mujeres; como cuando el marido, aunque no denunciara, estaba enterado de la situación, o cuando la autoridad no sabía que se trataba de un caso de adulterio. A veces sucedía que se acusaba a la pareja por

[636] A menos que el marido consintiese el adulterio de su esposa, en cuyo caso cualquier persona podía denunciar y el delito entonces sí se seguía de oficio. ESCRICHE, *Diccionario razonado de legislación civil*, p. 17.

incontinencia, porque se conocía la ilícita relación, pero se ignoraba que alguno de ellos estuviese casado, lo cual era común cuando se trataba de foráneos, de modo que se enteraban durante el proceso, dejando ya registrado el nombre de la mujer. En Pátzcuaro, solo bajo esas condiciones los nombres de las mujeres adulteras fueron ventilados, pero generalmente, la autoridad fue muy cautelosa cuando de adulterio femenino se trató.

La infidelidad conyugal en Pátzcuaro, judicialmente se trató de manera diferente dependiendo de las características que la transgresión tuvo y de quién la denunciaba, pero sobre todo de si la persona casada era hombre o mujer, cuestión atendida más a fondo en el capítulo VI. Sin embargo, las condiciones que rodearon al adulterio no fueron determinadas por el sexo de sus cometedores. A través del análisis de las categorías propuestas al inicio del capítulo, podrá sustentarse lo expresado. Iniciando con la primera de ellas, identificada como el *detonante* del adulterio.

En general, las condiciones que podían detonar en adulterio son varias, desde las sostenidas tradicionalmente, basadas en el mero deseo ocasional, atribuido a la "debilidad de la carne", a la "fragilidad" de la firme voluntad, y finalmente a la lujuria e incontinencia sexual,[637] hasta situaciones que no necesariamente surgían del deseo pasajero, sino que van más a fondo, tomando lugar de situaciones de vida concretas, como aquellos hechos que evidencian un quiebre en la relación matrimonial, como la falta de sustento que ocasionó pobreza y deudas, el maltrato en sus diversas manifestaciones, el distanciamiento físico y emocional de los consortes, o su abandono deliberado, por mencionar algunas.

Para el caso particular de Pátzcuaro, las evidencias obtenidas marcan un interesante patrón, el cual no se reduce al desahogo meramente sexual, sino a la intervención de un factor de quiebre tangible que fracturó la armonía de la vida marital. A través de los expedientes revisados, puede advertirse a la ausencia marital como

[637] LAVRIN, "La sexualidad en el México colonial", p. 78; LOZANO ARMENDARES, "¿Fue el adulterio un comportamiento cotidiano?", pp. 60-61; MARÍN TELLO, "Los castigos en Michoacán", p. 116.

detonante de infidelidad;[638] la lejanía física del marido, como producto de la movilidad geográfica, se presenta como el común denominador en las causas de adulterio.

La separación física de los consortes tuvo lugar de dos formas, una eventual, bajo la ausencia intermitente, y la otra definitiva, tras el abandono deliberado del cónyuge; situaciones originadas por diversos factores, que iban desde trabajar lejos de casa, lo que ocasionó que muchos maridos decidieran quedase residiendo definitivamente en su lugar de trabajo,[639] desinterés por vivir juntos, hasta huir de los malos tratos recibidos.

Ante el alejamiento, la mayoría de las mujeres terminaron siendo la cabeza de su familia, concentrando en sus manos la responsabilidad del hogar, lo cual como mencioné, les posibilitó conducirse con mayor libertad, pero también les atrajo otras condiciones de vida, a veces desfavorables; sostener solas la carga familiar, en varias ocasiones las hizo enfrentar una dura realidad. Aunque ciertamente no todas se enfrentaban a los mismos inconvenientes, mientras unas lidiaban con pobreza y deudas, para otras el sustento no resultaba ser un problema, pues no eran económicamente dependientes de sus maridos.

Muchas mujeres proveían junto con sus cónyuges el sustento del hogar, de modo que, pese a la ausencia de éste, no se quedaban totalmente desprotegidas; mientras el esposo se iba a trabajar fuera, ellas realizaban otras actividades que les generaban ingresos. Algunas se dedicaban a las tareas domésticas en alguna casa o rancho, otras se quedaban a cargo de las tareas agropecuarias de la familia, como la crianza de ganado propio y el cultivo de tierras, que comúnmente sembraban de

[638] Salvo un caso en el que el involucrado, de manera paralela a la cohabitación matrimonial, cometió adulterio. AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[639] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro, defunciones, 1680-1940. "Partida de defunción de Juan Martínez Salcedo", 9 de enero de 1680. https:/familysearch.org/ark:/61903/1:1:N8M6-73F [consultado el 28 de marzo de 2023].

maíz;[640] por lo que, permanecer solas no siempre significó quedarse en condiciones precarias.

No obstante, permanecer solas a veces les traía otras dificultades, además de las relacionadas con problemas económicos. Cuando el marido se ausentaba y la esposa vivía sola en la casa, su seguridad personal también se veía expuesta, puesto que podía quedar a merced de un robo o del acecho y acoso de otros hombres que, al saber su condición, intentaban sacar provecho y no siempre de manera consensual. María Rodríguez, tras la muerte de su marido, se quedó sola "pobre y viuda", pues no tenía familiares cercanos, situación que hizo que Joan de Vergara continuamente la solicitara, pero ella no accedía a su "deshonesta pretensión", de modo que éste en venganza por sus constantes rechazos, la acusó de haber envenenado a su esposo y de estar amancebada con don Gonzalo de Ávalos Tovar, para quien ahora trabajaba para subsistir.[641]

Juana Marín era otra mujer que vivía la mayor parte del tiempo sola en su casa en Pátzcuaro, su esposo Juan Pérez trabajaba fuera de la ciudad, situación que aprovechó el indio Juan Bautista, quien se adentró a la vivienda de Juana e intentó forzarla, diciéndole "que haría su gusto con ella y que si no quería le daría de puñaladas", ella se resistió y ante los gritos de auxilio que exclamaba, llegaron unos vecinos suyos, quienes la defendieron y pusieron fin al ataque de esa noche.[642] De modo que, por ausencia del marido o por viudez, una mujer al quedarse sola, podía quedar sumamente vulnerable al acoso y a la difamación.

[640] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 37, f 2v. "El Promotor Fiscal manda hacer vida maridable a Juan Martínez Salcedo", Pátzcuaro, 19 de agosto de 1678.
[641] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 7, ff. 12-14v. "Proceso criminal de oficio de la Real Justicia contra Don Gonzalo de Ávalos Tovar y María Rodríguez por decir la dicha dio yerba de veneno a Cristóbal Marín su marido, de que murió y esta amancebada con dicho don Gonzalo", Pátzcuaro, 5 de agosto de 1611.
[642] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 15, 2 fs. "Criminal que de oficio de la Real Justicia se sigue contra Juan Bautista por querer forzar a Juana Marín, mujer de Juan Pérez", Pátzcuaro, 15 de febrero de 1624.

Sin embargo, no todas las mujeres rechazaban el acercamiento de pretendientes, ni se negaban a mantener una relación sexo afectiva al margen del matrimonio, debido a ello es que los niños ilegítimos fueron una contundente realidad en Pátzcuaro. La sexualidad femenina, que pretendía flanquearse por los límites nupciales, se desarrolló comúnmente fuera de éstos. El que se tratase de mujeres solteras o casadas ya, no siempre fue determinante respecto a la elección o decisión de con quién ejercer su sexualidad. Aunque comúnmente se piense lo contrario, debido a las limitaciones familiares y sociales antepuestas a su conducta, lo cierto es que, en la práctica, las posibilidades de relación no eran tan restringidas, como ha quedado demostrado en el capítulo anterior. Quizá dichas limitaciones eran más rígidas en las casadas, que no solo tenían la vigilancia de su familia, sino la de su marido, por eso, para el caso de Pátzcuaro, tener un esposo ausente fue fundamental para entablar otros vínculos sentimentales; como lo demuestran algunas mujeres indias, españolas y de casta, que compartían esa prerrogativa.[643]

Aunque en sus respectivos casos no queda claro por qué se encontraban separadas de ellos, es evidente que su lejanía les posibilitó entablar nuevas relaciones afectivas. No para todas fue una desventaja quedarse solas, muchas mujeres al tomar las riendas del hogar tomaron también las de su vida, sintiéndose con la libertad de actuar según su consideración y guiarse bajo su criterio, con la opción de elegir entre mantenerse fieles a la espera del marido o llenar el vacío emocional con otro hombre. La ausencia del marido hacía que la infidelidad fuera, sino justificable, si mayormente probable; la misma sociedad le atribuía la culpa del adulterio a la falta de convivencia de la pareja. Al no hacer vida maridable, el marido no suministraba lo necesario, ni en

[643] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, 1 f. "Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Zinco por amancebado con mujer casada", Pátzcuaro, 4 de junio de 1627; caja 9, exp. 12, 4 fs. "Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Morales mestizo por amancebado con una india casada", Pátzcuaro, 21 de junio de 1627; caja 9, exp. 11, 3 fs. "Denuncia de Juan de Cabala Garfias contra Salvador Machado por amancebado con una mujer casada", Pátzcuaro, 26 de abril de 1628; caja 9, exp. 12, 1 f. "De oficio de la Real Justicia contra Don Pedro Villegas, vecino de la ciudad de México por estar amancebado con una mujer casada", Pátzcuaro, 26 de marzo de 1647.

sustento ni en presencia, situación que muchos consideraban hacía susceptible a la esposa a los tropiezos.[644]

En el caso masculino sucedió lo mismo, a veces en la búsqueda de otras oportunidades laborales, terminaban olvidándose de sus compromisos conyugales. Al llegar a un nuevo lugar, conocían gente nueva con la que forjaban vínculos de trabajo y vecindad, pero también del tipo afectivo y sexual. Y es que, estar con una persona que les otorgaba la posibilidad de gozar de los beneficios domésticos de un hogar, como tener una casa donde alojarse, recibir alimento y cuidados, así como una relación consensual, sin mayores compromisos pues sabían que era ilícita, fue una situación que no todos rechazaron, por el contrario, terminaron adaptándola a sus necesidades y realidad actuales.

Es así que, la distancia causó estragos en la vida conyugal, pues el matrimonio, al quedar separado, no volvía a cohabitar ordinariamente, lo que, con el transcurso del tiempo, causó que el deseo de hacer vida marital se difuminase, originando el desgaste de la relación. Las esposas a veces ya no estaban dispuestas a cohabitar con sus maridos ordinariamente, y ellos por su parte, optaban por permanecer más tiempo en el lugar de trabajo, lo que en muchas ocasiones terminó en abandono o en visitas esporádicas que cada vez se hacían en intervalos más prolongados; algunos maridos solo volvían para sepultar a su mujer, y para buscar quién la reemplazase en sus funciones domésticas y conyugales.[645]

Pero la separación física no fue la única que incidió en la vida matrimonial, la afectiva también hizo su parte. A veces la convivencia ordinaria resultaba insostenible, situación que llevó a algunos cónyuges a alejarse del hogar. Había quienes lo hacían debido a su trabajo, pero la intención de otros era expresamente dejar de hacer vida matrimonial, debido al desinterés por el consorte, al interés en un

[644] MARÍN TELLO, "Lujuria en la ciudad: el adulterio en Valladolid de Michoacán a finales del siglo XVIII", p. 240.
[645] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, ff. 1-29. "Autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 11 de enero de 1689.

tercero, o por huir de las agresiones violentas de que eran objeto. Ante una indeseable vida conyugal, el abandono fue el recurso más usual, postulándose como una válvula de escape.

Sin embargo, no todos recurrieron a esa opción, menos aun cuando lo que se deseaba era eliminar el vínculo matrimonial. Cuando eso sucedía, el simple alejamiento y abandono no resultaba una alternativa viable, pues la separación física no rompía el vínculo, solo la muerte de uno de los cónyuges podía hacerlo, por eso hubo consortes que, en su afán de quitarse el yugo, recurrieron a métodos más drásticos y contundentes, como el asesinato, a fin de disolver el vínculo matrimonial, obteniendo la viudez, y con ella la posibilidad de contraer segundas nupcias.[646]

A pesar de que, el matrimonio era considerado como un remedio ante la concupiscencia, lo cierto es que el vivir juntos no garantizó una vida conyugal libre de infidelidades, porque las necesidades de los cónyuges no se reducían únicamente a buscar con quien desahogarse sexualmente. De ser así, las relaciones entabladas hubiesen sido furtivas y ocasionales, pero, al contrario, la mayoría de ellas se mantuvieron durante largo tiempo, incluso se prolongaron por años; situación que nos lleva a la siguiente categoría propuesta.

Como ha quedado planteado, el *detonante* de adulterio básicamente fue la ausencia marital, en su calidad de intermitente o definitiva, pero el motivo que mantuvo al cónyuge adultero en dicha situación, *el estímulo de continuidad*, respondió a un factor específico: la intervención de emociones placenteras que confluyeron en el establecimiento de vínculos afectivos. Debido a ello, la durabilidad de las relaciones adúlteras tuvo lugar, asimilándose en amancebamientos.

[646] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 7, 30 fs. "Proceso criminal de oficio de la Real Justicia contra Don Gonzalo de Ávalos Tovar y María Rodríguez por decir la dicha dio yerba de veneno a Cristóbal Marín su marido, de que murió y esta amancebada con dicho don Gonzalo", Pátzcuaro, 5 de agosto de 1611; caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.

La historiadora Stephanie Coontz señala que, el matrimonio en ocasiones era tan rígido que el adulterio se convertía en el espacio para el amor;[647] y en estos casos la intervención de las emociones jugó un papel trascendente. Es por eso que, el adulterio y su prolongación, no se puede atribuir únicamente a un furtivo e insaciable deseo sexual; de hacerlo, caeríamos en la continuación de una categoría asignada en la época, la cual no daba cabida a otras explicaciones más allá de su concepción de lujuria y pecado de incontinencia. Pero estas designaciones no reflejan lo ocurrido en las relaciones adulterinas entabladas en Pátzcuaro, donde nos encontramos con vínculos estrechos surgidos de la cohabitación y de la "estabilidad" y constancia de dichas relaciones.

La necesidad económica que con frecuencia sale a relucir en causas de adulterio, sobre todo para el caso femenino,[648] tampoco podría ser un *estímulo* para seguir en la relación adulterina. La obtención de una manutención podría parecer una explicación lógica, sobre todo si dirigimos la mirada a las mujeres amas de casa que se quedaban a cargo del hogar y no realizaban labores remuneradas fuera de éste; pero queda descartada al observar que la mayoría de los cómplices con los que se relacionaron eran hombres que, o trabajaban de manera eventual o no tenían oficio alguno, otros incluso eran tenidos públicamente por vagabundos.[649] De modo que resultaría ilógico suponer que un interés económico fue el que las mantuvo en el adulterio, cuando evidentemente la proporción de sustento no estaba garantizada.

Por eso, la intervención de las emociones, el establecimiento de vínculos afectivos, se postula como una explicación posible. En la pareja adúltera había una conexión sentimental de por medio que no querían romper, por ello los cónyuges se negaban a abandonar a sus cómplices. Aun en los casos en los que el consorte defraudado se enteró de la infidelidad, optaron por mantener y prolongar el amancebamiento adulterino que habían establecido. Y es que, si bien, la relación pudo

[647] COONTZ, *Historia del matrimonio.*
[648] PÉREZ ÁLVAREZ, "Curas y amancebadas", pp. 5-6.
[649] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 4, 4 fs. "Querella de Matías García, mestizo, contra Francisco de Alcántara y Isabel Orozco, mestiza, por adulterio", Pátzcuaro, 23 de marzo de 1637.

surgir de un factor ocasional, la decisión de seguir en ella, pese a las consecuencias que sabían les traería, nos habla de una conciencia voluntaria de permanencia.

Las expectativas afectivas deseadas quizá habían sido logradas, y no estaban dispuestos a renunciar a la relación en la que se sentían cómodos. Con esto nos encausamos a la última categoría, la *finalidad* del adulterio, misma que toma forma precisamente en el interés y búsqueda de esas expectativas emocionales. Con el cómplice formularon la comunidad de vida que no pudieron con el consorte; compartiendo no solo la mesa y el lecho, sino también la responsabilidad afectiva y de ayuda mutua, premisas tan necesarias para que, según los moralistas y la liturgia católica, el matrimonio prosperase.[650]

Ante el alejamiento físico, el compartir las actividades comunes de pareja, como cohabitar en un mismo espacio, comer y dormir juntos, acompañarse y ayudarse mutuamente en la salud y enfermedad, no era posible; careciendo así de los elementos fundamentales de la vida marital, definidores del amor conyugal.[651] La esporádica convivencia matrimonial hizo que la comunidad doméstica, entendida como el acuerdo o consentimiento de dos o más personas para hacer vida común,[652] no se consolidase, dejando vacía la premisa de acompañamiento, y por tanto de fortalecimiento afectivo. Ante ello la admisión de una relación adulterina surgió como posibilidad, obviando el cuidado del honor. Sin que para ello hubiese distinción de grupo social, tanto indígenas, como españoles y castas, se vieron involucrados en alguna unión extramatrimonial; evidenciando que, la manera de sortear sus carencias emocionales podía ser compartida independientemente del sector al que se pertenecía.

[650] *Catecismo Romano del Santo Concilio*, pp. 196-198; ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 23.
[651] LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás a la mujer ajena*, p. 132.
[652] LOZANO ARMENDARES, "Las comunidades domésticas de indios", p. 328.

4.2. La fractura de la vida conyugal.

La forma de vida que surgía a partir del acto nupcial, se convertía en una aventura que podía traer grandes cambios consigo, desde cumplir medianamente las expectativas formuladas, hasta transformar las ideas y esperanzas en desilusiones. El modelo que, idealmente, debía seguir la vida marital, se pretendía que naciera en la libertad de elegir a la pareja, se desarrollara en el amor conyugal, perseverando en éste alimentado por el compromiso de ayuda mutua, y rindiese frutos con la llegada de los hijos, al final de cuentas no siguió un orden inamovible. Elegir a la pareja, casarse, tener hijos, permanecer enamorados y ser felices hasta que la muerte los separase, no fue la realidad de los matrimonios. La vida conyugal no estuvo exenta de presentar desavenencias entre los consortes, ya fuese por la nula convivencia, o por su realización ordinaria, debido a problemas surgidos de la cotidianidad de la pareja. La lejanía física fue un inconveniente para el matrimonio, pero el vivir juntos tampoco fue sinónimo de amor y felicidad perpetua, hubo situaciones que pusieron a prueba las premisas en las que se basaba el sacramento, así como al compromiso efectuado al contraerlo.

Con frecuencia las nupcias contraídas por conveniencias o imposiciones familiares terminaban en desilusiones matrimoniales; pero la libre voluntad de casarse tampoco garantizaba una relación armoniosa de principio a fin. A pesar de que el casamiento hubiese sido por mutuo acuerdo, había situaciones que terminaban arruinando el proyecto de perpetua armonía que lo entrañaba. Era común que, con el transcurso de los años el afecto en la pareja se debilitase, pero a veces desde el inicio, la vida de los esposos carecía de amor conyugal, de ese sentimiento idealmente reflejado en la firmeza, bondad, durabilidad y emoción constante que debía ser la guía de sus pensamientos y de su comportamiento.[653] Con la ausencia de sentimientos, la armonía simplemente se diluía, llegando a la fractura amorosa; misma que ni la cohabitación pudo sufragar, significando para algunos el confinamiento a una vida insatisfecha, que comúnmente recayó en maltratos e infidelidad.

[653] SEED, *Amar, honrar y obedecer*, p. 77.

Al adulterio comúnmente se le atribuye el ser causante de la fractura amorosa,[654] sin embargo, en el presente capítulo se plantea lo contrario, siendo la fractura amorosa la que condujo al adulterio. Había una carencia en el matrimonio que generaba insatisfacción, lo cual llevó a plantearse la posibilidad de otro romance. Antes de la ruptura en la convivencia, había un quiebre sentimental en la pareja, el cual como señala Pilar Gonzalbo, pudo deberse a varios factores, entre los que se encuentran los celos, los prejuicios autoritarios, la violencia, la escasez económica, el tedio, elementos que, entre otros más, propiciaban que la idea de un matrimonio armonioso y pacífico desapareciera.[655]

A estas condiciones adversas se sumó el abandono físico y afectivo, situación que también hizo que la anhelada vida marital se desmoronase. La ausencia del consorte, ya fuese por trabajo, por cambio de residencia, o por un deliberado abandono, traía como resultado el olvidó de las obligaciones conyugales, así como infidelidades. Por eso la autoridad eclesiástica y la civil, hacían hincapié en la importancia de que los cónyuges hicieran "vida maridable",[656] es decir, que cohabitaran, se acompañasen, ayudaran, compartiesen las actividades comunes, y procrearan. Por ello se estipuló que todo marido ausente regresara a vivir con su mujer, ordenanza que no solo se aplicó a los que se habían embarcado de Europa a América y viceversa, también incluía a los consortes que había contraído matrimonio en Indias; los cuales, debido a su trabajo fuera del lugar de residencia matrimonial, tenían una convivencia esporádica con su mujer.

Como ya se indicaba con anterioridad, la ausencia marital fragmentaba la comunidad doméstica y ponía en riesgo el matrimonio, ya que desgastaba la relación y posibilitaba el establecimiento de adulterios, que traían con sigo la procreación de hijos ilegítimos. No era raro que la relación adúltera rindiese fruto y de ella naciera un

[654] GONZALBO AIZPURU, "Afectos e intereses", p. 1148; GONZALBO AIZPURU, "Introducción a Pasiones y conveniencias en la vida cotidiana", p. 303.
[655] GONZALBO AIZPURU, "Introducción a pasiones y conveniencias en la vida cotidiana", p. 303.
[656] *Recopilación de las leyes*, libro VII, título III, ley VIII; *Concilio III Provincial*, libro segundo, título I, p. 84.

hijo, al que, si las cuentas estaban a su favor, se podía hacer pasar como legítimo; no todos los embarazos se podían justificar, menos aun cuando el marido trabajaba fuera, como era lo común, y duraba tiempo en volver. A veces pasaban meses o incluso años en que el esposo regresara a su casa, lo que hacía imposible que su mujer tuviese un hijo suyo, de una edad que no correspondiese al tiempo que llevaba fuera.

Quizá por esta razón en Pátzcuaro hubo varios bebés expósitos durante el siglo XVII, posiblemente varios de ellos eran hijos adulterinos y por eso sus madres optaron por dejarlos en alguna casa o a cargo de otra persona; no podían quedarse con ellos sin poner en riesgo su reputación, pero sobre todo su seguridad personal, pues si hasta antes del infante el adulterio no había sido comprobado, su nacimiento vendría a confirmarlo, siendo la prueba fehaciente e innegable de su cometimiento.

Por eso para las autoridades era fundamental la reunión marital, ya que con ella se evitaban muchos inconvenientes, desde la fragmentación de la vida conyugal, pues había quienes vivían prácticamente toda su vida separados y no volvían a convivir ordinariamente, hasta el establecimiento de relaciones adúlteras y la procreación de hijos ilegítimos. No obstante, en algunos casos se dispensaba que el matrimonio no cohabitase, sobre todo cuando el regreso del esposo a su lugar de origen, significaba la pérdida de su estabilidad laboral, lo que tornaba incierto el sustento. Ante una situación así, la intermitente cohabitación fue tolerada, privilegiándose la proporción de manutención familiar sobre la vida matrimonial, y sobre las consecuencias que la separación pudiese traer consigo.

La búsqueda de oportunidades que ofrecieran mejor calidad de vida para la familia, a veces implicaba prescindir de la cohabitación. Tal fue el caso del escribano público don Juan Martínez de Salcedo, quien se trasladó a Pátzcuaro para desempeñarse en dicho oficio, dejando en Huaniqueo a su esposa Luisa de Alcalá. Aunque fue reconvenido para que regresara a hacer vida marital, argumentó que su trabajo como escribano le permitía solventar los gastos de él y su esposa, lo cual no podría seguir haciendo si regresaba, por eso concluía que era preferible ir a verla

cuando los negocios se lo permitieran, que estar "juntos y faltos de sustento".[657] El Promotor Fiscal aceptó que se quedase en la ciudad, pero con el compromiso de ir a ver a su mujer y nunca dejar de procurarla.

Sin embargo, al salir del hogar conyugal, no todos mantenían sus compromisos y obligaciones conyugales; tras la separación, muchos no vacilaban en buscar compañía, lo cual comúnmente resultaba en el olvido de la mujer legítima. Se decía que el mencionado Juan Martínez de Salcedo estaba amancebado con una lugareña,[658] lo cual no se comprobó, pero tampoco se puede negar, puesto que el documento que así lo sostiene está incompleto; no obstante, el que fuese denunciado abre la posibilidad de que esa fuera otra de las razones por las cuales se negaba a regresar a Huaniqueo, y asimismo asegurase no podía traer a su mujer a la ciudad.

Juan Rodríguez fue otro hombre que salió de su lugar de origen para probar suerte en Pátzcuaro. El susodicho salió de Atoyaque y se dirigió a la ciudad patzcuarence para trabajar como arriero, dejando en dicho pueblo a su esposa Margarita de Ávalos y a sus hijos.[659] Tras su partida, los compromisos familiares pasaron a segundo término, en Pátzcuaro conoció a otra mujer, Gertrudis Pérez, con la cual se amancebó, negándose a regresar con su esposa alegando tener causas justas. Como él, Juan López fue otro hombre que, debido a su labor, salió de su hogar conyugal; se trasladó a Tiripetío, sitio en el que se dedicaba a pastorear a sus yeguas, pero su estancia en dicho pueblo, resultó también en una nueva conquista y en el abandono de su esposa Juana Castrejón.[660]

[657] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 37, 3 f. "El Promotor Fiscal manda hacer vida maridable a Juan Martínez Salcedo", Pátzcuaro, 19 de agosto de 1678.
[658] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 57, exp. 73, 1 f. "Mandamiento contra Juan Salcedo para que salga de Pátzcuaro dentro de cuatro días a hacer vida con su mujer", Valladolid, 13 de agosto de 1678.
[659] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 9, 17 fs. "De oficio de la Real Justicia contra Juan Rodríguez español arriero por amancebado y casado en el pueblo de Atoyaque, provincia de Sayula", Pátzcuaro, 17 de agosto de 1638.
[660] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 57, exp. 22, 5 fs. "Causa criminal eclesiástica que de oficio de la justicia eclesiástica se

En estos casos se hizo evidente la renuencia a reintegrarse a la vida matrimonial. El afecto o interés que en su momento habían tenido por sus esposas, ya no existía, ahora su inclinación estaba en la estabilidad laboral, o en el nuevo amor que habían conseguido. La adaptación a su nueva realidad les proporcionaba mejores beneficios y una condición de vida más satisfactoria, desde una mejora económica hasta el establecimiento de relaciones amorosas más cómodas. Por eso, la oposición de abandonarlas se manifestó, insistiendo en permanecer en el lugar de residencia, lejos de la esposa, de los hijos y de las obligaciones familiares.

La separación y el cambio de intereses fracturó la convivencia matrimonial, pero hubo otros factores que rompieron la armonía en el matrimonio; uno de ellos fue el maltrato doméstico, condición que, al pretender reafirmar la autoridad masculina en la familia, quebrantó la paz en el hogar. Aunque, por un lado, se hacía el llamado para que el marido amara a su esposa y no fuese severo con ella, por el otro, la ley le daba el derecho y obligación de corregirla, cuando la situación lo ameritara. Esa dualidad de amar y corregir formaba parte de la ideología de la época, emanada del orden patriarcal en el que estaba sustentada la sociedad y que se consolidaba al interior de la familia.[661] Agustín de Nava golpeaba a su esposa constantemente, pero aseguraba que sólo le había dado la "debida corrección", misma en la que incluso su madre participaba Catalina Sánchez.[662]

La idea de sumisión femenina estaba implantada desde la infancia, ya que la mujer estaba supeditada a las relaciones de poder y subordinación desde niña, al deber total obediencia a su padre. Esta sujeción continuaba y se transfería al marido, en el caso de aquellas que llegaban a la unión matrimonial.[663] Debido a esta idea

sigue contra Juan López y Agustina Álvarez por incurrir en el delito de adulterio", Tiripetío, 8 de noviembre de 1664.

[661] BENHUMEA REBOLLO, *Cansada de la intolerable sevicia*; ROCHA CAAMAÑO, VIVALLOS ESPINOZA y MAZZEI DE GRACIA, "De mujer golpeada a mujer engañada".

[662] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.

[663] Sin embargo, esto sucedía no solo en los matrimonios legítimos, también en las uniones consensuales, como los amancebamientos, ya que las parejas no necesitaban una ceremonia nupcial para que el hombre sintiera que la mujer estaba bajo su jurisdicción; de modo que las

implantada en la sociedad colonial, la tolerancia ante el maltrato conyugal era común; los golpes a veces se convertían en parte de la cotidianidad de la pareja.

La "corrección" de la esposa, mediante la agresión física y verbal, era aceptada, más aún cuando había sospecha de adulterio, en cuyo caso las agresiones efectuadas, a pesar de ser sumamente violentas, llegando incluso al uxoricidio, se consideraban justas y merecidas, debido al mal comportamiento.[664] La mayoría de las mujeres reconocían la autoridad de los hombres para disciplinarlas, para muchas de ellas el maltrato formaba parte de su vida matrimonial, por eso no se oponían a él. En Pátzcuaro la violencia conyugal no era motivo de denuncia, a menos que hubiese infidelidades de por medio, en cuyo caso la esposa ofendida no dudaba en ventilar las agresiones de que era objeto. La traición a veces causaba una afrenta mayor que los golpes; algunas esposas podían aceptar ser mujeres golpeadas pero no engañadas.[665]

Sin embargo, la aceptación de "correctivos" no fue una regla general, hubo otros espacios novohispanos en los que la violencia conyugal resultó más ofensiva que el adulterio.[666] No todas estaban dispuestas a tolerar resignadamente la mala vida que tenían, pero la mayoría no se atrevía a denunciar las explosiones violentas de sus maridos, por miedo a que, con la acusación, su situación no se remediara y los golpes se agravaran, o por evitar enredarse en querellas legales, temiendo al escándalo;[667] incluso debido a la ignorancia. Josepha Guzmán padecía violencia conyugal a manos de su marido Diego Flores, durante diez años soportó "muchos graves y repetidos malos tratamientos que sin causa alguna le hacía", pero

reprimendas infligidas en el amancebamiento también eran una realidad tolerada. LIPSEIT-RIVERA, "La violencia dentro de las familias formal e informal", p. 326.
[664] GONZALBO AIZPURU, "Violencia y discordia en las relaciones personales", pp. 328-332.
[665] CASORLA SAGRERO, "Desde la intimidad del hogar: las riñas conyugales", pp. 110-123.
[666] BENHUMEA REBOLLO, *Cansada de la intolerable sevicia*.
[667] LOZANO ARMENDARES, "Si no por amor… por miedo", p. 48; LOZANO ARMENDARES, "Momentos de desamor", pp. 68-72.

nunca recurrió a la justicia para remediar su situación; desconocía que su condición podía solucionarse legalmente, pues dijo "nadie se lo advirtió".[668]

No obstante, las mujeres que sufrían maltrato a manos de sus cónyuges acudían a otros medios para escapar de su situación. Cuando la vida marital se fracturaba debido a la violencia y los malos tratos, el abandono del hogar fue una opción. Josepha, en su desesperación y temor, decidió salirse de la casa que habitaban con su marido en Jalapa, a fin de huir de los golpes que éste le propinaba. Se refugió en la sierra, donde consiguió trabajo en un rancho y conoció a Nicolás Tello, forjando desde entonces un amancebamiento con él; juntos se trasladaron de ciudad en ciudad, hasta establecerse en Pátzcuaro.[669] Como ella, María de la Cruz también huyó de su esposo Joseph Ramos, quien la golpeaba continuamente, situación que la llevó a abandonar su casa en Nahuátzen y trasladarse a Pátzcuaro.[670] Para estas mujeres, era preferible salir de su lugar de origen, alejarse de su familia y arriesgarse a lo desconocido, que continuar soportando una vida de menosprecios y agresiones.

Otras esposas también recurrían al abandono del hogar conyugal, pero de manera temporal, utilizando la separación física como estrategia para darle una lección al esposo, y hacerle notar que eran capaces de irse de su lado si seguían maltratándolas; cuando lo conseguían, la reconciliación no tardaba en llegar y la reunión marital tenía lugar nuevamente. La española María Diez de Arenas y Joseph de las Heras, español también, apenas tenían un año de casados,[671] cuando ella decidió ausentarse de su lado y recurrir al depósito, trasladándose a la casa de una tía suya, pues su marido la maltrataba a tal grado de ponerla en riesgo de muerte; sin embargo,

[668] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 54, ff. 3v. "Causa criminal eclesiástica contra Nicolás Tello, español y Josepha Guzmán por incontinentes", Pátzcuaro, 4 de abril de 1687.
[669] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 54, f. 3-3v. "Causa criminal eclesiástica contra Nicolás Tello, español y Josepha Guzmán por incontinentes", Pátzcuaro, 4 de abril de 1687.
[670] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 15, exp. 2, f. 1. "Joseph Ramos perdona cualquier delito de adulterio hecho por María de la Cruz, su mujer", Pátzcuaro, 24 de diciembre de 1675.
[671] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, matrimonios, 1570-1950. "Casamiento y velación de Joseph de las Heras y doña María Diez de Arenas españoles", 04 de mayo de 1677. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9R-WF?i=146&cc=1883388&cat=158637 [consultado el 27 de agosto de 2023].

no duró mucho tiempo la separación, pues Joseph pidió su regreso, comprometiéndose, ante el juez eclesiástico, a darle buena vida a su mujer. María aceptó, reanudando con ello la reunión marital.[672]

La violencia conyugal, el depósito como medida de protección, y la reconciliación de la pareja, resultaron ser comunes en la ciudad. Ana de la Cruz refería que desde hacía cuatro años, su marido Agustín Moreno Nava le daba mala vida y no la sustentaba; las golpizas eran sumamente violentas y constantes, 3 o 4 veces la había descalabrado por agredirla con palos y cuchillos en la cabeza; en otras ocasiones la golpeaba con una espada con tal fuerza, en una ocasión, la espada con la que la agredía se rompió en tres pedazos contra su espalda.[673] Debido a la agresividad y al evidente peligro que corría su vida, el teniente de alcalde mayor Juan Luis de Aguirre la depositó en casa de Gregorio Sánchez Caballero, pero en cada una de esas ocasiones, la reconciliación marital tuvo lugar; aunque las malos tratos y las amenazas de muerte parecían no terminar, justificadas en "la debida corrección".[674]

Como estrategia o como válvula de escape, lo cierto es que abandonar la relación conyugal para algunas mujeres no era una decisión fácil, ya que involucraba varios riesgos, algunas los asumían con tal de mejorar su condición de vida, pero otras no estaban dispuestas a correrlos voluntariamente; por eso, aunque su vida matrimonial estuviese fracturada, no todas se atrevían a dejar su hogar para aventurarse a un futuro incierto. Isabel de Orozco estaba casada con Matías de García, pero no cohabitaban ordinariamente, debido al trabajo que él desempeñaba en Querétaro, situación que llevó a Isabel a ver en una nueva relación la recuperación de las emociones desvanecidas en su matrimonio.

[672] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 37, ff. 1-4. "Demanda de Joseph de las Heras porque su esposa María de Arenas se ausentó de su lado y está en un depósito que no es de su gusto", Pátzcuaro, 19 de diciembre de 1678.
[673] CASTRO GUTIÉRREZ, "Honor y deshonor en una ciudad provinciana", pp. 54-56.
[674] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.

La relación adúltera que tenía con Francisco de Alcántara se prolongó por tres años, tiempo durante el cual ella no tuvo la intención de separarse de su marido, solo la exposición pública hizo que lo abandonara. Matías constató el adulterio, lo que resultó en la agresión hacia Isabel y en la posterior huida de ella con su cómplice.[675] Aunque la vida conyugal evidentemente carecía de armonía, había esposas que no querían dejar su matrimonio, pero optaban por otros recursos para sortear su realidad, viendo la solución en una relación adúltera.

La dinámica de una convivencia esporádica, a varios cónyuges les era más favorable, así podían convivir ordinariamente con sus cómplices. Pero no todos necesitaron mantenerse alejados para aventurarse a un nuevo romance; Agustín Moreno Nava no tuvo que recurrir al alejamiento físico para evadir su insatisfecha vida conyugal. Pese a ya no tener interés en permanecer al lado de la mestiza Ana de la Cruz, su esposa, se mantuvo cohabitando con ella, pero de manera paralela entabló una relación adúltera con María Cárdenas; manteniendo la doble relación sin salir de su lugar de origen.[676]

Luego de siete años de matrimonio, el hartazgo de Agustín se hizo evidente, viendo la solución a sus "pesares", en una relación extramatrimonial. Se involucró con María Cárdenas, vecina de la ciudad, pero los encuentros ocasionales no fueron suficientes, deseaban formalizar su relación, de modo que decidió ponerle fin a la vida de su esposa, envenenándola. Las agresiones violentas no habían acabado con la vida de Ana, ni con la vida matrimonial que, aunque infeliz y dolorosa, se mantenía; el veneno tampoco surtió efecto. Pese a no lograr sus letales objetivos, su comportamiento muestra la urgencia por liberarse del vínculo nupcial que los unía, para

[675] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 4, 4 fs. "Querella de Matías García, mestizo, contra Francisco de Alcántara y Isabel Orozco, mestiza, por adulterio", Pátzcuaro, 23 de marzo de 1637.
[676] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.

vivir su relación abiertamente, pretendiendo convertirla de ilícita a legítima;[677] lo cual no conseguiría con el simple abandono del hogar.

La cohabitación no resolvía todos los problemas conyugales, a veces los acrecentaba. Cuando la monotonía, las situaciones de profunda insatisfacción se apoderaban de la convivencia conyugal, el vivir juntos, en lugar de afianzar los vínculos afectivos, generaba más bien enemistad entre los cónyuges; algunos investigadores como Marcela Suárez Escobar, afirman que a veces las situaciones desmotivantes llegaban a generarles odio.[678] Y si a ello se le agrega el que el matrimonio no hubiese sido contraído por voluntad, sino de manera forzada, la situación se tornaba aún más insostenible.

Ana y Agustín habían iniciado su romance ilícitamente en 1622, en casa de don Pedro Pantoja, donde ella laboraba como sirvienta. Pantoja lo denunció por haber escalado las paredes de su casa repetidas veces para estuprar y corromper a Ana; aunque Nava negó haberla estuprado, declarando que la había solicitado por la puerta, sin quebrantar la casa de Pantoja,[679] al parecer la palabra de dicho hombre, que gozaba de amplia reputación y poder en la ciudad,[680] pesó más, y la afrenta de la que se quejaba, culminó con el matrimonio de la pareja ese mismo año.[681]

De manera que, la decisión de casarse no fue tan libre y espontánea en ninguno de los dos; Ana había decidido terminar con él tiempo atrás, pero no lo hizo debido a las fuertes amenazas que le hacía,[682] y en el caso de Agustín, de haber deseado casarse con ella le habría pedido matrimonio. Casarse por obligación no siempre traía resultados favorables, Agustín, como ya señalaba, la agredía violentamente cada que

[677] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[678] SUÁREZ ESCOBAR, *Sexualidad y norma sobre lo prohibido*, p. 197.
[679] CASTRO GUTIÉRREZ, "Honor y deshonor en una ciudad provinciana", p. 54.
[680] CASTRO GUTIÉRREZ, "Honor y deshonor en una ciudad provinciana", p. 49.
[681] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro, matrimonios, 1570-1950. "Casamiento de Agustín Moreno y Ana de la Cruz", 27 de noviembre de 1622. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-B9?i=28&cc=1883388 [consultado el 29 de marzo de 2023].
[682] CASTRO GUTIÉRREZ, "Honor y deshonor en una ciudad provinciana", p. 54.

se le ocurría; ante sus constantes arrebatos de ira, ya en varias ocasiones había intentado matarla, golpeándola e intentando apuñalarla, en un último intento trató de envenenarla. Agustín vio en la eliminación de su consorte el único medio para librarse del yugo matrimonial que había contraído más por obligación que por voluntad; con ello, la posibilidad de contraer nupcias con quien él deseaba, María Cárdenas, podría realizarse.

Ahora bien, esa era la postura de los cónyuges adúlteros para enfrentar su situación matrimonial, pero ¿qué sucedía con los defraudados? su postura resulta interesante, ya que en muchos de ellos se percibe el deseo de permanecer en el matrimonio, pese a la infidelidad cometida por su cónyuge. La reacción violenta hacia la esposa no se hizo esperar, debido al honor y orgullo heridos, pero su intención no fue poner fin al matrimonio. Matías García sospechaba del adulterio de su mujer, razón por la cual continuamente la reñía y aporreaba, sin embargo, no quería separarse de ella. Estaba enterado del amancebamiento que tenía Isabel con Francisco Alcántara, por eso le prohibió a éste que entrara en su casa, pero la advertencia no fue suficiente, al contrario, Alcántara lo retaba, atacándolo con espada y arcabuz.[683] Pese a la situación y a que su esposa continuaba en el adulterio, Matías siguió en el matrimonio.

A veces los maridos decidían continuar en el matrimonio, pese a conocer la situación, pues no todos aceptaban el abandono de su esposa y buscaban recuperarla. Matías recurrió a la autoridad para encontrar a su mujer, y es que no solo deseaba que ella y su cómplice recibieran un castigo, además quería que ella volviese a su lado. Como él, Joseph Ramos también pedía el regreso de su esposa, de modo que decidió otorgarle un solemne perdón ante cualquier adulterio cometido, para así lograr que volviera con él.[684]

[683] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 4, ff. 1-4. "Querella de Matías García, mestizo, contra Francisco de Alcántara y Isabel Orozco, mestiza, por adulterio", Pátzcuaro, 23 de marzo de 1637.
[684] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 15, exp. 2, f. 1. "Joseph Ramos perdona cualquier delito de adulterio hecho por María de la Cruz, su mujer", Pátzcuaro, 24 de diciembre de 1675.

Quizá la necesidad de disimular el fracaso matrimonial estaba de por medio, o la negativa a aceptar que el amante de su esposa ocupara su lugar como señor de la casa y gobernase en ella, o quizá el evitar que la pareja adúltera se saliera con la suya hayan sido factores de influencia, lo cierto es que, pese a una vida conyugal llena de celos, expectativas frustradas, adulterios, malos tratos y desinterés, había cónyuges a los que les resultaba impensable acabar con el matrimonio. Por eso, aun y cuando el distanciamiento emocional ya había hecho su parte y su vida marital no era armoniosa, decidían mantenerse en ella a toda costa.

Así pues, como se ha podido observar, el alejamiento físico de los consortes influyó en la vida matrimonial, la convivencia intermitente derivó en la fragmentación de la comunidad de vida que debían tener los casados. A dicha separación física se sumó el alejamiento emocional, que terminó por fracturar la armonía conyugal; los trabajos u ocupaciones que requerían viajar constantemente, permanecer fuera por largos periodos y mantenerse por poco tiempo en casa, dio la oportunidad a ambos cónyuges de llevar una doble vida, abriendo la puerta al adulterio, relación que, pese a su ilicitud, les ofreció otras alternativas amorosas y de convivencia.

4.3. El adulterio como respuesta.

Cuando las desavenencias se filtraban en la relación y convivencia del matrimonio, había válvulas de escape a las que se recurría, una de ellas fue el adulterio; estrategia que utilizaron para hacer frente a su realidad y sortear sus carencias emocionales, viendo en éste, la posibilidad de realizar sus expectativas de una vida en pareja. En 1627 la Real Justicia tuvo noticia de unas indias casadas que se encontraban públicamente amancebadas. Una vivía con el también indio Francisco de Zinco, con quien compartía la vivienda, el lecho y los alimentos;[685] otra con el joven mestizo Francisco de Morales, con quien se encontraba desde hacía cuatro meses. Ella le proporcionaba alimento y él compañía y cuidados, llevándola a vivir con él para procurarla mejor, tomando a su cargo el auxiliarla en la enfermedad que por entonces la aquejaba.[686] En 1628, otra mujer casada cuyo grupo social fue omitido, y de quien, al igual que las anteriores, se desconoce su nombre, decidió abrirse pasó a una nueva relación, amancebándose con el forastero Salvador Machado, quien desde hacía tiempo vivía en la ciudad.[687]

En estos amancebamientos los papeles se invirtieron, la relación adúltera se convirtió en ordinaria y la conyugal en ocasional, lo que resultó en el establecimiento de vínculos más estrechos debido a la convivencia cotidiana. En ellos se reestableció, aunque de manera ilícita y con una persona distinta, la comunidad de vida fracturada. Los nexos fueron afianzados debido a que, al parecer, estas relaciones les brindaban mayores beneficios que los obtenidos en su vida matrimonial; ya que, aunque se consideraba la primacía de los placeres sexuales en los amancebamientos, debido a la idea de libertad y goce que suponía una unión fuera de los principios del matrimonio,[688] la realidad es que la conexión que se forjaba en ellos iba más allá del

[685] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, 1 f. "Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Zinco por amancebado", Pátzcuaro, 4 de junio de 1627.
[686] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, 4 fs. "Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Morales mestizo por amancebado", Pátzcuaro, 21 de junio de 1627.
[687] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 11, 3 fs. "Denuncia de Juan de Cabala Garfias contra Salvador Machado por amancebado con una mujer casada", Pátzcuaro, 26 de abril de 1628.
[688] LAGARDE Y DE LOS RÍOS, *Los cautiverios de las mujeres*, p. 347.

simple placer erótico, interviniendo otros factores como la compañía, los cuidados y la ayuda mutua, los cuales derivaron en afecto y comodidad, y por tanto, en el deseo de mantenerse en esa relación.

Para algunas mujeres, encontrar a un hombre que les ofrecieran mejores condiciones de convivencia, y que además le proporcionara mejor trato resultó tentador; tal fue el caso de Josepha Guzmán, que había huido de la violencia conyugal que vivió con su marido. En 1682 conoció al español Nicolás Tello, surgiendo una relación entre ellos, pues ambos trabajaban en un rancho ubicado en un cerro de Jalapa, de donde decidieron irse rumbo a Puebla, lugar del que era originario Nicolás. Ahí estuvieron un tiempo, pero luego decidieron trasladarse al pueblo de Naulingo, después a México, a Querétaro, y de ahí a Valladolid, hasta finalmente llegar a Pátzcuaro, donde comenzaron a trabajar en la hacienda de Nicolás de Salmerón. Juntos recorrieron diferentes poblaciones del virreinato, deseaban alejarse de su lugar de origen para poder vivir más tranquilamente y Pátzcuaro parecía un buen sitio para establecerse y continuar su relación. Estas uniones en muchas ocasiones llegaron a ser tan estrechas entre los adúlteros, y tan lejanas con el consorte, que incluso los vecinos creían que en verdad se trataba de una pareja casada. Así sucedió en el caso de Josepha y Nicolás, cuya relación era tan cercana que durante cinco años pasaron como marido y mujer ante los ojos de sus conocidos.[689]

La comodidad que brindaba la relación adúltera, superaba la mala fama que el cómplice pudiese tener; había mujeres más interesadas en estar con hombres que dispusieran de tiempo para ellas. Por eso, algunas casadas con maridos ocupados, se sintieron atraídas por hombres sin oficio, cuya fama de ociosos y de malas costumbres no fue un inconveniente. Su situación socioeconómica no era importante, si a cambio les otorgaban compañía y la posibilidad de nuevas ilusiones. En 1637 la mestiza Isabel de Orozco se encontraba amancebada con Francisco de Alcántara quien, tenía fama de vagabundo, puesto que no tenía oficio ni entretenimiento alguno. Desde hacía tres años

[689] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 54, f. 3v. "Causa criminal eclesiástica contra Nicolás Tello, español y Josepha Guzmán por incontinentes", Pátzcuaro, 4 de abril de 1687.

entraba en su casa y dormía con ella cuando su marido, el mestizo Matías García, se ausentaba a trabajar en Querétaro.

La relación parecía otorgarle nuevos bríos a Isabel, pero no se atrevía a dejar a Matías, posiblemente porque su cómplice no tenía un medio de sustento, a diferencia de su marido, que le proporcionaba lo necesario para su manutención. Por eso, a pesar de querer estar con Francisco, no se decidía a abandonar a su esposo; solo el descubrimiento del adulterio y el escálalo que de éste surgió, hizo que aceptara huir con su cómplice, aventurándose a una vida incierta. Solo lejos de su lugar de origen podrían simular una vida de marido y mujer.[690]

No todos tenían la posibilidad de cohabitar con el cómplice mientras se mantuviesen en su lugar de residencia matrimonial. El español Agustín Moreno Nava no podía vivir ordinariamente con María Cárdenas, con quien cometía adulterio desde hacía tiempo, pero deseaba poder hacerlo, por eso tomó la resolución de eliminar a su esposa Ana, para así poder formalizar su ilícita relación. Disimulaban sus encuentros bajo la excusa de que ella le vendía ropa para su mujer, quien, por supuestamente estar enferma no podía acudir personalmente a comprarla, como lo refería Agustín. María aceptó recibirlo ocasionalmente en su casa, esperando que en algún momento su relación llegara a legitimarse, como él se lo prometió, asegurándole que una vez que su esposa falleciera, se casaría con ella.[691] La boda obviamente no se realizaría, no solo porque Agustín no enviudó, sino porque María temió correr la misma suerte de su esposa, ser golpeada y envenenada para casarse con otra, de modo que optó por alejarse de él y confesar lo ocurrido.[692]

Para algunos vivir en el mismo lugar dificultaba convivir ordinariamente con el cómplice; más aún cuando se tenía una posición social que no pasaba desapercibida. En 1647 una mujer casada proveniente de una familia tenida por

[690] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 4, 4 fs. "Querella de Matías García, mestizo, contra Francisco de Alcántara y Isabel Orozco, mestiza, por adulterio", Pátzcuaro, 23 de marzo de 1637.
[691] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, ff. 175-247. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[692] CASTRO GUTIÉRREZ, "Honor y deshonor en una ciudad provinciana", p. 55.

honrada, se amancebó con don Pedro Villegas, vecino de México y residente en Pátzcuaro;[693] debido al estatus social al que pertenecía dicha mujer, la pareja adúltera no vivía en la misma casa. No se sabe con certeza si la mujer en cuestión había dejado definitivamente de hacer vida conyugal con su esposo, pero tenía hijas mayores ya casadas, que probablemente no aprobarían el comportamiento de su madre. Por ello, su relación se mantuvo solo a través de encuentros ocasionales, los cuales tenían lugar cuando ella se quedaba sola; los horarios de las misas y los oficios divinos fueron los propicios para ello. Les tenía sin cuidado faltar a la Iglesia aun en los días santos, como los de Cuaresma,[694] su relación amorosa estaba por encima del cumplimiento de los preceptos conyugales y de los religiosos. Así que, permanecer en el lugar de residencia conyugal, dificultaba entablar relaciones extramatrimoniales, pero no las evitaba.

Ahora bien, si estando en el mismo lugar de origen los cónyuges cometían adulterio, al alejarse del hogar conyugal y de sus conocidos, con mayor facilidad podían hacerlo. En 1631 el español Juan Rodríguez se amancebó con una mulata llamada Gertrudis Pérez, quien conocía su condición de casado y la aceptaba, por eso decidió abrirle las puertas de su casa e intimidad, cohabitando con él como marido y mujer. Con ella forjó la vida marital que ya no tenía desde hacía cuatro años con Margarita de Ávalos, su mujer legítima. La comodidad de su relación hizo que prefiriera estar con Gertrudis y se negase a regresar con su esposa.[695] Lo mismo sucedió con el español Juan López, quien en 1664 vivía un amancebamiento adulterino con la también española Agustina Álvarez; ella al igual que Gertrudis, sabía que el

[693] Aunque en el expediente no se menciona el grupo social al que pertenecían los involucrados, asumo que se trata de españoles, debido a la utilización del Don para referirse a Villegas, y la referencia a la familia de la mujer como honrada; además del especial cuidado en no dañar la honra de la involucrada.
[694] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, 1 f. "De oficio de la Real Justicia contra Don Pedro Villegas, vecino de la ciudad de México por estar amancebado con una mujer casada", Pátzcuaro, 26 de marzo de 1647.
[695] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 9, 17 fs. "De oficio de la Real Justicia contra Juan Rodríguez español arriero por amancebado y casado en el pueblo de Atoyaque, provincia de Sayula", Pátzcuaro, 17 de agosto de 1638.

hombre con el que estaba era casado, incluso conocía a su esposa Juana de Castrejón, pero eso no fue impedimento para seguir su relación.[696]

En ambos casos los involucrados se sentían a gusto, compartían los riesgos y la ilegitimidad que correspondía a su situación. A pesar del peligro latente de ser descubiertos y denunciados, para muchas parejas adúlteras el amancebarse fue común, saliesen fuera de su lugar de residencia o no. Encontrar a una persona que, aun conociendo la condición de vida y sus múltiples inconvenientes, como ser castigado debido al delito cometido y poner en entre dicho su honor, aceptase el estatuto social disminuido que le correspondía como amante,[697] facilitaba las cosas.

A partir de un "pacto" informal surgido del "yo te doy esto, pero a cambio tú me darás esto otro que yo necesito," en las relaciones adúlteras se dio un intercambio de beneficios que respondían a las carencias de los implicados. La mujer asumió o continuó en el papel de esposa, encargándose de la elaboración de los alimentos, de las labores del hogar, procurando los cuidados domésticos en general. Mientras que el hombre tomó el rol de señor de la casa, brindándole compañía, auxilio y protección, pero prescindiendo de la obligatoriedad de la proporción de sustento.

A través de dicho "pacto" terminó configurándose la comunidad doméstica que en el matrimonio no se pudo establecer; en ella, los adúlteros y los cómplices de adulterio, ofrecieron lo que, según los catecismos y los tratados moralistas, el esposo debía otorgar a su mujer en el matrimonio, pero que rara vez sucedía,[698] y terminaba siendo más un ideal que una realidad. La cohabitación, la ayuda mutua, la crianza de los hijos, los cuidados en momentos de enfermedad, la compañía, la protección, eran acciones que debían ser constantes en el matrimonio, pero pocas veces ocurrían en la vida conyugal; no obstante, en la adúltera sucedían más a menudo.

[696] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 57, exp. 22, ff. 1-5v. "Causa criminal eclesiástica que de oficio de la justicia eclesiástica se sigue contra Juan López y Agustina Álvarez por incurrir en el delito de adulterio", Tiripetío, 8 de noviembre de 1664.
[697] SALINAS MEZA y GOICOVIC DONOSO, "Amor, violencia y pasión", p. 253.
[698] ESTEVAN, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, p. 296.

Ahora bien, como puede observarse, la posibilidad de conducirse de tal o cual forma no fue determinada por el sexo, por eso, el ser mujer no condicionó una mayor o menor observancia de las normas morales; tampoco lo fue el pertenecer a determinados estratos sociales, ni siquiera el pertenecer a una familia considerada honorable. Tanto hombres como mujeres, de origen español, indígena o de castas, de familia honrada o no, con el paso del tiempo podían perder el interés en su matrimonio, optando por una relación extramatrimonial. Sin embargo, la separación formal, mediante el divorcio eclesiástico, única forma de separación en la época, no fue una opción.

Quizá porque para llegar a la separación había que pasar por ciertos filtros que determinaban si era necesaria o no; a partir de éstos podía otorgarse o negarse el permiso de hacerlo, puesto que no todas las razones justificaban el apartamiento de los esposos, solo aquellas que eran bastamente probadas tenían posibilidad de llegar a dicha resolución. Aunque, cuando se trataba de adulterio, el divorcio podía ser permanente,[699] el trámite no era sencillo, y además legalmente no podrían entablar otra relación, ya que la desunión de la pareja se daba únicamente en cuanto a la cohabitación, el vínculo recordemos era indisoluble; por lo que el vivir apartados el uno del otro no significaba el rompimiento del lazo conyugal, ni menos aún el permiso para buscar otra unión.

El matrimonio daba honor a las personas, así como un lugar en la sociedad, de manera que, esas condiciones también pudieron haber influido para que no se buscase la separación formal. Probablemente los cónyuges adúlteros no querían perder presencia social, ya que, en Pátzcuaro, el estar casado, brindaba seguridad, confianza y una buena imagen; de modo que optaban por permanecer en el matrimonio, aunque éste fuese más simbólico que genuino.

Así, por lo complicado del trámite, por la imposibilidad de entablar otra unión legítimamente, o por mantener un lugar en la sociedad, incluso por simple desinterés, el hecho es que algunos consortes optaron por otras posibilidades de escape

[699] DE CORELLA, *Práctica de el (sic) confessonario*, pp. 85-87.

a su vida marital, como el alejamiento y el adulterio. A través del abandono del hogar, o de la permanencia en éste, pero con otra compañía, la pareja básicamente ya vivía los efectos de un divorcio sin necesidad de recurrir a él.

Las razones para no recurrir al divorcio, en el caso del cónyuge adúltero, podrían estar cimentadas en las consideraciones anteriores, pero ¿y el defraudado? ¿Por qué siguió adelante con el matrimonio a sabiendas de la infidelidad cometida, y más aún, ante la persistencia en ella? Aunque comúnmente el cometimiento de adulterio está íntimamente ligado al engaño, lo cierto es que no todos los cónyuges ignoraban las infidelidades de sus parejas, hubo algunos que, aunque les causaba indignación, las aceptaban. A veces pasaba que el marido estaba enterado de la conducta de su mujer, y en lugar de denunciarla, la toleraba, incluso hubo algunos que aceptaban compartir su casa con el amante, lo que significó un atentado directo contra el sacramento del matrimonio.[700]

De modo que, con frecuencia la traición jugaba un papel preponderante en los casos de adulterio, pero el engaño no siempre se mantuvo. Matías García, como se ha mencionado, conocía la relación que mantenía su esposa con otro hombre, y aunque él no fue acusado de complicidad, mostró una actitud tolerante hacia el comportamiento de su esposa. Probablemente si Isabel no hubiese huido con Alcántara, el matrimonio hubiese seguido, ya que Matías no tenía intención de separarse; ni el escándalo al que se vio expuesto cuando los descubrió *in fraganti*, y que causó gran alboroto entre los vecinos, hizo que desistiera de permanecer a su lado.[701] Así, por conformidad, indiferencia, vergüenza, o simplemente por no tener la voluntad de alejarse de su esposa, los cónyuges comúnmente no denunciaban y continuaban en el matrimonio.

A través de los elementos señalados en este apartado, podemos concluir que, la intervención de emociones fue superior al cuidado del honor, ya que éste no

[700] ATONDO RODRÍGUEZ, "Un caso de lenocinio", p. 85.
[701] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 4, 4 fs. "Querella de Matías García, mestizo, contra Francisco de Alcántara y Isabel Orozco, mestiza, por adulterio", Pátzcuaro, 23 de marzo de 1637.

siempre estuvo por encima de los actos y de las decisiones tomadas. Asimismo, que el matrimonio no siempre fue el reflejo de una vida feliz, ni el espacio predilecto para la realización de una vida en pareja. No todos los casados aceptaron su condición matrimonial, ni estaban dispuestos a soportar con paciencia y resignación los sinsabores que su vida conyugal les propiciaba.

La comunidad de vida, sustentada en el matrimonio, no siempre llegaba a efectuarse dentro de él, menos aun cuando la convivencia se tornaba esporádica; al contrario, dicha situación hizo que algunos hombres y mujeres accediesen a una nueva relación que, aunque adúltera, les ofrecía mejores beneficios. A partir del análisis de los casos recabados, el capítulo presentado amplía el abanico de posibilidades, proponiendo otros indicadores que ayudan a explicar por qué se trasgredía la norma matrimonial de exclusividad sexual, desafiando el orden y la moral pública; incluso la autoridad masculina preponderante, en los casos de adulterio femenino.

De esta manera, se puede concluir que el adulterio no se redujo únicamente a una cuestión de lujuria, ya que se trató más bien de un comportamiento relacionado con el afán de cumplir expectativas de vida que el matrimonio no había logrado, el cual era ejercido conscientemente; surgiendo como respuesta ante una vida conyugal fracturada debido a la ausencia marital y a la nula vinculación sentimental entre los consortes. Así, el deseo de llenar unas expectativas emocionales fracturadas, podía derivar en el incumplimiento del voto de fidelidad conyugal.

Ante ese panorama, el adulterio otorgó otra posibilidad de forma de vida y de romance, en el cual se formó una comunidad de vida que, aun gestada en la ilicitud, les brindaba mayores beneficios; el intercambio de favores domésticos y sexuales, conjugado con la compañía, la ayuda mutua y la vinculación afectiva, elementos cobijados bajo la cohabitación ordinaria y prolongada de los adúlteros, les propició comodidad emocional. En resumen, el adulterio terminó supliendo los diversos vacíos que la vida matrimonial dejaba, lo que derivó en el deseo de continuar en la relación, pese a las consecuencias que tal decisión trajese consigo.

CAPÍTULO V.
RESTABLECIENDO LA IMAGEN PÚBLICA DE LA MORAL SEXUAL: EL FUNCIONAMIENTO JUDICIAL EN PÁTZCUARO

> *«Cuán poco caso hacéis de la honra y cuánto menos de la vergüenza… que osamos convidar e importunar a otros a que pequen».*[702]

La moral sexual era dictada por la religión católica, reafirmada por los ministros religiosos y teólogos, y "controlada" por las autoridades, quienes, utilizando diferentes herramientas persuasivas, pretendían que la pauta a seguir penetrara en todos los rincones de la sociedad. Algunas herramientas se manifestaban de manera teórica, mediante los tratados moralistas, otros de forma oral, a través de la homilía eucarística y del confesionario, y otras más a partir de la combinación de ambas modalidades, como sucedía con los edictos generales y los bandos locales que se publicaban de manera escrita, pero que además eran pregonados públicamente; advertencias todas que se complementaban con la herramienta práctica, surgida de la desobediencia de las otras, y que tomaba forma en el castigo ejemplar aplicado por los foros de justicia, mismo que tenía una doble función: sancionar al transgresor y servir de advertencia a los espectadores.

En Pátzcuaro, el orden y la moral pública fueron temas sensibles, y como tales fueron atendidos; diferentes potestades judiciales tuvieron injerencia en los delitos tocantes a la sexualidad ilícita, por un lado, se encontraba la eclesiástica, a cargo del Juzgado Eclesiástico y de la Comisaría Inquisitorial, por el otro, la representante del brazo secular, la Real Justicia; las tres instancias vigilaban las conductas de los pobladores y las sancionaban si lo ameritaban. Cuando el ejercicio de la sexualidad no se ajustaba a los estándares que la moral católica señalaba, y su práctica se volvía de

[702] DE GUEVARA, *Epístolas familiares y escogidas,* p. 117.

conocimiento público, la intervención de la autoridad se manifestaba para restaurar el orden social, o mejor dicho la imagen que de éste debía proyectarse.

Pero, ¿cómo estaban integradas estas instancias en Pátzcuaro, cuál era su organización y qué papel desempeñaron? en función de su jurisdicción delictiva, el presente capítulo tiene a bien abordarlas desde su constitución institucional, considerando importante conocer cómo estaban conformadas en su interior, pues su burocracia no fue igual, ni tampoco su funcionamiento. A partir de su constitución, podremos abordar además su postura, la forma de percibir y de regular las faltas hechas a la moral sexual, a fin de determinar que la intervención de la justicia dependió del cómo y del dónde se realizaban; asimismo que, la aplicación de justicia no se dio por el cometimiento de la transgresión por sí sola, sino por las condiciones que rodeaban su práctica, dado que solo las que se hacían públicas ameritaban sanción. Así, a través de su funcionamiento, se pretende mostrar que, más allá de normar y sancionar los comportamientos que no correspondían al orden moral de la sexualidad que la religión católica demarcaba, lo que los foros de justicia perseguían y castigaban era la "desvergüenza" con la que eran efectuados.

5.1. Los órganos judiciales de Pátzcuaro.

La justicia, entendida como el bien supremo, era la principal función de la Corona española, que en el siglo XVII estuvo detentada por los llamados Austrias Menores, Felipe III (1598-1621), Felipe IV (1621-1665), y por Carlos II (1665-1700); procurarla y cuidar que ésta fuese preservada adecuadamente, era su obligación. El poder del monarca venía de Dios, que era el "justo juez", de modo que, como él, el rey estaba obligado a ser moralmente justo. En función de jerarquía, las pretensiones de la máxima autoridad debían ser también las de sus subalternos, por eso los ministros que representaban su potestad, compartían dicha función, encargándose de mantener el orden, velando por el bienestar del pueblo, a través de la procuración de justicia.

Pero, ¿exactamente en qué consistía la justicia? En la época virreinal la idea de justicia se cimentaba en la atribución de protección y garantía de obtener lo que se pertenece y merece. Según Alfonso "el Sabio", quien fuera rey de Castilla de 1252 a 1284, la justicia era "la arraigada virtud… que dura siempre en las voluntades de los hombres justos, y da y comparte a cada uno igualmente su derecho";[703] en otras palabras era "la perpetua y constante voluntad de dar a cada quien lo que le corresponde".[704] Ambas definiciones evocan el mismo significado, equidad en cuanto al otorgamiento de lo que cada quien merece, lo que se traduce como la garantía del bien, la tranquilidad, y por lo tanto, de la felicidad común.

El bienestar solo podía encontrarse en la justicia, por ello se configuró como la razón de ser de las diversas autoridades virreinales, cuya principal tarea fue aplicarla, y sustituir con ella a la venganza. Así, al tener instancias mediadoras, se evitaría la costumbre de hacer justicia por propia mano, lo que permitiría un estatus de tranquilidad en la sociedad.[705] Debido a ello se contó con diversos tribunales encargados de administrarla, cada uno con atribuciones particulares, pero todos encaminados a una sola finalidad, propiciar y mantener el bien común.

[703] *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomo II,* partida III, título I, ley I.
[704] GARRIGA, "Orden jurídico y poder político", p. 39.
[705] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos*, p. 169.

Para el caso de Pátzcuaro, la justicia se aplicó a través de tres juzgados, uno civil representado por la Real Justicia, y dos de índole eclesiástico, administrados por el Juzgado Eclesiástico y por la Comisaría del Santo Oficio de la Inquisición; todos ellos estaban conformados por un aparato burocrático específico y seguían un ordenamiento y forma de proceder distintos, aunque ocasionalmente pueden percibirse algunas similitudes en su funcionamiento, a veces incluso trabajaba en conjunto. No obstante, para conocer cómo se integraban los foros de justicia en la ciudad de estudio, y por consiguiente cómo funcionaban, es necesario aborda a cada uno por separado.

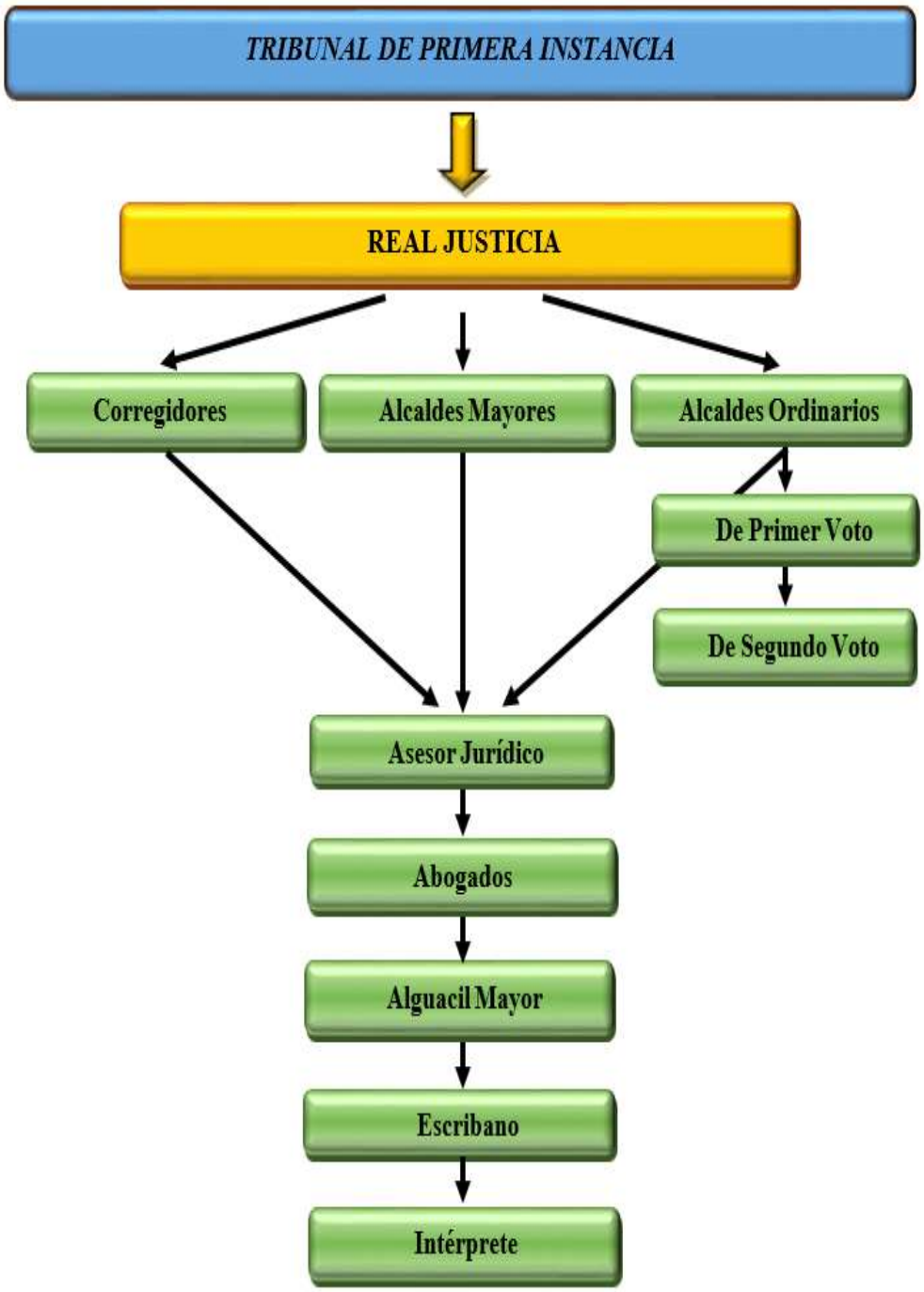
5.1.1. La Real Justicia.

En Nueva España, la justicia seglar u ordinaria como mejor se le conocía, se dividía en dos ramas, la civil y la penal; la primera estaba encaminada a la regulación de las pertenencias de las personas, la segunda a su seguridad, pero ambas eran detentadas bajo tres instancias. La primera instancia estaba representada por la Real Justicia, sostenida por los justicias locales, los corregidores, los alcaldes mayores o los alcaldes ordinarios, dependiendo el lugar del que se tratase. El de segunda instancia estaba a cargo de las Audiencias, mientras que el de tercera estaba representado por el Consejo de Indias, que era el Tribunal Supremo para Nueva España, a donde llegaban las querellas que no habían podido resolverse en las otras dos, de modo que prácticamente los organismos de segunda y tercera instancia eran de apelación.[706]

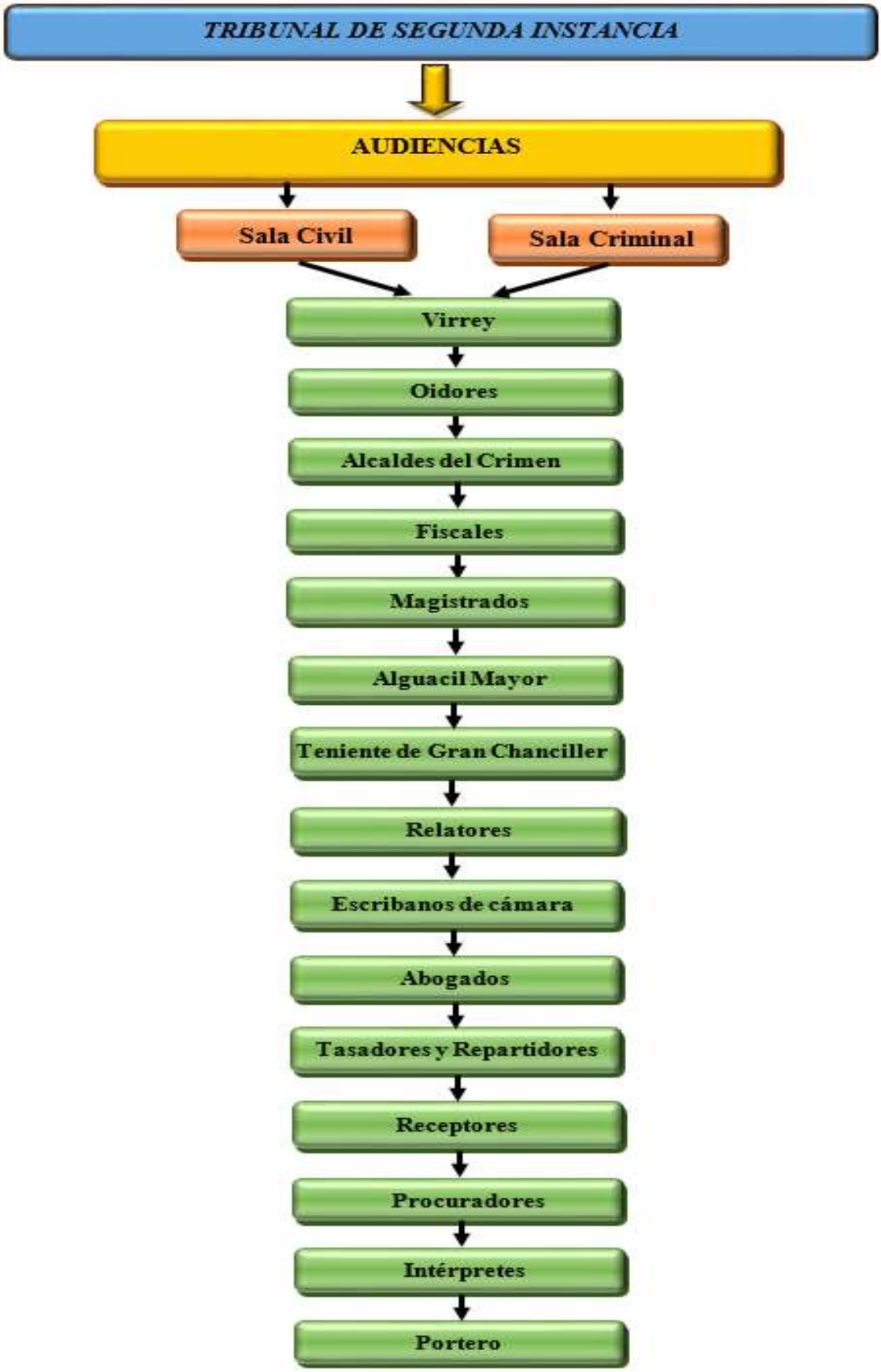
Cada instancia contaba con un amplio aparato burocrático, que podía ascender a más de 15 puestos, mismos que comúnmente eran desempeñados por más de una persona, lo que elevaba el número de integrantes. De tal forma que, la organización de estas instituciones administradoras de justicia, al igual que sucedía en la sociedad, también respondía a una estructura estamental, cuyo orden piramidal puede notarse a continuación.[707]

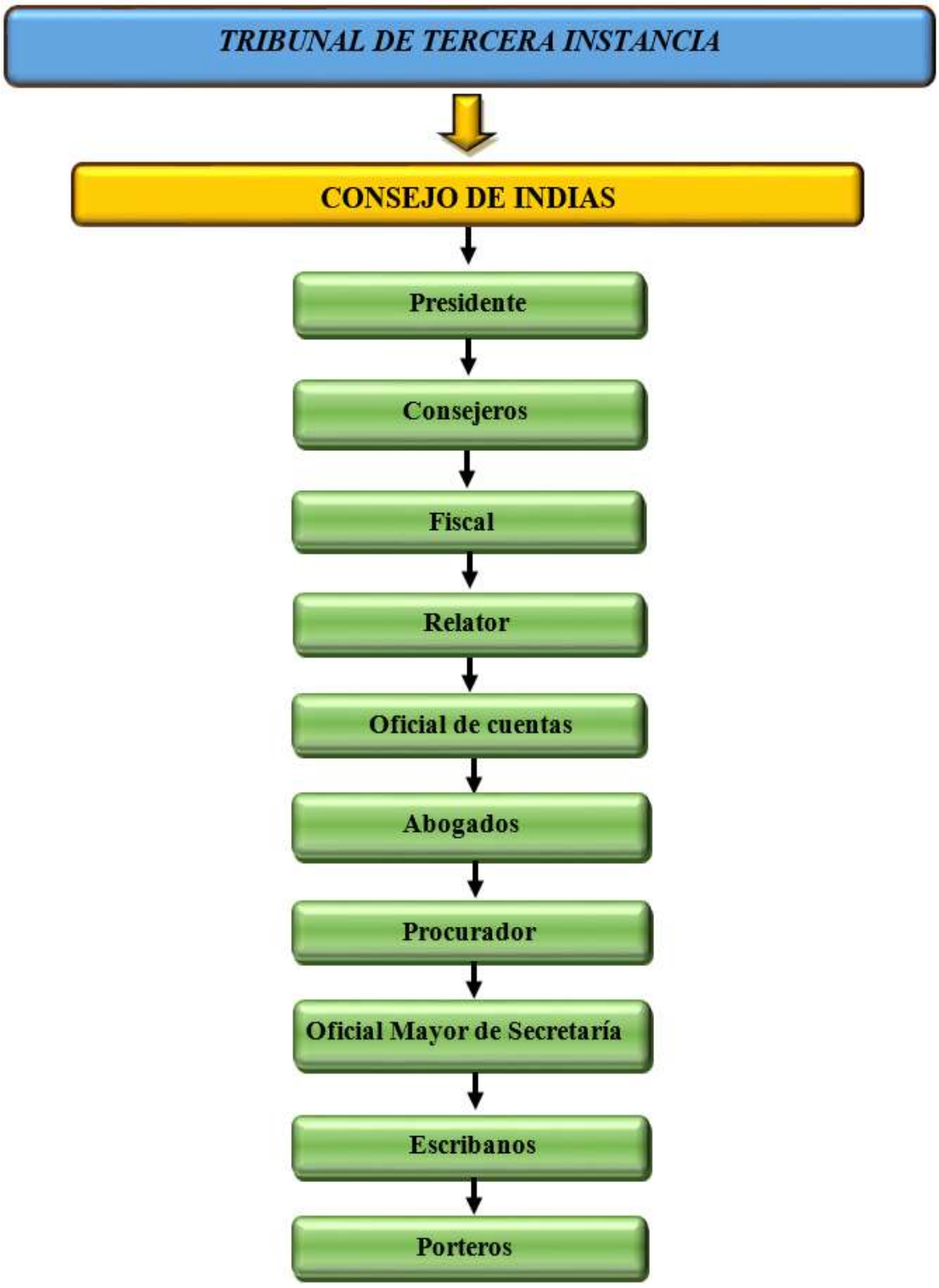
[706] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos*, pp. 91-93.
[707] La elaboración de los tres diagramas se basa en la descripción de las autoridades virreinales que ofrece Ernesto Schäfer, en su libro *El Consejo Real y Supremo de las Indias,* pp. 3-191,

ESQUEMA 1. Estructura de la Justicia Ordinaria en Nueva España



así como en la planteada por Sergio García en su ya citada obra *Las instituciones del gobierno civil en la Nueva España*, pp. 25-163.


TRIBUNAL DE SEGUNDA INSTANCIA
AUDIENCIAS
Sala Civil
Sala Criminal
Virrey
Oidores
Alcaldes del Crimen
Fiscales
Magistrados
Alguacil Mayor
Teniente de Gran Chanciller
Relatores
Escribanos de cámara
Abogados
Tasadores y Repartidores
Receptores
Procuradores
Intérpretes
Portero



Pero, aunque eran tres los tribunales que conformaban la justicia ordinaria, al que comúnmente acudían las personas a resolver sus conflictos era,

evidentemente, al juzgado local, es decir al de primera instancia, sostenido por la Real Justicia. En el caso de Pátzcuaro, como se abordó en el capítulo I de este trabajo, en el siglo XVI había dos cabildos que se encargaban de la administración civil de la ciudad, uno español y otro indígena, pero con el traslado de poderes a Valladolid en 1575, en Pátzcuaro solo quedó en funciones el cabildo indígena, hasta 1689 año en que finalmente, luego de varios intentos fallidos, se logró establecer un incipiente ayuntamiento español en la ciudad.[708]

Sin embargo, en materia de aplicación de la justicia fue distinto, ya que, aunque de acuerdo a Carlos Paredes, así como había dos cabildos, también existían dos juzgados encargados de vigilar y regular la conducta en los habitantes,[709] en la práctica, la autoridad española acaparó básicamente todos los procesos en materia criminal habidos en la ciudad. Independientemente del grupo social al que pertenecían, las personas recurrían a la potestad española para resolver sus conflictos.

Aunque en otros espacios novohispanos, los indígenas comúnmente resolvían sus problemas en su propio juzgado, y solo se dirigían al español cuando se trataba de delitos mayores, como el homicidio, o ante la irresponsabilidad de las autoridades indígenas,[710] en Pátzcuaro no fue así, pues pese a tener su propio juzgado, acudían al de las autoridades españolas; de modo que el juzgado indígena fungió solo como su auxiliar.

En sus tareas auxiliares debía encargarse de evitar los escándalos públicos, como las borracheras y los tratos deshonestos,[711] pero su campo de acción se concentró solo en los pueblos aledaños, que eran de población meramente indígena, mientras que los incidentes que tuvieron lugar en Pátzcuaro fueron atendidos por los justicias españoles que encarnaban la Real Justicia; con ello queda de manifiesto que

[708] SILVA MANDUJANO, "La pugna por la capitalidad en la provincia de Michoacán", pp. 22-23; MARÍN TELLO, *Descendientes de conquistadores*, pp. 29-31; JUÁREZ NIETO, *La oligarquía y el poder político*, p. 39.
[709] PAREDES MARTÍNEZ, "Instituciones coloniales", p. 141.
[710] GARCÍA ÁVILA, *Las instituciones del gobierno civil*, p. 88.
[711] GARCÍA ÁVILA, *Las instituciones del gobierno civil*, pp. 160-162; PAREDES MARTÍNEZ, "Instituciones coloniales", p. 141

tener una autoridad española y otra indígena no significó tener el monopolio de la justicia solo por el grupo racial al que se pertenecía, ya que en la práctica no hubo una separación tajante.

Ahora bien, la Real Justicia en Pátzcuaro estuvo a cargo del Alcalde Mayor, o de su teniente, quien debía entrar en funciones cuando aquel se encontraba ausente; las encomiendas que realizaban eran similares, visitar los pueblos sujetos, realizar el cobro de tributos, vigilar las buenas costumbres,[712] intervenir en las causas criminales, administrando justicia sin pasión o excesos. Aunque, a diferencia del alcalde mayor, el teniente no podía dictar sentencias, a menos que su superior le compeliese la autorización debida.[713]

En Nueva España, comúnmente el alcalde mayor solo intervenía en las causas criminales cuando eran de gravedad, como en los casos de heridas o de homicidios;[714] el resto quedaba en manos de los alcaldes ordinarios, o del teniente de alcalde mayor si el hecho era grave y el alcalde no se encontraba en el lugar. Sin embargo, en Pátzcuaro no funcionó así, ya que, como se expresó, luego del traslado del cabildo civil y del eclesiástico a Valladolid, la ciudad se quedó sin ayuntamiento español independiente, hasta 1689, de modo que no tuvo alcaldes ordinarios hasta entonces, por lo que todas las causas, graves o no, debían ser presididas por el alcalde mayor; aunque más comúnmente fueron atendidas por su teniente.

La gama de delitos juzgados por la Real Justicia cubría una amplia jurisdicción, desde los considerados mayores, como el homicidio, hasta los de menor gravedad, como las deudas, los hurtos, las pendencias públicas y privadas, la embriaguez y por supuesto las relaciones ilícitas; en general se ocupaba de cualquier conducta escandalosa que atentase contra el orden público. Pero la composición de la Real Justicia en Pátzcuaro no siguió el mismo patrón del esquema general,

[712] ROMERO DE SOLÍS, "Tenientes de Alcalde Mayor", pp. 40-42; JIMÉNEZ PELAYO, "Funcionarios ante la justicia", pp. 88-89.
[713] ALONSO NÚÑEZ, *Los tenientes de justicia*, p. 48.
[714] ROMERO DE SOLÍS, "Tenientes de Alcalde Mayor", pp. 40-42.

correspondiente al juzgado de primera instancia, ya que se careció de algunos integrantes, como el asesor jurídico y los alcaldes ordinarios.

Fue hasta finales de siglo que, con la creación del cabildo español, finalmente se agregaron las figuras de los alcaldes ordinarios de primer y segundo voto, pero prácticamente durante todo el siglo se careció de su participación en los procesos; hasta el siglo XVIII fue que su intervención cobró relevancia en Pátzcuaro, encargándose de la mayoría de los conflictos que tuvieron lugar en la ciudad.[715] Así, el organigrama de la Real Justicia de Pátzcuaro durante el siglo XVII estuvo conformada de la siguiente manera.

ESQUEMA 2. Estructura del Tribunal de Primera Instancia en Pátzcuaro, siglo XVII



[715] CASORLA SAGRERO, *Criminalidad y desviación en Michoacán*.

De manera que, después del alcalde, o de su teniente, el siguiente en la escalinata fue el alguacil mayor, seguido del escribano, de un abogado, de un intérprete, y de un alcaide de cárcel. Como ya se indicaba, el *alcalde mayor* era quien presidía este juzgado, en su ausencia, el teniente. Entre sus tareas de índole criminal, y en general las de cualquiera que se desempeñase como juez (alcalde mayor, teniente, alcaldes ordinarios), estaban formar los autos y dictar sentencias, realizando previamente las investigaciones.

Los alcaldes mayores estaban obligados a residir en la cabecera de la provincia encomendada, y no podían ausentarse de ésta sin un permiso superior previo. Aunque esa condición no aplicó para el caso del de Michoacán, ya que su residencia no se mantuvo estática, más bien fue itinerante, a veces habitaba en Pátzcuaro y otras en Valladolid; lo cual era aceptable puesto que ambas eran cabeceras de la provincia a su cargo, de otro modo no habría sido posible, a menos que contase con una licencia especial, girada a partir de un juicio de residencia.[716]

Se menciona comúnmente que la mayoría de los alcaldes mayores optaban por vivir en Pátzcuaro, de acuerdo a Carlos Juárez, lo hacían porque en dicha ciudad se concentraba una mayor cantidad de asuntos de justicia y administración;[717] aunque su decisión también pudo obedecer a lo que la ciudad representaba en el virreinato, al ser, como explicaba en el primer capítulo, un punto geográfico y mercantil estratégico, cuya vinculación trascendió los límites continentales. Pero lo que llama la atención es que, aun y cuando se refiere que preferían residir en Pátzcuaro, no pasaban todo el tiempo en dicha ciudad, tomando en consideración que la mayoría de los casos de justicia eran resueltos por su teniente; tal situación hace preguntarnos si verdaderamente vivían los alcaldes en Pátzcuaro, y si era así, porqué delegaban los asuntos en los tenientes, que se suponía debían actuar solo en su ausencia.

La ordenanza expedida en 1652 por el virrey novohispano Luis Enrique Guzmán "Conde de Alba", refuerza la interrogante, haciendo posible conjeturar sobre

[716] *Recopilación de las leyes*, libro V, título II, ley XXXIV.
[717] JUÁREZ NIETO, *La oligarquía y el poder político en Valladolid*, p. 39.

una probable ausencia del alcalde mayor. En la ordenanza se ponía énfasis en que, cuando el alcalde mayor asistiere en Pátzcuaro, su teniente debía hacerlo en Valladolid, y viceversa,[718] lo cual evidencia que el alcalde mayor en turno con frecuencia se ausentaba sin dejar representante, lo cual deja campo abierto a la formulación de hipótesis. ¿Sería por mero descuido? o ¿sería una decisión fríamente tomada? pues quizá al dejar un teniente, quedaría al descubierto su ausencia en ambas ciudades al mismo tiempo; cuando no estaba en Valladolid se asumía que se encontraba en Pátzcuaro, y viceversa, pero si había dos tenientes simultáneamente, ocupándose de los asuntos, ¿dónde se supondría que estaba el alcalde?

No podría aventurarme a afirmar o negar que realmente se mantenían en la ciudad de Pátzcuaro si en Valladolid no residía, pero la situación permite plantear varias conjeturas, incluso queda abierta la posibilidad de que alcalde y teniente desempeñasen funciones simultáneamente en Pátzcuaro; con base en los casos de justicia atendidos, donde resalta la figura del teniente como quien atendía los casos más comúnmente en la ciudad, pese a que el alcalde mayor se suponía estaba allí, podría decirse que tal vez éste se encargaba de asuntos graves, y dejaba los asuntos de menor gravedad a su teniente, como si se tratase de los acaldes ordinarios. No se sabe a ciencia cierta que sucedía con el alcalde mayor y su asistencia en la ciudad, pero una cosa es evidente, el teniente tuvo mayor participación en la aplicación de justicia.

Ahora bien, el encargado de otorgar el nombramiento de alcalde mayor de Michoacán era el virrey, por lo que éste también tenía la facultad de removerlo del cargo si lo consideraba necesario.[719] Aunque en 1680 la determinación cambió, pues a partir de entonces los nombramientos se dieron desde la metrópoli,[720] y se empezó a hablar de dicho cargo como "beneficio"; aunque, legalmente no formaba parte de los oficios vendibles, ni tampoco renunciables, en la práctica su venta fue común,[721] lo que

[718] AGN, reales cédulas duplicadas, vol. D18, exp. 230, f. 208. "Ordenanza al alcalde mayor de Valladolid para que cuando asistiere en Pátzcuaro, su teniente lo haga en Valladolid y viceversa", México, 19 de enero de 1652.
[719] GARCÍA ÁVILA, *Las instituciones del gobierno civil*, p. 86.
[720] MARÍN TELLO, *Descendientes de conquistadores,* p. 45.
[721] SANZ TAPIA, "La justicia en venta", p. 63-90; MARÍN TELLO, *Descendientes de conquistadores,* pp. 45-46.

en varias ocasiones condujo al abuso, al fin de recuperar el dinero invertido en la obtención del puesto.[722]

Por otro lado, la duración en el cargo por lo regular era corto, máximo de tres años.[723] El primero en desempeñarse como tal para el caso de la alcaldía mayor de Michoacán en el siglo XVII fue don Fernando Villegas Peralta, quien ocupó el puesto desde 1599 hasta 1603.[724] A partir de ahí y hasta 1696, se tiene un registro aproximado de más de 20 alcaldes mayores de Michoacán, todos ellos procedentes de la ciudad de México. Fernando Altamirano (1604-1605), Tomás Nava de Vivar (1606), Alonso Marín de Carvajal (1611), Pedro Maldonado Zapata (1614), Francisco de Carredo Ordoñez (1622), Fernando de Bocanegra (1623), Pedro Acuña y Jasso (1624), Diego de Acevedo Carvajal (1627), Francisco de Solís y Barraza (1629), Francisco Velázquez de Ávila (1635), Juan de Arredondo y Bracamontes (1636-1638), Gregorio Romero Altamirano (1641), Alonso de Chávez Galindo (1647), Gabriel Ávila (1649), Bautista de Avendaño (1667), Cristóbal de Saldívar y Castilleja (1669), Andrés de Soto Guzmán (1675), Julián de Atristan (1685), Gerónimo Arteaga Bazán (1687) Francisco Diez de la Calle (1691), y Raimundo de Ochoa (1696),[725] son algunos de los que se tiene noticia.

A diferencia del alcalde mayor, que como ya señalaba, fue nombrado directamente por el rey o por el virrey, el cargo de *teniente* no era dispuesto por alguno de ellos, sino por la figura a la que representaría, es decir por el mismo alcalde mayor. Las funciones y requisitos para desempeñarse en ambos cargos eran similares, en uno y otro caso los aspirantes no podían ser originarios del lugar en donde desempeñarían funciones, la *Recopilación* prohibía que se eligiera de entre los vecinos de la provincia

[722] GARCÍA ÁVILA, *Las instituciones del gobierno civil*, p. 84.
[723] *Recopilación de las leyes,* libro V, título II, ley X.
[724] MARÍN TELLO, *Descendientes de conquistadores,* p. 30.
[725] AGN, real hacienda, vol. 1414, exp. 288, f. 13. "Fianza a Pedro Maldonado Zapata alcalde mayor de Valladolid, Pátzcuaro y su partido", México, 17 de enero de 1614, f. 1; vol. 1422, exp. 14. "Notificación a Pedro Acuña Jasso alcalde mayor de las ciudades de Valladolid y Pátzcuaro", México, 21 de enero de 1624; AHMP, fondo colonial, siglo XVII, expedientes varios.

para tales puestos, por el contrario, insistía en que debían ser de fuera,[726] a fin de evitar que los funcionarios tuvieran lazos familiares, de amistad o de negocios que entorpecieran sus funciones y les impidiesen actuar con neutralidad.[727]

Pero en la práctica la especificación no se cumplía, basta mirar el desagrado que causaba en algunos habitantes de Pátzcuaro que vecinos de dicha ciudad desempeñaran los puestos de justicia. Para algunos miembros de la élite patzcuarence era inaceptable que se desobedeciese la estipulación, por eso el contador don Melchor de Soria, en 1623 dirigió una petición a la Real Audiencia solicitando se cumpliese la ley y no se nombrase por teniente ni alguacil mayor a ningún vecino, la cual, para que no quedase lugar a dudas, adjuntó a su pedimento.[728] Sin embargo, la petición no fue atendida, pues aún años después siguieron figurando vecinos de Pátzcuaro en dichos puestos; así tenemos por ejemplo a don Pedro Pantoja, quien era natural de dicha ciudad, quien entre los múltiples oficios públicos que ejerció, estuvo también el de teniente de alcalde mayor.

Pero, ¿a qué se debía que la disposición ordenada no fuese cumplida? Hay quienes señalan que ese tipo de disposiciones eran desoídas porque no se contaban con personas idóneas para el puesto fuera de la provincia a atender,[729] lo cual no carece de sentido, pero en el caso particular de Michoacán pudo también deberse a otras razones. Llama la atención que, si observamos los apellidos de quienes cubrían los cargos, podemos darnos cuenta de que se trataba de los miembros distinguidos de la élite patzcuarence quienes desempeñaban los puestos de Justicia, lo cual resulta sumamente interesante, no solo por reflejar el incumplimiento de las leyes por quienes tenían una mayor obligación de apegarse a ellas y poner el ejemplo, sino por permitir suponer que, contrario a lo que las leyes pretendían, los alcaldes mayores, pese a ser de otro sitio ajeno al lugar de residencia, no estaban aislados del resto de la sociedad.

[726] *Recopilación de las leyes,* libro V, título II, ley XLV.
[727] ALONSO NÚÑEZ, *Los tenientes de justicia,* p. 37.
[728] AGN, tierras, vol. 2973, exp. 113, 1 f. "Petición para que se guarde y cumpla la ley en razón de que no se nombre a ningún vecino por teniente ni alguacil", Pátzcuaro, 28 de enero de 1623.
[729] ALONSO NÚÑEZ, *Los tenientes de justicia,* p. 37.

Para evitar que se actuara con parcialidad y que se cayera en corrupción, había un constante intento por delimitar la cercanía entre el funcionario y la sociedad a la que debía servir, se pretendía evitar que los vínculos familiares o amistosos entorpecieran sus funciones. Pretensión que no solo se mantuvo en el caso del alcalde mayor, sino que se extendió tiempo después a aquellos que incursionaban a un puesto público, donde la neutralidad y honestidad ameritaban mayor observancia.[730] Sin embargo, el designio no fue exitoso, ya que el establecimiento de vínculos fue inevitable, sobre todo entre dichos funcionarios y la élite patzcuarence; la amistad entre el Alcalde Mayor de Michoacán don Gregorio Romero Altamirano y la familia Valdivia y Toledo en 1641,[731] o la de Ignacio Alba y Centeno, a quien en 1660 referían como íntimo amigo del Alcalde Mayor de Michoacán,[732] son solo algunos ejemplos de esos vínculos establecidos.

Los alcaldes mayores establecieron nexos con los habitantes de Pátzcuaro, o mejor dicho con los miembros de las familias adineradas más sobresalientes de la ciudad, lo que en más de una ocasión condujo a la designación de éstos como sus lugartenientes. Entre los que desempeñaron el cargo de tenientes de alcalde mayor, además del ya mencionado Pedro Pantoja (1627), se encuentran Joan Ramírez (1601), Julio Ramírez del Corral (1602), Juan Maldonado (1603), Joan Núñez de Argueta (1606), Luis Marín de Carvajal (1611), Alonso Fernández del Toro (1614), Cabrero Ordoñez (1621), Damián de Aguilar (1622), Juan Luis Aguirre (1627), Juan del Alba (1628), Tomás Vázquez de Salazar (1629), Alonso de Aceves Galindo (1647), Antonio de Ayala (1649), Francisco de Solís y Alcázar (1685), por mencionar algunos. La duración en el cargo comúnmente era de uno a tres años, pero incluso podían alternar, ya que, en 1627, Pedro Pantoja y Juan Luis Aguirre fueron lugartenientes de

[730] SALVUCCI K., "Costumbres viejas, hombres nuevos", p. 227.
[731] APP, registros parroquiales y diocesanos 1555-1996, matrimonios, 1596-1697. "Casamiento y velación del Capitán Don Joseph de la Paz y Toledo y doña María de Mena de Toledo y Valdivia", Pátzcuaro, 2 de julio de 1640. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-V8?i=49&cc=1883388 [consultado el 5 de agosto de 2023].
[732] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 57, exp. 16, ff. 14v. "Declaración de Antonio Martínez, español, en el pleito de divorcio que tiene puesto María de los Reyes, porque su marido Amaro Martínez intentó matarla", Pátzcuaro, 11 de junio de 1660.

alcalde mayor, cumpliendo funciones en diferentes procesos, pero en el mismo mes y año.[733]

La presencia de los tenientes en las demandas y querellas suscitadas en Pátzcuaro fue más común que la del alcalde mayor, quien administró justicia en la ciudad solo en pocos casos, lo que hace suponer que, aunque se encontraban en la ciudad, puesto que como ya se mencionó, preferían residir en Pátzcuaro, los alcaldes mayores delegaban la responsabilidad a sus tenientes, pero no por ausencia, sino más bien por preferir dedicarse a otros asuntos, los cuales desconocemos. Eso explicaría también porqué el alcalde nombraba lugartenientes simultáneamente.

Ahora bien, los alcaldes ordinarios, otras figuras importantes de la burocracia en la administración de justicia, tenían un periodo de actividad más corto, de acuerdo a la *Recopilación*, dichos puestos eran renovables cada año.[734] Su labor era conocer de los asuntos civiles y criminales, actuando en primera instancia, en ausencia del teniente, quien tenía preeminencia por encima de éstos. Al igual que pasaba con los alcaldes mayores y sus tenientes, los elegidos para ejercer los cargos de alcalde ordinario no necesariamente debían ser conocedores de Derecho; para ejercer el oficio bastaba con que fuesen honrados y hábiles, pero sobre todo que supiesen leer y escribir.[735]

Sin embargo, para el caso de Pátzcuaro en el periodo de estudio dichos alcaldes no tuvieron un papel tan sobresaliente en la administración de justicia, debido en gran medida a que, como ya mencionaba, empezaron su funcionamiento hasta la última década del siglo XVII, cuando se instauró un ayuntamiento español independiente, siendo Juan de Burgos de los primeros en desempeñar el oficio;[736]

[733] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, f. 4. "Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Zinco por amancebado", Pátzcuaro, 4 de junio de 1627, f. 1; exp. 12. "Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Morales mestizo por amancebado", Pátzcuaro, 21 de junio de 1627.
[734] *Recopilación de las leyes,* libro V, título III, ley I.
[735] GARCÍA ÁVILA, *Las instituciones del gobierno civil*, p. 155.
[736] AGN, inquisición, caja 5097, exp. 010, ff. 1-12v. "Fragmento de las declaraciones de varias personas ante el Santo Oficio sobre el comportamiento del padre Diego de Estrada de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1694.

posteriormente, se sabe que Francisco Soria Villarroel también se desempeñó como tal.[737] Quizá por ser aún incipiente, el caso es que el teniente siguió concentrando en sus manos prácticamente todos los asuntos de justicia. Hasta inicios del XVIII es cuando cobran relevancia en la ciudad de Pátzcuaro.[738]

Otro funcionario relevante cuya presencia e intervención en los autos criminales fue imprescindible fue el *alguacil mayor*, o en su ausencia, su teniente. Este personaje tuvo además una participación sumamente activa por ser el brazo ejecutor de las órdenes y providencias;[739] su labor era de policía, es decir, estaba enfocada a la vigilancia del buen comportamiento, era quien se encargaba de cumplir las órdenes superiores, detenía o encarcelaba a los infractores y vigilaba la ciudad por la noche para evitar algún crimen o pecado público. Realizaba rondines nocturnos, allanando viviendas "sospechosas" a fin de descubrir amistades ilícitas. También se encargaba de efectuar el embargo de bienes cuando la causa lo ameritaba. Era básicamente quien se encargaba de la fuerza coercitiva ejecutoria.[740]

El cargo de alguacil daba a su titular honra y también provecho, pues le pertenecían el diez por ciento de las multas que se cobraban, al menos así funcionaba para la ciudad de México,[741] no se sabe si también ocurría lo mismo en Pátzcuaro, pero tomando en cuenta que la venta del oficio era alta, constando para 1689 de 500 pesos, podemos suponer que la entrada de dinero no era tan baja, además de que su intervención no se limitó únicamente a los asuntos de la justicia ordinaria, sino también de la eclesiástica cuando así se requería, por carecer ésta de un ejecutor propio en la ciudad. Algunos de los que ejercieron el oficio de alguacil mayor en Pátzcuaro fueron Bartolomé de la Cerda (1613) Gerónimo de Medina (1627), Cabala Garfias (1628), Julio de Espinosa (1649) Julio de Salazar (1649), y Nicolás de Almazán (1687); y como

[737] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, f. 4. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 3 de septiembre de 1698.
[738] CASORLA SAGRERO, *Criminalidad y desviación en Michoacán*, pp. 178-180.
[739] GONZÁLEZ ALONSO, *El corregidor castellano (1346-1808)*, p. 92.
[740] GARCÍA ÁVILA, *Las instituciones del gobierno civil*, p. 60, p. 95 y p. 128.
[741] PAZOS PAZOS y SARABIA VIEJO, "Orden y delincuencia. Los alguaciles de las ciudades novohispanas, p. 691.

tenientes Antonio de Saavedra (1611), Juan Martínez Guerra (1629), Martín de Gutiérrez (1638), Juan de Cuellar (1641), y Juan de Espinoza (1649), y Antonio Felipe de la Peña (1691).

El *escribano público* también era pieza fundamental en la labor de la Real Justicia, se encargaba de tomar nota de todo lo acontecido, por ello era menester que acompañase al alcalde mayor, al alguacil mayor, o a sus tenientes, a realizar las averiguaciones, a aprehender a los reos, notificar la sentencia; lo cual hacía desde afuera de la cárcel, dándole lectura en la puerta de ésta, desde donde el acusado la escuchaba y se comprometía a cumplirla. Organizar toda la información, trasladar los testimonios y diligencias surgidas en un auto eran otras tareas imprescindible de su cargo; para efectuarlas adecuadamente debía respetar el orden tripartita dispuesto.[742]

En el siglo XVII, el primero en desempeñarse como escribano público en Pátzcuaro fue Gonzalo Fernández Magdaleno, quien obtuvo el título en 1588.[743] Después de él entró en funciones Antonio Ramírez, quien por renuncia de Fernández Magdaleno obtuvo el puesto, mismo que ejerció desde 1615, año en que recibió el nombramiento,[744] hasta 1647, cuando presentó su renuncia, con la finalidad de darle la oportunidad de postularse a su hijo Fernando Moreno. Efectivamente, en 1648 Fernando presentó su petición ante el virrey para desempeñarse como escribano

[742] El ordenamiento constaba de tres apartados: en el primero debían ir los libelos de los litigantes, los decretos, notificaciones, declaraciones, autos y sentencias; en el segundo debían ir todos los papeles presentados por las partes, y en el tercero todas las pruebas presentadas; finalmente debía archivar toda la información recabada durante un juicio. BENTURA BELEÑA, *Recopilación sumaria*, pp. 27-28.

[743] ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (en adelante AGI), registro de títulos despachados a las Indias, legajo 1, f. 155. "Real Provisión a Gonzalo Fernández Magdaleno para ejercer el oficio de escribano público de Pátzcuaro", Madrid, 6 de abril de 1588, 1f. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/297816?nm [consultado el 20 de noviembre de 2023].

[744] AGI, registros de oficio y partes: Nueva España, legajo 19, f. 19. "Real Provisión concediendo el título de escribano público de Pátzcuaro de Michoacán a Antonio Ramírez", Madrid, 3 de febrero de 1615, 2 fs. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/12781465 [consultado el 20 de noviembre de 2023].

público, la cual le fue aceptada en el mismo año, y confirmada por el Consejo de Indias en 1648.[745]

No se conoce la fecha exacta en que concluyeron las funciones de Fernando Moreno, pero aun en 1663 seguía ejerciéndolo,[746] aunque no de la mejor manera, como lo demuestra la queja enviada a la real audiencia, debido a su mal proceder, lo que le trajo la orden expresa de que bajo ningún pretexto, embarazo, ni dilación trasladase las diligencias cuando se las pidiesen como era su obligación.[747]

A partir del caso de Fernando Moreno, pueden desprenderse varias cuestiones que nos permiten conocer un poco más a cerca del funcionamiento de aquel juzgado de primera instancia que funcionaba en Pátzcuaro, o mejor dicho de algunos de sus miembros; la primera, que la permanencia en el cargo de escribano era indefinida, al menos así funcionó hasta la década de los sesenta del siglo XVII, pues como pudo notarse Antonio Ramírez duró 32 años en el oficio, y solo se apartó de éste por decisión propia, para dejar a su hijo Fernando, quien ejerció por al menos 15 años, pese a su pésima administración del cargo, lo que nos conduce a otras prerrogativas que tuvieron lugar. La negligencia y el abuso de poder fueron cuestiones visibles en su desempeño, lo que muestra que éstos no solo fueron problemas enfrentados en los más altos niveles, aun en los juzgados locales cobraban una indeseable relevancia.

Asimismo, mediante este caso también puede advertirse la estrecha relación o la enemistad que podían surgir entre los miembros del juzgado; en 1661 Fernando enfrentó una acusación ante el Santo Oficio por blasfemia, pues al serle requeridos ciertos papeles por el capitán don Joseph de Aguilar, justicia mayor de

[745] AGI, expedientes de confirmaciones de oficios vendibles, legajo 186, exp. 51. "Confirmación del oficio de escribano público de Pátzcuaro a Fernando Moreno", Madrid, 3 de enero de 1648, 12 fs. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/366782 [consultado el 20 de noviembre de 2023].
[746] AGN, reales cédulas duplicadas, caja 5228, exp. 006, ff. 1-2v. "Real provisión para que don Fernando Moreno escribano público y real de la ciudad de Pátzcuaro de a los vecinos de esa ciudad los testimonios que le pidiesen", México, 22 de junio de 1663.
[747] AGN, reales cédulas duplicadas, caja 5228, exp. 006, ff. 1-2v. "Real provisión para que don Fernando Moreno escribano público y real de la ciudad de Pátzcuaro de a los vecinos de esa ciudad los testimonios que le pidiesen", México, 22 de junio de 1663.

Michoacán, le dijo, haciendo alusión al anterior alcalde mayor don Juan de Arredondo y Bracamontes, que más haría, defendería o pelaría, según diferentes versiones de los testigos, por Bracamontes que por la fe de Dios.[748] Su blasfemia quedó asentada en los archivos inquisitoriales, y tuvo que hacer frente a ella, pero más allá del pecado cometido, su pronunciamiento refleja y reafirma las amistades surgidas entre los funcionarios de justicia.

No era la primera vez que se establecían nexos amistoso entre los funcionarios; su padre Antonio Ramírez también tenía una relación cercana con Gregorio Romero Altamirano, quien por ese entonces fungía como alcalde Mayor, prueba de ello es que éste incluso fungió como testigo en la boda de su hija María de Mena de Toledo y Valdivia.[749] Asimismo, sale a relucir el desagrado por otros, lo cual llevó a Moreno a un deficiente desempeño de su oficio, puesto que sus afectos, intereses y desacuerdos estuvieron por encima del cumplimiento debidamente de su labor.

Ahora bien, cuando había vacante, el cargo de escribano público era sacado a pregón para que los interesados hicieran las diligencias pertinentes para postularse, y como éste no estaba reservado únicamente a los vecinos de Pátzcuaro, los procedentes de otros sitios podían realizar su pretensión. Aunque la mayoría de los que ocuparon el puesto eran vecinos de Pátzcuaro, hubo también de otro lugar, como Juan Martínez Salcedo que era originario de Huaniqueo,[750] pero al enterarse del pregón se

[748] AGN, inquisición, caja 5336, exp. 025, 12 f. "Denuncia de don Antonio de Olmos Dávila contra don Fernando Moreno escribano de la ciudad de Pátzcuaro por blasfemia", Valladolid, 1 de noviembre de 1661.
[749] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, matrimonios, 1596-1697. "Casamiento y velación del Capitán Don Joseph de la Paz y Toledo y doña María de Mena de Toledo y Valdivia", 2 de julio de 1640. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-V8?i=49&cc=1883388 [consultado el 3 de enero de 2024].
[750] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 37, 3 f. "El Promotor Fiscal manda hacer vida maridable a Juan Martínez Salcedo", Pátzcuaro, 19 de agosto de 1678.

trasladó a la ciudad patzcuarence para postularse, obteniendo el cargo por tres años, de 1677 a 1680, año en que falleció.[751]

Aunque comúnmente la duración era por tres años, no siempre ocurrí así, pues como ha podido notarse en Pátzcuaro no se siguió esa regla. No fue sino hasta los años ochenta que se comenzó a fijar un periodo determinado, y aunque era por tres años, podía prolongarse por dos más, de modo que la duración podía extenderse hasta por cinco años; para ello bastaba pedir la confirmación de su oficio y manifestarla ante el alcalde mayor, para que éste le autorizara continuar.[752]

Así hubo quienes llegaron a expandir sus funciones por varios años, aunque ya no de manera consecutiva, sino con intervalos de espera; tales fueron los casos de Juan de Solís y Alcázar, y Miguel Fernández Roldán, el primero se desempeñó como escribano de 1683 a 1686,[753] año en que fue relevado por Fernández Roldán,[754] pero en 1689 volvieron a alternar.

Sin embargo, Solís no se mantuvo en el cargo, pues ese mismo año Miguel Fernández nuevamente solicitó la confirmación del cargo de escribano público de Pátzcuaro, el cual le fue reafirmado por el Consejo de Indias en 1690.[755] Seguramente Juan de Solís fue separado de su cargo debido a las quejas que ese año hubo en su contra, por los cobros excesivos que hacía en el pago de derechos, lo que

[751] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, defunciones 1680-1940. "Partida de defunción de Juan Martínez Salcedo", 9 de enero de 1680. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5Y1F-V?i=33&cc=1883388 [consultado el 20 de octubre de 2023].
[752] AGN, real hacienda, oficios vendibles, vol. 10, exp. 7, ff. 192-195. "Despacho del virrey conde de Gálvez para que Miguel Fernández Roldan, escribano público de la ciudad de Pátzcuaro, presente la confirmación de su oficio", México, 17 de agosto de 1694.
[753] AGN, real hacienda, vol. 474, exp. 95, 2 f. "Fianza de Juan de Solís y Alcázar escribano público de Pátzcuaro", México, 12 de septiembre de 1683.
[754] AGN, reales cédulas duplicadas, vol. D34, exp. 92, f. 268v. "Título de escribano público de Pátzcuaro a favor de Miguel Fernández Roldán", México, 19 de septiembre de 1686.
[755] AGI, expedientes de confirmaciones de oficios vendibles, legajo 199, exp. 11. "Confirmación del oficio de escribano público de Pátzcuaro a Miguel Fernández Roldán", Madrid, 11 de marzo de 1690, 10 fs. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/367544 [consultado el 20 de noviembre de 2023].

ameritó que le fuera enviada una real provisión de la Real Audiencia.[756] Es posible que, debido a sus múltiples y continuas estadías en el puesto, se haya sentido con el poder de conducirse según sus intereses, sin tomar en cuenta que en algún momento alguien denunciara sus abusos.

A veces la acumulación de funciones judiciales, políticas, económicas y demás, les permitía gozar de gran poder, lo cual acrecentaba las posibilidades de caer en abuso, suplantación de funciones, encarcelamientos ilícitos, dilatación de la sentencia, amenazas, agresiones y un sinfín de agravios. Así, el incumplimiento de funciones inherentes a un cargo, no fue una cuestión propia de determinados oficios, incluso los integrantes del aparato de justicia faltaban a ésta, a fin de hacer su voluntad, obtener beneficios, o simplemente manifestar su autoridad y poder

El carecer de un parámetro de costos fijo hacía que los funcionarios locales, en este caso los escribanos, establecieran la tasa de cobro a su antojo, por eso la Corona trató de establecer diferentes medios de control, que iban desde la incipiente institucionalización de los oficios, hasta el intento de reformar se conformación,[757] aunque no se tuvo el éxito esperado, pues como bien señala Linda Salvucci, se renovaron los hombres que integraban las dependencias, pero éstos mantuvieron las costumbres de sus antecesores, entre ellas la corrupción y mal manejo del cargo.[758]

Aunque no se menciona la remoción de su cargo, así debió ser, por eso tan solo un año después era Roldán quien fungía como escribano, manteniéndose como tal por otro lapso de tiempo, siendo él quien realizó la minuciosa redacción de los acontecimientos ocurridos durante la aclamación y jura del nuevo monarca Felipe V en 1701, dando relación de cada detalle.[759] Se mantuvo en el oficio hasta su fallecimiento,

[756] AGN, real audiencia, caja 1271, exp. 018, ff. 1-3. "Petición de Juan Rodríguez de Moya para que el escribano de Pátzcuaro tenga fijado el arancel de los derechos que debe por servir con forme a lo mandado", Pátzcuaro, 22 de abril de 1689.
[757] GAYOL, "La retribución de los hombres del rey. Aranceles y derechos de los oficiales públicos", pp. 26-33; SALVUCCI K., "Costumbres viejas, hombres nuevos".
[758] SALVUCCI K., "Costumbres viejas, hombres nuevos".
[759] CDMET, sección Audiencia de México, leg. 1042, núm. 2, f. 3-19v. "Festivo y Real Aparato con que explicó su lealtad la muy noble ciudad de Pátzcuaro, Provincia de Michoacán, en la

ocurrido en 1708, pues aun en su partida de defunción se le menciona como "escribano real, público y de cabildo" de esa ciudad.[760] De manera que, como puede notarse la duración en los cargos y el desempeño de éstos no siempre se ajustó a los parámetros que las normas estipulaban.

Ahora bien, continuando con el orden, otra figura que conformaba el aparato burocrático de la Real Justicia era el *abogado o curador*, quien se encargaba de intervenir por los intereses de alguna de las partes. Juan de Murguía fue uno de los que desempeñó la labor,[761] años después Antonio Romero de Pisa también lo hizo.[762] El abogado también participaba cuando alguno de los acusados era menor de edad, en cuya situación debía contar con un curador, como fue el caso de Francisco Morales, que por tener 18 años, es decir, ser menor de edad, legalmente no podía ser responsabilizado del amancebamiento en el que se encontraba con una mujer casada,

aclamación de la católica Majestad de Felpe V, Rey de las Españas y de las Indias", Pátzcuaro, 12 de julio de 1701.

[760] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1570-1950, defunciones 1696-1728. "Partida de defunción de Don Miguel Fernández Roldán", Pátzcuaro, 4 de octubre de 1708. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5Y99-KC?i=239&cc=1883388 [consultado el 10 de noviembre de 2023]. Probablemente el ser vecino de Pátzcuaro y haber establecido su vida familiar ahí, le permitió mantenerse como escribano tanto tiempo; se casó en dos ocasiones, la primera con Juana Solórzano vecina de la villa de Colima. México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1570-1950, matrimonios 1688-1728. "Casamiento y velación de Agustín Fernández Roldán y Juana de la Bambrilla", 2 de junio de 1698. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5YJ6-Y?i=278&cc=1883388 [consultado el 10 de noviembre de 2023]. Luego de enviudar contrajo nupcias en 1688 con doña María de la Taza Izaguirre vecina de Pátzcuaro, de manera que pasó toda su vida residiendo en la ciudad. Además, seguramente su matrimonio con una miembro de las familias locales más sobresalientes debió resultarle beneficioso para reelegirse. México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, matrimonios 1688-1802. "Velación de don Miguel Fernández Roldán y María de la Taza Izaguirre", 20 de noviembre de 1688. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5YJR-K?i=219&cc=1883388&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A68HR-97ZD [consultado el 10 de noviembre de 2023].

[761] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 74, exp. 61, f. 8. "Proceso sumario por querella de Bartolomé de Arévalo contra Lázaro de Tovar por haber quebrantado su casa y estuprado a Magdalena de Mendoza", Pátzcuaro, 15 de febrero de 1605.

[762] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 1, f. 8. "Criminal de oficio de la real justicia contra Mateo López mulato por querella de Gregoria López, asimismo su hija por haberla estuprado", Pátzcuaro, 19 de junio de 1685.

sin un curador, por lo que se nombró al capitán Andrés Pascual Estrada para que fungiese como tal.[763]

Sin embargo, la presencia de abogados en los casos analizados no fue tan frecuente, de modo que su participación en los delitos que denotaban sexualidad ilícita no fue imprescindible. Las demandas por lo regular concluían sin una larga querella o simplemente quedaban inconcusas, a veces por la ausencia de los acusados, otras debido a un arreglo fuera del juzgado, o incluso porque la relación ilícita terminó en matrimonio; estas condiciones evitaron la confrontación de las partes en un litigio y por tanto la intervención de un abogado. Debido a ello, desafortunadamente no tenemos mayores datos de su intervención en Pátzcuaro.

El *intérprete*, que no por estar en el penúltimo peldaño era menos importante, fue otro elemento de la justicia ordinaria; su intervención fue imprescindible y bastante activa, ya que la mayoría de los procesos ameritaron el interrogatorio de algún indígena, ya fuese como acusado, cómplice o simplemente como testigo. Su labor era básicamente traducir las interlocuciones y declaraciones expresadas en alguna lengua indígena, al castellano, y viceversa.

Su intervención fue requerida aun y cuando al declarante se le consideraba "ladino en lengua castellana", pues los funcionarios no confiaban completamente en la comprensión del lenguaje, de modo que preferían la intervención del intérprete para garantizar un adecuado entendimiento en ambas partes. Los que desempeñaron dicho cargo durante las querellas por amistades ilícitas en Pátzcuaro fueron Gaspar Reyes (1602) Joan Bautista Fernández (1611), Pedro García (1622) Sebastián de Alvarado (1629), Diego de Vargas (1637), Fabián de Rivera (1638), Juan de Báez (1667). Fueron nombrados directamente por el alcalde mayor o por su teniente, que los eligieron por ser ladinos en lengua tarasca y castellana.[764]

[763] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, f. 4. "Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Morales mestizo por amancebado", Pátzcuaro, 21 de junio de 1627.
[764] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 3, f. 1. "Querella criminal de Lucía Carbanda viuda contra Francisco de Magallanes por llevarse a su hija Margarita en contra de su voluntad", Pátzcuaro, 13 de noviembre de 1622.

Pero los nombrados por los justicias no siempre eran de la satisfacción de los indígenas, por eso a finales de siglo la designación cambió, ya no eran designados únicamente por estas potestades, sino por los mismos naturales. Así, Juan de Silva (1676), Juan de Soto Mayor (1675-1678) y Juan de Guana (1688) fueron elegidos por ellos. Con ello además se evitarían los conflictos de intereses, que no eran un asunto desconocido en el juzgado ya lo veíamos. Es posible que haya habido desacuerdos, considerando que los funcionarios por lo regular elegían a sus allegados como auxiliares, lo que desembocaba con frecuencia en inconformidad.

Seguramente el cambio se debido a que los indígenas tenían desconfianza de las traducciones que hacían los intérpretes asignados, ya que a veces éstos decían cosas diferentes a las que se pronunciaban, o en distinta forma, cambiando el sentido de la declaración, lo que resultaba perjudicial, la propia *Recopilación* advertía que a ello se debía el que muchos hubiesen "perdido su justicia y recibido mucho daño".[765] Por eso era importante que estuviesen de acuerdo en quién los interpretaría, y que mejor manera de hacerlo que permitiéndoseles a ellos mismos elegir a su portavoz.

Cuando así sucedía y el elegido aceptaba mantenerse en el cargo, podía desempeñarlo por largo tiempo, ya que su designación era vitalicia, y formaba parte de los oficios vendibles y renunciables.[766] Juan de Soto Mayor se desempeñó como intérprete de los indígenas de Pátzcuaro por al menos ocho años, pues en 1678 ya fungía como tal,[767] y para 1686 aún se encontraba ejerciendo el oficio. Los indígenas confiaban en él, por eso en dicho año la Real Audiencia envió una ordenanza en donde se le reafirmaba como intérprete y se ordenaba a los justicias no actuar con otro que no fuese don Juan, a quien además se le facultó para que, en caso de no poder cumplir con

[765] *Recopilación de las leyes,* libro II, título XXIX, ley XII.
[766] VARELA, "Las conquistas hispanas del siglo xvi: la función de los intérpretes", p. 26.
[767] AGN, indios, vol. 25, exp. 284, ff. 212. "Ordenanza para que los justicias de la provincia de Michoacán no actúen con otro intérprete que no sea don Juan de Soto Mayor por tenerlo nombrado los naturales de Pátzcuaro", México, 7 de marzo de 1678.

su función por enfermedad o ausencia, pudiese nombrar a un auxiliar que lo apoyase temporalmente en su labor.[768]

Al final del aparato burocrático se encontraba el *alcaide de la cárcel*, el cual también era pieza importante en la sanción de los delitos; como encargado de la prisión, debía residir allí, llevar un registro de los presos y anotarlos en el libro;[769] cada que ingresaba un reo, su nombre debía ser asentado en éste, a su vez que el alcaide se comprometía a tenerlo custodiado y solo entregarlo cuando lo ordenase la autoridad. Asimismo, cada noche debía visitar la cárcel y revisar las cerraduras, para evitar una fuga.[770]

Otras de sus funciones y de sus auxiliares carceleros, era mantener limpia la cárcel, sin embargo, eso rara vez sucedía, como en el resto de las cárceles novohispanas, la de Pátzcuaro también era insalubre; el alcaide no efectuaba su tarea de limpieza, solo se limitaba, cada tercer día, a encomendar a algunos presos de poca peligrosidad, la tarea de vaciar las ollas donde los presos hacían sus necesidades, en un pozo ubicado en uno de los patios.[771]

Los nombres de los alcaides, como ha sucedido con otros funcionarios, ha sido complicado rastrearlos, ya que, aunque su labor fue activa, su personalidad comúnmente escapó al registro, solo sabemos que a inicios de siglo, el puesto era desempeñado por Bartolomé de Humedia, y lo sabemos únicamente por una queja que hizo en ese año demandando el pago de su salario por encargarse del reloj, que era otra de sus tareas asignadas.[772]

Se desconoce cuánto duraban en el cargo, cómo eran elegidos y quiénes lo ejercieron en los siguientes años; solo se tiene el dato de que en 1625 Juan de los

[768] AGN, indios, vol. 29, exp. 211, ff. 169v-170v. "Ordenanza para que el alcalde mayor de la provincia de Michoacán no actué en las causas de los naturales de Pátzcuaro con otro intérprete que no sea don Juan de Soto Mayor", México, 10 de febrero de 1686.
[769] MARÍN TELLO, "Los castigos en Michoacán", p. 125.
[770] *Recopilación de las leyes*, libro VI, título VI, ley XII.
[771] CASORLA SAGRERO, *Transgresores de la fe*, pp. 164-165.
[772] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 6, exp. 11, 2 fs. "Bartolomé de Humedia, Alcaide de la cárcel pide se le pague por el cuidado del reloj", Pátzcuaro, 26 de mayo de 1606.

Reyes era alcaide de la cárcel pública de Pátzcuaro,[773] asimismo que en 1687, Nicolás Rangel de Villegas era quien se desempeñaba como tal,[774] pero no se sabe más sobre la labor de estos personajes en Pátzcuaro, salvo que, dependiendo del reo, había alcaides que podían portarse bastante permisivos. Juan de los Reyes le permitía al reo Agustín de Nava, que como vimos, era un español de familia sobresaliente, que su mujer Ana de la Cruz lo visitara en las noches y durmiera con él; pero no solo eso, el mismo alcaide los acompañaba y cenaba junto con ellos,[775] mostrando una vez más que la corrupción y las amistades entre los funcionarios y otras personas recaían en faltas a la norma.

Ahora bien, una vez hecho el recorrido por los diferentes miembros de la justicia ordinaria de la ciudad, se puede determinar que la burocracia existente en la Real Justicia de Pátzcuaro estaba integrada por los funcionarios básicos que debían conformarla, cuyo interés por arribar a los puestos públicos fue evidente. Posiblemente dicho interés se haya debido al prestigio que éstos ofrecían. El hecho de que los cargos más sobresalientes, hayan sido ocupados por hombres de familias preminentes, adineradas, o que gozaban de cierto reconocimiento, reitera que los nombramientos eran prestigiosos y daban renombre a quienes los desempeñaban.

Los oficios daban honor, y si éste ya se poseía lo reafirmaban,[776] ya que no cualquier persona podía ser funcionario de justicia, solo aquellas "beneméritas" que cumpliesen con los requisitos más sobresalientes, como ser temeroso de Dios y celosos de las causas públicas; rectos, limpios y de buenas costumbres.[777] Aunque seguramente en los diversos grupos sociales había quienes cumplían dichas condiciones, estos puestos estaban reservados a los españoles de la élite, a quienes se les consideraba

[773] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, f. 248. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[774] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 54, f. 3-3v. "Causa criminal eclesiástica contra Nicolás Tello, español y Josepha Guzmán por incontinentes", Pátzcuaro, 4 de abril de 1687.
[775] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, f. 248. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.
[776] GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, p. 136.
[777] *Recopilación de las leyes*, libro III, título II, ley XIII.

idóneos, aunque no siempre con fundamentos. Este patrón refleja la prolongación de un sistema utilizado desde los primeros años de la Conquista, donde las élites locales eran quienes desempeñaban los "cargos de vara de justicia mayor", y aunque en la teoría se pretendía frenar que fuese así, en la práctica dicha preminencia siguió vigente hasta finales del siglo XVIII.[778]

El interés de la élite española patzcuarence por ejercer los cargos que integraban la burocracia de la justicia ordinaria, fue una constante y no solo por el prestigio que otorgaba, sino también por una serie de privilegios que éstos traían consigo, como el establecimiento de vínculos de diversa índole, poder y otros tantos beneficios.[779] Podía ser remunerador también, aunque no por la paga recibida por el oficio en sí, pues aunque se consideraba que hasta el empleado de más bajo nivel obtenía un salario superior al común de la población novohispana,[780] éste realmente no era elevado; incluso resultaba insuficiente para tener una vida desahogada, por eso varios funcionarios, aunque durasen vario tiempo en el cargo, no llegaban a tener riqueza, y otros ni siquiera fama.[781]

Algunos lograban establecerse gracias al desempeño de algún cargo público, pero aun así, les era necesario complementarlo con otros aspectos, como algunos vínculos surgidos de un matrimonio beneficioso,[782] o simplemente con el desempeño de otras actividades que les permitieran tener una vida más acomodada. Don Juan Martínez de Salcedo, quien fungía como escribano público de Pátzcuaro en 1678, aseguraba que, aunque su cargo les permitía vivir bien, era necesario que su esposa permaneciera en Huaniqueo, de donde eran originarios, para que encargándose ella de la labor de milpa que tenían, ayudase en la manutención familiar, de lo contrario

[778] MARÍN TELLO, *Descendientes de conquistadores*; JIMÉNEZ PELAYO, **"**Funcionarios ante la justicia", pp. 88-89; SALVUCCI K., "Costumbres viejas, hombres nuevos", p. 250; GARCÍA ÁVILA, *Las instituciones del gobierno civil*, p. 155.
[779] JIMÉNEZ PELAYO, "Funcionarios ante la justicia", p. 115; SALVUCCI K., "Costumbres viejas, hombres nuevos", p. 250; CASTRO GUTIÉRREZ, "Indeseables e indispensables", p. 74.
[780] SALVUCCI K., "Costumbres viejas, hombres nuevos", p. 250.
[781] PAZOS PAZOS y SARABIA VIEJO, "Orden y delincuencia. Los alguaciles de las ciudades novohispanas, pp. 686-689.
[782] PAZOS PAZOS y SARABIA VIEJO, "Orden y delincuencia. Los alguaciles de las ciudades novohispanas, p. 690.

el sustento sería insuficiente.[783] Con ello se evidencia que, el recurso económico que obtenían con el oficio no era tan redituable, pues aún en su partida de defunción se menciona que no testó por no tener que, asimismo que había sido enterrado de limosnas por ser pobre.[784]

Los salarios bajos que se obtenían en los cargos públicos en Nueva España, fueron motivo de que los funcionarios los complementaran con otra serie de actividades legales e ilegales, recayendo en más de una ocasión en corrupción.[785] Por eso al decir que el oficio de dichos puestos podía resultar remunerador, me refiero a las ventajas que no pocas veces obtuvieron de ellos; en Pátzcuaro, los funcionarios que figuraron, sacaron a relucir la corrupción, el clientelismo y el abuso de poder que, como sucedió con frecuencia en el mundo hispánico, también se manifestó en su proceder.

El incremento en los costos de las diligencias que se atendían en el juzgado, los cuales resultaron excesivos, se unieron al abuso de poder en el que más de uno recayó, lo cual trajo consigo abundantes quejas por parte de los vecinos de Pátzcuaro,[786] poniendo de manifiesto el provecho económico y poder que algunos obtenían con el oficio. De manera que, el interés constante por ocupar los cargos disponibles, pudo efectivamente cimentarse en el renombre del cargo, pero también en los múltiples beneficios que mediante éste obtenían.

Ahora bien, ¿cuáles eran los parámetros bajo los que se conducía la Real Justicia en los procesos? La forma de proceder se dividía en dos modalidades, de oficio

[783] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 37, 3 f. "El Promotor Fiscal manda hacer vida maridable a Juan Martínez Salcedo", Pátzcuaro, 19 de agosto de 1678.
[784] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, defunciones 1680-1940. "Partida de defunción de Juan Martínez Salcedo", 9 de enero de 1680. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5Y1F-V?i=33&cc=1883388 [consultado el 20 de octubre de 2023].
[785] SALVUCCI K., "Costumbres viejas, hombres nuevos", pp. 227-241.
[786] AGN, real audiencia, caja 1271, exp. 018, ff. 1-3. "Petición de Juan Rodríguez de Moya para que el escribano de Pátzcuaro tenga fijado el arancel de los derechos que debe por servir con forme a lo mandado", Pátzcuaro, 22 de abril de 1689; reales cédulas duplicadas, caja 5228, exp. 006, ff. 1-2v. "Real provisión para que don Fernando Moreno escribano público y real de la ciudad de Pátzcuaro de a los vecinos de esa ciudad los testimonios que le pidiesen", México, 22 de junio de 1663.

y de parte, la primera se iniciaba por las autoridades, ante la sospecha de un acto ilícito,[787] o tras su corroboración, de modo que no ocupaba la acusación de un tercero para iniciar. La segunda forma, sí ameritaba la intervención del agraviado directo, por lo que debía acudir a la autoridad para interponer una demanda.

Aunque en el ámbito local la forma de proceder más frecuente era la primera,[788] en Pátzcuaro ambas fueron comunes, solo que tenían ciertas particularidades, en el caso de ser iniciada por la denunciante, ésta debía asegurarse de realizar la acusación en papel sellado, ya que todo trámite legal ameritaba ser efectuado en dicho papel, pues de lo contrario corría el riesgo de resultar nulo.[789] Así además de pagar por el papel utilizado, debía cubrir los costos que el juicio generase.

Luego de la presentación de la denuncia, el proceso se daba en tres fases, la primera estaba encaminada a aclarar las circunstancias en las que había ocurrido el hecho, así como los presuntos autores, por lo que, de manera cautelosa, se daba paso a las declaraciones de los testigos y a la prisión preventiva de quien resultare acusado, así como la confiscación de sus bienes, en caso de ameritarlo las circunstancias y el delito cometido. La segunda se daba con la presentación formal del acusado, con lo cual se pasaba a la fijación de posturas, incluyendo los escritos acusatorios y los de contestación de ambas partes; en esta fase se presentaban los probatorios.

Una vez recabadas las pruebas y observadas las diligencias, se daba paso a la sentencia, que era la fase tercera; ésta se dictaba apegada a la casuística, es decir, de acuerdo a la calidad del individuo y a las circunstancias del delito; consistía en un castigo, de carácter corporal o material, para satisfacer a la parte ofendida y a la justicia, el cual en la época de estudio, tenía un sentido expiatorio, intimidatorio y ejemplar.[790]

---

[787] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos*, p. 106.
[788] TOMÁS Y VALIENTE, *El derecho penal*, p. 155.
[789] ESCRICHE, *Diccionario razonado de la legislación*, p. 477. A menos que el alcalde mayor, que era quien lo vendía, no se encontrase en la ciudad; solo en ocasiones extraordinarias como esa, se admitía recibir las peticiones en papel común. CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 11, caja 21-A, exp. 2, f. 201v. "Querella criminal de Melchora de Saldívar contra Úrsula de Cendejas y Manuel de Urbina por amancebamiento", Pátzcuaro, 21 de abril de 1717.
[790] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos*, p. 278.

Con la aplicación del castigo, el proceso culminaba, siempre y cuando no se llegara a un acuerdo entre las partes, de haberlo, terminaba cuando el acusador retiraba la demanda.

5.1.2. El Juzgado Eclesiástico.

El orden y la moral pública eran cuestiones trascendentes que la sociedad colonial debía cumplir, pero no todos estaban dispuestos a efectuarlos debidamente, por eso había instituciones que, sí la población no cumplía los estándares morales por voluntad, se encargaban de reconvenir y sancionar, por justicia, a aquellos que se salían del orden impuesto. En Pátzcuaro se contaba con la potestad seglar, como ya se vio, pero también con la eclesiástica, ambas vigilaban el orden moral y las buenas costumbres; ésta última funcionaba a través de dos tribunales, el Santo Oficio y el Tribunal Eclesiástico, que eran las entidades encargadas de ejercer corrección a todo aquel que se desviase de los requerimientos tocantes a la fe, la moral y la religión.

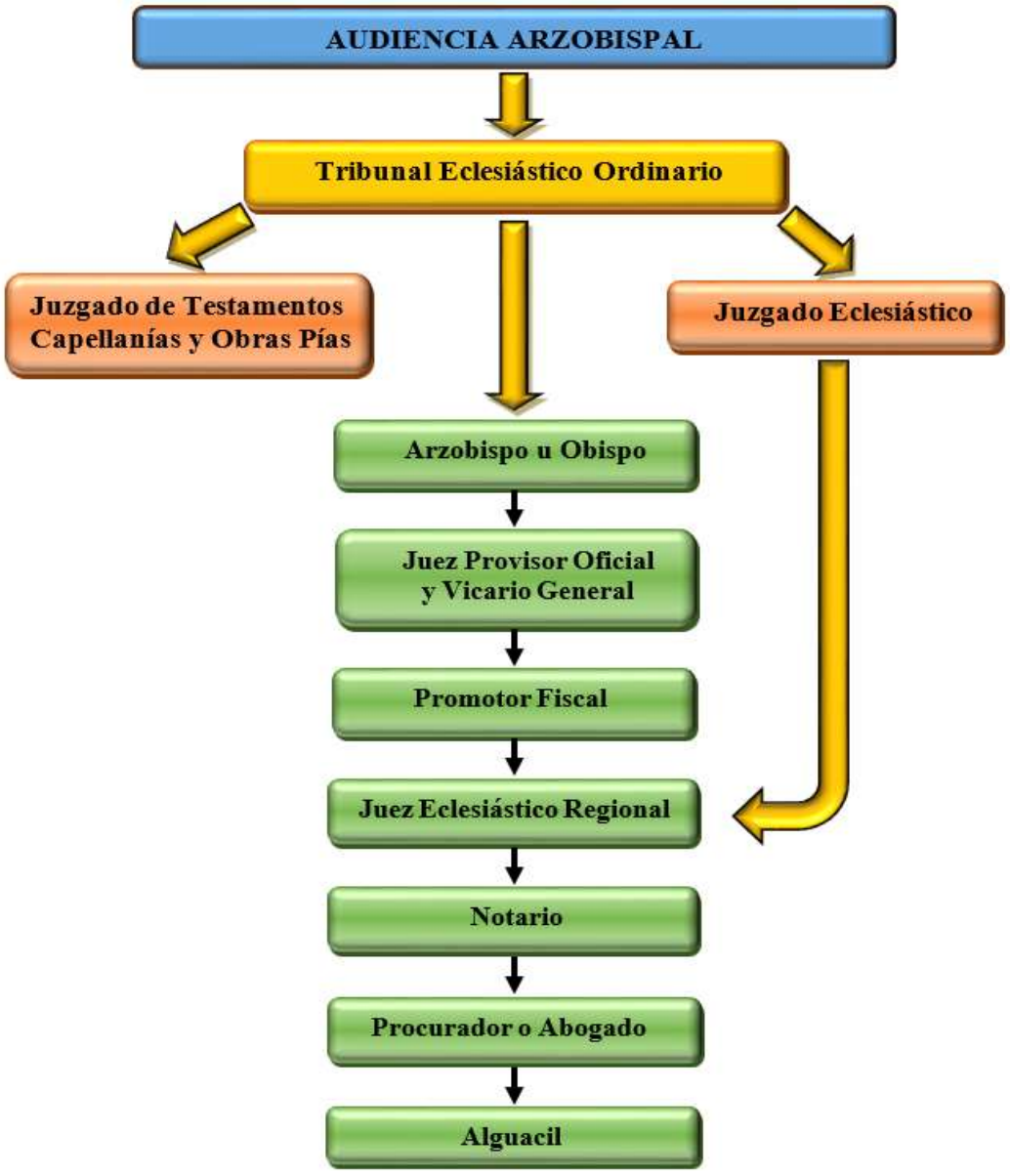
El proceso de instauración de la justicia eclesiástica fue distinto en Nueva España, pues a diferencia de como sucedía en Europa, en el nuevo mundo los obispos ejercieron facultades jurisdiccionales plenas, hasta antes del establecimiento formal del Supremo Tribunal de la Inquisición de Nueva España en 1571.[791] A partir de entonces se dio una división de facultades, los indios quedaron fuera del alcance del Santo Oficio, pero bajo la custodia del juzgado eclesiástico ordinario, tema que retomaré más adelante, por ahora conviene hablar primero de la organización, conformación y funciones que ambos organismos tenían, comenzando con el eclesiástico ordinario.

Estos tribunales estaban distribuidos uno por Obispado, tenían a la cabeza a un Obispo, el cual delegaba la potestad en un Provisor Oficial y Vicario General, mismo que a su vez actuaba mediante varios jueces regionales extendidos en

[791] LARA CISNEROS, "La justicia eclesiástica ordinaria", p. 139.

las diferentes parroquias de la diócesis. Su burocracia y jerarquía estaba bien definida, como puede apreciarse en el siguiente esquema.

ESQUEMA 3. Estructura del Tribunal Eclesiástico Ordinario en Nueva España



De este organismo general, se desprendía el juzgado que funcionaba en Pátzcuaro, que, como toda dependencia local, estaba supeditado a un tribunal superior, en este caso al de Valladolid, donde se encontraba desde el siglo XVI la sede episcopal del obispado de Michoacán. El número de funcionarios integrantes del juzgado

eclesiástico era más reducido que el del tribunal, constando por lo regular de solo cuatro miembros; no obstante, podía haber más. En el caso del patzcuarence, su organización no estaba conformada por cuatro sino por cinco auxiliares, como se muestra en el diagrama a continuación.

ESQUEMA 4. Estructura del Juzgado Eclesiástico en Pátzcuaro, siglo XVII



Pero solo los dos primeros pertenecían oficialmente al juzgado, los demás solo auxiliaban en las labores cuando eran requeridos. El *juez eclesiástico regional* era quien encabezaba el juzgado, encargándose de recibir las denuncias, del interrogatorio a los acusados y a los testigos, su función en las causas era básicamente de receptor, ya que toda la documentación recabada durante la investigación la remitía a los provisores generales, para que éstos, mediante el promotor fiscal, revisaran la información y, llegado el momento, dictasen sentencia. Además de la recepción de denuncias, el juez eclesiástico debía vigilar las buenas costumbres, ya que sus facultades no se limitaban a funciones judiciales solamente.

En Pátzcuaro la labor de juez eclesiástico recayó en el cura de la parroquia, como generalmente sucedía en los territorios novohispanos donde no había tribunal.[792] En las causas seguidas en Pátzcuaro, algunos de los curas que desempeñaron la función fueron Juan Pérez Pocasangre (1605), Juan Rodríguez Torrero (1660), Joseph Méndez Pacheco (1669) Diego Pérez de Mendoza (1679), Juan Meléndez Carreño (1688-1694), Juan Ruiz Ferrer (1694), Cristóbal Ramírez (1698) y Miguel de Molina (1699); los cuales recibieron el nombramiento y juraron conducirse fielmente ante el Tribunal de Valladolid.

Estos jueces, al ser curas de almas, debía estar alerta y vigilar que en la ciudad no hubiese "adivinos, envenenadores, hechiceros, concubinarios, mujeres escandalosas, conocidos encubridores de tahúres, casas públicas en que habitasen mujeres deshonestas, u otros pecados públicos de esa naturaleza".[793] De haber persona alguna involucrada en tales faltas, debían acercarse a ella y reprenderle su comportamiento para que lo corrigiese. Si no obtenían una respuesta favorable al reprender al involucrado, entonces debían proceder judicialmente, formando una causa en su contra para que recibiese el castigo merecido. Al menos en teoría así debía proceder, pero en la práctica no siempre se siguió ese orden, pues hubo ocasiones, como en su momento se verá, que el cura pasó por alto la amonestación y procedió directamente a la formación de cargos.

Además del juez regional, había otros funcionarios que le auxiliaban a desempeñar la labor a nivel provincia, aunque a excepción de éste, los demás integrantes del juzgado podían ser laicos; por ejemplo, en el caso del *notario*, el cargo fue ocupado tanto por religiosos como por seglares. Su labor era dar fe de todo lo acaecido, por ello, al igual que sucedía con el escribano público, su presencia era

[792] Comúnmente ellos mismos desempeñaban la tarea de Comisario Inquisitorial, debido a que conocían la vida de su feligresía, por lo tanto, podían atenderla en materia de fe y también de justicia. TRASLOSHEROS, "Los indios, la Inquisición y los tribunales eclesiásticos", p. 53 y p. 64.
[793] *Concilio III Provincial*, libro tres, título II, p. 135.

necesaria en los procesos, desde su inicio hasta el momento en el que el acusado purgaba su castigo.

Bajo su responsabilidad estaba también la redacción de los autos, mismos que debía hacer por propia mano y de manera completa sin omitir palabras, siendo muy cuidadoso de toda la información que fuese recabándose, poniendo especial atención de anotar el mes y año en que se desarrollase determinada actividad, así como en conservar la documentación original.[794] También era el encargado de realizar los depósitos en casa honesta, de mujeres involucradas en algún asunto relacionado con la moral católica.[795]

Según el *Concilio III* debían desempeñar la función por un año o menos, pero tal disposición no fue inamovible, ya que podían permanecer en el oficio por más tiempo, si su desempeño era adecuado. Por ser cargo de justicia, había cualidades que debían reunir los que pretendiesen desempeñarlo. Para administrar con probidad y fidelidad su labor, ni éste ni el de alguacil, eran oficios vendibles, pues se consideraba que "el precio en que se compran, suele ser un motivo poderoso para que los oficiales no se contenten con el justo salario que se les señala";[796] situación que, como ya vimos con la justicia civil, hizo caer a más de un funcionario en malos manejos de su cargo. En el campo eclesiástico podría ocurrir lo mismo, resultando en una injusta aplicación de justicia. Por eso, en lugar de ponerles precio a estos oficios, se optaba por conferirlos a aquellas personas que los merecieran por ser "de conciencia timorata, idóneos, de experiencia en los negocios, prácticos en examinar testigos, reservados y fieles".[797]

Algunos de los que reunieron tales características fueron Bartolomé López Castro (1660), Francisco Sanz (1669) Antonio de Tobar (1678), Francisco Zabala Garfias (1690), y Joseph Jorganes (1698), pues fueron algunos de los que ejercieron sus funciones en Pátzcuaro. A veces sucedía que los escribanos públicos

[794] *Concilio III Provincial*, libro uno, título X, p. 59-70.
[795] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, f. 5. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 3 de septiembre de 1698.
[796] *Concilio III Provincial*, libro tres, título I, p. 119.
[797] *Concilio III Provincial*, libro uno, título X, p. 66.

también cumplían la función de notario en las causas eclesiásticas, como fue el caso de don Juan Martínez Salcedo, que en 1678, fungió como auxiliar del juez eclesiástico.[798]

Los *abogados*, también llamados procuradores, eran auxiliares que, cuando las causas lo ameritaban, intervenían en el juzgado eclesiástico. En su caso, debían proceder con toda verdad, promoviendo con discernimiento lo que fuere útil a la parte a quien representasen, "sin ser corrompidos por colusión, falsedad, prevaricación o especie de prevaricación".[799] Su participación en el juzgado eclesiástico de Pátzcuaro, respecto a las relaciones ilícitas que tuvieron lugar, como ocurrió en el caso de la Real Justicia, tampoco fue tan activa, de modo que se desconoce quiénes se desempeñaron como tales, únicamente se tiene noticia de Pedro García Maldonado, quien en 1687 intervino como representante del acusado, en un pleito por incumplimiento de palabra matrimonial.[800]

En el caso de los *alguaciles*, los que ejecutaron las órdenes del juzgado eclesiástico fueron los pertenecientes a la Real Justicia, ya que se carecía de ministros ejecutores propios. Por eso cuando el juez eclesiástico ordenaba apresar a un acusado, invocaba la ayuda del brazo seglar para realizar la captura;[801] una vez que aceptaba prestar auxilio, el alguacil realizaba la encomienda en compañía del notario, misma que debía cumplir diligentemente, sin exceso y con cautela, a fin de no revelar el proceder a las partes contra quienes se ordenaba la diligencia.[802] De modo que la burocracia del

[798] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 37, f. 3. "Demanda de Joseph de las Heras porque su esposa se ausentó de su lado y está en un depósito que no es de su satisfacción", Pátzcuaro, 19 de diciembre de 1678.
[799] *Concilio III Provincial*, libro dos, título II, p. 87.
[800] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59, f. 14. "Petición de Joseph de los Reyes mulato libre vecino y natural de Pátzcuaro para contraer matrimonio con Dorotea de Secadura mulata libre", Pátzcuaro, 9 de noviembre de 1687.
[801] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, f. 4. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 2 de septiembre de 1698; caja 73, exp. 54, f. 3-3v. "Causa criminal eclesiástica contra Nicolás Tello, español y Josepha Guzmán por incontinentes", Pátzcuaro, 4 de abril de 1687; caja 74, exp. 66, f. 6. "Sobre la ilícita amistad que tiene el alcalde mayor de la ciudad de Pátzcuaro don Francisco Díaz de la Calle y Madrigal con una mujer llamada Nicolasa", Valladolid, 10 de febrero de 1691.
[802] *Concilio III Provincial*, libro uno, título XI, p. 72.

juzgado eclesiástico en Pátzcuaro, además de ser reducida, no siempre contó con colaboradores propios más allá del juez, y frecuentemente del notario; sin embargo, pese a ello, cabe destacar una particularidad que tuvo, y fue la inclusión de auxiliares que no siempre salen a relucir en la burocracia eclesiástica general, como fue el caso del *intérprete*.

En el esquema del aparato eclesiástico no aparece esa figura, incluso el resultado al hacer una búsqueda sobre su participación en dichos foros de otros sitios, no fue exitoso, pues no logré localizar su funcionamiento; pero eso no significa que no hayan tenido participación. En Pátzcuaro es visible su intervención cuando de indígenas se trató. Resulta interesante esta singularidad, no solo por lo señalado respecto a la ausencia de su mención en el tribunal y otros juzgados, sino porque, permite además establecer que su funcionamiento en el juzgado eclesiástico de Pátzcuaro, fue independiente al de la justicia ordinaria, donde cobró un papel relevante. Pero en el caso de la ciudad de estudio, el intérprete que ejercía como tal en las causas eclesiásticas, no fue el mismo que el que actuó en las querellas seglares.

Para ejemplificar lo dicho se toma el caso ocurrido en 1689, debido a un doble incumplimiento de palabra de casamiento, el cual, por tratarse de indios, ameritó el nombramiento de intérprete. El juez eclesiástico Juan Meléndez Carreño nombró a un español vecino de Pátzcuaro llamado Simón Gómez de Santa María, quien aceptó el cargo, jurando usarlo bien y fielmente,[803] esto pese a que había en la ciudad un intérprete con nombramiento oficial para intervenir en causas que involucrasen a los naturales, Juan de Guana, quien ejercía el oficio desde hacía un año, pero no fue él el llamado a intervenir.

A pesar de que, para estos años en la ciudad ya estaba en función el mandamiento de que lo naturales eligiesen a su portavoz, tal parece que la ordenanza

[803] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 61, f. 6. "Nombramiento de intérprete en los autos de demanda contra Nicolás Martínez indio ladino del barrio de San Agustín sobre haber dado palabra de casamiento a Isabel del Castillo mulata esclava y a Francisca Hernández india de dicho barrio", Pátzcuaro, 19 de enero de 1689.

que así lo especificaba, no tuvo cabida en materia eclesiástica, o quizá, simplemente era pasada por alto por los ministros religiosos. Lo que es evidente es que, aunque el intérprete no era una figura que perteneciera al juzgado, hubo causas en donde se necesitó su intervención, y el propio juez asignó la tarea a quien el consideró viable.

Así, la conformación de la burocracia eclesiástica ordinaria, como puede verse, constó de un número de funcionarios aún más reducido que el de la Real Justicia, pero compartió con esta no solo a algunos colaboradores, sino la forma de iniciar las causas, puesto que la justicia eclesiástica también procedió en varias ocasiones, sin necesidad de tener un acusador con nombre y apellido. Aunque fuera de eso, la forma en la que ambas llevaron a cabo su procedimiento fue distinta. Si bien, el auto podía iniciar a partir de una denuncia formal hecha ante el juez, la justicia eclesiástica tenía otros métodos de control y otros medios para descubrir las conductas deshonestas, siendo las visitas pastorales unos de los más eficaces; como se profundizará en el siguiente capítulo, éstas fueron los medios más comunes en los que las amistades ilícitas llegaron a su noticia en Pátzcuaro.

Pero, independientemente de si era por denuncia formal ante el juez, o a través de las visitas pastorales, había un orden que debía seguirse en las querellas. El vecino denunciante debía asegurarse de asentar su denuncia por escrito, pues de lo contrario podía ser tomada solo como una queja, y quizá no se le daría seguimiento. Pero una vez presentada de forma escrita, entonces se daba por iniciada, y se procedía a la citación del acusado, el cual desde el principio conocía quién lo había denunciado y bajo qué cargos, así como los nombres de quiénes testificaban en su contra. Al estar enterado en todo momento del procedimiento, tenía la oportunidad de responder a la acusación y a las pruebas que se presentaban. A los tres días de la contestación del reo, el delator debía acudir a acusarlo personalmente, para ello se daba como prorroga dos días, si después de éstos no acudía, su palabra ya no era escuchada.

El tiempo otorgado para la presentación de las pruebas incriminatorias podía ser de ocho días, tiempo durante el cual se iniciaba el interrogatorio a los testigos, mismos que al tercer día de haber declarado, debían acudir a ratificar su deposición.

Una vez reunidas las indagaciones, corrían seis días para que el juez dictara una sentencia tentativa, prolongándose a diez días más para que se diera el fallo definitivo;[804] de no presentarse las probanzas dentro del tiempo estipulado, la denuncia era desechada. Aunque, a veces se pedían tantas prórrogas en los pleitos, que éstos terminaban alargándose por más tiempo.

5.1.3. La Comisaría del Santo Oficio de la Inquisición.

Administrar justicia y mantener el ordenamiento social era menester de todo cuerpo judicial, y en ese ordenamiento, la defensa y conservación de la fe católica, tenía un papel trascendente. La erradicación de toda manifestación que denotase herejía, es decir un rechazo a la religión cristiana católica, fue una prioridad en Nueva España, donde el proceso de conversión religiosa y aculturación ameritaba una mayor y más atenta vigilancia, ya que las prácticas, ritos y creencias religiosas prehispánicas fueron invalidadas por los colonizadores, identificándolas como idolátricas, supersticiosas, y por tanto heréticas.

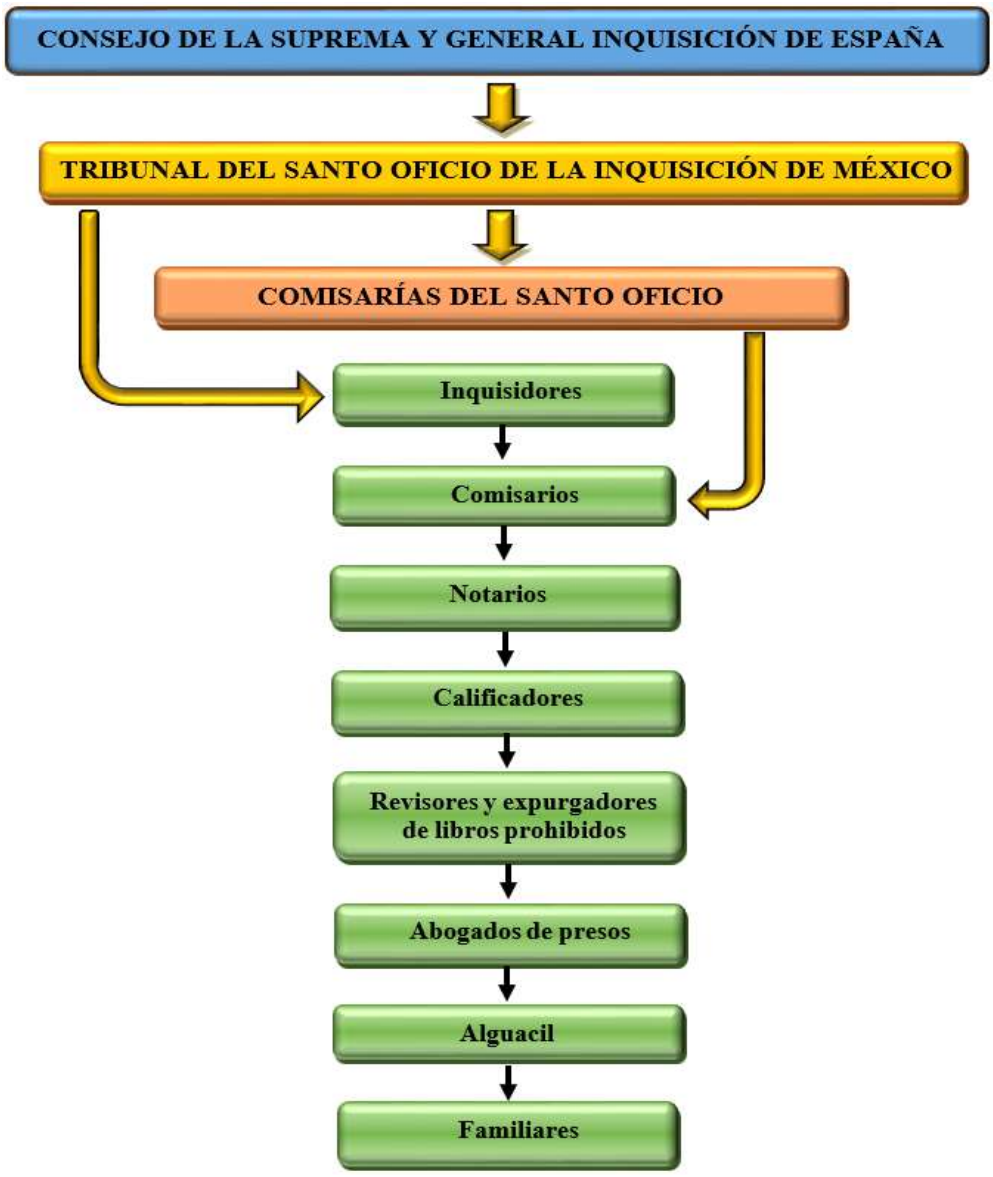
Debido a esa situación, desde los primeros años de conquista, tuvo lugar un incipiente trabajo inquisitorial, efectuado primero por frailes evangelizadores y extirpadores de idolatrías, que después fueron reemplazados por obispos;[805] pero las quejas por los abusos cometidos por éstos en la población neófita no se hicieron esperar, lo que resultó en dos particularidades, la primera, la creación de un tribunal inquisitorial en el nuevo mundo, la segunda, la privación de la población indígena de su jurisdicción. Independientemente del delito de fe que cometiesen, cuando de naturales se trató, fue facultad del juzgado eclesiástico ordinario y no del Santo Oficio intervenir en sus causas.

Con la instauración del Tribunal del Santo Oficio en Nueva España, cuya creación fue ordenada por Felipe II, el 25 de enero de 1569 a través de una cédula

[804] *Concilio III Provincial*, libro dos, título VII y VIII, pp. 81-82.
[805] TURBERVILLE STANLEY, *La Inquisición Española,* p. 105; ALBERRO, *Inquisición y sociedad,* p. 21; GREENLEAF, E., La Inquisición en la Nueva España, siglo XVI, p. 56-81.

real, se institucionalizó la labor inquisitorial novohispana; aunque no fue sino hasta dos años después, en 1571, que el tribunal quedó formalmente establecido en México y en Lima.[806] Como institución consolidada en España, buscó su implante en el nuevo territorio, de manera que, al igual que en la metrópoli, el Santo Oficio novohispano tuvo una estructura definida, como puede observarse en el siguiente esquema.

ESQUEMA 5. Estructura del Santo Oficio de la Inquisición en Nueva España



[806] ALBERRO, *Inquisición y sociedad.*, p. 21.

Dependían del Consejo de la Suprema y General Inquisición de España, por eso los inquisidores que tendrían al frente serían elegidos directamente por la Corona y por dicho Consejo.[807] Sus objetivos eran impartir justicia y reprimir la herejía, pero sobre todo custodiar la religión católica y preservar la cultura española, a fin de tener un mayor control sobre los españoles, negros y las diversas castas que integraban la sociedad novohispana.

Pero dado que su labor se enfrentó al problema de la gran extensión y amplitud del territorio novohispano, fue necesario contar con auxiliares que facilitaran la tarea y ayudasen a vigilar la ortodoxia católica, creándose las denominadas comisarías; las cuales recibirían las denuncias y testificaciones de una amplia gama de delitos: superstición, actos mágicos, bigamia, proposiciones heréticas, blasfemia heretical, ejercicio de funciones sacerdotales por parte de laicos, la percusión y violencia contra imágenes sagradas, así como la solicitación en el confesionario. La censura de libros, cuyo contenido era considerado sospechoso, también era asunto que correspondía al comisario inquisitorial atender.[808]

Las comisarías estarían diseminadas en las diferentes ciudades de los obispados novohispanos, dándose prioridad a las más importantes como sedes de éstas,[809] de modo que en Pátzcuaro no podía faltar el establecimiento de una, pues como cabecera de alcaldía, le correspondía una dependencia local, misma que tendría al frente a un comisario que se encargase de la aplicación de justicia en materia de fe. Las instrucciones de fundación del Tribunal inquisitorial, también estipularon que las ciudades, cabeceras de obispado y puertos, principalmente, tuvieran un "comisario eclesiástico de buena vida, costumbres y letrado";[810] el cual debía cumplir con funciones específicas a su cargo, como la lectura de los edictos de fe, la realización de visitas de distrito, así como la administración de justicia.

[807] MEDINA, *Historia del Tribunal*, p. 25; ALBERRO, *Inquisición y sociedad*, p. 23-24.
[808] GONZÁLEZ NOVALÍN, "Reorganización valdesiana", pp. 644-648.
[809] ESCANDELL BONET, "Las adecuaciones estructurales", p. 719.
[810] GARGALLO GARCÍA, *La comisaría inquisitorial*, p. 30

Las peticiones para desempeñarse como tal eran variadas, podían ser por nombramiento directo de los Inquisidores de México; por auto-propuesta del aspirante, mediante una solicitud; por algún notable religioso, o bien por sugerencia del Comisario anterior, incluso por la recomendación del cabildo secular.[811] Asimismo, el tiempo de duración en el cargo no estaba determinado, ya que respondía a diversos factores, como su eficacia, su comportamiento social, su longevidad, e incluso por el número de casos procesados.[812]

Para el caso de Pátzcuaro, aunque algunos nombramientos fueron directos, la mayoría fue por auto propuesta, mientras que la duración en el cargo, efectivamente, fue indefinida, hubo quienes duraron siete años en funciones, mientras que otros hasta 16, incluso hubo quienes se mantuvieron en funciones de manera vitalicia, hasta su fallecimiento.

El primer nombramiento oficial identificado tuvo lugar en 1637, y le fue otorgado al jesuita Juan de Burgos.[813] Por supuesto que esto no significa que haya sido el primero en desempeñarse como tal en Pátzcuaro, ya que desde 1613 se tiene noticia de personal inquisitorial en la ciudad,[814] lo que indica que para entonces ya se contaba con una comisaría, desafortunadamente no ha sido posible rastrear la participación de un comisario hasta antes de 1618, año en que Francisco de Muñoz ejercía la labor.[815]

Luego de él, se desconoce quién entró en funciones, o si se mantuvo en ellas hasta el nombramiento de Juan de Burgos, lo que sí sabemos es que después de éste, el registro de nombramientos de comisarios fue más regular. Así se tiene el dato de que el Br. Sebastián de Pedraza y Zúñiga fue su relevo, al ser elegido por los

[811] GUERRERO GALVÁN, *De acciones y transgresiones,* p. 70.
[812] GUERRERO GALVÁN, *De acciones y transgresiones,* p. 72.
[813] ALBERRO, *Inquisición y sociedad,* p. 89.
[814] AGN, inquisición, caja 5486, exp. 044, 2 fs. "Presentación que Gonzalo de Antúnez Yáñez hace de su título de familiar de Santo Oficio en la ciudad de Pátzcuaro", Pátzcuaro, 15 de diciembre de 1613.
[815] AGN, inquisición, caja 6420, exp. 093, 2 f. "Carta del comisario de la Inquisición de la ciudad de Pátzcuaro al provincial del convento de Apatzingán para que indague de forma secreta si doña Leonor de Chávez, española, ha presenciado la cura por un indio, del hijo de Gaspar de Solís", Pátzcuaro, 27 de noviembre de 1618.

inquisidores para ejercer el cargo en 1653,[816] manteniéndose en él por lo menos hasta 1660, antes de ser ascendido a otros puestos dentro de la curia eclesiástica. En 1678 se tiene noticia de que el presbítero Lorenzo de Anguiano era quien se desempeñaba como comisario.[817]

Posteriormente, al parecer no hubo un comisario nombrado formalmente como tal, de modo que los que cumplían funciones inquisitoriales, en calidad de comisionados, nuevamente fueron los que por esos años ocuparon el cargo de juez eclesiástico, Juan Rodríguez Torrero, Joseph Méndez Pacheco y Diego Pérez de Mendoza. No fue sino hasta 1688 que el Lic. Juan Meléndez Carreño, quien por ese entonces fungía como cura y juez eclesiástico de Pátzcuaro, solicitó el cargo de comisario inquisitorial, el cual le fue conferido.[818]

Meléndez Carreño se mantuvo como comisario del Santo Oficio hasta 1694,[819] año en que la representación inquisitorial nuevamente entró en un lapso de ausencia de comisarios, de modo que una vez más auxiliaron jueces eclesiásticos interinos, así como comisarios de otros partidos en la labor inquisitorial, dependiendo la gravedad o el secreto que la causa a tratar ameritara.

Quizá por enfermedad, o por sus diferentes encomiendas, el Lic. Meléndez tuvo que apartarse temporalmente de su ministerio, lo cierto es que ya no

[816] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 202, exp. 17. "Relación de méritos y servicios del Br. Sebastián de Pedraza y Zúñiga, chantre de la iglesia de Michoacán, promovido a deán", Madrid, 6 de julio de 1672. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/2674761?nm [consultado el 4 de noviembre de 2023].
[817] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 37, 4 f. "Demanda de Joseph de las Heras porque su esposa se ausentó de su lado y está en un depósito que no es de su satisfacción", Pátzcuaro, 19 de diciembre de 1678.
[818] AGN, inquisición, caja 791, exp. 011, f. 1. "Nombramiento de Comisario del Santo Oficio de Pátzcuaro otorgado al licenciado don Juan Meléndez Carreño, abogado de la Real audiencia de México, juez eclesiástico y cura propio de la ciudad de Pátzcuaro", México, 24 de diciembre de 1688.
[819] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 217, exp. 1. "Relación de méritos y servicios del Lic. Juan Meléndez Carreño, cura en propiedad de la ciudad de Pátzcuaro, juez eclesiástico y vicario general", Madrid, 9 de diciembre de 1719. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/2745080?nm [consultado el 15 de noviembre de 2023].

pudo reintegrase a él, pues falleció en 1697. En ese año tomó posesión como cura beneficiado y juez eclesiástico el bachiller Miguel de Molina, quien dos años después, en 1699, elevó su petición ante el Tribunal del Santo Oficio de México, para ocupar el puesto de comisario; pretensión que le fue aceptada en ese mismo año.[820]

Los que ejercieron funciones inquisitoriales eran provenientes de la ciudad de México, conocedores de teología y derecho canónico, como lo ameritaba el cargo; también sabían de filosofía, retórica y gramática, disciplinas imprescindibles en los planes de estudio de los miembros del clero,[821] ya que no solo la limpieza de sangre y la honestidad de costumbres eran requisitos sobresalientes, los méritos académicos eran una premisa imprescindible para obtener un cargo dentro del aparato eclesiástico.[822]

Generalmente los aspirantes a comisarios del Santo Oficio eran graduados de la Real Universidad de México, institución a la que llegaban a certificar conocimientos teológicos y canónicos, pretendientes provenientes de diversos lugares al interior del virreinato.[823] Para el caso de Pátzcuaro no fue distinto, con excepción de Juan de Burgos, del que se desconoce su formación académica más allá de pertenecer a la compañía de Jesús, los demás comisarios inquisitoriales que cumplieron funciones en dicha ciudad, obtuvieron el grado de bachiller en la mencionada Real Universidad de México, cuyo vasto conocimiento quedó demostrado en sus relaciones de méritos y en el amplio repertorio de cargos importantes que ejercieron.

En 1631 Sebastián de Pedraza y Zúñiga obtuvo el grado de bachiller en cánones, en 1634 en teología y leyes por el Colegio de San Idelfonso de Puebla de los

[820] AGN, inquisición, vol. 710, exp. 27, ff. 226-227. "Autos de la pretensión del bachiller don Miguel de Molina para desempeñarse como comisario del Santo Oficio en Pátzcuaro", México, 20 de noviembre de 1699; exp. 75, ff. 226-227. "Nombramiento de comisario del Santo Oficio para la ciudad de Pátzcuaro a favor del bachiller don Miguel de Molina", México, 28 de diciembre de 1699.
[821] HERREJÓN PEREDO, "La oratoria en Nueva España", p. 62.
[822] MUNIZ, *Derecho capitular*, p. 67 y p. 84.
[823] ESCAMILLA GONZÁLEZ, "La Iglesia y los orígenes de la Ilustración", p. 115; GUERRERO GALVÁN, *De acciones y transgresiones*, p. 72.

Ángeles.[824] Antes de ser cura en Pátzcuaro, ejerció el ministerio en la parroquia de San Joseph en Puebla de los Ángeles, donde predicaba en lengua castellana y mexicana a los indios.

Con 50 años de edad, se asentó en Pátzcuaro, donde fungió como cura beneficiado y como comisario del Santo Oficio, ocupando además otros puesto relevantes, como el de visitador de Michoacán, chantre y deán de la iglesia del mismo obispado;[825] cargos que le fueron conferidos por ser "sujeto de ejemplar vida, de virtudes muy heroicas".[826]

Al igual que él, Juan Meléndez Carreño estudió filosofía y obtuvo el grado de bachiller en 1665, destacando en sus habilidades oratorias y literarias, ocupó a partir de entonces varios cargos antes de llegar a ser cura beneficiado de Pátzcuaro, entre ellos el de abogado de la Real Audiencia.[827] En 1688, a los 46 años de edad, cuando ya era cura de dicha ciudad, se graduó de licenciado en cánones. En Pátzcuaro tuvo una destacada participación, no solo como cura parroquial, sino también como juez eclesiástico y comisario del Santo Oficio.

[824] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 202, exp. 17. "Relación de méritos y servicios del Br. Sebastián de Pedraza y Zúñiga, chantre de la iglesia de Michoacán, promovido a deán", Madrid, 6 de julio de 1672. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/2674761?nm [consultado el 4 de noviembre de 2023].

[825] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 198, exp. 1. "Relación de méritos y servicios del Lic. Sebastián de Pedraza y Zúñiga, canónigo de la catedral de Michoacán, domiciliario del obispado de la Puebla de los Ángeles y comisario de la Inquisición de la ciudad de Pátzcuaro", Madrid, 13 de mayo de 1660. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/2664120?nm [consultado el 4 de noviembre de 2023].

[826] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 199, exp. 16. "Relación de méritos y servicios del Lic. Sebastián de Pedraza y Zúñiga, canónigo de la iglesia de Michoacán", Madrid, 22 de agosto de 1674. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/2659826?nm [consultado el 4 de noviembre de 2023].

[827] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 205, exp. 114. "Relación de los méritos del Br. Juan Meléndez Carreño, abogado de la Real Audiencia de México", Madrid, 20 de noviembre de 1699. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/239968?nm [consultado el 12 de noviembre de 2023].

Sus cualidades y desempeño fueron elogiadas por el obispo de Michoacán, quien lo describió como "uno de los más doctos eclesiásticos de aquel obispado, muy virtuoso y persona de ilustre calidad",[828] como quedó referido en una carta que envió a su majestad en enero de 1686, haciendo de su conocimiento la nominación de Meléndez para ocupar la canonjía doctoral de la iglesia en Michoacán, agregando que era digno de cualquier prebenda con que su merced le honrase.[829]

El Br. Miguel de Molina ocupó el cargo en 1699, como ya se expresó, y en él se mantuvo hasta 1738, año en que ocupó el puesto el Br. Joseph Antonio Eugenio Ponce de León.[830] Desafortunadamente no se tienen mayores noticias de su procedencia, ni de su formación académica, más allá de que tenía el grado de bachiller, aunque dadas las referencias de los otros comisarios, podemos suponer que también estudió filosofía, teología y cánones en la Real Universidad de México, donde seguramente obtuvo su grado.

Ahora bien, como señalaba con antelación, aunque antes de 1618 no se tenga registro de algún otro comisario, eso no significa que durante ese tiempo las transgresiones de fe no hayan sido castigadas, ya que desde el siglo XVI había agentes diocesanos encargados de procesar casos inquisitoriales en territorio michoacano.[831]

[828] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 217, exp. 1. "Relación de méritos y servicios del Lic. Juan Meléndez Carreño, cura en propiedad de la ciudad de Pátzcuaro, juez eclesiástico y vicario general", Madrid, 9 de diciembre de 1719. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/2745080?nm [consultado el 15 de noviembre de 2023].

[829] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 209, exp. 55. "Relación de méritos y servicios del Lic. Juan Meléndez Carreño, cura en propiedad de la ciudad de Pátzcuaro, juez eclesiástico y vicario general en ella, opositor a la canonjía doctoral de la iglesia de Michoacán", Madrid, 23 de noviembre de 1690. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/2708373?nm [consultado el 15 de noviembre de 2023].

[830] AGI, indiferente general, relaciones de méritos de personas eclesiásticas, legajo 229, exp. 26. "Relación de méritos y servicios del Br. Joseph Antonio Eugenio Ponce de León, cura beneficiado, vicario y juez eclesiástico de Pátzcuaro", Madrid, 13 de diciembre de 1738, ff. 293-295. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/2821119?nm [consultado el 10 de noviembre de 2023].

[831] AUSTIN NESVIG, "Heterodoxia popular e inquisición", p. 21.

En los primeros años del XVII pudo carecerse de una comisaría inquisitorial en la ciudad, pero no de casos, ni de un agente que los atendiese.

Durante esos años hubo quien se encargó de las causas inquisitoriales surgidas en Pátzcuaro y su jurisdicción, aunque solo en calidad de comisionado, sin un nombramiento oficial de comisario del Santo Oficio; tal fue el caso de fray Diego Muñoz, de la orden de San Francisco, quien en 1605 fungió como juez ante algunos delitos cometidos por algunos religiosos de dicha ciudad.[832]

En su comisión se encargó de reunir la información y de examinar a los testigos, para posteriormente remitir los autos al Tribunal del Santo Oficio en México. No obstante, dada la relevancia que, como ha quedado asentado en el primer capítulo, tenía la ciudad de Pátzcuaro en el siglo XVII, era necesario que hubiese representación inquisitorial oficial en ella, pues con ello se garantizaba la existencia local de un órgano rector de las ideas, de las conductas y de las prácticas cotidianas.[833]

Por eso era prioritario que se estableciera la institución formalmente, y que con ella se desplegase la plantilla de funcionarios conformantes del aparato inquisitivo, que auxiliasen en la vigilancia, atención y sanción de los delitos contra la fe. En efecto, una vez establecida la comisaría patzcuarence formalmente, quedó constituida por los elementos fundamentales del aparato inquisitorial, y como las otras instituciones de justicia que se han atendido, ésta también contaba con una organización estamental, como se puede apreciar a continuación.

[832] AGN, inquisición, vol. 471, exp. 6, 9 f. "Fray Diego Muñoz contra el Br. Sebastián Salmerón beneficiado de Pátzcuaro por haber nombrado a Mariana de Jasso en la amonestación hija de Jesucristo y de Francisca Rivera", Pátzcuaro, 16 de septiembre de 1605; vol. 277, exp. 3, 10 f. "Información del proceder y costumbres de Millán de Ortiz, estante en el Hospital de Santa Marta de Pátzcuaro", Pátzcuaro, 16 de diciembre de 1605; vol. 271, exp. 5, 7 f. "Causa de Fray Diego Muñoz contra Millán Ortiz, expulso de la Compañía de Jesús y penitenciado por el Santo Oficio, que está recluso en el hospital de Pátzcuaro por escandaloso", Pátzcuaro, 16 de diciembre de 1605.

[833] MIRANDA OJEDA, "Las comisarías del Santo Oficio. Funciones y funcionarios", p. 164.

ESQUEMA 6. Estructura de la Comisaría Inquisitorial de Pátzcuaro, siglo XVII.



El comisario inquisitorial contó con auxiliares que le apoyaban en su labor, como el *notario*, que como sucedió en los otros juzgados ya mencionados, cumplía la función de registrar minuciosamente la actividad judicial, anotando hasta el más mínimo detalle. Entre sus tareas estaba además, asentar las informaciones de limpieza de sangre de los aspirantes a algún cargo inquisitorial, de los bienes confiscados en alguna causa, era además quien rubricaba las actas en calidad de testigo y notificaba la publicación de los edictos de fe.[834] En Pátzcuaro, además se encargaba de acompañar al alguacil a aprender al reo.

Al igual que sucedía con el comisario, el notario tampoco tenía un periodo de tiempo fijo para desempeñar su función, ya que podía durar varios años en

[834] GARGALLO GARCÍA, *La Inquisición en el Caribe*, p. 157.

el cargo; su experiencia le ayudaba a perdurar. No obstante, son pocos de los que se puede rescatar el registro de su nombramiento, únicamente se obtuvo el de Francisco Sáenz y el del Br. Nicolás Padilla. El primero recibió el nombramiento en 1645,[835] el segundo entró en funciones en marzo de 1689, a petición del comisario Juan Meléndez Carreño, pues refería no había notario del santo Oficio en la ciudad y era necesario contar con uno.[836]

A veces pasaba que se carecía de notario inquisitorial propio, lo que ameritaba el nombramiento de uno que fungiese como tal, como el franciscano fray Miguel Tolón que en 1605 realizó al labor de notario en unas causas de fe encomendadas a fray Diego Muñoz;[837] o el clérigo Francisco López, que acompañó, como notario nombrado, al comisario Miguel de Molina en ciertas causas de fe, como en aquella respecto al comportamiento de algunos religiosos que por entonces estaban causando gran revuelo en la ciudad por sus sermones y prácticas poco ortodoxas.[838]

Otro aspecto interesante en torno a estos funcionarios, es que, el carácter clerical que se suponía debía tener, en Pátzcuaro no fue determinante, ya que también hubo seglares que lo ejercieron, como Francisco Sáenz que, aunque no era un eclesiástico, se mantuvo por más de veinte años en funciones, pues comenzó en 1645 y aun en 1669 se encontraba laborando.[839] El ser notario público le permitió intervenir

[835] AGN, inquisición, caja 6651, exp. 099, 2 f. "Nombramiento de notario del Santo Oficio dado a Francisco Sáenz para la ciudad de Pátzcuaro", México, 20 de noviembre de 1645.
[836] AGN, inquisición, vol. 677, exp. 28, 3 f. "Autos de la pretensión del Br. Nicolás Padilla para notario del Santo Oficio de Pátzcuaro", México, 12 de mayo de 1689.
[837] AGN, inquisición, vol. 471, exp. 6, 9 f. "Fray Diego Muñoz contra el Br. Sebastián Salmerón beneficiado de Pátzcuaro por haber nombrado a Mariana de Jasso en la amonestación hija de Jesucristo y de Francisca Rivera", Pátzcuaro, 16 de septiembre de 1605; vol. 277, exp. 3, 10. "Información del proceder y costumbres de Millán de Ortiz, estante en el Hospital de Santa Marta de Pátzcuaro", Pátzcuaro, 16 de diciembre de 1605f; vol. 271, exp. 5, 7 f. "Causa de Fray Diego Muñoz contra Millán Ortiz, expulso de la Compañía de Jesús y penitenciado por el Santo Oficio, que está recluso en el hospital de Pátzcuaro por escandaloso", Pátzcuaro, 16 de diciembre de 1605.
[838] AGN, inquisición, caja 1038, exp. 006, 2 f. "Varias testificaciones realizadas ante Miguel de Molina comisario del Santo Oficio para denunciar la conducta de algunos religiosos de la orden de San Francisco", Pátzcuaro, 10 de noviembre de 1699.
[839] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 72, exp. 12, 2 f. "Proceso contra don Antonio de Pissa y Pareja vecino de la ciudad de

en asuntos civiles y en religiosos también. Su caso es interesante porque evidencia que los funcionarios inquisitoriales, al menos en el caso de las comisarías, no siempre eran teólogos, ni eclesiásticos.

En cuanto a los *abogados de presos*, no es necesario ofrecer más referencias, pues se sobreentiende que, como en los otros juzgados, eran los encargados de la defensa del acusado, por lo que eran piezas clave en la aplicación de justicia, considerando que la premisa de "dar a cada quien lo que le corresponde", quedaría mutilada sin un abogado que ofreciese posibilidades de un juicio justo al reo. Pero, así como sucedió en los otros casos, en los atendidos por esta institución, su participación tampoco fue destacada en Pátzcuaro.

Otro puesto de importancia fue el de *familiar* del Santo Oficio, el cual era ocupado generalmente por algún civil, pero también podía ser un eclesiástico. Su labor era de informante, de manera que actuaba como espía, manteniéndose siempre al tanto de cualquier sospecha de prácticas contrarias a la fe. El cargo no suponía un beneficio económico, el interés por ser parte del ministerio inquisitorial era más bien por el prestigio y todos los privilegios e inmunidades que traía consigo el nombramiento.[840] El primer rastro de su existencia en la ciudad se remonta hasta 1613, año en que se tiene noticia de que Gonzalo de Antúnez Yáñez, vecino de ella, fungía como familiar del Santo Oficio.[841] En 1628 aparece entre los documentos el dato de otro hombre que cumplía dicha función en Pátzcuaro, cuyo nombre era Diego de Villegas y Sandoval.[842]

México residente en la de Pátzcuaro por públicamente amancebado", Valladolid, 10 de enero de 1669.

[840] MIRANDA OJEDA, "Las comisarías del Santo Oficio. Funciones y funcionarios", p. 166.

[841] AGN, inquisición, caja 5486, exp. 044, 2 fs. "Presentación que Gonzalo de Antúnez Yáñez hace de su título de familiar de Santo Oficio en la ciudad de Pátzcuaro ante el Alcalde Mayor de Michoacán", Pátzcuaro, 15 de diciembre de 1613.

[842] ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL DE MADRID (en adelante AHNM), Expedientes de concesión del título de caballero de la orden de Santiago. "Expedientillos", exp. 1348, ff. 293-295. "Expediente para la concesión del Título de Caballero de la Orden de Santiago de Diego de Villegas y Sandoval, natural de Pátzcuaro, familiar del Santo Oficio", Madrid, 20 de enero de 1628. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/1342311?nm [consultado el 18 de noviembre de 2023].

En 1640 se tiene otro registro de un familiar, en esta ocasión se trataba de un español llamado Francisco Sanz;[843] quizá se traté del mismo Francisco Sanz que en 1669 cumplía la labor de notario en el juzgado eclesiástico, lo cual no resultaría extraño, puesto que, comúnmente, los miembros de los foros eclesiásticos, a lo largo de su carrera desempeñaban más de un puesto.

Sin embargo, la presencia de estos auxiliares en la ciudad de estudio, no fue tan visible, al menos no a través de los expedientes judiciales, pero seguramente en la práctica, su participación debió ser activa, pues comúnmente eran éstos los que denunciaban las faltas cometidas en el lugar. Tratándose de alguna amistad ilícita, el juez eclesiástico con frecuencia mencionaba que ésta "había llegado a su noticia", pero no refería cómo ni de dónde había llegado la información, lo que abre la posibilidad de que haya sido proporcionada por estos espías.

Los *alguaciles*, por su parte, como ya se ha venido señalando, eran quienes se encargaban de la aprensión del acusado, pero al igual que para el caso del juzgado eclesiástico ordinario, en el inquisitorial, durante buena parte del siglo, también se careció de un alguacil propio que ejecutase las órdenes, de modo que se actuaba a través del de la Real Justicia. A mediados de siglo la situación cambió, ya que Francisco Arenas ocupó dicho cargo, en el que se mantuvo hasta su fallecimiento en octubre de 1689, ante lo cual Ángel González de la Sierra, originario de Burgos, vecino de Pátzcuaro y yerno del dicho Francisco Arenas, solicitó el puesto, que en efecto le fue concedido, recibiéndole el juramento de fidelidad y secreto, que como todo funcionario debían manifestar. En efecto, así lo realizó ante el comisario Juan Meléndez y ante el notario Nicolás de Padilla en enero de 1690.[844]

---

[843] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, bautismos 1597-1665, 1691-1699. "Bautismo solemne de Pedro, hijo legítimo de Francisco Sanz, familiar del Santo Oficio de la Inquisición y doña Luisa de Alba", 10 de julio de 1640. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-2LSY-2Q?i=113&wc=3NTP-HZ9%3A178768101%2C178768102%2C178768103&cc=1883388&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A6JH1-PNPL [consultado el 17 de noviembre de 2023].

[844] AGN, inquisición, vol. 677, exp. 31, 2 fs. "Autos de la prevención de Ángel Gonzales de la Sierra para alguacil mayor de este Santo Oficio en la ciudad de Pátzcuaro", Pátzcuaro, 3 de noviembre de 1689.

Ahora bien, a diferencia de otras comisarías, entre ellas la de Valladolid, la patzcuarence contaba con menor número de agentes, pues poseía solo los elementales además del comisario. Como pudo notarse en el esquema, se carecía de calificadores y también de revisores y expurgadores de libros prohibidos, lo cual resulta curioso considerando que en la ciudad había una real aduana, donde se captaban las mercancías que entraban a territorio novohispano y por alguna razón habían escapado a las revisiones portuarias.[845] La participación de éstos agentes seguramente hubiese sido interesante, tomando en cuenta la orden dirigida a todas las aduanas, respecto al tráfico de libros sospechosos de ser prohibidos o sujetos a expurgación, especificando tener especial control y no permitir libros sin licencia expedida por los agentes inquisitoriales.[846] Se desconoce por qué en Pátzcuaro no hubo tales funcionarios, si su desempeño, por las razones mencionadas, pudo ser activo.

A pesar de no contar con toda la burocracia inquisitorial, su actividad en Pátzcuaro funcionó sin mayores inconvenientes. La forma de conducirse en las causas fue específica y seguía un ordenamiento, mismo que era señalado en el *Manual de Inquisidores*, según el cual existían tres maneras por las cuales se podía formar una causa: por acusación, por delación y por pesquisa. La primera consistía en que el mismo delator debía ser quien probará su dicho, así como la culpabilidad del acusado; esta modalidad prácticamente estaba en desuso, por ser una manera arriesgada y por significar un litigio muy tardado. La segunda forma consistía en hacer la denuncia, pero sin que el delator se viese involucrado en la investigación, siendo únicamente el agente inquisitorial el encargado de ella; por lo general esta era la tipología más utilizada. La tercera prácticamente se sustentaba en la "voz pública", dándose cuando las transgresiones hechas eran bien conocidas por la comunidad, llegando de esa manera a oídos de los funcionarios inquisitoriales.[847]

[845] FARÍAS ESCALERA, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano*; CASTELLÓ ITURBIDE, *Pátzcuaro, cedazo de recuerdos*, pp. 55- 57

[846] AGN, inquisición, edictos, caja 0236, exp. 02, 1 f. "Edicto para que en las Reales Aduanas de estos reinos no se permita pasar libro alguno sin licencia por escrito de este tribunal de esta capital, y de sus comisarios en las ciudades y villas del reino, so pena de excomunión mayor", México, s/f.

[847] EYMERIC, *Manual de Inquisidores*, pp. 2-6.

En Pátzcuaro, los casos atendidos por la comisaría inquisitorial, la modalidad más común también fue la segunda, es decir, por acusación directa. En ella, lo principal era tomar los datos personales, nombre completo, calidad, edad, oficio y lugar de residencia del declarante, para posteriormente proceder al interrogatorio. Aunque la forma de hacer el registro pudiera suponerse similar en todos los juzgados eclesiásticos, lo cierto es que no, en los inquisitoriales la información es más minuciosa; lo cual resulta interesante, ya que quien se encargaba de las anotaciones, a veces era la misma persona; sin embargo, dado que las instrucciones inquisitoriales eran más específicas, el desempaño la tarea también debía serlo.

Una pregunta que no podía faltar era si sabía la razón por la cuál había sido llamado, a fin de asegurarse que el tema aún estuviese en secreto, premisa imprescindible de la justicia inquisitorial; seguido de lo cual se procedía a una serie de preguntas para recabar información sobre el acusado. Para realizar su gestión, el comisario debía basarse en las *Instrucciones* o *Cartilla para Comisarios del Santo Oficio de la Inquisición novohispana*; éstas tenían dos vertientes, una encaminada al aspecto administrativo y la otra al sentido procesal. Además de dicha *Cartilla*, se contaba con un libro complementario llamado *Cuaderno de Cartas Acordadas,*[848] donde se daban las instrucciones a seguir para registrar la información al formarse una causa, desde la forma en que debía anotarse, hasta el cuidado que debía tenerse en la custodia de los documentos.[849]

Una vez terminada la declaración, ésta le era leía al deponente para si había algo que tuviera que agregar o corregir lo hiciere. Al finalizar, el testigo y todos los declarantes en general, prometía no hacer su declaración por odio, únicamente por el descargo de su conciencia y la salvación de su alma. De igual manera el testigo prometía guardar secreto de todo lo ocurrido en la comparecencia, reiterando la importancia del secreto para que la causa llegase a buen término.

[848] Las *Cartas Acordadas* eran disposiciones elaboradas por todos los miembros del Consejo y el Inquisidor General, dirigidas a la institución o a un funcionario en especial. MARTÍNEZ MILLÁN, "Las fuentes impresas", p. 142.
[849] AGN, inquisición, vol. 843, exps. 9-10, fs. 434-457.

Era preciso ser prudentes para que la situación no se divulgara, corriendo el riesgo de que los rumores del proceso llegaran a oídos del acusado y éste tuviera la oportunidad de escapar. Por otro lado, en caso de ser inocente, con la discreción se pretendía evitar que debido al conocimiento de una causa en su contra su reputación se viese afectada, considerando que ser procesado por el Santo Oficio era un estigma que el reo cargaba durante toda su vida, e incluso en sucesivas generaciones suyas.[850]

Pasados tres días, a partir de la declaración hecha, el testigo debía acudir nuevamente a la comisaría a ratificarla. Esta vez debía hacerlo ante "honestas y religiosas personas", que podían ser presbíteros o clérigos. En la ratificación se le comunicaba que el Fiscal del Santo Oficio lo presentaba como testigo *Ad perpetuam rei memorian*. Cuando se llamaba a declarar y el testigo no acudía, incurría en una falta grave, siendo acusado y castigado como favorecedor de sospechosos y quebrantador de los edictos del Santo Oficio; incluso podría recaer en excomunión.[851]

De tal forma que la comisaría de Pátzcuaro y el Tribunal del Santo Oficio debían estar en constante comunicación, aunque el traslado de información hacía que los procesos se prolongaran. Frecuentemente los casos eran más duraderos por el lapso de tiempo transcurrido entre una diligencia y su notificación o envío, que por la causa en sí; a veces pasaban meses para que las diligencias ya hechas fuesen enviadas, por carecer de una persona fidedigna con quien mandarlas o que aceptase la responsabilidad de hacerlo; pero aun así no podía pasarse por alto la continua comunicación, ya que solo así el caso podía avanzar.

[850] MOLINA MORENO, "Cartagena de Indias", p. 1417.

[851] La excomunión era una pena impuesta por la Iglesia para castigar las irregularidades cometidas por laicos y clérigos en contra de los preceptos católicos, siendo el último recurso utilizado para atemorizar a sus feligreses y disuadirlos de sus culpas. El Concilio III dictaba que en caso de excomunión debía redactarse un escrito donde se mencionaran los nombres de los excomulgados, el cual se pondría en la parroquia donde todos pudiesen verlo, siendo el cura el encargado de publicarlo cada domingo. *Concilio III Provincial*, libro quinto, título XI, p. 252-253

Al concluir las diligencias, el comisario enviaba diligencia al Tribunal Inquisitorial de México para que éste dictara instrucciones, puesto que el comisario solo era un intermediario, él no podía dictar sentencias por sí solo, a menos que los Inquisidores le facultaran para tomar la decisión que más conveniente considerase; pero generalmente eran ellos quienes determinaban lo que debía proceder y el comisario solo se limitaba a hacerlas cumplir.

Así pues, como ha podido verse, las autoridades encargadas de administrar justicia tenían una organización, funciones y forma de conducirse específicas, algunas eran similares, pero no necesariamente eran las mismas. La Real Justicia tenía un aparato burocrático que constaba de agentes primordiales, al igual que el juzgado eclesiástico ordinario; el de la comisaría inquisitorial, aunque estaba incompleto, era más sofisticado que el de los otros dos juzgados, en relación a la preparación de sus agentes, a la función de éstos, así como a la forma de proceder y llevar el registro de las causas que atendía.

En este capítulo se puso atención en la organización de los juzgados que había en Pátzcuaro en el siglo XVII, asimismo en la función que cada integrante de éstos debía efectuar, a fin de tener una noción de cómo se constituía, y a partir de ahí, en mayor o menor medida, de cómo se desenvolvían y manejaban según su oficio. Por otra parte, en este punto es importante reiterar que, aunque los tres presentaban diferencias en su organización, constitución y proceder, poseían un objetivo común, vigilar y sancionar las conductas que atentasen contra la moral católica y las buenas costumbres, como la sexualidad ilícita, pues por su naturaleza y rango de afectación, formaban parte del fuero mixto, lo que causó que tanto potestades eclesiásticas como laicas intervinieran en su regulación.

Las autoridades en varias ocasiones trabajaron en conjunto; cuando la ocasión lo ameritó se auxiliaron, a fin de garantizar la aplicación justicia. Pero la sanción no fue lo único que utilizaron estas instancias para remediar el daño público causado, ni para advertir a los demás sobre las consecuencias que los actos ilícitos podían traerles, también utilizaron una serie de estrategias persuasivas encaminadas a

prevenir el cometimiento de transgresiones morales. La diversidad de estas herramientas, así como las formas en las que los comportamientos sexuales tenían lugar no fueron incluidas en este apartado, ya que el funcionamiento judicial es un punto digno de ser analizado aparte, por eso ha sido reservado para ser estudiado en su propio capítulo, donde se profundizará en la postura de estos foros de justicia ante la sexualidad ilícita.

5.2. Castigando la "desvergüenza", restaurando el orden moral público.

Salvaguardar el orden moral era tarea de los agentes de justicia, tanto eclesiásticos como laicos, por ello, cuando de comportamientos sexuales ilícitos públicos se trató, ambos tuvieron injerencia, pues la regulación de éstos formaba parte de sus funciones. No obstante, pese al amplio dispositivo de persuasión desplegado por ellos, el desenvolvimiento de la sexualidad, como ha podido verse, en la práctica no estuvo franqueado por límites tan rígidos, lo que condujo a que su actividad fuese común, aunque no necesariamente aceptada, o al menos no abiertamente. Cuando la moral y el orden se veían vulnerados, la intervencion de su justicia debía ser pronta, era necesario sancionar las acciones que atentaban contra la imagen pública de moralidad que debía mantenerse en la ciudad.

La vergüenza y el honor, estaban íntimamente ligados, de acuerdo a Jane Schneider, ambos complementaban los acuerdos institucionales para la distribución del poder y la creación del orden en la sociedad.[852] El honor era el punto medular de la sociedad hispánica, pero su raíz era la vergüenza; el temor a la deshonra no era otra cosa que el miedo a la vergüenza de quedar expuesto y ser condenado al desprestigio y la denigración. Jean Paul Sartre aseguraba que nadie era vulgar a solas, de modo que la vergüenza como sentimiento, tomaba forma ante la mirada del otro, con quien, para que tuviera el mismo significado, era fundamental que compartiese una misma "cultura de la vergüenza".[853] Aunque hay autores que discrepan con dicha idea, refiriendo que la vergüenza es una emoción moral interna que no necesita de público para sentirse,[854] en este estudio, nos remitimos a aquella "cultura de la vergüenza" que imperaba en Nueva España, en la cual la mirada de los espectadores fue determinante.

Es cierto que la vergüenza como fenómeno de estudio adquiere diferentes interpretaciones, existen análisis filosóficos, psicológicos y antropológicos que han incursionado en ese tema y la han señalado como una virtud moral, otros como

[852] SCHNEIDER, "Of vigilance and virgins: honor, shame and access to resources in Mediterranean societies, p. 2.
[853] SARTRE, *El ser y la nada*, pp. 143-144.
[854] FUSSI, "Williams's defense of shame as a moral emotion", pp. 164-180.

un sentimiento interno, y otros más como una construcción social, todos tienen solidez en su definición y seguramente todos ellos la integran, sin embargo, en el presente estudio, y con base en los tratados moralistas de la época, se observa a la vergüenza como el cuidado de la proyección pública de una conducta privada, fungiendo como un recurso de protección utilizado bajo la doble función de prevenir, pero también de encubrir; así la vergüenza en el siglo XVII podía equipararse a un velo que si se acomodaba cuidadosamente podía cubrir las acciones incorrectas cometidas, sirviendo como protección para evitar que fueran descubiertas.

Pero si no se actuaba con cautela dicho velo podía romperse dejando expuesta las acciones realizadas; ante la ausencia de vergüenza, como protección que los ocultaba, los comportamientos quedaban expuestos al público, a su conocimiento, su crítica y escrutinio; al enfrentamiento entre la acción cometida y la opinión negativa que de ella pudiese tener el resto. A nivel conciencia, una persona cuyos actos sabía no correspondían a la moral católica podía desencadenar un sentimiento culposo, pero si su proceder no llegaba a conocerse más allá de su casa, no causaba afectación en su reputación o su imagen pública; cosa distinta sucedía cuando el riesgo de exposición era latente, pues éste infundía temor de verse a sí mismo como lo veía el otro;[855] el miedo a ser juzgado y perder su honor fue un punto medular en la sociedad novohispana, donde la función del miedo tuvo una amplia representación, como lo ha demostrado Estela Roselló.[856]

En este sentido, hablando del temor al desprestigio, podemos asegurar que su presencia fue constante, y no solo como medio de aleccionamiento religioso, sino como una idea que permeaba en la sociedad, y se mantenía inherente a la conducta individual, misma que cobraba relevancia cuando se tornaba pública, o cuando el riesgo de rendir cuentas se volvía inminente. Como pasaba en el lecho de muerte, cuando se encontraban en la antesala de una posible acusación, el miedo a ser juzgado con rigor

[855] SCHNEIDER, "Of vigilance and virgins: honor, shame and access to resources in Mediterranean societies", pp. 1-24; LATISNERE JUÁREZ, *La vergüenza como afecto preliminar a una ética del sufrimiento*, p. 16.
[856] ROSELLÓ SOBERÓN, *Así en la tierra como en el cielo*.

se manifestaba con más fuerza; el temor a la exposición pública, al castigo y a la pérdida del honor, para muchos fue una penosa agonía.

Cumplir con los parámetros morales evitaría estar en esa posición, pero lo cierto es que esa no fue la opción elegida por la mayoría; sin embargo, se esperaba que, si no podían tener un comportamiento moralmente honesto, al menos fueran cuidadosos de no exhibir públicamente su desapego. La vergüenza hacía que se tuviese mayor cuidado antes o después de cometer ciertos actos; en ella tomó sentido el miedo a ser visto por los demás mientras se realizan acciones reprobables. Así refugiándose en la discreción, más de un comportamiento sexual ilícito pasó desapercibido en Pátzcuaro. Sin embargo, no todos consideraron prioritario mantener las apariencias, externando sus relaciones ilícitas sin mayor disimulo y cuidado, evidenciando una vergüenza inexistente. Ante el riesgo inminente de ruptura en el delicado tejido de apariencias, la autoridad debía intervenir para corregir la situación, y, sobre todo, para recordar la importancia de, más allá de cumplir los estándares morales al pie de la letra, actuar con discreción al infringirlos.

La razón de ser de las autoridades virreinales era la preservación del orden, y la aplicación de justicia cuando éste era vulnerado, ya que solo así podría procurar y mantener el bienestar público, su objetivo principal. No obstante, la renuencia a seguir la norma formó parte de la cotidianidad social, lo que ameritó la intervención de las instancias judiciales. Como mencioné con anterioridad, había faltas que, dependiendo su naturaleza, pertenecían a determinada jurisdicción judicial, pero hubo unas que pertenecían al fuero mixto, como fue el caso de la sexualidad ilícita. Aunque, por efectuarse al margen del matrimonio, pudiese considerarse como una falta que tocaba regular solo a los foros de justicia eclesiásticos, también formaba parte de los delitos juzgados por el seglar, ya que tanto la Iglesia como el Estado tenían autoridad para juzgar sobre la vida privada de las personas.[857]

La categorización delictiva de José Miguel Palop, ejemplifica de mejor manera que las ilícitas amistades formaban parte de los delitos castigados por ambas

[857] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos*, p. 240.

justicias, eclesiástica y seglar. Palop simplificó el ordenamiento hecho a finales del Setecientos por Manuel Lardizábal, clasificándolo en tres categorías, la primera era respecto a los atentados contra la seguridad, dividiendo ésta en personal y de la propiedad, la segunda contra el orden público, es decir contra las costumbres y la tranquilidad social; y la tercera contra la moral pública, encontrándose en ella la religión, e igualmente las costumbres.[858]

De manera que, la sexualidad ilícita, como puede verse, entraba en más de una categoría, pues como se ha reiterado en varias ocasiones, esta falta atentaba contra la moral, pero también contra el orden público, de modo que entraba en la segunda y tercera categoría. De tal forma que, por contradecir los lineamientos de la moral católica, las buenas costumbres y el orden público, los juzgados seculares y los eclesiásticos tuvieron jurisdicción cuando de estas transgresiones se trató.

En Pátzcuaro los casos que llegaron al juzgado, como se ha venido advirtiendo a lo largo de la investigación, no alcanzaron una cifra elevada, ya que se obtuvieron un total de 34 denuncias formales debido a alguna conducta sexual ilícita; de ellas, 19 fueron atendidas por la justicia ordinaria, 11 por el juzgado eclesiástico, y solo 4 por la comisaría del Santo Oficio; lo que arroja una mayor intervención respecto a la moral sexual de los patzcuarences, por parte de la autoridad civil, al ser la que atendió casos mayoritariamente. Cuando de amancebamientos se trató, ya fuese entre solteros, o que involucrase a algún casado, así como relaciones fortuitas que se consideraba quebrantaban la honestidad y respeto de la casa, la Real Justicia tomó cartas en el asunto.

Las instancias eclesiásticas por su parte, atendieron menos casos relacionados con sexualidad ilícita, el juzgado eclesiástico intervino cuando se trató de adulterio, pero también ante una promesa de matrimonio incumplida, la cual generalmente comprendió la vinculación sexual de los involucrados; la instancia inquisitorial, que fue la que menos actividad tuvo en materia de denuncias, trató únicamente un caso de bigamia, mismo que, si bien fue denunciado por un residente de

[858] PALOP RAMOS, "Delitos y penas", pp. 65-103.

Pátzcuaro, no tuvo lugar en la ciudad sino en la villa de Colima, razón por la cual no fue incluido en el análisis, pues escapaba a nuestro objetivo y lugar de estudio; asimismo atendió tres casos en los que algunos religiosos se vieron involucrados, uno en amancebamiento y dos en solicitación.

Resulta curioso que se haya seguido ese orden, puesto que quien dictaba la moral sexual que debía prevalecer era precisamente la Iglesia, pero en la práctica, al menos en Pátzcuaro, básicamente quien aplicó el control sobre los comportamientos sexuales fue la autoridad laica, ésta fue el brazo ejecutor. Aun y cuando la Iglesia contaba con sus propios emisarios judiciales que vigilaban y regulaban las conductas transgresoras de la sociedad, los propios curas que, si bien utilizaban el confesionario como herramienta de persuasión para moderar a nivel conciencia los comportamientos, cuando las reconvenciones verbales resultaban insuficientes, recurrían a los agentes civiles, no solo como auxiliares por falta de miembros en su juzgado, sino para que ellos mismos corrigiesen una conducta deshonesta en los feligreses, como se verá en el presente apartado.

Ahora bien, antes de entrar en materia, es preciso enfatizar que las prácticas sexuales ilícitas suscitadas en la ciudad, no se reducen a la cantidad de casos atendidos por la justicia laica y eclesiástica, ya que de manera indirecta salieron a la luz otros tantos que, aunque no fueron objeto de un auto judicial, o lo fueron pero se carece de la documentación correspondiente a su auto, se suman a las varias y comunes relaciones ilícitas que se tejían en la ciudad, mismas que dieron origen a una alta tasa de ilegitimidad que, como ya se abordó de manera puntual en el capítulo III, representó el 51% de los nacimientos que tuvieron lugar en Pátzcuaro durante el siglo XVII.

Ante este panorama, existen dudas que, a medida que la investigación fue avanzando, se han mantenido presentes, y es ¿por qué si el grado que alcanzó la práctica de la sexualidad ilícita en la ciudad fue tan elevado, como lo muestra su índice de ilegitimidad, los procesos judiciales que se tienen son tan escasos? ¿qué sucedía con la autoridad? ¿desconocía la situación que se vivía? ¿había de fondo un desinterés por estas causas? O acaso ¿se sentía rebasada por ellas? Estas y otras preguntas más, surgen

al observar con detenimiento los casos disponibles, y al contrastarlos con el alto índice de nacimientos de niños ilegítimos que hubo.

Sin embargo, la respuesta a estos cuestionamientos no podríamos localizarla únicamente en las atribuciones, jurisdicción y funcionamiento de los foros de justicia, por ello fue pertinente hacer un análisis aparte, extendiendo la pretensión a un espectro más amplio, hasta el imaginario social, donde las ideas de conducta permitida, pretendían dividir tajantemente lo privado y lo público. Así, con base en ello, resulta más acorde plantear las interrogantes, no solo desde el ejercicio de la sexualidad como un asunto de incumbencia judicial, sino desde las condiciones que rodearon su práctica, ya que en ellas se encuentra el motivo que les dio un rango punible.

Con frecuencia, al hablar de la sexualidad en el periodo colonial, referimos como una desviación y pecado a toda aquella ejercida sin haber sido bendecida previamente bajo el sacramento matrimonial, identificándola como un comportamiento ilícito sancionable; sin embargo, aunque, en efecto, toda conducta sexual al margen del matrimonio era considerada ilícita, no necesariamente adquiría el rango de delictiva, de modo que no era forzosamente juzgada judicialmente. No toda sexualidad ilícita ejercida, conllevó la formación de un auto criminal, en la mayoría de los casos solo ameritó alguna reprehensión y penitencia impuesta en el confesionario; eso, siempre y cuando terminase ventilada en él.

Un aspecto específico era el que la convertía en un delito, y era el que su práctica fuese pública y notoria. Al ser un hecho conocido, se suponía escandaloso, de manera que causaba alteración del orden, y con ello alcanzaba el grado de delito.[859] Como se analizó en el Capítulo III, el "elástico" honor sexual en Pátzcuaro, adquirió un carácter social relevante, o preocupante dependiendo el caso, cuando traspasó el ámbito privado y alcanzó una escala pública, en materia judicial pasó lo mismo, la

[859] PÉREZ ÁLVAREZ, "Curas y amancebadas", p. 6.

publicidad de su práctica, al haberse efectuado al margen del enlace matrimonial, fue la que definió su rango delictivo.

Lo "público" fue lo que convirtió su carácter pecaminoso en uno delictivo, pues ya no era solo un asunto de conciencia individual, sino un comportamiento que afectaba el orden y la moral de la ciudad. Las relaciones sexo afectivas, por ilícitas que fueran, cuando se llevaban a cabo en un ambiente íntimo y secreto, sin causar sospechas, pasaron desapercibidas para la justicia, y no siempre por desconocimiento de ellas, sino más bien por omisión; al no ser de fama común no se consideraban escandalosas, ni alteradoras del orden público, de manera que no ameritaban ser sancionadas, y eran más bien omitidas; para la autoridad este tipo de comportamientos convenía más mantenerlos ocultos bajo la fachada de su "desconocimiento".

La alusión a la publicidad de los actos ha sido una constante a lo largo de la investigación, y no es para menos, tanto el honor, la moral y la justicia generalmente se guiaban bajo ese eje rector. Este común denominador que los vincula y define en gran medida lo lícito y lo prohibido, es además el parteaguas de lo que era sancionado judicialmente y lo que no. Las manifestaciones de la sexualidad solo eran castigadas por la justicia cuando se convertían en tema de conocimiento público, lo que me ha conducido a plantear que la autoridad judicial, mediante sus agentes civiles y eclesiásticos, más allá de pretender normar y condenar los comportamientos que no correspondían al orden moral de la sexualidad que la religión católica demarcaba, lo que perseguía y castigaba era la osadía de exhibirlos abiertamente; en otras palabras, la "desvergüenza" con la que eran cometidos.

En su momento se habló de como varios teólogos y moralistas de la época, coincidían en que la honestidad era una cualidad difícil de conseguir, de modo que podía ser reemplazada por la vergüenza, para que al menos el secreto salvara la honra. Ante conductas consideradas inmorales, la discreción y el disimulo fueron elementos primordiales de la sociedad virreinal, y en Pátzcuaro no fue distinto, los escasos casos procesados a causa de relaciones ilícitas, en contraste con el alto índice

de ilegitimidad que hubo a lo largo del siglo, son muestra de cómo el secreto en efecto podía salvar la honra, librar a los involucrados en relaciones clandestinas de un proceso criminal, y mantener simbólicamente una imagen de moralidad en la ciudad, producto más del disimulo a conveniencia que de comportamientos rectos.

Tanto la Iglesia como la justicia intentaban controlar moralmente a los individuos, bajo una "dimensión pasional del secreto",[860] es decir, desde la conciencia de un deseo, placer y conducta que existe, pero que no debe ser mostrada, antes bien, debe ocultarse a toda costa. Las palabras de fray Antonio de Guevara respecto a que era preferible que las personas, sobre todo las mujeres, fuesen secretamente deshonestas y no públicamente desvergonzadas,[861] reafirman la idea. En el imaginario colectivo de la sociedad, podía carecerse de moderación, pero no de vergüenza; situación que coloca a esta "virtud", como primordial en el ser humano. Por eso cuando ni ésta, como último recurso, se poseía, y, por el contrario, se exhibía públicamente su carencia, el castigo no podía hacerse esperar.

Cuando las prácticas sexuales no cruzaban el espacio privado, la transgresión no pasaba de ser un pecado de fragilidad que, como culpa espiritual, solo afectaba la conciencia de quien lo efectuaba. El pecado podía ser liberado al desahogarlo en el confesionario, y asimismo perdonado al recibir la absolución, sin necesariamente traer consecuencias judiciales a su cometedor, a diferencia de lo que ocurría con el delito. Por eso, la sexualidad ilícita, a pesar de ser una condición pecaminosa y desaprobada por las autoridades, no siempre conllevo la formación de un auto criminal, ni la imposición de un castigo; al contrario, dependiendo la situación en la que se desarrollase y su persistencia, fue tolerada e incluso reconocida como parte de la fragilidad del género humano.

Así los pecados de fragilidad podían ser pasados por alto, pero había una diferencia entre el cometimiento de alguna "torpeza" y la persistencia en una relación prohibida, que además era mostrada públicamente; el atrevimiento de exhibirse no

[860] GRANA, "Historia y discurso. La construcción discursiva del amancebamiento", p. 1046.
[861] DE GUEVARA, *Epístolas familiares y escogidas,* p. 196.

admitía tolerancia. Por eso, la conclusión de que, ante los foros de justicia, no era la relación o amistad ilícita en sí la que se perseguía, sino la ausencia de vergüenza, de decoro y de discreción en la conducta de la pareja que la conformaba, surge como explicación.

No era el acto en sí el que era reprobable, sino la forma de llevarlo a cabo; Santo Tomás de Aquino fue claro en este sentido al mencionar que, el acto externo de la fornicación o del adulterio no era pecado mortal por la sola razón de la delectación o satisfacción que se obtenía de él, puesto que también se daba en el acto matrimonial, sino más bien debido al desorden surgido de dicho acto.[862]

Es así que, el escándalo y el desorden suscitado de las prácticas sexuales prenupciales y extramatrimoniales que se tornaban públicas, reflejaban el rompimiento del velo de la vergüenza, lo que ameritó sanción, a fin de restaurar el orden vulnerando. De no haber sido así, al ser del conocimiento de la justicia, aun y cuando no generase sospecha en los vecinos, toda amistad ilícita por discreta que fuese, hubiera sido juzgada judicialmente, pero no sucedió de ese modo, algunas solo fueron objeto de una llamada de atención, pero ni siquiera hubo un seguimiento o vigilancia para corroborar que en efecto la relación hubiese terminado.

Para ilustrar lo dicho está el caso de Joseph de los Reyes y Dorotea de Secadura, que a pesar de haber sido descubiertos por el teniente de alguacil mayor, éste no los llevó ante el justicia mayor, simplemente los reprendió allí mismo y les ordenó terminar la ilícita amistad, pero no hubo una querella criminal a causa de su amancebamiento.[863]

Con ello se reafirma que la sexualidad ilícita por sí sola no era el problema, el inconveniente estaba en que su práctica, al ser notoria, causaba escándalo y mal ejemplo entre los vecinos espectadores, quienes, según la justicia, al ser testigos del pecado público, estaban propensos a imitarlo; su publicidad incitaba a otros a

[862] DE AQUINO, *Suma teológica, tomo II, cuestión 74, artículo 8,* p. 591.
[863] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 18-A, exp. 3, ff. 738-777v. "Causa criminal contra Joseph de Figueroa por reincidir en amancebamiento", Pátzcuaro, 21 de enero de 1701.

practicarla.[864] Para evitar que eso ocurriera, era necesario hacer del conocimiento público las consecuencias que podría traerles el actuar con indiscreción. En Pátzcuaro, el llamado a respetar la norma moral se dio a través de dos vías principales, la persuasiva, a través de la advertencia teórica o simbólica, y la de hecho, a través de la imposición de castigo, herramientas que, aunque con sus diferencias y particularidades, fueron utilizadas por los tres juzgados que representaban la justicia en dicha ciudad.

5.2.1. La postura de los foros de justicia ante la sexualidad ilícita.

La actitud de los agentes judiciales ante las faltas a la moral sexual fue compartida, sin embargo, los métodos utilizados para prevenirlas, descubrirlas y ponerles remedio, no necesariamente fueron iguales. La personalidad del juez eclesiástico y del comisario inquisitorial básicamente se concentraron en la misma persona, el cura de la ciudad, lo que permitió que éstos pusieran en práctica sus dotes persuasivos con los feligreses, a través de los sermones en las misas, pero también de una forma más directa, interactuando con ellos a un nivel más personal, mediante el confesionario; instrumento que, además de servir para profundizar y reforzar la enseñanza religiosa, era utilizado para vigilar y controlar la conducta moral de la sociedad en su conjunto.[865]

Para la feligresía, en cambio, era un medio a través del cual podían reconocer sus fallas y a su vez obtener el consuelo de su conciencia, amparados y confiados en el secreto que el sacramento de reconciliación otorgaba. Los pecados mortales y veniales cometidos eran ventilados en éste, correlacionando los diez mandamientos, los siete pecados capitales y los cinco sentidos, como la confesión lo exigía.[866]

Entre ellos iban los de fragilidad, cuya común y frecuente práctica en la ciudad, despertó el interés o quizá preocupación, no solo en los curas parroquiales, sino en el resto de los religiosos que habitaban los conventos y que también fungían como

[864] TRASLOSHEROS, "Los indios, el derecho canónico y la justicia eclesiástica", p.17.
[865] GARCÍA HERNÁNDEZ, "La confesión en el tercer concilio mexicano", p. 223.
[866] MARTIARENA, "Confesión culpa y resistencia", p. 107.

confesores. Algunos de ellos fueron los frailes jesuitas Francisco David, Diego de Estrada, Francisco de Figueroa y Pedro Martínez, quienes, debido a lo común de esos pecados, decidieron conducirse de manera diferente, desviando el orden de confesión, a fin de remediar su continuo cometimiento.

Las preguntas respecto al sexto mandamiento eran específicas, como la guía de confesores novohispanos lo aconsejaba, por ello iban desde preguntar, en el caso de las mujeres, si se palpaban ellas mismas, si cometían el pecado con varón o si había sido contra *natura*[867] con otra, y cuantas veces, hasta inquirir, en caso de estar casadas, qué tan seguido era el ayuntamiento con su marido y si lo hacía debidamente para generación de la prole.[868] Sin embargo, para estos frailes patzcuarences, ya no era suficiente la sola admisión del pecado y sus características, además pedían a los penitentes revelar la identidad del cómplice con quien lo habían cometido; no les interesaba la transgresión por sí sola, sino la identidad del responsable que consciente y deliberadamente transgredía.

A algunas mujeres incluso les pidieron decir quiénes eran ellas, como se llamaban y donde vivían, como fue el caso de una joven llamada María Bedolla, aunque ella se negó a decirlo, pues sabía que no estaba obligada más que a decir su estado y el de su cómplice.[869] En este sentido, la individualización del pecado, bajo la voluntaria conducta de efectuarlo, surge, como lo señala Clavero, como principio imputable y condenable del sistema incriminatorio.[870]

Otra mujer de nombre Josepha, también se opuso a nombrar a aquel con quien había cometido el pecado de fragilidad, situación que hizo que el fraile jesuita con quien se confesó, se negara a absolverla; aun y cuando esa actitud por parte del

[867] Entendido el pecado contra *natura*, bajo una amplia variedad de manifestaciones, no solo se encontraba en la sodomía y en la bestialidad, también en las posiciones sexuales consideradas no naturales, en la masturbación, el coito interrumpido, y otras modalidades más. CLAVERO, "Delito y pecado. Noción y escala de las transgresiones", p. 75-80.
[868] MOLINA, *Confesionario mayor en la lengua*, ff. 32-35v.
[869] AGN, inquisición, caja 5097, exp. 010, f. 3v. "Fragmento de las declaraciones de varias personas ante el Tribunal del Santo Oficio sobre el comportamiento del padre Diego de Estrada de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1694.
[870] CLAVERO, "Delito y pecado. Noción y escala de las transgresiones", pp. 62-63.

religioso era inadmisible, ya que negarse a absolver un pecado era, en palabras del fraile Motolinía, un "acto de impiedad inaudito",[871] fue replicada por otros tres clérigos de la Compañía, quienes, por la misma razón, es decir, por negarse a revelar sus datos y los de su cómplice, tampoco quisieron absolverla.[872]

La búsqueda de perdón, como remedio a una conciencia que reconoce sus errores y busca rectificar, era lo esperado al confesarse, ya que la penitencia no solo significaba dolor y vergüenza, también consuelo, ilusión, seguridad y confianza.[873] Cuando no se obtenía, la penitente se quedaba solo con el dolor de la culpa, por eso la situación causaba gran aflicción en Josepha; pero exponer al otro pecador le resultaba una pesadumbre aún mayor. Y no era para menos, ya que no solo su comportamiento quedaba al descubierto, sino también con quién mantenían la relación, lo que podría acarrearle más desventajas que alivio, pues no solo tendría una amonestación, sino seguramente la prohibición de proseguir, y con ello, quizá también el riesgo de terminar expuesta.

Había una evidente desconfianza a que el secreto de confesión efectivamente fuese guardado celosamente, por eso se negaban a revelar más datos. El temor estaba justificado, ya que no todos los confesores de Pátzcuaro asumieron el compromiso de mantener confidencialmente el secreto. Pero hubo otras mujeres que sí accedieron a dar toda la información que los confesores les solicitaban; una mujer, cuyo nombre se desconoce, le dijo en confesión al padre Francisco David sobre el mal estado en el que se encontraba con un hombre, al que el cura le pidió nombrar, y al revelárselo, éste le envió un papel al susodicho, diciéndole que dejara de estar en pecado con dicha mujer y se casara con ella.[874]

[871] LIRA, "Dimensión jurídica de la conciencia", p. 1148.
[872] AGN, inquisición, caja 5385, exp. 061, f. 2v. "Fragmento de un interrogatorio del Santo Oficio sobre administración de sacramentos con prácticas contrarias a la costumbre", Pátzcuaro, 5 de noviembre de 1694.
[873] ROSELLÓ SOBERÓN, *Así en la tierra como en el cielo,* p. 132.
[874] AGN, inquisición, caja 5097, exp. 010, ff. 3-3v. "Fragmento de las declaraciones de varias personas ante el Tribunal del Santo Oficio sobre el comportamiento del padre Diego de Estrada de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1694.

Catalina de Figueroa fue otra que confesó, esta vez al padre Diego de Estrada, sobre la ilícita amistad que sostenía con un hombre religioso, lo que causó aún más sobresalto en el cura, quien insistentemente le instó a revelarle su nombre, como en efecto lo hizo; aunque Catalina mencionó no saber si el padre se lo contó a alguien más, sospechaba que así había sido, pues supo que la justicia estaba haciendo diligencias y poniéndole espías para descubrirla y apresarla.[875]

Los actos de conciencia alcanzaban una dimensión y consistencia jurídica, cuando los hechos eran repetidos, pues sus efectos perniciosos debían controlarse;[876] la concepción del pecado como un mal evidente, hicieron que el confesor sintiera la obligación de remediar la situación, más aun tratándose de un comportamiento continuo, que pese a ser reprendido, no era corregido voluntariamente.

La mulata Gertrudis también reveló en confesión a dicho fraile el trato ilícito que tenía con un mozo llamado Lázaro, pues el padre Diego de Estrada se lo contó a su ama doña Josepha Sagredo cuando ésta fue a confesarse con él, lo que le trajo a Gertrudis la amonestación por parte del alcalde ordinario, advirtiéndole que si no dejaba de ver a Lázaro sería azotada por las calles.[877] Es probable que Gertrudis, apremiada por el confesor, haya dicho el nombre de su cómplice, pues de no haberse enterado mediante el confesionario, él mismo podría haber ido a denunciarlos, pero, por el contrario, puso al tanto a doña Josepha del "mal estado" en el que los susodichos estaban, y le pidió que cuando los viese juntos le avisara, para él llamar al alcalde y poner remedio.

La continuación o reincidencia en el pecado, evidenciaba un ausente sentimiento de culpa que, como resultado de la conciencia del error cometido, llevaría

[875] AGN, inquisición, caja 5097, exp. 010, f. 7. "Fragmento de las declaraciones de varias personas ante el Tribunal del Santo Oficio sobre el comportamiento del padre Diego de Estrada de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1694.
[876] LIRA, "Dimensión jurídica de la conciencia", p. 1158.
[877] AGN, inquisición, caja 1038, exp. 006, ff. 1v-2. "Testificaciones de Inés Covarrubias y Josepha Sagredo ante el comisario del Santo Oficio Miguel de Molina para denunciar la conducta de algunos religiosos de la Orden de San Francisco", Pátzcuaro, 10 de noviembre de 1699.

al arrepentimiento. Si no había algo de qué sentirse culpable, no había arrepentimiento, ni tampoco temor, por lo tanto, tampoco la intención de no volver a caer en la tentación. Cuando los sentimientos de culpa o de vergüenza, no eran suficientes para enmendar la conducta, la intervención del brazo judicial resultaba necesario; si no sentían temor de la justicia divina, al menos debían sentirlo por la terrenal.

Los casos citados, son un claro ejemplo de que el confesionario servía para enterarse de la conducta de la gente, de cómo se relacionaban y con quién, pero, sobre todo, de la postura de algunos religiosos ante la sexualidad ilícita. Aunque en el caso de estos frailes jesuitas, ninguno de ellos cumplía un ministerio de justicia, no por eso se mantenían al margen de la vigilancia y regulación de las faltas hechas a la moral; por el contrario, actuaban en calidad de consejeros, reconviniéndolos a remediar su situación a través del matrimonio, o de informantes, procediendo a través de otras personas, a fin de corregir el pecado en el que se encontraban sus feligreses.

Las conductas contrarias a la moral sexual eran ventiladas en el confesionario, de modo que los curas conocían la vida privada de las penitentes y de las reincidencias que éstas tenían en el mismo pecado; pero tenía un mayor alcance, pues incluso con la confesión de uno, podían enterarse del comportamiento de otro. La práctica confesional, sustentada en un minucioso examen de conciencia, tenía como finalidad el arrepentimiento individual del penitente,[878] pero a veces pasaba que con ella también se revelaban los pecados ajenos.

Como cura, el confesor tenía encomendada la función de guiar espiritualmente a su feligresía, amonestando a aquel que tuviese una conducta inapropiada, exhortándolo a corregir sus delitos, y solo en el caso en el que hubiera una renuencia a enmendarse, podía proceder y formar una causa para que fuese castigado.[879] Cuando se reincidía en el pecado, algunos curas pasaban por alto el secreto de confesión al que estaban obligados.

[878] MARTIARENA, "Confesión culpa y resistencia", p. 107.
[879] *Concilio III Provincial*, libro tres, título II, p. 135.

Valiéndose de lo confidencia del sacramento de la penitencia, lograban enterarse de los comportamientos deshonestos; así, a través de la penetración en la conciencia individual, estos curas pretendían reprimir de manera más eficaz las conductas desordenadas de sus feligreses. Al no tener resultados con la amonestación simple, actuaban a través de los funcionarios de justicia.

Aunque, se suponía que, por ser agentes de concordia, ejercían una labor de mediación, para evitar que un conflicto llegase a los juzgados,[880] no todos los curas cumplieron esa función, al contrario, ellos mismos buscaron la forma de que el conflicto llegase al juzgado. Cuando las amonestaciones espirituales se tornaban decepcionantes, la utilización del confesionario, o mejor dicho de las confesiones, trascendían la privacidad del sigilo, llegando a ser ventiladas a la justicia; con ello la confesión pasaba de ser un asunto de la conciencia a uno del derecho común, y la revelación se convertía en instrumento público;[881] entonces se podía proceder judicialmente.

La buena relación entre algunos clérigos y la Real Justicia, resultó favorable a la luz de tal encomienda. El padre Diego de Estrada y Juan de Burgos, alcalde ordinario de la ciudad, tenían una estrecha comunicación, más de 27 testigos así lo evidenciaron;[882] de modo que, cuando la amonestación privada no tenía resultados, recurría a Burgos para que éste procediera. El alcalde estaba presto a trabajar con el cura, pues compartía con él el interés por vigilar y sancionar los pecados públicos que tenían lugar en Pátzcuaro; algunos lo consideraban tan escrupuloso, que decían rayaba en el exceso en la realización de sus diligencias, "haciendo públicos pecados que antes estaban ocultos".[883]

[880] AYARZA MONTERO, *El clero rural secular en la España del siglo XVIII,* p. 22.
[881] LIRA, "Dimensión jurídica de la conciencia", p. 1147.
[882] AGN, inquisición, caja 5097, exp. 010, ff. 1-12v. "Fragmento de las declaraciones de varias personas ante el Santo Oficio sobre el comportamiento del padre Diego de Estrada de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1694.
[883] AGN, inquisición, caja 5097, exp. 010, f. 2v. "Fragmento de las declaraciones de varias personas ante el Tribunal del Santo Oficio sobre el comportamiento del padre Diego de Estrada de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 6 de noviembre de 1694.

Al parecer, con el transcurso del tiempo y a medida que el número de niños ilegítimos aumentaba, la relajación de costumbres era ya imposible de ocultar, de modo que estos frailes posiblemente consideraron que era necesario evidenciarlo, y como la condición para proceder judicialmente, era que los pecados se hicieran públicos, como el mismo *Concilio III* lo señalaba,[884] ellos mismos se encargaron de darlos a conocer; quizá no actuaban abiertamente, pero sí utilizaban algunas estrategias para lograr su cometido, valiéndose sobre todo de la complicidad con la justicia, y en ocasiones, incluso a través del mismo sacramento de la reconciliación, enterando en el confesionario a algún allegado de la pareja, para que sabiendo de la relación ilícita, tomase cartas en el asunto.[885]

Por eso había un especial interés en averiguar quiénes eran las confesantes y sus cómplices. Aunque se aconsejaba discreción al preguntar, decir y sentenciar, esa no fue la actitud del común de los confesores. En España, hasta finales del siglo XVIII, resalta el deseo de conocer hasta el más mínimo detalles de las circunstancias en las que tenían lugar los pecados confesados, lo que según Gérard Dufour, hizo caer a más de uno en un "auténtico voyerismo mental".[886] Referencia que, si la comparamos con la especificidad de las preguntas tocantes al sexto mandamiento en Nueva España, tiene mucho sentido.

Pero, en Pátzcuaro el proceder inquisitivo de los confesores no pasó desapercibido, terminó causando molestia, pues se volvió de conocimiento público que ciertos religiosos jesuitas "pedían en la confesión los cómplices de la culpa del sexto [mandamiento]".[887] Esta situación resultó en su denuncia ante el comisario del Santo Oficio y en un proceso inquisitorial en su contra, debido a su conducta poco ortodoxa.

[884] *Concilio III Provincial*, libro tercero, título II, p. 135.
[885] AGN, inquisición, caja 1038, exp. 006, ff. 1v-2. "Testificaciones de Inés Covarrubias y Josepha Sagredo ante el comisario del Santo Oficio Miguel de Molina para denunciar la conducta de algunos religiosos", Pátzcuaro, 10 de noviembre de 1699.
[886] DUFOUR, *Clero y sexto mandamiento,* p. 69.
[887] AGN, inquisición, caja 5385, exp. 061, f. 2v. "Fragmento de un interrogatorio del Santo Oficio sobre administración de sacramentos con prácticas contrarias a la costumbre", Pátzcuaro, 5 de noviembre de 1694; vol. 759, exp. 5, 3 fs. "Fijación de San Benito y rótulo a fray Francisco David, relajado en estatua, expulso de la Compañía de Jesús", Pátzcuaro, 5 de noviembre de 1715.

No solo se conducían a sí en materia de confesión, sino en otras prácticas más, las cuales eran consideradas inaceptables por los miembros del clero, lo que llevó a algunos de ellos a ser penitenciados por la inquisición.[888]

Pedir la identidad del confesante y de su cómplice, negarse a dar la absolución por no acceder a ello, así como vulnerar el secreto de confesión, eran conductas inaceptables, sin embargo, pese a lo impropio y reprochable de la estrategia utilizada para descubrir las relaciones ilícitas, su eficacia resultó innegable. Aunque la discreción era una cualidad elogiada, para estos frailes no era así, por eso en su afán por remediar los pecados de sexualidad, terminaron siendo ellos mismos quienes los hicieron públicos, y por lo tanto sancionables judicialmente.

Ahora bien, como señalaba, los métodos que siguieron los foros de justicia para descubrir las ilícitas amistades no fueron los mismos, pero algunos recursos utilizados para advertir sobre su prohibición, si tuvieron similitud. Para procurar el orden y recordarle a la comunidad, de manera general, la forma en que debía comportarse públicamente, era necesario poner de manifiesto las acciones que no debían cometerse, y en la forma de hacerlo coincidieron los foros judiciales, que vieron en la publicación de disposiciones específicas, a través de bandos y de edictos generales, la manera de persuadir, y asimismo advertir la sanción a la que sería acreedor todo aquel que causara desorden. Como bien señala Stuart Schwartz, la campaña contra la sexualidad ilícita, en lo esencial era ideológica, de modo que se dirigió contra los pensamientos antes que contra los actos.[889]

Ambas publicaciones cumplían una función principal, dar a conocer a la sociedad entera las determinaciones a seguir, de modo que su difusión debía ser amplia, por eso se daban a conocer de forma impresa, colocándolos en la entrada de la iglesia y en las casas reales; pero también de manera oral, teniendo un alcance mayor.

[888] AGN, inquisición, caja 5385, exp. 061, 2 f. "Varios interrogatorios realizados por el comisario del Santo Oficio y juez eclesiástico del partido de Acámbaro Juan Ruíz Ferrer, respecto a la conducta del padre Francisco David de la Compañía de Jesús en Pátzcuaro", Pátzcuaro, 5 de noviembre de 1694.
[889] SCHWARTZ, "Pecar en las colonias. Mentalidades populares", p. 56.

En Pátzcuaro los edictos eran pregonados en las calles y plazas públicas, con intervención de la Real Justicia, posteriormente, dos días después eran publicados en la misa mayor, a la cual debían asistir todos los habitantes para ganar indulgencia por ochenta días, como lo refiere el edicto de visita realizado en 1644, proclamado en la ciudad.[890]

En cuanto al bando público, éste también era anunciado a través del pregonero, por lo regular un indio o negro ladino en lengua castellana, quien en altas voces hacía la proclama en las plazas públicas. El bando tenía un gran alcance social, ya que, por ser de carácter local, se ajustaba a la realidad propia de la ciudad, tomando en cuenta que éstos surgían debido a las necesidades que había y a la resolución de problemáticas específicas, para mantener la tranquilidad común del lugar en cuestión.[891] Al igual que los bandos, se pretendía que los edictos fuesen asimilados por el común de la gente, y en efecto, su alcance era amplio, pues antes de que concluyera el tiempo asignado por éstos para, mediante la denuncia, acudir a descargar la conciencia, hubo varias efectuadas a la luz de éstos.

Las acusaciones no se reducían únicamente a personas de la ciudad y pueblos aledaños, pues como el llamado era general, para que se denunciara cualquier falta de la que se tuviera noticia, incluso se delataba a gente originaria y residente de otras latitudes, que no necesariamente pertenecían a la jurisdicción de Pátzcuaro.[892] La difusión oral permitía que las normas fueran conocidas por todos,[893] con lo cual se cumplía con la finalidad de su divulgación, que era el que nadie pudiese alegar ignorancia.

[890] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, matrimonios, 1596-1697. "Auto general de visita del ilustrísimo y reverendísimo Sr. don fray Marcos Ramírez de Prado, Obispo de Michoacán", 1 de mayo de 1644. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9G-87?i=53&cc=1883388 [consultado el 7 de enero de 2024].
[891] AGÜERO, "Derecho local y localización del Derecho", pp. 95-110.
[892] AGN, inquisición, vol. 421, exp. 21, ff. 506-510. "Denuncia de Nicolás Viana contra Diego Suárez vecino de la villa de Colima por bígamo", Pátzcuaro, 25 de mayo de 1644.
[893] HESPANHA, "Sabios y rústicos", p. 45.

Pero, aunque el alcance de los bandos y los edictos cumplía el objetivo de llegar a la población, con frecuencia la exhortación que estas vías persuasivas sustentaban, respecto a cumplir con las normas, era desoída e ignorada, dando paso al castigo, que además de escarmiento, servía también como advertencia sobre lo que les podía suceder a los demás miembros de la sociedad, si dejaban el recato y la discreción a un lado. Así, aunque las instancias judiciales compartían algunos métodos de persuasión, y la forma de proceder en algunos aspectos fue similar, como ya se adelantaba, también constó de particularidades propias y específicas, sobre todo cuando de castigar, remediar y restituir el orden y la moral públicos se trató.

Dada la existencia de un contrato tácito, surgido del pacto entre las figuras concentradoras de poder, Dios o el Rey, y el común de las personas, donde la figura de poder, mediante sus autoridades, se compromete a cuidar y procurar justicia, mientras que por su parte la sociedad, en reciprocidad, acepta tener un adecuado comportamiento y ser obediente, la violación de su cumplimiento rompe el pacto, en detrimento de la sociedad, lo cual afecta el bien común, que solo podrá restituirse mediante la reconciliación.

Ya fuese a través de la expiación espiritual o en la aplicación de un castigo corporal, la reparación de la transgresión cometida, a través de la imposición de una pena, era vista como una condición implícita en dicho pacto, ya que en éste, el individuo además de aceptar de una vez para siempre las leyes que rigen la sociedad, también consiente el hecho de que pueda ser castigado si las infringe.[894] Por eso, como explica Tomás y Valiente, ante la aplicación de castigo, por severo que éste fuera, la gente aceptaba el sufrimiento, ya que consideraba que así debía ser.[895]

El orden social estaba implantado dentro de una forma de gobierno inscrito en la creencia general del bienestar y felicidad a través de la vida en policía,[896] pero cuando las normas eran conocidas, pero igualmente ignoradas, se daba paso a la

[894] ROUSSEAU, *El contrato social.*
[895] TOMÁS Y VALIENTE, "Delincuentes y pecadores", p. 17.
[896] MONTOYA GÓMEZ, *Amancebamientos y concubinatos. El discurso normativo,* p. 52.

formación de una causa contra aquel que las hubiese transgredido, a fin de restaurar el orden público vulnerado con su conducta, y de hacer visible la aplicación de justicia, a través de la sanción. Si la falta cometida además había sido efectuada públicamente, el castigo asignado también ameritaba ser público, para que la sociedad, así como fue testigo de la falta cometida también lo fuera de la aplicación de justicia; cuestión que conduce a la otra función del castigo, la ejemplaridad.

El advertir sobre lo que podía ocurrir al atentar contra las normas, puede observarse en los espacios en los que se efectuaban los castigos; la plaza mayor y las calles de la ciudad fueron los sitios en los cuales se veía cumplido el escarmiento. Se utilizaba el espacio público para que, a través del dolor físico y emocional del castigado, el resto de la sociedad pudiese ver lo que le esperaba a todo aquel que infringía las normas. La "pedagogía del miedo" era imprescindible como herramienta de gobierno,[897] y para mayor utilidad, los castigos debían ser públicos, de lo contrario, podían generar sospecha de debilidad en el gobierno, o injusticia y atrocidad en las penas.[898]

Se buscaba además causar temor a través de los castigos aplicados, a fin de que, si por voluntad no acataban la norma, al menos por el miedo a ser castigados, o a quedar expuestos a la vergüenza pública, lo hicieran. La pastoral del miedo, que se popularizó en España, también lo hizo en el territorio novohispano, donde el peso de la responsabilidad individual, el miedo a errar irremediablemente y perder la vida eterna, se tradujeron en este universo de prácticas expiatorias, donde la culpa y la búsqueda del perdón para alcanzar la salvación fueron asuntos medulares;[899] sin embargo, la materialización del miedo no quedó allí, trascendió la esfera espiritual de la conciencia individual y se implantó en la sociedad, a través de los bandos y edictos, de los castigos públicos, de las denuncias, es decir, del quehacer judicial de vigilancia y castigo.

[897] FERNÁNDEZ, *La defensa de la sociedad*, p. 20.
[898] LARDIZÁBAL Y URIBE, *Discurso sobre las penas*, pp. 51-52.
[899] ROSELLÓ SOBERÓN, *Así en la tierra como en el cielo*, p. 135.

5.2.2. El funcionamiento judicial.

Para que la pedagogía del miedo funcionase y los individuos sintieran verdadero temor, debía haber trasparencia entre el castigo y el crimen que se sancionaba, como lo señala Foucault, ya que solo así, el signo del delito castigado, permanecería en quien lo contemplase, y cuando éste pensara en el crimen, la sola idea del acto punible, traería a él la imagen del correctivo.[900] El recuerdo de un dolor sufrido por sí mismo o por otra persona, podía impedir la recaída en la transgresión, previniendo "el contagio de un crimen";[901] a través del miedo de pasar una situación similar, se pretendían controlar las conductas. Así, la justicia ejerció dos maneras, efectuadas de manera pública, de mantener el orden, una mediante la proclama de prohibiciones, y la otra mediante la aplicación de sanciones que sirvieran de escarmiento tanto al receptor de ellas como a los espectadores; con unas se trataba de mantener el orden, con las otras de restituir la paz y tranquilidad vulneradas.

Pero, antes de adentrarnos en las penas aplicadas a los infractores, es importante enfocarnos en cómo se descubría la transgresión en la ciudad y cómo llegaba al conocimiento de la justicia, pues ambos antecedían la formación de la causa. En Pátzcuaro hubo diferentes maneras, aunque la modalidad más común fue la que tuvo lugar a través de la denuncia. A pesar de pretender mantener en el espacio íntimo las relaciones amorosas, lo cierto es que de una u otra forma terminaban siendo de dominio público.

Las denuncias ante la real justicia a veces se hacían por los afectados indirectos; los dueños de la morada donde se desenvolvían las relaciones clandestinas, acudían a denunciar el "quebrantamiento de su casa", o el estupro del que había sido objeto su hija o su protegida. En el foro eclesiástico, además de las acusaciones hechas por terceros, también sucedía que las mismas chicas involucradas en una relación de ese tipo, acudían a denunciar al hombre en cuestión, argumentando el haber sido engañadas, granjeándose su confianza y obteniendo beneficios sexuales, bajo promesa

[900] FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, p. 97.
[901] FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, p. 88.

de matrimonio. El acudir a una u otra instancia, cumplía la misma finalidad, que el hombre involucrado reparase el daño causado, ya fuese casándose con la joven, otorgando una compensación económica, o al menos recibiendo un severo castigo. Aunque, como se vio en el capítulo III, a veces lo único que obtenían era quedar expuestas y a merced del señalamiento social.

En los casos de adulterio fue distinto, pues los principales afectados, los maridos, no fueron quienes acudieron a delatar a sus cónyuges; por desconocimiento del hecho, por vergüenza, por considerarlo un asunto doméstico que, como tal, debía solucionarse en el espacio íntimo del hogar y no en los juzgados, o quizá por simple desinterés, el caso es que ellos no vieron en los foros de justicia un mediador para resolver sus problemas maritales.

La única condición que llevó a algunos maridos a denunciar, fue la huida de la esposa del hogar, solo ante una situación desesperada vieron en la autoridad una herramienta de ayuda necesaria. Ya lo veíamos en los casos de Matías García y Joseph Ramos, quienes acudieron a la real justicia para, mediante su intervención, encontrar a sus consortes Isabel de Orozco y María de la Cruz, y asimismo traerlas de regreso; asegurándoles con ello el castigo para ellas y para sus cómplices.[902]

Pero generalmente no eran los afectados directos los que denunciaban, por esa razón y porque el adulterio no era un delito que se seguía de oficio,[903] no se denunciaba directamente a la adúltera, sino a su cómplice, bajo la categoría de "amancebado con mujer casada" y como el amancebamiento comúnmente era juzgado por las autoridades civiles,[904] a diferencia del adulterio que por lo regular era tratado

[902] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 4, f. 1-4. "Querella de Matías García, mestizo, contra Francisco de Alcántara y Isabel Orozco, mestiza, por adulterio", Pátzcuaro, 23 de marzo de 1637; AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 15, exp. 2, f. 1. "Joseph Ramos perdona cualquier delito de adulterio hecho por María de la Cruz, su mujer", Pátzcuaro, 24 de diciembre de 1675.
[903] ESCRICHE, *Diccionario razonado de legislación civil*, p. 17.
[904] MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos*, p. 241.

por el juzgado eclesiástico, es posible que debido a ello, la identificación del delito antepusiera el tipo de relación que se tenía sobre la condición de los implicados.

Así, con frecuencia quienes denunciaban las amistades ilícitas eran los vecinos, ellos como testigos principales, por vivir cerca de los implicados, tenían conocimiento de las relaciones, de modo que sentían el deber de acudir a denunciar lo que molestaba y avergonzaba socialmente, en el entendido de que compartían un acuerdo tácito tendiente al sostenimiento del orden social.[905]

El cumplimiento de las normas implicaba preceptos morales, ya que el apego a la ley no se reducía únicamente a una conducta, que, de no ser permitida, con el ejercicio de una pena quedaría compurgada, sino que trascendía a la conciencia, convirtiéndose en un deber moral que debía ser efectuado;[906] y cuando se era testigo de la falta, con mayor razón. Una conducta ejercida con "poco temor de Dios" y en "menosprecio de la justicia" justificaba su denuncia, pues era un deber moral; por eso la alusión al "descargo de su conciencia" es una constante en las deposiciones del que acudía a denunciar.

Al momento de atestiguar, los declarantes fundaban su verdad a partir de la visibilidad y audibilidad. En Pátzcuaro hubo quienes aseguraban haber visto cuando la pareja acusada entraba en los aposentos y se encerraba, así como el tiempo que pasaban juntos. A partir de ello, daban por hecho la existencia de una relación; los horarios, la cantidad de tiempo y las actividades que compartían, la definían. Dependiendo la constancia de las visitas, sabían si se trataba de una relación ocasional o de un amancebamiento, todo dependía de a qué horas entraban y salían de la casa, de si comían juntos, si se quedaba a dormir, así como de la frecuencia con la que los encuentros sucedían. Los espacios abiertos de las casas, dejaban al descubierto las actividades que se llevaban a cabo.

[905] GRANA, "Historia y discurso. La construcción discursiva del amancebamiento", p. 1042.
[906] LIRA, "Dimensión jurídica de la conciencia", p. 1170-1171.

Aunque, no a todos les preocupaba lo que pasaba en la vida del otro, más allá de la curiosidad de estar al tanto de lo que pasaba en la casa de al lado, como quedó evidenciado en las mismas testificaciones, puesto que, en la mayoría de los casos, los declarantes referían saber de la situación desde hacía tiempo, pero aun así no tuvieron la intención de denunciarla. Algunos quizá acudían a delatar por cumplir con su deber moral, otros por quedar bien con la justicia, y otros más posiblemente por enemistad con los involucrados, lo que hizo que vieran en la denuncia una forma de venganza.

Independientemente de las razones que tuvieran para delatar, los informantes se dirigían a la justicia para ponerla al tanto de lo que ocurría; algunos, instados por los edictos de las visitas pastorales, optaban por presentarse ante el cura, él como juez eclesiástico y comisario inquisitorial, dependiendo la naturaleza del delito, sabría bajo que potestad proceder. Otros decidían interponer una denuncia ante la Real Justicia, ya fuese de manera formal a través de una querella, o mediante una alerta, enterando al alguacil mayor de la sospecha sobre una posible relación ilícita, dejando que él se encargase del resto.

Los rondines nocturnos realizados por el alguacil mayor de la Real Justicia, o por su teniente, fueron una forma que la justicia ordinaria utilizó para enterarse de los pecados públicos en la ciudad. Con frecuencia, al efectuar sus rondas de vigilancia, pasaba a los domicilios sospechosos y sorprendía a los involucrados en situaciones comprometedoras; como sucedió con los indios Francisco de Zinco y la mujer casada con la que se encontraba amancebado,[907] con el mestizo Joseph de Figueroa y la mulata esclava Tomasa de la Cruz,[908] asimismo con los indios Juan

[907] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, 1 f. "Denuncia de Gerónimo de Medina, teniente de alguacil mayor de Pátzcuaro contra Francisco Zinco por amancebado", Pátzcuaro, 4 de junio de 1627.
[908] CDMET, sección Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, siglo XVIII, rollo 10, caja 18-A, exp. 3, ff. 738-777v. "Causa criminal contra Joseph de Figueroa por reincidir en amancebamiento", Pátzcuaro, 21 de enero de 1701.

Tzitziqui y Catalina Guani,[909] Diego Carrión y Ana,[910] Joseph de los Reyes y Dorotea de Secadura,[911] todos ellos fueron "descubiertos" debido a uno de esos rondines nocturnos.

Las pesquisas, más que descubrimientos, eran corroboraciones del cometimiento de un delito del que ya se tenía conocimiento. Las casas que revisaban, aunque así parecía, no eran elegidas al azar, es evidente que acudía a ellas alertados por algún vecino u otro informante; ya veíamos el caso del jesuita Estrada que, sabiendo de una falta cometida, puso al tanto al alcalde ordinario, para que vigilase a la mujer en cuestión, y así en el momento oportuno, el alguacil pudiera pasar a su vivienda y "casualmente" sorprenderla con su cómplice.

Aunque no todos los amancebamientos descubiertos así, fueron objeto de aprehensión inminente, algunos solo fueron amonestados y reconvenidos a contraer matrimonio; tal fue el caso de Joseph los Reyes y Dorotea de Secadura, los cuales, a pesar de haber sido sorprendidos juntos, solo fueron increpados y advertidos en que debían casarse. No lo hicieron, y un año después, nuevamente la justicia los amonestó; al principio mintieron, diciendo que ya estaban casados, pero el alguacil no les creyó, de modo que los amenazó con llevarlos presos, ante ello, Joseph prometió legalizar su relación;[912] como en efecto lo pretendió, aunque sin resultado, por la denuncia de

[909] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10A, exp. 3, 1 f. "Denuncia de Martín de Gutiérrez teniente de alguacil mayor contra Juan Tzitziqui y Catalina Guani, indios por amancebados", Pátzcuaro, 17 de septiembre de 1638.
[910] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 12, exp. 3, 2 f. "Cabeza de proceso de oficio de la Real Justicia contra Diego Carrión por estar amancebado", Pátzcuaro, 7 de abril de 1649.
[911] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59, f. 17. "Petición de Joseph de los Reyes mulato libre vecino y natural de Pátzcuaro para contraer matrimonio con Dorotea de Secadura mulata libre.", Pátzcuaro, 19 de noviembre de 1687.
[912] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59. "Petición de Joseph de los Reyes mulato libre vecino y natural de Pátzcuaro para contraer matrimonio con Dorotea de Secadura mulata libre.", Pátzcuaro, 19 de noviembre de 1687, f. 17.

Teresa Gómez, a quien le había dado promesa de matrimonio antes que a Dorotea, como ya se vio.[913]

El español don Antonio de Pisa y Pareja, amancebado desde hacía tres años con la también española Leonor de Colonia, con quien además tenía dos hijas, se mantuvo en esa relación sin mayor inconveniente, hasta que la noticia llegó al juez provisor de Valladolid, donde fueron denunciados, el cual mando fuesen apresados y conducidos, por diferente camino, a dicha ciudad, para que ella fuese depositada en el convento de Santa Catarina de Siena, y él en la cárcel pública.[914] El Br. Joseph Méndez Pacheco cumplió con la encomienda apresándolos, pero no se sabe si en efecto fueron enviados a Valladolid, pues existe la probabilidad de que el asunto se haya resuelto ante el cura de Pátzcuaro, quizá se comprometieron a apartarse del pecado mediante el matrimonio, con tal de no enfrentar el castigo que les tenían reservado, pues dos meses después de la acusación hecha se casaron.[915]

Así, una vez más las nupcias surgieron como remedio al pecado público que significaba el amancebamiento, con ello se borraba todo estigma, el matrimonio los volvía honorables, por eso años después encontramos a don Antonio ostentando el cargo de Alférez y ejerciendo la labor de abogado de presos;[916] aunque en su caso, seguramente su posición debió ser imponente desde antes, por eso la denuncia se

[913] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59. "Petición de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 13 de octubre de 1687, f. 3.
[914] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 72, exp. 12, 2 f. "Proceso contra don Antonio de Pissa y Pareja vecino de la ciudad de México residente en la de Pátzcuaro por públicamente amancebado", Valladolid, 10 de enero de 1669.
[915] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1570-1950, matrimonios 1570-1950. "Casamiento de don Antonio de Pisa con doña Leonor Colonia de Velasco", 11 de marzo de 1669. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5R9R-23?i=131&cc=1883388 [consultado el 21 de noviembre de 2023].
[916] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 1, f. 8. "Criminal de oficio de la real justicia contra Mateo López mulato por querella de Gregoria López, asimismo su hija por haberla estuprado", Pátzcuaro, 19 de junio de 1685.

efectuó en Valladolid y no en Pátzcuaro donde eran residentes, y donde su forma de vida era conocida.

Era importante legitimar la unión, cuando se estaba en condiciones de hacerlo; por eso en los casos de amancebamiento, por lo regular, lo primero era la amonestación, acompañada de la reconvención a casarse; lo mismo ocurría ante una promesa de matrimonio, en cuyo caso, el compromiso verbal servía de justificación para tener relaciones sexuales, ya que al contraer esponsales se iniciaba una forma social de matrimonio, de modo que la cohabitación y la vida sexual formaban parte de éste. En ambos casos lo que se buscaba era la legalización de la relación, no necesariamente su término, de modo que la justicia daba la oportunidad de hacerlo, contrayendo matrimonio; pues con éste todo estigma anterior quedaba reparado.

Pero si se negaban, entonces se formaba una causa en su contra, misma que conllevaba su encarcelamiento inmediato, en el que se mantendría por lo menos el tiempo que durase el juicio. Así pasó con Joseph de Figueroa, que, por su negativa a contraer matrimonio con Nicolasa de la Cruz, estuvo dos años preso, tuvo que pagar una multa de 16 pesos, y como remedio final, puesto que reincidía en el delito, se determinó fuera vendido a un obraje; con ello el fin de la relación, según la Real Justicia, estaría asegurado.

En el caso de los hombres que se involucraban con mujeres casadas, como no podían legalizar su unión, la única resolución era deshacer la ilícita relación, pues se deseaba alejar a los involucrados de "tan abominable vicio, y [sacarlos] del riesgo en que se hallan sus almas".[917] Francisco Zinco y Francisco Morales tuvieron la misma sentencia, donde se les apercibía a no tener ningún tipo de trato ni comunicación, ni en secreto ni públicamente, con la mujer con quien estaban amancebados, so pena de ser juzgados con rigor.[918]

[917] *Concilio III Provincial*, libro quinto, título X, p. 247; GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, p. 63.
[918] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 9, exp. 12, f. 1. "Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Zinco por amancebado", Pátzcuaro, 4 de junio de 1627; exp. 12, f. 4.

A don Pedro Villegas, además se le decretó salir desterrado de la ciudad y no regresar a ella; mandato que debía cumplir a más tardar en 8 días, so pena de ser enviado a San Juan de Ulúa a servir en lo que se le ocupare.[919] Felipe de Tovar también fue condenado a destierro a dos leguas de la ciudad, pero por tiempo determinado de dos años, aunque se le advirtió que si lo desobedecía, los dos años los purgaría en las islas Filipinas.[920] Cuando se corría el riesgo de reincidencia, y por lo tanto de causar escándalo nuevamente, la Real Justicia, veía en el destierro el único medio eficiente para poner fin al amancebamiento.

Lo mismo ocurría cuando hombres casados se involucraban en relaciones extramatrimoniales; Juan Salcedo, Juan Rodríguez y Agustín Moreno también fueron condenados a dejar sus amancebamientos, salir desterrados de la ciudad de Pátzcuaro, y hacer vida maridable con sus esposas, como lo dictaban el III Concilio Mexicano y las Leyes de Indias.[921] Luego de un largo litigio por diversos crímenes que se le sumaban, el juez determinó que Agustín Moreno Nava "hiciera vida con su mujer como dios lo manda y la trate bien, sin hacerle agravio, ni maltratamientos de obra ni palabra, so pena de seis años de servicio en las galeras de su majestad en las islas filipinas".[922] Esto pese a haber estado en amistad ilícita con María Cárdenas y agredir brutalmente a su esposa Ana de la Cruz en varias ocasiones, pues mantener el vínculo matrimonial era prioritario, no importaba cuan infelices fuesen o el riesgo que corriera su vida, ya que aun y cuando hubiese un intento de homicidio de por medio, la justicia abogaba por darle otra oportunidad al matrimonio.

"Denuncia de Gerónimo de Medina contra Francisco Morales mestizo por amancebado", Pátzcuaro, 21 de junio de 1627.

[919] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 12, exp. 1, f. 1. "De oficio de la Real Justicia contra Don Pedro Villegas, vecino de la ciudad de México por estar amancebado con una mujer casada", Pátzcuaro, 26 de marzo de 1647.

[920] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, ff. 43-43v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698.

[921] *Recopilación de las leyes*, libro VII, título III, ley VII.

[922] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 8, exp. 4, f. 248. "De oficio de la Real Justicia contra Agustín Moreno Nava por varias causas", Pátzcuaro, 12 de julio de 1629.

Pero, como la justicia no siempre se aseguraba de que los destierros se cumplieran, comúnmente se hizo caso omiso a esas sentencias; Juan Rodríguez, tres años después de haber sido condenado a destierro, seguía en la ciudad y amancebado con la mulata.[923] Aunque también pasaba que, pese a una orden de destierro, se pudiese llegar a un arreglo fuera de los tribunales; Felipe de Tovar había sido condenado a salir desterrado de la ciudad, debido al problema que suscitó el que le hubiese prometido matrimonio a Úrsula Sánchez, y que además tuviese una ilícita amistad con Nicolasa de la Barrera, no obstante, es posible que, una vez concluido el pleito con Úrsula, se le haya permitido formalizar su relación con Nicolasa, por eso un mes después del conflicto legal contrajeron nupcias.[924] A final de cuentas el matrimonio era la principal pretensión para terminar con los amancebamientos. Aunque también está la opción de que haya permanecido en la ciudad y se haya casado sin que la justicia se enterase; no sería la primera vez que se desoía una orden de destierro. Cualquiera que haya sido la razón, el hecho es que Felipe permaneció en Pátzcuaro y legalizó su unión con Nicolasa.

La justicia eclesiástica siguió un conducto similar al de la autoridad laica, agregando alguna pena espiritual y una sanción económica a los infractores, la cual podía ser entregada a la demandante, o a fin de cubrir los costos de las diligencias, que no eran baratos. Involucrarse en líos legales resultaba costoso, al menos los generados en el juzgado eclesiástico sí lo eran. Un pleito por un doble incumplimiento de palabra matrimonial era caro, ya que cada trámite que involucraba el proceso tenía un precio.

Por ejemplo la petición inicial de la querella costaba 6 reales, la respuesta del acusado y el traslado de la información otros 6 reales, el auto de prueba y notificaciones de ello un peso, examen de los testigos 3 pesos, peticiones de tiempo,

[923] AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 9, ff. 13v-14v. "Conclusión del oficio de la Real Justicia contra Juan Rodríguez", Pátzcuaro, 20 de febrero de 1641.
[924] México, Michoacán, registros parroquiales de Pátzcuaro 1555-1996, matrimonios 1688-1802, "Casamiento de Felipe de Tovar y Nicolasa de la Barrera, españoles", 3 de marzo de 1699. https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:9392-5YJM-3?i=286&cc=1883388 [consultado el 24 de julio de 2023].

auto de conclusión y citaciones para sentencia 2 pesos y 4 reales, vista de autos, relación de ellos, conclusión y comisión con licencia matrimonial 10 pesos.[925] El costo total llegaba a ascender hasta más de 35 pesos de oro común,[926] ya que las testificaciones, traslado de información y de más autos, a veces requerían hacerse más de dos veces, lo que multiplicaba la cifra; misma que debía ser pagada por los tres involucrados, el demandado y las dos demandantes. Aunque la suma total no era una cifra a cubrir ineludiblemente, ya que ésta era fijada por el tribunal de Valladolid, al que estaba supeditado el juzgado de Pátzcuaro, pero se dejaba a consideración de su juez eclesiástico aplicar el monto total; sobre todo cuando se trataba de personas pobres.

En caso de adulterio, el acusado era sancionado con una cantidad alta, a Juan López el juez eclesiástico le impuso el pago de dos marcos de plata como castigo, debido al adulterio en el que se encontraba con Agustina Álvarez.[927] En el juzgado seglar no debió ser distinto, ya que algunos funcionarios abusaban de su posición, como ya se expresó en el capítulo anterior, donde don Juan de Solís y Alcázar, quien se desempeñó en diferentes cargos de justicia, llegando a ejercer de manera simultánea el de escribano público y el de teniente de alcalde mayor,[928] sobresale, al igual que Fernando Moreno.

[925] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 59. "Tasación de costos en la causa de Teresa Gómez mulata esclava de Inés Vargas, mujer que fue de Joseph de Molina, para que Joseph de los Reyes le cumpla la palabra de matrimonio", Pátzcuaro, 10 de diciembre de 1687, ff. 29v-30.

[926] Un peso de oro común equivalía a 8 tomines, o reales como mejor se les conocía. FLORESCANO,
Descripciones económicas generales, pp. 265-267.

[927] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 57, exp. 22. "Causa criminal eclesiástica que de oficio de la justicia eclesiástica se sigue contra Juan López y Agustina Álvarez por incurrir en el delito de adulterio", Tiripetío, 8 de noviembre de 1664, ff. 1-5v.

[928] En un auto respecto a una violación incestuosa ocurrida en Pátzcuaro en 1685, se puede apreciar que el citado Juan de Solís y Alcázar, desempeñaba la función de teniente de alcalde mayor, pero asimismo la de escribano público. AHMP, fondo colonial, siglo XVII, caja 10, exp. 1, 22 f. "De oficio de la real justicia contra Mateo López mulato y por querella de Gregoria López así mismo su hija por haberla estuprado", Pátzcuaro, 19 de junio de 1685.

Como ya se expresó, los cobros excesivos en el pago de derechos y demás diligencias legales, era un mal que aquejaba a los vecinos de Pátzcuaro, debido a ello muchos se apartaban de los pleitos que entablaban, por no tener con qué continuar o liquidar los gastos que éstos les generaban; incluso había quienes optaban por trasladarse a Valladolid para realizar sus diligencias con el escribano de esa ciudad.[929]

Así, las penas económicas en los delitos de sexualidad ilícita eran comunes, Felipe Tovar además de haber sido condenado a destierro, se le ordenó pagar 20 pesos de oro común a Úrsula. A ella se le advirtió que debía vivir honesta y recogidamente, so pena de ser recluida dos años en un recogimiento;[930] lugar en el que sería vigilada, y permanecería para que reflexionara sus acciones y enmendara su conducta, siendo ese el objetivo principal del depósito.[931] Agustina Álvarez fue condenada a labrar a su costa, un palio para el altar de Nuestra Señora de San Juan del convento de Santa Catalina de Siena, además de recibir la misma amonestación que Úrsula, solo que en caso de reincidir en el pecado, no sería recluida por dos años sino por cinco, en el recogimiento del Convento de Santa Mónica de México.

Aunque el depósito en una casa de recogidas, mejor conocido como recogimiento, como instituciones encaminada a ayudar a las mujeres solteras, viudas y divorciadas de escasos recursos, tenía varias funciones,[932] estaba encaminado a un objetivo específico, la solución de un problema femenino relacionado con la moral y las buenas costumbres;[933] a la vez que funcionaba como un mecanismo jurídico de control, que sustituía la ausencia del hombre, padre o marido, que la protegiese y

[929] AGN, real audiencia, caja 1271, exp. 018, ff. 1-3. "Petición de Juan Rodríguez de Moya para que el escribano de Pátzcuaro tenga fijado el arancel de los derechos que debe por servir con forme a lo mandado", Pátzcuaro, 22 de abril de 1689.
[930] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77, ff. 43-43v. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de septiembre de 1698.
[931] SALINAS MEZA y GOICOVIC DONOSO, "Amor, violencia y pasión", p. 253.
[932] Dependiendo la naturaleza del caso, tenían concepciones distintas; podían considerarse como prisión, como un medio de vigilancia o corrección, pero también como protección, según fuese la situación por la que la mujer estuviese allí. DÁVILA MENDOZA, *Hasta que la muerte nos separe,* pp. 58-60; LOZANO ARMENDARES, *No codiciarás a la mujer ajena*, p. 165; GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial* p. 70
[933] MURIEL, "Las mujeres culpadas", p. 42

vigilase.[934] En este caso, la elección de un recogimiento para que Agustina fuese depositada, si reincidía en la relación adúltera, era precisamente para vigilar y poner orden a su comportamiento.

El depósito fue un medio utilizado comúnmente por los jueces para sancionar a las adúlteras,[935] por eso Josepha Guzmán fue depositada directa e inmediatamente, aunque no en un corregimiento, puesto que no había uno cercano, pero sí en una casa honesta;[936] al final lo importante era que reflexionara sobre su falta y cortase toda comunicación y contacto con el cómplice. Pero, aunque el depósito era una pena aplicada con mayor frecuencia a las que incurrían en adulterio, como puede notarse, también era aplicado a las cómplices de este delito. La resolución obedecía justamente a la naturaleza del delito en el que se encontraban, ya fuese como adúlteras o como cómplices de adulterio.

El adulterio cometido por mujeres, generalmente fue tratado con recelo, sobre todo por la Real Justicia, que evitó escribir el nombre de la adúltera, a menos que el marido estuviese enterado del delito, hasta agilizar el proceso, de tal forma que éste concluyera el mismo día que iniciaba, para evitar su publicidad. Respecto a las sanciones, la severidad de las penas, tanto legales como sociales en el viejo y nuevo mundo, comúnmente eran más severas cuando se trataba de adulterios femeninos, por considerar que su conducta quebrantaba la estabilidad de la unidad básica de convivencia, la familia, el orden social y los patrones patriarcales, al deshonrar al esposo y poner en duda la legitimidad de la descendencia,[937] pero en el caso de Pátzcuaro no sucedió así. Contrario a lo que establece Tomás y Valiente sobre el adulterio, afirmando que el delito era grave por la ofensa al marido, porque el engañado siempre era éste,[938] en la ciudad de estudio no se siguió esa dinámica, el adulterio masculino sí fue juzgado, pero el femenino generalmente no; a las patzcuarences no se

[934] CERVANTES CORTÉS, *Por temor a que estén sueltas,* p. 21.
[935] CERVANTES CORTÉS, *Por temor a que estén sueltas,* p. 113.
[936] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 73, exp. 54. "Causa criminal eclesiástica contra Nicolás Tello, español y Josepha Guzmán por incontinentes", Pátzcuaro, 4 de abril de 1687, f. 3-3v.
[937] PÉREZ ÁLVAREZ, "Curas y amancebadas", p. 13.
[938] TOMÁS Y VALIENTE, "El crimen y pecado contra natura", p. 37.

les responsabilizó de las amistades ilícitas que mantenían, ni como adúlteras ni en calidad de cómplices de adulterio.

En el caso de las mujeres adúlteras, la justicia trató de evitar su exposición al deshonor, a pesar de, según su propio reconocimiento, ellas "proceder sin esa atención"; es por ello que los nombres de las mujeres con las que estaban amancebados Francisco De Zinco, Francisco Morales y Don Pedro Villegas, no figuran en los autos. Cuando el marido no estaba enterado de la situación, salvaguardar el honor familiar era importante para la autoridad. Gertrudis Pérez y María Cárdenas, mujeres involucradas en amancebamiento con hombres casados, tampoco fueron juzgadas, la primera ni siquiera compareció ante la Justicia, solo los adúlteros con quienes tenían la relación fueron castigados. De modo que, se puede decir que la justicia de Pátzcuaro fue benevolencia con las mujeres involucradas en adulterio, contrario a lo que ocurría en otros lugares de Nueva España, incluso en otros espacios michoacanos, donde se les adjudicaba directamente a ellas la culpa, la tuvieran o no.[939]

En Pátzcuaro solo bajo ciertas circunstancias el nombre de la mujer adúltera era revelado. En el caso de Josepha Guzmán, aunque no fue denunciada por su esposo, sus datos quedaron asentados porque el juez eclesiástico no sabía que se trataba de adulterio, sino de un caso de incontinencia por el hecho de que ella y Nicolás Tello vivían juntos sin estar casados, la noticia de que ella ya lo estaba surgió en el trascurso de las indagaciones, y como el marido no era la Pátzcuaro, sino de Jalapa, el hecho no ameritó mayor grado de discreción, por lo que su nombre no fue omitido en el auto.

Ahora bien, eso sucedía con la gente común, pero cuando se trataba de ministros de justicia o de clérigos envueltos en líos o escándalos públicos, la situación era diferente, pues su investidura requería de mayor discreción. El secreto era una acción preciada, cuidada e imprescindible, puesto que el mantenerlo posibilitaba el buen desarrollo del proceso judicial, y por tanto una mejor aplicación de justicia, y en

[939] CHÁVEZ CARBAJAL, "Aproximaciones al estudio de las mujeres en la cultura colonial de Michoacán", p. 20.

estos casos con mayor razón. Debían ser reunidas pruebas suficientes para asegurarse que no se tratara de una infamia,[940] por eso se llamaba a testigos fidedignos. En el caso de los frailes acusados de amancebamiento o de solicitación en el confesionario, se actuaba con total cautela.

El padre Juan de Mendoza y fray Matías de Ulloa de la orden de San Francisco, fueron acusados de solicitantes, desafortunadamente sus expedientes están incompletos, del primero solo se tiene la denuncia,[941] del segundo únicamente las declaraciones hechas ante el comisario del Santo Oficio de Pátzcuaro, por parte de las testigos que escucharon referir la falta a una mujer mulata llamada Luisa, casada con el esclavo Marcos Quiroz, quien refería que Ulloa era un "perro bestión" por las "perrerías" que sabía hacer debajo de la confesión.[942] Isabel de Castrejón, Luisa de Mendoza y Feliciana de Cáceres, instadas por el edicto de la fe y carta de anatemas promulgado el 18 de marzo de 1689, decidieron acudir a denunciar. Aunque no se tiene el documento completo, el hecho de que el Lic, Juan Meléndez Carreño, comisario del Santo Oficio, las remitiera al promotor fiscal, y éste a su vez, armara la cabeza de proceso, indica que se le dio seguimiento, aunque éste sea desconocido para nosotros.

Lo mismo sucede en el caso de fray Fernando Villalba, acusado de estar amancebado con una comadre suya casada y de criticar los buletos del Papa;[943] solo se tiene la denuncia efectuada, pero no hay más información sobre el proceso. No obstante, la justicia inquisitorial debió intervenir, ya que su comportamiento era público y notorio, desde hacía diez años estaban juntos, tenían hijos, la traía consigo a todos los pueblos a donde iba, e incluso le había hecho una casa en Pátzcuaro, pero

[940] *Concilio III Provincial*, libro primero, título IX, p. 55.
[941] AGN, inquisición, vol. 674, exp. 37. "Denuncia de Juan de Reinoso contra el padre Juan de Mendoza por solicitante", Pátzcuaro, 24 de marzo de 1689, 1 f.
[942] AGN, inquisición, vol. 674, exp. 18. "El señor promotor fiscal del Santo Oficio contra fray Matías de Ulloa del orden de San Francisco de la provincia de Michoacán por solicitante", Pátzcuaro, 25 de marzo de 1689, 4 f.
[943] AGN, inquisición, vol. 322, exp. 59. "Denuncia de fray Francisco Cabeza de Vaca contra fray Fernando Villalba por criticar los buletos del Papa y estar amancebado con una comadre suya", México, 10 de septiembre de 1619, 1 f.

desafortunadamente no se sabe cómo procedieron en su contra, ni qué sucedió después; lo único que sale a relucir es que también los religiosos cometían faltas a la moral.

Los mismos detentores de la justicia las cometían, como se vio en el caso del alcalde mayor Francisco Díaz de la Calle y Madrigal, que vivía amancebado con Nicolasa desde hacía 15 años, mostrando su relación públicamente sin la menor discreción, recato, ni temor, procreando hijos con ella.[944] Sin embargo, nadie se había atrevido a denunciarlo, pues además de ser la figura de autoridad laica más sobresaliente de la Provincia michoacana, en Pátzcuaro y Valladolid era público y notorio que tenía una "lengua atrevidísimamente injuriosa", que no "perdonaba estado ni sexo alguno con su maldecir", de modo que la forma de proceder contra él, ameritaba mayor discreción.

Su proceder era inaceptable, pues él era juez y debía cuidar de la moral,[945] de modo que, como señalaban las potestades eclesiásticas, "tenía la principalísima obligación de evitar todo cuanto fuese en contra de la divina majestad"; pero, al contrario, servía de mal ejemplo, y su proceder según los religiosos, era causa de que las demás personas también cometiesen dicha falta. Lo cual es lógico, si la misma autoridad no respetaba la norma, porqué el resto de la sociedad lo haría. Ya refería la importancia de perseverar una figura honorable, y en las autoridades la imagen pública era aún más esencial, de ahí que se tuviera exclusivo cuidado hasta en los tratamientos que se les daban en las ceremonias, pues no era solo una persona, en su investidura se proyectaba la imagen real.[946]

Sin embargo, nos enfrentamos una vez más a la importancia de la imagen simbólica, pues en privado, el desenvolvimiento de su vida personal no siempre correspondía con la imagen proyectada. No era la primera, ni la única vez que un funcionario de alto rango se veía envuelto en escándalos, a causa de una relación ilícita

[944] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 66. "Sobre la ilícita amistad que tiene el alcalde mayor de la ciudad de Pátzcuaro don Francisco Díaz de la Calle y Madrigal con una mujer llamada Nicolasa", Valladolid, 10 de febrero de 1691, 11 f.
[945] GONZÁLEZ Y LOZANO, "La administración de justicia", p. 107-116.
[946] CAMELO, "El cura y el alcalde mayor", p. 173.

o de la evasión de responsabilidades conyugales. Lo mismo oidores, que alguaciles, y en este caso, alcaldes, incluso clérigos, se amancebaban, cohabitaban y tenían hijos sin estar casados, algunos abandonaban a su esposa y se desentendían de los compromisos matrimoniales contraídos, sin que les preocupase demasiado las consecuencias, puesto que se conducían sin mayor recato, volviendo su conducta pública y notoria.[947]

Cuando un miembro del cabildo civil se veía inmerso en querellas por una conducta sexual inapropiada, su misma posición complicaba la denuncia, pero una vez efectuada, el castigo no se hacía esperar; aunque el trato que se le daba durante el proceso, comúnmente era privilegiado.[948] En el caso del alcalde mayor, no sabemos qué ocurrió después, si fue encarcelado y bajo qué condiciones continuó su juicio, pues don Juan Ortega y Montañez, obispo de Michoacán, aunque consideraba necesario separarlo e impedirlo de su cargo, decidió dejar el asunto en manos del virrey, asumiendo únicamente la responsabilidad de sacar a Nicolasa de la compañía de don Francisco y remitirla a la ciudad de México, para lo cual solicitó la ayuda del alcalde mayor de Maravatío.

No se sabe en qué terminó todo, pero seguramente Francisco Díaz fue relevado del cargo, así sucedía cuando se conducía incorrectamente; ya lo veíamos con Juan de Solís y Alcázar, cuyo proceder excesivo, hizo que el mismo año en que había sido nombrado escribano público por segunda vez, fuese removido. No por pertenecer a la justicia respetaban las normas, al contrario, su posición y poder los hacía sentir inmunes, de modo que se guiaban según su criterio; aunque juraban conducirse con fidelidad y ejercer bien su oficio, terminaban colocando los intereses propios por encima de la administración de justicia, desempeñando alevosamente su cargo.

El abuso del poder era una práctica común aun en los emisarios de justicia, a veces se manifestaba de forma económica, cobrando cantidades excesivas, otras con negligencia, retrasando los procesos, negando apelaciones, así como

[947] CALVO, "Calor de hogar: las familias del siglo XVII en Guadalajara", pp. 316-317; ALFARO RAMÍREZ, "¿Quién encarceló al alguacil mayor de Puebla?", p. 32-60.
[948] ALFARO RAMÍREZ, "¿Quién encarceló al alguacil mayor de Puebla?", p. 32-60.

oponiéndose a trasladar las informaciones solicitadas por las partes interesadas; situaciones que terminaron causando molestia entre los vecinos de Pátzcuaro, como ya se refería.

Así pues, como ha podido verse, el amancebamiento prolongado no se castigó con rigurosidad, en tanto que no conllevó mortificaciones corporales, ni exposición pública, salvo en reincidencia, puesto que si consideramos las condiciones en las que se encontraba la prisión, la pena impuesta a los amancebados ya no resulta tan leve. En la mayoría de las prisiones novohispanas la insalubridad afloraba, lo que a veces terminaba causando la muerte de algún reo;[949] la de Pátzcuaro no fue la excepción, su estado era deplorable, tanto por las pésimas condiciones del inmueble, lleno de humedad,[950] como por la insalubridad existente y la mala alimentación, de modo que, por breve que fuese la estadía en ella, las repercusiones en la salud de los reos no se hacían esperar; Felipe de Tovar, quien se encontraba en la cárcel por incumplimiento de palabra de matrimonio, pedía su liberación debido a estar muy enfermo de tabardillo, su estadía en la prisión le causó la enfermedad;[951] así que el encarcelamiento debió ser una experiencia desagradable, para muchos seguramente un duro castigo.

La rigurosidad es visible en caso de reincidencia, ya que, ante una conducta rebelde y persistente, el castigo debía ser severo, por eso en esos casos sí incluía penas corporales y vergüenza pública, como los azotes, sanción económica, trabajo forzado y destierro. El adulterio por su parte, fue castigado con mayor rigurosidad por el foro eclesiástico, aplicando penas pecuniarias altas. El seglar, como se ha insistido, fue más benevolente, sobre todo en el caso femenino.

De cualquier forma, una vez más se muestra que, en efecto, la norma era intolerante solo en teoría, en la realidad era flexible, y en la mayor parte de los casos

[949] GALLARDO ARIAS, "La transgresión al ideal femenino, p. 107; MARÍN TELLO, *Delitos, pecados y castigos*, p. 286.
[950] CASORLA SAGRERO, *Transgresores de la fe*, p. 49.
[951] AHCMO, fondo diocesano, sección justicia, procesos contenciosos, matrimonios, siglo XVII, caja 74, exp. 77. "Úrsula Sánchez contra Felipe de Tovar sobre estupro y palabra de casamiento", Pátzcuaro, 19 de octubre de 1698, f. 33.

inaplicable. Así a manera de conclusión, pueden señalarse varios puntos, el primero es que, tanto religiosos como ministros seglares, efectuaban en su vida privada comportamientos que, debido a sus funciones, estaban obligados a vigilar y sancionar. Como ejemplos están los casos de los clérigos amancebados y solicitantes que, pese a tener la responsabilidad de reprender dichos comportamientos, ellos mismos se involucraban en tales escándalos. Lo mismo pasó con los funcionarios seglares que, teniendo la obligación de castigar los pecados públicos, terminaban cometiéndolos. De modo que ser religioso o laico, ministro de justicia o un vecino más, no eran cuestiones determinantes para cumplir la norma, independientemente del ámbito en el que se conducían, no todos se ajustaban a los códigos morales ni cumplían adecuadamente su labor.

Por eso, si las mismas autoridades no respetaban la norma, ¿por qué lo haría el resto de la sociedad? Justo por esta situación, que anteponía lo que hacia el otro, por encima del llamado a obedecer, es que el castigo ejemplar tenía lugar. Era necesario disminuir el deseo que hacía atractivo el delito, y aumentar el interés que convirtiese la pena en algo temible;[952] por eso, las penas se suponía debían ser severas, aunque, como ha podido notarse, en Pátzcuaro solo en casos específicos fue así, y tratándose de reincidencia; hasta entonces consideraban necesario aumentar la dosis de rigurosidad punitiva.

Aunque es evidente que la sexualidad ilícita era una práctica cotidiana, su vigilancia, persecución y castigo, también lo fue, solo que en algunos ministros de justicia fue más prioritario que en otros. Sin embargo, el interés por descubrirla estaba presente, por eso la real justicia vigilaba, a través del alguacil mayor y sus rondas nocturnas, así como por los bandos públicos; la Iglesia mediante los curas y religiosos, a través de la confesión, la promulgación de edictos y de las visitas pastorales. Pero al momento de juzgar las relaciones ilícitas, hubo una diferenciación, dependiendo de quiénes cometían la falta y las características que ésta presentaba, se procedía y se dictaba sentencia.

[952] FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, p. 98.

Así pues, como ha podido verse, aunque relaciones ilícitas hubo bastantes, más de las que podemos documentar, el funcionamiento de la autoridad respecto a ellas fue reducido, ya que no todas ameritaron la formación de un proceso en su contra, pues no poseían la característica distintiva que hacía ineludible la intervención judicial, que era el atrevimiento e indiscreción habida en su la falta de vergüenza.

Esto explica por qué la intervención no se dio de manera general, sino únicamente cuando las manifestaciones de la sexualidad se volvieron públicas; solo cuando causaron escándalo, atentando contra la fachada moralista que debía mantenerse en la sociedad, fueron juzgadas. Cuando no traspasaban el espacio privado, no pasaron de ser pecados de fragilidad que, como tales, pese a su frecuente y común realización, eran juzgados y, aunque con sus excepciones, también perdonados en el confesionario, no en un juzgado. La sexualidad por sí sola no era un delito, la forma de efectuarla era lo que la convertía en uno.

Como señala Pilar Gonzalbo, a veces las costumbres no cambian, lo que cambiaba era el criterio con que se juzgaban.[953] Y en Pátzcuaro, mientras las prácticas sexuales se mantuviesen en el espacio privado e íntimo, no ameritaron mayor consideración, pero cuando trascendieron al público, la situación cambió, ya que el conocimiento común de su ejercicio afectaba directamente al tejido de apariencias arraigado en la sociedad, mismo que se sustentaba en el cuidado del honor simbólico y de la imagen pública, en pocas palabras de la vergüenza; siendo ésta, según los moralistas, lo único que podía salvar la honra cuando la honestidad flaqueaba.

[953] GONZALBO AIZPURU, "Honor y deshonra, culpa y vergüenza en la Nueva España", p. 25.

CONCLUSIONES

El siglo XVII pasa casi nublado para la historiografía mexicana, y especialmente para la michoacana, como ya señalaba en el apartado introductorio de esta tesis, pero como se ha demostrado a lo largo de la misma, tal periodo estuvo lleno de interesantes coyunturas dignas de ser analizadas. En lo que respecta a una de la bipartita sede de la cabecera de la Alcaldía Mayor de Michoacán, la ciudad de Pátzcuaro, donde la circulación mercantil, la migración y movilidad espacial, incidieron activamente en la vida y comportamiento social y moral de sus habitantes, resulta especialmente trascendente echar un vistazo a lo que sucedía en su acontecer diario, pues es precisamente a partir de las conductas cotidianas efectuadas, que se hace visible el doblez y contrariedad de la moral sexual de la época, rígida solo en teoría y frente al público, pero bastante flexible y maleable en privado.

Del presente estudio, a manera de conclusión, hay varios puntos entretejidos por resaltar, iniciando por la figuración destacable de dos situaciones concretas que se unen, y que, asimismo, al convergir, tuvieron consecuencias; por un lado, se encuentran el despegue económico y la situación migratoria que éste originó durante el siglo XVII en Pátzcuaro, por el otro, la notoria y común práctica de la sexualidad prenupcial y extramatrimonial de sus habitantes. En torno a ambas cuestiones, giraron otras, como el matrimonio, la moral, el honor, la ilegitimidad y la vergüenza, por mencionar algunas.

Como pudo observarse, el desplazamiento espacial habido ocurrió en gran medida debido a las favorables condiciones geográficas de que gozaba la ciudad, particularidad que además permitió el desarrollo de su movimiento comercial, ampliando su influjo de una economía local a una regional, logrando consolidar su auge mercantil en el siglo XVII; lo que, por otro lado, provocó que la ciudad se mantuviera dinámica económica y socialmente. Los hombres casados y solteros en edad productiva, es decir de entre 20 y 40 años de edad, optaron por los trabajos itinerantes, destacando en ellos la arriería, la mercadería viandante y el trabajo en las minas; aunque la labor en los campos de cultivo de haciendas vecinas también fue sobresaliente. Sin

embargo, salir a buscar otras oportunidades fuera de la ciudad fue lo común, por eso constantemente se encontraban ausentes de su lugar de origen y pasaban la mayor parte del tiempo allá, regresando a la ciudad solo por temporadas.

Llama la atención el interés de los lugareños por salir de una ciudad que, para los viajeros extranjeros y del virreinato, era un abanico de posibilidades de desarrollo. Pero para los patzcuarences era preferible buscar oportunidades en otro sitio, quizá por marcar distancia de su lugar natal, de sus conocidos, compromisos o deudas, cambiar de forma de vida, incluso solo por aventura, lo cierto es que permanecer estáticos en su lugar de origen no les resultó atractivo, y las favorables condiciones geográficas de la ciudad, como punto de enlace con diferentes regiones, permitieron su movilidad; de la misma forma que propiciaron la inmigración.

La búsqueda de otras formas de vida en otro sitio fue una posibilidad muy considerada por los lugareños, como lo fue también para gente de otros lugares, que veían en Pátzcuaro un lugar propicio para probar suerte. Viajeros, visitantes, comerciantes y tratantes transportando productos, llegaban de diferentes latitudes con intención de establecerse en la ciudad; desde poblados del obispado, como Santa Clara de los Cobres, la Villa de Zamora, Tarímbaro, Valladolid, Tacámbaro, Acuitzio, hasta de otras ciudades del interior del virreinato como la Villa de Colima, Puebla de los Ángeles, Guadalajara, Querétaro y la ciudad de México.

El dinámico y prolífico movimiento mercantil de la ciudad resultó atractivo incluso para los españoles provenientes de la península ibérica, generalmente castellanos y burgaleses, así como para familias adineradas del sur de las Indias Occidentales, como Guatemala. Estos viajeros, mercaderes en su mayoría, optaron por establecerse en Pátzcuaro, convirtiéndose muchos de ellos en los dueños de las casas y tiendas bastamente aprovisionadas que se ubicaban en la zona principal, y daban movilidad al flujo comercial interno, a la vez que abastecían a los pueblos vecinos y a la región de la Tierra Caliente, sobre todo a Tacámbaro, Ario y La Huacana; de manera que eran estos comerciantes los que controlaban el comercio local y regional.

No obstante, el comercio clandestino funcionaba a la par que el oficial, y como sucedió con éste, el incremento del ilícito también fue auspiciado por el desarrollo económico de la ciudad y su dinamismo migratorio. Pese a las prohibiciones y el recelo que generaban en los comerciantes fijos y en la autoridad, los regatones, mercachifles y algunos tratantes, éstos eran tolerados y encubiertos por los mismos habitantes, que veían en ellos la oportunidad de obtener algún artículo, bajo la discreción de la compra, y quizá a un precio más bajo. La oferta y la demanda, como pudo verse en el primer capítulo, desempeñaron un importante papel en el movimiento mercantil de la ciudad y sus alrededores, aun tratándose de mercadería ilícita.

Ahora bien, es evidente que la constante emigración e inmigración favoreció el auge económico de Pátzcuaro y su influjo regional, pero además auspició que las relaciones sociales se forjasen de una manera particular, incidiendo en la vida afectiva de los patzcuarences, y sobre todo en la percepción de su moral sexual. El establecimiento de vínculos sentimentales y sexuales entre los habitantes de la ciudad y los que arribaban a ella, con frecuencia terminaban siendo tan volátiles, en gran medida debido a lo fugaz o intermitente de sus relaciones, que era común que resultaran en promesas rotas, embarazos no deseados, querellas judiciales y esperanzas frustradas.

Aun en el caso de las parejas casadas, la movilidad espacial provocó una convivencia matrimonial esporádica, que trajo como consecuencia su distanciamiento y fractura, situación que con frecuencia terminó en adulterios, amancebamientos e hijos ilegítimos. Los estragos de relaciones intermitentes no fueron una condición exclusiva de una determinada forma de vida en pareja, tanto en la conyugal, como en la de unión ilegítima, se enfrentaron situaciones adversas debido a la dispersa e interrumpida convivencia; en ambas condiciones, tal circunstancia terminó en abandono, en el establecimiento de otras relaciones y en la subsecuente procreación de hijos fuera del matrimonio.

La ilegitimidad en Pátzcuaro fue un fenómeno común y sumamente visible, que hoy gracias a los registros parroquiales podemos conocer, y a partir de ellos formular otras interpretaciones. La idea de una moral sexual moderada entre los

habitantes de Pátzcuaro, fue echada por tierra al dirigir la mirada a los libros bautismales de su parroquia, los cuales cuentan una historia distinta a la se puede encontrar en las querellas de la justicia civil y eclesiástica, donde los casos sobre manifestaciones de sexualidad ilícita, a lo largo del siglo XVII, son escasos.

La reducida cifra, a primera vista nos haría suponer que el incumplimiento de la norma de la moral sexual no fue tan elevado, y que el común de la gente aceptaba en buen grado los estándares morales impuestos, pero esa visión cambia por completo al revisar los libros bautismales, donde se muestra la elevada tasa de ilegitimidad que tuvo la ciudad, pues el 51% de los nacimientos anuales registrados se daban bajo algún rasgo de ésta, demostrando así que las relaciones ilícitas fueron más frecuentes de lo que los registros a causa de ellas, pueden comprobar.

A partir del contraste y complementación de estas fuentes archivísticas se revela una contundente realidad, el matrimonio no fue la manera predilecta, para los patzcuarences del siglo XVII, de ejercer su sexualidad; las prácticas sexuales prenupciales y extramatrimoniales fueron comunes. Si bien los registros parroquiales no especifican que tipo de relación dio origen a esos niños ilegítimos, si eran producto de un amancebamiento, un adulterio o un rompimiento de esponsales, los casos documentados en los archivos históricos Municipal de Pátzcuaro, Casa de Morelos y General de la Nación, que sí nos hablan de esas relaciones y sus consecuencias, complementan la información, sirviéndonos como ejemplos de experiencias de vida que quizá fueron compartidas por aquellas relaciones ilícitas detrás de esos nacimientos.

Las prácticas sexuales ejercidas al margen del matrimonio son muestra de que la pasión, el deseo, el amor, y una amplia gama de emociones personales, cobraron sentido y fuerza ante la norma moral católica que intentaba enmarcar las conductas, ubicándolas en lícitas o prohibidas, dependiendo de cómo y bajo qué condiciones se efectuasen. Tanto personas casadas como solteras, vieron en el establecimiento de una relación sexo-afectiva la forma de sortear sus diferentes

necesidades e intereses emocionales, de modo que la celebración de un matrimonio previo no fue determinante para dar paso al inicio de una vida sexual.

Por supuesto que eso no significa que contraer nupcias haya sido una idea desestimada en Pátzcuaro, ya que al tener dicho ritual una alta carga simbólica que manifestaba legitimidad, santificación, respeto a la norma y, por supuesto, una sexualidad lícita, efectuarlo era sinónimo de honorabilidad. Además, ofrecía otras ventajas, como generar confianza en los vecinos y acceder a la autoridad en caso de algún problema con el cónyuge, aunque no siempre se tuviese el resultado esperado, podía solicitar su auxilio; lo cual no sucedía si se trataba de un amancebamiento o amorío fortuito, a menos que hubiese palabra matrimonial, comprobable, de por medio y que la buena reputación respaldase a la demandante.

El matrimonio ofrecía ventajas a quien lo contraía, y echando un vistazo a la tendencia que siguió en la ciudad de estudio, se puede observar que, en efecto, detrás de la pretensión de quienes lo concertaban, estaba el interés de obtenerlas. En el índice nupcial de Pátzcuaro resalta el marcado patrón endogámico, y no solo por tratarse de personas pertenecientes a la misma ciudad, sino porque además se buscaba contraerlo con integrantes del mismo grupo social. De los aproximadamente 1, 343 matrimonios efectuados en la parroquia de Pátzcuaro en el siglo XVII, 1, 216 fueron efectuados entre miembros del mismo grupo, y únicamente 127 corresponden a matrimonios mixtos. Los españoles e indígenas eran los que con más frecuencia se casaban, dada también su mayoría poblacional en la ciudad. Sin embargo, digno es de subrayar que, aunque para contraer matrimonio, el factor social fue determinante, eso no significa que las relaciones interétnicas no hayan tenido lugar, pues como ya se vio, cuando se trataba de relaciones de carácter ocasional e ilegitimo, sin interés nupcial de por medio, el grupo social al que se perteneciera era lo de menos.

Formalizar la relación implicaba una serie de beneficios o de perjuicios, dependiendo de quién, o mejor dicho con quién, se efectuase. La presencia social, el prestigio y ventajas que el matrimonio otorgaba eran condiciones que no todos estaban dispuestos a poner en riesgo por casarse con alguien de una “calidad inferior”. Dicha

preocupación no solo obedecía a la diferencia de calidades respecto a los rasgos raciales o al grupo social de pertenencia, también a su condición de vida, ya que también se tomaba en cuenta si la persona era libre o esclava. A partir de los varios ejemplos ofrecidos en la investigación, se puede determinar que las características, conveniencias y prejuicios consideradas en el futuro cónyuge, no eran una previsión contemplada únicamente por los estamentos privilegiados, también por aquellos calificados como estratos bajos de la sociedad, mismos que igualmente definían requisitos y desestimaban condiciones en sus parejas para poder formalizar.

Así funcionaba la feria nupcial en Pátzcuaro, las ventajas y desventajas eran tomadas en cuenta por los diferentes grupos sociales, a excepción de los esclavos, que básicamente quedaban excluidos de esos estándares nupciales, sobre todo en el caso de la población femenina, que rara vez se casaba, y si lo hacía era con hombres de su misma condición; difícilmente podían aspirar a casarse con un libre, ya que a ellos no les interesaban las mujeres de condición esclava, al menos no para esposas, de modo que por lo regular entablaban relaciones ilícitas, las cuales pocas veces terminaron en matrimonio, era más común que figurasen como madres solteras.

No obstante, el madresolterismo no fue una condición exclusiva de las mujeres esclavas, entre las libres también sucedió con frecuencia, solo que no todas aceptaron serlo, por lo que recurrieron a medidas que lo cubrieran públicamente, dejando expuesto al hijo en alguna casa o iglesia, haciéndolo pasar por ahijado, o bautizándolo bajo el anonimato, recursos comúnmente usados por las españolas, y menos frecuente por las indígenas, que preferían bautizar a sus hijos como de “padres no conocidos” antes que abandonarlos. Los infantes productos de incumplimiento de palabra de casamiento, de relaciones furtivas, de amancebamientos, de adulterios, del abandono deliberado de la pareja debido a la emigración, integraron la larga lista de nacimientos ilegítimos habidos en Pátzcuaro en el siglo XVII, haciendo visible que el sexo extramatrimonial y, sobre todo, el prenupcial, eran una realidad.

El establecimiento de relaciones sentimentales, algunas fugaces, otras más duraderas y estables, pero sin un interés o posibilidad matrimonial, eran asuntos

cotidianos. Hombres y mujeres establecían relaciones temporales de manera bastante común, cuya informalidad o furtividad era tan efímera, que dio como resultado una alta tasa de nacimientos ilegítimos a lo largo del periodo, misma que es comparable a la tenida en otras ciudades con mayor concentración poblacional, como se indicó. Atraídos por la libertad que las relaciones ilícitas ofrecían, optaban por tener encuentros sexuales ocasionales, o incluso entablar amancebamientos prolongados, donde obtenían favores domésticos, pero sin la atadura de un compromiso perpetuo e indisoluble. Aunque en otros casos, se mantenían en relaciones clandestinas por la imposibilidad de formalizarlas, debido a estar casados o tener un voto sagrado que los comprometía, de modo que se conformaban con entablar uniones consensuales ilegítimas.

En el caso de adulterio, la relación adoptada era tomada incluso como medida para hacer frente a las carencias afectivas y conyugales tenidas en la vida matrimonial, fragmentada por la esporádica o nula convivencia marital, debido a la prolongada ausencia de los maridos. Cuando las desavenencias se filtraban en el matrimonio y la cohabitación se tornaba incierta, había cónyuges que no rechazaban la posibilidad de tener compañía y recibir un mejor trato, aunque eso significara cometer un delito. De ese modo, el adulterio funcionó a manera de estrategia para suplir una forma de vida en pareja, obtener favores domésticos y subsanar carencias emocionales. La mayoría de los adulterios registrados en Pátzcuaro incluyeron la cohabitación, en ésta los papeles se invirtieron, la relación adúltera se convirtió en ordinaria y la conyugal en una relación ocasional; como resultado de ello, el afianzamiento de los vínculos afectivos de dichas uniones ilícitas, debido a la convivencia cotidiana, se arraigó, reestableciéndose con ello, aunque ilícitamente y con distinta persona, la comunidad de vida fracturada.

A diferencia de lo observado en otros estudios, donde el desahogo sexual o la búsqueda de protección económica eran los móviles principales para aventurarse a una relación extramatrimonial, en la presente investigación salen a relucir otros factores que amplían la visión, y que muestran que la conexión entre los adúlteros iba más allá de deseos irracionales, del solo placer erótico y lujurioso, o de intereses

meramente económicos, ya que en sus experiencias de vida se manifiestan carencias, necesidades e intereses personales, que hacen visible la pretensión de llenar expectativas conyugales frustradas o fracturadas. Mediante el adulterio se obtenían beneficios domésticos, compañía, cuidados, mejor trato y ayuda, condiciones que derivaron en afecto y comodidad y, por tanto, en el deseo de mantenerse en esa relación que, a pesar de convertirlos en transgresores, parecía brindarles mayor provecho.

Ante ese panorama, donde la moral sexual de los patzcuarences se devela flexible, irónicamente el honor y la vergüenza adquirieron un sentido inexcusable, al menos de manera simbólica. La imagen de una sociedad de altos y firmes estándares morales se lograba a través del obediente, temeroso y, sobre todo, precavido comportamiento individual de sus integrantes, esencialmente en la esfera pública, por ser ésta el parteaguas entre el cometimiento de un pecado y su trascendencia a delito con consecuencias judiciales.

Lo público y lo privado en el mundo hispánico tenían un delineado bien definido cuando se trataba de conductas sexuales, y en Pátzcuaro no fue distinto, sin embargo, los habitantes de dicha ciudad se contentaban con mantener una fachada pública de honor, aunque no necesariamente sustentada en comportamientos honorables, ni en el cumplimiento de la norma, sino en la vergüenza. Pero no en el temor de enfrentarla evitando cometer actos inmorales, sino en el bochorno que suponía el que tales actos, ya cometidos, llegasen a ser conocidos públicamente, derrumbando su simbólica imagen honorable; por eso se ponían gran empeño en cubrir el comportamiento sexual ilícito practicado, siendo el elevado número de niños expósitos, o registrados como hijos de “padres no conocidos”, de las pruebas más claras y contundentes de ello.

La vergüenza jugó una doble función, se utilizaba como prevención, pero también como remedio. En la primera, se pretendía que, a causa de ella, se evitara cometer actos considerados inmorales o indecentes, en la otra, que, luego de no haber podido poner en práctica la primera, ésta lo encubriese; es decir, luego de una relación ilícita que no culminó en matrimonio, la vergüenza funcionaba como una especie de

velo capaz de cubrir lo culposo de los actos cometidos. Bajo el velo de la vergüenza, quedaban ocultos los actos deshonestos, evitando a toda costa que fuesen conocidos y salieran a la luz pública, aun cuando para lograrlo tuvieran que valerse de medidas extremas. Tal condición fue más apremiante en la población femenina española, que con frecuencia optó por abandonar al hijo producto de una relación al margen de las nupcias, o bautizarlo desde el anonimato, con la complicidad de algún clérigo, a fin de no quedar desacreditada, y quizá contraer matrimonio posteriormente.

Pero, como no todos tomaban las medidas necesarias, sus actos de una u otra forma terminaban siendo ventilados. Al tornarse de conocimiento público, la intervención de la autoridad no se hizo esperar. Aunque cada foro de justicia actuó bajo sus propios parámetros y a través de sus funcionarios particulares, todos ellos se guiaban bajo el mismo objetivo, castigar la falta de vergüenza. Es evidente que la autoridad no castigaba el acto por sí solo, sino la desvergüenza con la que era cometido. Al estudiar a fondo la práctica y la norma aplicada que pretendía dirigirla, puede confirmarse que la sexualidad ilícita, si bien, era considerada un acto pecaminoso, esencialmente no era identificada como delito; lo que la definía como tal, era la forma en que se efectuaba.

Mientras las prácticas sexuales se mantuviesen en el espacio íntimo, no ameritaron mayor consideración, fue hasta que se volvieron visiblemente notorias, que su situación cambió; el conocimiento público de su ejercicio afectaba directamente al arraigado tejido de apariencias, sustentado en el cuidado del honor simbólico y de la imagen pública, en pocas palabras de la vergüenza. Cuando ésta se perdía, el orden moral se ponía en riesgo, de modo que la autoridad intervenía para restaurarlo, mientras que la sociedad, por su parte, participaba en la red de complicidad como testigo silencioso.

En este punto, resulta importante reiterar la significación o el impacto que las relaciones ilícitas tuvieron en la comunidad expectante. Como se mencionó, a los vecinos no les interesaba la vida sexual o afectiva del otro, más allá de la intriga curiosa que ésta pudiera generar por el hecho de ser clandestina, pero fuera de ello, les

tenía sin cuidado la vida privada del que vivía en la casa de al lado; la atención dada al comportamiento sexual ilícito del vecino, no fue en calidad de la transgresión que se cometía, por eso básicamente no era denunciado.

El que entraran y salieran de una casa comúnmente, que pasaran la noche juntos, que compartiesen actividades y pasatiempos comunes de un matrimonio, sin serlo, posiblemente era entendido como una acción pecaminosa e inmoral, pero no necesariamente delictiva. De modo que, al ser un pecado, su cometimiento solo afectaba a quienes lo efectuaban, por eso no era considerado un hecho que ameritara ser denunciado ante la justicia, quizá ante el confesor, pero no ante un foro judicial.

Y es que, ¿cómo podrían resultar tan escandalosas, reprobables e intolerables las relaciones sexuales ilícitas si eran tan comúnmente practicadas? Las personas que contemplaban las uniones dadas en la clandestinidad, eran las mismas que, de un modo u otro, participaban en alguna también; tenían amistades ilícitas, cometían adulterio, abandonaban a sus hijos, o tenían algún familiar o amigo que se encontraba en una situación así; entonces, cómo les iba a causar escándalo o sobresalto una conducta que ellos mismos desarrollaban o veían efectuarse con frecuencia.

En efecto, como lo explica José Luis Rojas, los transgresores no se encontraban al margen de la sociedad sino dentro de ésta, por eso su conducta admitía tolerancia, e incluso complicidad. Aunque él se refiere solo de los amancebados, su reflexión se puede extender también a los que ejercitaban otro tipo de relaciones prohibidas. Esta deducción está fundamentada precisamente en el alto índice de ilegitimidad habido en Pátzcuaro, que como ya refería, equivalía a más de la mitad de los nacimientos, lo cual es indicador de lo cotidiano que era la sexualidad ilícita en dicha ciudad, y el poco interés que había en denunciarla.

Ante ello, podemos suponer que el escándalo al que tanto se aludía, surgía por los nocturnos allanamientos sorpresas que el alguacil mayor realizaba en las moradas sospechosas, y por los esporádicos prendimientos ocurridos en las pesquisas, más que por la convivencia no sacramentada de la pareja; básicamente eran tales hechos los que exponían con alboroto las relaciones, ventilándolas como sujetas de un

auto judicial. Antes del episodio, para la comunidad se trataba solo de pecados privados de los que nadie estaba exento de ser testigo o partícipe. Pero una vez iniciado el auto judicial, las acciones comenzaban a adquirir un tinte delictivo para los demás.

Prueba de ello es que supieran de la relación desde tiempo atrás, pero no la evidenciaran. Había relaciones, prolongadas por varios años, que eran conocidas desde el inicio y no se denunciaron. Las acusaciones con nombre y apellido rara vez figuran, los procesos criminales examinados se trataban más bien de autos iniciados por el alguacil mayor; aunque es posible que la sospecha se sustentara en una denuncia hecha por un tercero, recuérdese a aquel fraile que, de común acuerdo, actuaba en conjunto con el justicia mayor de la ciudad, para volver públicas las relaciones ilícitas, y así poder proceder judicialmente contra los involucrados.

Las prohibiciones habidas en las normas, en conjunto con los abundantes tratados moralistas escritos y difundidos en la época, abonan a la concepción de una sociedad novohispana de rigurosos e inexcusables estándares morales, sin embargo, la presente tesis invita a reflexionar y replantear la idea estereotipada de la moral sexual en el periodo colonial, donde el honor era una categoría social insuperable, y la sexualidad era una actividad que se restringía totalmente al matrimonio, pues en la práctica, como ha quedado demostrado, no ocurría íntegramente así.

El discurso moralista sobre el mantenimiento del honor a través de la observancia de las buenas costumbres y la abstinencia sexual hasta las nupcias, con frecuencia se supone estaba por encima de los placeres, afectos e intereses individuales; pero en realidad lo reiterativo del discurso, lo que refleja de fondo es la preocupación por su común y frecuente práctica, así como un incesante interés por implantar e interiorizar esa idea en una sociedad que se negaba a cumplirla fielmente, y que más allá de tener comportamientos moralmente honestos, se contentaba con mostrar al público una imagen emulativa de hacerlo.

De tal forma que, la apreciación de una moral sexual rígida debe repensarse; la sexualidad prenupcial y la ilegitimidad eran condiciones comunes, y no

se daban excepcionalmente y de manera elevada solo en los grandes centros urbanos; al dirigir el enfoque a los estudios locales, como el desarrollado en la presente investigación, tal consideración se pone de relieve. En ciudades más pequeñas, pero altamente dinámicas como Pátzcuaro, también podemos encontrar experiencias de vida similares a las tenidas en las grandes urbes, donde la moral sexual de sus habitantes era más flexible de lo que podría pensarse, solo que se ocultaba bajo el velo del disimulo, encubierto a su vez por la red de complicidad habida en la sociedad, que en más de una ocasión se tornó silenciosa a conveniencia.

Finalmente, se puede concluir que este estudio es una prueba de que el cumplimiento de los estándares morales, legales y judiciales podía ser sigilosamente vulnerado, amparado en el disimulo y el disfraz moralista; asimismo que las prácticas, sentires y preocupaciones de la sociedad española del siglo XVII, asimilada en una novohispana, también pueden ser identificados en los estudios locales; en este caso, quedaron retratadas en las vivencias cotidianas de los habitantes de Pátzcuaro, donde la adaptación de un nuevo espacio, cultura y costumbres no escaparon al mestizaje, pero donde la importancia del honor simbólico público se mantuvo como premisa imprescindible para la conservación, restauración o presunción de buena fama.

FUENTES CONSULTADAS

ARCHIVOS

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (AGN)

ARCHIVO HISTÓRICO "CASA DE MORELOS" (AHCMO)

ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE PÁTZCUARO (AHMP)

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN MICROFILMADA DEL EX CONVENTO DE TIRIPETÍO (CDMET)

ARCHIVO HISTÓRICO DOCUMENTAL DE LA UMSNH/ IIH, (AHDUMSNH)

ARCHIVOS DIGITALES

- Portal de Archivos españoles (PARES) http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/search

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (AGI)

ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL DE MADRID (AHNM)

- Plataforma Family Search https://www.familysearch.org/search/

ARCHIVO DE LA PARROQUIA DE PÁTZCUARO (APP)

BIBLIOGRAFÍA

ACUÑA, René, *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

AGÜERO, Alejandro, "Derecho local y localización del Derecho en la tradición jurídica Hispana. Reflexiones a partir del caso de Córdoba de Tucumán", en Víctor Tau Anzoátegui (coord.), *El Derecho local en la periferia de la Monarquía Hispana. Rio de la Plata, Tucumán y cuyo, siglos XVI-XVIII,* Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 2013.

_____, "Herramientas conceptuales de los juristas del derecho común en el dominio de la administración", en Marta Lorente, *La jurisdicción contencioso-administrativa en España. Una historia de sus orígenes, Cap. I,* Madrid, Consejo General del Poder Judicial, 2009.

ALBERRO, Solange, *Inquisición y sociedad 1571-1700,* México, F.C.E., 1988

_____, "La sexualidad manipulada en Nueva España: modalidades de recuperación y adaptación frente a los tribunales eclesiásticos", en *Familia y sexualidad en Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

ALESSIO ROBLES, Vito, *Acapulco, Saltillo y Monterrey en la historia y la leyenda*, México, Porrúa, 1978.

ALFARO RAMÍREZ, Gustavo Rafael, "¿Quién encarceló al alguacil mayor de Puebla? La vida, los negocios y el poder de don Pedro de Mendoza Escalante, 1695-1740", en *Estudios de Historia novohispana, núm. 17,* México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

ALONSO NÚÑEZ, María Carmen, *Los tenientes de justicia en la administración provincial novohispana: Michoacán 1715-1810*, en *Estudios de historia novohispana*, tesis doctoral, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2017.

ÁLVAREZ CUARTERO, Izaskun, "Delitos sexuales contra las mujeres en Michoacán en el siglo XVIII", en *Temas-Americanistas, núm. 50*, Sevilla, Facultad de Geografía e historia de la Universidad de Sevilla, 2023.

ATONDO RODRÍGUEZ, Ana María, "De la perversión de la práctica a la perversión del discurso: la fornicación", en Sergio Ortega Noriega (coord.), *De la santidad a la perversión o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, México, Grijalbo, 1986.

_____, "Un caso de lenocinio en la ciudad de México en 1577", en *El placer de pecar y el afán de normar*, Seminario de Historia de las Mentalidades, México, INAH / Joaquín Mortiz / Grupo Editorial Planeta, 1987.

ARIÈS Philippe y DUBY Georges, *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración, tomo 3*, Barcelona, Taurus historia, 2017.

AUSTIN NESVIG, Martin, "Heterodoxia popular e inquisición diocesana en Michoacán, 1556-1571", en *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos, núm. 39*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo 2004.

AYARZA MONTERO, Jorge, *El clero rural secular en la España del siglo XVIII*, tesis de licenciatura en Historia, Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, 2014.

BARRERA, Begoña, y SIERRA, María, "Historia de las emociones: ¿qué cuentan los afectos del pasado?", en *Historia y memoria, número especial*, Tunja, Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2020.

BENHUMEA REBOLLO, Christiane, *"Cansada de la intolerable sevicia aseguro mi vida con el medio del divorcio". Pleitos de divorcio sobre sevicia litigados por mujeres en la Ciudad de México (1750-1779)*, Tesis de licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 2018.

BENTURA BELEÑA, Eusebio, *Recopilación sumaria de todos los autos acordados de la Real Audiencia y Sala del Crimen de esta Nueva España, y providencias de su superior gobierno, tomo primero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

Biblia latinoamericana, Madrid, Verbo Divino Editorial, 2011.

BUSTAMANTE OTERO, Luis, "Una relación furtiva. Honor y violencia conyugal en Lima en la coyuntura de la Independencia (1795-1820)", en *En Líneas Generales, núm. 2*, Lima, Universidad de Lima, 2018.

CALVO, Thomas, "Calor de hogar: las familias del siglo XVII en Guadalajara", en Asunción Lavrin (coord.), *Sexualidad y matrimonio en América hispánica*, México, Grijalbo, 1989.

CAMELO, Rosa, "El cura y el alcalde mayor", en Woodrow Borah (coord.), *El gobierno provincial en la Nueva España, 1570-1787*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

CANDAU CHACÓN, María Luisa, "El amor conyugal, el buen amor: Joan Estevan y sus Avisos de casados", en *Studia historica. Historia Moderna, núm. 25,* Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003.

_____, "El matrimonio presunto, los amores torpes y el incumplimiento de la palabra: Archidiócesis de Sevilla, siglos XVII y XVIII", en *Padres e hijos en España y el mundo hispánico: siglos XVI y XVIII,* Madrid, Visor, 2008.

_____, "Entre lo permitido y lo ilícito: la vida afectiva en los tiempos modernos", en *Tiempos Modernos, revista de historia moderna, núm. 18*, España, 2019.

CARDONA AMAYA, José Manuel, "Validez jurídica de la palabra de matrimonio en la villa y alcaldía Mayor de Tegucigalpa (1772-1822)", en *Revista de Derecho, vol. 40*,

núm. 1, Tegucigalpa, Honduras, Instituto de Investigación Jurídica de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, 2019.

CARRILLO CÁZARES, Alberto, *Manuscritos del Concilio Tercero Provincial Mexicano (1585), tomo IV, libros cuarto y quinto,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 2009.

_____, *Michoacán en el otoño del siglo XVII,* Morelia, El Colegio de Michoacán / Morevallado Editores, 2010.

_____, *Partidos y padrones del Obispado de Michoacán (1680-1685),* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1996.

Carta de Baltasar de Covarrubias, OSA, obispo de Mechoacán, a Felipe III, rey de España Valladolid de Mechoacán, 20 de septiembre de 1619, introducción por Carlos Alonso, en Jean-Pierre Berthe y Óscar Mazín (edits.), *Reinar 'por relación y noticia', cinco informes de la diócesis de Michoacán, 1619-1649*, México, El Colegio de San Luis, 2018.

CASORLA SAGRERO, María Teresa, *Criminalidad y desviación en Michoacán: la transgresión del ideal religioso y civil en Pátzcuaro, 1700-1750*, Tesis de Maestría, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2019.

_____, *Transgresores de la fe ante la Comisaría Inquisitorial de Pátzcuaro Michoacán, 1700-1750,* Tesis de licenciatura en Historia, Morelia Michoacán, Facultad de Historia Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2015.

_____, "Desde la intimidad del hogar: las riñas conyugales en Pátzcuaro, Michoacán, 1700-1750", en *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, *núm. 67*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social CIESAS, 2021.

CASTAN, Nicole, "Lo público y lo particular", en Philippe Ariès y Georges Duby (coords.), *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración, tomo 3*, Barcelona, Taurus historia, 2017.

CASTELLÓ ITURBIDE, Teresa, *Pátzcuaro: cedazo de recuerdos*, Pátzcuaro, Hurtado, 1983.

CASTRO GUTIÉRREZ, Felipe, *Los tarascos y el imperio español 1600-1740*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2004.

_____, "Alborotos y siniestras relaciones: la república de indios de Pátzcuaro colonial", en *Relaciones, núm. 89*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2002.

_____, *Movimientos populares en Nueva España: Michoacán, 1766-1767*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990.

_____, "Honor y deshonor en una ciudad provinciana. La curiosa vida y escandalosas acciones de Agustín Moreno de Nava", en *Estudios de historia novohispana, núm. 23*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

_____, "Indeseables e indispensables: los vecinos españoles, mestizos y mulatos en los pueblos de indios de Michoacán", en *Estudios de historia novohispana, núm. 25*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Catecismo Romano del Santo Concilio de Trento para los párrocos, ordenado por disposición de San Pío V, Madrid, Imprenta Real, 1785.

CERDA FARÍAS, Igor, "Pátzcuaro, donde suben y bajan los dioses del cielo. La fundación de la ciudad y proyecto catedralicio de Vasco de Quiroga", en Oriel Gómez

Mendoza e Igor Cerda Farías (coords.), *Pátzcuaro: corazón de la utopía quiroguiana*, Pátzcuaro, Archivo Histórico Municipal de Pátzcuaro, 2020.

CERVANTES CORTÉS, José Luis, *Por temor a que estén sueltas. El depósito de las esposas en los juicios de divorcio eclesiástico en la Nueva Galicia, 1778-1800*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2013.

_____, "Porque no tengo el ánimo de casarme: el desistimiento al matrimonio en los juicios de disenso en Nueva Galicia a finales del siglo XVIII", en *Historia y memoria, núm. 12*, Tunja, Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2016.

CHAUNU, Pierre, "Veracruz en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII", en *Historia Mexicana, núm. 4*, El Colegio de México, 1960.

CHÁVEZ CARBAJAL, María Guadalupe, "Aproximaciones al estudio de las mujeres en la cultura colonial de Michoacán", en *Tzintzún, Revista de estudios históricos, núm. 22*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995.

CLAVERO, Bartolomé, "Delito y pecado. Noción y escala de las transgresiones", en Francisco Tomás y Valiente, Bartolomé Clavero, *et al*, *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza Universidad, 1990.

CLAVIJERO, Francisco Javier, "Breve descripción de la provincia de México de la Compañía de Jesús, según el estado en que se hallaba en el año de 1767", en *Tesoros documentales de México. Siglo XVIII*, México, Editorial Galatea, 1944.

Concilio III Provincial Mexicano: celebrado en México en el año de 1585, confirmado en Roma por el papa Sixto V, y mandado observar por el gobierno español, en diversas reales órdenes, México, Eugenio Maillejjert T Compañía Editores, 1859.

COONTZ, Stephanie, *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el matrimonio*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2006.

CORTÉS J., María Elena, "El matrimonio y la familia negra en las legislaciones civil y eclesiástica coloniales. Siglos XVI-XIX", en *El placer de pecar y el afán de normar*, Seminario de Historia de las Mentalidades, México, INAH / Joaquín Mortiz / Grupo Editorial Planeta, 1987.

CORTÉS ZAVALA, María Teresa, "Pátzcuaro: remembranza y aconteceres de ayer", en Sánchez Díaz Gerardo (Coord.), *Pueblos, villas y ciudades de Michoacán en el Porfiriato*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2010.

DÁVILA MENDOZA, Dora, *Hasta que la muerte nos separe: el divorcio eclesiástico*, México, El Colegio de México, 2001.

DE AQUINO, Tomás, *Suma teológica, tomo I*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 2001.

_____, *Suma teológica, tomo II*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1993.

DE CIUDAD REAL, Antonio, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España, tomo II*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

DE CORELLA, Jaime, *Práctica de el (sic) confessonario y explicación de las LXV proposiciones condenadas por Inocencio XI. Su materia, los casos más selectos de la theología moral. Su forma, un diálogo entre el confesor y penitente*, Madrid, Imprenta de Antonio Román, 1692.

DE COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez impresor del Rey, 1611.

DE GRANADA, Fray Luis, *Guía de pecadores: en la cual se trata copiosamente de las grandes riquezas y hermosura de la virtud y del camino que se ha de seguir para alcanzarla*, España, 1567.

DE GUEVARA, Fray Antonio, *Epístolas familiares y escogidas. Primera parte (1539)*, Barcelona, Biblioteca Clásica Española, 1886.

DE ITA RUBIO, Lourdes, "Los puertos novohispanos durante los Habsburgo: su papel en los circuitos comerciales mundiales y sus efectos en la organización espacial", en Juan José Sánchez Baena y Lucia Provencio (eds.) *El Mediterráneo y América, vol. 1*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 2006.

_____, "Piratería, costas y puertos en América colonial y la organización del espacio novohispano", en Lourdes de Ita Rubio (Coord.) *Organización del espacio en el México colonial: puertos, ciudades y caminos*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2011.

DE LEÓN, Fray Luis, *La perfecta casada*, Barcelona, Montaner y Simón editores, 1898.

DE PADILLA MANRIQUE Y ACUÑA, Luisa María, *Excelencias de la castidad*, Zaragoza, Imprenta de Don Pedro Lanaja, 1642.

DE YSSASY, Arnaldo, *Demarcación y descripción del obispado de Michoacán y fundación de si iglesia catedral. Numero de prebendas y curatos, doctrinas y feligreses que tiene, obispos, que tenido desde que se fundó,* Miami, Uviversity of Miami, 1980.

DEL CAMPO TEJEDOR, Alberto, "La maltrecha imagen del vendedor callejero. Constantes históricas en la construcción estereotípica de un oficio bajo sospecha", en *Revista Pucara, núm. 31*, Ecuador, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca, 2020.

Demarcación y descripción del obispado de Michoacán y fundación de su iglesia catedral. Número de prebendas, curatos, doctrinas y feligreses que tiene y obispos que ha tenido desde que se fundó, introducción por Óscar Mazín, en Jean-Pierre Berthe y Óscar Mazín (edits.), *Reinar 'por relación y noticia', cinco informes de la diócesis de Michoacán, 1619-1649*, México, El Colegio de San Luis, 2018.

Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española, vol. III, Madrid, Gredos, 1976.

Diccionario jurídico Espasa, España, Espasa-Calpe, 1999.

DUBERT, Isidro, "Los comportamientos sexuales premaritales en la sociedad gallega del Antiguo Régimen", en *Studia historica. Historia Moderna, núm. 9,* Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991.

DUBY Georges y PERROT Michelle, *Historia de las mujeres. La antigüedad, vol. I,* Madrid, Taurus Minor, 1993.

DUFOUR, Gérard, *Clero y sexto mandamiento. La confesión en la España del siglo XVIII*, Valladolid, Ámbito Ediciones, S. A., 1996.

El placer de pecar y el afán de normar, Seminario de Historia de las Mentalidades, México, INAH / Joaquín Mortiz / Grupo Editorial Planeta, 1987.

El sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento, Madrid, Imprenta Real, 1785.

ELLIOT, JOHN H., *La España Imperial 1469-1716*, Madrid, Vicens Vives, 1998.

Enciclopedia jurídica mexicana, México, Porrúa / Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2000.

ENKERLIN, M. Luise, "La ciudad de Pátzcuaro cabecera de la provincia de Michoacán, durante la primera mitad del siglo XVIII", en *Tzintzún, Revista de estudios históricos, núm. 28,* Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1998.

ESCAMILLA GONZÁLEZ, Iván, "La Iglesia y los orígenes de la Ilustración novohispana", en *Estudios de historia Novohispana, núm. 83,* México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

ESCANDELL BONET, Bartolomé, "Las adecuaciones estructurales: establecimiento de la Inquisición en Indias", en Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet

(coords.), *Historia de la Inquisición en España y América, vol. I*, Madrid, Centro de Estudios Inquisitoriales / Biblioteca de Autores Cristianos, 1984.

ESCRICHE, Joaquín, *Diccionario razonado de legislación civil, penal, comercial y forense* o *sea resumen de las leyes, usos, prácticas y costumbres, como asimismo de las justicias de los jurisconsultos. Dispuesto por orden alfabético de materias, con la explicación de los términos del derecho, 1784-1847,* París, Imprenta de P. Dupont Et G. Laguionie, 1881.

ESTEVAN, Joan, *Orden de bien casar, y avisos de casados*, Bilbao, Pedro Cole de Ybarra, 1595.

ETTINGER MCENULTY, Catherine Rose, "La traza urbana en la cuenca lacustre de Pátzcuaro, dos ejemplos contrastantes", en Paredes, Carlos (Dir.), *Arquitectura y espacio social en la población purépecha de la época colonial*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/ Universidad Keio Japón/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1998.

EYMERIC, Nicolao, *Manual de Inquisidores*, Trad. J. Marchena, Montpellier, Imprenta Félix Aviñón, 1821.

FARÍAS ESCALERA, Edurné, *Los caminos de tierra adentro del suroeste novohispano y el comercio de la Nao de China en el siglo XVI*, tesis de maestría, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2007.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Casadas, monjas, rameras y brujas. La olvidada historia de las mujeres españolas en el Renacimiento*, Madrid, Espasa, 2002.

FERNÁNDEZ, Pedro Trinidad, *La defensa de la sociedad, cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, Alianza Editorial, 1991

FLORES GARCÍA, Laura Gemma, *Pátzcuaro en el siglo XVII: grupos sociales y cofradías*, Tesis de maestría, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1995.

_____, "El universo, la casa y los rincones. El uso del espacio público y privado en Pátzcuaro durante los siglos XVII y XVIII", en Paredes, Carlos (Dir.), *Arquitectura y espacio social en la población purépecha de la época colonial*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/ Universidad Keio Japón/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1998.

FLORESCANO, Enrique y GIL, Isabel, *Descripciones económicas Generales de la Nueva España, 1784-1817*, México, SEP/ INAH, 1973.

FOLCH FORNESA, Maria Dolors, "Se hizo camino al andar: cómo se trenzaron las relaciones entre China y España", en Xulio Ríos Paredes (coord.), *Las relaciones hispano-chinas, historia y futuro*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación, 2013.

FOUCAULT, Michael, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, México, Siglo veintiuno editores, 1977.

_____, *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2003.

_____, *Historia de la sexualidad III. La Inquietud de sí*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2003.

_____, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002.

FUENTES BARRAGÁN, Antonio, "Quebrantos de la moral conyugal: amistades ilícitas en el Buenos Aires tardocolonial", en *Naveg@mérica. Revista electrónica, núm. 15, Asociación Española de Americanistas*, 2015.

FUSSI, Alessandra, "Williams's defense of shame as a moral emotion", in *Etica & Politica / Ethics & Politics, vol. XVII, núm. 2*, Trieste, Università degli studi di Trieste, 2015.

GALLARDO ARIAS, Patricia, "La transgresión al ideal femenino cristiano y una acusación por brujería en Valle del Maíz", en *Estudios de historia novohispana, núm. 44*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.

GALLET, George, *Voyages faits en divers temps en Espagne, en Portugal, en Allemagne, en France, et ailleurs,* Ámsterdam, 1700.

GARCÍA ÁVILA, Sergio, *Las instituciones del gobierno civil en la Nueva España, 1519-1821*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita / Archivo Histórico, 2016.

GARCÍA HERNÁNDEZ, Marcela Rocío, "La confesión en el tercer concilio mexicano", en María del Pilar Martínez López-Cano y Francisco Javier Cervantes Bello (coords.), *Los concilios provinciales en Nueva España. Reflexiones e influencias,* México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

GARGALLO GARCÍA, Oliva, *La Comisaría Inquisitorial de Valladolid de Michoacán, siglo XVIII*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1999.

_____, *La Inquisición en el Caribe, 1570-1610*, Tesis de doctorado en historia, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2011.

GARRIGA, Carlos, "Orden jurídico y poder político en el antiguo Régimen", en *Istor, Revista de historia internacional, Historia y Derecho, Historia del Derecho, núm. 16*, México, División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), 2004.

GASCÓN UCEDA, Ma. Isabel, "Honor masculino, honor femenino, honor familiar", en *Pedralbes: Revista de Historia Moderna, núm. 28,* Cataluña, 2008.

GAYOL, Víctor, "La retribución de los hombres del rey. Aranceles y derechos de los oficiales públicos en la Nueva España del siglo XVIII", en Óscar Cruz Barney y José Luis Soberanes Fernández, (Comps.), *Historia del derecho. X Congreso de Historia del Derecho Mexicano, tomo II*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.

GHIRARDI, Mónica y IRIGOYEN LÓPEZ Antonio, "El matrimonio, el concilio de Trento e Hispanoamérica", en *Revista de Indias, vol. LXIX, núm. 246,* Madrid, Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigación Científica, 2009.

GOLMAYO, Pedro Benito, *Instituciones del Derecho canónico, tomo II*, Madrid, Imprenta de Eduardo Cuesta, 1878.

GONZALBO AIZPURU, Pilar (coord.), *Amor e historia. La expresión de los afectos en el mundo del ayer*, México, El Colegio de México, 2013.

_____, *Familia y orden colonial*, México, Centro de Estudios Históricos del Colegio de México, 1998.

_____, *Vivir en la Nueva España: orden y desorden en la vida cotidiana*, México, Centro de Estudios Históricos del Colegio de México, 2009.

_____, "Afectos e intereses en los matrimonios de la ciudad de México a fines de la colonia", en *Historia Mexicana, vol. LVI, núm. 4*, México, El Colegio de México, 2007.

_____, "Autoridad masculina y poder femenino. Los recursos de dominio en la vida familiar", en Alicia Mayer y Ernesto de la Torre Villar (coords.) *Religión, poder y autoridad en la Nueva España*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

_____, "Honor y deshonra, culpa y vergüenza en la Nueva España", en Pilar Gonzalbo Aizpuru, (coord.), *Honor y vergüenza. historias de un pasado remoto y cercano*, México, El Colegio de México / Centro de Estudios Históricos / Seminario de Historia de la Vida Cotidiana, 2023.

_____, "Introducción a Pasiones y conveniencias en la vida cotidiana", en Pilar Gonzalbo Aizpuru y Cecilia Rabell Romero (coords.*), Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, México, El Colegio de México / Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

_____, "Introducción: Los honores y el honor, el "patrimonio del alma", en Pilar Gonzalbo Aizpuru, (coord.), *Honor y vergüenza. historias de un pasado remoto y cercano*, México, El Colegio de México / Centro de Estudios Históricos / Seminario de Historia de la Vida Cotidiana, 2023.

_____, "Violencia y discordia en las relaciones personales en la ciudad de México a finales del siglo XVIII", en *Historia Mexicana, vol. 51, núm. 2*, México, El Colegio de México, 2001.

GONZÁLEZ ALONSO, Benjamín, *El corregidor castellano (1346-1808)*, Madrid, Espasa, 1970.

GONZÁLEZ FLORES, José Gustavo, *Mestizaje de papel: dinámica demográfica y familias de calidad múltiple en Taximaroa (1667-1826)*, Zamora, El Colegio de Michoacán / Universidad Autónoma de Coahuila, 2016.

GONZÁLEZ FLORES, José Gustavo y MARÍN TELLO, Ma. Isabel, "Estrategias femeninas ante el incumplimiento a la palabra de matrimonio", en *Tzintzún. Revista de estudios históricos, núm. 75*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2016.

GONZÁLEZ María del Refugio y LOZANO Teresa, "La administración de justicia", en Woodrow Borah (coord.), *El gobierno provincial en la Nueva España, 1570-1787*,

México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

GONZÁLEZ NOVALÍN, J. L., "Reorganización valdesiana de la Inquisición española", en Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet (coords.), *Historia de la Inquisición en España y América, vol. I,* Madrid, Centro de Estudios Inquisitoriales / Biblioteca de Autores Cristianos, 1984.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Isabel, *El Obispado de Michoacán en 1765*, Morelia, Gobierno de Michoacán, 1985.

GRANA, Romina Soledad, "Historia y discurso. La construcción discursiva del "amancebamiento": un estudio de caso (Córdoba del Tucumán, 1605)", en *Diálogos, vol. 16, núm. 3*, Maringá, Departamento de Historia de la Universidad Estatal de Maringá, Brasil, 2012.

GREENLEAF, E. Richard, *La Inquisición en la Nueva España, siglo XVI,* México, F.C.E., 1981.

GRUZINSKI, Serge, "La conquista de los cuerpos", en *Familia y sexualidad en Nueva España,* Simposio de Historia de las Mentalidades, México, SEP / F.C.E., 1982.

GUERRERO GALVÁN, Luis René, *De acciones y transgresiones. Los comisarios del Santo Oficio y la aplicación de justicia inquisitorial en Zacatecas, siglo XVIII,* Tesis de Doctorado en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

GUZMÁN PÉREZ, Moisés, *Las mujeres michoacanas antes de 1810*, Morelia, Cuadernos de Divulgación Científica y Tecnológica del Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología de Michoacán, 2011.

HAUSBERGER, Bernd, "En el camino. En busca de los arrieros novohispanos", en *Historia mexicana, vol. 64, núm. 1*, México, El Colegio de México, 2014.

HELLER, Agnes, *Teoría de los sentimientos*, México, Ediciones Coyoacán, 2004.

HERREJÓN PEREDO, Carlos, *Los orígenes de Guayangareo-Valladolid, Morelia,* El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán, 1991.

_____, "La oratoria en Nueva España", *Relaciones, Estudios de Historia y sociedad, No. 57,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994.

HESPANHA, Antonio Manuel, "Sabios y rústicos. La dulce violencia de la razón jurídica", en *La gracia del Derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales de España, 1993.

HOLLANDER, John, "Honor dishonorable: shameful Shame", in *Shame, vol. 70, num. 4*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2003.

JIMÉNEZ PELAYO, Águeda, "Funcionarios ante la justicia: residencias de Alcaldes Mayores y Corregidores ventiladas ante la Audiencia de Guadalajara durante el siglo XVIII", en *Estudios de historia novohispana, núm. 40,* México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

JUÁREZ NIETO, Carlos, *La oligarquía y el poder político en Valladolid de Michoacán, 1785-1818,* Morelia, IMC, INAH, Congreso del Estado de Michoacán, 1994.

KLUGER, Viviana, "Casarse, mandar y obedecer en el Virreinato del Río de la Plata: Un estudio del deber-derecho de obediencia a través de los pleitos entre cónyuges", en *Fronteras de la Historia, núm. 8,* Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003.

LAGARDE Y DE LOS RÍOS, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, Siglo XXI Editores, 2015.

LARA CISNEROS, Gerardo, "La justicia eclesiástica ordinaria y los indios en la Nueva España borbónica: balance historiográfico y prospección", en Ana de Zaballa y Jorge E. Traslosheros (coords.), *Los indios ante los foros de justicia religiosa en la Hispanoamérica virreinal*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

LARDIZÁBAL Y URIBE, Manuel, *Discurso sobre las penas contrahido a las leyes criminales de España, para facilitar su reforma*, Madrid, Joachín de Ibarra, 1782.

Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso, tomos II y III, Madrid, Imprenta de Juan Hafrey, 1611.

LATISNERE JUÁREZ, Lisset Ximena, *La vergüenza como afecto preliminar a una ética del sufrimiento*, tesis de maestría, México, Universidad Iberoamericana, 2019.

LAVRIN, Asunción, *Sexualidad y matrimonio en América hispánica*, México, Grijalbo, 1989.

_____, "La sexualidad en el México colonial: un dilema para la Iglesia", en Asunción Lavrin (coord.), *Sexualidad y matrimonio en América hispánica*, México, Grijalbo, 1989.

LECOIN, Sylvie, "Intercambios, movimientos de población y trabajo en la Diócesis de Michoacán en el siglo XVI, (Un aspecto de las Relaciones Geográficas)", en Thomas Calvo y Gustavo López (coords), *Movimientos de Población en el Occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán / Centre D´etudes mexicaineset Centramericaines, 1988.

LEONARD, Irving A., *La época barroca en el México colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

LIPSEIT-RIVERA, Sonya, "La violencia dentro de las familias formal e informal", en Pilar Gonzalbo Aizpuru y Cecilia Rabell Romero (coords.*), Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, México, El Colegio de México / Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

LIRA, Andrés, "Dimensión jurídica de la conciencia. Pecadores y pecados en tres confesionarios de la Nueva España, 1545-1732", en *Historia Mexicana, núm. 4*, México, El Colegio de México, 2006.

LÓPEZ BETANCOURT, Eduardo, *Teoría del delito*, México, Editorial Porrúa, 2002.

LÓPEZ LARA, Ramón, *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII, informe inédito de beneficios, pueblos y lenguas*, Morelia, Fimax Publicistas, 1973.

LÓPEZ SARRELANGUE, Delfina, *La nobleza indígena de Pátzcuaro*, México, UNAM, 1965.

LORAUX, Nicole, "¿Qué es una diosa?" en Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres. La antigüedad, vol. I,* Madrid, Taurus Minor, 1993.

LOZANO ARMENDARES, Teresa, ORTEGA NORIEGA, Sergio, ORTEGA SOTO, Rocío, VILLAFUERTE GARCÍA, Lourdes, "La sevicia y el adulterio en las causas matrimoniales en el provisorato de México a fines de la era colonial. Un estudio de la técnica procesal jurídica", en *Estudios de Historia Novohispana, núm. 38,* México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

LOZANO ARMENDARES, Teresa, *No codiciarás la mujer ajena. El adulterio en las comunidades domésticas novohispanas. Ciudad de México, Siglo XVIII,* México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

_____, "El gran seductor. O de cómo pueden disimularse los vicios de una comunidad doméstica", en *Estudios de historia novohispana, núm. 17*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

_____, "¿Fue el adulterio un comportamiento cotidiano?", en Alicia Mayer (coord.), *El historiador frente a la historia. Religión y vida cotidiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

_____, "Las comunidades domésticas de indios de la capital novohispana, siglo XVIII", en Felipe Castro Gutiérrez (coord.), *Los indios y las ciudades de Nueva España*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

_____, "Los juegos de azar. ¿Una pasión novohispana?", *Estudios de historia novohispana, núm. 11,* México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

_____, "Momentos de desamor en algunas parejas novohispanas", en *Amor y desamor. Vivencias de parejas en la sociedad novohispana*, Seminario de Historia de las Mentalidades, México, CONACULTA/INAH, 1999.

_____, "Si no por amor… por miedo: violencia conyugal y temor al deshonor en el México colonial", en Elisa Speckman, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo (coords.), *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

MACHUCA CHÁVEZ, Claudia Paulina, *El cabildo de la Villa de Colima: gobierno, poder y una élite consolidada, 1600-1622,* Tesis de Maestría, Colima, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la universidad de Colima, 2006.

MARÍN TELLO, Ma. Isabel, *Delitos, pecados y castigos en Michoacán en la segunda mitad del siglo XVIII*, Morelia, Facultad de Historia / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008.

_____, *Descendientes de conquistadores y primeros pobladores con nombramiento de Alcaldes Mayores de Michoacán, 1584-1603,* Morelia, Morevalladolid, 2017.

_____, *La vida cotidiana en Valladolid de Michoacán, 1750-1810, vol. 7,* Morelia, Comisión Institucional para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución/ UMSNH/ Instituto de Investigaciones Históricas, 2010.

_____, "La pragmática de matrimonio de 1776 y sus repercusiones en la vida cotidiana de las familias vallisoletanas", en *Ciencia Nicolaita, núm. 64*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2018.

_____, "Los castigos en Michoacán en la segunda mitad del siglo XVIII", en María Concepción Gavira Márquez (coord.), *América Latina: entre discursos y prácticas, vol. I, La Colonia*, Morelia, Facultad de Historia Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Fondo Editorial Morevallado, 2009.

_____, "Lujuria en la ciudad: el adulterio en Valladolid de Michoacán a finales del siglo XVIII", en *Boletín del Archivo General de la Nación, núm. 1*, México, Archivo General de la Nación, 2019.

MARTIARENA, Óscar, "Confesión culpa y resistencia: la penitencia cristiana en los indios de la Nueva España", en *Caleidoscopio, núm. 11*, México, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

MARTÍNEZ BARACS, Rodrigo y ESPINOSA MORALES, Lydia, *La vida michoacana en el siglo XVI. Catálogo de documentos del siglo XVI del Archivo histórico de la ciudad de Pátzcuaro*, México, INAH, 1999.

MARTÍNEZ DE LEJARZA, Juan José, *Análisis estadístico de la Provincia de Michoacán en 1822*, Morelia, Fimax, 1974.

MARTÍNEZ MILLÁN, J., "Las fuentes impresas", en Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet (coords.), *Historia de la Inquisición en España y América, vol. I*, Madrid, Centro de Estudios Inquisitoriales / Biblioteca de Autores Cristianos, 1984.

MATTHEWS GRIECO, Sara F., "El cuerpo, apariencia y sexualidad", en Georges Duby y Michelle Perrot (coords.), *Historia de las mujeres. Del renacimiento a la edad moderna, vol. III*, Madrid, Taurus Minor, 2018.

MCCAA, Robert, "Gusto de los padres, inclinaciones de los novios y reglas de una feria nupcial colonial: Parral, 1770-1814", en *Historia mexicana, vol. 40, núm. 4*, México, El Colegio de México, 1991.

MEDINA, José Toribio, *El Tribunal de la Inquisición en México siglo XVI*, México, Fuente Cultural, 1952.

MENDOZA BRIONES, María Ofelia, "Pertenencia étnica e interlocución al sistema colonial en Michoacán: 1766-1767", en *Tzintzún, Revista de estudios históricos, núm. 23*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1996.

MEXIA, Fray Vicente, *Saludable instrucción del estado del matrimonio*, Córdoba, Imprenta de Juan Baptista Escudero, 1566.

MIRANDA OJEDA, Pedro, "Las comisarías del Santo Oficio. Funciones y funcionarios en la estructura inquisitorial de Yucatán, 1571-1820", en *Desacatos, núm. 25*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2007.

MOLINA MORENO, J. L., "Cartagena de Indias", en Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet (coords.), *Historia de la Inquisición en España y América, vol. I*, Madrid, Centro de Estudios Inquisitoriales / Biblioteca de Autores Cristianos, 1984.

MOLINA, Alonso, *Confesionario mayor en la lengua mexicana y castellana*, México, Imprenta de Antonio de Espinoza, 1569.

MONTOYA GÓMEZ, María Victoria, "La promesa de matrimonio y las representaciones de género en la ciudad de México y sus alrededores a finales del siglo XVIII", en *Revista latinoamericana de estudios de familia, vol. 2*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

_____, *Amancebamientos y concubinatos. El discurso normativo y las representaciones de lo femenino y lo masculino en la ciudad de México y sus alrededores, 1777-1805*, Tesis de maestría en estudios de género, México, Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México, 2009.

MORIN, Claude, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII*, México, F.C.E., 1979.

MORO, RAFAELLE, "Los arrieros novohispanos. La arriería y las rutas del comercio durante la colonia", en Miguel Ángel J. Márquez Ruíz (coord.), *La gesta del caballo en la historia de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

MUNIZ, T., *Derecho capitular, según el codex iuris canonici y la legislación concordada de España*, Madrid, Editorial Voluntad, 1925.

MURIEL, Josefina, *Hospitales de la Nueva España, tomo I, Fundaciones del siglo XVI*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México / Cruz Roja Mexicana, 1990.

_____, "Las Mujeres Culpadas", en Alicia Mayer (coord.), *El historiador frente a la historia. Mujeres e historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

NETTEL ROSS, Rosa Margarita, *Colonización y poblamiento del Obispado de Michoacán*, Morelia, Instituto Michoacano de Cultura, Gobierno del Estado de Michoacán, 1990.

OLIVA MELGAR, José María, "Puerto y puerta de las Indias", en Carlos Martínez Shaw (coord.), *Sevilla, siglo XVI: el corazón de las riquezas del mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

OLVEDA, Jaime, *La costa de la Nueva Galicia. Conquista y colonización*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2011.

OROPEZA KERESEY, Déborah, *Los "indios chinos" en la Nueva España: la inmigración de la nao de China, 1565-1700*, tesis doctoral, México, El Colegio de México, 2007.

ORTEGA NORIEGA, Sergio, *De la santidad a la perversión o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, México, Grijalbo, 1986.

_____, "El discurso teológico de Santo Tomás de Aquino sobre el matrimonio, la familia y los comportamientos sexuales", en *El placer de pecar y el*

afán de normar, Seminario de Historia de las Mentalidades, México, INAH / Joaquín Mortiz / Grupo Editorial Planeta, 1987.

_____, "De amores y desamores", en *Amor y desamor. Vivencias de parejas en la sociedad novohispana*, Seminario de Historia de las Mentalidades, México, CONACULTA/INAH, 1999.

_____, "Introducción a la Historia de las Mentalidades. Aspectos metodológicos", en *Estudios de Historia Novohispana, vol. 60,* México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.

_____, "Seminario de historia de las mentalidades y religión en México colonial", en *Familia y sexualidad en Nueva España,* Simposio de Historia de las Mentalidades, México, SEP / F.C.E., 1982.

OTEIZA IRIARTE, Tomás, *Acapulco: ciudad de las naos de Oriente y de las sirenas modernas,* Acapulco, Editorial Diana, 1975.

PALOP RAMOS, José Miguel, "Delitos y penas en la España del siglo XVIII", en *Estudis, Revista de Historia Moderna, núm. 22*, Valencia, Universidad de Valencia, 1996.

PAREDES MARTÍNEZ, Carlos, "Instituciones coloniales en poblaciones tarascas. Introducción, adaptación y funciones", en Carlos Paredes Martínez y Marta Terán (coords.), *Autoridad y gobierno indígena en Michoacán, vol. I*, México, El Colegio de Michoacán / Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003.

_____, "Circulación e intercambio en Pátzcuaro y Guayangareo; la etapa del contacto con los europeos y los cambios iniciales", en *Tzintzún, Revista de estudios históricos, núm. 14*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1991.

PAZOS PAZOS, María Luisa Julia y SARABIA VIEJO María Justina, "Orden y delincuencia. Los alguaciles de las ciudades novohispanas, siglos XVI-XVII", en

Eduardo Rey Tristán y Patricia Calvo González (coords.) *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2010.

PÉREZ ÁLVAREZ, María José, "Curas y amancebadas: los pleitos ante el tribunal eclesiástico de la diócesis de León en el siglo XVIII", en *Revista Historia et ius, núm. 9*, Roma, Universidad de Roma, 2016.

PESCADOR C, Juan Javier, "La nupcialidad urbana preindustrial y los límites del mestizaje: características y evolución de los patrones de nupcialidad en la Ciudad de México, 1700- 1850", en *Estudios demográficos y de desarrollo urbano, vol. 7, núm. 1*, México, El Colegio de México, 1992.

POTHASST, Bárbara, "Amancebamiento y matrimonio en el Paraguay (siglo XIX)", en Scarlett O' Phelan Godoy, *Et. Al.* (coords.), *Familia y vida cotidiana en América Latina siglos XVIII-XX*, Lima, Pontificia Universidad del Perú, Instituto Riva-Agüero, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2003.

PREMO, Bianca, "Before the law: women's petitions in the Eighteenth-Century Spanish Empire", in *Comparative Studies in Society and History*, *vol. 53*, Cambridge, Cambridge University, 2011.

PRESTA, Ana María, y MOLINA, Fernanda, "Casados o felices. Prácticas relacionales privadas, acomodamientos y trasgresiones al matrimonio, en los Andes durante la temprana colonia", en *Revista Dos Puntas*, San Juan, Argentina, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Juan / Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad de La Serena 2012.

RAMÍREZ MÉNDEZ, Luis Alberto, *Amor, Sexo y Pecado en Mérida colonial*, Maracaibo, Venezuela, Fondo Editorial de la Academia de Historia del Estado de Zulia / Publicaciones Clío, 2022.

_____, *Honor sexualidad y transgresión en Mérida, siglos XVIII-XIX*, Cabimas, Venezuela, Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt, 2016.

RAMÍREZ ROMERO, Esperanza, *Catalogo de monumentos y sitios de la región lacustre, tomo I*, Pátzcuaro, Gobierno del Estado de Michoacán / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1986.

RAMÍREZ, Francisco, *El antiguo colegio de Pátzcuaro*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.

Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias, Madrid, por don Iulian de Paredes, 1681. http://www.leyes.congreso.gob.pe/leyes_indias.aspx.

Relación del obispado de Michoacán por el doctor Andrés de Ortega Valdivia, chantre de la catedral de Valladolid, 1639, introducción por Jean-Pierre Berthe, en Jean-Pierre Berthe y Óscar Mazín (edits.), *Reinar 'por relación y noticia', cinco informes de la diócesis de Michoacán, 1619-1649*, México, El Colegio de San Luis, 2018.

Relación sobre la Residencia de Michoacán (Pátzcuaro), hecha por el padre Francisco Ramírez, 4 de abril de 1585, Introducción de Juan Carlos Cortés Máximo, en *Relaciones, núm. 95*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2003.

RIVAS ZIVY, Martha, "Valores, creencias y significaciones de la sexualidad femenina. Una reflexión indispensable para la comprensión de las prácticas sexuales", en Ivonne SZASZ y Susana LERNER (comp.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 1998.

ROCHA CAAMAÑO, Priscila, VIVALLOS ESPINOZA, Carlos, MAZZEI DE GRACIA, Leonardo, "De mujer golpeada a mujer engañada. Cuatro juicios de divorcio eclesiástico en el Obispado de Concepción 1844-1880", en *Historia, vol. II, núm. 38*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005.

RODRÍGUEZ CANCHO, Miguel, "Estado y Antiguo Régimen: poder, instituciones y organización territorial", en *Anuario de la Facultad de Derecho, núm. 9,* Cáceres, Universidad de Extremadura, 1991.

RODRÍGUEZ DELGADO, Adriana, "El goce del cuerpo. La impecabilidad entre los alumbrados de la Nueva España", en Estela Roselló Soberón (coord.) *Presencias y miradas del cuerpo en la Nueva España*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Pablo, *Seducción, amancebamiento y abandono en la colonia*, Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1991.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Betania, "Embriaguez y delitos en Guadalajara a fines del periodo colonial", en *Letras Históricas, núm. 3,* Guadalajara, Universidad Autónoma de Guadalajara, 2010.

ROJAS RUNCIMAN, Jorge Luis, "Uniones prohibidas, ¿para quién?: Una aproximación al estudio del amancebamiento en el Arzobispado de Lima (1606-1609)", en *SURANDINO Revista de Humanidades y Cultura, vol. 3, núm. 6,* Arequipa Perú, 2022.

ROMERO DE SOLÍS, José Miguel, *Andariegos y pobladores. Nueva España y Nueva Galicia (Siglo XVI),* Zamora, El Colegio de Michoacán / Archivo Histórico del Municipio de Colima / Universidad de Colima, 2001.

_____, "Tenientes de Alcalde Mayor en la villa de Colima de la Nueva España (siglo XVI), en Águeda Jiménez Pelayo (coord.), *Élites y poder, México y España, siglos XVI al XX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2003.

ROSELLÓ SOBERÓN, Estela, *Así en la tierra como en el cielo: manifestaciones cotidianas de la culpa y el perdón en la Nueva España de los siglos XVI y XVII*. México, El Colegio de México, 2006.

ROUSSEAU, J. J., *El contrato social*, Barcelona, Imprenta de los Herederos de Roca, 1836.

RUBIAL GARCÍA, Antonio, "El sentido del honor en la corte virreinal. Prácticas estamentales, sus contradicciones y su proyección social en la Nueva España del siglo XVII", en Pilar Gonzalbo Aizpuru, (coord.), *Honor y vergüenza. historias de un pasado remoto y cercano*, México, El Colegio de México / Centro de Estudios Históricos / Seminario de Historia de la Vida Cotidiana, 2023.

RUIZ ORTIZ, María, "Pecado de escándalo y cotidianidad trasgresora: una reflexión sobre la moral femenina en la Andalucía moderna (siglos XVI-XVII)", en *Haíresis. Revista de investigación histórica, núm. 1*, Córdoba, Editorial Séneca / Universidad de Córdoba, 2013.

SALINAS MEZA, René y GOICOVIC DONOSO, Igor, "Amor, violencia y pasión en el Chile tradicional 1700-1850", en *Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura, núm. 24*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1997.

SALINAS MEZA, René, "Espacio doméstico, solidaridades y redes de sociabilidad aldeanas en Chile tradicional, 1750-1880", en *Contribuciones científicas y tecnológicas, núm. 118*, Santiago de Chile, 1998.

SALVUCCI K., Linda, "Costumbres viejas, hombres nuevos: José de Gálvez y la burocracia fiscal novohispana (1754-1800)", en *Historia Mexicana, núm. 130*, México, El Colegio de México, 1983.

SÁNCHEZ VALDÉS, María Teresa, "Mesones y caminos novohispanos", en *Diario de Campo. Los caminos de América, núm. 3*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2014.

SANZ TAPIA, Ángel, "La justicia en venta. El beneficio de cargos americanos de audiencia bajo Carlos II (1683-1700)", en *Anuario de Estudios Americanos 69*, Sevilla, 2012.

SARTRE, Jean-Paul, *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*, Buenos Aires, Ibero-americana, 1954.

SCHACHTER, Stanley y SINGER, Jerome E., "Cognitive, social and phycological determinants of emotional state", in *Psychological Review, vol. 69, núm. 5*, Washington DC, American Psychological Association, 1962.

SCHÄFER, Ernesto, *El Consejo Real y Supremo de las Indias: su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria, tomo II. La labor del Consejo de Indias en la administración colonial*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1947.

SCHELER, Max, *Sobre el pudor y el sentimiento de vergüenza*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2004.

SCHNEIDER, Jane, "Of vigilance and virgins: honor, shame and access to resources in Mediterranean societies", in *Ethnology, vol. 10, num. 1*, Pittsburgh, University of Pittsburgh- Of the Commonwealth System of Higher Education, 1971.

SCHWARTZ, Stuart B., "Pecar en las colonias. Mentalidades populares, Inquisición y actitudes hacia la fornicación simple en España, Portugal y las colonias americanas", en *Cuadernos de Historia Moderna, núm. 18*, Madrid, 1997.

SEED, *Amar, honrar y obedecer en el México colonial: conflicto en torno a la elección matrimonial, 1574-1821*, México, Editorial Patria, 1991.

SHERBOURNE F. Cook y WOODROW Borah, *Ensayos sobre historia de la población, México y el Caribe, vol. I*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1998.

SILVA MANDUJANO, Gabriel, *La casa barroca de Pátzcuaro*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/ Gobierno del Estado de Michoacán/ Morevallado Editores, 2005.

_____, "Criollos y peninsulares en el ayuntamiento de Pátzcuaro durante el siglo XVIII", en *Tzintzún, Revista de estudios históricos, núm. 20*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1994.

_____, "La pugna por la capitalidad en la provincia de Michoacán durante la época colonial", en *Tzintzún, Revista de estudios históricos, núm. 13,* Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1991.

_____, "Pátzcuaro, sede de la oligarquía del centro michoacano 1750-1780", en *Tzintzún, Revista de estudios históricos, núm. 9,* Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1988.

SISSA, Giulia, "Filosofías del género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual", en Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres. La antigüedad, vol. I,* Madrid, Taurus Minor, 1993.

SOCOLOW, Susan, *Las mujeres en la América Latina colonial*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2016.

_____, "Cónyuges aceptables: la elección de consorte", en Asunción Lavrin (coord.), *Sexualidad y matrimonio en América hispánica*, México, Grijalbo, 1989.

SUÁREZ ESCOBAR, Marcela, *Sexualidad y norma sobre lo prohibido. La ciudad de México y las postrimerías del virreinato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1999.

SZASZ Ivonne y LERNER Susana, *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 1998.

TOMÁS Y VALIENTE, Francisco, *El derecho penal de la monarquía absoluta, siglos XVI, XVII y XVIII*, Madrid, Tecnos, 1969.

_____, "Delincuentes y pecadores", en Francisco Tomás y Valiente, Bartolomé Clavero, *et al*, *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza Universidad, 1990.

_____, "El crimen y pecado contra natura", en Francisco Tomás y Valiente, Bartolomé Clavero, *et al*, *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza Universidad, 1990.

TORREMOCHA HERNÁNDEZ, Margarita y CORADA ALONSO, Alberto (coords.), *El estupro. Delito, mujer y sociedad en el Antiguo Régimen*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2018.

TOUSSAINT, Manuel, *Pátzcuaro*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán / Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, 1992.

TRASLOSHEROS, Jorge E., "Los indios, el Derecho Canónico y la justicia eclesiástica: las razones y drama de una historia", en Ana de Zaballa (ed.), *Los indios, el derecho canónico y la justicia eclesiástica en la América virreinal*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2011.

_____, "Los indios, la Inquisición y los tribunales eclesiásticos ordinarios en Nueva España. Definición jurisdiccional y justo proceso, 1571-1750", en Ana de Zaballa y Jorge E. Traslosheros (coords.), *Los indios ante los foros de justicia religiosa en la Hispanoamérica virreinal*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

TRUEBA LARA, José Luis, *Historia de la sexualidad en México*, México, Grijalbo, 2008.

TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Metodología de la Historia Social de España*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979.

TURBERVILLE STANLEY, Arthur, *La Inquisición Española*, México, F. C. E., 1992.

TWINAM, Ann, *Vidas públicas, secretos privados. Género, honor, sexualidad e ilegitimidad en la Hispanoamérica colonial*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2009.

_____, "Honor, sexualidad e ilegitimidad en Hispanoamérica colonial", en Asunción Lavrin (coord.), en *Sexualidad y matrimonio en América hispánica*, México, Grijalbo, 1989.

VARELA, Consuelo, "Las conquistas hispanas del siglo XVI: la función de los intérpretes, lenguas y guías", en *Cuadernos de la Escuela Diplomática, núm. 50*, Madrid, Escuela Diplomática de España, 2014.

VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, Martha Carolina, *Negros y mulatos en la puerta del cielo, Pátzcuaro 1600-1714,* Tesis de Licenciatura, Morelia Michoacán, Facultad de Historia Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2011.

VENEGAS, Miguel, *Manual de párrocos, para administrar los santos sacramentos, y ejecutar las demás sagradas funciones de su ministerio*, México, Imprenta del Lic. Don Joseph de Jautegui, 1783.

VILLAFUERTE GARCÍA, Lourdes, "Los estudios de historia de las mentalidades sobre la sexualidad", en Ivonne SZASZ y Susana LERNER (comp.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, México, El Colegio de México, 1998.

VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, Joseph Antonio, *Theatro americano: descripción general de los reynos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones, tomo II, libro III*, México, Trillas, 1986.

VIVES, Juan Luis, *Instrucción de la mujer cristiana (1528)*, Madrid, Imprenta de don Benito Cano, 1793.

WALLERSTEIN, Emmanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea, en el siglo XVI*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979.

YUSTE LÓPEZ, Carmen, "El Eje Transpacífico: la puerta novohispana al comercio con Asia", en Lourdes de Ita Rubio (Coord.) *Organización del espacio en el México*

colonial: puertos, ciudades y caminos, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2011.

ZAMORA, Romina, *Casa poblada y buen gobierno. Economía católica y servicio personal en San Miguel de Tucumán, siglo XVIII*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2017.

iThenticate

Identificación de reporte de similitud: oid:3117:382817895

NOMBRE DEL TRABAJO

Entre el amor, el deseo y la transgresión. Los comportamientos sexuales ilícitos e n Pátzcuaro Michoa

AUTOR

María Teresa Casorla Sagrero

RECUENTO DE PALABRAS

152371 Words

RECUENTO DE CARACTERES

787031 Characters

RECUENTO DE PÁGINAS

422 Pages

TAMAÑO DEL ARCHIVO

4.3MB

FECHA DE ENTREGA

Sep 18, 2024 8:44 AM CST

FECHA DEL INFORME

Sep 18, 2024 8:49 AM CST

19% de similitud general

El total combinado de todas las coincidencias, incluidas las fuentes superpuestas, para cada base de datos.

- 17% Base de datos de Internet
- 10% Base de datos de publicaciones
- Base de datos de Crossref
- Base de datos de contenido publicado de Crossref
- 0% Base de datos de trabajos entregados

Resumen

Formato de Declaración de Originalidad y Uso de Inteligencia Artificial

Coordinación General de Estudios de Posgrado
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

A quien corresponda,

Por este medio, quien abajo firma, bajo protesta de decir verdad, declara lo siguiente:

- Que presenta para revisión de originalidad el manuscrito cuyos detalles se especifican abajo.
- Que todas las fuentes consultadas para la elaboración del manuscrito están debidamente identificadas dentro del cuerpo del texto, e incluidas en la lista de referencias.
- Que, en caso de haber usado un sistema de inteligencia artificial, en cualquier etapa del desarrollo de su trabajo, lo ha especificado en la tabla que se encuentra en este documento.
- Que conoce la normativa de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en particular los Incisos IX y XII del artículo 85, y los artículos 88 y 101 del Estatuto Universitario de la UMSNH, además del transitorio tercero del Reglamento General para los Estudios de Posgrado de la UMSNH.

Datos del manuscrito que se presenta a revisión		
Programa educativo	Doctorado en Historia	
Título del trabajo	*Entre el amor, el deseo y la transgresión. Los comportamientos sexuales ilícitos en Pátzcuaro Michoacán, en el siglo XVII*	
	Nombre	**Correo electrónico**
Autor/es	María Teresa Casorla Sagrero	0714867h@umich.mx
Director	Dra. Ma. Isabel Marín Tello	isabel.marin@umich.mx
Codirector		
Coordinador del programa	Dr. Gerardo Sánchez Díaz	gerardo.diaz@umich.mx

Uso de Inteligencia Artificial		
Rubro	**Uso (sí/no)**	**Descripción**
Asistencia en la redacción	No	

Formato de Declaración de Originalidad y Uso de Inteligencia Artificial

Coordinación General de Estudios de Posgrado
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Uso de Inteligencia Artificial		
Rubro	**Uso (sí/no)**	**Descripción**
Traducción al español	No	
Traducción a otra lengua	No	
Revisión y corrección de estilo	No	
Análisis de datos	No	
Búsqueda y organización de información	No	
Formateo de las referencias bibliográficas	No	
Generación de contenido multimedia	No	
Otro	No	

Datos del solicitante	
Nombre y firma	María Teresa Casorla Sagrero
Lugar y fecha	Morelia, Michoacán a 17 de septiembre de 2024